

ORO y CENIZAS

PIERCE
BROWN



UNA NOVELA
DE LA SAGA
AMANECER ROJO

RBA

D.J.57

Título original: *Iron gold*

© Pierce Brown, 2018.

© de la traducción: Ana Isabel Sánchez Díez, 2018.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO297

ISBN: 9788427214798

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

DRAMATIS PERSONAE

LA CAÍDA DE MERCURIO

PRIMERA PARTE. VIENTO

1. DARROW
2. DARROW
3. DARROW
4. LIRIA
5. LIRIA
6. EFRAÍN
7. EFRAÍN
8. LISANDRO
9. LISANDRO
10. DARROW
11. DARROW
12. LIRIA
13. LIRIA
14. EFRAÍN
15. LISANDRO
16. DARROW
17. LIRIA
18. EFRAÍN
19. EFRAÍN
20. LISANDRO
21. DARROW

SEGUNDA PARTE. SOMBRA

22. LISANDRO
23. LIRIA
24. EFRAÍN
25. LISANDRO
26. LISANDRO
27. DARROW
28. DARROW
29. LYRIA
30. DARROW

31. EFRAÍN
32. LISANDRO
33. LISANDRO
34. DARROW
35. UNA LÁGRIMA EN LA PUERTA
36. CENA CON DRAGONES
37. LISANDRO
38. LISANDRO
39. EFRAÍN

TERCERA PARTE. POLVO

40. LISANDRO
41. LISANDRO
42. EFRAÍN
43. LIRIA
44. LIRIA
45. DARROW
46. DARROW
47. LISANDRO
48. LISANDRO
49. LIRIA
50. LIRIA
51. EFRAÍN
52. DARROW
53. DARROW
54. DARROW
55. LISANDRO
56. LISANDRO
57. EFRAÍN
58. EFRAÍN
59. LIRIA
60. DARROW
61. LISANDRO
62. LISANDRO
63. LISANDRO
64. EFRAÍN
65. DARROW

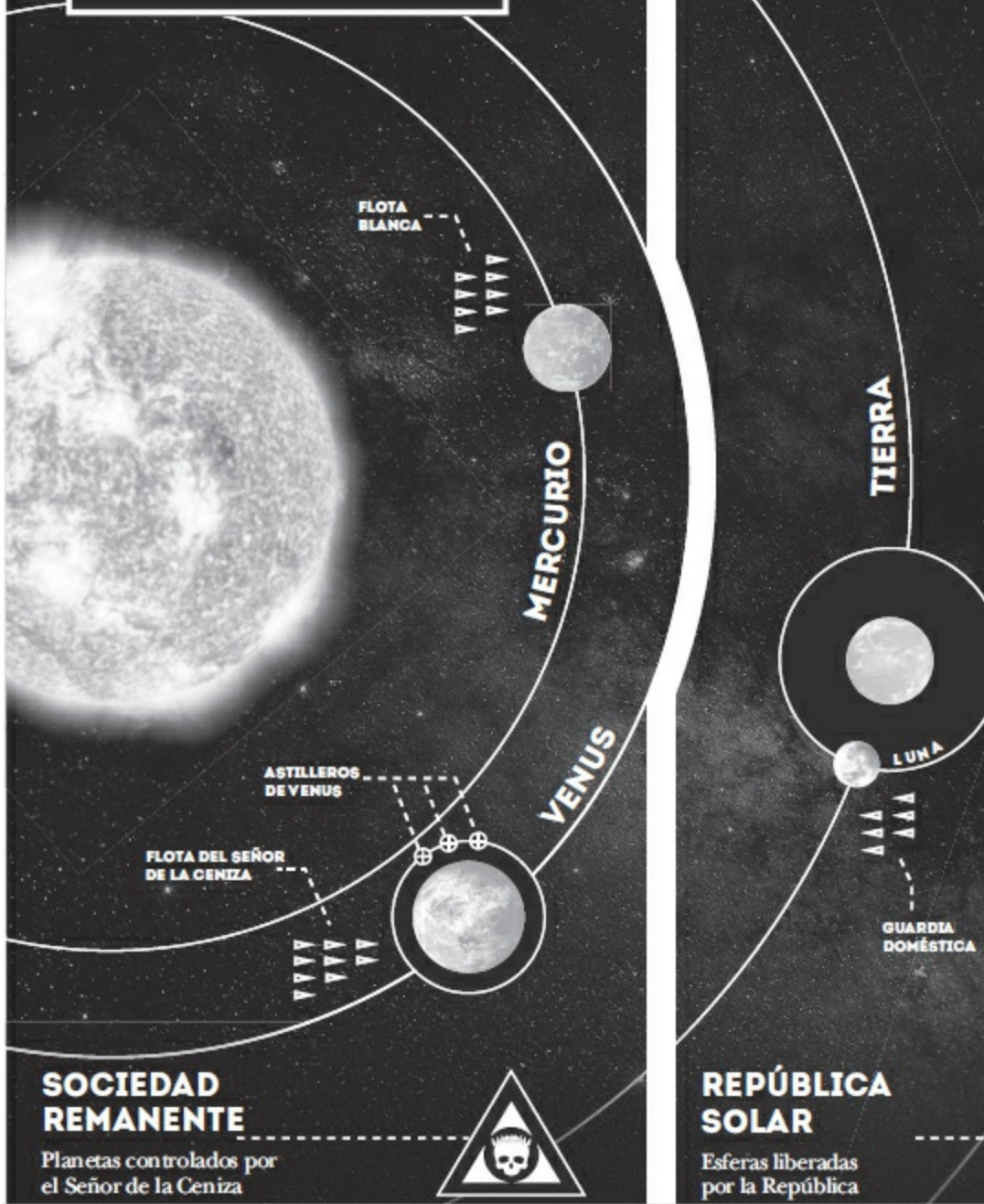
AGRADECIMIENTOS

A LOS AULLADORES

EL SISTEMA SOLAR

En el décimo año de la Guerra Solar

Encargado por la soberana Virginia au
Augusto, 753 EPC



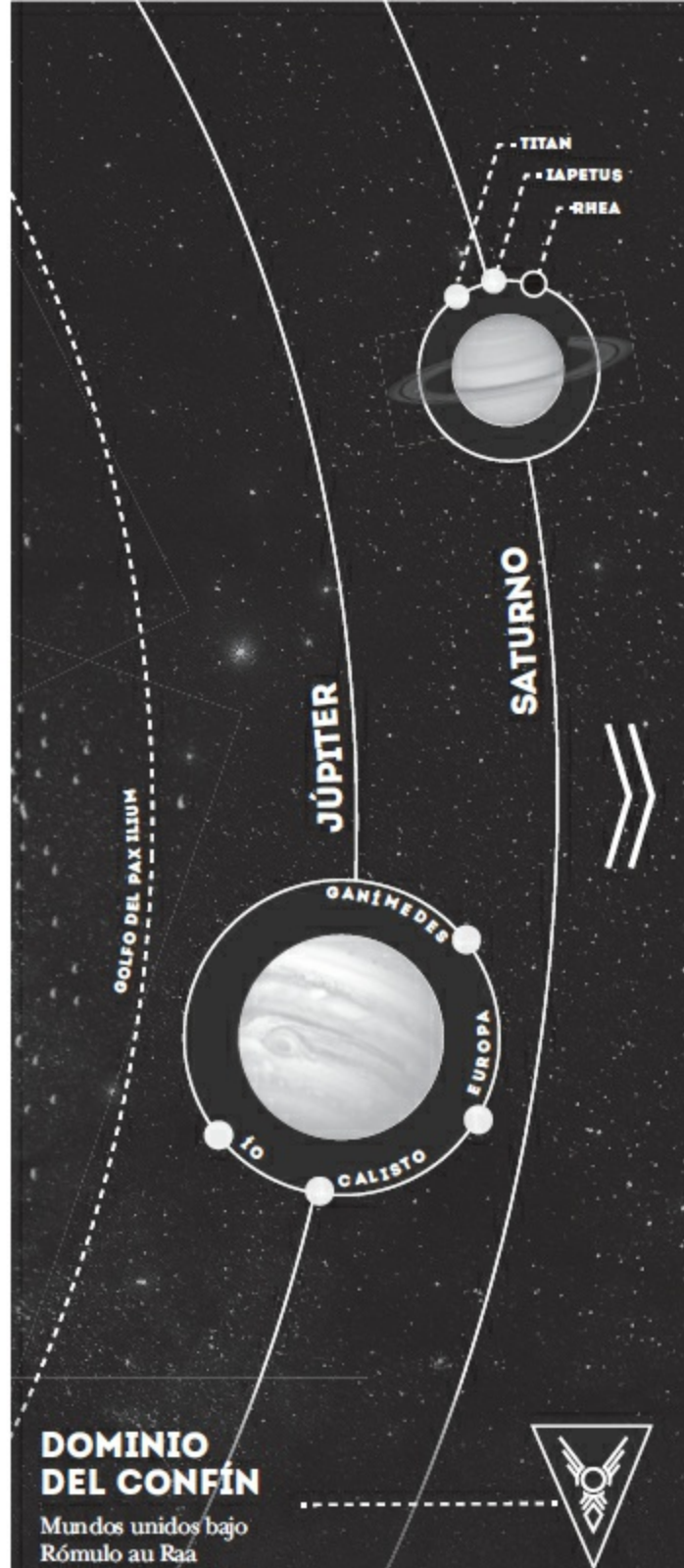
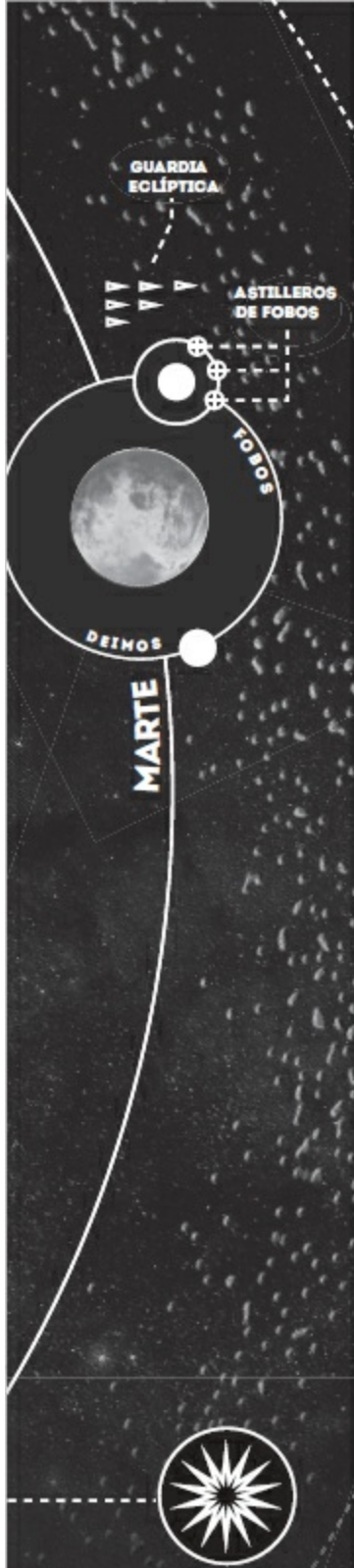
SOCIEDAD REMANENTE

Planetas controlados por
el Señor de la Ceniza



REPÚBLICA SOLAR

Esferas liberadas
por la República



DRAMATIS PERSONAE

ROJOS

DARROW DE LICO/SEGADOR: archiemperador de la República, marido de Virginia.

RHONNA: sobrina de Darrow.

LIRIA DE LAGALOS: roja gamma.

DANCER, SENADOR O'FARAN: senador de la República, teniente de Ares.

DANO: colega de Efraín.

DORADOS

VIRGINIA AU AUGUSTO/MUSTANG: soberana reinante de la República, esposa de Darrow, madre de Pax.

PAX: hijo de Darrow y Virginia.

MAGNUS AU GRIMMUS/SEÑOR DE LA CENIZA: antiguo archiemperador de Octavia.

ATALANTIA AU GRIMMUS: hija del Señor de la Ceniza.

CASIO AU BELONA: antiguo Caballero de la Mañana, guardián de Lisandro.

LISANDRO AU LUNE: nieto de Octavia, la anterior soberana; heredero de la Casa de Lune.

SEVRO AU BARCA/TRASGO: Aullador, marido de Victra.

VICTRA AU BARCA: esposa de Sevro, Victra au Julii de soltera.

ELECTRA AU BARCA: hija de Sevro y Victra.

KAVAX AU TELEMANUS: cabeza de la Casa de Telemanus, padre de Daxo.

NÍOBE AU TELEMANUS: esposa de Kavax.

DAXO AU TELEMANUS: heredero e hijo de Kavax.

THRAXA AU TELEMANUS: hija de Kavax y Níobe.

RÓMULO AU RAA: cabeza de la Casa de Raa, Señor del Polvo, soberano del Dominio del Confín.

DIDO AU RAA: esposa de Rómulo, Dido au Saud de soltera.

SERAFINA AU RAA: hija de Rómulo y Dido.

DIOMEDES AU RAA/CABALLERO DE LA TORMENTA: hijo de Rómulo y Dido.

MARIO AU RAA: cuestor, hijo de Rómulo y Dido.

APOLONIO AU VALII-RATH/MINOTAURO: heredero de la Casa de ValiiRath.

TARSO AU VALII-RATH: hermano de Apolonio.

ALEXANDAR AU ARCOS: nieto mayor de Lorn, Aullador.

VANDROS: Aullador.

PAYASO: Aullador.

GUIJARRO: Aullador.

OTROS COLORES

HOLIDAY TI NAKAMURA: legionaria, hermana de Trigg, gris.

EFRAÍN TI HORN: trabajador por cuenta propia, antiguo Hijo de Ares.

SEFI: reina de los valquirios, hermana de Ragnar, obsidiana.

WULFGAR EL DIENTE BLANCO: archiguardián de la República, obsidiano.

VOLGA FJORGAN: colega de Efraín, obsidiana.

QUICKSILVER/REGULUS AG SOL: el hombre más rico de la República, plateado.

PITA: piloto azul, compañera de Casio y Lisandro.

CIRA SI LAMENSIS: cerrajera, colega de Efraín, verde.

PUBLIO CU CARAVAL: tribuno cobre, líder del bloque cobre, cobre.

MICKEY: tallista, violeta.

LA CAÍDA DE MERCURIO

LA FURIA

Espera a que el cielo caiga, callada, inmóvil sobre una isla de roca volcánica en medio de un mar negro. La larga noche sin luna bosteza ante ella. Los únicos ruidos, el batir del estandarte de guerra que su amante sujeta con una mano y el de las olas cálidas que le lamen las botas de acero. Tiene el corazón apesadumbrado. Y el alma furiosa. A su espalda descuellan los Marcados como Únicos. Las gotas de sal rocían los blasones de sus familias: centauros esmeralda, águilas que gritan, esfinges doradas y la calavera coronada de la lúgubre casa de su padre. Su mirada de ojos dorados se alza hacia los cielos. A la espera. El agua avanza. Retrocede. El pulso de su silencio.

LA CIUDAD

Tyche, la joya de Mercurio, se encoge asustada entre las montañas y el sol. Sus célebres chapiteles de cristal y piedra caliza están oscuros. El puente de los Ancestros está desierto. Aquí, cuando era joven, Lorn au Arcos lloró cuando vio el planeta mensajero al anochecer por primera vez. Ahora la basura recorre sus calles, impulsada por un salobre viento estival. Ya no se oyen los gritos de los pescaderos en el muelle. Ya no se oye el golpeteo de los pies de los transeúntes sobre los adoquines, ni el estruendo de los transportes aéreos, ni las carcajadas de los niños de colores inferiores que

saltan desde los puentes hasta las olas en los abrasadores días de verano en los que los vientos del mar Trasmio no se mueven. La ciudad guarda silencio, sus habitantes adinerados ya se han marchado a refugios en montañas desiertas o a búnkeres del gobierno, sus soldados están apostados en las azoteas observando el cielo, sus pobres han puesto rumbo al desierto o a las islas Ismere en barcos cargados hasta los topes.

Pero la ciudad no está vacía.

Los sistemas de transporte público que circulan bajo las olas van atestados de multitudes apiñadas. Y en la ventana del piso superior de un complejo de apartamentos situado en los horribles arrabales de la ciudad, lejos del agua, donde almacenan a los pobres, una niñita con ojos de naranja empaña el cristal con su aliento. El cielo nocturno destella. Se ilumina y resplandece con chorros de luz como los fuegos artificiales que su hermano compra a veces en la tienda de la esquina. Le han dicho que ahí arriba se está disputando una batalla entre grandes flotas. Ella nunca ha visto un crucero estelar. Su madre está enferma, postrada en la cama del dormitorio, incapacitada para viajar. Su padre, que construye piezas para motores, está sentado a la pequeña mesa de plástico del comedor con sus hijos varones, sabedor de que no puede protegerlos. La holopantalla los baña en una luz pálida. Los programas de noticias gubernamentales les dicen que busquen refugio. La niña lleva en el bolsillo un trozo de papel doblado que encontró en una alcantarilla. En el papel hay una pequeña espada curvada. Ella ya la había visto antes en el cubo. Sus profesores de la escuela del gobierno dicen que esa espada es la portadora del caos. De la guerra. Que ha prendido fuego a las esferas. Pero ahora, en secreto, ella dibuja la hoja en el vaho que su respiración ha formado en la ventana, y se siente valiente.

Entonces comienzan a caer las bombas.

LAS BOMBAS

Proceden de bombarderos de órbita alta y clase Thor pilotados por los campesinos de la Tierra y los mineros de Marte que conforman el Duodécimo Escuadrón del Sol. Los han cubierto de palabrotas, oraciones, dragones tribales y guadañas curvadas pintadas con aerosoles. Bajan en picado entre las nubes y caen sobre el mar a mayor velocidad que su propio sonido. Los colores libres fabrican sus chips de teledirección en Fobos. Los emprendedores del Cinturón extraen y funden su acero. Sus motores de propulsión por iones llevan el sello del talón alado de una empresa que produce equipos electrónicos de consumo, artículos de tocador y armas. Bajan cada vez más para avanzar sin proyectar ninguna sombra sobre el desierto, y luego sobre el mar, cargando con el peso del imperio más reciente bajo el sol.

La primera bomba destruye el Palacio de Justicia de la isla Vespasiana de Tyche. Después se adentra cien metros en la tierra antes de detonar junto a un búnker enterrado a esa altura y de acabar con todos sus ocupantes. La segunda aterriza en el mar, a quince kilómetros de una flota de refugiados, y allí hunde un buque de guerra de la Sociedad que se ocultaba bajo las olas. La tercera vuela sobre una cordillera montañosa al norte de Tyche cuando recibe el impacto de una ráfaga de cañón de riel disparada desde una instalación de defensa por un adolescente gris con cicatrices de acné y el colgante de una novia en torno al cuello. Se desvía de su trayectoria y chisporrotea por el cielo antes de caer al suelo.

Detona a las afueras de la ciudad, lejos del agua, donde convierte en polvo cuatro bloques de apartamentos.

EL SEGADOR

En silencio, permanece encerrado entre metal asesino, en el vientre de un crucero estelar llamado Estrella de la Mañana. El miedo lo devora como ya lo ha hecho tantas veces. Los únicos ruidos son el zumbido de la unidad de filtración de aire de su armadura y el parloteo radiofónico de hombres y mujeres distantes. A su alrededor yacen sus amigos, envueltos también en metal. A la espera. Ojos de rojos, de dorados, de grises, de obsidianos. Llevan cabezas de lobo grabadas en las hombreras de la armadura. Tatuajes en el cuello y los brazos. Salvajes destructores de imperios procedentes de Marte, de la Luna, de la Tierra. Más allá vuelan naves con nombres como Espíritu de Lico, Esperanza de Tinos y Eco de Ragnar. Están pintadas de blanco y las gobierna una mujer con la piel oscura como el ónice. La soberana del León dijo que el blanco era por la primavera. Por un comienzo nuevo. Pero las naves están manchadas. Sucias de hollín, de heridas remendadas y de paneles desaparecidos. Acabaron con la Armada de la Espada y el mártir Fabii. Conquistaron el corazón del imperio dorado. Batallaron hasta obligar al Señor de la Ceniza a retirarse al Núcleo y han mantenido a raya a los dragones del Confín.

¿Cómo iban a permanecer limpias?

Solo en su armadura, esperando a caer desde el cielo, recuerda a la chica que lo inició todo. Recuerda cómo le caía el pelo rojo sobre los ojos. Cómo le bailaba la boca con la risa. Cómo respiraba cuando se tumbaba sobre él, tan cálida y tan frágil en un mundo a todas luces demasiado frío. Lleva muerta más tiempo del que estuvo viva. Y ahora que su sueño se ha propagado, se plantea si ella lo reconocería. Y también se plantea si él reconocería el eco de su propia vida si estuviera a punto de morir hoy mismo. ¿En qué tipo de hombre se transformaría su hijo en este mundo que él ha creado? Piensa en la cara de su hijo y en lo poco que tardará en convertirse en un hombre. Y

piensa en su esposa dorada. En cómo lo miró desde la plataforma de aterrizaje, preguntándose si su marido volvería a casa en algún momento.

Quiere que esto termine, más que nada en el mundo.

Entonces la máquina lo engancha.

Nota el tirón en el cuerpo. El retumbar de su corazón. Las risotadas desquiciadas del Trasgo y los aullidos de sus amigos mientras tratan de olvidarse de sus hijos, de sus amores, y ser valientes. Una náusea le sube desde las tripas cuando los raíles magnéticos se cargan a su espalda. Con un estremecimiento de metal, lo propulsan a través del tubo de lanzamiento, a seis veces la velocidad del sonido, hasta el silencio del espacio.

Los hombres lo llaman padre, liberador, caudillo, rey de los esclavos, Segador. Pero él se siente como un niño mientras cae hacia un planeta desgarrado por la guerra, con su armadura roja, su vasto ejército, su corazón apesadumbrado.

Es el décimo año de la guerra y el trigésimo tercero de su vida.



PRIMERA PARTE VIENTO

En esta tierra hay un pobre y ciego Sansón,
privado de fuerzas, cautivo con cadenas,
que podría alzar la mano, por diversión,
y del bienestar común batir las columnas,
hasta que el gran templo de nuestras libertades
yazga en una informe masa de calamidades.

HENRY WADSWORTH LONGFELLOW

1

DARROW

Héroe de la República

A gotado, camino sobre flores a la cabeza de un ejército. Los pétalos alfombran la última parte del sendero de piedra que se extiende ante mí. Los niños las lanzan desde las ventanas y las hojas giran perezosas desde las torres de acero que se alzan a ambos lados del bulevar Luna. En el cielo, el sol muere su muerte larga, de una semana, y tiñe de tonos sangrientos las nubes hechas jirones y al público allí reunido. Las olas de humanidad rompen contra las barricadas de seguridad, asedian nuestro desfile mientras los guardias de la Ciudad de Hiperión, con sus uniformes grises y sus boinas de color turquesa, vigilan la ruta y devuelven a los juerguistas borrachos hacia la multitud a base de empujones. Tras ellos, las unidades antiterroristas rondan acera arriba y abajo, escaneando iris con sus gafas como de ojos de mosca y con las manos apoyadas en sus armas energéticas.

Recorro a la multitud con la mirada.

Después de diez años de guerra, ya no creo en los momentos de paz.

Es un mar de colores que bordea los doce kilómetros de la Vía Triumphia. Construida hace cientos de años por mi pueblo, los esclavos rojos de los dorados, la Vía Triumphia es la avenida en la que los conquistadores que sometieron la Tierra celebraban sus desfiles a medida que iban reclamando continente tras continente. Una vez, aquellos asesinos altivos, con ojos de oro y amenazas arrogantes, consagraron estas mismas piedras. Ahora, casi un milenio más tarde, mancillamos el blanco mármol sagrado de la Vía

Triumphia honrando a liberadores de ojos de azabache y ceniza, óxido y tierra.

Una vez, esto me habría llenado de orgullo. Muchedumbres exultantes celebrando el regreso de las Legiones Libres tras derrotar a otra de las amenazas contra nuestra República casi recién nacida. Pero hoy veo holocarteles de mi cabeza tocada con una corona ensangrentada, oigo los vítores del Vox Populi mientras ondean blasones engalanados con su pirámide invertida, y no siento nada salvo el peso de una guerra interminable y un ansia desesperada de volver a abrazar a mi familia. Hace un año que no veo a mi esposa y a mi hijo. Tras la larga travesía de regreso desde Mercurio, lo único que quiero es estar con ellos, desplomarme sobre una cama y dormir sin soñar durante un mes.

La última fase de mi viaje de regreso a casa se despliega ante mí. Cuando la Vía Triumphia se ensancha y desemboca en las escaleras que suben hasta el Nuevo Foro, me enfrento a una última cumbre.

Rostros ebrios de alegría y nuevos licores comerciales me miran boquiabiertos cuando llego a los escalones. Manos pegajosas de dulces se agitan en el aire. Y lenguas, sueltas a cuenta de esos mismos licores comerciales y delicias, vociferan, gritan mi nombre o lo calumnian. No el nombre que me puso mi madre, sino el nombre que han forjado mis hazañas. El nombre que los Marcados como Únicos ahora susurran como una maldición.

«Segador, Segador, Segador», gritan, pero no al unísono, sino frenéticos. Es un clamor sofocante, que aprieta con una mano de mil millones de dedos: siento a mi alrededor la opresión de todas las esperanzas, todos los sueños, todo el dolor. Pero tan cerca del final, sigo poniendo un pie detrás de otro. Comienzo a subir las escaleras.

Clac.

Mis botas de metal se clavan en la piedra con el peso de la pérdida: Eo, Ragnar, Fitchner y todos los demás que han luchado y caído a mi lado mientras, por algún motivo, yo he conservado la vida.

Soy alto y corpulento. Más fornido a los treinta y tres años de lo que lo era de joven. Mi complexión y mis movimientos son más fuertes y brutales. Nací rojo, me hicieron dorado. He conservado lo que Mickey el tallista me dio. Estos ojos y este pelo dorados me parecen más míos que los de aquel muchacho que vivía en las minas de Lico. Aquel chico creció, amó y excavó la tierra, pero perdió tanto que a menudo da la sensación de que le ocurrió a otra persona.

Clac. Otro paso.

A veces me da miedo que esta guerra esté matando a ese chico que llevo dentro. Anhele recordarlo, recordar su corazón puro, limpio. Olvidar esta ciudad lunar, esta Guerra Solar, y regresar al vientre del planeta que me dio a luz antes de que el muchacho de mi interior muera para siempre. Antes de que mi hijo pierda la oportunidad de llegar a conocerlo. Pero, al parecer, los mundos tienen sus propios planes.

Clac.

Siento el peso del caos que he desencadenado: hambrunas y genocidio en Marte, piratería obsidiana en el Cinturón, terrorismo, enfermedades y trastornos relacionados con la radiación en los escalafones más bajo de la Luna y los doscientos millones de vidas perdidas en mi guerra.

Me obligo a sonreír. Hoy es el cuarto Día de la Liberación. Tras dos años de asedio, Mercurio se ha sumado a los mundos libres de la Luna, la Tierra y Marte. Los bares están abiertos. Ciudadanos exhaustos de guerra merodean por las calles buscando un motivo de celebración. Los fuegos artificiales estallan y resplandecen en el cielo, los lanzan tanto desde las azoteas de los rascacielos como desde las de los bloques de apartamentos.

Con nuestra victoria en el planeta más cercano al sol, hemos forzado al Señor de la Ceniza a retroceder hasta su último bastión, Venus, el planeta fortaleza, donde su flota maltrecha defiende sus valiosos muelles y a los partidarios del régimen que quedan. Yo he vuelto a casa para convencer al Senado de que requisen naves y hombres de la República, esquilmada por la guerra, para realizar una última campaña. Una última ofensiva contra Venus para poner fin a esta maldita guerra. Para que pueda soltar la espada e irme a casa con mi familia de una vez por todas.

Clac.

Me tomo un momento para mirar mi espalda. Al pie de la escalera aguarda mi Séptima Legión, o lo que queda de ella. Veintiocho mil hombres y mujeres donde una vez hubo cincuenta. Descansan en un orden relajado en torno a la estrella de marfil con catorce puntas y un pegaso al galope en el centro que sujeta en alto la famosa Thraxa au Telemachus. El Martillo. Tras perder el brazo izquierdo bajo el filo de Atalantia au Grimmus, hizo que se reemplazaran con el prototipo de una extremidad de metal de Industrias Sol. Su salvaje melena dorada aletea a su espalda, adornada con las plumas blancas que le han regalado sus admiradores obsidianos.

Es una mujer robusta, de unos treinta y cinco años, con los muslos tan gruesos como barriles de agua y una cara hosca, pecosa. Sonríe por encima de los hombros de los obsidianos y dorados que la rodean. Los pilotos azules, rojos y naranjas saludan a la multitud. Los rojos, grises y marrones de la infantería ríen cuando rosas y rojos jóvenes y guapos se cuelan por debajo de las barreras y corren a colgarles collares de flores en torno al cuello, a soltarles botellas de licor en las manos y besos en la boca. Son la única legión completa del desfile de hoy. El resto permanece en Mercurio con Orión y Hárnasos, combatiendo contra las legiones del Señor de la Ceniza que se quedaron allí varadas cuando su flota se retiró.

Clac.

—Recuerda que no eres más que un mortal —me dice al oído la voz aburrida de Sevro cuando Wulfgar, con su pelo blanco, y los Guardianes de la República bajan para recibirnos a medio camino de las escaleras de subida al Foro. Sevro me olisquea el cuello y emite un gruñido de asco—. Por Júpiter. Apesta. ¿Te has untado en pis para la ocasión?

—Es colonia —respondo—. Mustang me la compró para el último Solsticio.

Se queda callado un instante.

—¿Está hecha de pis?

Lo miro con el ceño fruncido y arrugo la nariz ante el intenso tufo a alcohol de su aliento. Observo la capa de lobo harapienta que lleva sobre la armadura ceremonial. Asegura que no la ha lavado desde el Instituto.

—¿Y tú pretendes darme lecciones sobre malos olores? Cállate de una vez y compórtate como un emperador —le espeto con una amplia sonrisa.

Con un bufido, retrocede hasta donde se encuentra la legendaria obsidiana Sefi Volarus, sumida en su habitual silencio. Sevro finge encontrarse a gusto, pero, al lado de la gigantesca mujer, recuerda un poco a ese perro de las alcantarillas que un padre alcohólico podría tener el desacierto de llevarse a casa para que juegue con los niños: limpio y sin pulgas, pero aun así con esa mirada de enajenación en los ojos. Esquelético, con los labios finos y una nariz retorcida como los dedos de un viejo navajero. Contempla a la multitud con aversión resignada.

Tras él avanza a grandes zancadas la manada de Aulladores mugrientos que se llevó a Mercurio con nosotros. Mis guardaespaldas, ahora borrachos como galanes en las Laureales de Lico. Stalwart Holiday, la mujer de nariz chata, camina en el centro del grupo haciendo cuanto puede por mantenerlos a raya.

Antes eran más. Muchos más.

Sonrió mientras Wulfgar baja las escaleras a mi encuentro. Es uno de los hijos favoritos del Amanecer, un obsidiano como la raíz de un árbol, nudoso y estrecho. Toda su armadura es de color azul pálido. Tiene poco más de cuarenta años. Su rostro es tan anguloso como el de un ave rapaz, y lleva la barba trenzada como la de su héroe, Ragnar.

Wulfgar fue uno de los obsidianos que luchó junto a Ragnar en las murallas de Agea, y también estaba con los Hijos de Ares que me liberaron del Chacal en Ática. Ahora es el archiguardían de la República y me sonrío desde el escalón superior. Los ojos negros se le arrugan en la comisura.

—*Hail libertas* —saludo también sonriendo.

—*Hail libertas* —repite él.

—Wulfgar. Qué casualidad encontrarte aquí. Te has perdido la Lluvia —le digo.

—Bueno, es que no esperaste a que volviera, ¿eh? —Chasquea la lengua—. Mis hijos me preguntarán que dónde estaba cuando la Lluvia cayó sobre Mercurio, y ¿sabes qué tendré que contestarles? —Se inclina hacia mí con aire conspiratorio—. Estaba plantando un pino, limpiándome el culo cuando me enteré de que Barca había tomado el monte Caloris.

Suelta una carcajada.

—Te dije que no te marcharas —interviene Sevro—. Te advertí que te perderías toda la diversión. Deberías haber visto la ruta de los cenizos. Rastros de pis hasta llegar a Venus. Te habría encantado.

Sevro le dedica una enorme sonrisa al obsidiano. Fue él quien le puso un filo en la mano a Wulfgar en el lodo fluvial de Agea. Ahora Wulfgar ya tiene su propio filo, con una empuñadura hecha del colmillo de un dragón de hielo del Polo Sur terrestre.

—Si el Senado no me hubiera convocado, mi hoja habría cantado ese día

—dice.

Sevro hace una mueca desdén.

—Claro. Volviste a casa corriendo como un buen perrito.

—¿Un perro? Soy un servidor del Pueblo, amigo mío. Como todos nosotros.

Me lanza una mirada levemente acusatoria y comprendo el verdadero significado de sus palabras. Wulfgar es un auténtico creyente, como todos los guardianes. No en mí, sino en la República, en los principios que esta representa, y en las órdenes que da el Senado. Dos días antes de la Lluvia de Hierro sobre Mercurio, el Senado, encabezado por mi viejo amigo Dancer, votó en contra de mi propuesta. Me dijeron que mantuviera el asedio. Que no desperdiciara hombres, recursos, en un ataque.

Desobedecí y dejé que la Lluvia cayera.

Ahora un millón de mis hombres yacen en las arenas de Mercurio y nosotros tenemos nuestro Día de la Liberación.

Si Wulfgar hubiera estado conmigo en Mercurio, no se habría sumado a nuestra Lluvia en contra de la autorización del Senado. De hecho, podría haber intentado detenerme. Es uno de los pocos hombres con vida que podría haberlo conseguido. Al menos durante un tiempo.

Saluda a Sefi con un gesto de la cabeza.

—*Njar ga hae, svester.*

Una traducción aproximada del nagal sería «Respeto para ti, hermana».

—*Niar ga hir, druder* —contesta ella.

No se han perdido el cariño. Tienen prioridades diferentes.

—Vuestras armas.

Wulfgar señala mi filo.

Sefi y yo entregamos nuestras armas a sus guardianes. Mascullando casi para sí, Sevro hace lo propio con la suya.

—¿Te has olvidado de tu mondadientes? —pregunta Wulfgar con la mirada clavada en la bota izquierda de Sevro.

—Yeti traidor —farfulla él, y se saca de la bota una hoja bestial tan larga como el cuerpo de un bebé.

El guardián que la recoge parece aterrorizado.

—Que la suerte de Odín te acompañe con las togas, Darrow —me dice Wulfgar cuando se aparta para que podamos retomar el ascenso—. La necesitarás.

Al final de las escaleras del Nuevo Foro, se disponen en formación los ciento cuarenta senadores de la República. Diez por cada color, todos envueltos en togas blancas que ondean mecidas por la brisa. Me observan desde lo alto como una hilera de palomas altivas sobre un cable. Rojos y dorados, enemigos mortales en el Senado, cierran sendos extremos de la fila, como si fueran sujetalibros. Dancer no está. Pero yo solo tengo ojos para la solitaria ave de presa que se alza en el centro de todas esas palomitas estúpidas, vanidosas y hambrientas de poder.

Lleva el pelo dorado bien recogido a la altura de la nuca. Su túnica es solo blanca, sin la cinta del color correspondiente que lucen los demás. Y en la mano lleva el Cetro del Amanecer: ahora un bastón de oro de múltiples tonos, de medio metro de largo, con la pirámide de la Sociedad refundida en el interior de la estrella de catorce puntas de la República en la punta. Su rostro es elegante y distante. Una nariz pequeña, ojos penetrantes detrás de unas pestañas gruesas y una sonrisa de gato travieso dibujándose en su boca. La soberana de nuestra República. Aquí, en la cúspide de las escaleras, sus ojos me libran del peso que cargaba sobre los hombros, del temor de no volver a verla que me atenazaba el corazón. A lo largo de la guerra, del espacio y de este maldito desfile, he viajado para volver a encontrarla, a mi vida, mi amor, mi hogar.

Hinco la rodilla y levanto la mirada hacia los ojos de la madre de mi hijo.

—Saludos, esposa —digo con una sonrisa.

—Saludos, marido. Bienvenido a casa.

2

DARROW

Padre

La mansión Silene, el tradicional lugar de retiro campestre de la soberana en la Luna, está situada a quinientos kilómetros al norte de Hiperión, a los pies de la cordillera Atlas, junto a un pequeño lago. El hemisferio septentrional de la luna, formado por montañas y mares, está menos poblado que el cinturón de ciudades que rodean el ecuador. A pesar de que Mustang gobierna desde el Palacio de la Luz en la Ciudadela, Silene es el verdadero hogar de mi familia, por lo menos hasta que regresemos a Marte. La casa de piedra, construida a imagen de una de las villas papales del lago Como terrestre, se erige en lo alto de una cala rocosa y baja hacia el lago por medio de unas escaleras zigzagueantes excavadas en la roca.

Aquí, las delgadas coníferas susurran a alturas cuatro veces superiores a las posibles en la Tierra. Se mecen casi doscientos metros por encima de la elevada plataforma de aterrizaje de hormigón en la que el mayordomo de la Casa de Augusto, Cedric cu Platuu, espera, junto a la Guardia del León de mi mujer, mientras nuestra lanzadera desciende. El mayordomo es un cobre menudo que nos saluda a Sevro y a mí con gran entusiasmo, realizando una profunda reverencia y un ademán ostentoso con la mano. Thraxa pasa corriendo a su lado sin decirle ni hola, ansiosa por reunirse con su madre.

—Archiemperador —dice con las mejillas rollizas ruborizadas de placer. Es un hombre bajo y rechoncho, con una complexión similar a la de una ciruela a la que, a última hora, le hubiesen añadido unos brazos y unas piernas protuberantes. La sombra de un bigote, casi tan ralo como el pelo de

cobre grisáceo que tiene en la cabeza, tiembla al viento—. ¡Qué felicidad volver a verlo!

—Cedric —digo, y saludo al hombrecillo con cariño—. Me han dicho que acaba de cumplir años.

—Sí, mi señor. Setenta y uno. Aunque mantengo que deberíamos dejar de contar a los sesenta.

—Un trabajo excelente —comenta Sevro—. Está exactamente igual que un adolescente.

—¡Gracias, mi señor!

Pocas personas conocen tan bien como Cedric los secretos de la Ciudadela; era una de las joyas de la corte de la soberana. Mustang, que se formó muy buena opinión de él durante su época con Octavia, no veía necesidad alguna de deshacerse de un hombre con tantos conocimientos y tan entregado a su deber.

—¿Dónde está la comitiva de bienvenida? —pregunta Sevro, que está buscando a su esposa, Victra.

Mustang y Daxo se han quedado en Hiperión para lidiar con su alborotado Senado, pero han prometido estar de vuelta para la hora de la cena.

—Bueno, los niños acaban de regresar de una aventura de tres días —contesta Cedric—. La señora Telemachus los ha llevado a ver las ruinas de la nave USS Davy Crocket en la cordillera Atlas. ¡La del mismísimo Merrywater! Tengo entendido que se lo han pasado de maravilla con ese cacharro viejo. De maravilla. Sí. Han aprendido muchas cosas y aumentado su iniciativa individual. Tal como exigía su currículum, *dominu...* —A Cedric casi se le salen los ojos de las órbitas antes de autocorregirse—. Tal como exigía su currículum, señor.

—¿Mi esposa ha llegado ya? —pregunta Sevro con aspereza.

—Todavía no, señor. Su ayuda de cámara avisó de que llegarían tarde para

la cena. Creo que había huelgas de trabajadores en sus almacenes de Endymion y Ciudad del Eco. No para de salir en las holonoticias.

—Ni siquiera ha estado en el Triunfo —gruñe Sevro—. Y yo estaba estupendo.

—Se lo ha perdido en su mejor momento, señor.

—Cierto. ¿Ves, Darrow? Cedric está de acuerdo conmigo.

De lo que no se ha dado cuenta es de que Cedric se ha apartado con disimulo de la odiosa peste de su capa de lobo.

—Cedric, ¿dónde está mi hijo? —pregunto.

Sonríe.

—Ya se lo puede imaginar, señor.

El ruido de unas espadas de neoplast chocando entre sí y el de varias botas sobre la piedra nos dan la bienvenida cuando entramos en la gruta de los duelos. Allí, las enredaderas trepan sobre fuentes de granito y por el húmedo suelo de piedra. Las agujas de los árboles perennes caen en forma de cúmulos desde lo alto de las copas. Y en el centro de la gruta, bajo los ojos atentos de las gárgolas que adornan las fuentes, un niño y una niña dan vueltas el uno alrededor del otro en el centro de un círculo de tiza. Los otros siete niños de su grupo los observan, acompañados por dos mujeres doradas. Sevro tira de mí hacia un lado para que sigan sin vernos, y ambos nos sentamos en el borde de una fuente de granito a mirarlos.

El niño que hay en el centro del círculo tiene diez años, es esbelto y orgulloso. Se ríe como su madre y rumia las cosas como su padre. Tiene el pelo del color de la paja, la cara redonda y sonrojada de juventud. Sus ojos, de un dorado rosáceo, arden bajo unas pestañas larguísimas. Es más alto de lo que lo recuerdo, mayor, y me parece imposible que pueda haber salido de mí.

Que pueda tener pensamientos propios. Que vaya a amar, sonreír y morir como todos nosotros.

Tiene el ceño fruncido a causa de la concentración. El sudor le chorrea por la cara y le apelmaza el pelo. Su oponente le lanza una estocada oblicua a la rodilla.

La niña tiene nueve años y un rostro afilado como el de un elegante perro de presa. Electra, la mayor de las tres hijas de Sevro, es más alta que mi hijo y el doble de delgada. Pero mientras que Pax irradia una alegría interna que hace que a los adultos les brillen los ojos, la niña posee una profunda tristeza inherente. Tiene los ojos de un dorado oscuro, ocultos tras unos párpados pesados. A veces, cuando me mira, siento que me juzga con una actitud distante que me recuerda a su madre.

Sevro se inclina hacia delante, impaciente.

—Me apuesto el filo de Aja contra el yelmo de Apolonio a que mi monstruita le pega una paliza a tu chico.

—No voy a hacer apuestas con nuestros hijos —susurro indignado.

—Me juego también el anillo del Instituto de Aja.

—Ten un poco de decencia, Sevro. Son nuestros hijos.

—Y la capa de Octavia.

—Quiero el árbol de marfil de los Falce.

Sevro ahoga un grito.

—Me encanta el árbol de marfil. ¿Dónde iba a colgar si no mis trofeos?

Me encojo de hombros.

—Si no hay árbol de marfil, no hay apuesta.

—Maldito salvaje —dice al mismo tiempo que me tiende la mano para que se la estreche—. Trato hecho.

Sevro se ha convertido en todo un coleccionista y ha adquirido montones de trofeos de emperadores, caballeros y aspirantes a reyes dorados. Cuelga

sus anillos, armas y blasones de las ramas del árbol de marfil que arrancó del complejo de la Casa de Falce en la Tierra y que trasladó a su casa en la Luna.

Los contemplamos mientras Electra redobla su ofensiva contra Pax. Mi hijo continúa retrocediendo, esquivando, dejando que la niña continúe estirándose para atacar. Una vez que Electra lo hace, Pax gira su filo de plástico hacia la caja torácica de la muchacha. La roza.

—¡Punto! —grita él.

—La que lleva la cuenta soy yo, Pax, no tú —dice Níobe a Telemachus. La esposa de Kavax es una mujer serena, con una indomable maraña de pelo grisáceo que parece un nido de pájaro y la piel del color de la madera de cerezo. Los tatuajes tribales de sus antepasados de la Isla Pacífica le cubren los brazos—. Tres a dos a favor de Pax.

—Cuida tu equilibrio y deja de estirarte tanto, Electra —dice Thraxa—. Te caerás si estás en una superficie inestable, como la cubierta de una nave o hielo.

Se sienta en el borde de una fuente. Parece increíble, pero ya ha conseguido encontrar un botellín de cerveza.

Con el ceño fruncido de rabia, Electra se abalanza de nuevo contra Pax. Se mueven rápido para ser niños, pero como todavía no han alcanzado la pubertad, sus movimientos aún no son elegantes. Electra finta alto y después gira la muñeca para hacer caer la espada con violencia y golpear a Pax en el hombro.

—Punto para Electra —anuncia Níobe.

Sevro tiene que reprimirse para no prorrumpir en aplausos. Pax intenta recuperarse, pero Electra lo tiene acorralado. Con tres estocadas rápidas más, le arranca el filo de la mano. Pax cae al suelo y Electra levanta su filo para golpearlo con fuerza en la cabeza.

Thraxa se adelanta y detiene la hoja a medio movimiento con su mano de

metal.

—Controla ese genio, señorita.

Le vierte un poco de cerveza sobre la cabeza.

Electra la fulmina con la mirada.

Sevro ya no puede contenerse más.

—¡Mi pequeña arpía! —Se levanta del banco como una exhalación y yo lo sigo mientras cruza la gruta—. ¡Papi ha vuelto!

Una sonrisa saja el rostro arisco de Electra cuando se da la vuelta y ve a su padre. La niña echa a correr hacia él y deja que la coja en volandas. Es como si Sevro estuviera abrazando a un pez muerto. Algunos de los niños se sobresaltan y retroceden al ver a Sevro. Y cuando me ven aparecer por detrás de las enredaderas, se enderezan y hacen una reverencia de modales perfectos. Ni uno solo de los nacidos tras la caída de la Casa de Lune tiene los emblemas implantados en las manos.

Ahora los criamos en grupos de nueve, juntamos a niños de diversos colores desde el comienzo de su escolarización con la esperanza de crear los vínculos que yo encontré en el Instituto, pero si los asesinatos y la inanición. El mejor amigo de Pax, Baldur, un callado niño obsidiano que ya es casi tan alto como Sevro, ayuda a mi hijo a levantarse. También intenta sacudirle el polvo de la ropa a Pax antes de que este lo haga apartarse y dirija la mirada hacia nosotros.

Esperaba que echara a correr hacia mí como Electra, pero no lo hace. Y en ese instante, una agudísima punzada de dolor atraviesa mi parte más profunda. Cuando lo dejé, era un niño rebosante de una vida despreocupada, pero ahora esta vacilación, esta frialdad, pertenece al mundo de los hombres. Esquivando su grupo, avanza hacia mí con gran parsimonia y se dobla por la cintura para dedicarme una reverencia no más profunda de lo que dictan los buenos modales.

—Hola, padre.

—Hijo mío —digo con una sonrisa—. Has crecido muchísimo.

—Es lo que pasa cuando vas cumpliendo años —dice con cierta crispación.

Siempre pensé que, cuando me convirtiera en un hombre, me sentiría más seguro, pero delante de este niño me siento minúsculo. Yo perdí a mi padre por una causa. ¿He condenado a Pax a ese mismo destino?

—No suele ser tan insolente —me dice más tarde Níobe cuando termina el entrenamiento diario de los niños.

Pax se marcha rápidamente y de mal humor. Baldur se apresura a darle alcance.

—Tómate la rabia como un cumplido —masculla Thraxa—. Eso es que echa de menos a su padre. Yo me sentía igual cada vez que mi viejo se marchaba a hacerle algún recado a Augusto.

Se saca un cisco delgado del bolsillo y lo enciende con las ascuas de uno de los braseros de cobre que bordean las paredes medio desmoronadas de la gruta. Níobe se lo arranca de las manos y lo apaga en el brazo metálico de su hija.

—¿Daxo se comportó alguna vez así? —pregunto.

—¿Daxo? —Níobe se echa a reír—. Daxo nació tan estoico como una piedra.

—Conspirando desde el útero desde su concepción —farfulla Thraxa, y bebe un trago de cerveza—. Solíamos ulularle como los búhos. Siempre nos miraba a los demás desde la ventana. El hermano mayor nunca quería jugar a nuestros juegos. Solo al suyo.

—¿Y acaso tú eras un ejemplo a seguir? —le espera Níobe—. Te comías las boñigas de las vacas.

Thraxa se encoge de hombros.

—Mejor que lo que tú cocinabas. —Se aleja del radio de alcance de su madre y se enciende un segundo cisco—. Gracias a Júpiter que teníamos marrones.

Níobe pone los ojos en blanco y me agarra del brazo.

—Esta bribona tiene razón, Darrow. Es solo que Pax te ha echado de menos. Tienes tiempo para compensarlo.

Sonrío, pero veo a Sevro alejándose hacia el agua con Electra.

—Sabes que eres la favorita de papi, ¿verdad? —le va diciendo.

Combato mis celos. Sevro siempre parece capaz de retomar las cosas justo donde las dejó con su familia. Ojalá yo tuviera ese mismo don.

Salgo a buscar a mi madre al jardín situado junto al lateral de uno de los cobertizos de piedra. Está arrodillada sobre la tierra negra con otras dos sirvientas rojas y un hombre rojo. Sus pies descalzos sobresalen a su espalda mientras siembra bulbos en hileras perfectas. Me detengo un momento en el borde del jardín para observarla, tal como solía hacer desde el hueco de la escalera de nuestra casita de Lico mientras se preparaba su té nocturno. Después de que mi padre muriera le cogí miedo. Siempre tenía un cachete o una palabra hiriente a punto. Yo creía que me merecía aquel trato. El amor que ambos nos profesábamos habría sido mucho más sencillo si de niño yo hubiera sabido que su rabia y mi miedo procedían de un dolor que ninguno de los dos nos merecíamos. Mi amor hacia ella se desborda cuando recuerdo lo que ha soportado, y durante un breve instante, ansío volver a ver a mi padre. Para que él pueda ver libre a mi madre.

—¿Vas a quedarte ahí mirando como un haragán o vas a ayudarnos a sembrar? —pregunta sin levantar la mirada.

—No tengo muy claro si sería un buen agricultor —contesto.

Se levanta con ayuda de una de sus acompañantes, se sacude la tierra de los pantalones y guarda sus aperos con calma antes de venir a saludarme. Tiene solo dieciocho años más que yo, pero le han pasado una factura durísima. Aun así, se ve a la legua que está más fuerte que cuando vivía bajo tierra. Tiene las articulaciones desgastadas por los años pasados en las minas. Pero ahora tiene las mejillas coloradas de vida. Nuestros médicos han ayudado a aliviar la mayor parte de los síntomas de la apoplejía y la enfermedad cardíaca que la desfiguraban. Sé que se siente culpable por esta vida. Por este lujo, cuando mi padre y tantos otros nos esperan en el Valle. Su trabajo en el jardín y en las tierras es una penitencia por sobrevivir.

Mi madre me abraza con fuerza.

—Hijo mío. —Inhala mi olor antes de apartarse para levantar la mirada hacia mi rostro—. Me metiste la muerte en el cuerpo cuando oí lo de esa maldita Lluvia de hierro. Nos metiste la muerte en el cuerpo a todos.

—Lo siento. No deberían haberte dicho antes que estaba desaparecido.

Asiente y no dice nada. Me doy cuenta de lo intensa que fue su preocupación. De que debieron de apiñarse en el salón, aquí o en la Ciudadela, para escuchar las holonoticias, como todos los demás. El hombre rojo avanza cojeando hasta nosotros, arrastrando tras él la pierna mala.

—Saludos, Dance —digo por encima de mi madre. Mi viejo mentor lleva ropa de trabajo en lugar de la túnica de senador. Tiene el pelo gris y un rostro de expresión paternal y arrugado por años de dureza. Pero aún queda picardía en sus ojos rebeldes—. Has dejado el Senado para dedicarte a la jardinería, ¿no?

—Soy un hombre del pueblo —contesta con un encogimiento de hombros—. Es bueno volver a tener tierra bajo las uñas. Los jardineros de ese museo que me dio el Senado no me dejan tocar ni una maldita mala hierba. Hola, Sevro.

—Político —dice Sevro, que acaba de llegar a mi lado.

Haciendo caso omiso del tono de la conversación, hace ademán de levantar a mi madre en volandas, pero ella le lanza una mirada asesina y Sevro transforma el gesto en un abrazo delicado.

—Mejor —dice ella—. La última vez estuviste a punto de partirme la cadera.

—Venga, no seas tan florecilla —masculla él.

—¿Qué has dicho?

Sevro da un paso atrás.

—Nada, señora.

—¿Qué sabes de Leanna? —pregunto.

—Están bien. Esperaba poder ir a visitarlos pronto. Y a lo mejor llevarme a Pax a Icaria en invierno. Aquí el tiempo se pone demasiado frío para estos huesos viejos.

—¿A Marte? —pregunto.

—Es su hogar —replica ella con brusquedad—. ¿Quieres que se olvide de dónde procede? Su sangre es tan roja como dorada. Aunque no es que nadie se lo recuerde, excepto yo.

Dance aparta la mirada como si quisiera darnos intimidad.

—Iré a Marte —aseguro—. Todos iremos a Marte cuando sea seguro hacerlo.

Puede que controlemos Marte, pero de ahí a que pueda considerarse un lugar pacífico va un buen trecho. El continente sirenio aún está infestado por un ejército dorado de veteranos con piel de hierro, justo igual que el campo de batalla de Pacífica del Sur, en la Tierra. Hace años que el Señor de la Ceniza no se arriesga a poner en órbita una flota grande, pero está claro que las guerras por tierra son más pertinaces que sus equivalentes astrales.

—¿Y cuando será seguro, según tu opinión? —pregunta mi madre.

—Pronto.

Ni mi madre ni Dancer quedan impresionados por mi respuesta.

—¿Y cuánto tiempo vas a quedarte aquí?

—Un mes, como mínimo. Rhonna y Kieran también vendrán, como pediste.

—Ya era hora, demonios. Pensaba que Mercurio se los había quedado.

—Victra y las niñas también vendrán a pasar unos días. Pero tengo asuntos de los que ocuparme en Hiperión a finales de semana.

—En el Senado. Vais a pedir más hombres.

Su tono de voz es tan amargo como su mirada.

Suspiro y miro a Dancer.

—¿Ahora te ha dado por contagiarle tus ideas políticas a mi madre?

Se ríe.

—No me cabe duda de que Deanna tiene su propia forma de pensar.

—Con vosotros dos al lado me quedaré sorda —dice ella.

—Tápate los oídos —sugiere Sevro—. Es lo que hago yo cuando parlotean sobre política.

Dancer resopla.

—Ojalá tu mujer hiciera lo mismo.

—Ten cuidado, chaval. Tiene oídos en todas partes. Podría estar escuchándonos ahora mismo.

—¿Por qué no has ido al Triunfo? —le pregunto a Dancer.

Esboza una mueca de desdén.

—Por favor, los dos sabemos que no tengo estómago para esas pompas. Y menos en esta maldita luna. Yo soy de tierra, aire y amigos. —Mira con agrado los árboles que nos rodean. Se le ensombrece el rostro al pensar en volver a Hiperión—. Pero debo volver a la Babilonia mecanizada. Deanna, gracias por dejarme cuidar del jardín contigo. Era justo lo que necesitaba.

—¿No te quedas a cenar? —inquire mi madre.

—Por desgracia, hay más jardines que necesitan cuidados. Y ahora que lo menciono... Darrow, ¿podría hablar un momento contigo?

Dancer y yo dejamos a mi madre y a Sevro discutiendo por el olor de la capa de lobo y enfilamos un sendero de tierra que se adentra en la arboleda en dirección al lago. Un esquife patrulla sobrevuela la orilla opuesta.

—¿Cómo estás? —me pregunta—. Y no me sueltes esas mierdas de héroe patriótico. Recuerda que me conozco todas tus caras de póquer.

—Estoy cansado —reconozco—. Cualquiera diría que, después de un mes de viaje, habría recuperado el sueño. Pero siempre hay algo.

—¿Puedes dormir? —me pregunta.

—A veces.

—Eres un cabrón con suerte. Yo me meo en la cama —admite—. Unas dos veces al mes. Nunca recuerdo esos malditos sueños, pero está claro que mi puñetero cuerpo sí.

Estuvo en el meollo de la lucha por la liberación de Marte. Las guerras que se disputaron en los túneles fueron aun más terribles que las del boque que combatió en la Luna. Los obsidianos ni siquiera cantan canciones acerca de sus victorias en los túneles. La Guerra de las Ratas, la llaman. A lo largo de tres años Dancer liberó personalmente más de cien minas con ayuda de los Hijos de Ares. Si Fitchner es el padre del Amanecer, sería justo referirse a Dancer como su tío favorito, pese a la disolución de los Hijos de Ares.

—Puedes tomar medicamentos —sugiero—. Como la mayoría de los veteranos.

—¿Medicamentos psiquiátricos? No necesito química amarilla. Soy rojo de Faran. No tengo ni la más maldita duda de que mi ingenio es mucho más importante que una cama seca.

En eso estamos de acuerdo. A pesar de que es el principal opositor de mi esposa en el Senado, y por lo tanto el mío, sigo queriéndolo tanto como si fuera de mi familia. Dancer no abandonó las armas hasta que Marte y sus lunas fueron declarados libres. Entonces tomó la toga senatorial para fundar el Vox Populi, el «Voz del pueblo», un partido socialista de colores inferiores para contrarrestar lo que él entendía como una excesiva influencia dorada sobre la República. Cada vez que da un discurso sobre la representación proporcional es como si me saliera un maldito grano en el culo. Si se saliera con la suya, habría quinientos senadores de colores inferiores por cada uno dorado. Buena teoría. Mala práctica.

—De todas formas, debe de ser bueno sentir la hierba bajo las botas en lugar de arena y metal —dice en voz baja—. Debe de ser bueno estar en casa.

—Lo es. —Titubeo y bajo la mirada hacia la orilla rocosa que se extiende a nuestros pies—. Cada vez me resulta más difícil. Volver. Lo normal sería que me hiciera ilusión, pero... no sé. En cierto sentido me da miedo. Cada vez que Pax crece un centímetro, es como una acusación contra mí por no estar ahí para verlo. —Me tiro de un hilo suelto con impaciencia—. Y eso por no hablar de que cuanto más tiempo paso aquí, más tiempo tiene el Señor de la Ceniza para preparar Venus y más tiempo se prolonga todo esto.

Cuando menciono la guerra, se le endurece el rostro.

—¿Y cuánto tiempo crees que... se prolongará todo esto?

—Eso depende, ¿no crees? —digo—. Tú eres lo único que obstaculiza que consiga los hombres que necesito para acabar con esto.

—Tu respuesta siempre es la misma, ¿verdad? Más hombres. —Suspira—. Yo soy la boca del Vox Populi, no el cerebro.

—¿Sabes, Dancer? La humildad no es siempre una virtud.

—Desobedeciste al Senado —dice en tono neutro—. No te dimos permiso para lanzar una Lluvia de Hierro. Te aconsejamos cautela y...

—Vencí, ¿no es así?

—Esto ya no es los Hijos de Ares, por mucho que tanto a ti como a mí nos gustaría que lo fuera. Virginia y sus optimates se conformaron con dejarte pisotear el Senado, pero el pueblo está empezando a darse cuenta de la fuerza que tiene su voz. —Da un paso hacia mí—. Aun así, te veneran.

—No todos.

—Por favor. Hay sectas que rezan oraciones en tu nombre. ¿Quién más puede decir algo así?

—Ragnar. —Vacilo—. Y Lisandro au Lune.

—La línea de Silenio murió con Octavia. Fuiste idiota al dejar escapar a ese niño, pero si estuviera vivo lo sabríamos. La guerra lo engulló, al igual que al resto de los suyos. Así que solo quedas tú. El pueblo te ama, Darrow. No puedes aprovecharte de ese amor. Hagas lo que hagas, eres su ejemplo a seguir. Así que, si no obedeces la ley, ¿por qué deberían hacerlo nuestros emperadores, nuestros gobernadores? ¿Por qué debería hacerlo nadie? ¿Cómo se supone que vamos a gobernar si tú vas y haces lo que te sale de las malditas narices, como si fueras un...?

Se contiene.

—Un dorado.

—Ya sabes a qué me refiero. El Senado fue elegido. Tú no.

—Hago lo que se necesita. Tú y yo siempre hemos actuado así. Pero los demás solo hacen lo que les lleva a la reelección. ¿Por qué iba a escucharlos?

—Le sonrío—. A lo mejor quieres que una disculpa. ¿Conseguiría así los hombres que necesito?

—Puede que ya sea demasiado tarde para disculpas.

Enarco una ceja. Ojalá pudiera decir que su frialdad me resulta ajena, pero el vínculo que nos une nunca ha vuelto a ser el mismo desde que se enteró de cómo compré mi paz con Rómulo. Le entregué los Hijos de Ares a Rómulo.

Fue a los hombres de Dancer a quienes abandoné a la muerte en el Confín. La culpa que sentí por ello definió nuestra relación durante años, me hizo desear su aprobación a la desesperada. Pensé que, si podía destruir al Señor de la Ceniza, podría enmendar el horror al que consigné a aquellos hombres y mujeres. No se ha enmendado nada. Nada se enmendará. Y me rompe el corazón saber que Dancer jamás volverá a quererme como yo lo quiero a él.

—¿Ahora nos lanzamos amenazas, Dancer? Creía que tú y yo estábamos por encima de eso. Empezamos esto juntos.

—Sí. Así fue. Te tengo tanto cariño como si fueras sangre de mi sangre. Es así desde que te conocí, cubierto de mugre, cuando apenas me llegabas a la altura de la nariz. Pero incluso tú debes seguir las leyes de la República que ayudaste a construir. Porque cuando la ley no se obedece, el terreno es fértil para los tiranos.

Suspiro.

—Ya has vuelto a leer.

—Claro que sí, maldita sea. Los dorados acapararon nuestra historia para poder fingir que les pertenecía. Es mi deber como hombre libre leer para no estar ciego, para que no me manipulen.

—Nadie te está manipulando.

Suelta un bufido de disconformidad.

—Cuando era soldado, vi a tu esposa conceder indultos a asesinos, a esclavistas, y lo aguanté porque me dijeron que era necesario para ganar la guerra. Ahora veo que nuestro pueblo vive hacinado, quince en cada habitación, comiendo restos y con un sistema sanitario andrajoso, mientras que la aristocracia de los colores superiores vive en torres, y lo aguanto porque me dicen que es necesario para ganar la guerra. Que me parta un rayo si me quedo de brazos cruzados mientras veo que otro tirano sustituye al que dejamos atrás porque es necesario para ganar la puta guerra.

—Ahórrame los discursos, tío. Mi esposa no es una tirana. Fue idea suya disminuir el poder de la soberana en el Nuevo Pacto. Fue decisión suya cederle ese poder al Senado. Ayudó a otorgarle una voz a nuestro pueblo. ¿Crees que eso era algo que le convenía? ¿Crees que una tirana haría algo así?

Me clava una mirada inclemente.

—No me refería a ella.

Entiendo.

—Me acuerdo de cuando me dijiste que era un buen hombre que tendría que hacer cosas malas —digo—. ¿Se te ha ablandado el corazón? ¿O has pasado tanto tiempo con políticos que te has olvidado de qué aspecto tiene el enemigo? Por lo general, miden más de dos metros, lucen un emblema grande con una pirámide y, ah, tienen las manos empapadas de sangre roja.

—Igual que tú —dice—. Un millón de vidas perdidas, ¿no? Un millón en Mercurio. Puede que a tú estés dispuesto a cargar con ello. Pero los demás nos cansamos de soportar ese peso. Sé que a los obsidianos les pasa. Sé que a mí me pasa.

—Pues eso nos lleva un callejón sin salida.

—En efecto. Eres mi amigo —dice con la voz teñida de emoción—. Siempre lo serás. No te clavaré un puñal por la espalda. Pero te plantaré cara. Haré lo correcto.

—Y yo también.

Le tiendo la mano. Él me la estrecha y la mantiene apretada unos instantes antes de alejarse por el sendero. Se da la vuelta antes de adentrarse en la arboleda.

—¿Me estás ocultando algo, Darrow? Si es así, este es el momento, ahora que es solo entre dos amigos.

—No tengo secretos para ti —contesto.

Ojalá fuera verdad, ojalá él me creyera. Ojalá Dancer siguiera siendo el líder de los Hijos de Ares para que los dos pudiéramos cargar juntos con nuestros secretos, como hacíamos antes. Por desgracia, no todos los adversarios son enemigos.

Se da la vuelta y regresa cojeando al jardín para despedirse de mi madre. Se abrazan y Dancer se encamina hacia las plataformas de aterrizaje meridionales, donde lo esperan sus guardianes escoltas. Uno de ellos le entrega una toga de lana blanca y él se la pone encima de la camisa antes de subir por la rampa.

—¿Qué quería? —pregunta Sevro.

—¿Qué quieren todos los políticos?

—Prostitutas.

—Control.

—¿Sabe lo de los emisarios?

—Es imposible que lo sepa.

Sevro se fija en cómo ondea al viento la capa de lana de Dancer mientras este embarca en su lanzadera.

—Ese cabrón me caía mejor cuando llevaba armadura.

—A mí también.

3

DARROW

La fantasía

La cena se sirve poco después de que Daxo y Mustang vuelvan de Hiperión con mi hermano Kieran y mi sobrina, Rhonna. Nos sentamos a una larga mesa de madera cubierta de velas y de sustanciosos platos típicos de Marte, especiados con curry y cardamomo. Sevro, con el enjambre de sus hijas alrededor, les hace muecas mientras comen. Pero cuando un estallido sónico retumba en el aire, se pone en pie de inmediato, mira al cielo y entra corriendo en la casa al tiempo que ordena a sus retoños que no se muevan de donde están. Vuelve nada más y nada menos que media hora más tarde, agarrado del brazo de su esposa, con el pelo alborotado, con dos botones menos en la chaqueta y presionándose el labio partido y ensangrentado con una servilleta blanca. Mi vieja amiga Victra, impoluta con una chaqueta verde de cuello alto tachonada de joyas, me lanza una sonrisa diabólica desde el otro lado del patio. Está embarazada de siete meses de su cuarta hija.

—Vaya, pero si es el mismísimo Segador en carne correosa y hueso. Mis disculpas, buen hombre. He llegado muy tarde.

Salva la distancia que nos separa con tres zancadas de sus largas piernas.

La saludo con un abrazo. Me pellizca el culo con tanta fuerza que me hace dar un respingo. Le da un beso a Mustang en la cabeza y se aposenta en una silla que domina la mesa.

—Hola, tristona —le dice a Electra. Mira al pequeño Pax y a Baldur, que llevan todo este rato sentados en el extremo opuesto de la mesa con aire conspiratorio. Los dos muchachos se ruborizan enseguida—. ¿Qué tal si uno

de estos dos muchachos tan apuestos le sirve un zumo a la tita Victra? Ha tenido un día infernal. —Los chicos forcejean entre ellos por ser el primero en coger la jarra. Baldur sale vencedor y, orgulloso como un pavo real, el silencioso obsidiano le sirve a Victra un vaso enorme—. El maldito sindicato de los mecánicos está otra vez en huelga. Tengo muelles llenos de cargamentos a punto para el traslado, pero un portavoz de Vox Populi arengó a esos cabroncetes y le han quitado el acoplamiento de energía a más de la mitad de las naves de mis cargueros de comida de la Luna y los han escondido.

—¿Qué quieren? —pregunta Mustang.

—¿Aparte de que la luna se muera de hambre? Salarios más altos, mejores condiciones de vida... Las mismas tonterías de siempre. Dicen que vivir en la Luna es demasiado caro para sus sueldos. Bueno, ¡pues en la Tierra sobra sitio!

—Qué ingratos son esos sucios campesinos —dice mi madre.

—Capto tu sarcasmo, Deanna, y voy a optar por ignorarlo en honor a nuestros héroes recién llegados. Ya habrá tiempo para debatir a medida que avance la semana. De todas formas, soy casi una santa. Mi madre habría enviado a los grises a partirles la crisma por desagradecidos. Gracias a Júpiter que los hombres de hojalata todavía atacan a cualquier Vox que ven.

—Tienen derecho a negociar como colectivo —dice Mustang, que estira una mano para limpiarle un poco de hummus de la cara a la más pequeña de las hijas de Sevro, Diana—. Está escrito negro sobre blanco en el Nuevo Pacto.

—Sí, claro. Los sindicatos son la base del trabajo justo —masculla Victra—. Es lo único en que Quicksilver y yo estamos de acuerdo.

Mustang sonrío.

—Mejor. Vuelves a ser un modelo de la República.

—Dancer acaba de marcharse, no lo has visto por los pelos —dice Sevro.

—Ya me parecía a mí que apestaba a superioridad moral. —Victra va a beber un sorbo de su zumo y da un respingo de sorpresa. Baldur sigue de pie a su lado, sonriendo con demasiado fervor—. Ah, pero si todavía estás aquí. Largo, criatura.

Victra se besa los dedos y después se los pone a Baldur sobre la mejilla para empujarlo lejos de ella. El muchacho regresa como flotando junto a mi celoso hijo.

Más tarde, cuando los niños se van al viñedo a jugar, nos retiramos de nuevo a la gruta. Mi familia, tanto la de sangre como la elegida, me rodea. Por primera vez desde hace más de un año, siento que me invade la paz. Mi esposa me pone los pies en el regazo y me pide que se los masajee.

—Creo que Pax está enamorado de ti, Victra —ríe Mustang mientras Daxo le sirve una copa de vino.

La botella parece diminuta entre las manos de Daxo. Es todavía más alto que yo, así que tiene dificultades para permanecer sentado en su silla y, sin querer, no para de darme patadas en las espinillas por debajo de la mesa. Kieran y su esposa, Dio, se agarran de la mano en un banco junto al fuego. Recuerdo que, cuando yo era más joven, pensaba que Dio se parecía muchísimo a Eo. Pero ahora, a medida que va pasando el tiempo, la sombra del rostro de mi esposa se difumina y solo veo a la mujer que es el centro de la existencia de mi hermano. De pronto, Dio se precipita hacia delante para escapar de la lluvia de ascuas que Níobe provoca al lanzar otro tronco a las llamas. Thraxa se sienta en una esquina y enciende un cisco a hurtadillas.

—Bueno, Pax no podría tener mejor ídolo que su madrina —comenta Victra sin apartar la vista de su marido, que se está hurgando los dientes con una estilla de madera que ha arrancado de la mesa de exterior. Le da un golpe con el pie—. Eso es grotesco. Para.

—Lo siento.

—Sí, pero no paras.

—Es una ternilla, mi amor. —Se vuelve como si fuera a tirar la astilla, pero sigue hurgándose—. Ya está —dice con voz triste, y en lugar de deshacerse de la ternilla rescatada, la mastica y se la traga—. Ternera.

—¿Ternera? —Mustang se da la vuelta para mirar la mesa—. Hemos comido pollo y cordero.

Sevro frunce el ceño.

—Qué raro. Kieran, ¿cuándo comimos ternera por última vez?

—En la cena de los Aulladores, hace tres días.

Todo el mundo arruga la nariz en torno a la mesa. Sevro suelta una risita casi para sí.

—Entonces estaba bien curada.

Daxo niega con la cabeza y continúa dibujándole ángeles a Diana, que está sentada en su regazo admirando la obra del hombre. No es ningún tonto con el filo, pero es con el lápiz con lo que hace su verdadero arte. Victra mira a Mustang con impotencia por encima del vaso de zumo, desesperada con su marido.

—Prueba, cariño, de que el amor es ciego.

—Mickey puede arreglarle esa cara si estás cansada de mirársela —digo.

—Pues buena suerte, porque para eso tendrías que sacar a ese elfo decadente de su laboratorio —comenta Daxo. El hombre calvo observa el tridente de crueles púas que Diana ha añadido al ángel que le ha dibujado—. Por no hablar de sus admiradores. El septiembre pasado se trajo a la Ópera a toda una colección de criaturas. Fue casi como si un cuadro de El Bosco hubiera cobrado vida. Una de ellos hasta era actriz. ¿Te lo imaginas? —le pregunta a Mustang—. Tu padre se habría mordido la mejilla hasta agujereársela si hubiera visto a colores inferiores sentados en el Elorian.

—No es el único —dice Victra—. Hoy en día hay demasiado dinero nuevo. Los amigos de Quicksilver.

Se estremece.

—Bueno, el dinero no compra la cultura, ¿verdad? —replica Daxo.

—En absoluto, buen hombre. En absoluto.

A medida que se acerca la noche, los dedos naranjas del ocaso lento se abren paso trezándose entre los árboles. Me libero de la tensión de los hombros y me sumerjo más profundamente en mi copa mientras escucho a mis amigos charlar y bromear, rodeados de luciérnagas azules que titilan y acuchillan el crepúsculo de finales de verano con una luz violenta. Los árboles susurran más allá de la terraza; desde los jardines nos llegan los gritos de los niños y sus juegos nocturnos. Los abrasadores mares de arena de Mercurio me parecen muy distantes en estos momentos. Los hedores de la guerra están tan alejados de mi mente que no son más que volutas de sueños medio olvidados.

Así es como debería ser la vida.

Esta paz. Estas carcajadas.

Pero incluso en este instante noto que se me escapa entre los dedos como aquellas arenas remotas. Siento a los Guardias del León de la Casa de Augusto en la oscuridad del bosque, vigilando el cielo, las sombras, ayudándonos a permanecer dentro de la fantasía durante un instante más. Mustang me mira a los ojos y señala la puerta con un gesto de la cabeza.

Me obligo a separarme de mis amigos mientras los Telemachus realizan una interpretación conmovedora, ebria, de la canción de su familia, *El zorro de Summerfall*. Sigo a Mustang varios minutos después de que ella haya desaparecido en el interior de la casa principal. Los pasillos de la mansión son aún más viejos que los de la Ciudadela de la Luz. La historia es la argamasa de este lugar. Las paredes y las estanterías están decoradas con

reliquias de otros tiempos. Octavia llamaba hogar a este sitio cuando era niña. Su esencia permanece en las vigas, en el desván y en los jardines, igual que la de sus ancestros y la de su hijo. Es donde Lisandro habría jugado mucho antes de que su camino se cruzara con el mío. Siento la huella que los Lune han dejado en la casa. Al principio me parecía extraño vivir en la casa de mi mayor enemiga, pero, de toda la humanidad, ¿quién conocía mejor que Octavia las responsabilidades con las que cargamos Mustang y yo? En la vida, la detestaba. En la muerte, la comprendo.

Percibo antes la fragancia que la imagen de mi esposa. En nuestra habitación hace calor y la puerta se cierra detrás de mí, titubeante, contra un pestillo de metal oxidado. Hay una botella de vino abierta sobre la mesa de al lado de la chimenea, en cuyas ménsulas de piedra se han tallado las águilas y las lunas crecientes de la Casa de Lune. Las zapatillas de Mustang están tiradas en el suelo. El anillo de su padre y mi anillo de la Casa de Marte descansan en la mesa junto a su terminal de datos, que no para de destellar con nuevos mensajes.

Ella se ha hecho un ovillo en un sillón de nuestra veranda, como una bobina de hilo dorado, y está leyendo el desgastado libro de poesía de Shelley que Roque le regaló hace años, durante su verano de ópera y arte en Agea, después del Instituto. No levanta la vista cuando me acerco. Me quedo de pie detrás de ella, pensándome mejor lo de hablar, y le paso una mano por el pelo. Le presiono los músculos del cuello y la espalda con los pulgares. Sus hombros orgullosos ceden a mis dedos y Mustang le da la vuelta al libro sobre su regazo. Compartir una vida une más que la carne y la sangre juntas. Entreteje sus recuerdos con, entre y a través de los míos.

Cuanto más la conozco, cuanto más comparto de ella, más la amo de una manera en que el niño que fui no sabía amar ni por asomo. Eo era una llama

que bailaba agitada por el viento. Intenté agarrarla. Intenté sujetarla. Pero ella nunca estuvo hecha para que la contuvieran.

Mi esposa no es tan voluble como una llama. Es un océano. Supe desde el principio que no puedo ser su dueño, que no puedo domesticarla, pero yo soy la única tormenta que sacude sus profundidades y agita sus mareas. Y eso es más que suficiente.

Acerco los labios a su cuello y saboreo el alcohol y la madera de sándalo de su perfume. Respiro despacio y con tranquilidad, siento la ligereza del amor y la contracción silenciosa del mar de espacio que nos separaba. Parece imposible que alguna vez hayamos estado tan lejos. Que alguna vez haya existido un tiempo en el que ella era y yo no estaba con ella. Todo lo que es, todo olor, sabor, tacto, me hace saber que estoy en casa. Levanta el brazo y oculta los dedos esbeltos entre mi pelo.

—Te echaba de menos —digo.

—Claro que me has echado de menos —dice con una sonrisa pícaro. Hago ademán de sentarme junto a ella, pero chasquea la lengua—. Todavía no has acabado. Sigue masajeando, emperador. Te lo ordena tu soberana.

—Creo que se te ha subido el poder a la cabeza. —Levanta la mirada hacia mí—. Sí, señora —digo, y continúo masajeándole el cuello.

—Estoy borracha —murmura—. Ya noto la resaca.

—A Thraxa se le da bien hacer sentir a la gente que seguirle el ritmo es una obligación moral.

—Qué te apuestas a que mañana tenemos que raspar a Sevro del suelo del patio.

—Pobre Trasgo. Todo alma, nada de masa muscular.

Se echa a reír.

—A Victra y a él los he puesto en el ala oeste para que podamos dormir algo. La última vez, me desperté a media noche pensando que un coyote se

había quedado atrapado en el reciclador de aire. Te juro que, al paso que van, dentro de unos cuantos años serán capaces de poblar Plutón ellos solos.

Le da unas palmaditas al cojín que tiene al lado. Me siento junto a ella y la rodeo con los brazos. La brisa del lago susurra entre los árboles. En el silencio que compartimos, siento los latidos de su corazón y me pregunto qué verán sus ojos cuando mira hacia el cielo naranja por encima de las copas de los árboles.

—Dancer ha estado aquí —digo.

Emite un pequeño gruñido a modo de respuesta, para hacerme saber que le molesta que le recuerde el mundo que hay más allá de nuestro balcón.

—No está muy contento contigo.

—La mitad del Senado tenía cara de querer envenenarme el vino.

—Te lo advertí. La Luna ha cambiado desde que te fuiste. Ya no podemos seguir ignorando a los Vox Populi.

—Me he dado cuenta.

—Sin embargo, cuando aprobaron un acuerdo, les escupiste en la cara.

—Y ahora ellos me escupirán a mí.

—Parece que esa es la cama que te has hecho.

—¿Tienen votos suficientes para bloquear mi petición?

—Puede.

—¿Aunque tú hagas presión?

—Quieres decir «aunque yo te resuelva el problema».

No era una pregunta.

—Tomé la decisión correcta —digo—. Sé que es así. Y tú también lo sabes. Ellos nos saben cómo es la guerra. Tenían miedo de que los hicieran responsables del fracaso. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Cepillarme el pelo mientras ellos protegían su reputación?

—Tal vez deberías aprender de ellos.

—No voy a elaborar una encuesta en mitad de una guerra. Podrías haberlos vetado.

—Podría. Pero entonces asegurarían que estaba protegiendo a mi marido y el Vox ganaría todavía más apoyos.

—¿Los bronces y los obsidianos todavía están en juego?

—No. Caraval dice que los cobres te respaldarán. Los obsidianos harán lo que haga Sefi. ¿Qué elegiré ella? Tú lo sabrás mejor que yo.

—No lo sé —reconozco—. Estaba en contra de la Lluvia, pero vino conmigo.

Mustang guarda silencio.

—Crees que nos he disparado en un pie, ¿verdad?

—¿Dancer tiene algo más que pueda utilizar en tu contra?

—No —contestó.

Sé que no me cree. Y ella sabe que yo lo sé, pero no puede hacer más preguntas. A pesar de que quiero contarle lo de los emisarios, si lo hiciera la incriminaría también a ella. Sevro y yo acordamos que se trataba de un secreto que debe permanecer entre los Aulladores. Mustang estaría obligada por juramento a revelárselo al Senado. Y se esforzó mucho por honrar sus nuevos juramentos.

—Dancer no es el único que está enfadado conmigo —digo—. Pax apenas me ha mirado durante la cena.

—Ya lo he visto.

—No sé qué hacer.

—Yo creo que sí. —Se queda callada—. Nos estamos perdiendo todo esto —dice al final—. La vida. Recordaré para siempre la cena de esta noche. Las luciérnagas. Los niños en el patio. El olor a lluvia cercana. —Me mira—. Verte reír. No debería tener que recordarla. Debería ser una de miles.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que cuando mi mandato termine dentro de dos años, puede que no vuelva a presentarme. Tal vez deje que la antorcha pase a manos de otra persona. Y tú le pasas las riendas a Orión o Hárnaso. Puede que lo que queda no sea responsabilidad nuestra. —Una sonrisa minúscula, esperanzada, le curva los labios—. Volveremos a Marte y viviremos en mi finca. Criaremos a nuestros hijos con los de tus hermanos y dedicaremos nuestra vida a cuidar de nuestra familia, de nuestro planeta. Y tendremos cenas como esta todas las noches. Los amigos podrían entrar y salir de nuestra casa a su antojo. La puerta siempre estaría abierta...

Y un ejército tendría que protegerla de continuo.

Sus palabras se desvanecen en la noche, entre los brazos de los árboles bamboleantes, junto con la corriente del viento; se elevan hacia el cielo, adonde parece que van a parar todas las fantasías. Pero permanezco sentado a su lado, frío como una piedra, porque sé que no se cree nada de lo que dice. Hemos invertido demasiado tiempo en este juego para dejarlo. La agarro de la mano. Y mientras mi mujer guarda silencio y la fantasía se disipa, nuestro viejo amigo, el miedo, se encarama al balcón junto a nosotros, porque en el fondo, en los abismos más oscuros de nuestro ser, sabemos que Lorn tenía razón. A los que cenan con la guerra y el imperio, siempre les llega la cuenta al final.

Y casi como si el mundo estuviera escuchando mis pensamientos, alguien golpea la puerta con los nudillos. Mustang va a ver quién es, y cuando vuelve su expresión es la de la soberana, no la de mi esposa.

—Era Daxo. Dancer ha convocado al Senado a una sesión de emergencia. Han adelantado tu comparecencia a mañana por la noche.

—¿Y eso qué significa?

—Nada bueno.

4

LIRIA

Bienvenida a los mundos

Cielo.

Así llamaba mi padre al tejado de piedra y metal que se extendía sobre nuestro hogar en la mina de Lagalos. Así solíamos llamarlo todos, una generación tras otra de nuestro clan, desde los primeros pioneros. «El cielo se está desmoronando. Hay que reforzar el cielo».

Se extendía sobre nosotros como un escudo enorme, nos defendía de las legendarias tormentas de Marte que rugían en el exterior. Había danzas que celebraban el cielo, canciones que le deseaban suerte y bendiciones. Incluso conocía a dos muchachos a los que les habían puesto su nombre.

Pero el cielo no era un escudo. Era una tapadera. Una jaula.

Yo tenía dieciséis años de rodillas protuberantes y pecas cuando vi el cielo de verdad por primera vez. Tras la muerte de la soberana en la Luna, el Amanecer tardó seis años en expulsar a los últimos dorados de nuestro continente de Cimmeria. Y dos años más en liberar por fin nuestra mina del caudillo gris que, en ausencia de los dorados, estableció su propio reino diminuto.

Entonces el Amanecer llegó a Lagalos.

Nuestros salvadores se parecían más a unos bufones lunáticos de las Laureales que a soldados adornados con mechones de pelo gris y dorado y con emblemas de pirámides de hierro. Llevaban falces y yelmos rojos con puntas pintados en el pecho. Y delante de ellos caminaba un rojo cansado, con barba, lo bastante viejo para ser abuelo. Llevaba un arma de gran tamaño

en una mano y en la otra una bandera blanca hecha jirones con las catorce puntas de la estrella de la mañana. Se echó a llorar cuando vio las barrigas hinchadas y las pruebas esqueléticas de la hambruna que habíamos sufrido bajo el caudillo gris. Se le cayó el arma al suelo y, aunque era un extraño para nosotros, se acercó y me abrazó. «Hermana», me dijo. Después abrazó al hombre que tenía al lado. «Hermano».

Cuatro semanas más tarde, hombres y mujeres de rostro amable, ataviados con yelmos blancos y con estrellas de catorce puntas en el pecho, nos llevaron a la superficie. Nunca olvidaré sus ojos. Eran amarillos, marrones y rosas. Tenían botellas de agua, bebidas dulces y burbujeantes y caramelos para los niños. Y nos dieron gafas toscas marcadas con unos pies alados para proteger nuestros ojos cavernarios del sol. Yo no quería ponerme las gafas. Prefería ver con mis propios ojos el cielo auténtico y su sol. Pero una simpática enfermera amarilla me dijo que podría perder la vista. Así que me las puse.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, abandonamos una dársena atestada de barcos subiendo por una escalera de metal que desembocaba en una interminable llanura de hierba alta que vibraba con el zumbido de los insectos. Y entonces lo vi: azul e inmenso, tan grande que sentí que me precipitaba hacia él. El cielo de verdad. Y allí, suspendido como un ascua taciturna en el horizonte imposible, estaba el sol. Dándonos calor. Llenándome los ojos de lágrimas. Tan pequeño que podía bloquearlo con un pulgar. Nuestro sol. Mi sol.

Las naves de ayuda humanitaria de la República llegaron a la mañana siguiente, entre los coros de obscenidades que gritaban los jóvenes galanes y los muchachos. Aquellas naves estaban más limpias que cualquier otra cosa que hubiera visto en mi vida. Cuando arribaron me parecieron tan blancas

como los dientes de leche de mi sobrino. En sus vientres destellaba la estrella de la República. Para nosotros, entonces, la estrella significaba esperanza.

«Saludos del Segador —me dijo un soldado joven al entregarme una chocolatina—. Bienvenida a los mundos, muchachita».

«Bienvenida a los mundos».

En la lanzadera que nos alejó de nuestra mina, apareció un vídeo delante de cada uno de nosotros, un holograma tan vívido que pensé que podría tocar con los dedos la cara dorada que surgió en el aire. Ya la había visto antes, pero allí, volando en uno de sus barcos, parecía la de una diosa sacada de una de nuestras canciones. Virginia Corazón de León. Tenía los ojos de un dorado aterrador. El pelo como seda hilada apartado de un rostro sin poros. Brillaba con más fuerza que aquella pequeña brasa de sol. Y me hizo sentir poco más que la sombra de una chica.

«Hija de Marte, bienvenida a los mundos... —empezó con dulzura la joven soberana—. Estás a punto de embarcarte en un gran viaje hacia tu lugar legítimo sobre la superficie del planeta que tus antepasados construyeron. Tu sudor, tu sangre y la de tu gente le dieron vida a este planeta. Ahora te toca a ti compartir el regalo de la humanidad, vivir y prosperar en esta nueva República Solar y abrir camino para la siguiente generación. Mi corazón está contigo. Las esperanzas y los sueños de la gente de todos los rincones se alzan contigo. Buena suerte, y que tú y los tuyos encontréis la alegría bajo las estrellas».

Eso fue hace dos años y mil promesas rotas.

Ahora, bajo un sol ardiente, me acuclillo sobre el río escaso, ridículo, que hay más allá del Campo de Integración 121. Con la espalda encorvada y los dedos agarrotados, froto con un cepillo abrasivo unos pantalones que Ava ha ensuciado en su trabajo en los mataderos, donde mata ganado para llenar nuestra olla.

Mis brazos, que una vez fueron de un marrón ceniciento como los de la mayoría de los habitantes de Lagalos, ahora se ven enjutos, requemados por el sol y acribillados a picaduras por los insectos que surgen del fango del río. Los veranos de las Llanuras de Cimmeria son húmedos y están invadidos de mosquitos. He espantado a tres que habían encontrado un hueco en la pasta de flores.

Ahora tengo dieciocho años y unas mejillas rechonchas e infantiles que se niegan a abandonarme. El pelo me cae de la cabeza como una maraña espesa. Como un animal rabioso que intentara escapar de mi cráneo. No lo culpo. Las miradas nunca se detienen mucho sobre mí. Los chicos del equipo de perforación de mi padre solían llamarme Cangrejo de Río por el color de mis ojos. Papá siempre decía que Ava había heredado la belleza de la familia. Yo solo he heredado el carácter.

A lo largo de la ribera del río hay hombres y mujeres macizos, sólidos, cuarenta gammas de mi clan que tararean «La balada de la tonta de María Sangrienta». Mi madre solía tararearla mientras trabajaba. Las melenas de color rojo óxido emergen bajo los sombreros de ala ancha y los turbantes de telas brillantes. Lejos de la orilla, los pescadores holgazanean en las barcas y fuman tabaco mientras arrastran sus redes hacia el interior del río.

Los lambda ya no nos dejan usar las lavadoras de la República Solar del centro del campamento. Esos capullos creen que tienen derecho a hacerlo porque son del mismo clan que el Segador. Da igual que estén tan emparentados con él como yo con los murciélagos que por la noche salen de la selva para cazar a los mosquitos del campo.

Los barcos de la República Solar ya no suelen venir sin toda una escolta militar, pues los saqueadores de la Mano Roja campan por sus respetos en el sur. Los que vienen dejan caer los suministros desde el cielo en cajas con

pequeños paracaídas. Y los soldados que llegan a aterrizar en el campamento ahora sujetan armas en lugar de caramelos.

Lo vemos en las noticias de la HP todos los días. La Mano Roja saquea campos indefensos. Hijos secuestrados, padres asesinados y el resto destruido sin piedad. Aseguran que están ajusticiando a mi clan, los gamma, por ser los favoritos de nuestros anteriores opresores. En todos los campamentos que atacan, nos purgan como si fuéramos una cepa de ratas enfermas.

Ava cree que la República detendrá a la Mano. Que el Segador vendrá con sus legiones aulladoras y aniquilará a esos cabrones de una vez por todas. O algo así. Siempre ha sido una guapa tonta. La soberana nos sacó de la tierra y nos olvidó en el barro. El Segador hace años que ni siquiera pisa Marte. Tiene más preocupaciones que su propio color, al parecer.

Llena de picaduras de mosquito, levanto la cesta, me la coloco sobre la cabeza y regreso al campamento. Los zarpazos de electricidad de la tormenta que se acerca cargan la atmósfera. A lo lejos, al otro lado de la sabana teñida de verde, unos cumulonimbos enormes empiezan a magullar el cielo de morado y negro. Se están formando deprisa.

Más cerca del campamento, los montones de basura forman jorobas en el paisaje de un verde violento. Aquí y allá merodean los quemadores, niños ennegrecidos de hollín. Llevan trapos atados sobre la cara para protegerse mientras empapan con aceite de motor montañas de ropa y de basura infectadas por el brote de malaria. Las llamaradas ahogan el cielo con negras venas cancerosas.

Mi hermano, Tiran, está ahí fuera, entre esas pilas, con la cara tapada como los demás, mirando las llamas con los ojos entornados por una ficha a la hora. En la mina, él solo quería ser sondeainfiernos. Era lo único que queríamos ser todos. Muchas noches, yo bajaba de puntillas las escaleras, me ponía las botas y el casco de trabajo de mi padre y me sentaba a la mesa del comedor

con tenedores y cucharas metidos entre los dedos para fingir que manejaba una Garra Perforadora.

Pero entonces mi padre se cayó en un nido de víboras y perdió una pierna. Poco después, mi madre murió y el resto de mi padre se fue con ella. Yo creía que mi mundo era permanente. Que los demás miembros del clan siempre saludarían a mi padre con un gesto de la cabeza, que mi madre siempre estaría ahí para despertarme y darme una pizca de almíbar antes del colegio. Pero esa vida ya no existe. La promesa de la libertad atrae cada día a más mineros a la superficie. Y a su estela, grandes empresas de grandes ciudades compran las minas, que pasan a ser explotadas por robots con un talón plateado. Igual que ocurrió con la nuestra. Dicen que recibiremos una parte en cuanto genere beneficios. Todavía no hemos visto ni un mísero vale de medio crédito.

Un estruendo gutural brota del Campo de Integración 121 cuando franqueo sus puertas abiertas. Es un pueblo enfangado, de plástico, hojalata y mierda de perro. Ya somos cincuenta mil en un lugar pensado para veinte mil, y cada día llegan más. Plomizos escuadrones de mosquitos zumban a poca altura sobre la sopa de las calles en busca de carne que succionar. Todos los chavales con edad suficiente para sumarse a las Legiones Libres se han ido a la guerra. Y los chicos y las chicas que se quedan aquí hacen trabajos de mierda a cambio de fichas de comida para que los viejos no se mueran de hambre. Ya no quedan sueños infantiles de convertirse en sondeainfiernos, porque en este nuevo mundo ya no quedan sondeainfiernos.

5
LIRIA
Campo 121

Llego a la cabaña de mi familia siguiendo las chapas y tablones de madera que hacen las veces de camino sobre el barro. Me cuelo bajo la mosquitera justo cuando un trueno parte en dos el cielo sobre nuestras cabezas. La lluvia cae con fuerza, martillea los finos tejados de plástico de toda la calle angosta. Dentro de la cabaña seca, me recibe el aroma intenso de un estofado. Dejo la cesta junto a la puerta. Nuestra casa mide cinco por siete metros, está hecha de neoplast estampado con la estrella de la República y un minúsculo talón alado donde el plástico se topa con el suelo. Unas mamparas de plástico opaco que caen desde el techo la dividen en dos habitaciones pequeñas. La cocina y sala de estar en la parte delantera; las literas en la de atrás. Mi hermana Ava está acucillada junto a una cocinilla solar removiendo una olla. Se vuelve para mirarme mientras jadeo.

—O tú eres cada vez más rápida o las nubes cada vez más lentas.

—Un poco de cada, diría yo. —Me froto el costado para calmar el dolor y me siento a la pequeña mesa de plástico—. ¿Tiran todavía está quemando?

—Eso es.

—Pobrecito, se va a empapar. Maldita sea, aquí huele muy bien.

Inhalo el aroma del estofado. Ava esboza una sonrisa resplandeciente.

—Es que ha caído un poquito de ajo en la olla.

—¿Ajo? ¿Y cómo se les ha escapado a los lambda? ¿Ya no acaparan los cargamentos nuevos?

—No. —Vuelve a remover la olla—. Me lo ha dado uno de los soldados.

—¿Dado? ¿Porque tiene un corazón puro y bondadoso?

—Y no es lo único. —Se levanta la falda para presumir de dos brillantes zapatos azules. No los zuecos que envía el gobierno. Auténticos zapatos de cuero y goma de calidad.

—Maldita sea. ¿Qué le has dado tú a cambio? —pregunto asustada.

—¡Nada!

Ava frunce la nariz ante la acusación.

—Los hombres no hacen regalos a cambio de nada.

—Estoy casada.

Se cruza de brazos.

—Lo siento. Se me había olvidado —digo con mordacidad.

Su marido, Varon, es el mejor hombre que he conocido, pero está desaparecido. Se alistó como voluntario junto con nuestros dos hermanos mayores, Aengus y Dagan, en las Legiones Libres justo después de que llegáramos al campamento. La última vez que supimos de ellos fue a través de un panel intercomunicador de la Legión en Fobos. Los tres se apiñaron para entrar en la pantalla. Nos dijeron que iban a embarcarse con la flota Blanca hacia Mercurio. Parece que fue ayer cuando seguía a Aengus por los conductos de ventilación de Lagalos en busca de hongos para llenar su alambique.

—¿Dónde están los niños? —pregunto.

—Liam está en la enfermería.

—¿Otra vez?

Una punzada de pena me atraviesa de arriba abajo.

—Otra infección de oído —contesta—. ¿Podrías ir a hacerle una visita mañana por la mañana? Ya sabes cuánto...

—Claro —la interrumpo. Liam, su segundo hijo más pequeño, acaba de cumplir los seis y es ciego de nacimiento. Siempre ha sido mi favorito. Es un

encanto—. Le llevaré los caramelos que quedan si las otras ratas no los devoran antes.

—Lo malcrías.

—A algunos niños hay que malcriarlos.

Encuentro a mi sobrina, Ella, tapada en su carrito junto a la mesa. Está jugando con un pequeño móvil suspendido sobre ella, hecho con uno de los juguetes rotos de su hermano.

—¿Cómo está mi pequeña flor de hemanto esta terrorífica tarde de tormenta? —digo dándole unos toquecitos en la nariz. Se ríe y me agarra el dedo; después intenta comérselo—. Vaya boca tiene esta niña.

—Le daré de comer después de cenar. ¿Te importa echarle un vistazo al pañal de papá?

Mi padre está sentado en su sillón, viendo la HP que le robé a un lambda demasiado borracho para vigilar su tienda de campaña. Tiene los ojos nacarados y distantes, un reflejo de la niebla del canal sin emisión que se retuerce en la pantalla.

—Deja que te eche una mano, papá —digo.

Cambio de canal hasta que aparece una imagen de una gravimoto circulando a toda velocidad por encima de un desierto de Mercurio. Unos hombres malos persiguen al rebelde héroe azul, que se parece no poco a Collway y Char.

—¿Te parece bien esto? —pregunto.

Un trueno estalla en el exterior.

No me contesta. Ni siquiera me mira, así que me trago el resentimiento y trato de recordarlo como el hombre que solía llevarnos a las minas profundas. Encendía la hoguera de gas con las manos ásperas y susurraba historias de fantasmas sobre Goldback el Trepador Oscuro o el Viejo Shufflefoot con su

voz bronca. Las llamas del fuego cortaban el aire y él soltaba una carcajada hilarante al ver nuestras caras aterrorizadas.

No reconozco a este hombre... a esta criatura que lleva puesta la piel de mi padre. Solo come, caga y se sienta a ver la HP. Aun así, aparto la rabia de mí, sintiéndome un poco culpable por ella, y lo beso en la frente. Le remeto la manta un poco bajo la barba y doy gracias al Valle por que no haya manchado el pañal.

Oigo el estrépito de la puerta cuando los hijos pequeños de mi hermana entran en la casa, empapados de barro y lluvia. Después llega el hermano que nos queda, Tiran, oliendo al humo de las pilas de quemar. Es el más alto de la familia, pero está aterradoramente delgado. La mayoría de las noches parece un junco doblado, inclinado sobre los libritos que escribe para los niños. Los llena de historias de castillos, valles y caballeros voladores. Nos salpica con el pelo mojado e intenta darle un abrazo a Ava. Mi hermana presume de sus zapatos ante sus hijos celosos con falsa modestia. Mientras pongo los platos sobre la mesa, discuten con cuál de los colores azules más brillantes de las lenguas deberían describirse.

—¡Cerúleo! —deciden—. Como los tatuajes de Colloway xe Char.

—Colloway xe Char, Colloway xe Char —se burla Tiran.

—Warlock es el mejor piloto de los mundos —protesta Conn indignado.

Tiran se mofa.

—Me quedaría sin dudarlo con el Segador en un caparazón estelar contra Char en un alas ligeras.

Conn se pone las manos en las caderas.

—Tú eres tonto. Warlock lo haría saltar por los aires en pedazos ensangrentados.

—Bueno, son amigos, así que ninguno hará que el otro salte por los aires

de ningún modo —interviene mi hermana—. Están demasiado ocupados protegiendo a vuestro padre y vuestros tíos, ¿no os parece?

—¿Crees que papá los habrá conocido? —pregunta Conn—. A Char y al Segador.

—¿Y a Ares? —añade Barlow—. O a Wulfgar el Diente Blanco. — Entrechoca las manos con fuerza como si fuera un obsidiano amenazante—. ¡O a Dancer de Faran! O a Thraxa au...

—Sí, seguro que son muy buenos amigos. Y ahora a comer.

Cenamos apiñados en torno a la mesa de plástico mientras la lluvia aporrea el tejado. Apenas hay espacio para los cuencos y los codos, pero formamos círculos concéntricos alrededor de la sopa rala y charlamos sobre los méritos de los caparazones estelares frente a los alas rápidas en la atmósfera. Mi hermana sonrío cuando los niños dicen que hoy la sopa sabe mejor.

Después de cenar nos sentamos con papá para ver uno de sus programas. Parto la mitad de una chocolatina Cosmos en siete trozos para compartirla. Me guardo en el bolsillo mi trozo para dárselo a Liam y sonrío cuando veo que Tiran le da su parte a Ava. No es de extrañar que esté tan delgado. El programa es un noticiero. El presentador es un violeta que me recuerda un poco a los heliones, un pájaro tropical que vive de nuestra basura. Tiene una increíble mata de pelo blanco y una mandíbula con la que se podría tallar granito, pero unas manos delicadas en extremo para ser un hombre.

Ese hombre tan importante está informando sobre el Triunfo del Segador en la Ciudad de Hiperión. Todos mis sobrinos se propinan codazos mientras el hombre teoriza que la siguiente ofensiva será contra Venus para acabar con el Señor de la Ceniza y su hija, la Última Furia, de una vez por todas. Mi hermana lo escucha en silencio, acariciando sus zapatos nuevos. Hasta el momento, nuestros hermanos y su marido no han sido mencionados en la lista de víctimas que va apareciendo en la parte baja de la holopantalla.

Tiran se inclina hacia el mundo lejano. Siempre ha sido el más blando de nuestra familia y el más ansioso por demostrar su valía. Dentro de poco le llegará el turno. Cumple dieciséis de aquí a unos cuantos meses. Entonces dejará atrás todo este fango para marcharse a las estrellas. No puedo menos que estar ya molesta con él. Ninguno de ellos debería haber abandonado a su familia.

Los niños no perciben la desesperación silenciosa de mi hermana. Las imágenes de la HP bailan en los ojos rojos de los niños. El color. El espectáculo del Triunfo en la Luna. La gloria del más grande de los hijos del rojo junto a su esposa dorada —la soberana que tanto nos prometió—, que alza el puño apretado al aire mientras ambos aúllan. Mis sobrinos creen que ellos podrían ascender como el Segador. Son demasiado pequeños para ver que nuestra vida es la mentira que se oculta tras los focos.

—¡Segador! ¡Segador! —grita la multitud.

Los niños se suman a los vítores. Yo agarro a mi hermana de la mano mientras fulmino la HP con la mirada, recuerdo las promesas incumplidas y me pregunto si soy la única que echa de menos las minas.

Un rugido distante me despierta por la noche. La habitación está en silencio. El sudor me resbala por las piernas. Me incorporo en la cama y presto atención. Se oye un clamor a lo lejos. El ronquido de motores distantes. Los mosquitos zumban al otro lado de la mosquitera que rodea nuestras literas.

—Tía Liria —susurra Conn a mi lado—, ¿qué es ese ruido?

—Calla, cielo.

Aguzo el oído. Los motores se atenúan. Saco las piernas por un lado de mi litera. La respiración pausada de mi padre me llega desde abajo. Todavía está dormido. La cama de mi hermana está vacía. Al igual que el jergón sobre el que Tiran duerme en el suelo.

Salgo de mi cama y de la mosquitera con unos pantalones cortos y una camiseta de algodón empapada a cuenta de la humedad.

—¿Adónde vas? —pregunta Conn—. Tía Liria...

Sello la mosquitera a mi espalda con la cinta adhesiva.

—Solo voy a echar un vistazo, cariño —contesto—. Vuelve a dormirte.

Me pongo las sandalias y salgo de la habitación. Mi hermana ya está despierta, de pie cerca de la puerta y mirando a Tiran con nerviosismo mientras este se pone las botas.

—¿Qué pasa? —pregunto en voz baja—. Me ha parecido oír un barco.

—Seguro que no es más que algún cabeza de chorlito de la RS que ha pasado rozando el campamento —dice Tiran.

—Y una mierda —le espeto—. Hace un mes que un barco de suministros no aterriza.

—Baja la voz —sisea—. Van a oírte los pequeños.

—Bueno, si no te estuvieras poniendo tan idiota, no tendría que chillar.

—Parad ya los dos. —Ava parece inquieta—. ¿Y si es la Mano Roja?

Tiran se aparta el pelo enmarañado de los ojos.

—No te lledes las manos a la escafandra antes de tiempo. La Mano está centenas de kilómetros al sur. La República no permitiría que nadie penetrara en nuestro espacio aéreo.

—Como si eso significara algo —mascullo.

—Son los dueños del cielo —replica como si fuera un pretoriano.

—Ni siquiera son los dueños de sus propias ciudades —digo acordándome de los bombardeos de Agea.

Tiran suspira.

—Iré a echar un vistazo. Vosotras dos cuidad de la casa.

—¿Que cuidemos de la casa? —Me echo a reír—. Deja de decir tonterías. Yo voy contigo.

—No, claro que no —replica Tiran.

—Soy tan rápida como tú.

—Eso no tiene nada que ver, maldita sea. Soy el hombre de la casa —dice, y yo suelto un bufido—. ¿Te acuerdas de lo que le pasó a Vanna, la hija de Torron? Las chicas no deberían merodear por el sector de noche. Y menos las nuestras. —Se refiere a las gamma, y tiene razón. Conocía a Vanna desde que yo era pequeña. Cuando la encontraron era carne hecha jirones, le habían cortado las manos. La enterramos junto al borde de la selva que hay al sur del campamento—. Además, si me equivoco, tendrás que estar aquí para ayudar a Ava y a los pequeños. Iré a echar un vistazo y volveré enseguida. Lo prometo.

Se marcha sin decir nada más. Ava cierra la puerta tras él, se retuerce las manos y se sienta a la mesa de la cocina. Me siento a su lado y me pongo a hurgar en los rasguños del hule enfadada. «El hombre de la casa».

—Al cuerno con todo. —Me pongo de pie—. Voy a ir a echar un vistazo.

—¡Tiran ya se ha ido!

—Por favor. Si apenas le han bajado los testículos. Volveré en un momento.

Me dirijo hacia la puerta.

—Liria...

—¿Qué?

Coge la única sartén que tenemos en la cocina.

—Al menos llévate esto.

—¿Por si encuentro unos huevos? Vale, vale. —Agarro la sartén—. A lo mejor podrías tener preparadas agua y comida por si acaso.

Asiente y la dejo atrás.

La noche es tan lúgubre y húmeda como el aire en la boca de un fumador. Para cuando salgo del sector de los gamma y me adentro en el campamento

principal, una lengua de sudor me lame la parte baja de la espalda. Reina el silencio, salvo por el zumbido de los insectos. Un mustio lagarto del Gabón me contempla desde el tejado de una casa de refugiados mientras mastica una polilla nocturna. Las luces del extremo opuesto del campamento, donde se encuentran las plataformas de aterrizaje, resplandecen. A mi paso, los ojos atisban desde detrás de las mosquiteras de las puertas de plástico. Las calles están vacías. Siento un miedo que jamás llegué a sentir en las minas. Ya no me considero tan valiente como en nuestra cabaña.

Oigo una discusión de voces masculinas más adelante. Avanzo con cautela, agachada, hasta acucillarme detrás de un montón de contenedores de carga desechados. Dos embarcaciones pelícano de transporte han aterrizado sobre las plataformas de hormigón. Una de ellas lleva pintada la cara de una ágil modelo rosa que bebe de una botella de Ambrosia, una bebida de pimentón y cola que le ha provocado caries a medio campamento. Me sonrío y me guiña un ojo, con una boca llena de dientes blancos y relucientes. Las luces de los barcos brillan en la hora anterior al amanecer y dibujan la silueta del grupo de hombres de nuestro campamento que se han despertado y han ido a inspeccionar las naves aterrizadas. Mi hermano está entre ellos, deambulando en la parte de atrás, como avergonzado. De repente me siento culpable por haberme burlado cuando ha dicho que es «el hombre de la casa». No es más que un niño. Mi niño, mi hermano pequeño intentando ser mayor. Los hombres del clan están dialogando con otro grupo de hombres que han bajado por las rampas de los barcos. Estos últimos también son rojos, pero llevan armas y largas cartucheras cargadas de munición colgadas en bandolera sobre el pecho desnudo.

Los hombres nuevos están preguntando dónde pueden encontrar a los gamma. Se produce una discusión entre los miembros de nuestro campamento, y de pronto uno de ellos está señalando hacia nuestro sector.

Otro hombre le da un empujón, pero enseguida varios más comienzan a indicar no solo nuestras casas, sino también a Tiran y a otros cuantos gammas más del grupo. El resto de los hombres se aleja de mi hermano y de los otros tres gammas. El más bajo de los del barco dice algo, pero no alcanzo a oírlo. Uno de los gamma se abalanza sobre él justo cuando el tipo levanta un objeto largo y oscuro que llevaba a un costado. Una luz de color verde ácido se remueve en la esfera de munición de su rifle de plasma y después sale proyectada por la boca del arma como una bola ondulante que acuchilla la oscuridad. Atraviesa al hombre por la mitad, limpiamente. El gamma cae al suelo balanceándose como uno de los borrachos del sector. Me quedo paralizada. Mi hermano emprende la huida con el otro par de gammas. Uno de los forasteros levanta el rifle.

El metal chasca como una máquina de hilar rota.

El pecho de mi hermano estalla. Los demás hombres armados hacen añicos la noche tranquila con el fuego que destella y sangra desde sus armas. Tiran convulsiona, se sacude. No cae deprisa, sino que se tambalea un paso, dos pasos, y entonces otro disparo rompe el aire y él empieza a desplomarse. Le falta la mitad de la cabeza. Un gemido estruendoso me brota de las entrañas. El mundo entero pasa ante mis ojos a toda velocidad y se sume en el silencio mientras contemplo ese montículo oscuro sobre el barro.

Tiran...

El primero que le disparó se acerca al cuerpo de mi hermano y examina el cadáver con el arma de plasma. Después levanta la vista hacia mí, y el verde ácido del fuego ilumina un rostro como el de un demonio. No es un hombre. Es una mujer roja con la mitad de la cara cubierta por unas cicatrices terribles.

—¡Justicia contra los gamma! —Su voz está sincronizada con los

altavoces de los dos barcos que hay a su espalda y resuena en la noche—.
¡Muerte a los colaboradores! ¡Justicia contra los gamma!

6 EFRAÍN Ciudad eterna

Bostezo en la oscuridad húmeda. Me muero por un cisco, porque el inhalador de vapor que estoy succionando es casi tan satisfactorio como follar a través de una sábana de lona. Tengo el pie izquierdo dormido y el calcetín empapado de sudor dentro del calzado de goma. Mi brazo derecho está retorcido en una posición tan incómoda contra la piedra que mi cronómetro Valenti de imitación se me clava en el hueso de la muñeca con cada. Pulsación. Arterial.

Lo único que me ha mantenido cuerdo durante las últimas nueve horas han sido las hololentillas sin personalizar que le compré a ese cabrón con pinta de lémur, Kobachi, en el 198, el 56 y el 17 de Ciudad Vieja. Pero las lentillas han sufrido un cortocircuito y ahora tengo una abrasión corneal y, aún peor, un montón de tiempo que matar. Perfecto.

Intento estirarme, sin éxito. La caja de piedra no me ofrece mucho espacio para mover mis 1,75 metros de estatura. Mi mayor rencor contra los antiguos egipcios no es que fueran los pioneros en la instauración de la esclavitud de masas para llevar a cabo los trabajos públicos, sino que todos eran unos malditos enanos. Todavía huele a la pasa pocha que sacamos de aquí dentro ayer por la noche antes de la entrega.

Miro el reloj. Fue un regalo de mi difunto prometido. Uno de esos baratos y plateados que hacen de cualquier manera los inmigrantes de colores inferiores, medio ciegos, en talleres clandestinos ocultos en los sobacos de la Luna. Puede que en Ciudad de Tycho. Tal vez en Endymion o en la Masa. En

algún lugar a medio mundo de distancia del palpitante corazón de Hiperión, donde estoy sepultado ahora mismo. Él no sabía que era una falsificación, así que pagó casi el sesenta por ciento del valor de mercado, la mitad de su paga trimestral. Cuando me lo dio le resplandecía la cara. No tuve valor para decirle que podría haberlo comprado por el precio de una botella de vodka decente. Pobre muchacho.

Vuelvo a mirar el reloj. Ya casi es la hora.

Faltan dos minutos para la medianoche, solo unas cuantas horas de tinieblas antes de que Hiperión se zambulla en el último mes de oscuridad estival. Con luz o sin ella, los días nunca acaban de verdad en Hiperión. Los cuidadores del día se limitan a cerrar su puerta y a entregarles las riendas de la ciudad a las criaturas nocturnas. Bajo el gobierno de los dorados, esto no era precisamente un paraíso para los rosas. Pero ahora, cuando se apagan las luces, es la ley de la selva. En el exterior del museo, la ciudad caliente se desperejará y canturreará en la negrura sudorosa, preparándose para meterse en algún lío. En el Paseo Marítimo, iluminado por farolas, los ciudadanos decentes se escabullirán hacia sus complejos de viviendas privados para escapar del aullido de la música joven y del rugido de las bandas de motos voladoras que resuenan desde la Ciudad Perdida.

Hiperión. Joya de la Luna. La Ciudad Eterna. Es un hermoso desastre bélico. Hay tanto que mirar que solo puedes permitirte ver lo que quieres ver. Si pretendes mantener la cordura, es lo que hay.

Pero aquí, en el Museo de Antigüedades de Hiperión, tras unas gruesas paredes de mármol, hay un mundo que se rige por unas reglas distintas. Durante el día, manadas de escolares de colores inferiores y llenos de babas e inmigrantes marcianos y terranos se abren paso por los pasillos de mármol y restriegan las narices mocosas por las cajas de contención hechas de cristal. Sin embargo, por la noche el museo es una cripta fortificada. Impenetrable

desde el exterior, ocupada tan solo por un contingente de pálidos vigilantes nocturnos y por los habitantes difuntos de las criptas, las esculturas y los cuadros. La única forma de entrar era convertirse en uno de esos habitantes. Así que sobornamos a un estibador y nos colamos a hurtadillas a bordo de un carguero procedente de la Tierra cuando atracó en Atlas Interplanetaria. Un carguero que, da la casualidad, transportaba numerosas reliquias liberadas de la reserva privada de algún jefe supremo dorado en el exilio muerto o huido a Venus. Seguro que era el viejo Escorpio. Un montón de chucherías. Catorce cuadros de la Europa neoclásica, un cajón de urnas fenicias, veinticinco cajones de pergaminos romanos y cuatro sarcófagos.

Lo que ayer estaba lleno de egipcios momificados hoy está lleno de trabajadores por cuenta propia.

A estas alturas, los técnicos de mantenimiento ya estarán reuniendo a los robots que tienen a su cargo y trasladándose hacia el ala este. Un equipo de vigilantes de seguridad ocupa una oficina central en el sótano.

Tic. Tac. Tic. Tac.

Estoy harto de esperar. Harto del carrusel de pensamientos de mi cabeza. Clavo la mirada en el reloj, deseando que las manecillas avancen sobre esos engranajes baratos que pierden segundos todos los días. No puedo pensar en nada que no sea un fantasma y en que cada tic y cada tac me alejan más de él. Me alejan del ridículo peinado engominado hacia atrás que lucía porque pensaba que así se parecía más a una estrella de la holopantalla que me gustaba, y de las chaquetas Duverchi falsas que se ponía porque creía que ocultaban al campesino que había debajo. Ese era su problema: siempre intentaba parecer algo que no era. Siempre intentaba ser más. Eso al final lo devoró y lo escupió.

Saco el dispensador de zoladón de mi kit. Presiono el cilindro plateado y una pastilla negra del tamaño de la pupila de una rata cae sobre la palma de

mi mano. Es una droga de diseño especialmente buena. Es absurdo que sea ilegal. Incrementa los niveles de dopamina y reprime la actividad en la parte de la materia gris responsable de la empatía. Los equipos de operaciones especiales se tomaban los Zs como caramelos durante la batalla de la Luna. Si tienes que fundir una manzana de edificios, es mejor guardarte las lágrimas para cuando hayas vuelto a tu catre.

No me paso con la dosis. Un miligramo de moléculas aturde emociones se precipita por mi torrente sanguíneo. Los pensamientos sobre mi prometido pierden su dimensionalidad y se convierten en poco más que imágenes planas y monocromáticas de un recuerdo desvaído.

Tic. Tac. Tic. Tac.

Bip.

Hora de brillar. Presiono una vez mi intercomunicador. Me responden otros tres clics.

Después oigo el chirrido de la piedra, que comienza a moverse por sí misma. La luz azul del almacén que hay al otro lado se filtra a través de los resquicios cuando la tapa del sarcófago levita. Una masa oscura se cierne sobre mí y sujeta la tapa de piedra en el aire como si estuviera hecha de neoplast.

—Buenas noches, Volga —le susurro agradecido a la mujer gigantesca.

Me incorporo y noto una serie de crujidos satisfactorios cuando estiro la médula espinal. Mi cómplice obsidiana, que tiene la mitad de años que yo, sonrío y deja entrever una dentadura destrozada por un arreglo de mala calidad. Al contrario que en el caso de los obsidianos de hielo, el rostro de Volga está desprovisto de los densos callos causados por el viento que suelen ocultar la pendiente de los pómulos. Volga es pequeña para ser una obsidiana, está delgada y mide unos irrisorios dos metros. Su aspecto hace que parezca menos amenazante que el cuervo medio. No era la intención de

sus creadores. Nació en un laboratorio, por cortesía de un programa de cría de la Sociedad. La pobre muchacha no estuvo a la altura del resto de la cosecha y la mandaron a la Tierra a hacer trabajos forzados.

La conocí hace cinco años en un muelle de carga a las afueras de Ciudad del Eco. Yo acababa de entregarle un artículo a un coleccionista y tenía que celebrarlo con unos cuantos cócteles. Diez copas más tarde, Volga me encontró tirado en un charco de mi propia sangre, de dos centímetros de profundidad, en un callejón, atracado, sajado y dado por muerto por dos dientesnegros de la zona. Me llevó a un hospital y yo le devolví el favor llevándola a la Luna, el único lugar al que de verdad quería ir. Desde entonces me ha ido siguiendo de un lado a otro. Enseñarle el negocio es mi pequeño proyecto personal.

Volga también lleva puesto un traje negro de neoplast para ocultar su huella térmica. Sigue sujetando la tapa del sarcófago por encima de mi cabeza, en la penumbra del almacén del museo.

—Ya puedes dejar de presumir —mascullo.

—No te pongas celoso de que yo pueda levantar cosas que tú serías incapaz de mover, hombre diminuto.

—Chis, ¡no ladres tan alto, maldita sea!

Esboza una mueca de arrepentimiento.

—Lo siento, creía que Cira había desconectado el sistema de seguridad.

—Tú cállate —le ordeno irritado—. No des saltos en un campo de minas.

El viejo refrán de la legión hace que me sienta aún más viejo que el dolor antiguo que siento en la rodilla derecha.

—Sí, jefe.

Avergonzada, suelta la piedra con delicadeza y luego tiende una mano para sacarme. Gruño. Aun con el Z, noto hasta la última copa, esnifada y calada de mis cuarenta y seis años. Culpo a la legión por haberme robado más de un

cuarto de ellos. Y al Amanecer por birlarme otros tres antes de que espabilara y saliera pitando de allí. Y después a mí por haber pasado todos los demás como si siempre fuera a haber más al final del arcoíris.

No necesito un espejo para decirme que soy un modelo de segunda mano de mí mismo. Tengo la delatora cara inflada de un hombre que se ha pasado con la botella y un cuerpo ligero que ni siquiera una década en los gimnasios de gravedad de la legión logró ensanchar.

Recojo los envoltorios verdes de mi cena a base de cubos de solomillo y alga venusina rojiza y rocío un bote de aerosol de DNA en el sarcófago antes de guardarme el bote y la basura en la mochila. Me subo la capucha facial de mi mono y le hago un gesto a Volga para que se ponga la suya. Encontramos a los otros dos miembros de mi equipo detrás de un montón de cajones de cuatro metros de altura, acucillados delante de la puerta de seguridad que lleva al exterior del almacén.

—Lo mejor de la noche —dice Dano sin siquiera volverse a mirarme. Es el balconero de mi equipo, un joven rojo y lleno de granos—: Oía los crujidos de tus rodillas a cien metros de distancia, Hombre de Hojalata. Necesitas que les echen un poco de grasa callejera. Conozco a un canalla de un desguace que te lo arreglaría bien.

Los ignoro a él y a su excesiva familiaridad de terrano.

Necesito más socios de la Luna. Joder, hasta aceptaría a un marciano gruñón. Los terranos son siempre demasiado habladores.

Mi cerrajera verde, Cira, otra terrana, está de rodillas manipulando el interior de la cerradura biométrica. Tiene las herramientas desplegadas en el suelo cerca de la puerta, desde donde nos apoyará. Está un poco inquieta. No suele gustarle pisar el escenario. La he contratado de manera esporádica a lo largo de los últimos años, pero no somos amigos. Es como la mayoría de los limas: petulante y egoísta, con un procesador en lugar de corazón. Se muestra

desagradable en especial con Volga. Me da igual. A los nueve años llegué a la conclusión de que la mayor parte de las personas son unas mentirosas, unas cabronas o estúpidas del todo. Es una buena hacker, y eso es lo único que me importa. Son muy pocos los que trabajan por cuenta propia estos días. Las empresas, tanto las ilegales como las respetables, están acaparando todo el talento.

Tanto Cira como Dano son bajos, y la única manera de distinguirlos entre sí cuando llevan puesto el mono con capucha es la considerable panza que adorna el abdomen de Cira; eso, y que Dano está haciendo el spagat, estirando para su papel en la obra, al mismo tiempo que tararea una necia cancioncilla roja en voz baja.

Dano me molesta menos que Cira. Lo conozco desde que era una rata callejera recién salida de un barco procedente de la Tierra. Se dedicaba a robar carteras en el Paseo Marítimo y tenía más acné en la cara que pelo en la cabeza.

Cira sigue manipulando las entrañas de la puerta. En la mano izquierda sujeta un conector de salida que transmite una señal inalámbrica desde la puerta hasta el hardware instalado en su cabeza. Dos lunas crecientes de metal atestadas de hardware y dos enlaces ascendentes con cables incrustados en su cráneo salen de sus sienes, pasan por encima de sus orejas y regresan a la base del cráneo. Veo su bulto bajo la capucha térmica.

—¿La alarma de la puerta? —le pregunto cuando se aparta de ella.

—Apagada, claro —replica con la voz amortiguada por la capucha—. El sello magnético está inutilizado. —Dirige la mirada hacia Volga, que se ha agachado para sacar su rifle de asalto compacto del maletín negro—. ¿Piensas romper tu norma esta noche, cuervo?

—Un momento, ¿estamos a favor del asesinato? —pregunta Dano entusiasmado.

—No. No vamos a romper ninguna regla —contesto—. Pero si llega la ocasión, la dama pálida es mi póliza de vida andante y parlante. Ya sabéis lo que se dice. El infierno no ha furia como la de una mujer con un cañón de riel.

Volga ensambla el rifle negro con las manos enguantadas. Libera tres cartuchos de munición curvados y se los pega a la parte exterior del traje con cinta adhesiva. Cada cartucho está marcado con un color que señala el tipo de proyectil: veneno paralítico, alterador eléctrico, descarga alucinógena. Nunca balas mortíferas. Es una putada lo de tener como guardaespaldas una máquina de matar que se niega a matar.

Yo no tengo esas reservas. Me llevo una mano al arma que tengo en la cadera para asegurarme de que la funda de la pierna está bien ajustada. A estas alturas ya es un acto reflejo. Vuelvo a mirar a Cira.

—¿Vas a obligarme a preguntar por el resto de las alarmas?

—La lima no ha podido desconectarlas todas —dice Dano desde el suelo, con la pierna contorsionada por detrás de la cabeza para estirar los tendones de la corva de una forma un tanto extraña.

—¿Eso es cierto?

—Sí —murmura Cira.

Dano me mira, con la cara escondida bajo el plástico negro y ajustado de su traje térmico.

—Ya te dije que tendríamos que haber contratado a Geratrix.

—Geratrix ahora es del Sindicato —mascullo.

Dano agacha la cabeza para fingir tristeza.

—Otra para el maldito negro.

—No es culpa mía —dice Cira en voz baja—. Han actualizado el sistema. Los nuevos protocolos vienen del gobierno. Tardaría casi treinta minutos en

entrar. Mierda, un equipo de hackers astrales de la República tardaría por lo menos doce...

Levanto una mano.

—¿Oís eso? —susurro. Aguzan el oído—. Es el ruido de tu parte al partirse por la mitad.

—¿Por la mitad?

—Medio trabajo, media paga.

Cira tiene un mal genio de mil demonios. Baja la mano hacia la multiarma que lleva en la cadera. Sin embargo, Volga da un paso hacia ella y de pronto Cira parece un gatito que ha oído un trueno. Clavo una rodilla en el suelo ante la verde.

—No es culpa mía —repite.

Le levanto la barbilla para que me mire.

—Tranquilízate y explícame cuál es el problema. —Chasqueo los dedos—. Es para hoy, basura.

—No puedo acceder a los sistemas de la exposición de los conquistadores —reconoce.

—¿De ninguna forma?

—Están en un servidor aislado. Ahí dentro hay verdaderas reliquias, seguridad de verdad.

Noto un espasmo de irritación en el párpado izquierdo. Maldita sea. Dano va a tener que hacer unas cuantas acrobacias.

—Ya sabes cómo detesto las sorpresas, Cira...

—Ya te dije que tendríamos que haber traído los gravicinturones —dice Dano.

—Vuelve a decir «Ya te dije» y verás lo que sucede. —Me mira a los ojos. Después baja la vista hacia el suelo. Ya me parecía a mí—. Los guantes de araña bastarán. Poneos los recicladores. —Dano, Volga y yo sacamos los

recicladores de aire de nuestras bolsas y nos los colocamos sobre el agujero de la boca del traje térmico—. Confío en que al menos hayas arreglado lo de las puertas.

Cira asiente.

—Treinta segundos en cada sala —les recuerdo mientras Volga se echa el arma a la espalda y se encamina hacia la puerta.

Dano abandona sus estiramientos y se pone de pie y Volga pone un imán plano y de gran tamaño en la puerta. Se oye un ruido sordo cuando se pega al metal. Nos quedamos mirando el imán mientras el ruido reverbera. Nuestras voces no se habrán oído al otro lado de la puerta, pero puede que eso sí. Miro a Cira. Hace un gesto de negación con la cabeza. Los niveles de decibelios eran demasiado bajos. Con todo despejado, Volga rodea el pomo de la puerta con sus mitones inmensos.

Mi cuerpo le da la bienvenida a la adrenalina y la absorbe como si fuera agua sobre el asfalto resquebrajado. Miro el reloj y no siento nada. Mi atención se reduce al aquí y al ahora. Sonrío.

—Más vale que nadie se haga un puto esguince en el tobillo —les advierto mientras caliento las piernas—. Vamos, V. Hora de brillar.

Volga tira de la puerta y la empuja hacia el interior de la pared.

—*Y la primera red ha caído* —dice Cira en nuestros intercomunicadores.

Dano es el primero en salir al pasillo, con unos zapatos que amortiguan el ruido. Yo lo sigo y me vuelvo para ver si Volga cierra el grupo. Está justo detrás de mí, inesperadamente silenciosa a pesar de su tamaño. Cira se queda atrás, controlando los sistemas de seguridad y el nivel de los vigilantes.

Al final de un estrecho pasillo de personal hay otra pesada puerta de seguridad.

—*Esperad* —dice Cira—. *La segunda red ha caído. Veintinueve, veintiocho...*

Volga pone una palanca mecánica bajo la puerta y la activa. La puerta se desliza hacia arriba tras estremecerse a la vez que la palanca. Reptamos por debajo de la puerta. Hay un cuadro de un furioso caballo de batalla uncido a un carro suspendido a medio camino del techo. En el carro hay un arquero que dispara a unos hombres con armaduras de bronce y cascos con crines de caballo. Me pongo de pie a toda prisa para echar un vistazo en torno a la enorme sala. Unos niños de piedra llorosos nos escudriñan desde las columnas florales. Frescos de gran tamaño explotan de color a lo largo de las paredes de mármol. Los sensores de presión, las cámaras y los láseres no tardarán en conectarse de nuevo.

—*Veinte.*

Un sentimiento de nostalgia me invade mientras cruzamos la sala a toda velocidad. Parece que fue ayer cuando estuve aquí como súbdito de la legión. Recuerdo que para llegar al centro de la ciudad subí al tranvía llevando esa insignia de la pirámide alada que nos dan, que me hinchaba como un pavo cada vez que un color superior me saludaba con un gesto de la cabeza o que un color inferior se apartaba de mi camino. Qué chaval más estúpido. Creía que aquella insignia lo convertía en un hombre. Pero tan solo lo convertía en una mascota. Y hoy en día solo conseguiría que te arrancaran la cabellera.

—*Ocho, siete...*

Tres pasillos y un pinchazo en el costado más tarde, por intentar seguir el ritmo de los jóvenes miembros de mi equipo, llegamos a la exposición de los conquistadores. Allí también abrimos la puerta sirviéndonos de la palanca y reptamos por debajo de ella. Con cuidado, nos colocamos sobre una estrecha franja de metal, justo antes de llegar al suelo de mármol que tiene los sensores de presión integrados.

La sala es tan imponente como sus contenidos. Construida por dorados extáticos para conmemorar a los psicóticos de sus antepasados que

conquistaron la Tierra, es grandiosa y brutal, y la República no la ha modificado salvo por unos cuantos cambios leves. Hay representaciones de humanos precolor junto a estadísticas de víctimas. Ciento diez millones de personas murieron para que los dorados gobernaran. Después sus bombarderos dejaron caer soloceno en la troposfera y castraron a toda una raza. Ni siquiera tuvieron que convertirlos a la jerarquía de los colores. Solo tuvieron que esperar un siglo a que se extinguieran. Un genocidio sin derramamiento de sangre. Eso sí que hay que reconocérselo a los conquistadores. Eran eficaces.

Capullos.

En el centro de la sala, bajo un arco de piedra con la leyenda «EXPOSICIÓN DE LOS CONQUISTADORES», veinte columnas jónicas antiguas bordean una escalera ascendente. Al final de la misma se erige un templo délfico, y dentro de este, tras reliquias de valor incalculable encerradas tras durocristal, se encuentra el objeto del deseo de mi coleccionista. Es una espada del primer señor dorado, un filo que perteneció al gran cabrón, al héroe de los conquistadores, Silenio au Lune. El Portador de Luz.

—Pues no da tanto miedo —dijo Dano cuando conseguimos el contrato.

Sonreí y señalé a Volga.

—¿Y si la estuviera sujetando ella?

—Ella daría miedo aunque estuviera sujetando una maldita magdalena.

—Si tuviera una magdalena me la comería —dijo Volga.

El filo se halla detrás de dos dedos de durocristal, y se lo ha prestado al museo un coleccionista privado hasta dentro de solo una semana más. El Día de la Liberación es el momento perfecto para que desaparezca. Volga y yo estudiamos el techo de la sala en busca de la señal delatora de un garaje para drones. La vemos en la esquina superior izquierda de la habitación: una pequeña trampilla de titanio empotrada en el mármol. Le hago un gesto a

Volga, que se pone los guantes de araña y salta hacia la pared. Los guantes se adhieren al mármol y la obsidiana trepa por la pared hasta situarse debajo de la puerta del garaje. Saca cuatro nódulos de láser de su mochila, los reparte a ambos lados de la puerta y los activa. Dos láseres verdes se entrecruzan sobre la puerta. Me hace un gesto de aprobación con los pulgares y busca más garajes.

Le doy un empujoncito a Dano. Le toca.

El chico hace un bailecito irónico de dos pasos sobre la estrecha franja de metal del umbral y se encarama a la pared con sus guantes de araña, después se da impulso con las piernas y da una vuelta hacia atrás para caer encima de una urna de cristal que contiene un casco de guerra dorado. Se sujeta, se da la vuelta y después va saltando como una rana de urna en urna hasta que puede tomar impulso hacia una de las columnas jónicas. Choca contra ella a media altura, la abraza y trepa hacia arriba. Mientras Dano se mueve, yo activo, a través de mi terminal de datos, el autopiloto que espera en un garaje a cinco kilómetros de distancia. Conduce de manera autónoma entre el tráfico en dirección al museo. Dano avanza por las columnas como una especie de pulga humana hasta llegar a situarse justo encima de la vitrina de cristal. Se deja caer y da una vuelta en el aire para aterrizar a cuatro patas de una forma que hace que me duelan las rodillas solo de verlo.

Se pone de pie y hace una reverencia odiosa antes de sacar su cortadora láser de la mochila. El cristal destella mientras Dano corta un agujero circular sobre su superficie. A continuación, con una sonrisa triunfal, extrae la hoja y la levanta.

La alarma comienza a sonar en el momento previsto.

Una frecuencia aguda ulula por los altavoces. Nos destrozaría los tímpanos si no lleváramos tapones sónicos. Pero así no es más que el molesto gemido de un perro hambriento. Una segunda puerta de seguridad se cierra a nuestra

espalda y nos deja encerrados en la sala. Del techo descienden dos nódulos que empiezan a bombear gas incapacitante. No sirve de nada, pues tenemos los recicladores activados. En lo alto de la pared, la puerta del garaje de drones se abre y un dron de metal se precipita desde su escondite, directo hacia la rejilla de láseres de Volga. Cae humeando al suelo dividido en cuatro trozos. Un segundo dron lo sigue y corre la misma suerte mientras Volga apaga las cámaras a tiros. En las ventanas, unas puertas de seguridad de metal bajan para evitar que salgamos de la sala. Todas estas variables están sucediéndose tal como lo había planeado. Y una depresión profunda e informe recae sobre mí cuando la adrenalina se desvanece.

—Cerrajera, busca la salida —farfullo por el intercomunicador.

Volga abandona su puesto en la pared para venir a mi lado. Se mueve con nerviosismo, ya que todavía es lo bastante joven para sentirse impresionada por esto. Dano vuelve hasta el arco saltando de columna en columna, donde grafitea una obscenidad con su taladro láser.

—¿El filo? —pregunto.

Él lo hace girar con una mano. Está diseñado para una persona el doble de grande.

—Un estimulador sexual bastante feo.

—El filo —repito.

—Claro, jefe.

Me lo lanza por el aire con despreocupación. Lo cojo al vuelo. La empuñadura es demasiado grande para mi mano. El exterior es de marfil auténtico y tiene incrustaciones de filigranas de oro. El resto es salvajemente barato. Cuando adquiere la forma de látigo se enrolla como una serpiente delgada, dormida. Ansioso por librarme de él, lo meto en un maletín de espuma y lo guardo en mi mochila.

—Muy bien, niños. —Abro la lata de ácido y lo vierto sobre el suelo de

mármol—. Hora de irse.

7

EFRAÍN

El árbitro

La mañana posterior al golpe, el día que menos me gusta del año, vacío el vodka de mi copa mientras espero a que el árbitro termine su inspección. —Bueno, ¿hay ya un veredicto? —pregunto sin molestarme en ocultar mi impaciencia.

El hombre delgado se empeña en mantener su ostentoso silencio en el escritorio sobre el que está encorvado desde hace casi una hora. Es uno de esos aguanieves, un blanco sobreactuado. Esos imbéciles anémicos piensan que por fingir cierto aire de frialdad, esconderse detrás de contratos y comerciar igual que las arañas se ocultan y esperan detrás de sus telas, son profundos. A doscientos los sentenciaron a cadena perpetua en la Fondoprisión durante los juicios de Hiperión por su papel en el sistema judicial dorado. Deberían haber sido diez mil. Al resto los salvó la amnistía declarada por la soberana.

Aburrido, inspeccionó el resto del ático. Es de un buen gusto fastidioso, emperifollado con esa ostentación contenida tan popular entre los altos círculos de la Luna: decoración minimalista con suelos de cuarzo rosa y grandes ventanales con vistas al destellante paisaje nocturno. En una luna donde tres mil millones de almas claman por respirar unas encima de otras, solo los que son ricos hasta la ofensa pueden permitirse el lujo de desperdiciar el espacio.

Me recuerda a muchos de los pisos decadentes con los que me encontraba

cuando era investigador de reclamaciones de gama alta para Seguros Piraeus antes del Amanecer. En la época en la que formaba parte del servicio.

Los colores superiores miraban a los grises por encima del hombro porque éramos los que nos encargábamos del trabajo sucio. Todos los demás nos tenían miedo, porque durante setecientos años habíamos sido la navaja multiusos del Estado. ¿Los obsidianos? Fenómenos circenses, todos ellos. Los grises sí trabajamos. Somos adaptables, eficaces y nos han educado en la lealtad sistemática. Para la mayoría de ellos las cosas han cambiado muy poco: nuevos dueños, el mismo collar.

Bostezo. Estoy pensando demasiado una vez más, así que me tomo un zoladón, me pongo de pie y paseo de un lado a otro mientras la droga, con una mano fría, distante, reconduce de nuevo mis pensamientos errantes hacia el hombre que me ha contratado.

Oslo, si es que ese es su verdadero nombre, es una criatura inofensiva, meticulosa en extremo, con un terrible sentido de la calma que bordea en lo robótico. Esbelto, y con aspecto profesional con su túnica de trabajo blanca, de cuello alto y almidonado y mangas hasta los nudillos. Su piel es negra como la tinta de un calamar. Está calvo y los iris de sus ojos son de un blanco inquietante. Se ajusta el monóculo en el ojo derecho.

—Creo que este es el artículo que solicitó mi cliente —dice en un armónico tono de barítono.

—Tal como te había dicho. ¿Podemos cerrar ya este asunto?

Se inclina de nuevo sobre la hoja por última vez antes de enderezarse y envainarla con mucho cuidado en un maletín metálico de gel aislante.

—Ciudadano Horn, como siempre, has entregado el artículo solicitado con puntualidad. —Oslo se vuelve hacia mí al mismo tiempo que teclea en su terminal de datos—. Notarás que la cantidad convenida se ha depositado en tu cuenta de la Ciudad del Eco.

Saco mi propia terminal de datos para comprobarlo. Enarca la ceja derecha.

—Confío en que todo esté a tu gusto.

—Sep —mascullo.

—¿Sep? —pregunta con curiosidad—. Ah, «sí» en jerga de la legión. Denota una afirmación, por lo general se emplea para transmitir un sarcasmo afirmativo a un oficial que no cae bien.

—Se llama «lengua de perros», no «jerga de la legión» —digo.

—Por supuesto. —Se lleva una mano al pecho—. De hecho, la estudié en profundidad. Supongo que se me podría considerar un entusiasta de lo militar. De las tradiciones, de la organización. Merrywater *ad portas* —dice con una sonrisa.

Es la frase que siete siglos de legionarios han gritado en memoria de John Merrywater, el estadounidense que estuvo a punto de cambiar el curso de la conquista al invadir la Luna: un recordatorio de que el enemigo siempre está a las puertas.

Lo dejo pasar, pues me acuerdo de algo que el Señor de la Ceniza le dijo a mi cohorte durante el discurso de despedida: «Aquellos a los que protegéis no os verán. No os comprenderán. Pero vosotros sois el muro gris que se interpone entre la civilización y el caos. Y ellos están a salvo bajo la sombra que vosotros proyectáis. No esperéis alabanzas ni cariño. Su ignorancia es prueba del éxito de vuestro sacrificio. Para aquellos que servimos al Estado, el deber debe ser su propia recompensa».

O algo así. Buena forma de construir la marca. Funciona como un conjuro sobre una materia gris de dieciséis años.

—Vale, ¿y qué viene ahora en la lista de tu misterioso contratante? —pregunto—. ¿La espada de Alejandro? ¿La Carta Magna? ¿El corazón

ennegrecido de Kuthul Amun? Ya sé: las bragas de la soberana. Si es que lleva...

—No habrá nada más.

—Entre tú y yo, yo dudo que lleve... Espera, ¿qué?

—No habrá nada más, Ciudadano Horn —dice Oslo, que levanta el maletín que contiene el filo.

—¿Nada?

—Correcto. Esta relación profesional ha resultado muy satisfactoria para mi cliente, pero esta pieza será la adquisición final que completa su colección. Por lo tanto, concluiremos nuestra afiliación. Tus servicios no serán requeridos en el futuro.

—Bueno, mi cuenta corriente lamenta verte marchar —digo con un desagradable sentimiento de vacío al saber que no tengo ningún trabajo a la vista. Es la primera vez en tres años que no tengo nada en la reserva—. Pero las cosas buenas no pueden durar para siempre, ¿no? —Me pongo de pie y le tiendo la mano al blanco, más alto que yo. Me la estrecha con delicadeza y yo aprieto. Los anillos de platino que llevo en el índice se le clavan en la piel tan fina como un pañuelo de papel—. Entonces, ¿ni siquiera ahora vas a darme una pista de para quién he estado robando todo este tiempo? —Aparta la mano de golpe y lo miro con los ojos entornados—. Solo una pista.

Oslo se me queda mirando con intensidad.

—¿Por qué la curiosidad mató al gato? —me pregunta.

—¿Decir adivinanzas forma parte de las exigencias del puesto?

Sonríe.

—Porque el gato se topó con la anaconda.

Merodeo por la suite después de que Oslo se marche, el tiempo suficiente para suavizar la dureza de sus palabras con un par de copas más de vodka. Al

otro lado de la ventana, mi ciudad de torres se retuerce de dolor. A oscuras es más bonita.

Absorto, echo un vistazo al contenido de mi agenda de direcciones en busca de alguna distracción. Es un mar de residuos: cuerpos que he explorado, relaciones que he alargado más allá de la crispación. Y flotando en medio de ese desdichado mar digital, de pie ante la ciudad que nunca duerme, siento el avance oscuro y sigiloso de la desesperación. Me sirvo una última copa, deseoso de que el aturdimiento se expanda.

Medio día más tarde, después de una siesta y de un plato de fideos terranos para intentar recuperar la sobriedad, me reúno con mi equipo para desembolsar los fondos, aunque no puede decirse que me apetezca estar acompañado, teniendo en cuenta la fecha que es. Están apiñados en un reservado de un bar pijo del sur del Paseo Marítimo, en la frontera con la Ciudad Vieja, bebiendo cócteles de colores vivos. Volga hace girar una sombrilla rosa entre los dedos ingentes. El bar está situado dentro del esqueleto destripado de un antiguo dirigible publicitario que alguien ha renovado en un intento por comercializar la ironía. Parece que funciona, a pesar del racionamiento de guerra. Está atestado de soldados, de grupos de plateados impecables y trajeados, de verdes y cobres convertidos en nuevos ricos. Todos los que estaban situados cerca de los botones apropiados para hacer dinero cuando se abrió el mercado libre, ahora rodeados por las pandillas que los sirven como buitres de plumas brillantes. La mayoría son colores medios, y ha habido más de unas cuantas miradas inquietas en dirección a Volga. La corpulenta muchacha me ha pedido algo que se llama Furia Venusina. Es tan oscuro como su tocaya, Atalantia au Grimmus, y sabe a regaliz y a sal. Tiene algo que hace que la parte anterior de los ojos me vibre y que la entrepierna se me hinche.

—¿Qué te parece? —me pregunta esperanzada.

—Sabe como el culo del Señor de la Ceniza.

Lo aparto. Volga mira la mesa, desconsolada. En mi estado de abotargamiento, la pena tarda en llegar, y es leve cuando lo hace. Odio este tipo de bares.

—¿Y tú tienes idea de cómo sabe el culo del Señor de la Ceniza? —pregunta Cira.

—Mira lo viejo que es —interviene Dano, que dejar de mirar por un momento a una preciosa jovencita rosa que hay en la barra, que a su vez contempla con nerviosismo los piercings nasales de Dano. El chico tiene la cabeza rapada a la moda con dragones obsidianos—. El quincalla lleva vivo el tiempo suficiente para haberlo probado todo.

No contesto e intento aferrarme a los restos del vodka de Oslo. Voy a necesitarlos para la que se me viene encima.

—¿De quién ha sido la idea de venir a esta cloaca comercial? —pregunto.

—Mía no —contesta Dano con las manos en alto—. En este sitio faltan muchas tetas al aire para mi gusto.

—Ha sido mía —replica Cira a la defensiva—. Apareció en el *Hiperión Semanal*. ¿Sabes, Ef? Es humanamente posible disfrutar de algo distinto, de algo nuevo.

—Por lo general, «nuevo» solo significa que alguien está intentando sacar dinero de algo viejo.

—Lo que tú digas. Pero es mejor que esos garitos tipo agujero negro a los que tú vas a encurtirte el hígado. Al menos aquí no me preocupa pillar una infección solo por cruzar la puerta.

—Acabemos con esto. —Saco mi terminal de datos para que todos puedan verla y transfiero los fondos a sus respectivas cuentas bancarias. Desde luego, también verían la variación de su saldo en sus propios terminales si solo

hubiera hecho la transferencia a través de la red, pero para ellos hay algo increíblemente humano y satisfactorio en ver que mi dedo desembolsa el dinero—. Hecho. Seiscientos por cabeza —digo.

—¿Hasta para la lima? —pregunta Dano—. Pensé que ibas a darle la mitad.

—¿Y a ti qué demonios te importa? —le espeta Cira.

—Los demás hicimos nuestro trabajo sin ningún maldito problema. —Regresa a su contemplación de la rosa, que está hablando con sus amigas—. No hay razón para que no recibamos un pequeño bonus por ello.

—Yo no necesito ningún bonus —dice Volga.

Dano suspira.

—No estás contribuyendo a la causa, cariño.

—¿Qué mierdas pasa contigo? —Cira le lanza una mirada asesina a Dano por delante de Volga, que está sentada entre ellos—. Siempre metiendo las narices en mis asuntos. ¿Por qué no te ocupas de los tuyos y te concentras en contagiarte enfermedades de las muchachitas rosas?

Me pongo en pie con dificultad.

—Bueno, me lo he pasado muy bien. Intentad no cogeros nada.

—Y se va como un Drachenjäger. —Dano mira su cronómetro más nuevo y brillante. Este tiene rubíes incrustados en las manecillas—. Dos minutos clavados.

—¿Cuándo es el siguiente trabajo? —pregunta Cira.

—Sí, jefe —dice Dano—. ¿Cuándo es el siguiente trabajo? Cira tiene facturas que pagar.

Ella le hace la cruz y me mira con más desesperación de la que seguramente quiera mostrar. Es patético.

—¿Y bien? Tu hombre tiene otro trabajo, ¿verdad?

—Esta vez no. Hemos acabado.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho.

Veo que la lluvia resbala por las ventanas, así que me subo el cuello de la chaqueta.

—Efraín —dice Volga en tono plañidero—, acabas de llegar, quédate a tomar algo. Podemos pedirte otra cosa.

Levanta la mirada hacia mí con esos enormes ojos sombríos, y por un instante me lo planteo, hasta que oigo un revelador silencio entre los clientes y me vuelvo para ver a dos figuras imponentes que irrumpen desde el exterior a través de las puertas de metal del dirigible. Dorados. Llevan chaquetas negras con hombreras de la legión; sus hombros eclipsan la cabeza de los demás clientes del bar. Reconocen el bar con despreocupación y expresión arrogante y entonces uno de ellos se fija en la rosa de Dano y se encamina hacia la barra a grandes zancadas. El resto se aparta y él se presenta con toda tranquilidad. Lleva una insignia con un grifo de hierro en el pecho. La prole de Arcos. Dano baja la vista cuando la mano del dorado se acerca a la cintura de la rosa.

—Jefe... —dice mirándome con recelo.

Me doy cuenta de que estoy agarrando la empuñadura del arma que llevo debajo de la chaqueta.

Maldito áureo. Deberíamos haberlos eliminado a todos, o haberlos mandado al exilio en el Núcleo. Pero esa oportunidad se ha desvanecido. Todo por el esfuerzo bélico.

—Solo una copa, Efraín —insiste Volga con la misma voz de pena—. Será divertido. Podemos contarnos historias. Y compartir bromas, como hacen los amigos.

—¡Siempre es la misma historia!

Cuando salgo del dirigible en el graviascensor, la risa cálida de uno de los

jóvenes dorados me persigue hasta la noche.

8

LISANDRO

El Golfo

La arena abrasadora me calienta los pies. Son más pequeños de lo que los recuerdo. Más pálidos. Y las gaviotas que vuelan por encima de mi cabeza mucho más grandes, mucho más violentas cuando giran y se zambullen en el agua de un mar tan azul que no distingo dónde terminan los océanos y dónde empieza el cielo. Las olas suaves me llaman. Ya he estado aquí antes, pero no recuerdo cuándo o cómo llegué a esta playa.

Hay un hombre y una mujer a lo lejos, y sus pies dejan sutiles senderos que las olas, en su debido momento, devoran despacio, paso a paso, y luego de golpe hasta que todos desaparecen como si nunca hubieran estado allí. Los llamo. Comienzan a darse la vuelta. Pero no les veo la cara. Nunca se la veo. Hay algo detrás de mí, y proyecta una sombra sobre ellos, sobre la arena, oscurece la arena y el mar mientras el viento se convierte en un aullido feral.

Mi cuerpo se despierta con un respingo.

Estoy solo. Lejos de la playa, empapado en sudor sobre mi camastro. Un ventilador emite zumbidos rítmicos en la penumbra de mi dormitorio y me estremezco al respirar. El miedo se disipa. No era más que un sueño.

Encima de mí, en el mamparo, las palabras de mi casa derribada me deslumbran, grabadas en el metal. LUX EX TENEBRIS. «Luz desde la oscuridad». Y de esas palabras emergen girando como los radios de una rueda los poemas idealistas de la juventud, la caligrafía airada, fulminante de la adolescencia, cuando era todo sangre y furia y estaba dominado por pasiones más salvajes. Y entonces, al fin, los primeros pasos titubeantes de la

sabiduría, cuando empecé a darme cuenta de lo terroríficamente pequeño que soy en realidad.

Mi padre nunca me pareció pequeño. Los recuerdo a él y a su calma inmensa. Las arrugas que se le formaban alrededor de los ojos al sonreír. Su pelo rebelde, sus manos esbeltas, que permanecían entrelazadas sobre su regazo cuando escuchaba. Había una paz enorme y asentada en su interior, una tranquilidad que le había transmitido su padre, Lorn au Arcos, que subrayaba el deber y el honor bajo el estandarte del grifo. Cosas que se han perdido para este mundo. Aunque en algún lugar de ahí fuera, el grifo continúa volando.

Mi memoria es algo formidable. En muchos sentidos, es el gran legado de mi abuela, sus enseñanzas conservadas en mí. A pesar de ello, el rostro de mi madre es una sombra nocturna en mi mente, siempre vagando por los abismos, escapándose de mi alcance. Me han dicho que era salvaje, una mujer con una vasta ambición. Pero lo más habitual es que los que permanecen moldeen la historia con arcilla contaminada. Sé más de ella por boca de mi abuela que por mis recuerdos. El dolor de mi abuela tras su muerte fue tal que prohibió que ningún sirviente pronunciara su nombre en voz alta. ¿Quién era mi madre? Las pocas fotografías que he encontrado en la holored están oscurecidas, tomadas de lejos. Como si fuera una fantasía que ni siquiera las cámaras podían captar. Ahora el tiempo erosiona su rostro en mi mente como hicieron las olas con las huellas de la arena.

Yo era pequeño cuando el crucero estelar de mis padres se precipitó sobre el mar. Dicen que fueron terroristas. Bastidores del Confín.

Solo cuando leo los pocos poemas que mi madre dejó atrás en sus cuadernos siento su corazón latir contra mi médula. Sus brazos rodeándome los hombros. Su aliento en mi pelo. Percibo esa extraña magia suya que tanto amaba mi padre.

—¿Otra vez los terrores nocturnos?

La voz de mi maestro me sobresalta. Está de pie, de cara a mi habitación, y sus ojos dorados son estanques oscuros en el ciclo de iluminación nocturna del crucero estelar. Sus hombros poderosos llenan el umbral, y tiene la cabeza agachada, receloso del marco bajo. Los motores zumban con suavidad al otro lado de mi pequeño cuarto de metal. Cuando era niño, este sitio disponía de espacio de sobra. Pero ahora que tengo veinte años, me siento como una planta cuyas raíces y extremidades rebosan de una maceta de barro agrietada. Los libros llenan hasta el último hueco entre mi camastro, el armario minúsculo y el cuarto de baño. Rescatados, robados, comprados y encontrados a lo largo de los diez últimos años. Mi nuevo premio, una tercera edición de *El Aeronauta*, descansa junto a mi cama.

—Solo ha sido un sueño —contesto, reacio a mostrar vulnerabilidad delante de él, pues sé que el Marciano todavía piensa que soy muy joven. Saco las piernas esbeltas por un lado de la cama y, ya sentado, me recojo el pelo alborotado con una goma a la altura de la nuca—. ¿Hemos llegado?

—Ahora mismo.

—¿Veredicto?

—Buen hombre, ¿acaso tengo aspecto de ser tu ayuda de cámara?

—No. Ella era mucho más guapa. Y tenía mucho más tacto en esas situaciones.

—Es adorable que hables como si la hubieras tenido hasta hace nada.

Enarco una ceja.

—Mira quién fue a hablar, el príncipe de Marte.

Casio au Belona suelta un gruñido.

—Entonces ¿vas a pasarte el día durmiendo o piensas levantarte y verlo con tus propios ojos?

Me hace un gesto con la cabeza para que lo siga; obedezco, como llevo

haciendo diez años. Capto el olor del whisky en su estela.

Hace tiempo, los mundos se referían a Casio como el Caballero de la Mañana, protector de la Sociedad, asesino de Ares. Después mató a su soberana, a mi abuela, y permitió que el Amanecer derrumbara la misma Sociedad que él había jurado proteger. Dejó que Darrow destrozara mi mundo y llevara el caos a la Sociedad. Nunca podré perdonárselo, pero tampoco podré compensarle nunca la deuda que le debo. Evitó que Sevro au Barca me matara. Me apartó de las cenizas de la Luna y del caos subsiguiente, y durante diez años me ha protegido y proporcionado un hogar y una segunda familia.

Se nos podría tomar por hermanos, y de hecho es una confusión que sucede a menudo. Tenemos el mismo lustre en el pelo dorado, aunque el suyo es rizado y el mío liso. Yo tengo los ojos tan pálidos como un cristal amarillo. Los suyos son de un dorado intenso. Casio me saca media cabeza, tiene los hombros más anchos y los rasgos más masculinos: una barba espesa y puntiaguda, y una nariz prominente y llamativa, mientras que mi rostro es delgado y patricio, como el de la mayor parte de los habitantes de la Montaña Palatina. Ojalá mi apariencia no fuera tan delicada.

Me llamo Lisandro au Lune. Me llamaron así por una contradicción: un general espartano que tenía la mente de un ateniense. Como ese hombre, yo nací en un entorno que es a la vez mío y ajeno, un patrimonio de aplastamundos y tiranos. Setecientos años después de que mi antepasado Silenio au Lune conquistara la tierra, nací de Bruto au Arcos y Anastasia au Lune, heredero de un imperio. Ahora ese imperio es un territorio fracturado, enfermo, tan ebrio de guerra y revueltas políticas que lo más probable es que se autocanibalice antes de que yo muera. Pero esa ya no es mi herencia. Cuando era pequeño, el día después de la caída de la Casa Lune, Casio clavó una rodilla en el suelo y me comunicó su noble misión. «El dorado olvidó

que su misión era guiar, no dominar. Renuncio a mi vida y honro ese deber: proteger al Pueblo. ¿Quieres unirme a mí?».

No me quedaba familia. Mi hogar estaba en guerra. Tenía miedo. Y, por encima de todo eso, quería ser bueno. Así que respondí que sí, y durante los diez últimos años hemos patrullado los límites de la civilización para proteger a aquellos que no pueden protegerse a sí mismos en el nuevo mundo del Segador. Hemos vagado entre los asteroides y los muelles remotos del Cinturón de Asteroides mientras las esferas cambian a nuestro alrededor y la guerra arrasa en Núcleo. Casio nos trajo hasta aquí en busca de redención, pero da igual a cuántos comerciantes salvemos de los piratas, o cuántos barcos naufragados rescatemos, sus ojos continúan sumidos en la oscuridad y yo sigo soñando con los demonios de mi pasado.

Me pongo un jersey gris apolillado y recorro el barco detrás de Casio, descalzo, sin dejar de acariciar las paredes con las manos.

—Hola, chico —le digo—. Hoy parece cansado.

El Arquímedes es una vieja corbeta de cincuenta metros de eslora y clase Susurro, procedente de los antiguamente célebres astilleros de Ganímedes. Tiene tres cañones y unos motores lo bastante rápidos para trasladarla desde Marte hasta el Cinturón en menos de cuatro semanas en órbita cercana. Tiene la misma forma que la cabeza encabritada de una cobra, y está hecha para la exploración, los saqueos. Hace cien años era una nave de primera línea. Pero ya no está en su mejor momento. La mayoría de mis tareas de adolescente consistió en frotar el óxido del interior del casco, engrasarle los engranajes y parchear sus entrañas eléctricas.

Pero a pesar de todos esos cuidados, lo que más me gusta son las cicatrices del *Arqui*. Pequeñas imperfecciones que lo convierten en nuestra casa. Un abollón debajo del horno de la cocina, donde Casio, borracho, se cayó y se golpeó la cabeza hace mucho tiempo, cuando nos llegó la noticia de la boda

de Darrow y Virginia. Los paneles del techo achicharrados a cuenta del fuego que provocó Pita cuando me trajo una tarta por mi duodécimo cumpleaños y encendió las velas demasiado cerca de una tubería que perdía oxígeno. Los arañazos de filo en las paredes de la sala de entrenamiento. Aquí hay tantos recuerdos entretejidos como en esos poemas que hay encima de mi cama.

Entro en la cabina de mando, acogedora, ovular. Hay espacio para un piloto y dos asientos de observación plegables. La iluminación militar original se arrancó y sustituyó por nódulos más cálidos. Una gruesa alfombra andaluza cubre el suelo. Varias hileras de menta y jazmín crecen encima de la consola, regalos que le compré a Pita en la tienda de botánica de un violeta en una calle secundaria del Mercado Colgante de Ceres. En una esquina arde incienso de las Montañas Erébigas, no muy lejos del hogar de la familia de Casio en Marte. Casio y Pita, nuestra piloto azul, miran por las ventanas de la cabina de mando.

Al otro lado está el carguero que nos desvió de nuestro rumbo hacia la Estación Lacrimosa. Íbamos de camino a reparar la nave tras la escaramuza del mes pasado con unos cazadores de cicatrices marcianos, cuando recibimos la señal de peligro del Golfo entre el espacio de la República y el territorio del Confín.

Le dije a Casio que era demasiado arriesgado investigarla estando tan cortos de provisiones.

Pero en los últimos tiempos nos guía más su corazón que su cabeza.

La nave de detrás del ventanal es un cubo gigante de quinientos metros de arista. La mayor parte de sus plataformas están expuestas al vacío por diseño, mientras que una superestructura de enrejado sujeta miles de contenedores de carga. Su chapa lo identifica como el Vindabona, del núcleo comercial Ceres. Va a la deriva, a oscuras: un objeto muy extraño y muy peligroso en el Golfo. Varios asteroides descontrolados del tamaño de una ciudad flotan entre

nosotros, y los cristales de hielo de su superficie parpadean en la oscuridad. Hemos utilizado uno de ellos para ocultar nuestra aproximación. Los mandos civiles del Vindabona jamás detectarían una nave militar como la nuestra en este zarzal, pero lo que me preocupa no es el carguero. Escudriño los sensores en busca de fantasmas en las tinieblas.

—Vaya, es toda una mula del espacio profundo —murmura Pita con un habla monótona que elimina la puntuación y la inflexión—. Seguro que puede cargar cien millones de créditos de hierro. Llamadme zorra, pero esa es una tripulación de la que no me importaría formar parte.

—¿Tienes que decir palabrotas a estas horas de la mañana? —le pregunto.

—Mierda, lo siento, chico lunar. Me he olvidado de cuidar mis putos modales.

Pita tiene casi sesenta años, los ojos azul pálido y distantes, y la piel del color de una nuez. Como todos los azules, todavía conserva las tallas neurodesarrolladoras que potencian la interacción humanoordenador, pero que entorpecen la comunicación fuera de su secta. No cuenta con la elegancia social de los pilotos de las lanzaderas palatinas.

Mi maestro esboza una mueca.

—La tripulación desaparecerá —dice—. Puede que el capitán se lleve una parte para mantenerse leal, pero ahí flotando hay cien millones de créditos de algún señor del comercio.

—Una parte, dice... Qué idea más novedosa esa de que un capitán se lleve una parte... —dice Pita.

—Qué pena que tú seas piloto y no capitán.

—Venga ya, Belona. Entre tú y aquí el chico lunar tenéis que tener una docena de cámaras acorazadas secretas. ¿Por qué si no crees que me apunté? Desde luego no fue por tu mandíbula cincelada, *dominus*. —Pronuncia la

última palabra en tono sarcástico—. Estoy segura de que, como buenas águilas, habéis escondido algo de pasta en nidos ocultos.

Pita suelta para sí una risita extraña, como un bufido, y vuelve a mirar el flujo de datos formado por letras y símbolos. Un oído desacostumbrado percibiría el acento marciano de sus palabras y ya está. Pero yo capto el dejo de Tesalónica, esa ciudad de uvas y duelos que se desparrama, blanca y calurosa, junto al mar Térmico de Marte. Famosa por el mal genio de sus ciudadanos y la larga lista de hazañas llevadas a cabo por sus hijos más ilustres, los canallas de los Hermanos Rath.

Lo más seguro es que esa fanfarronería de Tesalónica fuera lo que hizo que la expulsaran de la Escuela de la Medianoche y la abocó al contrabando antes de que su camino se cruzara con el nuestro hace ocho años. Cuando Casio se enteró de que era marciana, la liberó de los calabozos de una ciudad minera, donde estaba encarcelada por un delito de hurto, y desde entonces trabaja para nosotros. De lo que no cabe duda es que he aprendido palabras nuevas desde que Pita subió a bordo.

Calva y descalza, Pita se recuesta en la silla del piloto mientras bebe café de la taza de plástico con forma de dinosaurio que gané para ella en un salón recreativo de Fobos hace años. Lleva unos pantalones grises de algodón y su vieja sudadera. Tiene las extremidades tan delgadas como las de un saltamontes, la pierna derecha doblada bajo su cuerpo y la izquierda colgando por un lado de la silla, que parece un huevo de codorniz cocido al que le hubieran quitado la yema. Una segunda piel de pegatinas y calcomanías de videojuegos infantiles adorna la parte trasera, que es de metal gris. Puede que el barco pertenezca a Casio, pero Pita ha dejado huella.

—Sander, ¿qué opinas tú?

Mi maestro se vuelve para mirarme.

Examino la nave a través del ventanal.

Casio suspira.

—En voz alta.

—Es un cosmocamión VD AurochZ. De cuarta generación, me atrevería a suponer.

—No intentes engañarnos. Los dos sabemos que no estás suponiendo.

Me froto los ojos para librarme del sueño, irritado.

—Tiene una capacidad de carga de ciento veinticinco millones de metros cúbicos. Un reactor principal de helio Gastron. Construido en los astilleros venusinos alrededor del 520 EPC. Tripulación de cuarenta miembros. Un muelle industrial. Dos tubos secundarios. Está claro que es una nave contrabandista.

—Parece que la enciclopedia humana tiene un zurullo atascado en la nariz —dice Pita. Sirve una taza de café de su jarra y se vuelve para pasármela. Ojalá fuera té—. Los últimos granos hasta que lleguemos a Lacrimosa. Adminístratelo con cabeza, enfadica.

Me deslizo en el asiento que hay detrás del de ella y bebo un buen trago de café. El calor me obliga a esbozar una mueca.

—Mis disculpas. Cometí el descuido de no cenar.

—«Cometí el descuido de no cenar» —repite Pita imitando mi acento. Como nacido en la Montaña Palatina de la Luna, he heredado, por desgracia, el acento más egregiamente estereotípico de la alta jerga. Por lo que se ve a los demás les resulta hilarante—. ¿Es que no tenemos criados que le metan la cena en la boca a su majestad?

—Cierra esa condenada boca —le espeto modulando la voz para simular la fanfarronería tesalonicense—. ¿Mejor?

—Mucho mejor, casi me da un escalofrío.

—Te saltaste la cena. No me extraña que seas un palillo —señala Casio,

que me pellizca el brazo—. Me arriesgaría a decir que no pesas ni ciento diez kilos, buen hombre.

—Es peso neto —protesto—. De todas formas, estaba leyendo. —Me mira impávido—. Tú tienes tus prioridades y yo tengo las mías, criatura musculosa. Vete al cuerno.

—Cuando yo tenía tu edad...

—Causaste estragos entre la mitad de las mujeres de Marte —lo interrumpo—. Y encima pensaste que el honor era de ellas. Sí, ya lo sé. Perdona, pero para mí la pasión de los libros es mucho más iluminadora que los carnavales de la carne.

Me mira con expresión divertida.

—Algún día, una mujer te devorará como si fueras un aperitivo.

—Y eso lo dice un hombre que escapó a duras penas de las fauces del león —replico.

Pita se queda inmóvil y mira a Casio durante un instante largo, incómodo, mientras su cerebro aritmético trata en vano de averiguar si se ha ofendido o no. Vuelvo a sorber mi café y señalo el barco con la cabeza.

—El caso es que ningún mando legítimo de Marte o de la Luna enviaría a esa pobre nave al Golfo sin escolta. No con ascomanni en las inmediaciones. Esas marcas solares JuliiBarca son banderas falsas: el tono de rojo de ese sol no es el que les corresponde. Debería ser escarlata, pero ese de ahí es bermellón. El Sindicato lo habría sabido, así que son contrabandistas de medio pelo. Como ha dicho Pita, lo más seguro es que estén trasladando mineral de cobre desde alguna mina fuera de la red para evitar las aduanas. Y, por favor, deja de ponerme a prueba, Casio. A estas alturas, ya sabes que lo sé.

Casio gruñe, todavía escocido por la pulla del león. Ha sido un comentario bastante mezquino por mi parte, y me siento mal por haberlo hecho. Diez

años reciclándose el aire mutuamente convertirán a los mejores de los hombres en demonios el uno para el otro. A fin de cuentas, por eso a los azules los criaban en sectas.

—No me creo ni de coña que «bermellón» sea un color —dice Pita.

Por supuesto, Pita está tan proscrita de su gente como nosotros lo estamos de la nuestra. No sabría decir por qué.

—Parece más bien el apellido de un plateado —añade—. Je, je.

—¿Quieres que apostemos algo? —pregunto en tono competitivo.

No me hace caso.

—Demonios chamuscados. Tienes que ser un estúpido redomado para internarte en el Cinturón sin patas para correr ni garras para luchar. La nave de combate de la República más cercana está a diez millones de kilómetros de aquí. —Se termina el café y le da un mordisco al extremo azul ión de una gominola de cafeína Cosmos Comet. Me ofrece el extremo blanco que queda, pero lo rechazo—. ¿Y si la seña de socorro fue un accidente? No duró mucho.

—Lo dudo —contesta Casio.

Está demasiado oscuro para distinguir si hay alguna marca de quemaduras de carbono en el exterior del Vindabona: la señal delatora de una emergencia forzada. No detecto ninguna, pero no puede considerarse que eso descarte su existencia. Pita se vuelve para mirar a Casio.

—¿Nos arriesgamos a saludarlos?

—Será mejor que no anunciemos nuestra presencia por el momento. —Casio me mira y pronuncia las palabras que ambos tenemos en la cabeza—. ¿Una trampa?

—Tal vez. —Exagero mi gesto de asentimiento para compensar mi afrenta anterior. No da la sensación de estar resentido—. Puede que haya un barco pirata amarrado a uno de esos asteroides. Me atrevería a decir que es algo que

ya hemos visto: emites una señal de auxilio a modo de cebo y te sientas a esperar. Pero... es extraño en esta zona tan remota. Si es una trampa, no está muy bien pensada. ¿Quién iba a toparse con ella? A nadie le gusta el Golfo.

—Pues deberíamos investigar —dice Casio empleando su tono de instructor.

—Con precaución —confirmo—. Es posible que haya almas a bordo. Pero de momento no debemos poner el Arqui en peligro.

—Opino lo mismo. Entonces, ¿qué hacemos, buen hombre?

Sonrío y dejo mi taza de café.

—Bueno, Casio, yo diría que deberíamos calzarnos nuestros zapatos de baile.

Casio y yo flotamos por el espacio hacia un asteroide oblongo que rota con pereza en la oscuridad. Las vetas de hielo brillan y serpentean entre su piel abrupta mientras avanzamos, ingrátidos, hacia una formación rocosa situada al borde de un cañón umbrío tan grande como para engullir la Ciudadela de la Luz. Ponemos fin a nuestro movimiento en un pedregal escarpado. La respiración me retumba en los oídos. La oscuridad se extiende a mis pies, se sumerge en las profundidades insondables del asteroide. Dudo muchísimo que ningún hombre haya puesto los pies sobre este pedazo de roca fría, y aún más que haya investigado sus entrañas. Siento que es mi deber ceder a la tentación e iluminar el interior del cañón. Acciono el interruptor de mi antebrazo y un haz de luz saja las tinieblas hasta ser devorado por los límites inferiores. No alcanzo a ver el fondo. Pero, por lo menos, ahora un ojo humano ha visto una parte.

—*Apaga eso* —me ordena Casio por el intercomunicador.

—Mis disculpas. Estaba buscando gusanos espaciales.

—*Biológicamente absurdo* —farfulla Pita desde el puente de mando—. *El*

tejido orgánico debe obtener calorías. ¿Qué iban a comer aquí?

—Hombres del espacio —respondo con una sonrisa.

—*Chicos del espacio* —me corrige Casio.

Estoy seguro de que, si hubiera nacido en una época diferente, habría sido explorador. Desde que era pequeño, experimento una curiosidad insaciable por las cosas remotas y desconocidas. En la Ciudadela, soñaba con surcar la luz violenta de las nebulosas lejanas y con cartografiar mares astrales. El gran filósofo Sagan predicó una vez que explorar formaba parte de la naturaleza de nuestra especie. A pesar del caos moderno, vivimos en una nueva época de innovación. Quizá algún bebé brillante que todavía no haya dado su primer paso fabrique algún día un motor que nos traslade a mayor velocidad que la luz hasta más allá de nuestra estrella única. Hasta más allá de la mancha del hombre. ¿Merecería la pena todo este caos por esa sola innovación?

A menudo fantaseo con lo que los hombres podrían llegar a hacer si no hubiera escasez. Nada por lo que luchar. Solo una extensión infinita por explorar y nombrar, por llenar de vida y arte. Sonrío ante esta ficción placentera. Un hombre puede soñar.

Como no queríamos guiar al Arquímedes hacia una trampa, hace quince minutos que Casio y yo nos hemos propulsado desde la cámara estanca de nuestra nave hacia el asteroide más cercano ataviados con nuestros evacutrajés. Ahora nos reorientamos y volvemos a tomar impulso hacia el descomunal Vindabona. Hileras y más hileras de contenedores de carga se mecen suspendidos entre vigas de metal, unidos por cables y mallas metálicas.

Casio y yo empleamos nuestros propulsores de los hombros para ralentizar nuestra aproximación y nos posamos sobre la red flotante de carbono que mantiene unida una fila de contenedores verdes. Llevan estampadas estrellas de la República. Con Pita guiándonos a través de los intercomunicadores, nos

arrastramos a lo largo del exterior del barco hacia la cámara estanca de los servicios centrales. Una vez allí, desatornillo el entrepaño del sistema de cierre de la puerta y manipulo la consola hasta que las puertas naranjas se abren en silencio. Los dos nos introducimos en la cámara. La puerta exterior se cierra a nuestras espaldas. Ambos nos agarramos a los peldaños metálicos del interior. Una luz roja palpita desde el techo mientras la cámara estanca concluye su ciclo. La presión se va introduciendo poco a poco en la sala. Después el oxígeno. Al final, el tirón de la gravedad. Sacamos nuestro filo de la funda que llevamos en la cadera. Un par de perezosas lenguas de metal plateadas flotan en el aire; miden dos metros de largo y se endurecen en una espada de poco más de un metro cuando las conmutamos hacia su estado rígido. La de Casio es recta. Yo prefiero la mía con la ligera curva típica de mi casa. La luz roja se pone verde y la puerta interior de la cámara estanca se abre con un jadeo asmático. Como siempre, Casi se asegura de ser el primero en cruzarla antes de mirar hacia atrás para asegurarse de que lo sigo.

El área de reparaciones está vacía salvo por unas cuantas herramientas y evacutrajés viejos que cuelgan de ganchos. Unas luces pálidas encastradas en el techo gris parpadean y proyectan sombras por la habitación. Un indicador verde comienza a lanzar señales intermitentes, así que retraigo mi yelmo hacia el interior de un pequeño compartimento a la altura de la nuca e inhalo el olor a solución limpiadora y aceite. Me recuerda a mis primeros días con Casio, cuando nos escondíamos en centros de transporte de agua en busca de una nave que nos alejara de la Luna. Que nos alejara del Amanecer.

Fue una época de soledad. La mayor parte de mi ser se sentía como extirpada cuando escapamos de la Luna, y sabía que jamás volvería a oír a mi abuela pronunciar mi nombre, que nunca volvería a seguir a Aja por los senderos del jardín para ir a entrenar antes de que los pájaros de pachelbel de

la mañana se hubieran despertado siquiera. Todas las personas que me querían habían desah parecido.

Estaba solo. Y, además de solo, perseguido. Lanzo los recuerdos al vacío donde mi abuela me enseñó a almacenarlos para que no me abrumaran como le pasaba a ella cuando era niña.

—Águila a Mamá Gallina. Estamos dentro. Piso dieciséis. No hay rastros de vida —dice Casio.

—*Recibido, Águila. ¿Y si esta vez intentas utilizar antes las palabras que las hojas?*

—*Al contrario que cierta piloto que conozco, yo poseo unos modales impecables, Mamá Gallina.*

—*Capitana —enfatisa—. Llámame capitana.*

—*Lo que tú digas, piloto.*

Casio retrae su casco y me guiña un ojo. Su rostro es más áspero que cuando lo conocí. Pero de vez en cuando detecto una chispa en sus ojos, como una luz dentro de una tienda de campaña muy lejana, que hace que te sientas acogido pese a que continúas fuera. Porque yo estoy fuera. Cree que no me doy cuenta de lo lastimado que está. De que soy un sustituto del hermano que Darrow de Lico le arrebató en el Instituto. A veces me mira y sé que ve a Julian.

Una parte pequeña y egoísta de mí desea que me vea solo a mí.

Sigo a Casio hasta el pasillo. El barco está desierto e invadido por el silencio. Aquí hay algo que no va bien. Con sigilo, avanzamos por la nave, pero aún no nos hemos desplazado mucho cuando encontramos en el suelo un rastro de sangre que lleva desde un pasillo lateral hasta un ascensor central. Lo seguimos hasta el área de la cápsula de escape de estribor, y allí, ante las enormes puertas, nos topamos con una masacre.

Los restos humanos se coagulan en las paredes. Los fluidos corporales

forman charcos en el suelo abollado. Toda la sala está cargada del olor acre del hierro y el vómito, tanto que yo mismo vomitaría si no fuera consciente de que Casio tiene la mirada clavada en mí. Varias huellas de manos rojas trazan líneas verticales sobre la puerta de la cápsula de escape, como si los hombres hubieran intentado huir a zarpazos. Sin embargo, no hay cadáveres. Me concentro e intento contemplar la sala con el Ojo de la Mente: distanciado, analítico, tal como me enseñó a hacer mi abuela.

—A la tripulación la mataron aquí. Hace menos de un día —digo tras examinar el estado de la sangre.

Cuando era pequeño, mi abuela hacía que los investigadores de la Seguridad me llevaran a escenas de crímenes en Hiperión para enseñarme la barbarie que se oculta bajo la superficie de la civilización, bajo los modales de los hombres. Clavo una rodilla en el suelo y empiezo a procesar la escena.

—A juzgar por las salpicaduras de sangre, postularía que hubo dos asaltantes. Hombres o mujeres de nuestro tamaño, o más altos, según las huellas de sus botas. Que no haya marcas de explosiones ni quemaduras indica que el trabajo se hizo con hojas... y martillos.

—Ascomanni —dice Casio en tono grave.

—Eso sugieren las pruebas. —Tomo una muestra de sangre con el dedo y la unto sobre la terminal de datos incrustada en una cavidad del antebrazo izquierdo de mi evacutraje—. Marcadores de ADN marrón, rojo y azul. Nuestros contrabandistas. A varios los mataron y después los arrastraron. Otros todavía conservaban la vida.

—¿Lo estás viendo, Pita? —pregunta Casio.

—Sí —contesta ella en voz baja por el intercomunicador. Nuestros trajes también le retransmiten las imágenes a ella. Pita es más sensible que nosotros a la violencia—. *No hay señales de huellas de barcos en el Golfo. Pero, si no*

os importa, ¿podrías daros prisa? Tengo un mal presentimiento respecto a todo esto.

Y no es la única.

El término «ascomanni» deriva del germánico «hombres de fresno». Los primeros vikingos navegaban por los ríos europeos en barcos de madera de fresno. Y lo arrasaban todo a su paso.

Hace tiempo, los ascomanni no eran más que leyendas del espacio profundo, susurros oscuros que los comerciantes y contrabandistas transmitían a los nuevos reclutas en los agujeros tenebrosos de las cantinas de los asteroides o en las bocas de riego de los muelles. En la profundidad del espacio, decían, acechaban tribus de obsidianos que escaparon de la matanza selectiva que la Sociedad llevó a cabo con el resto de su raza tras la Revolución Oscura. Perseguidos por los escuadrones de exterminación de mi familia y por los Caballeros Olímpicos, huyeron hacia las tinieblas. Durante años asediaron las colonias lejanas de Neptuno y Plutón, y para el Núcleo continuaron siendo poco más que un mito.

Pero ahora, con la diáspora obsidiana desde los polos de la Tierra y Marte, ese mito se ha convertido en realidad. Bandas de obsidianos, alienados por el nuevo y extraño mundo, liberados de la esclavitud de los señores dorados —o agotados de la guerra del Segador—, abrazan la leyenda de sus ancestros.

No es tanto que hayan abandonado el Hielo como que hayan trasladado el Hielo a las estrellas.

Dentro del ascensor donde termina el rastro de sangre, las vísceras oscurecen el botón de la decimotercera cubierta. Casio lo presiona con la empuñadura de su filo. Siento la rabia justificada que crece en su interior a medida que subimos. Me contagia.

El ascensor se detiene con un silbido, se estremece cuando las puertas se abren y revelan el pasillo que conduce a la decimotercera planta del viejo

navío. Unas luces blancas, baratas, incendian unos pasillos ruinosos y proyectan sombras malvadas e intensas. Varios ventiladores de aire con los purificadores obstruidos traquetean en el techo. En el centro del pasillo, un rastro rojo bifurca el suelo de metal oxidado. Huellas de manos embadurnan la superficie a ambos lados del rastro, como las alas de una mariposa carmesí. Casio va en cabeza y yo sigo su estela. Ambos llevamos el filo sujeto a nuestra espalda, en diagonal, tal como nos enseñó a hacer Aja, y los brazos de nuestra égida delante, con las embrazaduras frías e inertes, pero listas para convertirse en un escudo de energía de un metro cuadrado en cualquier instante. Mi nueva pistola de plasma apenas pesa junto a mi muslo derecho.

En las paredes, unos carteles amarillos desvaídos señalan los baños y los aposentos de la tripulación. Vamos comprobando las habitaciones a nuestro paso. Las primeras están abandonadas. Las camas sin hacer y las fotos y las sillas volcadas son indicios de violencia. Sorprendieron a la tripulación durmiendo.

Dentro de la siguiente habitación, encontramos lo que queda del personal del barco. Han formado un montón de cadáveres junto a la pared más apartada. Un charco de sangre estancada se extiende desde la pila, y en él veo el reflejo de un solo ojo aterrorizado. Corro hacia la montaña de cuerpos y aparto a los muertos hasta encontrar a seis supervivientes temblorosos bajo los cadáveres. Están amordazados, golpeados y atados de pies y manos. Me agacho para liberarlos, pero ellos se encogen de miedo y tratan de alejarse mientras emiten sonidos inhumanos, como graznidos. Casio se acuclilla y se quita el guantelete derecho para que puedan ver los emblemas dorados que luce en la mano.

—*Salve*—dice con voz profunda—. *Salve*, amigos—continúa mientras los supervivientes le escrutan el rostro en busca de su cicatriz de Marcado como Único. Una cicatriz que yo nunca me he ganado.

—*Dominus...* —murmuran sollozantes—. *Dominus...*

—Paz. Hemos venido a ayudaros —digo, y le quito la mordaza a un rojo barrigón. Tiene un ojo cerrado a causa de la hinchazón que le ha provocado un corte en la ceja. Huele a orín—. ¿Cuántos son? —pregunto.

Los dientes torcidos le castañetean tanto que ni siquiera es capaz de articular palabra. Me pregunto si habrá hablado alguna vez con un dorado. Siento mucha lástima por él. Le pongo una mano en el hombro con la intención de tranquilizarlo. Se aparta atemorizado.

—Buen hombre, *salve*. Paz —digo con suavidad—. Ya estás a salvo. Hemos venido a ayudar. Dime cuántos son.

—Quince... Puede que más, *dominus* —susurra con un marcado acento de Fobos y luchando por contener las lágrimas. Miro a Casio. Quince son demasiados sin nuestra armadura de pulsos—. El líder está en... en... en el puente con el capitán. ¿Sois señores de las Lunas?

—¿Cómo os abordaron? —pregunto haciendo caso omiso de su pregunta—. ¿Tienen un navío?

Asiente.

—Salieron de los asteroides. Therix, nuestro timonel, se quedó dormido conectado al enlace ascendente. Borracho. —Se estremece—. Nos despertamos y... Y nos despertamos y estaban en los pasillos. Intentamos huir. Llegar a las cápsulas de escape. Nos castigaron... —Sigue rechinando los dientes deformes. Estoy tan cerca que le veo los puntos negros de la nariz bulbosa. Las venas del cuello le sobresalen a causa de la redistribución de fluidos que provocan los viajes prolongados a escasa gravedad. Está pálido y tiene los huesos débiles. Apuesto a que lleva media vida sin sentir el calor del sol—. Su nave nos abordó por el hangar de carga.

—Eso explica por qué no la veíamos —le digo a Casio.

Me ignora.

—¿Por qué estáis tan alejados de todo y con el barco cargado hasta los topes? —le pregunta al hombre.

—No deberíamos haber venido... No deberíamos haber aceptado el dinero.

—¿Qué dinero? —pregunto.

—El de la pasajera. La dorada.

Casio y yo intercambiamos una mirada.

—¿Hay una dorada a bordo? —pregunta él—. ¿Tenía cicatriz?

—No es Única. —El rojo niega con la cabeza y Casio exhala un pequeño suspiro de alivio—. Se acercó al capitán en Psique. Nos pagó para... —Traga saliva con dificultad y echa un vistazo por encima de nosotros, como si esperara encontrarse con un obsidiano allí mismo—. Nos pagó para trasladarla a un asteroide... el S1392.

—Eso está cerca del límite del Golfo —señalo—. Justo a las afueras del territorio del Confín.

—Sí. El capitán le advirtió que allí no había nada, pero nos pagó lo mismo que cuesta toda nuestra carga. Le dije que no deberíamos relacionarnos con los dorados. Pero no me escuchó. Nunca me escucha...

—¿Dio algún nombre? —pregunta Casio.

—Nada de nombres. —Vuelve a negar con la cabeza—. Pero hablaba como él.

Me señala y sé que Casio está pensando lo mismo que yo. ¿Los obsidianos han venido por el barco o por la dorada?

—Puede que no sean ascomanni —aventuro—. Tal vez se trate de Amanecer.

—Darrow no masacraría civiles.

—En esta guerra, dos tercios de los muertos son civiles —replico con brusquedad—. ¿Te has olvidado del Saco de la Luna a manos de la Horda de Sefi?

—Para nada. Y tampoco me he olvidado de Nueva Tebas —contesta Casio, que se refiere a cuando mi padrino, el Señor de la Ceniza, bombardeó desde la órbita una de las ciudades importantes de Marte después de que el Amanecer se hiciera con ella.

—*Chicos.* —La voz de Pita crepita en nuestros oídos e interrumpe la tensión entre ambos—. *Chicos, tenemos compañía.*

—¿Cuántos? —inquire Casio.

—*Tres barcos entrantes.*

Me pongo de pie.

—¿Tres?

—¿Y por qué demonios no nos lo has dicho antes? —le espeta Casio.

—*No podía localizarlos debido a la interferencia del asteroide. Deben de haber pedido refuerzos para llevarse el Vindabona.*

Los miembros de la tripulación perciben nuestra inquietud y comienzan a temblar de miedo una vez más.

—¿De qué grado? —pregunto.

—*Militar, tercera clase. Dos lanceros de cuatro cañones y una corbeta de ocho cañones de clase tormenta. Son ascomanni.*

—¿Cómo lo sabes? —digo.

—Porque llevan cadáveres en los cascos.

—Es una condenada partida de caza. —Casio maldice en voz baja. Podríamos plantarles cara a uno de los lanceros, pero una corbeta de clase tormenta reduciría al Arqui a jirones—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—*Cinco minutos. Todavía no me han visto. Os sugiero que os bajéis de ese cacharro.*

Corro a cortar las ligaduras que todavía sujetan a los prisioneros.

—Gallina, necesito que salgas pitando de ese asteroide y que vengas a toda

prisa hasta el tubo de trasbordo del Vindabona —ordena Casio—. Tenemos que evacuar personas.

—*Me verán si realizo una aproximación* —dice Pita.

—Puede que ellos tengan cañones, pero nosotros tenemos motores —contesta Casio.

—*Recibido.*

—¿Podéis correr? —pregunta Casio a la tripulación. Ellos levantan la mirada hacia él sin contestar—. Bueno, pues vais a tener que hacerlo. Los obsidianos siguen ahí fuera. Si los veis, no perdáis la cabeza y seguir hasta el tubo. Dejad que seamos nosotros los que luchemos. Obedeced todo lo que os diga u os dejo aquí para que muráis. Decid que sí con la cabeza. —Lo hacen—. Bien.

—¿Qué hay de la dorada? —le pregunto a Casio—. Es posible que aún esté viva.

—Ya ha oído a Pita —responde—. No tenemos tiempo.

—No pienso dejar a nadie en manos de esos bárbaros. Y menos a una de los nuestros. No es honorable.

—Te he dicho que no —replica Casio, que está a punto de utilizar mi nombre delante de los contrabandistas—. No merece la pena arriesgar las vidas de todas estas personas por la de una sola. —Observa a la tripulación tambaleante que tenemos delante—. Todo el mundo callado. Permaneced unidos. Y ahora, seguidme.

Casio, como siempre, sale primero por la puerta antes de que tenga ocasión de contestarle.

Los prisioneros lo siguen hasta el pasillo lo más deprisa que pueden para desandar el camino por el que hemos llegado hasta ellos. Yo vigilo la retaguardia al mismo tiempo que ayudo a un marrón que cojea. El hueso del brazo derecho le asoma por un desgarrón del mono de trabajo verde. Casio se

da la vuelta para asegurarse de que no me quedo rezagado. Nos subimos en el ascensor que tomamos para volver a bajar a la tercera planta. Pero cuando las puertas empiezan a cerrarse, me bajo de un salto sin volverme siquiera para mirar a Casio.

—*Maldita sea, niño* —dice Casio a través del intercomunicador cuando las puertas ya se han cerrado y el ascensor ha empezado a bajar—. ¿Qué demonios crees que estás haciendo?

—Lo que haría Lorn —replico mientras recorro una vez más el mismo camino. Casio dice que no tenemos tiempo, pero sé lo cuidadoso que se muestra conmigo, la precaución con la que protege mi vida—. Seré sensato. Haré un reconocimiento rápido.

Guarda silencio durante un instante y sé que se está reservando su condena para más tarde.

—*Date prisa, y vigila tus espaldas.*

—Desde luego.

Ajusto la presión de la mano sobre el filo y continúo caminando por el pasillo. Me esfuerzo en calmar la respiración, pero cada vez que doblo una esquina espero toparme con un salvaje de dientes ensangrentados y mirada vacía. Siento el miedo y recuerdo las palabras de mi abuela: «No dejes que el miedo te toque. El miedo es el torrente. El río enfurecido. Combatirlo es desmoronarse y ahogarse. Pero mantener un pie en cada orilla es verlo, sentirlo, y utilizar su curso a tu antojo».

Soy el amo de mi miedo. Me sumerjo en el Ojo de la Mente. Mi respiración se ralentiza. Una claridad fría, distante, se asienta sobre mí. Oigo el traqueteo de los purificadores de aire obstruidos por el polvo, el pulso de los generadores que vibra a través del suelo de metal y penetra en mis botas.

Y entonces los oigo a ellos.

El murmullo grave, bajo, de sus voces me llega por el oscuro pasillo de

metal como el sonido de un glaciar quejoso. Me sudan las manos debajo de los guantes. Todo lo que Aja y Casio me han enseñado me parece muy lejano ahora que la rejilla de metal cruje bajo mis pies. Ya he matado ascomanni en otras ocasiones, pero nunca solo.

Al final del pasillo, echo un vistazo desde la esquina. No veo a los obsidianos. El economato es redondo y contiene varias mesas. La que está en el centro está cargada con montañas de ropa. Estoy a punto de entrar en la sala cuando una de las montañas se mueve, y entonces me doy cuenta de mi error. Hay tres ascomanni sentados a la mesa del centro. Su pelo largo y trenzado cae, blanco y sucio, sobre las espaldas anchas. Su piel pálida y llena de cicatrices asoma bajo los fragmentos de armadura. Hablan en nagal y están encorvados mientras devoran y se beben las reservas de alimentos de la nave. El asco y el miedo se me arremolinan en la boca del estómago.

«Sé la calma».

Me apoyo de nuevo contra la pared y escucho su conversación. El acento de los salvajes es muy marcado, tienen una voz perezosa y ebria. Son del Polo Norte de la Tierra. Uno critica el sabor de la carne humana y anhela comer alce fresco. Su amigo dice algo que no comprendo. Algo relacionado con el Hielo. La tercera está molesta porque no ha conseguido hacer ningún esclavo durante la toma del barco. Le pregunta al primero si puede comprarle a la nacida del Sol. El hombre se ríe de ella con la boca llena y dice que la dorada pertenece a su jari, en carne y hueso. La nacida del Sol; la dorada.

Supongo que Lorn los mataría. Mi propio orgullo me empujaría a hacer lo mismo, a demostrarme que soy más grande que el miedo que siento ahora mismo. Pero el orgullo es una inmodestia que no puedo permitirme. Las enseñanzas de mi abuela salen vencedoras. ¿Por qué luchar cuando puedes manipular? Encuentro una forma de rodear el economato y prosigo con mi búsqueda aguzando el oído para captar cualquier síntoma de vida.

El tiempo preasignado va transcurriendo. Tendré que regresar dentro de dos minutos. Por los pasillos no se oye nada que no sea el eco de las voces de los obsidianos y el desgraciado traqueteo de unos generadores lejanos. Entonces... oigo algo. Un crujido débil procedente de detrás de un mamparo. Doy con la puerta y agarro el pomo estrecho. Se abre despacio, deslizándose hacia el interior de su marco y rechinando al hacerlo. Frunzo la nariz mientras ruego a Júpiter que no lo haya oído nadie. Espero, apostado con mi filo en el pasillo, preparado para que los obsidianos vengan corriendo. No lo hacen. Entro con sigilo en la habitación.

Está atestada por el resto de los miembros de la tripulación. Están esparcidos por el suelo en jaulas de malla metálica que les constriñen el cuerpo. Todos son colores inferiores. Y suspendida por encima de ellos, colgada del techo oscuro de la sala, hay una fina red de alambre atada a una tubería del gas. Se bambolea hacia delante y hacia atrás, y dentro de ella, colgado del revés de tal manera que el alambre se le clava en la piel, se encuentra el cuerpo de una mujer desnuda con emblemas dorados en el dorso de las manos.

9
LISANDRO
La pasajera

Me abalanzo primero hacia la dorada.

Tiene el cuerpo contorsionado y retorcido dentro de los confines de su prisión. Una silla metálica doblada descansa debajo de ella: la han utilizado para golpearla cuando ya colgaba dentro de la red. Su mano derecha es un amasijo de carne chamuscada y achicharrada gracias al soplete que reposa sobre una mesa. La sangre le rezuma de los dedos y gotea sobre el suelo. El olor a piel y pelo quemados se me clava en las fosas nasales y hace que me lagrimeen los ojos.

Está muerta. Tiene que estarlo.

—¡Ayúdanos! —susurra una mujer roja con la boca ensangrentada—. *Dominus...*

—Silencio —le espeto al mismo tiempo que me vuelvo hacia la puerta.

Decenas de pares de ojos me miran desde detrás de los barrotes de las jaulas. Todos los prisioneros me suplican.

Me acerco despacio a la dorada, y cuando tiendo la mano para tocar la red, abre los ojos de golpe bajo la luz tenue. Demonios. Casi me caigo de espaldas. Está viva. Le han untado todo el cuerpo con aceite negro de motor y con sustancias de olor más fétido.

—*Dominus...* —sisea un marrón.

—*Salve* —le digo a la dorada con acento de Tesalónica—. Estoy aquí para ayudar. Me llamo Castor au Jano. —Me observa sin hablar, sin siquiera dar señales de si me entiende—. Voy a ayudarte a salir, pero tienes que guardar

silencio y ser rápida. Los ascomanni todavía están ahí fuera. ¿Lo comprendes?

—Sí, lo comprendo —contesta.

Su intenso acento palatino me sobresalta. El hombre tenía razón. Ella también es de la corte de la Luna. ¿Qué estará haciendo en este lugar tan remoto?

—Quédate muy quieta —le pido.

Me coloco debajo de la red y deslizo mi filo por el cable de acero para cortarlo del techo. La chica cae sobre mis brazos. Esperaba que se revolviere contra mí, pero permanece inmóvil en el interior de la ajustada cárcel de malla. Ahora veo lo mucho que la taced se le ha clavado en la piel. Las tacedes, o jaulas de pájaros, se disparan con unos cartuchos de fibra comprimida y están diseñadas para que las fuerzas policiales envuelvan y constriñan a los prisioneros para reducirlos sin causar daños. Pero si manipulas la contracción de las restricciones, puedes llegar a matar a un prisionero destripándolo. Deposito a la mujer en el suelo y corto los alambres uno por uno hasta que puede liberarse a gatas. Se queda tumbada en el suelo, desnuda, estirando las articulaciones. Los dientes le castañetean a causa del dolor.

Me doy cuenta de que es joven, puede que incluso más que yo, que tengo veinte años. Experimento una necesidad abrumadora de protegerla. Le cubro el cuerpo con un plástico.

—No pasa nada —le digo—. Ya estás a salvo.

Me levanto para ir a ayudar a los demás.

—Estimulantes —consigue articular a través de los dientes apretados—. Necesito estimulantes.

Vuelvo a agacharme y saco una jeringuilla del dispensador que llevo en el muslo derecho del evacutraje. Es una de las últimas que me quedan. Me la

arrebata de la mano y se la clava en el bíceps del brazo quemado. Convulsiona mientras la droga se precipita por su sistema. Exhala un suspiro de placer.

—Más —exige.

Echo un vistazo a los demás prisioneros y saco las dos últimas jeringuillas que me quedan. La dorada me sorprende inyectándose las dos al mismo tiempo. Es demasiado para su masa corporal, salvo que haya desarrollado resistencia a los estimulantes, cosa que, intrínsecamente, significa algo peligroso. Aquí hay algo que no va bien.

Poseída por una energía frenética a causa de la droga, se levanta tambaleándose. Salto hacia ella para evitar que se caiga, pero se equilibra apoyándose en la mesa.

—Tenemos que irnos —le digo en voz baja—. Hay más ascomanni en camino. Debemos marcharnos antes de que sus naves atraquen. Ayúdame a soltar a los demás.

Sin dejar de asentir, encuentra su ropa en una pila que hay en el suelo, cerca de la puerta. Todavía cubierta de aceite, se pone los pantalones y una chaqueta verde, aunque tiene que forcejear con la cremallera por los estimulantes que invaden su sistema.

—Sander —me dice Casio al oído cuando me acucillo para cortar la jaula de la mujer roja con el filo—, ¿cuál es tu estado?

—He encontrado a la dorada, Regulus.

Lo conecto a mi señal visual.

—*Recibido.* —Guarda silencio mientras observa a los prisioneros—. *Lisandro...*

—Chico —me llama la dorada a mi espalda. Me vuelvo. Está a menos de un brazo de distancia—. ¿Qué tubo de ataque estáis utilizando?

—El dos-B.

—¿El dosB? —Hace un gesto de asentimiento con la cabeza, más para ella que para mí—. Te lo devolveré dentro de cuatro minutos. Por mi honor.

—¿Qué me devolverás?

Todo se vuelve borroso. Ni siquiera la veo golpear cuando la palma de su mano impacta contra un lado de mi cabeza. Me tambaleo y entonces algo, tal vez su codo o su rodilla, se estampa contra mi oreja contraria y me desplomo viendo las estrellas. Siento una presión en la cadera y oigo que sus pasos salen por la puerta. Lleva cuatro segundos fuera cuando me doy cuenta de lo que se ha llevado. Mi filo. El que Casio me regaló por mi decimosexto cumpleaños. El que perteneció a Karnus. Su típica empuñadura Belona está cubierta por una simple coraza de metal, pero para Casio posee un valor incalculable. Aturdido, me precipito hacia el pasillo tras ella. Me fallan las piernas y estoy a punto de desmoronarme.

Los colores inferiores prorrumpen en gritos de miedo, los aterroriza que vaya a abandonarlos. Vuelvo a abalanzarme hacia sus jaulas, pero no tengo nada para cortarlas. No puedo utilizar mi pistola de plasma. El alambre está demasiado pegado a sus cuerpos. El pánico amenaza con atenazarme. Tiro de las hebras cortadas de la caja de la mujer roja.

—*Lisandro...* —dice Casio. Ahora los colores inferiores han empezado a bramar y a rodar por el suelo—. *Es demasiado tarde.* —Tiro con todas mis fuerzas. El alambre de fibra me raja los guantes y la piel. La sangre se acumula sobre la malla—. ¡Lisandro! Tienes que abandonarlos.

—No, puedo ayudarlos...

Gruño al tirar de nuevo del cable con todas mis fuerzas, haciendo palanca con las piernas. El alambre me atraviesa los dedos hasta el hueso. Y ni siquiera se comba. Los colores inferiores lanzan un grito. Me doy la vuelta y veo a un obsidiano en la puerta. Cojo mi pistola y disparo con torpeza. El rayo de plasma le arranca la cabeza al obsidiano desde la nariz hacia arriba.

Otro ocupa su lugar en la puerta. Disparo, pero se aparta de nuevo hacia el pasillo.

—*Lisandro, ¡sal de ahí!* —exclama Casio.

Un grito crece en mi interior, pero no brota de mis labios. Bajo la mirada hacia los aullantes colores inferiores, hacia las madres y los padres que podría haber salvado, y sus alaridos deshinchon mi fantasía de heroísmo y honor. Patalean contra el suelo gritándome que los salve, pero no puedo. El cántico de muerte de los obsidianos retumba en el pasillo.

El miedo ha llegado.

Echo a correr como un cobarde. Antes de salir al pasillo, disparo a ciegas sin doblar la esquina. El pecho del obsidiano se derrite hacia dentro al mismo tiempo que blande el hacha. Me agacho por debajo de su arma y me abalanzo contra la pared contraria, aprovecho el impacto para impulsarme y me enderezo de nuevo con dificultad. El pecho del obsidiano se ha achicharrado hasta el hígado, pero aun así avanza hacia mí a trompicones: una torre de músculos fibrosos, fragmentos de armadura y pellejos de animales muertos. Tanto Aja como Casio me han dicho que nunca me sitúe al alcance de la mano de un obsidiano. Solo ellos pueden romper los huesos reforzados de los míos. Pero no me queda más remedio. Vuelve a asestar un golpe con su hacha, y yo ataco siguiendo el impulso, le golpeo el interior del brazo con que la blande con el codo, le clavo la punta en la arteria braquial. El brazo se le queda flácido, pero la fuerza de la colisión me derriba de costado. Aprovecho la inercia para desviarme hacia la izquierda y clavarle la rodilla derecha en la arteria genicular del interior de la pierna. Ruge de dolor y embiste directo contra mí, me estampa contra la pared. Es como aquella vez que uno de los sementales de Virginia me dio una coz. Me quedo sin respiración. Me agarra del cuello con la mano derecha, me levanta del suelo y aprieta los dedos para intentar reventarme la tráquea. El cartílago restalla.

Bajo la mandíbula para intentar zafarme de su presa, pero el mundo se va oscureciendo. Tiene trozos de carne adheridos a la barba. El olor rancio de sus dientes podridos me invade la nariz. Me retuerzo y presiono dos veces el gatillo de mi pistola. El plasma penetra en su caja torácica en un ángulo diagonal y le achicharra el corazón. Abre los ojos como platos a causa de la sorpresa y se desploma, cadáver. Caigo al suelo y trago aire justo a tiempo para ver que la tercera obsidiana, furiosa, se precipita hacia mí por el pasillo.

Disparo, fallo y corro.

Dejo atrás breves atisbos de pasillos en penumbra y habitaciones vacías. Me arrojo en torno a ellos, agarrándome a vigas para ajustar mis giros en las esquinas.

—La corbeta de los ascomanni ha atacado en el 1C —anuncia Pita—. Muerte por delante.

Freno en seco. Los oigo por delante de mí, sus voces tribales retumban mientras se internan en el barco a través de las pasarelas de trasbordo. Sus botas sacuden el metal. Todos pesan el doble que yo, puede que incluso más. Me cortarán la ruta hacia el ascensor. Vuelvo por donde he venido y compruebo el monitor de mi arma. El cartucho de energía cuenta con diecisiete tiros. Me siento desnudo sin mi filo. Pero hoy luchar no es la respuesta.

—Pita. El pasillo hacia el ascensor 11A está cerrado. Necesito que me guíes.

—Toma la siguiente a la izquierda —me dice sin perder ni un segundo. Consciente de que Casio está a la escucha, juzgándome, giro a la izquierda—. Doscientos metros. —Corro esa distancia, lento por culpa del evacutraje—. El montacargas está en la segunda a tu derecha.

Llego al ascensor y pulso el botón de llamada. No responde. Han pegado

un cartelito en la puerta para pedir disculpas por la avería del montacargas de una forma bastante grosera, por medio de un falo parlante.

—El ascensor está fuera de servicio —digo esforzándome por mantener la respiración regulada.

—*Retrocede veinte metros, las escaleras están justo ahí. Baja veinte pisos.*

—¿Que retroceda? —pregunto con la esperanza de haberla oído mal.

—¡Ya!

Reculo sin toparme con la obsidiana y, en cuanto doy con las escaleras, comienzo el descenso. Cuando he bajado dos pisos me detengo. Los oigo. Sus botas golpean los escalones dos niveles por encima de mí. A través de la rejilla de metal, veo sus siluetas oscuras, su cabello lechoso. El cántico, llamado khoomei, gime a través del hueco. Es un ruego para que Hel, la diosa obsidiana de la muerte, acepte sus ofrendas. Salvo todo el tramo de escaleras siguiente de un solo salto, bajo los siguientes pisos tan deprisa como puedo. Detrás de mí, como una avalancha oscura, ganando terreno, retumbando, amenazando con engullirme, se apresuran los atacantes. No veo cuántos son. No oigo lo que Pita y Casio me dicen. Mi cuerpo está ausente e insensible y mi mente, calmada y concentrada.

Me tropiezo con un escalón oxidado y estoy a punto de caerme, pues el peso del traje tira de mí hacia el suelo. Me enderezo dando tumbos y descargo dos tiros rápidos con mi pistola. Me apunto un tanto afortunado. Alguien gruñe y una sombra de sangre salpica la pared cuando los rayos de energía verde dan en el blanco. Eso me da tiempo para llegar hasta la planta de ataque.

Cruzo a toda prisa la puerta de metal y la cierro a mi espalda girando la escotilla con todas mis fuerzas para sellarla. Pero la rueda se para y entonces empieza a dar vueltas en el sentido contrario cuando, al otro lado, alguien más fuerte que yo empieza a abrirla. Me echo hacia atrás y disparo tres veces

contra la escotilla, de manera que convierto la rueda de metal en escoria candente y atasco la puerta. Me tiemblan las fibras musculares del brazo a causa del retroceso del arma. Los obsidianos franquearán la puerta de un momento a otro, pero me he granjeado unos segundos valiosísimos.

—*Cien metros en línea recta. Quinta a la izquierda. Veinte metros en línea recta. Primera a la derecha.*

Sigo las instrucciones de Pita, pero cuando me doy la vuelta para alejarme de la puerta me choco con alguien y los dos caemos desplomados. Giro sobre el suelo y apunto con mi pistola al atacante. Pero no es un obsidiano. Es la chica dorada. Está intentando incorporarse, y luce media docena de heridas nuevas sobre la piel impregnada de aceite. Tiene la chaqueta hecha jirones. Lleva mi filo en la mano. Está ensangrentado hasta la empuñadura. Hay mechones de pelo blanco pegados a los coágulos.

Es un milagro que siga viva. En el estómago, varias capas de piel y grasa se repliegan a lo largo de un tajo de quince centímetros a la derecha del ombligo. Parece una herida de hacha. Permanece en cuclillas, escuchando a los obsidianos que martillean la puerta.

—Dame mi filo —digo.

—Aparta.

Se abalanza sobre la puerta con el filo y lo clava a través del metal fundido. Al otro lado, un atacante chilla y la chica retira el filo. La sangre sisea cuando el metal derretido la convierte en vapor.

—¿Dónde está tu barco? —me pregunta cuando se vuelve hacia mí con una mirada de ojos salvajes, incandescentes. La puerta jadea cuando los obsidianos logran arrancar la mitad de los goznes—. ¿Dónde está tu condenado barco?

El acento de la Luna desaparece de su voz por efecto de la adrenalina, sustituido por algo muy distinto. La herida del vientre le sangra muchísimo.

—Por aquí. —Me acerco para ayudarla a caminar, pero ella me esquivo—. No seas idiota, apenas te mantienes en pie —digo.

Tras volver la mirada hacia la puerta curvada, cedo dejando escapar un chorro de aire entre los dientes y entrelaza su brazo con el mío. Avanzamos renqueando lo más deprisa que podemos, dejamos atrás la puerta y atravesamos el nivel de carga con contenedores y cajas por todas partes.

Giramos a la derecha. Casio está montando guardia a la entrada del puente de transbordo que conecta nuestro barco con el Vindabona, ataviado con su evacutraje y el casco. Dispara su rifle de pulsos por encima de nuestras cabezas hacia el grupo que dobla la esquina detrás de nosotros. La energía distorsionada pasa chillando junto a mi oído. Se oye un aullido. Vuelvo la vista y veo que la cabeza de un obsidiano desaparece, de su cuello mana sangre a borbotones. Los rayos tan largos como mi antebrazo, disparados magnéticamente, desgarran el aire a nuestro alrededor y se incrustan en las paredes. Ya hemos superado a Casio y entrado en el estrecho paso elevado. Él nos sigue, con su rifle de pulsos rugiendo mientras descarga sus últimas reservas de batería contra un guerrero obsidiano que se encarama de un salto al puente detrás de nosotros. El torso del hombre se parte por la mitad y cae dando vueltas hacia atrás, pero sus piernas permanecen en lo alto de la pasarela. Casio las aparta del barco de una patada.

—¡Desacopla! —le grita a Pita.

Nuestra puerta hermética se sella y bloquea el paso elevado justo cuando me derrumbo junto con la chica dorada sobre el suelo del área de transbordo del interior del Arquímedes, jadeando y empapado de sudor y sangre. Ella apoya la frente sobre el suelo de metal y tose de dolor. Pita lleva a cabo un desacoplamiento de emergencia del Vindabona y nos alejamos de costado. Casio, de pie, me fulmina con la mirada. Siento su rabia, a pesar de la faz tranquila de su yelmo.

Reina el silencio, salvo por los sollozos de los miembros de la plantilla que hemos rescatado. Están desplomados sobre el suelo, como nosotros, apiñados unos contra otros, algunos en un estado de exaltación, otros todavía asustados, sin creerse aún que puedan estar seguros. No lo están.

—Eres un imbécil —me dice Casio—. ¿En qué demonios estabas pensando?

Antes de que pueda contestarle, arrebatada de una patada mi filo de las manos de la dorada. Se agacha, como si fuera a agarrarle la cara para buscar la espantosa marca en su mejilla, cuando el suelo del Arqui se abre entre nosotros. Casi se da la vuelta y se aparta al mismo tiempo que un borrón gris azulado perfora la cubierta con estruendo y después sale por el techo con una monstruosa bocanada de aire. Nos han hecho un agujero en el barco. Las sirenas de despresurización ululan. Pálpitos rojos de las luces del techo. Otro proyectil de cañón de riel perfora el casco. Atraviesa el suelo y el cuerpo del rojo barrigón que hemos salvado, que nos rocía de sangre. Pita grita algo en nuestros intercomunicadores. La presión se escapa aullando por los agujeros. Entonces la armadura celular se desliza sobre los daños exteriores y el derroche salvaje de aire se detiene. Las sirenas dejan de gemir, pero las luces de advertencia continúan parpadeando.

—*Nos han dado en los motores* —informa Pita—. *El número uno está a media potencia. Estoy desviando parte de su energía hacia los escudos.*

Casio señala el tajo del vientre de la chica dorada.

—Cauterízale eso o se desangrará.

Se abre paso entre los supervivientes de la tripulación en dirección al puente. La dorada está perdiendo demasiada sangre. Tiene la piel pálida bajo el aceite negro y el pecho le sube y le baja lentamente. Le levanto el brazo para llevarla a la enfermería, pero está demasiado débil. Los estimulantes le han sobrecargado el sistema. Las piernas no le responden, así que le paso un

brazo por debajo de las rodillas y el otro por la espalda y la carga por los pasillos estrechos. La expresión fiera que lucía cuando la encontré ha desaparecido. Está callada e inmóvil, me observa con ojos ajenos al caos que nos rodea. La tumbo sobre la camilla cuando los cañones del Arqui comienzan a disparar. La enfermería es pequeña y no está bien equipada. Las jeringuillas tiemblan en sus estuches cuando recibimos otro impacto.

Los rostros desencajados y los gritos de los colores inferiores.

Los alaridos aún me persiguen.

Morirán todos.

La chica me mira mientras le corto la camiseta sucia con unas tijeras quirúrgicas. Dos cortes menores le desgarran la piel por encima de los pechos. Mi principal preocupación es la herida de hacha. Es un tajo profundo e inflamado, de quince centímetros de largo, en la parte inferior izquierda del abdomen. ¿Cómo se le ha ocurrido siquiera regresar? ¿Qué podría ser tan importante? Le limpio la herida con un spray antibacteriano y utilizo el escáner de uso hospitalario para inspeccionar sus órganos en busca de daños. Tiene el hígado lacerado. Necesitará un cirujano de verdad, y pronto. Yo aquí solo puedo cauterizarle los capilares y cargarla de sangresim. La carne chisporrotea bajo el láser. Ella gime de dolor. Una vez que la herida está sellada, le aplico una capa de carne resonante y le ajusto la correa de un kit de compresión. El barco se estremece.

—¿Quién eres? —le pregunto a la chica—. ¿Cómo te llamas?

No me contesta, se le cierran los ojos.

—S-1392 —susurra—. Ayuda... en... S-1392.

Sus palabras se desvanecen cuando pierde la conciencia.

El S-1392 es el asteroide al que se dirigía. Pero ¿qué ha querido decir con «ayuda»?

La escudriño como si su rostro contuviera las respuestas. Tiene las

pestañas más largas de lo que podría haberme imaginado. Pero incluso embadurnada de aceite y sangre, distingo los músculos fibrosos de una luchadora y un testamento de cicatrices antiguas sobre su piel. Demasiadas para lo joven que es. Paso los dedos sobre las seis cicatrices paralelas que le rastrillan la parte baja de la espalda. Acompañando a esas cicatrices, hay dos viejas heridas por arma blanca cerca del corazón, una quemadura terrible en el brazo izquierdo y los restos de una lesión antigua en el lado derecho de la cabeza, que también le costó el trozo superior de la oreja. Cuando la vi por primera vez en esa jaula pensé en ella como una chica. Pero no es una chica. Es una depredadora de piel joven. ¿Quién si no podría volver a adentrarse en ese barco de pesadilla?

¿Por qué tuviste que quitarme el filo?

¿Se había olvidado de algo? Registro su ropa, su cuerpo. No hay nada escondido. Ni dientes falsos. Pero tengo una sospecha. Le paso una mano por la cara. Los pómulos son audaces y altos y, como el resto de su cuerpo, están cubiertos de aceite. Le rasco los párpados cerrados con las uñas. Las pestañas postizas están bien hechas y pegadas con algún tipo de resina. Bajo los dedos hacia la mejilla derecha. El miedo me encoge el estómago cuando noto que la piel de esa zona cede.

Me enderezo y me aparto.

Sé lo que es esta chica.

Lo sospeché cuando me robó el filo, y después cuando su voz se apartó del acento de la Montaña Palatina. ¿Lo estaba fingiendo? ¿Era una farsa? Levanto el extremo del extraño parche que lleva en la cara hasta que una fina capa de carne resonante —del mismo tipo que Casio utiliza para disfrazarse— se aparta de la mejilla y deja a la vista lo que hay debajo. A lo largo del pómulo derecho, atravesando el aceite negro en un ángulo cruel, se encuentra la marca pálida de los Marcados como Únicos.

10

DARROW

Libertad eterna

Sevro se remueve inquieto en el cojín blanco que hay a mi lado mientras Publio au Caraval, el tribuno líder del bloque cobre, termina de pasar lista. Publio es un instigador de lo más elegante. Es de edad madura y poca estatura, tiene una cara estrecha y agradable, la nariz grande, los ojos fríos y una ambivalencia hacia la moda que roza en el antagonismo. Cuando no lleva puesta la toga, sigue luciendo los mismos trajes anodinos que antes de la guerra, cuando ejercía de abogado de oficio de los colores inferiores. Desde entonces, ha medrado hasta convertirse en una voz de la razón en este Senado dividido, y en aliado ocasional de mi esposa. Lo llaman el Incorruptible por su naturaleza puntillosa y su falta de vicios.

Caraval está de pie sobre un pequeño plinto circular ante las gradas de mármol con forma de C que rodean el suelo blanco y rojo de pórfido. En las gradas se dispone una pequeña silla de madera para cada senador. Detrás de Caraval, apartado del plinto, se halla el sencillo Trono de la Mañana de la soberana. Está hecho de madera de píceas y tallado con simples formas geométricas, y parece terriblemente incómodo. Además, no tiene cojín: Mustang pidió que se lo quitaran. Ella está apoyada sobre uno de los brazos del trono y observa a los senadores, que se sientan agrupados por color y por afiliación política sobre las gradas almohadilladas: el Vox Populi de Dancer a la izquierda de las gigantescas Puertas de la Libertad, que salen del foro hacia los escalones y la Vía Triumphia; los optimates de Mustang a la derecha; los centristas obsidianos y cobres en la parte media.

Aburrido de la formalidad, Sevro está apoltronado a mi lado, vestido con su almidonado uniforme militar blanco. Está mirando el techo, hipnotizado por el mural que lo ocupa. Es una representación romántica de la Arenga de Fobos, el discurso que pronuncié para lanzar el Amanecer en Fobos hace diez años. Yo tengo un aspecto joven y radiante, pintado en tonos dorados y escarlata, y floto con unas gravibotas; mi capa ondea al viento a mi espalda como una nube de tormenta magenta y estoy flanqueado por los Aulladores, los Hijos de Ares y Ragnar, aunque en realidad él ni siquiera estuvo allí. Sevro aprieta la mandíbula.

—Ese no se parece en nada a mí. —Señala su propia imagen con un gesto de la cabeza. Tiene razón. La figura que lo representa tiene los ojos inyectados en sangre y enajenados. Lleva el pelo de punta y sus dientes recuerdan a una hilera de porcelana hecha añicos—. Tú tienes pinta de que un maldito santo se hubiera tirado a un ángel y ¡sorpresa! Yo parezco un puto mutante trastornado que se alimenta de bebés.

Le doy unas palmaditas en la pierna. Mustang me mira y señala con la cabeza hacia los últimos senadores rojos que acaban de entrar en la sala. Dancer, cojeando, encabeza la procesión de mi gente hasta sus asientos. Nota que lo estoy mirando y me devuelve el gesto sin sonreír. A pesar de que sé que hoy es mi adversario, me cuesta no sentir cariño hacia él.

Una vez que terminan de nombrar a todos los senadores, centro mi atención en Mustang.

—Dado que hay cuórum, ahora escucharemos la petición programada. — Se vuelve hacia mí—. Archiemperador.

El repicar de mis botas contra la piedra resuena por toda la cámara del Senado mientras me acerco a ocupar mi lugar en el plinto, de cara a los senadores. Atisbo a Daxo sentado entre sus camaradas senadores dorados en el extremo derecho. Parece la estatua de algún dios pagano en reposo, pero yo

sé que todavía convalece de una resaca tan monstruosa como la mía. Solo comienzo a hablar cuando la tensión ha alcanzado su punto álgido.

—Mercurio... ha sido liberado.

La mitad derecha de los senadores, junto con los cobres, hábilmente guiados por Caraval, claman su aprobación.

—La Primera Flota de la República, bajo el mando de la emperadora Orión xe Aquarii, se enfrentó a la del Señor de la Ceniza sobre Mercurio mientras la Segunda Flota, bajo mi propio mando, lanzaba una Lluvia de Hierro contra el continente de Borealis. Con un alto coste, nos impusimos.

Los senadores de los colores superiores vuelven a ponerse en pie en la sala, rugiendo su apoyo fanático al esfuerzo bélico. Los Vox Populi permanecen en silencio. Al igual que los obsidianos, me percato.

—Ahora, el Señor de la Ceniza se ha batido en retirada. Ha replegado la mayor parte de sus fuerzas para plantar una última batalla en Venus. Pero pronto lo seguiremos. Hermanos y hermanas, nos hallamos en el umbral de la victoria.

Pasa un minuto completo antes de que la ovación renovada se apague.

—Pero todavía debemos tomar una decisión. —Me tomo mi tiempo para permitir que el silencio se restituya—. ¿Permitimos que esta guerra se prolongue? ¿Que consuma a otra generación de jóvenes? ¿O presionamos al enemigo y lo pulverizamos hasta que la última cadena quede hecha pedazos? —Esta vez hablo por encima de los aplausos y dejo que el fervor me posea—. Llevamos una década de guerra. Pero podemos ponerle fin aquí. Ahora.

Levanto la vista hacia el palco de espectadores, donde las holocadenas tienen sus cámaras. Mi enemigo verá esto más tarde, en compañía de su hija y de sus consejeros, diseccionará mis palabras con su mente ágil, adivinará mis planes basándose en la respuesta de estos senadores. Pero lo más importante de todo: me estará observando a mí. No debe percibir mi

agotamiento. La de Mercurio fue una gran victoria. Le robamos el hierro de sus muelles. Pero Venus... Venus es el premio.

Incluso aquí, en medio del aplauso atronador de la derecha, oigo que las palabras de Lorn retumban en el recoveco oscuro de mi mente.

«La muerte engendra muerte que engendra muerte».

—Hermanos y hermanas de la República, estamos a una decisión de distancia de un Núcleo liberado por completo. Un Sistema libre desde el Sol hasta el cinturón de asteroides. Seríamos los primeros hombres de la historia en verlo. Pero esa será una imagen que conllevará un coste. —Guardo silencio y, durante un breve instante, permito que el peso de estos últimos años se refleje en mi rostro—. Al igual que vosotros, no hay nada que desee más que la paz. Anhele un mundo donde la maquinaria de la guerra no devore a nuestros jóvenes. —Miro a mi esposa—. Deseo vivir en un mundo donde mi hijo pueda escoger su propio destino, donde los pecados del pasado no definan la naturaleza de su vida como ha definido la de todos nosotros. Nuestros enemigos han ejercido su dominio sobre nosotros durante demasiado tiempo. Primero como esclavos, después como adversarios. Y ¿qué estabilidad, qué armonía podemos proporcionar a los mundos que hemos libertado mientras sean ellos quienes continúen definiéndonos? Por el bien de nuestros hermanos de Venus y Mercurio... —Miro a Dancer—. Por el bien de las almas que hemos desencadenado, por el bien de nuestros hijos, facilitadme las herramientas y terminaré esta guerra de una vez por todas.

Arranco vítores de aprobación.

Miro a Daxo y, tal como hemos acordado, se pone en pie para alzarse por encima de sus colegas senadores.

—Mis nobles amigos... —Despliega lastimeramente las gigantescas manos hacia los lados—. Sé que estáis cansados de la guerra. Yo también siento los años de confrontación en los huesos. Creo que tenía pelo cuando todo esto

empezó. —Se oyen carcajadas—. Conozco mejor que vosotros el corazón de los Marcados como Únicos. No tienen espíritu de paz. No está en su naturaleza aceptar este nuevo mundo que hemos creado. Deben ser derrotados por medio de todos los métodos a nuestra disposición. Mi familia ha apoyado al Segador desde antes de que fuera conocido. Mi hermano murió por él. Yo he luchado por él. Y no lo abandonaré ahora. Y vosotros tampoco deberíais hacerlo. Los optimates están del lado del Segador. Y le proponemos al Senado un proyecto de ley para la Resolución de la Libertad Eterna, para llevar veinte millones de reclutas nuevos, destinar fondos a naves del Golfo e imponer impuestos adicionales con el objetivo de financiar el esfuerzo bélico hasta que el Núcleo sea libre.

Daxo vuelve a sentarse, me mira y esboza una hueca de dolor al mismo tiempo que se frota la sien.

Publio cu Caraval se levanta de su asiento cuando el aplauso por fin se apaga. Lleva el pelo cobre corto y peinado con raya al lado, sin un solo mechón fuera de su sitio.

—Me dijeron que me habían traído a este mundo para servir. Para mover las palancas invisibles de una maquinaria antigua y maligna. Todos movíamos esas palancas. Pero ahora servimos al Pueblo. Estamos aquí para liberar la dignidad del hombre. Darrow de Lico es nuestra arma más potente contra la tiranía. Afilémosla de nuevo para que pueda romper las cadenas de nuestros hermanos cautivos en Venus.

Se lleva la mano al corazón, rezumante de empatía y determinación.

Un coro de senadores declara su apoyo, cada uno de ellos con más ímpetu que el anterior. Mustang se pone de pie y golpea su Cetro del Amanecer contra el suelo.

—El Senado registra la resolución, que queda abierta para el debate.

Todas las miradas se vuelven hacia Dancer.

Todavía no se ha movido. Mustang escruta su rostro.

—Senador O’Faran —dice—. ¿Nada?

—Gracias, mi soberana. —Se toquetea los bordes de la toga, su habitual tic nervioso, antes de levantarse. A estas alturas, todavía sigue odiando hablar en público. Tiene la voz ronca y titubeante, lo más opuesta posible a la de Publio—. Archiemperador, amigo mío, hermano mío, permite que empiece diciendo lo feliz que me hallo por tenerte de vuelta en casa. No hay... hijo de la República más grandioso que tú. —Muchas cabezas asienten—. También me gustaría felicitarte de manera personal por la liberación «parcial» de Mercurio. A pesar de tus métodos, a los que me referiré en un instante.

Lo observo con suspicacia, sabedor de lo que pretende, pero no de cómo tiene intención de enfocarlo.

—Todos sabéis que soy un hombre de guerra. —Baja la mirada hacia sus manos ásperas—. He sostenido armas. He liderado tropas. Es lo que soy. Y como la mayor parte de vosotros, también soy un mortal en una guerra de gigantes. —Dirige la vista hacia los dorados, los obsidianos—. Pero he aprendido que a los gigantes se les puede derribar con palabras. Las palabras son nuestra... salvación. Así que comparezco aquí ante vosotros armado solo con esa voz. —Se calla y esboza una mueca discreta—. Y quiero preguntaros ¿en qué época queréis vivir? ¿En una época donde la espada manda y nosotros la seguimos? ¿O en una época donde nuestra voz pueda cantar más alto de lo que ruge un motor? ¿No era esa la canción de Perséfone? ¿El sueño de Eo de Lico?

Se producen murmullos de asenso entre sus seguidores.

El resentimiento crece dentro de mí cuando insinúa que me he apartado del sueño de Eo. Ella era mía y la perdí por ellos. Pero cada vez que se la menciona, aun cuando se hace en tono reverencial, tengo la sensación de que la han exhumado de la tierra para exhibirla ante la multitud.

—Senadores, no tenemos poder en nosotros, no es nuestro —continúa Dancer despacio—. No somos más que receptáculos. Hombres y mujeres escogidos por el Pueblo para hablar en nombre del Pueblo, para canalizar su voz, para proteger al Pueblo. Darrow, tú contribuiste a darle voz al Pueblo. Por eso, estamos en deuda contigo.

»Pero ahora te niegas a escuchar esa voz, a obedecer las leyes que tú ayudaste a crear. El Senado, el Pueblo, te dio la orden de renunciar a Mercurio. Tú la desobedeciste. Lanzaste una Lluvia de Hierro. —Mira a Sefi, que está sentada varias sillas por debajo de Sevro, en los bancos de invitados, observándolo todo con una expresión indescifrable—. A causa de tu impaciencia, en un solo día murieron un millón de nuestros hermanos. Doscientos mil obsidianos. ¡Doscientos mil! Una cantidad que no puede reemplazarse. —Noto el peso de sus palabras al caer, y percibo la rabia solemne del bloque obsidiano, la misma rabia que he sentido en Sefi desde aquel día—. Y eso no fue lo único que hiciste, sino que además saqueaste de manera ilegal electivos de la Cuarta Flota que defiende Marte para sumarlos a tu ataque contra Mercurio. ¿Por qué?

—Porque era necesario para...

—Un millón de almas.

Yo conocía a treinta y siete de esas almas y, por alguna razón, ese número me parece mayor que un millón.

—Un hombre dijo una vez que todo el mundo perdería una guerra disputada por políticos —replico con rencor—. Hárnaso y Orión apoyaron mi plan. Vuestras legiones os han protegido hasta el momento, pero ¿ahora las cuestionáis?

—¿Nuestras legiones? —pregunta Dancer—. ¿Acaso son nuestras?

Antes de que pueda contestarle, se desplaza con pesadez hacia delante,

peleando por el control de la conversación con toda la elegancia de un oso viejo.

—¿Cuántos de nosotros hemos perdido a seres queridos en la guerra? ¿Cuántos de nosotros hemos enterrado a hijos, hijas, esposas, maridos? Tengo las manos despellejadas de cavar tumbas. Se me rompe el corazón al ver el genocidio y el hambre en planetas que consideramos liberados. En Marte, mi hogar. ¿Cuántas almas más deben sufrir para liberar Mercurio y Venus, planetas que ahora están tan adoctrinados que nuestros propios colores combaten contra nosotros por cada centímetro de tierra que ganamos?

—Entonces, siempre y cuando Marte sea libre, ¿te conformas con ponerle fin a todo esto? ¿Con dejar que los demás se pudran? —inquiero.

Me mira a los ojos.

—¿Acaso Marte es libre? Pregúntale a un rojo de las minas. Pregúntale a un rosa del gueto de Agea. El yugo de la pobreza pesa tanto como el de la tiranía.

Mustang interviene.

—Tenemos el deber solemne de librar a los mundos de la mancha de la esclavitud. Son palabras tuyas, senador.

—También tenemos el deber solemne de hacer que los mundos sean mejores de lo que lo eran antes —replica Dancer—. Doscientos millones de personas han muerto desde que cayó la Casa de Lune. Decidme, ¿cuál es el propósito de la victoria si nos destruye, si estamos tan al límite que no podemos proteger ni proveer a aquellos que sacamos de las minas?

No hay armas en la sala, salvo por las de Wulfgar y su guardia, pero las palabras de Dancer ya causan suficiente daño de por sí. Agitan la sede del Senado. Y no ha terminado.

—Darrow, compareces aquí para pedirnos más hombres y mujeres, más

barcos para dirigir esta guerra. Así que te pido, y le ruego al Anciano que protege el Valle, que me des una respuesta: ¿cuándo terminará esta guerra?

—Cuando la República esté a salvo.

—¿Estará a salvo cuando el Señor de la Ceniza caiga? ¿Cuando tengamos Venus?

—El Señor de la Ceniza es el corazón de su maquinaria de guerra. Pero gobierna por medio del miedo. Sin él, el resto de las casas doradas se volverán las unas en contra de las otras al cabo de una semana.

—¿Y qué me dices del Confín? ¿Y si vienen y nosotros hemos devastado nuestros ejércitos para matar a un solo hombre?

—Tenemos un tratado de paz con el Confín.

—De momento.

—Sus muelles están destrozados. Octavia se encargó de eso. Los analistas del Centro Estelar creen que no podrían atacarnos, aunque quisieran, hasta dentro de quince años —dice Mustang.

—Rómulo no quiere otra guerra —aseguro—. Fíate de lo que te digo.

—¿Que me fíe de ti? —Mi antiguo amigo frunce el ceño—. Nos hemos fiado de ti, Darrow. —Capto la misma rabia en él que cuando se enteró de lo que yo les había hecho a los Hijos de Ares en el Confín—. Muchos nos hemos fiado de ti. Durante muchos años. Pero estás enamorado de tu propio mito. Creer que el Segador es más sabio que el Pueblo.

—¿Crees que yo quiero la guerra? La detesto. Me ha arrebatado a mis amigos. A mi familia. Me aparta de mi esposa. De mi hijo. Si hubiera otro camino, lo tomaría. Pero no hay camino que rodee esta guerra. El único camino es «atravesarla».

Me contempla unos instantes.

—Tengo curiosidad, ¿reconocerías siquiera la paz si la vieras? —se vuelve hacia los senadores—. ¿Y si os dijera, y si os dijera a todos vosotros que

hubo otro camino y que se nos ha ocultado? —Caraval frunce el ceño y se echa hacia delante. Sevro me mira—. ¿Y si hubiéramos podido estar a salvo no mañana, ni dentro de una década, sino en este mismo momento? Una paz sin otra Lluvia de Hierro. Sin lanzar millones de almas más contras las armas del Señor de la Ceniza. —Se da la vuelta hacia mi esposa—. Mi soberana, invoco mi derecho de presentar un testigo ante el cuerpo del Senado.

La pillá desprevenida.

—¿Qué testigo?

Dancer no contesta. Mira con expectación hacia el pasillo que tiene a la derecha. Al final del mismo, se abre una puerta y un par de tacones solitarios repiquetean contra el suelo de piedra. Sumidos en un silencio profundo, los senadores estiran el cuello para ver a una mujer alta, arrogante, de cierta edad que sale del pasillo hacia la sala del Senado. Cuando pasa junto a ellos de camino al centro de la sede, veo que les saca una cabeza a los guardias de la República, a todos menos a Wulfgar. Tiene los ojos dorados. El cuerpo sereno y esbelto pese a su altura. Lleva el pelo recogido hacia atrás y aprisionado en una malla dorada. Un collar dorado con forma de águila le rodea el cuello. Luce un vestido negro que le cubre hasta el último centímetro de piel desde el cuello hasta los dedos de los pies. Y sobre su rostro regio, implacable, hay una única cicatriz curvada.

Fulmino a la mujer con la mirada. Ha sido una sombra sobre mi vida desde que maté a golpes a su hijo favorito en una sencilla sala de piedra hace dieciséis años. Y ahora viene a declarar ante el Senado.

—¿Qué significa esto? —exige saber Mustang, que se levanta de su trono para dominar la sala.

Dance no se amilana.

—Esta es Julia au Belona —dice por encima del escándalo creciente—. Trae un mensaje del Señor de la Ceniza.

—Senador... —La furia congestiona el rostro de Mustang, que da un agresivo paso adelante—. Esto no le corresponde. ¡La diplomacia exterior es competencia de la soberana! Se está excediendo.

—Igual que su marido, pero ¿a él lo reprende? —pregunta—. Escucha lo que tiene que decir. Te resultará esclarecedor.

Los senadores gritan que quieren escuchar a Belona. El miedo me posee. Sé lo que va a decir Julia.

Mustang está atrapada. Baja la mirada hacia la mujer. Ambas son los restos de dos grandes casas doradas que se destruyeron mutuamente en su contienda. De sus familias, Casio es el único que queda. Si es que todavía está vivo en algún lugar ahí afuera.

—Di lo que tengas que decir, Belona.

Julia alza la cara hacia Mustang con una expresión de aversión extrema. No ha olvidado que Virginia se sentó a su mesa con Casio y después les dio la espalda.

—Usurpadora —empieza, negándose a utilizar el título honorífico de Mustang. Pasea la mirada por los senadores con un desdén aristocrático—. He viajado un mes para comparecer ante vosotros. Hablaré con sencillez para que todos lo entendáis. El Señor de la Ceniza está cansado de la guerra. De ver ciudades convertidas en escombros. —Continúa hablando por encima de los gritos de protesta—. Durante el Sitio de Mercurio, envié a varios emisarios, yo entre ellos, al Estrella de la Mañana para solicitar una audiencia con vuestro... caudillo. —Me desprecia con la mirada—. Pedimos un armisticio. Él nos contestó con una Lluvia de Hierro.

—¿Armisticio? —murmura Mustang.

—¿Y por qué pedisteis un armisticio? —pregunta Dancer mientras los demás senadores murmuran.

—El Señor de la Ceniza y el Consejo de Guerra de la Sociedad, desean

discutir los términos...

—¿Qué términos? —la presiona Dancer—. Habla claro, dorada.

—¿Es que el Segador no os lo ha contado? —Me mira y sonrío—. Solicitamos un alto el fuego para discutir los términos de una paz permanente y duradera entre el Amanecer y la Sociedad.

II

DARROW

Servidor del Pueblo

La sala estalla en un caos de puños al aire y togas ondeantes. Solo los obsidianos permanecen inmóviles. Sefi observa la reacción con una expresión neutra, tan inescrutable como siempre. Mustang se vuelve hacia mí.

—¿Es eso cierto?

—Él no buscaba la paz —contesto con frialdad.

Sevro se mece adelante y atrás en su asiento en un esfuerzo por evitar estrangular a Julia au Belona en medio del Foro.

—Pero ¿envió emisarios?

—Envió provocadores. A ella y a Asmodeo. Fue una treta que no consideré digna del tiempo de este cuerpo.

Mustang no da crédito a lo que oye.

—Darrow...

—¿Asmodeo estuvo en tu barco y no nos informaste de ello? —pregunta Dancer incrédulo. Alguien me ha traicionado. Alguno de los Aulladores. ¿Cómo si no podría haberse enterado?—. Y ahora nos dirás que el Caballero del miedo estuvo en persona en tu comedor.

Clavo la mirada en Dancer.

—El Señor de la Ceniza quemó Rea. Quemó Nueva Tebas. Quemaría toda ciudad que quedara en pie con tal de recuperar la Luna. Quiere el hogar que le hemos arrebatado.

Dancer niega con la cabeza.

—No tenías derecho.

Caraval y los cobres que me vitoreaban nos observan con incertidumbre. Mustang no se ha movido de su trono, y tampoco es que pueda hacerlo. Diga lo que diga, sus palabras se desestimarán como las de una mujer que defiende a su marido, y además podrían inculparla. Si creen que lo sabía, la acusarán de prevaricación, o quizá de algo peor. Y esa es, precisamente, la razón por la que se lo oculté.

Mi estrella está en declive. Si Virginia se aferra a ella, también la arrastrará. Es mejor que guardes silencio, amor mío. Que no te apees del juego a largo plazo. Sé que es preferible no oponer resistencia. Una senadora roja se levanta de golpe de su asiento y cruza la sala corriendo. Durante un instante, creo que quiere hablar en mi defensa. Después me escupe a los pies.

—Dorado —me espeta.

Wulfgar se adelanta para disuadir a todo el que tuviera intención de saltarse también el protocolo.

Durante años, he esperado que llegara este momento, pero la República iba fortaleciéndose y no llegaba. Y supongo que me autoengañé hasta creer que no llegaría jamás. Pero ahora que está aquí, ahora que siento el creciente odio ciego y veo las inclementes lentes de las cámaras en el palco de espectadores, sé que las palabras se perderán en ellas. Los nobles presentadores de noticias diseccionarán con mojigatería hasta la última decisión, el último secreto, el último pecado, y lo retransmitirán a lo largo y ancho de los mundos fingiendo que es su deber, pero deleitándose en el derramamiento de sangre moral, masticando mis huesos, partiéndolos para alcanzar el tuétano de las cuotas de pantalla y alimentando su carroñero apetito de chismes.

No estoy sorprendido, pero sí desolado. No quiero ser el villano. Wulfgar me mira con cara de pena, como si deseara poder apartarme de esta humillación pública. Sevro se levanta de su asiento en un arrebato de rabia.

—¡Puta rata traidora! —le grita a Dancer.

—¿Cómo vamos a confiarte nuestros ejércitos —estalla Dancer— si desobedeces al Senado, si mientes al Pueblo? —No me da tiempo a responder—. Hermanos míos, en nuestra República no hay lugar para caudillos o tiranos. Ellos son la muerte de la democracia. Nuestros setecientos años de esclavitud son testimonio de ello. Pero la tiranía no apareció de pronto, fue gestándose poco a poco, mientras los líderes de la Tierra lo presenciaban sin hacer nada. Debemos elegir. ¿Es la voz o la espada lo que gobierna nuestra República?

Se sienta, ha concluido su tarea. En medio de un clamor de aprobación que se expande más allá de sus seguidores habituales, Dancer de Faran, la mano que me sacó de la tumba para convertirme en un arma, me entierra bajo mis propios planes. Y al otro lado de la habitación, como un olivo noble y antiguo al que ni llama ni hacha pueden derribar, Julia au Belona me contempla con odio en los ojos persistentes. Despacio, como si una promesa largamente olvidada se estuviera cumpliendo al fin, empieza a sonreír.

Publio cu Caraval se pone en pie en medio del caos. Mustang solo consigue hacer que los senadores guarden el silencio necesario para que el cobre hable estampando su cetro contra el suelo. Si alguien fuera capaz de encontrar algo que decir en mi defensa, ese sería él.

—No comparto todas las convicciones del senador rojo. No puede haber paz mientras no haya justicia. Pero en una cuestión, me temo que da en el clavo. Te has excedido, archiemperador. Has olvidado que juraste servir al Pueblo. —Se encara a los senadores mientras reúne el valor y la firmeza que precisa para superar la traición—. Propongo un voto para destituir a Darrow de Lico del alto mando y para ponerlo bajo arresto domiciliario pendiente de juicio por actos de traición contra la República. —Sus palabras son recibidas con aplausos. Se vuelve para mirarme con gesto dramático—. Y propongo un

cese temporal de las hostilidades con los dorados del Núcleo para que podemos decidirnos entre la guerra y la paz.

Qué cabrón fariseo.

Mustang no puede hacer mucho. Siguiendo sus instrucciones, los guardias de la República acuden a escoltar a todos los que no somos senadores hacia el exterior de la sala. Permito que Wulfgar me guíe. Por encima de las cabezas de sus hombres, veo a mi esposa mirándome desde su trono, con miedo en los ojos porque ve la furia de los míos.

Fuera del edificio, el mundo permanece en silencio y ajeno a mi humillación. El resplandor cálido de las farolas azules ilumina a los guardias de la República mientras recogemos nuestras armas. Los burócratas de menor rango serpentean de un lado a otro de la plaza ocupándose de los asuntos de un gobierno que es responsable de diez mil millones de vidas. El ocaso ya ha acabado y el cielo está negro. Las hojas otoñales ruedan por la superficie de mármol blanco.

—Darrow, no debes abandonar la ciudad —me dice Wulfgar—. ¿Me has oído? —Vuelve a ponerme la mano en el hombro—. Darrow...

—¿Estoy arrestado? —le pregunto.

—Todavía no...

—Apártate —le ordena Sevro, que tensa los dedos en torno al filo que lleva a un lado.

Wulfgar baja la mirada hacia Sevro, que apenas le llega a la altura del esternón, y da un paso atrás como muestra de respeto. Bajo las escaleras que me alejan del Foro en dirección a las plataformas de aterrizaje de la Ciudadela Norte. Sevro me da alcance. Me detengo y me vuelvo para mirar hacia el Foro cuando una ovación estruendosa se filtra a través de la puerta abierta.

—Algún mierdecilla se lo ha contado —dice Sevro—. Debería cortarle las

pelotas a Caraval. ¿Traición? No pueden arrestarte de verdad, ¿no?

—Puede que no me envíen a la Fondoprisión, pero me encerrarán mientras piensen que no me necesitan. El tiempo suficiente para que el Señor de la Ceniza dé su siguiente paso.

Sevro resopla.

—La Séptima Legión tendrá algo que decir al respecto. ¿Quieres que llame a Orión? ¿A los Telemanus? Kavax ya debería estar de regreso de Marte...

Vuelvo a mirar el Foro. Dentro, Mustang estará intentando reparar el daño causado. Pero tras perder a los cobres, no contará con los votos suficientes para protegerme. Ya no puedo hacer nada más aquí. Este no es mi mundo. Antes lo sabía, y Dancer se ha limitado a recordármelo. Él dice que solo conozco la guerra. Y tiene razón. En lo más profundo de mi corazón, conozco a mi enemigo. Conozco su coraje. Conozco su crueldad. Y sé que esta guerra no terminará con políticos intercambiando sonrisas desde lados opuestos de una mesa.

Solo terminará como empezó: con sangre.

—No, Sevro. Llama a los Aulladores.

12

LIRIA

Falces

Huyo del tiroteo que ha matado a mi hermano.

Mi hermano pequeño, al que he ayudado a criar, por quien hacía una muesca en el marco de la puerta cada vez que daba un estirón. Solía bromear diciéndole que era una mala hierba tan alta que algún día rozaría el cielo con la cabeza. Y ahora lo dejo en el barro.

Cada latido de mi corazón es un mazazo. Derramo lágrimas tan gruesas que apenas veo nada. Me arden las pantorrillas, cubiertas de lodo. Las casas de plástico destellan a mi paso. Ahora hay más ruidos. Más disparos y el gorjeo de las armas de energía. También han llegado por tierra. Oigo el rechinar de los vehículos oruga. Se ha iniciado un fuego cerca de la valla meridional. Veo transportes terrestres de cuatro ruedas en esa zona, y hombres con focos y antorchas. Llevan pistolas y falces.

Nuestra calle aún está tranquila cuando llego a casa. Como si negara lo que nos trae la noche. Irrumpo a través de la puerta principal. Mi hermana todavía está sentada a la mesa, luciendo sus zapatos nuevos.

—¿Qué ha pasado? ¿Eso eran disparos?

—Es la Mano Roja —digo justo cuando la sirena del monzón comienza a ulular desde el sistema de antenas que hay detrás de nuestra casa. No crearon una sirena para la Mano Roja.

—No... —susurra—. ¿Dónde está Tiran?

—Está... —Se me cierra la garganta—. No está.

—¿Cómo que no está? —Ladea la cabeza como si no entendiera el

concepto—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Le han pegado un tiro.

—¿Qué?

Noto que tiemblo. Que pierdo el control de mi cuerpo.

—Le han pegado un tiro. —Estoy sollozando. Me palpita el pecho. Siento los brazos de mi hermana a mi alrededor. Estrechándome—. Está muerto. Tiran está muerto.

No solo muerto. Mutilado.

—Ve a por papá —me dice mi hermana mayor, pálida como un fantasma. Me agarra la cabeza—. Liria, ve a levantar a papá. Tenemos que irnos.

—¿Irnos adónde?

—No lo sé. Pero no podemos quedarnos aquí. —Asiento, todavía aturdida. Ava me zarandea—. Liria, ¡ahora!

¿Cómo puede estar tan serena? Ella no ha tenido que ver la cabeza de Tiran desgajarse en fragmentos. Me empuja hacia la habitación de las literas.

Me encuentro a mi padre despierto y mirándome, como si ya lo supiera. ¿Ha oído lo de Tiran?

—¿Sabes qué está ocurriendo? —le pregunto. Apenas asiente—. Necesito que me ayudes con los brazos.

Tiran es el que suele levantarlo de la cama y sentarlo en la silla de ruedas. Yo no tengo tanta fuerza.

Deslizo las manos bajo las axilas de mi padre.

—Una... dos... tres...

Por primera vez desde que enterraron a mi madre en los túneles profundos, mi padre dice algo.

—No.

Es más un gemido que una palabra, pero es inconfundible. Tiene los ojos abiertos como platos y resueltos. Niega con la cabeza y lo repite:

—No.

Baja la mirada hacia su cuerpo y después la desvía hacia su silla. Tiene razón. Es imposible que escapemos a la Mano Roja cargando con él a nuestras espaldas. O empujando la silla por el barro. No sin Tiran.

Me observa con sus ojos lechosos. Ahora me ve. Eso es lo que me rompe el corazón. Podría haberme visto antes. Podría haberme mirado en lugar de desperdiciar su vida ante la HP. ¿Por qué ahora? ¿Por qué cuando nos quedan tan pocos segundos? Lo abrazo. Le beso en la frente y alargo el momento mientras inhalo el almizcle de su piel y de su pelo graso, mientras recuerdo lo que era.

Con un tirón, lo levanto de la cama hacia su silla. Me hundo bajo su peso y estoy a punto de caerme al suelo. Se me bloquean los músculos de la parte baja de la espalda, pero consigo retorcer el cuerpo y alzarlo hasta la silla. Aterrizo con brusquedad sobre una cadera. Más gemidos.

—Espera, papá. Tenemos que despedirnos.

Lo empujo hasta la sala delantera, donde mi hermana y sus hijos se están preparando para marcharse.

Al otro lado del umbral, mi hermana ha reunido a sus pequeños.

—Necesito que os agarréis de la mano —les está diciendo—. Y no os soltéis pase lo que pase. Es muy importante. Permaneced unidos. —Me mira—. Liria... Liam sigue en la enfermería.

—Mierda.

¿Cómo he podido olvidarme de él? Conn comienza a llorar.

—No pasa nada, cielo. Tranquilo —le dice Ava.

Ella guarda silencio, sujeta al pecho de mi hermana envuelta en sábanas. Mi hermana no logrará llegar al centro del campamento y volver, no con sus hijos.

—Yo iré a buscar a Liam —digo—. Vosotros id hacia la selva. Nos

reuniremos allí.

—¿Hacia la selva? —me pregunta—. Allí no nos encontrarás jamás. La torre de vigilancia del este...

—Allí hay camiones —informo—. El norte parecía tranquilo.

—Entonces nos vemos allí, en el norte. Después iremos todos juntos a las barcas de pesca. Podemos bajar por el río.

Una explosión lejana sacude la casa.

—¿Y qué hay de papá? —me pregunta.

Él está sentado en su silla, mirándonos con expresión impasible.

Hago un único gesto de negación.

—Podemos llevarlo a cuestras... —propone mi hermana.

Pero las dos sabemos que no es posible. No recorreríamos ni veinte metros cargando con él y con los niños. Miro a mis aterrorizados sobrinos y después a mi hermana.

—Niños —digo con voz hueca—, venid a darle un beso al abuelo para deseársle suerte.

Ava lo comprende. Su serenidad se resquebraja. En sus lágrimas veo a la niñita asustada que lloraba en su cama cuando nuestra madre murió. A la que tenía que cantarle hasta que se durmiera a pesar de que ella era mayor.

—No quiero dejar al abuelo —solloza Conn.

—Yo lo llevaré —digo—. Es solo que vosotros tenéis que adelantaros. Ahora, dadle un beso.

Los niños me creen y corren a besar a mi padre en la mejilla. Se le llenan los ojos de lágrimas cuando mis sobrinos se acercan. Ava se agacha y lo besa en la frente. Se queda ahí un momento, temblando, antes de apartarse con torpeza. Conn se aferra a su abuelo, no lo suelta hasta que su madre lo aparta con violencia y los guía hacia la puerta.

—La torre de vigilancia del norte —me dice—. No tardes.

—No tardaré.

—Liria.

—¿Sí?

—Tráeme a mi niño.

Nos agarramos de la mano, una vida llena de trajes de novia, nacimientos y amor reducida ahora a un solo segundo de miedo. Y entonces nuestras manos se separan y la puerta se cierra y la pesadilla del exterior engulle a Ava. A través de una grieta en el plástico, la veo correr, aferrando a Ella contra su pecho y arrastrando a sus dos niños hacia la oscuridad. Me quedo atrás con mi padre, en la cabaña, escuchando cómo se acaba el mundo al otro lado de las finas paredes. Una parte de mí piensa que si nos quedamos aquí, la tormenta pasará junto a nosotros sin tocarnos. De algún modo, el plástico mantendrá fuera a la Mano Roja y a sus pistolas y falces. Quiero decirle a mi padre que todo irá bien. Que lo veré pronto. Está más presente de lo que lo ha estado en todo un año, me mira, es consciente de que es la última vez que me verá. Me agacho para ponerme a su altura y le sujeto la cara entre las manos. Este es el hombre que me arropaba por las noches. Que me sentaba en su regazo durante las Laureales y me contaba historias de glorias mineras, víboras y peleas. Era tan enorme como el propio cielo. Pero ahora, es un hombre roto que mira impotente mientras el mundo devora a sus hijos.

—Te veré en el Valle —le susurro con la frente pegada a la de él—. Te quiero, te quiero, te quiero.

Después me obligo a apartarme de él. En tres pasos he salido por la puerta.

Dejarlo atrás es como arrancarme un miembro del cuerpo.

Las lágrimas me escuecen en los ojos, pero una claridad fría me posee. Tengo que recoger a Liam. Mi hermana ya se ha marchado. El campamento ha cedido a la locura. Los gamma escapan de sus casas. Llamas en la distancia. Dos naves rugen por encima de mi cabeza en el cielo negro. El

traqueteo de las armas automáticas y el ocasional gemido de un arma de energía. Los gritos me llegan desde todas partes, se arremolinan y se enjambran a mi alrededor. Corro en diagonal entre las casas, me abro camino serpenteando por el sector gamma hasta la enfermería central. Me choco de plano con un hombre y caigo al barro de espaldas a consecuencia del codazo que me asesta en la cara. Él apenas se inmuta. Da unos pasos tambaleantes hacia atrás, cargado con un niño pequeño, y después sigue corriendo hacia delante. Lo conozco. Es Elrow, uno de los locutores jefe de mi padre de hace años. Ni siquiera baja la mirada hacia mí.

Me vuelvo a poner de pie con dificultad y me encuentro la enfermería con la puerta cerrada a cal y canto. Un edificio de plástico blanco acabado en punta y con los bordes manchados de barro. Esperando bajo la lluvia como una muchacha con un vestido blanco. Aporroeo la puerta.

—¡Dejadme entrar! Soy Liria. ¡Dejadme entrar!

Pateo la puerta dos veces antes de que descorran el cerrojo desde dentro y la abran. Son tres hombres y una mujer vestidos con su uniforme sanitario amarillo y cargados con pesado instrumental médico que pretendían clavarme en el cráneo. Levanto las manos.

—¡Liria! —grita Janis, una médica amarilla y jefa de la enfermería—. Dejadla pasar.

—Janis, ¿dónde está Liam?

—En la parte de atrás.

Janis me guía entre hileras de catres ocupados por niños aterrorizados y pacientes endebles hasta que llegamos al de mi sobrino, al fondo. Está sentado en la cama rodeándose las piernas con las manos, ciego y escuchando el horror del exterior.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —pregunta Janis.

—La Mano Roja —contesto—. Naves de desembarco y camiones.

—¿Están aquí? —pregunta. No se lo puede creer—. Pero la República...

—¡A la mierda con la República! —replico—. Tenemos que largarnos. Liam...

Rodeo al pequeño con los brazos. Está tan delgado que podría estar hecho de cristal. Su pelo es una indomable explosión de rojo, como el mío, pero lo lleva más corto, y todos sus gestos son titubeantes, como los de un chico que le pide bailar a una chica en las Laureales. Le beso en la cabeza y lo arropo bien con la sudadera azul que le he traído. Le pongo la capucha sobre la cabeza de manera que lo único que asome de ella sea su carita pálida.

—No pasa nada, no pasa nada. Ya estoy aquí.

—¿Dónde está mamá? —me pregunta con un hilo de voz.

—Esperándonos. Pero tienes que venir conmigo.

—¿Está bien? —pregunta.

—Necesito que seas valiente. ¿Lo serás? Tienes que ser como el Trasgo cuando acompañó al Segador a las fauces del dragón. ¿Lo harás por mí?

—Sí —responde asintiendo con la cabecita—. Claro.

Lo levanto en brazos de la cama y me dirijo hacia la puerta. Janis me bloquea el camino.

—Estaréis más seguros aquí —dice—. Es un hospital. Incluso ellos tienen que respetarlo.

Me la quedo mirando, perpleja.

—¿Has perdido la maldita cabeza? Tienes que coger a todo el mundo y salir de aquí.

—Liria...

No me paro a razonar con ella. Paso a su lado empujándola y salgo pitando de la enfermería, corriendo con mi sobrino aferrado al pecho. Ahora los disparos se oyen más cerca. Voces broncas se gritan unas a otras. Los gritos de una mujer se silencian con un golpe sordo y húmedo. Zigzagueo por los

huecos que quedan entre las casas, de camino a la torre de vigilancia del norte. Las puertas están arrancadas de sus goznes de plástico, los hombres jóvenes corren de un lado a otro con los brazos cargados de comida, recuerdos, HPs y mil objetos menos valiosos que la vida que porto yo. Los bracitos pálidos de Liam me rodean el cuello con fuerza. Alguien grita «gamma» y me señala. Aterrorizada, me adentro en un callejón y los pierdo entre las sombras.

La torre de vigilancia está abandonada cuando llegamos hasta ella. Su reflector apunta directamente hacia el cielo. Los soldados de la República que estaban allí apostados han huido. Un perro ladra en algún lugar. No veo a mi hermana por ninguna parte.

—Ava —la llamo en voz baja con la esperanza de que esté esperándome entre las sombras.

Nadie contesta. Las voces de los hombres surgen de entre las casas que hay a mi espalda. Me han seguido por el callejón. Cruzo la valla corriendo. Un campo embarrado se extiende hasta el inicio de la selva oscura. No lo conseguiremos. A la derecha está el vertedero del campamento y, detrás de él, el río.

—Ava —susurro de nuevo.

Las pisadas están más cerca. Me coloco a Liam sobre la cadera y me escabullo hacia las sombras del montón de basura. Me lanzo al suelo en lo alto de un montículo y me deslizo hasta la mitad de la ladera opuesta. Le digo a Liam que no abra la boca y trepo de nuevo hacia la cima de la pila para echar un vistazo al camino del que he salido huyendo. Una marea de gammas de mi sector salen en tropel por la valla en dirección a la selva. Los conozco a todos. No veo a mi hermana entre ellos, así que guardo silencio y permanezco arrebujada al cobijo de la basura. Pero cuando el ruido de sus pisadas se desvanece en la noche, me invade un miedo terrible a que me dejen atrás.

Estoy a punto de salir de mi escondite para unirme a ellos cuando veo que algo destella cerca de los primeros árboles de la selva. Quiero gritar a los miembros de mi clan. Salvarlos. Pero ya es demasiado tarde. El destello se convierte en un centenar. Como si la propia selva estuviera sonriendo y enseñando sus dientes pálidos. Mis paisanos chillan cuando los hombres de la selva salen a matarlos con falces en la oscuridad.

Escapo de los gritos, me interno más en el vertedero. Un trozo de metal me araña el muslo mientras trepo por otro montículo. Pierdo el equilibrio y caigo de costado dando tumbos. Me estampo con fuerza contra los residuos, sin apenas poder proteger a Liam. El niño llora contra mi pecho. El aroma dulzón de la podredumbre hace que los ojos nos lagrimeen. Una rata me corretea por encima del brazo. Me pongo de nuevo en pie y abrazo a mi sobrino. La herida de la pierna me escuece. Los insectos zumban en nubes espesas alrededor de mis pantorrillas desnudas, pican y trepan. El calor de la descomposición asciende en oleadas desde la basura. Encuentro un escondite y me encojo todo lo que puedo bajo los restos de una lavadora industrial rota. Liam tiembla de miedo, los sollozos silenciosos le arrasan el cuerpo. Lo dejo en el suelo. Tengo los brazos entumecidos de cargar con él. Ahora los hombres vagan por las inmediaciones del camino, cerca de la zona por donde hemos entrado en el vertedero. Sus linternas sajan la noche.

Me aplasto contra el suelo y presiono un dedo sucio contra los labios de Liam. Un haz de luz pasa por encima de nuestras cabezas. Los mosquitos revolotean en torno a su cara y proyectan sombras en ella. Le ajusto la sudadera para que solo la nariz y la boca sobresalgan de la capucha. El agua de lluvia se filtra y gotea por la basura mientras los hombres hablan entre sí. Las voces son como la de mi padre, la de mi madre, como la de mi hermana y mis hermanos. Pero ahora sus lenguas suenan crueles, duras, oscuras y afiladas. ¿Cómo pueden los rojos hacerle esto a su propia gente? Uno se

acerca lo suficiente para que alcance a verle las manos pintadas. Lo que las cubre no es pintura, sino sangre, reseca y resquebrajada.

Las linternas continúan avanzando y los hombres hablando. Me dejan con mi miedo. ¿Dónde está mi hermana? ¿La han pillado? Espero que haya seguido hacia las barcas. No sé qué hacer, adónde ir, así que me quedo allí agachada y me asomo para atisbar las sombras oscuras que se mueven por el camino. Con el fulgor de las llamas del interior del campamento, distingo sus caras. Son niños. Algunos de ellos no pasan de los catorce y lucen incipientes retales de barba en la barbilla. Están delgados y brillan a causa del sudor. Se gritan los unos a los otros y escudriñan los montones de basura, encorvados como perros salvajes hambrientos.

Liam entrelaza las manitas con fuerza. En su permanente oscuridad, solo puede oír las heridas que estos jóvenes airados han tallado en la noche. Tiembla. Le limpio el agua de lluvia de la cara. Ojalá tuviera la capacidad de sacarlo de aquí, de acabar con esto.

—Eres muy valiente, Liam —le susurro—. Valiente como el Trasgo, eso es lo que eres.

—¿Dónde está mamá?

—Vamos a reunirnos con ella. Estará en las barcas, imagino. Como has sido tan valiente, tengo algo para ti.

Me llevo la mano al bolsillo y encuentro la chocolatina que reservé en la cena para dársela. Se la pongo en la mano.

—Gracias —me dice.

Mientras se la come, oigo susurros en la oscuridad cerca de nosotros. Me levanto con cuidado y veo varios pares de ojos que reflejan la luz de la luna desde detrás de unos contenedores de agua desechados. Una familia escondida. Una niña pequeña levanta la mano y me saluda. Le devuelvo el gesto.

No estamos solos.

Podemos sobrevivir a eso. Ava nos está esperando ahí fuera, en algún lugar. Pronto iremos a buscarla, solo necesito coger un poco de aire. Pero entonces capto el olor del fuego.

13

LIRIA

Primero fueron los gritos

Comienza en el límite del vertedero, cerca de la torre de vigilancia, y enseguida se extiende, puesto que más Manos Rojas van encendiendo llamas pequeñas hasta que un muro de fuego avanza hacia nuestro escondite. El aire danza y se retuerce a medida que las lenguas de humo reptan entre la basura y me lamen los pies y las piernas. Liam grita de miedo. Lo cojo en brazos y salgo trepando de nuestro refugio. Huyo de las llamas, pero no puedo parar de toser. Apenas consigo respirar. No veo, tengo los ojos arrasados de lágrimas. Doy tumbos de una montaña de basura a otra. El metal y el cristal me rajan las piernas, que se me hunden hasta las rodillas en el barrizal.

Entonces, débilmente, oigo la voz de una chica que me llama a través del humo. Llega hasta mí como una canción de cuna, pequeña y delicada. Y entonces la veo entre el caos de ceniza, moviendo el brazo con ímpetu para tratar de orientarme.

Me incorporo tambaleándome y sigo su voz hasta encontrar en el humo una veta donde puedo engullir aire limpio. Hay más personas corriendo ante nosotros. Veinte, cuarenta almas frenéticas avanzando a trompicones por la basura, huyendo de las llamas, todos en dirección al río, donde están amarradas las barcas de pesca. Dejo atrás el humo y jadeo tratando de respirar al borde del vertedero. Otros refugiados corren en tropel más adelante, ya en la maleza, para intentar llegar a las barcas.

Con Liam abrazado al pecho, me uno a ellos y lanzo una breve mirada

hacia atrás. Una columna de humo se eleva desde la basura en llamas, una mancha que se recorta contra el naranja del amanecer. El sol se eleva sobre el campamento que antes fue mi hogar.

Delante de mí, las madres corren con sus hijos y con pañuelos hechos jirones a su espalda. Los hombres jóvenes avanzan a trompicones, tras haber abandonado todas sus posesiones materiales, cargando con ancianos o amigos heridos. No son solo gammas. No es solo el clan colaborador. Me apresuro a cruzar los matorrales verdes entre las masas, en dirección al cauce del río. Las malas hierbas me azotan las espinillas. El barro se me pega a los pies. Estamos muy cerca del agua, casi liberados de la noche, cuando oigo un grito por delante de nosotros. Y después otro.

En la llanura cenagosa que hay más allá de los matorrales, una mujer se ha dejado caer de rodillas. Sus hijos están a su espalda. Tiene las manos estiradas, suplicando clemencia. Los refugiados se han detenido formando una línea escalonada. No veo lo que hay delante de ellos. Ante mí, un anciano se sienta sobre el barro y mira hacia delante con los ojos vacíos.

En Lagalos, cuando los locutores jefe querían eliminar una infestación de víboras de un túnel, encendían fuegos y obligaban a los animales a salir de sus escondites entre los engranajes, los recovecos y las grietas. Ahora nosotros somos las víboras. La Mano Roja ha encendido fuegos para obligarnos a salir de nuestro refugio en el vertedero y atraernos hacia aquí. Una línea espaciada de veinte jóvenes cubiertos de hollín y sudor y equipados con armas automáticas nos obstruye el camino hacia las barcas. Tienen las manos embadurnadas de rojo hasta los codos. Entre ellos hay una sola mujer. La misma a la que he visto matar a Tiran en la lanzadera. Su pelo de color óxido está salpicado de mechones blancos. La mitad de su rostro está desfigurada por terribles cicatrices. La otra mitad es belleza marchita. Lleva

un chaleco blindado y empuña un falce, marrón de la sangre seca. Le dice algo a un hombre, que levanta su arma.

El tiempo se ha detenido para nosotros en el barro.

Coloco a Liam detrás de mí. Se oye un crujido. Algo caliente y salado me rocía la cara. Me enjugo los ojos y las manos se me ponen rojas. Veo que el anciano sentado en el barro empieza a tambalearse. Tiene la cabeza extrañamente ladeada. Se estremece de nuevo. Solo en lo más profundo de mi mente me doy cuenta de que es el metal lo que le está haciendo esto. Otra bala lo desgarró y el hombre se desploma de costado, aullando. Los niños gritan e intentan huir. El metal los destroza, les echa la cabeza hacia atrás y contorsiona sus cuerpos en una danza maníaca. Tiro de Liam hacia abajo. Algo caliente y duro me perfora el hombro. Los pies se me levantan del suelo y caigo desplomada sobre el barro. El frío de la conmoción me recorre las venas del brazo mientras inhala barro por la nariz.

Esto no es real.

Esto le está pasado a otra persona. Ruedo para tumbarme de espaldas.

El ruido de las pistolas se desvanece cuando contemplo el azul del cielo.

Me estoy elevando hacia él como hice la primera vez que lo vi con mis propios ojos. Arriba. Cada vez más arriba. Hacia una única lágrima plateada.

Que se va acercando.

Más.

La lágrima destella de forma esperanzadora. ¿Es el Anciano que protege el Valle? ¿Ha venido a llevarme a casa con mi padre? ¿Con mi madre? ¿Con Tiran?

La lágrima se divide y se convierte en tres. O puede que hayan sido tres desde el principio. Y puede que yo no me esté sumergiendo en el cielo. Puede que el cielo esté derrumbándose sobre mí. Oigo un rumor de metal furioso a

lo lejos. Es un barco. Tres barcos. Dejan estelas de vapor en el cielo. Uno grueso. Dos esbeltos y rápidos.

—¡La República! —grita alguien a un millón de kilómetros de distancia—. ¡La República!

La tierra palpita con las sacudidas de los misiles que caen. Bum. Bum. Bum. El barco grueso abarrotta el cielo de pequeñas semillas relucientes. Las semillas comienzan a descender. Rápido. Más rápido. Se unen como una bandada de golondrinas y después se escinden a unos mil metros por encima de nosotros. Una ruge directa hacia mí como un chorro caliente de metal y vapor. Impacta contra el barro. Un demonio de metal con forma de hombre. Su yelmo está moldeado como el rostro de un cánido rugiente. Levanta el puño izquierdo y lo apunta contra la línea de fuego atacante. El ruido y la furia estallan. Corrientes de aire distorsionado ululan sobre el fango. Los hombres corren en busca de cobijo o se funden. Y entonces desaparece, de vuelta hacia el cielo, arrastrando un aullido de guerra a través de un altavoz electrónico: «¡...*elemanus!*!».

—Liria —dice Liam, que me toca la pierna. La sigue con las manos hasta encontrar mi cara. Está vivo. Cubierto de barro, pero vivo—. Liria, ¿estás herida? —pregunta entre lágrimas.

—Estoy aquí —le digo. Me incorporo y lo agarro con la mano derecha—. Estoy aquí. —Lo abrazo y sollozo entre los cadáveres—. Estoy aquí.

Me pasa algo en el hombro izquierdo. Me duele más de lo que me ha dolido nada en la vida. La sangre mana a borbotones de él y un dolor lacerante se abre camino como un punzón por mi brazo palpitante. Nos encontramos en medio de una sopa de cuerpos rotos, que se retuercen. Los Mano Roja están muertos o han escapado en busca de refugio para disparar hacia el cielo. Las dos naves de la República de color blanco hueso disparan

contra los camiones y los vehículos que la Mano ha posado en tierra. Los hombres de acero fustigan el aire.

Es demasiado. Demasiado estruendo. Aparto a Liam de todo ello y sigo a los pocos supervivientes de la masacre para ocultarnos entre los juncos de la orilla del río.

Allí, encogidos de miedo, escuchamos la batalla. Ha sobrevivido una decena de personas más. Dan un respingo cuando estalla una bomba. Pero yo permanezco sentada en silencio, meciéndome hacia delante y hacia atrás, contemplando los bichos que vuelan por encima del agua. Mi hermana está a salvo. Sus hijos están a salvo. Nos veremos pronto y compartiremos una sonrisa. Liam y yo estaremos pronto con ellos.

—¡Mirad! —grita alguien a mi lado al mismo tiempo que señala hacia arriba.

El caballero con el yelmo de cánido cae en picado desde el cielo dejando una estela de humo a su paso. Aterriza con estrépito en el lecho del río a treinta metros de nosotros. Todos observamos el agua. No reemerge. Miro a los supervivientes que me rodean. Nadie mueve un dedo.

Va a ahogarse.

—Tenemos que ayudarlo —murmuro entre dientes a pesar del castañeteo. Helada a pesar del calor. Nadie me mira. Lo repito en voz más alta—: Tenemos que ayudarlo. —Aun así, nadie se mueve—. Escoria sin agallas.

Le digo a Liam que no se mueva y me tambaleo hasta el agua. Me sumerjo en ella hasta el cuello. Cubre más de lo que pensaba. No podré levantarlo sola. Maldigo y miro a mi alrededor. Diviso un largo trozo de cuerda que mantiene media docena de barcas unidas, regreso hasta las barcas y desenmaraño la cuerda. Después vuelvo a lanzarme hacia las profundidades mientras las barcas se alejan a la deriva. La corriente me tira de la cintura como un mal compañero de baile y amenaza con arrastrarme río abajo.

Pronto el agua me cubre la cabeza. Me sumerjo y busco al caballero caído entre las tinieblas.

No lo veo.

El limo es tan espeso que tengo que emerger un par de veces antes de encontrarlo por casualidad cuando rozo un trozo de metal con el pie derecho. Recorro la armadura con los pies, apenas capaz de dar con el contorno del hombro. Le ato la cuerda alrededor de la pierna lo mejor que puedo con el hombro destrozado y regreso a la superficie pataleando y arrastrando la cuerda detrás de mí. Cuando llego de nuevo a la orilla, un grupo de rojos está esperando para ayudarme, todos muy valientes y heroicos después de que yo haya hecho todo el maldito trabajo.

Diez pares de manos tiran de la cuerda hasta que, con un gran tirón, logramos sacar al caballero del agua y dejarlo en la orilla.

Nos acuclillamos sobre él en el barro. La armadura naranja está sucia y chamuscada a la altura del abdomen, donde algo ha impactado contra él en el aire. Es un gigante. El cabrón más grande que he visto en mi vida. Solo su yelmo es casi tan grande como mi torso. Los enormes guanteletes de la armadura podrían aplastarme la cabeza como si fuera un huevo de víbora. El agua brota por los agujeros del metal. Lo acaricié con los dedos esperando, por alguna razón, que esté caliente. Esta frío y es ligeramente iridiscente.

—Es enorme —jadea alguien.

—Tiene que ser un maldito obsidiano.

—No, esos llevan plumas blancas...

—¿Está muerto?

—Una explosión ha impactado contra su generador —dice un hombre mayor. Creo que se llama Almor. Era perforador de los delta hace años. Se arrodilla en el barro junto al caballero y pasa las manos por el metal—. El

escudo de pulsos está apagado, pero eso significa que no ha tenido oxígeno ahí abajo. Podría estar ahogado.

—Tenemos que sacarlo de ahí —digo.

—¿Alguien sabe cómo funciona esta mierda? —pregunta una mujer tirando del casco, que no cede.

—Debería haber un disparador de emergencia o algo así —dice Almor. Busca por la zona de la mandíbula—. Aquí.

Con un silbido, el protector facial se suelta. El agua sale a borbotones. El hombre mayor presiona el protector facial hasta que este se repliega sobre sí mismo y deja al descubierto el rostro del caballero. No es obsidiano, pero parece tallado en granito. Una barba roja le cubre la mandíbula prominente. La cabeza titánica carece de pelo. Y una cicatriz delgada le atraviesa el pómulo derecho. Tiene la nariz aplastada y unos ojos pequeños rodeados por pestañas delicadas. Es dorado. El primero que he visto con mis propios ojos. El primero que cualquiera de nosotros ha visto.

—¿Respira? —pregunta Almor.

Nadie se mueve hacia el caballero. Siguen siendo unos cobardes. Me inclino sobre el hombre y le acerco la oreja a la nariz. Justo en ese momento, sufre un espasmo. Me aparto aterrorizada mientras él vomita agua. El caballero tose y yo me recuesto sobre el barro, exhausta. En lo alto, más barcos supersónicos desgarran el cielo cuando descienden para salvar el campamento.

La Mano Roja se batirá en retirada, pero el Campamento 121 está en llamas.

14

EFRAÍN

Aniversario

En un pequeño reservado esquinero de la turbia zona privada de un tugurio, dos sabandijas beben encorvadas sobre unas copas sucias, como viejas gárgolas pervertidas. Levantan la vista cuando cruzo el humo verde neón de polvo de demonio que se eleva desde los ciscos de dos mecánicos rojos.

Al sur de la Ciudad de Hiperión, a ciento sesenta kilómetros de los bulevares bordeados de arcos del Paseo Marítimo, se alzan los brutalistas Muelles Atlas Interplanetaria. Hay siete torres principales en los MIA, todas ellas de tamaño inhumano. Mil millones de viajeros cruzan sus pasillos cada año terrestre estándar. Pero por cada nuevo oligarca y dorado de sangre vieja que aterriza aquí, hay una avalancha de marineros espaciales e inmigrantes y pasajeros interplanetarios. Todos estos viajeros agotados ansían restaurantes, casinos, hoteles y prostíbulos antes de seguir en tránsito hacia cualquiera que sea su destino final en la Luna.

Es un tumor que no para de crecer; por eso se lo conoce como la Masa.

Detrás de mí, a través de la puerta abierta, los carteles eléctricos y la carne digital de alta resolución, se clavan en los ojos como anzuelos que sacan a los viajeros a rastras de sus tranvías o sus transportes aéreos privados. Los lanzan de cabeza hacia los vestíbulos de los comercios para que bombeen sangre y dinero en las venas de esta ciudad interior. Es el típico sitio al que vas para olvidarte de tu vida. Pero el colmo de la ironía es que es donde la mía empezó.

El bar tenía un aspecto distinto en aquella época. Yo llevaba dos años fuera

de la legión y había venido a Marte a fundirme unos cuantos créditos con unos cuantos reclutas de Piraeus. Cuando ya llevaba dos copas, un idiota me derramó un vaso de leche con licor por la espalda. Me doy la vuelta para enseñarle al capullo unos cuantos modales, pero una sola mirada a aquella cara de bobalicón y al traje demasiado holgado que lucía bastó para que empezara a reírme con tantas ganas que no fui capaz de levantar el puño. El hombre también me miraba con el bigote lleno de leche y los ojos abiertos como platos y arrepentidos. ¿Quién demonios pide leche en un sitio como este? Era un chico joven, sencillo, procedente de no sé qué páramo de la Tierra, que llevaba dos años en la Legión. Nos sentamos y charlamos en ese reservado esquinero hasta que cerraron el bar. El resto fue historia.

Fue mi refugio. Mi chaval de pueblo con un gran corazón y una risa aún más grande. Solo Júpiter sabe lo que él vio en mí.

—Disculpadme —les digo a las sabandijas del reservado esquinero.

Miran con suspicacia mi traje arrugado, preguntándose si me habré perdido.

—¿Qué quieres? —me espeta el marrón.

Es un cabrón terrano, a juzgar por el grosor de sus muslos. Entrecierra los ojos margosos.

—Tengo este sitio reservado, ciudadano —contesto.

—Aquí no aceptan reservas. Lárgate.

—Siéntate allí —dice el más corpulento, un gris con una expresión facial amarga—. Y cierra el pico antes de que te talle.

Señala una mesa abierta cercana y desenvaina un cuchillo de iones curvado del tamaño de mi antebrazo. Su luz azul titila cuando activa la carga.

—¿Y vas a ser tú el que me talle? —pregunto con ironía—. No parece ni que puedas mantenerte en pie.

Se pone de pie.

—A ver, zorra. En Whitehold tenía putitas como tú —dice el gris.

Teniendo en cuenta el aspecto de sus brazos nudosos, podría reducirme a escombros sin ningún problema. Debería dejarlo pasar.

—¿En Whitehold? —me mofo—. Qué extraño, creía que a los cerdos sodomitas los mandaban a la Fondoprisión.

Ahora los dos están de pie y sus hojas relucen bajo la luz tenue. Retrocedo tambaleándome, demasiado lento a la hora de darme cuenta de que mi lengua está más borracha que el resto de mi ser.

El gris está a punto de intentar rajarme con ese machete que lleva cuando ve algo a mi espalda y se detiene en seco. Se hace el silencio en el bar. Algo endiabladamente singular acaba de franquear la puerta que hay detrás de mí. Y algo lo bastante singular para este tipo de clientela solo podría significar una cosa.

Al final ha venido.

Me vuelvo y veo a una mujer gris de mi altura, pero con la nariz aplastada de un boxeador y la corpulencia física de un bloque de hormigón. Las pecas, que se le han oscurecido durante el tiempo pasado bajo el sol riguroso de Marte, magullan una nariz fea y ancha, mientras que el pelo, afeitado a ambos lados de la cabeza, le sale disparado desde el centro como un tiburón blanco que emerge a la superficie. Su uniforme militar es negro por completo, pero todas las miradas, desde la del camarero receloso hasta la de la puta aturdida, escudriñan el estandarte del caballo volador rojo que adorna las mangas de su chaqueta y la capa de lobo apelmazada que le cuelga del hombro izquierdo. Legión Pegaso, Batallón Aullador. Una de los del mismísimo Segador.

La mujer pasa a mi lado dando zancadas en dirección a los hombres que nos bloquean el acceso al reservado.

—Moveos.

Ellos agachan la cabeza educadamente y se apartan. La mujer se sienta y

sirve dos copas de lo que les queda de whisky, limpia la suya y me hace un gesto con la cabeza. Me uno a ella y les tira una Octavia de oro. Un cuarto creciente de los Lune por valor de cien créditos. Sigue siendo la moneda en curso a pesar de los tristes intentos del Amanecer por acuñar una nueva divisa legal.

—Por el whisky, ciudadanos.

Los dos hombres se apartan y las conversaciones empiezan a reanudarse poco a poco en el bar. La mujer vuelve la mirada hacia mí, me examina con unos ojos duros como el pedernal.

—Holiday ti Nakamura, la Aulladora. En carne correosa y hueso —digo.

—Efraín ti Horn. El imbécil con ganas de que se lo carguen. —Señala con la cabeza a los dos matones—. ¿Qué demonios te pasa?

—Lo de siempre. ¿Quieres que te dé las gracias por salvarme el culo?

—No me des las gracias todavía, la noche es joven. Además, puede que la obsidiana con el cañón de riel que hay ahí sea más de lo que puedes abarcar.

—¿Eh?

—En el otro lado, segundo reservado. Una tipa grande con un bulto bajo la axila. —Señala con la cabeza hacia una zona en penumbra donde una silueta corpulenta se encorva entre las sombras sobre una bebida con una sombrilla dentro—. Estás perdiendo facultades, Ef —dice Holiday mientras husmea la botella de whisky con recelo.

—Maldita sea. —Suspiro—. Vuelvo enseguida.

—¿Necesitas ayuda?

—Solo si tienes entradas para el zoo.

—¿Qué?

—No preguntes.

Cruzo el bar con paso airado. Volga se encoge, avergonzada, como si

podiera sumergirse en la oscuridad del reservado y evitar que la vea. Se rinde cuando chasqueo los dedos delante de ella.

—Fuera.

La lluvia gotea despacio desde el toldo verde que cubre la entrada del bar. El local está en un edificio de restaurantes y tugurios de copas que lindan directamente con una autopista de varios niveles. Al otro lado del pequeño muro de contención hay una bajada escarpada que se hunde en el cañón de hormigón que separa los edificios. Le doy un empujón a Volga.

—¿Y ahora me acosas?

—No...

—Volga.

—Sí —reconoce—. Estoy preocupada por ti.

—¿Preocupada por mí? Eres tú la que apenas es capaz de coger un taxi sin mí.

—He dado contigo, ¿no?

—Bueno, al menos te he enseñado algo. Pero no a meterte en tus propios asuntos, gigante estúpida.

—Parecías triste...

—No es tu problema. Ya tienes bastante con los tuyos, no me conviertas en uno más.

—Pero somos amigos. Los amigos se cuidan entre sí. —Señala hacia el interior—. ¿Quién es esa? Su capa...

—No es de tu maldita incumbencia.

—Pero...

—No somos amigos, Volga. —Le clavo un dedo en el pecho y levanto la vista hacia su cara simplona—. Trabajamos juntos. Socios empresariales. Esa es toda nuestra relación. —Se queda ahí plantada como si la hubiera

abofeteado—. Vete a casa. Y deja de seguirme solo porque no tienes vida propia.

No tengo que repetírselo. Arquea los hombros para protegerse de la lluvia y desaparece subiendo un tramo de escaleras hacia la parada de taxis que hay más arriba.

Entro de nuevo y descubro que Holiday ya ha hecho algunos progresos con la botella, pero su silla está en otra posición, como si acabara de levantarse de ella. ¿Ha estado escuchando junto a la puerta?

—¿La conoces? —me pregunta.

—No —replico.

—Vale. Bueno... Me alegro de verte, Ef. —Pasa un dedo calloso por el borde de la copa—. Si te soy sincera, me sorprende que hayas venido.

—Eso ha dolido. ¿Pensabas que ya no me importaría?

—Pensé que no te acordarías del cumpleaños de Trigg.

—Y yo pensé que tu señor mesiánico no te quitaría la correa para que pudieras relajarte un poco. ¿No tienes que asistir a un desfile?

—Eso fue ayer. Pero ya lo sabes.

Me encojo de hombros.

—Este sitio se ha ido al carajo.

—Sí. Prefería las antorchas tiki a lo que quiera que sea esto...

Se interrumpe y hace un gesto que abarca las luces verdes y la miríada de despojos humanos que ocupa el bar.

Resoplo con sorna.

—Puede que nos estemos volviendo demasiado cultos. Aun así, tiene que ser mejor que el cinturón de arena de Mercurio.

—Joder, desde luego —dice con rotundidad.

Nunca ha sido guapa, pero la última gira le ha pasado factura. De todas formas, la mayor parte del deterioro parece ir por dentro. Se ha sentado a la

mesa con el peso del planeta presionándola hacia el interior de la botella de whisky.

—¿Caíste en la Lluvia? —pregunto. Asiente—. Vi los telediarios. Parecía un puto caos. ¿Cómo son esas Lluvias?

Se encoge de hombros.

—Buenas para los fabricantes de armas. Hostiles para la experiencia humana en el caso de todos los demás.

—Por la heroína regresada y su perspicacia.

Alzo mi copa. Ella inclina la suya hacia mí.

—Por el mediocre maligno.

Las entrechocamos y las vaciamos. Es un licor tan malo que noto el sabor de la garrafa de plástico en la que venía, de las que se incluyen en el racionamiento. Tomamos otra copa. Y después más. Bebemos hasta que esté bien muerto. Holiday examina los restos de su última copa, preguntándose cómo ha llegado tan rápido. Me recuerda a todos los soldados que vuelven a casa de la guerra. Mundos vueltos sobre sí mismos. Tensos, de mirada siempre escrutadora. Torpemente, intenta darme conversación, porque sabe que es lo que se supone que debe hacer.

—Entonces... ¿alguna novedad? ¿Sigues trabajando por tu cuenta?

—Ya me conoces. Libre como el viento.

Muevo un dedo de un lado a otro en el aire.

—¿Para quién?

—No los conocerías.

No sonrío. Me pregunto si le duele tanto verme como me duele a mí verla a ella. Me daba miedo. Venir aquí. Volver a sumirme en todo esto.

—O sea que tienes una vida buena y fácil.

—Lo único fácil es la entropía.

—Qué gracioso.

—El chiste no es mío. —Hago un ademán de indiferencia—. Me mantengo ocupado.

—Hay otras formas de mantenerse ocupado. Formas que merecen la pena.

—Ya lo he probado. —Obedeciendo un instinto, me llevo la mano al pecho, donde las cicatrices de los dorados se esconden bajo la chaqueta de mi traje. Me doy cuenta de que ella se fija en el gesto. Dejo caer la mano—. No funcionó.

La terminal de datos le zumba en el brazo.

—¿Estás de guardia? —pregunto.

Ella la silencia sin siquiera mirarla.

—Grandes hurtos ha crecido. Ahora cuentan con un comando especial. La soberana está cansada de que la cultura de esta ciudad se saquee en favor del mejor postor.

—La soberana, ¿eh? ¿Cómo está la buna de Corazón de León? ¿Sigue concediendo pases de amnistía a asesinatos y esclavizadores?

—¿Todavía tienes esa espina clavada?

—Grises: de vida corta y memoria larga. ¿Habías olvidado esa cancioncilla? Dime, ¿ese nuevo comando especial tiene una insignia bonita? Apuesto a que sí. Puede que un tigre volador o un león con una espada en la boca lustrosa.

—Fuiste tú quien decidió abandonar el Amanecer, Ef.

—Ya sabes por qué lo hice.

—Si no te gustaba cómo iban las cosas, podrías haberte quedado, haber intentado cambiarlas. Pero supongo que es más sencillo juzgarlo todo desde fuera, lanzar botellas al campo de juego.

—¿Cambiar las cosas? —Sonrío de una forma desagradable—. ¿Sabes? Cuando empezaron los Juicios de Hiperión, pensé que por fin se haría algo de justicia. Te lo juro por Júpiter. Pensé que al fin los dorados pagarían lo que

deben. Incluso después de Endymion, incluso después de lo que les hicieron a mis chicos... —Vuelvo a llevarme la mano al pecho—. Pero entonces tu soberana se echó atrás. Desde luego, unos cuantos jefazos militares, unos cuantos psicóticos de categoría que pertenecían al Consejo de Control de Calidad fueron condenados a cadena perpetua en la Fondoprisión, pero muchos más obtuvieron indultos completos porque la soberana necesitaba a sus hombres, su dinero, sus barcos. Menuda justicia.

Holiday me sostiene la mirada, tozuda.

Después de que Trigg muriera en aquella cumbre de Marte, me uní al Amanecer. Más por venganza que por otra cosa. No era de los que creían. Terminaron por poner las habilidades que había adquirido y perfeccionado en la legión y en Piraeus al servicio de la caza y captura de criminales de guerra Marcados como Únicos. Nos llamábamos los «cazadores de cicatrices». Otro nombre escurridizo más.

Sé que no debería insistir en el tema político con Holiday. Es una cabezota y sus ideas siguen estando tan arraigadas como siempre. No es más que otro gruñido seducido por los hermosos semidioses. Pero el alcohol me está afectando.

—¿Sabes? Cada vez que veía a un dorado esclavizador marcharse de rositas por el bien del «esfuerzo bélico» era como verles escupir sobre la tumba de Trigg. Puede que Aja sea polvo, pero hay hombres y mujeres idénticos a esa zorra campando por los mundos porque las personas que sujetan tu correa no fueron capaces de llegar hasta el final.

Vacío mi copa para enfatizar mis palabras y me siento como un presentador de telediarios idiota. Palabras bonitas y vacías y máximas ostentosas.

—Sabes que no puedo ayudarte si te pillan en un trabajo —me advierte.

Y sin más, me ignora, porque ella siempre tiene razón, y yo no paro de

buscar la provocación.

—Orinar en público es un delito sin víctimas —digo con una sonrisa.

Saco un cisco y lo enciendo.

—Lo que te dije la última vez va en serio.

—¿Lo del partido del Quimera Hiperión? Habría perdido una fortuna en esa apuesta. Un espectáculo bochornoso. Pero la guerra simulada es impredecible, ¿no? Karachi es una apuesta más segura.

—La oferta sigue en pie, Ef. Nos vendría bien un hombre como tú. Vuelve. Ayúdanos a desenmarañar el Sindicato. Puedes salvar vidas.

—Estoy salvando una vida. La mía. Manteniéndome tan lejos de tus amos como me resulta humanamente posible. Una pena que Trigg no tuviera oportunidad de hacer lo mismo.

Me observa a través del humo que le echo en la cara.

—No quiero seguir haciendo esto.

—Sé más concreta.

—Esto. —Echa un vistazo alrededor del bar—. Esto no es por él. Ni siquiera es por mí. Es por ti. Para que puedas regodearte en ello y dejar que te pudra por dentro. No es lo que él habría querido.

—¿Y qué habría querido?

—Que tuvieras una vida. Un propósito.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Por qué te has molestado en venir? No te he obligado.

—Porque mi hermano te quería —replica con aspereza. Baja la voz—. Habría querido algo más que esto para ti.

—Entonces tal vez no debieras haber hecho que lo mataran.

La vieja Holiday no me pegaría.

—Han pasado diez años, imbécil. Tienes que superarlo o acabará devorándote.

Me encojo de hombros.

—¿Y qué otra cosa queda por devorar?

No me merecía el amor que su hermano, y tengo clarísimo que no necesito la compasión de mierda de Holiday. Le hago una señal al camarero, que se acerca con otra botella. Holiday niega con la cabeza mientras me sirvo una copa.

—No volveré aquí el año que viene.

—Una pena. Te echaré de menos. Rompe las cadenas y todo eso. —Se levanta y clava la mirada en mí, a punto de decir algo vengativo. Pero se lo traga, y me da rabia, porque huelo su lástima—. ¿Sabes lo que me escuece de verdad? —le pregunto en cuanto levanta la cabeza—. Que te crees mejor que yo porque llevas ese uniforme y piensas que soy un vendido. Pero la que es demasiado estúpida para darse cuenta de que lleva una correa alrededor del cuello eres tú. Tú eres quien lo haría sentirse avergonzado.

—Lo único bueno de que esté muerto es que no tiene que verte así. Hasta la vista, Ef.

Ya en la puerta, baja la mirada hacia su terminal de datos y una sombra de miedo provocada por lo que ve allí le oscurece el rostro. Después desaparece bajo la lluvia.

Dos copas más tarde, abandono la botella y salgo dando tumbos del bar hacia la acera. La lluvia se abre paso entre el laberinto de la ciudad que se extiende hacia arriba y hacia abajo, tornándose más repugnante a cada nivel. Me acerco al borde de la acera y me asomo por encima de la barandilla de metal oxidado que da a la autopista aérea. Es una caída de mil metros hasta la fétida planta baja de la Masa. Los coches y los taxis voladores titilan entre la niebla creciente. Desde los laterales de los edificios descomunales, los carteles publicitarios filtran manchas de contaminación de tonos verde neón y rojos violentos hacia el aire como un pus multicolor. En una valla publicitaria

digital, un niño rojo de seis pisos de tamaño merodea solo por el desierto. Tiene los labios resecos. La piel absurdamente quemada. Tropieza con algo en la arena, empieza a excavar con ansia y, ¡oh!, descubre algo enterrado. Una botella. Con movimientos febriles, quita el tapón y bebe un trago. Se ríe encantado y levanta la botella resplandeciente hacia el sol, donde brilla y reluce con divinas gotas de condensación. La palabra AMBROSIA destella en la pantalla, con un pequeño logo de un talón alado en la esquina.

Un rugido distante me llega desde el cielo cuando un enorme barco de pasajeros zarpa de su amarradero en los MIA, de camino a las estrellas invisibles. Pienso que ojalá nunca hubiera abandonado Hiperión para venir a la Masa. Que ojalá me hubiera ido a un club de Perlas y buscado a un rosa que devorara mi atención. Holiday tenía razón en una cosa: esto no hace sino reabrir la herida. Pero si no la reabro, da la sensación de que no importara. Y si la herida no importara, yo tampoco lo haría.

Saco mi terminal de datos con una mano y estoy a punto de dejarla caer por encima de la barandilla. Recupero el último vídeo reproducido. La grabación de una cámara de seguridad. Un paisaje invernal ocupa el aire delante de mí. Gotas de lluvia descuidadas atraviesan el holo perforándolo. Trigg está desamparado en el puente que lleva a una plataforma de aterrizaje que sobresale de la ladera de una montaña como el brazo de un camarero que lleva una bandeja. Una dorada gigantesca le clava la hoja en la columna vertebral, se la saca por el estómago y lo levanta hacia el cielo como si fuera el kebab de un vendedor callejero. Después lo tira por un costado del puente. Mi amor se desparrama sobre las rocas que hay más abajo. Su sangre oscurece la nieve blanca.

Lanzo el terminal de datos al abismo, las lágrimas y la lluvia me emborronan la visión. Noto la barandilla resbalosa bajo las manos cuando me sorprende encaramándome a ella. Me sitúo en el borde y miro los vehículos

que circulan más abajo y la oscuridad que hay tras ellos. Siento el dolor con la misma intensidad que hace diez años cuando Holiday me llamó. Estaba en las oficinas de Seguros Piraeus. No emití ni un solo ruido cuando colgué. Me limité a quitarme el uniforme, me deshice de mi insignia y salí de la oficina por última vez.

Ahora podría marcharme con la misma discreción.

Pero cuando me echo hacia delante para precipitarme hacia el vacío, algo me lo impide. Una mano que me sujeta la espalda de la chaqueta. Siento que mis pies se deslizan bajo mi peso cuando tiran de mí de nuevo hacia la acera. Aterrizo con fuerza contra el hormigón húmedo y me quedo sin aire en los pulmones. Tres hombres de rostro pálido vestidos con guardapolvos de cuero negro y gafas de cromo me miran desde más arriba.

—¿Quién coj...?

Un puño del tamaño de un perro pequeño me sumerge en la oscuridad.

15

LISANDRO

Desde las profundidades

En el puente de mando, Pita se ha quedado callada, pues está sincronizada con el modo de batalla del barco. La mirada se le pierde en la distancia mientras su mente y el ordenador del barco funcionan como uno solo.

—Será mejor que empieces a pensar cómo quieres morir —me dice Casio cuando ocupo el puesto de observación que hay detrás del de Pita—. Hemos pedido uno de nuestros motores gracias a tu imitación de Lorn. Esto es peor que la basura astral de Lorio.

—Nada es peor que eso. —Miro las pantallas de los sensores y las lecturas de datos—. Da igual.

Las tres embarcaciones nos persiguen. Y no son naves piratas ensambladas de cualquier manera, sino barcos militares. No importa que sean viejas; sus motores parecen estar en muy buena forma. Pita está devolviendo fuego de medio alcance con nuestros cañones de riel. No veo el aspecto dramático de la situación, aquí dentro todo son pantallas y lecturas de sensores. Noto el familiar estremecimiento de la nave cuando las municiones salen de sus polvorines hacia los cañones magnéticos y salen disparadas por el espacio hacia nuestros perseguidores. ¿Cuántos disparos quedarán antes de que nos quedemos sin munición?

—¿Podemos perderlos en el campo de asteroides? —pregunto.

—No es lo bastante denso —responde Casio.

—¿Podemos descender?

—Están demasiado cerca.

—¿Podemos...?

—No —replica—. No podemos escondernos. Ni huir. Ni luchar. Maldita sea. —Estampa la mano contra la consola—. Tendrías que haberme hecho caso.

—Lo siento, Casio.

—No utilices mi nombre. Tenemos invitados a bordo.

—Está inconsciente.

—Esa tripulación no. ¿Quieres que alguno de ellos intente reclamar un botín en el Núcleo mientras esquivamos ascomanni?

Niega con la cabeza, maravillado ante mi estupidez.

—No iba a quedarme de brazos cruzados y dejar que esos salvajes se comieran a una de las nuestras.

—«Una de las nuestras...».

—Mi abuelo habría intentado salvarla.

—¡Claro que sí! Habría destripado a un centenar de colores inferiores para salvar una sola vida dorada. ¿A cuántos has matado tú hoy? ¿A una decena? —Veo sus bocas echando espumarajos de miedo. Sus ojos abiertos de par en par como los de un caballo agonizante. Blancos por completo—. ¿Ha merecido la pena? Podrías haberlos ayudado —doce con tristeza—. Pero tú fuiste a por ella. ¡A por una sola persona!

Asumo el castigo. Me lo he ganado. Pero a él se le olvidará hoy mismo. El tiempo lo disolverá. Pero en mi caso no será así. Mi memoria me mantendrá atrapado con esos rostros desencajados aunque cuando yazga en mi lecho de muerte. Veré sus uñas resquebrajándose contra la malla de alambre. Oleré el orín de la cubierta. Y me preguntaré a cuántos podría haber salvado si hubiera tenido más sentido común.

Nuestro barco vuelve a sacudirse cuando nos alcanza otro proyectil. Rebota contra nuestros escudos cinéticos y se pierde en el espacio. Si

estuvieran apuntando a matar, utilizarían misiles, pero están apuntando a nuestros motores.

—Nos quieren vivos —digo.

—Por supuesto. Han visto que somos dorados. Nos violarán y nos matarán cuando se aburran de ello.

—Y nos comerán —añado—. Esos tipos son caníbales. —Capta el dejo de miedo de mi voz—. ¿Cuánto tiempo durarán nuestros motores si los sobrecalentamos? —pregunto.

Sé la respuesta, pero también sé hacia dónde necesito guiar a Casio. Él baja la mirada hacia Pita.

—No mucho. Puede que una hora o dos. Después somos metal muerto. Pero ¿adónde iríamos? La ciudad asteroide más cercana está a cinco días de aquí.

—Al Confín.

—Al Confín, dice. ¿Tú te has olvidado de tu apellido? ¿Del mío? —Baja la voz y vuelve a mirar hacia el pasillo—. Tu abuela ordenó la destrucción de una de sus lunas y de sus muelles.

—Eso dicen.

—Creen que yo pisoteé personalmente la cabeza de Revus au Raa.

—Los ascomanni no nos seguirán si rebasamos la Línea. Le tienen más miedo que nosotros al Confín.

—Y tienen razones para ello.

—Las posibilidades de que tengan un buque de guerra a menos de seis días de donde entraríamos son insignificantes.

Nuestra embarcación vuelve a estremecerse. Pita da un respingo en su asiento. Le gotea sangre por los labios. Se ha mordido la lengua. Su protector bucal tiembla sobre la consola. Le separo los dientes y le introduzco el fino pedazo de plástico en la boca.

—Ahí dentro he cometido un error. Pero esto es una cuestión de probabilidad. Podemos sobrepasar la Línea, librarnos de los ascomanni, arreglar los motores y después...

—Hace diez años que ningún barco entra en el Espacio del Confín. No voy a correr el riesgo de iniciar una guerra.

—Entonces, ¿cuál es tu plan? —le pregunto.

—Nos damos la vuelta y luchamos. Podemos meternos dentro de uno de sus barcos. Utilizar sus armas contra las corbetas. He visto a otros hombres hacerlo.

Luchar. Por supuesto que esa es su respuesta.

—Nosotros no somos esos hombres —contesto. Parece herido en su vanidad de guerrero—. Y no tenemos tubo de lanzamiento en la parte trasera de la nave. Tendríamos que hacer girar el barco a estribor. Y después saldríamos disparados entre un aluvión de disparos de cañón de riel. Y si sobrevivimos a eso, sumando la velocidad de su corriente a la velocidad del tubo escupidor, impactaríamos contra sus ventanales con... —Recupero de mi memoria el detallado informe y análisis que mi abuela me obligó a hacer sobre el ataque matemáticamente suicida de Darrow contra el Vanguard—... en torno a nueve veces la velocidad que se empleó para asaltar el Vanguard. Nuestros huesos no se distinguirían de nuestra orina.

—¿En serio?

—¿Te apuestas algo?

—Mierda.

—¿Y el S1392?

—¿El asteroide?

—Es el destino para el que la dorada había pagado pasaje. —Señalo los sensores—. Está a dos horas de distancia. Tres horas más cerca que la Línea. Antes de perder la conciencia, la chica me dijo que allí había ayuda.

Entorna los ojos.

—¿Y cuándo has tenido tu tiempo para hablar con ella?

—En el área médica.

—No sabemos quién es. No sabemos de dónde viene. ¿Sabes siquiera a qué tipo de ayuda se refería?

—No —confieso—. Pero las oportunidades se multiplican cuando se aprovechan.

—No me cites a Sun Tzu como si fueran ideas tuyas. Su «ayuda» podría ser cualquiera. Podía ser el condenado Señor de la Ceniza en persona.

—Eso supondría un beneficio para nosotros.

—Para ti, quizá. Tu padrino me despellejaría vivo. —Se queda mirando las naves obsidianas en los sensores—. Utilizó tu filo. ¿Tenía cicatriz?

Si digo que sí, no querrá ir al S1392. Intentará luchar.

—No. No tenía cicatriz —contesto, y entonces siento que la culpa me corroe. Mi cerebro siempre ha sido más rápido que mi conciencia.

Nuestro barco se agita una vez más, ahora con más fuerza, y los monitores señalan que nuestros propulsores traseros están dañados. Casio esboza una mueca de dolor con cada estremecimiento del casco. Ver al Arquímedes sangrar le hace daño.

—A la mierda. —Agarra a Pita del hombro—. Pita, pon rumbo al asteroide S1392. Incrementa la potencia de salida de los motores un quince por ciento por encima de la línea roja. Me da igual si se funden.

Pita, sincronizada, no responde, pero la embarcación sí. Me siento mientras el Arquímedes retumba a nuestro alrededor. La gravedad tira de mi cuerpo hacia abajo cuando los compensadores comienzan a acusar la aceleración repentina y el Arquímedes se avanza a toda prisa hacia el asteroide. Los obsidianos se quedan rezagados, pero poco a poco comienzan a recuperar terreno.

La suerte está echada.

Mientras Casio prepara el barco para un abordaje potencial equipando con armas a los miembros de la tripulación rescatada, yo vuelvo al área médica para comprobar cómo está la dorada y ver si puedo sacarle algo más de información. Sigue inconsciente. La contemplo durante unos instantes y siento más ansias de protegerla de lo que debería, teniendo en cuenta que es una extraña. Con cuidado, le corto el resto de la ropa y comienzo a limpiarle el aceite de la piel con friegas de alcohol. Después, la cubro con una sábana médica para proteger su decoro. Cuando levanto la vista, tiene los ojos abiertos y da la sensación de llevar un rato observándome. Me ruborizo, pues temo que piense que estaba haciendo algo inapropiado. Pero ahora su mirada es más suave que la primera vez que nos vimos. Menos animal. Mira el filo que llevo a la altura de la cadera.

—Vamos rumbo al asteroide —informo en voz baja—. Antes dijiste que allí había ayuda. ¿Qué tipo de ayuda? —Intenta hablar, pero está demasiado débil para conseguir articular palabra—. *Salve* —digo mirando la nueva capa de carne resonante que he utilizado hace un rato para cubrirle la cicatriz—. Ahorra fuerzas. —Le pongo una mano en el hombro—. Debería echarle un vistazo a tu herida. ¿Puedo?

Hace un leve gesto de asentimiento con la cabeza. Aparto la sábana a un lado y examino la carne virulenta. Mi cauterización ha sido torpe. Voy a buscar una venda limpia al armario y vuelvo a centrarme en la herida. Da un respingo cuando le aplico la crema desinfectante. Para calmarla, recito uno de mis poemas favoritos de la biblioteca de mi madre:

Como de la penumbra oscura una paloma plateada
se alza y precipita hacia la luz oriental,
con alas que no provocan sino pura fruición sensorial,
así se precipitó tu alma hacia las esferas elevadas,
regiones de amor y paz eternizada...

Para cuando termino el poema, la chica ha vuelto a perder la conciencia, y esta vez la dejo tranquila. Tantas vidas por ella. Antes de marcharme, le embadurno la cara con aceite para ayudar a enmascarar la carne resonante que le tapa la cicatriz. Espero no haber mentido a Casio en vano.

A toda potencia, nos las arreglamos para salvar la distancia hasta el asteroide en menos de dos horas. Ahora la cabina está bañada en el resplandor carmesí de las luces de emergencia, ya que nuestro último motor se ha sobrecalentado. La inercia nos propulsa hacia delante, pero los ascomanni están cada vez más cerca, devoran la distante entre nuestras naves. Pronto nos alcanzarán con los rayos magnéticos de remolque y atravesarán nuestro casco con fuego. Permanecemos sentados en silencio. Pita ya no está sincronizada con el barco. Nuestros cañones son desechos retorcidos. Nuestros escudos han desaparecido. Todo el barco vibra cuando la mayor de las embarcaciones de los ascomanni se acopla a nuestro casco con un rayo de remolque y disminuye nuestra velocidad. Casio despliega su filo y yo sostengo el mío entre los brazos. Tengo las manos sudorosas. El pecho tenso y la boca pastosa y seca. Estoy sentado en el suelo con las piernas cruzadas, meditando. Dejo que el miedo penetre en mi ser para poder ser su dueño cuando sus causantes abran un agujero de fuego en el casco y se cuelen en nuestros pasillos.

Casio se vuelve hacia mí mientras aprieta los tornillos de los guanteletes de su armadura de pulsos. Ambos hemos descartado nuestros entorpecedores evacutrajés en favor de las corazas de las armaduras de pulsos.

—Los recibimos en la puerta. Quiero que te mantengas a mi espalda. En el pasillo no hay espacio suficiente para que luchemos codo con codo. Si caigo, asegúrate de que no te cogen con vida. —Mira a Pita—. Lo digo porque...

No termina la frase. Sigo su mirada hasta el monitor del sensor de

radiación. Se desplaza hacia un lado. Los píxeles del monitor se desintegran en un patrón danzante de estática azul y negra. Pita entorna los ojos.

—Alguien está bloqueando el navegador.

—No pueden ser los ascomanni —aseguro—. No tienen la tecnología necesaria para comprometer nuestro instrumental.

—¿Entonces quién? —pregunta Pita.

—Por todos los demonios —murmura Casio—. Por todos los condenados demonios.

Veo que está mirando a través del ventanal hacia un asteroide de gran tamaño y en apariencia inofensivo que hay al otro lado. El S1392. Pita aumenta la imagen del monitor visual. La mitad del asteroide está oculta entre las sombras. Su superficie es de un color blanco perla sucio y está desgarrada por cráteres de impacto. Las sombras se agitan. Algo se mueve en la oscuridad lejana y sale a toda prisa de las entrañas del asteroide. Se lanza al espacio como una anguila negra que escapa retorciéndose de los recovecos de una oscura cueva marina. Emerge de entre las sombras y sus ojos resplandecen como una amenaza perlada. Pero esta anguila no está hecha de carne y hueso. Está hecha de metal, pintada de negro y marcada con un dragón eléctrico de tres cabezas en los costados.

Es un buque de guerra.

En esta extensión vacía, donde hace más de una década que no vuela ningún buque de guerra, un destructor de primera categoría vuela hacia nosotros. Un kilómetro trescientos de eslora, rebosante de armas y equipado con escudos de alta calidad. Además, lo flanquean dos naves antorcha con un diseño que no me resulta conocido. Desde sus hangares despegan tres escuadrones de extrañas naves de combate que parecen horrores surgidos de las profundidades marinas.

Recorren la distancia que nos separa y pasan silenciosamente junto a

nosotros para despedazar las embarcaciones de los ascomanni sin cumplir siquiera con la formalidad de una transmisión por radio. Los escuadrones de combate reparten una muerte elegante rociando a los ascomanni con proyectiles de cañones de riel que estallan sin hacer ruido sobre los cascos acribillados de nuestros perseguidores hasta que todos sus navíos pierden el oxígeno y se alejan, trémulos, a flotar, muertos y sigilosos, en el espacio infinito. El enfrentamiento dura menos de un minuto.

Los restos tintinean contra nuestro casco.

A Pita le tiembla la voz.

—¿Qué ha sido eso?

Una luz roja parpadeante en el intercomunicador señala que hay una transmisión directa entrante que procede del propio destructor. Acecha en la distancia, sin acercarse a nosotros. Percibo la inquietud de Casio a mi lado.

—¿Qué tipo de barco es ese? —pregunta Pita—. ¿Lisandro?

Tengo la mirada clavada en el ventanal.

—No lo sé.

Pero Casio sí lo sabe. Me da la impresión de que se lo esperaba. Como si fuera un final inevitable. Empiezo a comprender.

—Me has mentado —dice. Se vuelve para mirarme y su cara es la viva imagen del desconsuelo—. Sí tenía cicatriz, ¿no es así?

Acepto su rabia y lo miro a los ojos.

—Sí.

Cree que he acabado con nuestra vida. Y puede que sea así. Pero mientras sigamos respirando, habrá más oportunidades de escapar. Hemos saltado del fuego a las brasas.

—Abre la transmisión —dice.

La estática crepita por el canal abierto hasta que una voz fría surge desde las profundidades, con un acento que no se oye en las calles de Marte ni en

los pasillos de la Luna desde que el Confín cerró sus fronteras hace una década. Las vocales largas, perezosas, que se dilatan en la parte de atrás de la garganta proceden de la luna volcánica de Júpiter. De la misma luna que la Casa de Raa, los líderes del Confín, llaman hogar.

Es el acento de Ío y de los Señores del Polvo.

—Atención, Arquímedes —dice la voz incorpórea—. *Aquí el Caribdis, destructor del Dominio del Confín. Vuestro equipo de comunicaciones ha sido neutralizado. Cualquier desviación del rumbo actual llevará a la destrucción de vuestra embarcación. Cualquier oposición llevará a la destrucción de vuestra embarcación. Preparaos para embarcar.*

El intercomunicador se apaga. Se hace el silencio en el puente de mando.

Desesperado, Casio coge el intercomunicador.

—*Caribdis, no estamos violando el Espacio del Confín. Repito, estamos en territorio neutral. Esto es una violación del Pax Illium. Repito, no estamos en el Espacio del Confín.*

No obtiene respuesta. Casio tira el intercomunicador con rabia. Pita se sobresalta cuando el plástico se hace pedazos contra el mamparo de metal.

—Mejor los nuestros que los ascomanni —digo, aunque el miedo que veo en sus ojos y en los de Pita me desazona—. Podemos razonar con ellos.

—¿Razonar? Tráeme la facies, Pita. —Lo miro y me pregunto si su miedo está justificado—. Lisandro, ve a por mi caja y a por la tuya y mételas en la caja fuerte. —Se quita el anillo de la casa de Belona que lleva en una cadena en torno al cuello y me lo pone en la mano—. Asegúrate de que no queda nada que pueda hacerles deducir quiénes somos. Holos, armas, anillos... Todo a la caja fuerte. Y el filo de Karnus. Esa funda que le has puesto no los engañará. Escóndelo o estamos muertos.

Corro por los pasillos hasta las habitaciones y allí cojo la caja de roble de Casio, donde guarda sus recuerdos de familia, la escasa herencia que le queda

a un hombre que hace tiempo podría haber gobernado Marte. Busco también la mía, un voluminoso recipiente de marfil que contiene las últimas reliquias de mi pasado. Las deposito en la caja fuerte secreta que hay en la pared detrás del horno del barco. Me registro el cuerpo para comprobar que no me he olvidado de nada. A regañadientes, me despojo del anillo de mi abuela que llevo colgado alrededor del cuello y del filo de Karnus y los meto también en la caja.

Cuando regreso al puente de mando, Casio ha abierto la facies que compramos en un mercado negro de Ceres. En una funda de espuma hay una máscara fina, gris y apanalada, un vial de sales de olor, una compresa de hielo químico y una cartuchera vacía para la jeringuilla de estimulantes analgésicos. La desocupamos hace unas semanas para rellenar nuestros kits de campo.

—No tendrás alguna jeringuilla de sobra por casualidad, ¿verdad? —me pregunta.

—Se las he dado a la dorada. ¿Tú tampoco tienes?

Niega con la cabeza.

—Se las he dado a los prisioneros.

—Demonios —mascullo mirando los panales de la máscara—. Casio...

Se echa a reír y deja translucir una pequeña muestra de su antigua sonrisa pícara.

—No pasa nada, buen hombre. El dolor solo es un recuerdo.

—¿Has perdido la cabeza? —pregunta Pita en tono neutro—. No puedes utilizar ese monstruo sin estimulantes.

—Puedo ir a la bodega a echar un vistazo —propongo—. A lo mejor se nos ha pasado alguna por alto...

Casio niega con la cabeza.

—No hay tiempo.

Pita está horrorizada.

—Lisandro. No le permitas...

Miro a Casio a los ojos.

—Yo te sujetaré.

Él baja la vista hacia la máscara con una expresión distante y desolada en los ojos. Es la misma expresión que apareció en su rostro cuando tuvimos que pagar piezas de motor reclamando un botín a cambio de un antiguo tribuno dorado. Se pregunta cómo es posible que la situación haya llegado hasta este punto. Tan lejos de lo que él pensaba que sería.

Tras dedicarnos una sonrisa dulce, una sonrisa que pertenece a otra época, a una versión más bondadosa de sí mismo, se acerca la máscara a la cara hasta que solo se le ven los ojos. Ajusta el pestillo de plástico de la parte de atrás para que se le sujete a la cabeza.

—No dejes que me la quite —dice.

—¿Llave de coral? —pregunto.

—Cierre de mantis. Con una llave de coral te partiría los brazos.

Obedezco. Me siento detrás de él, le rodeo la cintura con las piernas y le paso los brazos alrededor de los bíceps y después por debajo de las axilas para agarrarme las manos a la mitad de su columna vertebral.

—Pita, tú activa el botón.

Ella se adelanta y coge entre los dedos el interruptor de activación que hay en un costado de la máscara.

—Cuando digas.

—Hazlo.

Pita gira el interruptor de activación de la máscara. Se produce un siseo sibilante cuando las trescientas agujas encajadas en el plástico de la máscara encriptadora se clavan en la piel, los huesos y los cartílagos del rostro de Casio. Él se sacude una vez. Dos. Y entonces un grito balbuciente escapa

desde debajo de la máscara, como si fuera el vapor hirviente que sale de una tetera. Los músculos se le contraen y tensan, duros como piedras, al mismo tiempo que se aplasta contra mí y retuerce los brazos con tanta violencia que tengo la sensación de que los míos están a punto de romperse. Barbotea maldiciones incomprensibles mientras rueda y patalea. Está a punto de alcanzar a Pita en la espinilla y esta da un salto hacia atrás. La máscara inclemente le bombea relleno artificial en la cara, le injerta hueso de imitación en la mandíbula, la frente y las cuencas oculares. Al cabo de veinte segundos, el indicador de la máscara pasa del rojo al amarillo y las peores convulsiones de Casio comienzan a desaparecer. Estamos tumbados de costado, jadeando. Él gimotea y se sume en una inconsciencia superficial. El indicador se pone verde. Me desenmaraño de sus brazos. Una línea de dolor lacerante me recorre el antebrazo y sugiere una fractura por fatiga.

Pita se abalanza sobre Casio y abre con mucho cuidado el pestillo de la máscara. Su rostro es una masa burbujeante de carne furiosa e hinchada. Como el de una figura de cera que se hubiera acercado demasiado al fuego. Poco a poco, la hinchazón remite bajo la compresa de antiinflamatorios que le aplica Pita.

Cuando le retira el apósito, nuestro bello amigo ha desaparecido, reemplazado por las facciones de un matón con una frente primitiva, una nariz bulbosa y llena de venas, las orejas melladas y una boca floja con unos labios gruesos y perezosos. La cicatriz de Único se ha desvanecido, escondida bajo esta nueva cara de bronce. Pita se enjuga las lágrimas.

Me lanza una mirada acusatoria y me arranca las sales de olor de las manos para abrirlas bajo su nariz.

—Ya está bien, *dominus* —le dice mientras le sujeta la cabeza y le limpia el vómito de la cara cuando recupera la conciencia—. Fácil como un pecado. Ya ha pasado todo. Ya ha pasado.

Con su ayuda, Casio se incorpora hasta sentarse y juntos miramos por el ventanal. El destructor abre las compuertas de su zona de embarque para engullirnos enteros.

16

DARROW

La Guarida

E stoy en lo alto de mi torre y llueve con intensidad.

Delante de mí, la piel de acero de la Ciudad Eterna bosteza hacia la noche. En medio de las torres alargadas, los estadios desmesurados y los complejos que hierven de actividad, se hallan los charcos de sombras oscuras donde el Chacal, y los años de guerra posteriores, dejaron su huella. Ahora, con la radiación y las cúpulas de pulsos eliminadas, las embarcaciones de construcción artropodal de Industrias Sol se mueven con propósito perezoso, transportando y acarreando trabajadores y metal.

Puede que Hiperión se esté reconstruyendo, pero las fuerzas del Señor de la Ceniza, bajo el mando de su Minotauro loco, Apolonio au ValiiRath, arrasaron por completo las ciudades del sur antes de la captura y el encarcelamiento de este último en la Fondoprisión.

Es cierto que mi gente sufre. Pero la paz falsa de Dancer no es la respuesta. En mi juventud, la fiebre de la guerra me consumía. Ahora ya no siento esa fiebre. Solo siento el frío peso del deber y el miedo de lo que le hará a mi familia. Un barco brilla mientras se aproxima a lo alto de mi torre y se posa en la plataforma de aterrizaje.

Un plateado rechoncho con la coronilla calva baja por la rampa. Lleva una chaqueta de terciopelo blanco y cuello alto. El globo ocular de un dorado destella desde el anillo que luce en una mano pesada.

—Quicksilver —digo—. Gracias por venir.

Gruñe y me estrecha la mano. Su única compañía, un dron centinela no

más grande que el cráneo de un niño, flota detrás de él. Su casco de cromo reluce bajo la lluvia. En su centro palpita un ojo rojo. Lo miro con suspicacia.

—Vi a los socialistas arrancarte la corona. Fue un espectáculo bochornoso —sentencia con desdén—. Los hombres de Matteo me informan de que ya han concluido el debate. Los obsidianos se han abstenido. Se han quedado allí sentados sin hacer nada. Caraval y los cobres han ido con los de Vox. La orden de arresto contra ti se emitirá dentro de una hora. Pronto votarán el armisticio.

—Entonces ya sabes lo que viene a continuación.

—La historia es cíclica. Y todas las masas son iguales: están llenas de hombres pequeños con apetitos enormes. Su única manera de crecer es devorando hombres como nosotros. —Me mira con los ojos entornados—. Podrías acabar con el Vox Populi esta misma noche. Asaltar el Senado. Encadenarlos a todos.

—Siguen siendo mi gente —digo a la defensiva.

—¿Y ellos lo saben? —No contesto—. El Vox Populi es un cáncer. Y solo hay una forma de enfrentarse al cáncer. Extirparlo. Se lo dije hace años a tu mujer.

—Aceptamos la democracia.

—Y sin embargo aquí estás, ¿no? —comenta entre risas. No se me ha escapado la hipocresía—. Los cambios no los llevan a cabo las masas que envidian, sino los hombres que osan. Fitchner lo sabía muy bien. Y nosotros también. Aunque nos escupan.

Bajo la mirada hacia el hombre calvo y recuerdo la primera vez que nos vimos en Fobos, lo mucho que lo odié. Es una criatura extraña. Llena de malicia y egoísmo y con una ideología rígida. Es un hombre en el que jamás hubiera pensado que pudiera confiar. Pero se hizo a sí mismo desde la oscuridad por pura fuerza de voluntad. Fundó los Hijos de Ares con Fitchner.

Reconstruyó la República después de mis guerras. Sin él, la Luna sería un yermo de cráteres y cenizas.

—Te marchas, ¿verdad? Bien —dice.

—¿Bien?

—¿De qué sirve el Segador en una jaula? —pregunta señalando el cielo con la cabeza—. Te necesitamos en libertad.

No le he pedido consejo, pero aun así refuerza mis convicciones. Era amigo de Fitchner. Ojalá pudiera hablar con él ahora. Solo una vez. ¿Estaría de acuerdo con lo que planeo?

—Necesito tu ayuda.

—Ya sabes que siempre ayudo a mis amigos. Es probable que por eso tenga tan pocos.

—A lo mejor te interesa saber antes de qué se trata.

—No conseguirás llegar hasta las naves que tienes en órbita con los guardias de la República detrás de ti —adivina—. Necesitas una de las mías.

—Necesito el Nessus. —Da un respingo—. Y necesito que parezca que ha sido un robo.

—¿Por qué el Nessus? ¿Qué estás planeando? —Gruñe ante mi silencio—. Da igual. Lo pondré en el dique seco para hacer reparaciones. Ya sabes dónde está.

Asiento.

—Thraxa ya está esperando en el muelle.

—O sea que sabías que diría que sí.

—Lo esperaba.

Se echa a reír.

—Tráeme mi barco de una sola pieza, ¿eh? Es el favorito de Matteo.

—Señor —dice una voz preocupada detrás de mí.

Me doy la vuelta. Mi archilancero, Alexandar au Arcos, el nieto mayor y

más brillante de Lorn, está a mi espalda. Es un portento de superioridad. Está delgado como una hoja y tiene el pelo largo y rubio blanquecino y la piel clara. A su lado, se encuentra otra de mis lanceros, mi sobrina Rhonna, que apenas le llega al esternón. Es la tozuda hija mayor de Kieran, fruto de su primer matrimonio. Tiene veinte años, la cabeza rapada y la nariz chata. Solo lleva un año de lancera, pero está ansiosa por demostrar que está a la altura de Alexander.

Agachan la cabeza para protegerse de la lluvia que les empapa la chaqueta negra de la Legión Pegaso. Alexander contempla con desdén el dron que planea detrás de Quicksilver, mientras que mi sobrina tiene la mirada clavada en el propio hombre.

—Ya están todos aquí —anuncia Alexander.

Me vuelvo hacia Quicksilver.

—Si el Vox descubriera que me has ayudado... Es posible que estés más seguro en Fobos.

—¿Y ver cómo las masas me roban las torres y las empresas? Dispongo de equipos de seguridad por algo. Yo he reconstruido esta luna. Mi lucha está aquí. Una pena. Te perderás mi cumpleaños.

—Ojalá llegue al siguiente.

Nos estrechamos la mano y se va.

—Lo que habéis oído es verdad —digo.

Treinta y siete Aulladores me miran a través de la cortina de humo que brota de las puntas relucientes de sus ciscos. Mi manada es una mezcla salvaje de psicópatas y vándalos, un amasijo variopinto de marginados que Sevro y yo hemos ido agrupando a lo largo de los diez últimos años. Tras perder a veinte en Mercurio, nuestro número oficial es de ciento once, pero Sevro ha dispersado a la mayoría a lo largo y ancho de la República para que

cumplan con mis directivas. Los que no tienen casa en la Luna, residen aquí, en la Guarida, un rascacielos negro como el carbón cuya posesión le arrebaté al Caballero de la Sombra. Holiday me saluda con un gesto de la cabeza desde el fondo. Ha sido la última en llegar y parece que ha bebido. Sefi está sentada a un lado con nuestros diez obsidianos. Teniendo en cuenta la abstención de sus senadores en la votación, no estaba seguro de si vendría.

—¿De qué estás hablando, jefe? —pregunta con voz nasal Min Min, mi experta en municiones. Tiene las piernas de metal encima de la mesa. Me mira con una expresión neutra en esos ojos de roja que se hunden en el rostro oscuro. Lleva la cresta polvorienta aplastada hacia un lado y las arrugas macilentas de sus pómulos parecen más profundas bajo la luz tenue—. Esta mierda de la reunión de emergencia es un poco desagradable, ¿no crees? — Su cabeza de lobo robótica da golpecitos contra su botellín de cerveza—. Acabamos de volver.

—¿Que de qué está hablando? —pregunta Victra incrédula. Tiene los largos brazos cruzados sobre el vientre de embarazada y el pelo desigualado recogido hacia atrás con un broche. Parece furiosa—. ¿Vives de verdad debajo de una piedra o solo lo aparentas, MinMin?

—Oh, vete a la mierda, pija. Estaba metida hasta las orejas en la Masa. Tenía a un honrado bruto obsidiano atrapado entre los muslos.

—¿Es que no has visto las noticias en ningún momento del día? — pregunta Guijarro, una de mis compañeras más antiguas.

Tiene las mejillas carnosas sonrojadas debido a lo apresurado de su llegada. Ella y su marido, Payaso, estaban a medio camino de un complejo de vacaciones Mare Vaporum, en compañía de sus hijos, cuando Sevro los llamó.

—No. —MinMin suspira—. Soy analógica, nena. Maldita sea, lo último que necesito ver son más indecencias sensacionalistas sobre escorias

psicópatas que se dedican a violar y provocar incendios en Marte. No me hace ningún bien. —Se alisa la cresta—. Ninguno.

Sevro le lanza su terminal de datos a MinMin con tanta fuerza que está a punto de darle en la cara. Ella lo coge y le da la vuelta farfullando entre dientes. Cuando lee los titulares, abre los ojos como platos.

—Joder.

—Lo que me gustaría saber es quién de vosotros ha sido el chivato —dice Victra.

—Sí, por favor, que se ponga de pie para que podamos darle una puñalada en el bazo —añade Sevro—. La única manera de que esta información pueda haberle llegado a Dancer es que uno de vosotros se haya ido de la lengua con lo de los emisarios. Si lo comentasteis con una puta, un estibador o vuestra puñetera madre, este es el momento de reconocerlo.

Nadie se pone de pie.

—Confío en todos los presentes en esta sala —digo, sabedor de que es lo que necesitan oír. Pero es mentira. La filtración tiene que haber salido de alguno de ellos. ¿De Sefi? No puede decirse que me apoyara, precisamente. ¿Tan cansada está de la guerra?—. Con independencia de cómo se hayan enterado de lo de los emisarios, no ha sido por medio de uno de vosotros. A estas alturas todos conocéis los tratados de paz que el Señor de la Ceniza ha solicitado. El Senado pronto dará su aprobación a un armisticio, un alto el fuego temporal para negociar los términos de una posible paz. Creo que esto es una estratagema del Señor de la Ceniza.

—Maldita sea, pues claro que sí —dice Sevro.

—Es consciente de la división de nuestra casa y la está utilizando para ganar tiempo y reagrupar sus fuerzas alrededor de Venus. Todos sabéis lo que me da miedo ahora. —Despliego un holomapa y camino a su lado pasando los dedos entre los asteroides—. Me dan miedo los dragones. Los Raa están

de camino. Puede que no sea hoy. Puede que no sea mañana. Pero Rómulo atacará algún día. Debemos consolidar nuestro control sobre el Núcleo antes de que eso ocurra. Si dejamos al Señor de la Ceniza con vida, quedaremos atrapados entre dos enemigos. No venceremos.

—Nunca lucharán unidos —asegura Victra—. Puede que te odien, pero conozco a los luneros. Hasta los rehenes que Octavia retenía nacían odiando al Señor de la Ceniza. «No olvidar nunca. No perdonar nunca».

—No tienen por qué luchar unidos —interviene Sefi—. Solo tienen que luchar contra nosotros.

Con el alto número de bajas que sufrieron los obsidianos en Mercurio, sé que esta perspectiva no le entusiasma. Entonces ¿por qué sus senadores no votaron para apoyarme?

Prosigo:

—Al Senado le preocupa que yo me convierta en un lastre para el proceso de paz. Me han tildado de belicista. A partir de ahora, dirán que ya no soy archiemperador. Pronto, creo, se emitirá una orden de arresto en mi contra.

—Puede que ya lo hayan hecho —murmura Sevro.

—Dancer es un cabrón... —dice Rhonna.

Cuando mi sobrina vivía en la ciudad oculta de Tinos, Dancer era como un tío para ella. Aprieta los puños, enfurecida por su traición.

—No. Dancer es un buen hombre. Está haciendo lo que considera correcto con las herramientas que tiene a su disposición —replico—. Ahora nos toca a nosotros hacer lo mismo.

—¿Cuáles son tus órdenes, jefe? —pregunta MinMin—. Tú hipa, y toda la Séptima arrasará el Senado y crucificará a cualquier florecilla que te mire mal.

—Toda la maldita razón —conviene Payaso—. El Senado está más

corrompido que el Sindicato. Yo digo que entres ahí y lo disuelvas. Que celebres otras elecciones limpias.

—¿Y qué? —le pregunta Guijarro a su marido—. ¿Que Darrow gobierne autocráticamente entre tanto? No seas ridículo. Si eso ocurre, la República está acabada. —Me lanza una mirada suplicante—. ¿Virginia no puede hacer nada? Es imposible que permita que emitan una orden de arresto en tu contra.

—Pues claro que no puede hacer nada —contesta Victra—. Gobierna la mayoría, salvo que emplee los Poderes de Emergencia. Pero si hace eso, el Vox Populi alegará tiranía y votará para que la impugnen. ¿Has visto cómo están las calles últimamente? Las masas los respaldarán, sobre todo si consideran que pueden terminar con la guerra. Venus no le importa a nadie.

—Es la soberana —señala Rhonna.

—Cargo que ostenta una décima parte del poder que ostentó una vez. Esa leona estúpida contribuyó a redactar las leyes que desproveyeron al soberano de una parte muy importante de su poder. Le dije que no lo hiciera... —Victra suspira—. Los idealistas no aprenden nunca.

Holiday se remueve inquieta junto a la pared.

—No puedo creerme que te estés planteando la violencia, Darrow. Si movilizas a la Séptima, ellos enviarán a las Legiones Domésticas en su contra.

—¿Bajo el mando de quién? —pregunta Victra—. ¿Qué general iría en nuestra contra?

—Wulfgar —responde Holiday—. Y será él quien venga a arrestarte, Darrow.

—Patriota estúpido —farfulla MinMin. Se vuelve hacia Sefi—. ¿No puedes controlarlo, señorona? ¿No eres su reina o algo así?

Sefi ni siquiera se molesta en mirarla. Tiene la vista clavada en mí.

—Por favor —dice Victra—. La cara de la mitad de los presentes en esta

sala aparece en las monedas. Los demás tienen estatuas. Cualquier ejército que envíen contra nosotros se convertirá en nuestro ejército. Un vistazo a Sefi y a Darrow y se mearán en los pantalones.

¿Es que no ve cómo me está mirando Sefi?

Victra me dedica una sonrisa grandiosa.

—Querido, yo propongo que todos asistamos a las conversaciones de paz. Que conformemos un pequeño partido. Y una vez que el capullo hipócrita de Dancer esté encerrado en una celda, le damos al Señor de la Ceniza nuestra respuesta diplomática y le enviemos la cabeza de Julia au Belona en una condenada caja, con la boca embutida de uvas. O sustituyéndole los glóbulos oculares por cabezas de serpiente. O los testículos de Dancer, lo que te resulte temáticamente más apropiado. ¡Podemos votarlo! A fin de cuentas, esto es una democracia.

Sonríe al ver las cabezas que asienten junto con la suya, pero más de la mitad de los reunidos se miran las manos o unos a otros con nerviosismo. Dudan de ir en contra del Senado. Nadie quiere una guerra civil. Holiday da voz a su disensión.

—Te he seguido hasta el infierno, Darrow. Pero no me pidas que te siga en esto. Creo en la República. Tenemos que depositar nuestra fe en algo. Si mañana marchas contra el Foro, lo harás sin mí.

—¿Y tu lealtad se esfuma sin más? —pregunta Victra—. Una mercenaria, al fin y al cabo.

—Y yo que pensaba que eras dura, Holi —dice MinMin—. Bah, la menopausia te está volviendo pacífica.

—Cierra el pico, MinMin —le espeta Guijarro—. Tiene razón.

—Eso es un montón de mierda —salta Sevro—. Si intentan...

—Basta —digo al ver el disgusto creciente de Sefi con la disputa—. Holiday está en lo cierto. Los dorados cayeron porque se dejaron consumir

por la guerra civil. Yo no permitiré que nuestra República caiga del mismo modo. Sé lo mucho que nos gustan los recrudescimientos. —Sonrisas entre algunos de mis Aulladores más antiguos—. Pero esta vez no. La Séptima se queda en sus barracones. No vamos a disolver el Senado. Las negociaciones para la paz seguirán adelante. Tardarán meses.

—Entonces, ¿vas a...? —Victra mira primero a Sevro y después a mí, perpleja y mucho más que decepcionada—. ¿Vas a dejar que te arresten?

—No, amor —dice Sevro con suavidad y volviéndose hacia mí. Nuestra conversación en la lanzadera que nos ha traído a la Guarida ha sido breve y concisa—. Ni por asomo.

—El Señor de la Ceniza no es ningún tonto —digo—. Está engalando a Dancer y al Vox Populi. Quiere que yo recurra a la Séptima. Quiere que disuelva el Senado y me haga con el poder a la fuerza. Eso fracturaría a los colores y le permitiría atraerlos hacia sí ofreciéndoles estabilidad.

—Eso es mucho suponer —dice Victra.

—Lo conozco. No resquebrajaré la República. Y no dejaré que me encierren. Y por eso me marché de esta luna esta misma noche. —Intercambian miradas de confusión—. La pregunta es, ¿quién se viene conmigo?

Sevro da un paso al frente para colocarse a mi lado aun cuando los demás siguen mirándome anonadados.

Al principio no estuvo de acuerdo con mi plan. Quería quedarse y desafiar al Senado a arrestarme en el medio de los barracones de la Séptima Legión.

—¿Adónde? —pregunta Holiday.

—¿Vas a huir? —prácticamente escupe Victra.

—No voy a huir. Pero si os lo explico, entonces seréis cómplices de conspiración —digo. Y eso por no hablar de que los detalles del plan se filtrarían como ocurrió con la noticia de los emisarios. Los miro uno por uno,

preguntándome una vez más quién me ha traicionado—. Seréis fugitivos. Algunos tenéis dudas al respecto. Lo entiendo. Me habéis seguido a la Luna, a Marte, a la Tierra y a Mercurio. Ahora no voy a presionaros para que rompáis vuestro juramento para con la República. Somos una familia. Sobreviviremos a esto. Pero si creéis que vuestro deber está aquí, ha llegado el momento de separarnos. Valle mediante, no tardaremos en volver a vernos.

Durante un instante, nadie se mueve. Entonces Holiday rodea la mesa para detenerse delante de mí, con el rostro atormentado por la culpa.

—Te he seguido a todas partes, pero no puedo abandonar la República.

—No voy a abandonarla —digo.

—Sé que eso es lo que crees, señor, pero me quedaré aquí. Puede que pienses que no estás iniciando una guerra civil, pero se armará un buen alboroto. Mi soberana me necesitará.

No siento rabia hacia ella a pesar del todo de reproche de su voz. Nos estrechamos la mano.

—Cuida de mi familia.

—Hasta mi último aliento, señor. —Levanta el puño en el aire, el saludo del Amanecer—. *Hail libertas*. —Y con voz más baja—: *Hail Segador*.

Abandona la sala.

Sevro resopla con desdén cuando la ve salir.

—¿Algún cobarde más?

Veo la duda que la marcha de Holiday ha sembrado en la habitación. Coloway y Char, mi mejor piloto, suspira y enciende un cisco. Su cuerpo esbelto es lacónico, tiene la piel de un color ébano intenso y cubierta de cerúleos tatuajes astrales. Exhala un círculo de humo y después se pone en pie en el centro del mismo con aire soñoliento. Se aparta el pelo negro azulado de los ojos.

—Yo no he comido cucarachas para quedarme en casa de brazos cruzados

mientras vosotros disfrutáis de toda la diversión.

Los pilotos del Escuadrón Hechicero lo siguen, entre ellos Min Min. Mis lanceros, Rhonna y Alexandar, se unen a ella, seguidos por muchos otros. Payaso no puede aguantar más. Se pone en pie de golpe.

—Yo iré —anuncia—. Cariño, tú te quedas con los niños.

—Y una mierda —replica Guijarro, que se suma a él, aunque percibo la duda en su mirada.

Los únicos que quedan son Sefi y los obsidianos.

—Sefi, ¿estás conmigo? —pregunto.

Veo su respuesta antes de que la dé. Al contrario que Wulfgar, ella no venera el altar de la República. Carga con el bienestar de su pueblo sobre los hombros. Cuando Ragnar murió, esa fue su herencia.

Se levanta despacio.

—No me importan nada ni Venus ni Mercurio —ruge—. No son dignos de la sangre obsidiana. Hemos cargado con el peso del Amanecer sobre nuestras espaldas, y ¿para qué? —Su mirada abrasa la sala—. ¿Para que los dorados continúen ocupando los puestos más altos? ¿Para que el resto de los colores nos odie y nos llame monstruos? ¿Para que hablemos y vosotros no oigáis nada?

—Todavía hay obsidianos esclavizados —argumento, aunque hace tiempo que me veía venir esta situación. Los obsidianos han soportado demasiadas cosas, puesto que en la Lluvia los dorados los convirtieron en objetivos prioritarios por encima de todos los demás—. El amo de tu hermano sigue vivo —continúo. Recuerdo que Ragnar puso la mano de Sefi sobre la mía antes de morir. Pensé que el vínculo duraría para siempre, pero ya hace años que, cuanto más le exigía a su pueblo, más grietas detectaba en él—. El Señor de la Ceniza lo convirtió en un esclavo. Lo retenía en un ring de lucha y lo hacía matar como si fuera un perro.

—Mi hermano era un dios viviente. —Los obsidianos que la acompañan asienten de forma reverencial—. Pero está muerto y en los salones de hidromiel de Valhalla, entonando canciones ante la Gran Madre muerta. En ese plano medio, ahora solo yo hablo con él. —Cierra los ojos. Su segundo par de ojos, los que lleva tatuados en azul en los párpados, me miran cada vez que pestañea—. Y me dice que mi deber no es para con Darrow Estrella de la Mañana. Ni para con mi venganza. Sino para con mi pueblo.

Lo peor es que no sé si tiene razón. Si Ragnar estuviera aquí, ¿qué haría? Soñaba con ver a su pueblo liberado, y ahora lo está. Pero alimentan nuestra guerra con sus hijos. ¿Eso es libertad? ¿Los he utilizado como un dorado?

Sí.

—Tú, yeti estúpida —le espeta Sevro—, ¿crees que la paz durará de verdad?

—Ninguna paz es duradera, lo sabe hasta el viento. Pero yo soy reina. — Me mira con los ojos negrísimo y, a pesar de lo mucho que la necesito, no puedo culparla. Creo que nuestros espíritus están tan bien sintonizados que vendría conmigo si no soportara el peso que le dejó su hermano. Pero lo soporta—. Si marchó contigo, Darrow, todos los obsidianos marchan contigo. No lo haré. Ha llegado el momento de que otros disputen sus propias batallas.

—Sefi... —dice Sevro desesperado, con la voz tensa, consciente de lo mucho que nos debilitaremos sin ellos—. Por favor.

—Lo siento, medio hombre. He hablado. —Se cubre el corazón con las manos—. Darrow, si no volvemos a encontrarnos en este mundo, te reservaré un asiento en el salón de hidromiel junto a Ragnar y los de mi sangre.

Los vemos marcharse, conocedores de la fuerza que se llevan con ellos. Y por primera vez en una década, los Aulladores se quedan sin la reina de los valquirios. De algún modo siento que el espíritu de Ragnar por fin se ha marchado, y que me deja huérfano de su protección.

Cuando el último de ellos ha salido y la puerta se cierra a su espalda, Payaso se vuelve hacia mí.

—Bueno, eh, jefe, ¿vamos a reunirnos de nuevo con la flota?

—No, Payaso —digo tratando de impedir que la pérdida de los obsidianos me quite la confianza—. No vamos a reincorporarnos a la flora. No vamos a llevar hombres en Marte. No vamos a desperdiciar el tiempo discutiendo con políticos. Vamos a ir a Venus en busca del Señor de la Ceniza para cortarle la cabeza.

—Y eso es lo que yo llamo diplomacia —dice Sevro. Suelta una carcajada maníaca y se encarama a la mesa de un salto. Tira una taza de café con las botas—. ¿Quién se apunta a un poco de sangre?

Aúlla de forma espantosa y su vieja locura retumba en la sala. MinMin se levanta de su asiento y también aúlla. Y pronto la habitación gime con la cacofonía de un par de docenas de perturbados que fingen no sentir el vacío de la ausencia del aullido de tantos de nuestros amigos. Mientras Sevro arrasa con todo lo que hay sobre la mesa, veo a Victra inmóvil en su silla, con la mano posada sobre su hijo aún no nacido, y contemplando horrorizada a su marido, que finge ser joven de nuevo.

Me invade una duda sigilosa y de pronto me siento muy viejo.

17

LIRIA

Deuda

El cielo azul se burla de los muertos que yacen en el fango.

Los soldados y el personal médico que llegó en la segunda oleada de naves de la República han tendido los cuerpos de los muertos en la zona herbosa que hay al otro lado del muro oriental del campamento. Una vez, esos cuerpos estuvieron llenos de vida, pero ahora son poco más que cáscaras de piel y hueso vacías. Los espíritus que los animaban han escapado al Valle de nuestros antepasados. Me siento como si mi espíritu ya se hubiera unido a ellos.

Aquí y allá los supervivientes lloran sobre los cadáveres de sus seres queridos. Una mujer lanza alaridos animales junto a su hijo muerto mientras otros buscan a los suyos. A mi gente se le enseña que la vida es solo un camino hacia el lugar al que todos nos dirigimos al final. Un lugar bañado en luz y amor donde hasta el aire se espesa con las carcajadas de los amantes que se reencuentran. Yo no veo ese mundo. Yo solo huelo los cuerpos quemados. Solo veo las piernas pálidas manchadas de hollín. De sangre seca que se resquebraja. Y moscas, por todas partes. Ahítas de sangre, zumban y merodean sobre los muertos en nubes tupidas.

Camino sola, puesto que he dejado a Liam con el personal médico. Llevo el brazo en cabestrillo; el hombro me duele a pesar de los medicamentos que me han administrado y la piel me cosquillea debido al vendaje de carne resonante que mantiene la herida cerrada. Más embarcaciones de apoyo

cruzan el cielo del mediodía y se amontonan en torno a las columnas de humo negro cada vez más ralas.

He encontrado a Tiran donde le dispararon, bocabajo sobre el barro. Huellas de botas mordían el suelo a su alrededor. Ni siquiera he sido capaz de estrecharlo contra mi corazón por última vez. Su cuerpo era una ruina que no he podido soportar. Se me ha revuelto el estómago y he salido corriendo. Después he reunido el valor justo para volver a nuestra casa y ver si mi padre se las había ingeniado para esconderse de algún modo.

No ha sido así. No me quedan padres.

Ahora estoy buscando a mi hermana en el campo de la muerte.

Con cada cuerpo que dejo atrás, siento que la ventana de la esperanza se cierra. Consciente de que solo quedan unos pocos. Unos cuantos pasos más hasta que mi mundo se desmorone. Pero me aferro a la vocecita tozuda de mi cabeza, que dice que a lo mejor ha conseguido escapar. Rezo antes de examinar cada nuevo rostro, y siento náuseas cuando exhalo suspiros de alivio al ver que la muerta del suelo es la madre de otra persona, la hermana de otra persona.

Estoy a punto de llegar al final de la última hilera. Ava no está aquí. No veo el azul brillante de sus zapatos nuevos. Me quedan quince cadáveres. Diez. Y entonces empiezo a caminar más despacio. Los talones se me hunden en el lodo. El estómago se me enmaraña en un nudo. El frenético batir de las alas de las moscas me atruena los oídos y el horror me devora.

—No. No.

Hay un cuerpo delgado tendido en el suelo. Le han rajado la garganta hasta la columna vertebral. La melena roja le rodea la cabeza formando un halo repugnante. No es ella. No puede ser ella. Pero sus hijos yacen a su lado, con las extremidades retorcidas como si fueran juguetes rotos. Y uno de los zapatos de mi hermana cuelga precariamente de un pie, cubierto de barro. El

otro pie está descalzo. Sus ojos inertes miran al cielo. Unos ojos que vieron a mi madre parirme. Que me miraban con un amor perfecto cuando ambas nos acurrucábamos en la cama bajo las mantas y hablábamos en susurros de chicos y de la vida que tendríamos. Unos ojos que se enamoraron, que vieron a cuatro hijos salir de su carne a un mundo que algún joven furioso con un pedazo de metal en la mano ha despejado y vaciado.

Siento el lodo en las rodillas. En las manos.

Rasguño el cuerpo de mi hermana.

Alguien grita a lo lejos como si le hubieran prendido fuego. Y pasa mucho tiempo antes de que el personal sanitario me aparte de mi hermana muerta y de sus hijos muertos, mucho tiempo hasta que me inyectan un tranquilizante en el hombro, hasta que me doy cuenta de que los gritos son míos.

—Debes evitar cualquier esfuerzo excesivo, ciudadana —me está diciendo la amarilla—. Tienes suerte de estar viva. Mantén limpia la herida. Introduciré tu información en el sistema para que el personal sanitario de tu siguiente destino sepa que debe revisártela por si se infecta.

La miro sin verla, me fijo en que un escarabajo iridiscente del tamaño de la uña de un pulgar se posa sobre mi rodilla desnuda, varios centímetros más debajo de donde termina la bata médica de papel. Oscurece su pigmento para camuflarse con mi piel.

—¿Siguiendo destino? —pregunto tras levantar la vista hacia la médica.

No debe de tener más de cuarenta años. Sus ojos de azufre están rodeados por un caos de pecas. Una mascarilla médica blanca le cubre el resto del rostro. A pesar del sudor de la frente, está limpia. Viene de una ciudad. ¿Le damos asco?

—Van a llevaros a tu sobrino y a ti a un centro médico regional —contesta—. Allí estaréis a salvo.

—A salvo —repito.

Me da un apretón en el hombro sano y después hace lo mismo con el de Liam.

—Había una doctora —digo—. Janis.

—Lo siento. No ha habido ningún superviviente entre el personal médico.

Se marcha y me recuesto en la cama y echo un vistazo a la hilera de catres. Somos cientos los apiñados bajo las carpas. Mis pantalones y los restos hechos jirones de mi camisa están arrugados dentro de una bolsa a los pies de mi cama. Liam me agarra la mano con más fuerza. No me ha soltado desde que me desperté. No sé qué decirle.

Me ahorro la decisión cuando una sombra nos eclipsa a ambos. Bloquea la luz de la entrada cercana. Un hombre sobrepasa la mosquitera y atrae las miradas de los médicos, uno de los cuales se apresura hacia él y, con aire de enfado, señala a una especie de animal que lo sigue. El hombre empuja al animal hacia atrás con un pie y después cierra la mosquitera. Pero «hombre» no es la palabra adecuada. Ni de coña. En la orilla del río, parecía una estatua. En movimiento, erguido, parece un dios. Los muslos del dorado son más gruesos que el torso de mi padre. Las manos peludas le cuelgan a los lados como mazos gigantes, hinchados. La cabeza calva le brilla debido al sudor y parece construida para derribar puertas. Liam oye sus pasos y comienza a temblar de miedo.

—¿Eres tú a la que llaman Liria?

Su voz suena como el rugido lejano de una garra perforadora.

—Sí —consigo articular con la lengua seca—. ¿Quién eres tú?

Tiene los ojos, de un dorado oscuro, pequeños y muy juntos. Brillan de forma amigable cuando sonrío y se abre camino con torpeza por los abarrotados confines de la carpa médica hasta llegar junto a mi cama.

—Soy un hombre que está en gran deuda contigo, pequeña. Sí, en efecto.

Una gran deuda. Me has salvado la vida.

—No fui yo sola.

—Uy, claro que sí. He hablado con los rojos de la orilla y me han contado lo que hiciste a pesar de estar herida. Que te sumergiste en las profundidades en busca de un desconocido. —Se arrodilla—. Hay muchas personas a las que quiero y a las que ahora volveré a ver gracias a ti. Así que te doy las gracias, niña, de todo corazón.

Mis manos desaparecen entre las suyas. Me besa los nudillos.

—¿Quién eres? —vuelvo a preguntar.

Frunce el ceño.

—¿No me conoces?

—¿Es que es delito?

Mi réplica lo pilla por sorpresa.

—Telemanus —anuncia en tono grandilocuente. Se echa hacia atrás, satisfecho ante mi mirada de reconocimiento—. Soy Kavax au Telemanus. Rompedor de águilas. Pretor de la República.

Liam ahoga un grito a mi lado.

—¿El Kavax au Telemanus que acuchilló a Tiberio au Belona? ¿Y que voló con el Segador hasta la Luna? ¿Y que le cortó la pierna a Atalantia au Grimmus?

El dorado no había reparado en Liam, que está demasiado cerca del suelo para él, pero ahora se le hincha el pecho como si fuera un sondeainfiernos cualquiera, encantado de que su reputación lo preceda.

—Veo que este niño es muy listo. —Me lanza una mirada—. Aunque no estaba solo cuando me enfrenté a la Señora de la Ceniza. Me acompañaba mi hija.

Kavax baja la mirada hacia mi sobrinito y poco a poco se da cuenta de que Liam, con esos ojos desenfocados, neblinosos, es ciego. El cambio que se

produce en el dorado me asombra. Suaviza la voz y se desplaza para no estar tan alejado de mi sobrino.

—¿Y tú cómo te llamas, joven caballero?

—Liam, de Lagalos, *dominus*. Pero... Pero no soy caballero...

—Liam es un buen nombre. Es un nombre de la Tierra Antigua, de las Islas Irlandesas, y significa «guerrero, protector».

—¿De verdad? —pregunta Liam.

—Sí, en efecto. Tu gente, los primeros pioneros, trajeron de la Tierra algo más que carne y hueso. —Sonríe—. Conocía a un hombre que se llamaba así y era muy valiente; pero me temo que te equivocas. Sí eres un caballero. —Le pone una mano en la cabeza a mi sobrino, que se sobresalta—. ¿Ves? Sí... Tienes la cabeza dura. Una cabeza de luchador. Igual que la mía. ¿Quieres tocarme la cabeza? Me han dicho que es la más dura a este lado de Rómulo au Raa.

Con cuidado, Kavax agacha la cabeza y coloca la mano de Liam sobre ella.

—¡Eres una maldita planta de fabricación! —exclama Liam sorprendido.

Palpa la cabeza de Kavax con ambas manos para adivinar sus dimensiones totales.

—¡Liam, esa boca!

Rezo porque este hombre inmenso no se ofenda, pero se limita a soltar una risita.

—Soy lo bastante grande para la mayoría de las cosas —dice Kavax con una sonrisa—. Pero cuando no lo soy, recurro a amigos como tu hermana. Y ahora nosotros también somos amigos, pequeño. —Saca un broche con un pequeño zorro de plata de una bolsa. Lo deposita sobre la palma de mi mano y me cierra los dedos en torno a él—. Si alguna vez necesitas algo, enséñale esto a cualquier soldado o empleado de la República y ellos me encontrarán.

Mi familia y yo haremos todo lo que podamos por ayudarte. Te doy mi palabra.

—Mi familia... —digo.

—¿Qué pasa con ella? —Mira a su alrededor—. ¿Quieres que vaya a buscarlos? Necesitamos a la familia cuando estamos heridos. Es importante. Dime dónde están, y yo te los traeré.

—Se han ido —consigo decir con la voz empedaada, pues no encuentro otras palabras para describir lo ocurrido.

Su ausencia no me parece real. Pero se apodera de mí lentamente, como una soledad oscura.

—Oh. —Kavax entiende a qué me refiero. Se le hunden los hombros—. Oh, niña. —Dejo que me tome la mano entre las suyas. Se acerca tanto que alcanzo a oler en su barba el humo y el aceite que utiliza para darle forma de punta afilada—. Lo siento.

—Dijo que nos protegería... —susurro.

—¿Quién?

—La soberana.

Guarda silencio durante un buen rato.

—Sé que ahora tal vez te resulte imposible creerlo ahora, cuando todo está oscuro y roto, pero sobrevivirás a este dolor, pequeña. El dolor es un recuerdo. Vivirás, lucharás y encontrarás la alegría. Y recordarás a tu familia desde este mismo aliento hasta el día en que mueras, porque el amor no se desvanece. El amor son las estrellas, y su luz continúa mucho después de la muerte.

No se me ocurre qué decir, así que el dorado, cuya atención reclama un ayudante, me deja tumbada en la cama bajo las sábanas arrugadas, en la carpa, en medio de un lugar que nunca sentí como mi hogar. Me deja ahí

como si sus palabras fueran un regalo. Pero ¿de qué demonios sirven las palabras? ¿Cómo van a protegernos? ¿A alimentarnos? ¿A darnos un futuro?

Iré adonde la República me diga que vaya. Seguramente a otro campamento. Pero sin mi familia estará desprovisto de alma. No quiero esa vida. Odio este planeta. No hay nada que me retenga aquí. Experimento una culpa terrible por pensar en él de este modo, pero no puedo quedarme aquí. Preferiría morir.

Necesito más. Para Liam. Para mí.

—Liam, quédate aquí —digo, y me levanto de un salto de la cama.

—¿Adónde vas? —pregunta atemorizado. Tiende las manos para tratar de alcanzarme.

—Tú no te muevas. Volveré.

—Liria, no...

—¡Liam! —le espeto. El niño se aparta de mí. Suspiro para soltar la rabia y me agacho para sujetarle la cara entre las manos—. Te prometo que nunca te abandonaré. Eres mi corazón. Sé valiente y yo volveré enseguida.

Saco mis pantalones de la bolsa de plástico y me los pongo a toda prisa. Mi camisa está ensangrentada y hecha jirones, así que me dejo puesta la bata médica. No encuentro mis zapatos, pero no hay tiempo. Las enfermeras vienen hacia mí. Me escapo por debajo de la mosquitera antes de que puedan impedirme el paso. Siento el barro cálido entre los dedos de los pies cuando salgo a toda velocidad de la carpa, descalza. Corro lo más rápido que puedo y dejo atrás soldados, sanitarios y rojos que lloran a los suyos hasta llegar a la embarrada pista de aterrizaje. Los controladores de tráfico agitan porras naranjas en dirección a las lanzaderas que toman tierra. Me miran como si estuviera loca de atar. Busco atajos entre ellos.

Nadie me detiene hasta que llego a la lanzadera de los Telemanus. Una embarcación amenazante, negra y brillante como el vientre de una víbora,

con un zorro rojo danzante en las alas erguidas. Es tan alta como seis árboles apilados en fila unos encima de otros. En lo alto de una rampa, Kavax habla con otro dorado y un amarillo. Dos soldados grises con el mismo cánido extraño en las corazas de la armadura me bloquean el acceso a la nave. Ambos me sacan una cabeza. Uno me agarra por la muñeca y me atrae con facilidad hacia su pecho.

—¡Lord Kavax! —grito—. ¡Lord Kavax!

No me oye. Mi voz es demasiado floja y el rugir de los motores demasiado estruendoso. Los soldados me están apartando sin dificultad. Grito hasta quedarme ronca. Pero no es lord Telemachus quien me oye, es el animal que está sentado a su lado. Parece un perro con el pelo rojo brillante, pero es casi tan grande como Liam y tiene las orejas puntiagudas y un hocico estrecho con rayas blancas. Al oír mis gritos inútiles, el animal ladea la cabeza, se vuelve y después baja la rampa corriendo hacia mí. Lord Telemachus no se vuelve hasta ese momento. Sigue a su mascota rampa abajo y varios caballeros y ayudantes confusos lo imitan. Al fin me ve.

—Soltadla —les ladra a los soldados—. Quitadle las manos de encima a la niña.

Me liberan y le doy un empujón al que me ha hecho daño en el brazo. Después me tambaleo hasta plantarme delante de Kavax. Se eleva ante mí como una torre y me mira con unos ojos inquisitivos situados bajo unas cejas enmarañadas. Jadeo para tratar de recuperar el aliento y me coloco de nuevo el cabestrillo.

De pie, apenas llego a la altura del vientre de Kavax. En la carpa, parecía amable y humano. Aquí, ante cientos de miradas, es intocable. Antes ha sentido lástima por mí. Por eso se acercó a mi catre. Pero ¿qué soy para él? Dicen que ahora todos los colores son iguales, pero todos sabemos que eso es un montón de mierda de víbora.

—Llévame... —tartamudeo.

—Alto —trueno—. Háblame alto. Cuesta oírte desde aquí arriba, pequeña.

Ríe para sí mientras su mascota se le enreda entre las piernas. Tengo la sensación de que la criatura está alerta, de que su cerebro me está examinando.

—Llévame con vosotros —digo con voz furiosa.

No lo entiende.

—¿Con nosotros?

—Sí. Con vosotros.

—Niña, no vamos a quedarnos en Marte. Nos vamos a la Luna.

—Estupendo. Así podrás sacarme de esta roca.

—Pero... este es tu hogar.

—¿Mi hogar? Es una tumba.

Kavax frunce el ceño, sin saber muy bien qué hacer. Una dorada alta, de rostro poco agraciado, algo más de cuarenta años y ves tida con una preciosa capa del color de una nube de tormenta se coloca al lado del hombre. Debajo de la capa, lleva ropa en lugar de metal. Su mirada no es tan amable como la de Kavax, sino soñadora y distante. Lleva una terminal de datos grande y un equipo médico.

—¿Qué pasa, padre? —pregunta.

—La niña quiere venir con nosotros, Xana. Es la que me salvó.

—Oh, cielos. —Xana me mira con lástima—. Padre, sabes que no puede.

—Por favor —suplico.

—Va contra las normas de inmigración —dice Xana—. No podemos saltárnoslas.

—Si... Si no podéis llevarme a mí, al menos llevaros a Liam. Llevaos a mi sobrino. Merece tener una oportunidad en la vida.

Una vez más, Xana niega con la cabeza antes de que su padre pueda

contestar.

—Nos dirigimos a la Luna. Si te llevamos a ti, todo el mundo querrá venir. Y la Luna ya está saturada de trámites de refugiados hasta dentro de varios años.

—«Todo el mundo» no salvó a tu padre.

—Lo siento. —Mira hacia las carpas que hay a mi espalda, desde donde los refugiados nos observan—. Es imposible sentar un precedente así. Se ha instaurado un sistema diseñado por el Senado. No podemos ir en su contra solo porque nos apetezca. Cuidarán de ti. Te protegerán. Es por tu bien...

—¿Me protegerán? ¿Como la última vez? —gruño. Sé que debería contener mi mal genio, pero tengo la cara entumecida de rabia. Las lágrimas me desbordan los ojos—. Nos sacasteis de la mina. Nos dejasteis tirados en este campamento. Dijisteis que serían seis meses, pero han pasado dos años y seguimos hundidos en el fango. Dos años. Nos abandonasteis, dorados. —Le doy golpecitos con un dedo—. La soberana nos abandonó. Y ahora mi familia está muerta. Mi padre, mi hermana, mi hermano, mi sobrina, mis sobrinos, porque nos mentisteis.

—Lo siento, niña —dice la mujer—. Pero es un poco más complicado que todo eso.

—Joder, en realidad es así de sencillo: el Amanecer me lo ha arrebatado todo; ahora está en deuda conmigo.

—La respuesta es no. —Le pone una mano en el hombro a su padre—. Ven, padre. Han llegado noticias de la Luna.

—¿Qué noticias?

Xana vuelve a mirarme.

—No todo el mundo puede escucharlas.

Kavax se vuelve para despedirse con una mirada arrepentida. Niego con la cabeza.

—Lord Kavax, me dijiste que si alguna vez necesitaba algo, harías todo lo posible por dármelo. ¿También tú eres un mentiroso?

—Lo lamento, pequeña. Si estuviera en mis manos... Hay normas. Debemos obedecerlas. Estúpido Senado. Tengo amigos aquí. Les diré que vengan a ayudarte. Ten paciencia. —Se arrodilla y me quita un pegote de barro de los pantalones—. Adiós. —Me deja a los pies de la rampa—. Ven, Sófocles. —Le da unas palmaditas en el lomo, pero el animal no sigue a su amo. Tiene la mirada clavada en mí. Menea la cola hacia delante y hacia atrás—. ¿Sófocles?

El animal baja la rampa despacio y en silencio hasta situarse a mi lado. Husmea el aire como si estuviera impregnado de un aroma delicioso. Y después se abalanza sobre mí. Grito, puesto que creo que va a mordirme, pero lo que hace es meter el hocico en el bolsillo de mi pantalón. Sin dejar de husmear, hurga en su interior hasta que encuentra lo que estaba buscando. Satisfecho, trota de nuevo hasta su amo.

—¿Qué tienes ahí, mi principito?

Kavax saca dos caramelos de la boca del animal, uno verde y otro morado. El hombre abre los ojos como platos y adopta una expresión salvaje cuando prueba el morado.

—¡Uva! Es una señal —sisea entre los dientes blancos—. ¡Una señal!

Xana se da la vuelta para ver qué ha sucedido. Suspira.

—Padre...

—Calla, muchacha escéptica. Sófocles le ha dado su bendición a Liria. —El hombretón levanta el caramelo en dirección a su hija y vuelve junto a mí mientras gesticula frenéticamente con las manos—. Aún queda magia en el mundo. —Le lanza los caramelos al animal—. Y Sófocles la ha encontrado.

—Padre.

—¿Tanto ha cambiado la Luna a nuestra familia? —pregunta—. ¿Debe ser

Sófocles quien nos recuerde el honor Marciano? —Xana no contesta—. ¡Parece ser que sí! Liria viene con nosotros porque... porque... —Una idea se abre camino desde su enorme cabeza hasta sus ojos. Señala el broche de plata que llevo en la bata de hospital—. Porque ahora es ayuda de cámara de la Casa Telemachus.

—¿Ayuda de cámara? —preguntamos Xana y yo al unísono.

Xana suspira.

—¿Vas a contratar a todo el pueblo?

—Solo a ella. Sófocles la ha elegido, y la Casa Telemachus nunca deja atrás a uno de los suyos. —Me pone una mano pesada en el hombro. Las rodillas están a punto de fallarme bajo su peso. Él no se da cuenta—. ¿Satisface eso tu juicio, hija?

Xana sonrío, rindiéndose ante su padre.

—La añadiré al registro. A los de Aduanas no va a gustarles.

—Bueno, pues pueden chuparme la barba.

—Ahora pareces un Barca.

—¡A mí van a decirme a quién puedo contratar y a quién no! Florecillas arrogantes e hipócritas. —Kavax les hace un gesto con la mano a sus hombres—. Subalternos, ¡en pie! Id a buscar a su sobrino. Un caballerito ciego con un lunar en la nariz que parece de chocolate. Es imposible que no lo identifiquéis. Traedlo aquí. —Se golpea la palma de la mano con el puño—. Nos marchamos enseguida.

Me quedo inmóvil, pasmada, sin entender nada a pesar de haberlo escuchado todo. Pero los soldados pasan a mi lado para cumplir sus órdenes y Xana vuelve a subir la rampa de camino a la nave, así que me quedo a solas con su padre. No me puedo creer que esto esté sucediendo de verdad. Nos marchamos.

Cuando ve a su hija desaparecer en el interior de la lanzadera, Kavax se

arrodilla para poder mirarme a los ojos.

—No le hagas caso a Xana. Piensa que su deber es proteger a todo el mundo de sí mismo.

—Yo no tenía nada en los bolsillos. ¿Has sido tú el que ha escondido los caramelos?

Esboza una sonrisa pícara.

—A veces, pequeña, es mejor que los mundos piensen que estás un poco loco. —Me guiña un ojo—. Te dejan salirte con la tuya en una tremenda cantidad de cosas.

Me tiende una mano. Necesito todos mis dedos para rodearle solo el índice y el corazón, pero es tan delicado como un pájaro a pesar de los callos y me acompaña rampa arriba hasta su nave. Cuando llegamos arriba, antes de entrar, me paro y vuelvo la vista hacia el campamento. Reina una extraña calma. Los incendios se han apagado. Están enterrando los cadáveres. Y entre las carpas, al borde de la pista de aterrizaje, un obsidiano de pelo claro trae a mi sobrino en brazos, de tal manera que la cabeza de Liam avanza dando botes entre la brisa.

Noto que la mano de Kavax se posa en mi hombro y pienso en mi hermana, en mi padre y mi madre, en todos los miembros de mi familia que han vivido, muerto y sido engullidos por la tierra de este planeta. La tristeza que me invade es un pozo sin fondo. Pero marcharme es lo correcto. Sin mi familia, este lugar no es más que lodo y recuerdos. Levanto la mirada hacia el cielo, a sabiendas de que mis hermanos y el marido de Ava están ahí fuera, en algún lugar. Varias estrellas se muestran visibles incluso a plena luz de día. Me pregunto si mi hermana también las mira desde el Valle. Sé que sí. Y sé que debo vivir la vida por las dos.

—Gracias —le digo a Kavax entre lágrimas.

Me aprieta el hombro.

—Los mundos son muy grandes y tú eres muy pequeña. ¿Crees que estás lista, niña?

—Sí —contesto con la voz temblorosa—. Sí, lo estoy.

18

EFRAÍN

El duque de Manos

Cuando recupero la conciencia, sufro el dolor de cabeza intenso y la náusea delatora de una conmoción. Ojalá pudiera decir que se trata de una sensación nueva. Oigo un goteo de agua cercano. Pies que se arrastran y voces que murmullan. Estoy sentado en una silla dura y algo metálico me ata las muñecas a la espalda. La peste del amoníaco es como una hilera de hormigas de fuego en mis fosas nasales. Pestañeo, aturdido, y abro los ojos.

Hay una mesa delante de mí. Sobre ella, en el centro, descansa una sierra de huesos plateada. Se me hiela la sangre. Los gritos retumban en mi memoria.

Al otro lado de la mesa, un hombre pérfidamente hermoso, con las piernas esbeltas, la piel de alabastro y unos pómulos de diseño de ochenta mil créditos, está de pie en medio de un rascacielos a medio construir. Parece aburrido como una ostra. Sus botas de piel de tiburón dan golpecitos impacientes contra el suelo. Lleva un sobretodo largo, del color de una calle lluviosa a medianoche, con unos faldones que le llegan hasta la mitad de la pantorrilla. Los pantalones hechos a medida son negros, al igual que su camisa de seda de cuello alto, abrochada con un cierre de ónice. Para rematar la deslumbrante absurdez de su persona, lleva el pelo ligero peinado de punta, como si fuera la llama perezosa de una vela rosa. Los ojos de color rosa cuarzo le brillan mientras mira por la ventana hacia la oscuridad.

Hay hombres que merodean en las sombras del rascacielos sin terminar. Llevan guardapolvos de cuero negro con cuellos hasta las orejas y faldones

hasta las botas. Los dispositivos electrónicos intramusculares destellan con suavidad en los ojos, las mandíbulas y en torno a cabezas sin pelo cubiertas de tatuajes brillantes.

Siento un miedo profundo y espeluznante en la boca del estómago cuando una pesadilla obsidiana sale de detrás de mí y penetra en mi campo de visión. Es uno de los hombres más grandes que he visto en la vida. Tiene los ojos como el caparazón de un escarabajo y el pelo blanco y suelto hasta la cintura; lleva un traje de color cromo y se apoya contra un pilar de hormigón. Su rostro no tiene color. Sus manos de ocho dedos, del tamaño de un plato llano y surcadas de venas azules, están rematadas por unas uñas immaculadas, afiladas como cuchillos. Tira un paquete de inhaladores de amoníaco al suelo.

—El ladrón está despierto —dice con una voz grave, inteligente.

—Gracias, Gorgo —dice el rosa.

Desvía la atención de la oscuridad y se acerca con un bastón en las manos, haciéndolo girar al mismo tiempo que camina. La caña parece de marfil auténtico, pero al ver el pulpo de ónice de la empuñadura palidezco y me trago el miedo. Deposita el bastón al borde de la mesa y suspira mientras se deja caer en su asiento.

Esbozo un mohín.

—Bueno, esto es una mala señal.

El rosa no está de buen humor.

—No nos conocemos, señor Horn, pero pertenecemos a un mismo género.

Pese a que está delgado, sus palabras resultan seductoras y pesadas. No es mi primer enredo con este tipo de personas. Igual que a los obsidianos se les cría para ser máquinas de matar, a los rosas se les crea para ser máquinas de follar. Ambos colores pueden llegar a ser muy persuasivos. También hay niveles dentro de ellos. Los obsidianos tienen a los Sucios. Los rosas tienen a los rosáceos. Igual de extraordinarios, más o menos igual de caros.

Trago saliva con dificultad mientras observo al rosa pasar las uñas por encima del tablero de la mesa. Absorto, me pregunto quién sería el dorado que lo utilizaba como mascota sexual. Se lo preguntaría, pero a los diablillos de la carne no suele hacerles ninguna gracia.

—Los dos somos ladrones —continúa—. Pero en este mundo hay dos subespecies de ladrones. La primera piensa que cualquier cosa puede y debe ser robada. Este ladrón cree en la anarquía. La segunda subespecie es la que cree que no todo debería robarse. Que algunas cosas deben ser sagradas. Este ladrón cree en el orden. Mi pregunta, entonces, es ¿a qué subespecie pertenece usted, señor Horn?

—Me temo que se le han cruzado los cables —digo, y estiro el cuello—. No soy un ladrón. Soy investigador de seguros.

—No. Eso es lo que era. Pero esa no era mi pregunta.

—Mire, sé que todos parecemos...

—Efraín ti Horn. —Me interrumpe con suavidad y sin apartar la mirada de mí ni un momento—. Nacido en el 707 EPC en el Hospital Courneuve de Evenstar, Hiperión. Actual residencia en el 777 16B de Salt Place, en el Upper West del Paseo Marítimo, nivel 17. Socios conocidos: Volga Fjorgan, Cira si Lamenis y Dano... ¿Rayo de Sol?

—Le dije que era un apellido de mierda. Pero era eso o Lluvia de Estrellas. —Nadie se ríe—. Un público difícil.

Pero esto no es un chantaje de poca monta. Tienen recursos y dinero. No es que mi nombre sea un secreto. Pero ¿saber mi dirección? Esta información cuesta más que un par de copas en un antro. ¿Y mi lugar de nacimiento? Solo una maldita alma en toda la Luna sabe dónde nací, y Holiday no tocaría a esta gente ni con guantes de descontaminación. Solo pueden haberlo averiguado obteniendo mi antiguo historial de la legión. Y esos son datos que se guardan a buen recaudo.

Vuelvo a mirar el bastón del pulpo.

El rosa me observa durante unos instantes terribles y recuerdo que una vez en el Amanecer oí el rumor de que, durante la Batalla de la Luna, algunos de los pelotones utilizaban a los rosas como detectores de mentiras humanos cuando no conseguían hacerse con los equipos tecnológicos. Tiene sentido. Lo suyo son los matices sutiles.

—Sí, ha acertado mi nombre. Se ha ganado el laurel de oro —digo—. Pero no soy ningún ladrón.

—Decepcionante —murmura el rosa—. Muy decepcionante. —Baja la mirada hacia la sierra de huesos—. Cansan la mente, estos juegos de enredo. Todos estos farsantes callejeros que tejen sus telas y se olvidan de que ellos son las moscas, no la araña. Dado que está claro que no es capaz de contestar una pregunta compleja, le haré una sencilla. Señor Horn, ¿dónde está mi espada?

Se me forma un nudo en la garganta.

—¿Su espada? —Frunzo el ceño—. Lo siento, ciudadano, yo soy más de pistola. Salvo que se esté refiriendo a su polla de manera eufemística. En cuyo caso, puede que esté en la boca de ese. —Señalo con la cabeza al que ha llamado Gorgo. El monstruo de ojos negros no ha dejado de mirarme a la cara ni un instante—. Parece que esta vez se ha tragado algo más que hidromiel y bestia asada.

El rosa estalla en carcajadas. Sus hombres no. Miran a Gorgo sumidos en un silencio sepulcral.

—¿Qué opinas de él, Gorgo?

Gorgo sonrío y deja a la vista una boca llena de dientes chapados en oro.

—El humor parece ser su mecanismo de supervivencia, mi señor. Bajo las circunstancias presentes, podría indicar tendencias suicidas. ¿Quiere que lo castigue?

—Tal vez más tarde —dice el rosa—. De momento, estoy embelesado. Señor Horn, me deleita. Hacía demasiado tiempo que nadie se arriesgaba a hacerme reír. La buena comedia es siempre muy peligrosa. —Se humedece el labio inferior con la lengua. Es un gesto lento, deliberado, que podría estar dedicado a mí o tratarse simplemente de una metodología sexual aprendida en los jardines cuando era joven—. ¿Sabe quién soy?

—Deme una pista.

Se le curvan los labios en una sonrisa.

—*Ave Regina* —dice en latín con voz ronca.

Cuando las sílabas vibrantes escapan de su boca, un tatuaje de una corona fantasmagórica, bizantina, aparece en la piel de su frente con una tinta que se mueve casi como los tentáculos de un pulpo del que brotan espinas afiladas. En el centro de la corona hay una mano negra.

—¿Ahora ya sabe quién soy? —pregunta cuando la tinta activada por voz comienza a desaparecer y su frente vuelve a ser de porcelana clara y pálida.

—Sí —digo aturdido.

—Entonces diga mi nombre, señor Horn. —Enarca una ceja—. ¿Me obligará a pedírselo dos veces?

—Es el duque de Manos.

—¡Qué listo es usted! —Se recuesta en la silla—. ¿Y sabe por qué me llaman así?

—He oído rumores.

Clavo la mirada en la sierra de huesos.

—Excelente. Gorgo está convencido de que deberíamos hacerle daño para soltarle la lengua. Hoy en día todo se recude al salvajismo. Es más eficaz. Pero ahora que nuestro pequeño submundo ha dejado atrás las Guerras Territoriales, tenía la esperanza de que usted fuera lo bastante culto para mantener una conversación civilizada.

—Tiene una definición de «civilizada» muy curiosa.

—Todo es relativo. Bueno, dado que ahora ya sabe quién soy, y todas las amenazas concomitantes están implícitas, ¿me equivoco si doy por hecho que seremos sinceros el uno con el otro?

—Supongo que para todo tiene que haber una primera vez.

—Bien —dice—. Bien. Eso simplifica las cosas. —Une las manos y se pone de pie—. Estuvo aquí durante la Batalla de la Luna, ¿sí?

—Los tres años completos.

—¿Luchando a favor del Amanecer?

—A favor de parte del Amanecer.

—¿Cambió de opinión?

—No. Solo me harté de ver extremidades separadas de sus propietarios.

No me apetece meterme en detalles políticos con él como hice con Holiday.

—Entonces sería testigo del Expolio de Hiperión, ¿no es así?

—Se refiere a la Liberación, claro. A ustedes los hizo ricos. —Me mira fijamente hasta que me aclaro la garganta—. De acuerdo. «Expolio de Hiperión» suena mucho mejor.

Continúa.

—Después de que la soberana muriera, pero antes del contraataque del Señor de la Ceniza para socorrer a las legiones y a los Únicos abandonados, Hiperión sufrió un apagón. Durante ese tiempo, los soldados que habían jurado protegerlo, los ciudadanos que solo pensaban en sus propios bolsillos, saquearon el Museo de Antigüedades de Hiperión. Mientras la luna se preparaba para la siguiente oleada bélica, esos cretinos se fugaron con el patrimonio conjunto del hombre. Un patrimonio compartido por todos los colores.

»Como ya sabe, todo el comercio que se mueve por los mercados negros

de la Luna es competencia mía. Mi dominio, tal como me lo entregó mi reina. Cuando descubrí que unos asnos exlegionarios estaban sacando provecho de una mina de tesoros robados, consideré que devolverlos a su lugar legítimo era mi deber como ciudadano de la Luna. Y ahora me entero de que han vuelto a robar, una vez más, la joya de la corona de mi donación, la Espada de Silenio. Nuestros informantes nos han dicho que fue un golpe muy particular, un robo que solo unos cuantos trabajadores por cuenta propia serían capaces de ejecutar.

—Bueno, es que no quedamos muchos —digo—. Los están vistiendo a todos con guardapolvos y ofreciéndoles contratos jugosos por robar para ustedes.

—Y del caos, nosotros. Los ladrones de orden —dice, y pasa el dedo por la mesa con un solo movimiento elegante. —Me recuerda a aquella vez que lleve a Trigg a patinar sobre hielo. No se movía con la elegancia del dedo de este hombre, y eso era lo que me encantaba de él. En la elegancia no hay honestidad, al menos no en la de los humanos—. Cuando se llevó mi espada del museo, ¿sabía a quién se la estaba robando? —pregunta el duque.

—No.

—Miente —interviene Gorgo.

—Convénzame —dice el duque. No sé por dónde empezar—. ¿Sería más elocuente con una granada en la boca? Tengo unas cuantas a bordo.

Señala con la cabeza el yate que permanece estacionado en la plataforma de aterrizaje que hay más allá de la zona de construcción.

—¿Le parezco idiota? —pregunto—. Si lo hubiera sabido, me habría largado. Mierda, le habría pegado un tiro al hombre que me pidió que lo hiciera. Hay una diferencia entre ser osado y ser estúpido. Y tengo claro hacia qué lado se inclina esta balanza.

—¿Ah, sí? —pregunta el duque—. Su reputación dice lo contrario. Da la

sensación de que tenga... ganas de morir.

—Otra vez con eso...

Pongo los ojos en blanco y noto un dolor lacerante tras ellos.

—Cuatro de sus golpes a plena luz del día. Casi siempre en espectáculos públicos.

—Trabajo para intermediarios. Arbitradores. De vez en cuando se olvidan de facilitarme detalles sobre el trabajo. En este caso, detalles importantes como quién era la persona bajo cuya protección se encontraba la espada. — Me inclino hacia delante, intento vendérselo como sea, porque mi vida depende de que compre lo que le estoy diciendo—. No soy un soplón. Y no me mezclo con el Sindicato. Todo hombre debe tener unos principios.

Espero sentir en cualquier momento un cable de carbono duro apretándome el cuello. O la mordedura de una de esas víboras marcianas que los hombres del Sindicato adoran importar solo para divertirse. Lo último que veré será a este hermoso capo venido a más reclinado en su silla como si fuera el rey del universo cuando antes era poco más que un juguete sexual. Todos estos nuevos ricos esperan que los demás tengamos poca memoria. Ojalá fuera mi caso.

Pero el cable no llega. El mordisco tampoco.

—En los jardines nos enseñan empatía corporal, así como el arte de la danza de sombras, una imitación proporcional del lenguaje corporal para relajar al sujeto —dice el duque—. Facilita el vínculo emocional. Todo esto me convierte en un excelente detector de mentirosos. —Parece desdeñar su educación académica, pero se recuesta hacia atrás hasta convertirse en mi sombra. Los hombros encorvados, las piernas estiradas, una réplica perfecta—. Usted, querido, tiene un rostro deshonesto, así que es muy fácil averiguar cuándo dice la verdad.

—Entonces, ¿me cree?

—Sí.

Titubeo.

—¿Puedo irme?

—Qué mundo tan agradable sería ese. Aunque no tuviera conocimiento de su delito contra mí, también se trató, como bien sabe, de un delito contra la propia reina. Así que me temo que no escapará de esta sin más. —Sonríe con compasión—. Soy de esos hombres que lo dejarían marchar si fuera algo únicamente entre nosotros. Me doy cuenta de lo asustado que está por mi culpa. Para serle sincero, por lo general eso es castigo suficiente. Pero me temo que esto ya no es solo entre nosotros. Hay más gente que lo sabe. Han ridiculizado al duque de Manos. No puedo tolerarlo. —Se inclina por encima de la mesa; una vena le palpita en la sien—. No puedo tolerarlo ni por asomo. En palabras del viejo Perfil Pétreo, «La clemencia envalentona a los malvados». Usted y yo tenemos la desgracia de flotar entre un mar de hombres malvados. Hay una deuda pendiente. Hay una deuda que debe pagarse.

Ni siquiera se me ocurre qué decir. Las repercusiones de sus palabras me provocan una punzada de miedo que me atraviesa el pecho. Van a hacerme daño, mucho.

—Por favor, no se inquiete. No será nada desproporcionado. Si se hubiera cruzado con el duque de Piernas, se pasaría el resto de la vida tambaleándose sobre esas prótesis de metal injertadas. Y si ofendiera al duque de Lenguas, estaría farfullando como uno de esos dientesnegros de la Ciudad Perdida; es mucho más cruel que el anterior. Pero yo solo me quedaré con la mano que menos le guste. —Sonríe cuando Gorgo da un paso adelante—. Se lo prometo.

Ahora viene el garrote. Gorgo me rodea la garganta desde atrás con un

cable fino, no tan fuerte como para romperme la piel o la tráquea, pero sí para dejarme claro que lo harán si es necesario. Me inmoviliza.

—¿Qué mano será? —pregunta el duque—. Está en deuda conmigo. Elija. —Me echo hacia atrás, contra el garrote, pero los dedos de Gorgo son tan grandes como patatas—. Elija.

Pierdo la cabeza. Tengo la boca seca y el cuerpo tembloroso.

—La... izquierda —consigo articular cuando aflojan el cable.

El duque les hace un gesto con la cabeza a sus matones y ellos me agarran el brazo izquierdo. Lo miro horrorizado mientras coge la sierra de huesos y la enciende. Los dientes, afilados como cuchillas, vibran. Me posee un pánico absoluto. El recuerdo de la carne que se desgaja del músculo, de la grasa que se separa del hueso y de los gritos mis amigos. Una vez lo vi, y lo único que pensé fue «Gracias a Júpiter que no me está pasando a mí». La culpa regresa. Los alaridos de mis amigos gritándose unos a otros en un edificio bombardeado de Endymion. «¡No les digáis nada! ¡No les deis información!». El miedo y el espectáculo por venir de dientes de metal royéndome el cuerpo. El aspecto horripilante, de carnicería, del músculo desnudo. Busco con frenesí algo con lo que negociar, pero no tengo nada que él desee. Me siento desesperado, un sollozo patético se me forma en el pecho, pero no lo dejo escapar. El duque baja la sierra de huesos hacia mi muñeca. Los dientes zumban como alas de insectos. Aprieto los dientes y cierro los ojos.

—Hay una forma de conservar esta mano —susurra—. Dígame dónde está la espada.

—¡No lo sé! Ya se la he vendido a mi agente.

—Deme su nombre.

—No... puedo.

—¿Por qué no?

—Ya se lo he dicho. No soy un chivato —respondo con frialdad.

Esas palabras salen de mi boca de una manera que me tranquiliza. Estoy menos asustado, porque ahora tengo un motivo para dejar que se lleven la mano. Una convicción.

Me había olvidado de esta sensación.

—Podría serrarle las costillas. —Gira la sierra de huesos—. Llevarme su masculinidad. Tallarle los dedos de los pies. Convertirle los ojos en gelatina. Entonces me lo diría, si de verdad quisiera encontrar a su agente. —Va a hacerlo ahora. El agua de colonia de Gorgo me invade las fosas nasales—. ¡Dígame quién es!

Levanto una mirada de desdén hacia el duque.

—Empieza cuando quieras, gilipollas.

Él me devuelve la mirada y después rompe a reír.

—Gorgo, creo que me debes un diamante. —Apaga la sierra de huesos. El garrote desaparece de alrededor de mi cuello. Cuando levanto la cabeza, veo que el obsidiano se acerca al duque arrastrando los pies, abre una billetera de piel de cocodrilo y saca un diamante con forma de lágrima que deposita en la mano de su jefe. El duque se guarda el diamante en el bolsillo y me sonrío mientras el obsidiano se aleja caminando despacio—. Llevo un tiempo removiendo cielo y tierra en la Luna para dar con alguien como usted, señor Horn. Un hombre con principios.

—¿Qué? —Mi cuerpo experimenta un bajón de adrenalina que me deja tan flojo como un traje vacío—. ¿De qué está hablando?

—Oslo me dijo que era usted brillante. Qué raro. Un blanco tendente a la exageración.

Parpadeo anonadado. Yo no le he dicho su nombre.

—¿Conoce a Oslo? —pregunto.

—¿Que si conozco a Oslo? ¡Ja! Su agente ha actuado a menudo como

intermediario entre el Gremio Ofi3n y el Sindicato. Si lo hubiera traicionado, bueno, ese habr3a sido el final de Efra3n ti Horn. Pero as3, un tesoro le aguarda. Ver3, da la casualidad de que el se3or de los ladrones —se lleva la mano a la chaqueta negra, a la altura de donde se supone que le late el coraz3n— necesita un ladr3n de caos. 3Y qu3en mejor que uno recomendado por el se3or Oslo y puesto a prueba por m3? Hay algo de una importancia particular que me gustar3a adquirir. Esta, mi querido gris, era la 3ltima parte de su audici3n. Y enhorabuena. La ha superado con creces.

Pesta3eo mirando a este hombre enajenado.

—La espada. Ha hecho que le robe la espada... a usted.

A modo de respuesta, una sonrisa reluciente se dibuja en su rostro.

Me quedo de piedra, con el cuerpo tembloroso debido a la adrenalina que abandona mi sistema, a3n sin estar del todo seguro de que no vaya a agarrarme la mano y serr3rmela.

—Es un imb3cil de nivel especial —mascullo.

—Est3 claro que nunca se ha topado con los dem3s miembros de la realeza. —Se lleva la mano al pecho, ofendido—. Yo soy el tierno.

—El Sindicato ya tiene bastante ladrones —digo—. 3Por qu3 me necesita a m3?

—3Acaso hay alg3n otro tan bueno? —pregunta con intenci3n de halagarme.

—Al menos tres. La Imaginaci3n, Zendric... —Niego con la cabeza y pienso que ojal3 hubiera aceptado la oferta de trabajo de Holiday—. Ya se lo he dicho, ciudadano. Yo no me mezclo con el Sindicato. Apuestan demasiado fuerte. Sea cual sea el trabajo que quiera que haga, emplee a sus hombres. —Echo un vistazo a sus matones y a Gorgo en particular—. Yo no llevo correa.

—Todos llevamos correa —dice el duque al mismo tiempo que se da unos

golpecitos en la frente, donde la corona invisible permanece inactiva—. Algunas son más cómodas que otras. Y ahora es su turno, señor Horn.

Se saca algo del bolsillo y lo deja sobre la mesa. Lo llaman el Beso de la Reina. Una rosa de hierro negro que puede sobornar guardias, abrir puertas e intimidar incluso a los Senadores de la República. Es el garante de la dirigente del Sindicato, y las pocas criaturas oscuras que la llevan lo hacen cumpliendo sus órdenes.

—Esto no es una petición. La deuda aún está impagada. Tanto por usted, como por la obsidiana, la verde y el rojo —dice en voz baja—. Bien, doy por hecho que un hombre con su reputación, con su... historia, es propenso a las venganzas. Lo invito a no tomarse esto como una responsabilidad que se le ha depositado sobre los hombros y, por el contrario, le aconsejo que lo mire como la gran oportunidad de su vida. —Señala hacia la ventana con el bastón—. Tiene la posibilidad de convertirse en algo más que un ladrón. Con el Sindicato, puede ascender. Puede mandar. Sírvame bien y este mundo se convertirá en su patio de recreo.

Sus palabras sedosas no tienen ningún valor para mí. Me importan una mierda los juegos del Sindicato y sus ridículos delirios de grandeza: no son más que otra banda con una organización y una contabilidad superior a la media. Tarde o temprano, se devorarán a sí mismos. Pero aunque puede que me encarama a una cornisa y piense en saltar, eso no quiere decir que tenga ganas de que me sierren los huesos hasta matarme. Eso es lo que ocurrirá si digo que no. O puede que primero vaya a por mi equipo. Y volveré a oír los gritos otra vez. Pienso en Volga, de pie bajo la lluvia, con pinta de cachorrillo perdido.

—Lo haré —mascullo—. ¿Cuál es el premio?

El duque de Manos ríe alegremente.

—¡Me alegro de que me lo pregunte! Querido, vamos a robar el objeto más

preciado de todos los mundos.

19
EFRAÍN
Pernod

Mis socios miran el Beso de la Reina que descansa sobre mi mesita de cristal. No se han movido desde que lo dejé ahí. Escudriño el reloj blando del cuadro de la pared. Uno de mis Dalís favoritos. Dado que el original está perdido o destruido, hasta una falsificación de *La persistencia de la memoria* es un tesoro. Esta se la robé a un magnate empresarial sin escrúpulos en la Masa. El tiempo está tan estancado en la habitación como en el cuadro.

—Esto es una broma, ¿no? Otro de tus juegos, Ef —dice al fin Cira, que gesticula con las manos con la acostumbrada exageración.

Dano suelta una risita discreta desde el lugar que ocupa en el sofá de formotejado, a mi lado. Está despatarrado sobre él como un gato ebrio, con una pierna encima del reposabrazos. Sobrecompensa su exceso de refinamiento, como si no supiéramos todos lo inseguro que se siente por pesar cincuenta kilos, y solo cuando está empapado. Apaga el cisco consumido en la taza de café convertida en cenicero que se ha colocado sobre la barriga y enciende otro. El humo culebrea en el aire, teñido de verde y morado por los anuncios de amantes de inteligencia artificial que se filtran a través de la ventana del edificio adyacente al mío.

Cira le pregunta en tono desdeñoso:

—¿Para ti también es una broma?

—Chavala, toda la vida es una broma —susurra Dano mientras suelta el humo por las fosas nasales.

—Estupendo. Todo es una broma. Y nosotros somos el maldito remate final.

Cira se queda mirando el vodka con limón que le he servido y aún no ha tocado mientras intenta encontrarle sentido a la historia de mi noche con el duque. Quiero que se lo beba. Mierda, bébete cuatro, mujer. Es un puto estrés cuando está sobria, y solo medianamente tolerable cuando está borracha.

Es última hora de la tarde, el ciclo oscuro. Una lluvia indolente de finales de verano cae sobre Hiperión. Y estoy atrapado entre un loco con una sierra circular y un trabajo que sin duda me matará. Experimento una sensación de resignación. Aquí termina la línea. Lo que me pide el Sindicato es imposible. Este asunto sobrepasa tan claramente su escala de pago que pensé que el duque estaba de coña.

Vamos a morir. Pero morir de forma repentina y rápida durante un trabajo es mejor que morir despacio a sus manos. Ahora solo tengo que convencer a mi equipo. Si no lo consigo, mañana por la mañana todo el que no les siga el juego tendrá un pulpo en la boca y el cuerpo en una alcantarilla.

—Esta mierda es tuya, Ef —dice Cira—. Fueron a por ti. Así que, muy bien: acepta tú el contrato, a mí no me interesa. Nunca he querido tener nada que ver con esos psicópatas. Si eres listo, te darás cuenta de que tú tampoco deberías involucrarte en esta mierda. Esto es mucho. Demasiado.

—No te libras —interviene Volga sin malicia—. Efraín necesita nuestra ayuda. Él nos ayudó. Estás dentro.

—Y una mierda.

—Sí, por una vez estoy con la culo de hierba —señala Dano con el cisco colgando de la comisura de los labios—. Esto es una locura, y no de las sexis.

Volga se inclina hacia delante. Cira no puede evitar estremecerse.

—Dano, estarías en Whitehold o muerto si no fuera por este hombre. Cira, ¿dónde estarías si Efraín no hubiera pagado tu deuda con ese tiburón de los

datos? Yo seguiría en la Tierra cargando cajas y pidiendo préstamos a hombres tristes para poder comer. —La observo y una calidez desconocida me recorre de arriba abajo. Le hice daño en la puerta del bar, y aun así ella no me brinda nada más que amor. ¿Por qué?—. Lo ayudaremos porque él nos ayudó.

Dano aplaude.

—Maldita sea, qué buen discurso.

—Deja ya de parlotear, ser mutante —le espeta Cira a Volga—. Aquí nadie le debe nada a nadie.

—Saben quién eres, Cira. Saben quiénes somos todos —le digo a mi Pernod.

Es una bebida de la época en que aún me importaban las cosas, de color verde esmeralda y sabor a regaliz. A Trigg le encantaban. Ya me he bebido un par de copas mientras esperaba a que mi equipo llegara y veía en las noticias vídeos reciclados del desmantelamiento del Segador a manos del Vox Populi. Corazón de León no pudo hacer nada. Me he sentido reconfortado y tranquilo al ver que pillaban al rey y a la reina con el culo al aire.

—Quieren a mi equipo. No es una petición.

—¿Y si nos negamos?

—Si rechazamos el Beso de la Reina, estamos muertos —contesto.

Cira tiene un estallido de inspiración.

—Podemos marcharnos de la ciudad. Instalarnos lejos, en Endymion. Allí hay mucho trabajo.

—No pienso ir a Endymion —replico con brusquedad.

—Ef...

—No, tienes razón, es una gran idea. Su equipo de Endymion estará esperándonos para darnos la bienvenida a la ciudad. Nos enseñarán los

lugares de interés turístico: el Orbe Creciente, el Palazzo Tridian, las Agujas de Éforo. —Me llevo una mano con forma de pistola a la cabeza y aprieto el gatillo—. Y después nos matarán.

—Podemos largarnos del planeta.

Suspiro.

—El duque de Piernas tiene hombres en los muelles. Nos matarán durante el viaje.

—Pues no utilizamos un avión comercial. Fletamos una nave le jos de Interplanetaria Erídano. Puedo borrar los registros de tráfico. O conseguir documentación válida para la Tierra o Marte.

—Cira, puede que tengas dinero suficiente para fletar una nave. Pero ¿comprar pasaportes viejos de la República Solar con un holograma veraz y código magnético en tan poco tiempo? —pregunto, consciente de lo mucho que adora su resplandeciente apartamento nuevo en el distrito de Sordo. Está en uno de los nuevos edificios de cristal de Redache. Una mierda chabacana—. Después del pago inicial de tu guarida, ¿cuánto te queda?

—No es asunto...

—Su hipoteca tiene más apetito que Volga, cariño. Y esos diamantes que llevas no son precisamente de saldo. ¿Son de Gustave's? —Arruga la cara—. No te pongas tensa, no voy a revisar tus recibos. Pero todos los nuevos ricos compran igual. —Parece abochornada, pero sigo castigándola porque necesito que entienda que solo hay una salida—. Bueno... después de los diamantes, de la hipoteca y de la torre de servidores de la habitación de invitados, yo diría que a lo mejor en la cuenta te quedan cincuenta mil. —La expresión de su rostro me dice que es menos. A la señora le encanta gastar—. Dioses. ¡Ni siquiera pagas impuestos y estás arruinada!

Todavía no se ha cansado de intentarlo.

—Podríamos sumar nuestro dinero. Dano, ¿cuánto tienes?

—¿Yo? —Levanta la vista de la terminal de datos con la que está enviando mensajes de texto a uno de sus rollos—. Buscas donde no hay, chavala. Me gustan demasiado los pilotos y los rosas para acumular ceros en la cuenta. El pecado es una puta hambrienta. ¿Qué hay de ti, hojalata?

—Estoy seco —respondo.

—¿Los jovencitos te sangran?

—Algo así.

—Sois una panda de degenerados —farfulla Cira.

—Yo tengo dinero —dice Volga desde la ventana.

Cira se vuelve enseguida hacia ella.

—¿Cuánto?

—Todo.

—¿Toda tu parte? —pregunta Cira sin dar crédito.

—Sí.

—¿De todos los contratos?

—Sí. —Volga titubea, avergonzada—. Bueno... Tengo que comer. Y como mucho más que vosotros... las personas más pequeñas. Y me gusta la cerveza. Y pago a mi arrendador todos los cambios de ciclo. Dice que soy una inquilina excelente. —Se ruboriza—. Y... y a veces voy al Cerebian. Ya sabéis, el zoológico. Me gustan las palomitas y los animales. Y allí la gente está muy feliz. Sobre todo los niños. Pero voy a mediodía, así que las entradas son más baratas —añade enseguida para suavizar la brutalidad del gasto.

—¡Volga! —Finjo asombro—. Has perdido el control. Estás hecha toda una hedonista.

—Ya lo sé —murmura al mismo tiempo que niega con la cabeza—. Ya lo sé.

—Estoy de broma, Volga. Eres tan frugal como un blanco.

—Gracias —dice con una gran sonrisa; después, entorna los ojos—. Frugal. Qué bonita palabra.

—Ese dinero debería ser más que suficiente —gorjea Cira—. Con esa cantidad podemos hacernos con un veloce estelar de verdad. Quizá hasta comprar uno usado...

Le tiro el último centímetro de mi Pernod sobre el regazo.

—¿Qué cojones haces? —balbucea.

—Eres una persona horrible —aseguro—. Ese dinero es de Volga.

—Te has pasado un poco de zorra, Cira —dice Dano.

—¿Porque quiero vivir?

—No me importa —interviene Volga—. Lo compartiré.

Sé que ha estado ahorrando el dinero de nuestros golpes para comprarse un terreno en la Tierra. Tanto soñar con la Luna, y ahora quiere montar un refugio para animales tallados que hayan sido abandonados por sus amos. Me lo contó una noche que estaba borracha. Quiere cebraciones y grifos y todo tipo de bestezuelas que probablemente se la coman mientras duerme. Ella no se acuerda, pero yo sí, y que me parta un rayo si dejo que estos otros dos le quiten lo que es suyo.

—Sí, te importa, Volga. O si no, me importa a mí por ti. Daría igual que pudiéramos gastarnos diez millones de créditos. Vayamos adonde vayamos, nos encontrarán y nos matarán.

—Hay otra opción —dice Cira—. Podríamos filtrárselo a la Inteligencia de la República.

Dano husmea el aire con cara de asco.

—Qué raro, Ef. Una ubicación tan buena como esta y que huela ratas soplona...

—No soy una soplona —le espeta Cira.

—Hueles a soplona. ¿Sabes lo que les hacíamos a los soplones en la

Ciudad Perdida?

—Roñoso de mierda...

—¿Qué me has llamado?

Dano se levanta de golpe en cuanto oye el insulto.

—No soy una soplona... Es solo que no quiero morir de vieja en el fondo del mar. La Fondoprisión es lo que nos espera si lo intentamos.

Cira se presiona las sienes con las manos temblorosas.

Le hablo en voz baja:

—¿Te duele la cabeza?

Asiente.

—Se me ha olvidado traer mis cosas.

—Te lo he dicho mil veces. Tienes que dejar los juegos cibernéticos. —Me saco el dispensador plateado de la chaqueta y busco un zoladón—. Es una imitación de la Tierra, pero debería servir.

Se toma la pastilla con avidez y se reclina en su asiento. Resopla y se bebe el vodka de un trago. Le sirvo otro.

—¿Mejor?

—¡No! —Se frota los ojos—. ¿Por qué nosotros? —pregunta—. ¿Qué has hecho? Estoy segura de que esto es porque la has cagado con algo. Porque estás en deuda con alguien.

—Esta vez no.

Volga podría descubrirme si les cuenta que me reuní con una Aulladora justo antes de que el duque me pillara. Vio la capa de lobo de Holiday. Pero la grandullona mantiene la boca cerrada.

—¿Vas a hacerlo? —me pregunta Dano—. Quieres hacerlo.

Por supuesto que no quiero hacerlo.

—Es el golpe del siglo —digo con una sonrisa—. Miras el lado bueno. El Sindicato nunca ha roto sus propias reglas. Ni una sola vez. Si conseguimos

el premio, no hay razón para creer que no nos pagarán la comisión. Ochenta millones de créditos. —Dano silba. Volga no reacciona. Cira parece aturdida—. Y si sobrevivimos para gastárnoslo, no tendremos que volver a robar nunca más. Compraos una isla Compraos un crucero estelar. Sois libres. Nada puede tocaros. Ni siquiera esta guerra.

Eso los convence. Cira se recuesta para frotarse las sienes y darle sorbos a su vodka, ya sumergida en las aguas superficiales y cálidas del colocón de zoladón. Clava la mirada en la rosa negra. No es más grande que la palma de mi mano, pero parece más grande que la habitación. Rezuma maldad.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Un mes.

Me mira con expresión de placidez y asiente; el zoladón le ha enfriado la sangre. Dano, por el contrario, está más inquieto. Estaba a punto de encenderse otro cisco, pero se queda inmóvil.

—Esto cada vez se pone mejor.

—Un mes no es mucho —señala Volga.

—Necesitamos cuatro meses para planificar esto —apunta Dano—. Un año...

—Lo sé. Al parecer no es negociable. Tenemos un mes. Menos, en realidad. —Nadie me interrumpe—. Nos han facilitado tres ubicaciones y fechas concretas en las que el premio aparecerá en público. Solo tenemos que escoger la más jugosa.

—¿Cómo hemos obtenido esa información? —pregunta Volga en tono grave—. Esto no solo nos afectará a nosotros. Es importante saberlo.

—Tienen tentáculos en todas partes. —Me encojo de hombros—. Tengo tanta idea como tú. Una pregunta, Cira. —Chasqueo los dedos para llamar su atención a pesar del colocón—. ¿Cuánto tiempo tardarías en meterte en tu

papel de hacker de sombrero negro y saquear unos cuantos datos de Epiro y Leomante?

—¿La empresa de contabilidad? Depende de sus firewalls. Es un software de primera calidad. ¿Por qué?

—Porque necesito saber quién paga a quién. Necesitamos un infiltrado.

—¡Joder, maldita sea! —exclama Dano sin apartar la vista de su terminal de datos—. El Senado acaba de emitir una orden de arresto contra el Segador.

Intercambiamos miradas, todos con la misma idea macabra en la cabeza. Se está disputando una partida y nosotros somos piezas sobre el tablero. Miro por la ventana hacia Hiperión y me pregunto qué estará a punto de hacer temblar los cimientos de mi ciudad. Pero en lo más profundo de mi ser, me importan más la correa que llevo al cuello y quién la sujeta.

Cojo el holocubo que me ha dado el duque de Manos y lo activo. La luz pálida baña el contorno de los rostros de mi equipo. Las tres ubicaciones brillan en el aire. Me acomodo en mi asiento, sabedor que piensan que en el fondo podemos sacar esto adelante. Son lo bastante jóvenes para no haber fracasado nunca. Para que nunca los hayan pillado. Pero nuestra posibilidad de éxito es tan pequeña, tan absurda, que sé que estamos abocados al patíbulo. Sin embargo, creo que la dignidad exige que aprovechemos esa oportunidad, que nos aferremos a ella como a un clavo ardiendo para no caer bajo los tajos de la hoja de una sierra de huesos, ni desde la cornisa de una autopista cualquiera, sino en el escenario, con el corazón desbocado y los pies ligeros, con todas las variables encajando en su sitio por última vez.

La partida está en marcha. Y por fin, empiezo a sonreír.

20

LISANDRO

Dragones

Estoy ciego cuando los comandos toman el barco por asalto. Sus granadas de aturdimiento han emitido destellos blancos que han activado hasta la última célula fotorreceptora de mis ojos. Aunque nos hemos rendido, nos han golpeado más allá de lo razonable. Recibo varios culatazos de fusil en la nuca y al final me desplomo de costado cuando uno me revienta la nariz.

Me agarran del pelo y me estampan la cabeza contra el suelo. Una bota me presiona el cráneo mientras me registran y me sujetan las manos a la espalda con unas esposas magnéticas. Me ponen un segundo aro de metal alrededor del tobillo derecho y unen los dos grilletes de manera que quedo inmovilizado, ciego y bocabajo en el suelo. Algo tenso me rodea el cuello y aprieta.

Con seis segundos de método antiguo, me despojan de mi humanidad. Siento que me arrastran. Poco a poco, unas siluetas indistintas comienzan a unirse, aunque una imagen remanente de un color azul palpitante sigue entorpeciéndome la visión. Traen conmigo a los miembros de la tripulación que rescatamos.

Veo que uno de ellos grita sin control y se aferra a un panel de metal. Un soldado le pisotea las manos hasta rompérselas. La sangre que me chorrea de la nariz rota se desliza por mi garganta. Oigo unos horribles sonidos de asfixia procedentes de alguien cercano. Unos ladridos espesos y asmáticos que brotan de gargantas de animales y un bombardeo de órdenes.

No te levantes
Al suelo.
Manos a la espalda.
Nariz al metal.
¡Nariz al metal, *gahja!*

Esto es culpa mía.

No por la decisión de dirigirnos al asteroide, sino por mi arrogancia o vanidad u honor desencaminado, lo que quiera que fuese que me llevó a bajarme de aquel ascensor, adentrarme en el pasillo, desperdiciar segundos y después hacer la apuesta que ahora podría costarnos la vida. ¿Y para qué? ¿Por lealtad a un color tan retorcido que se destruyó a sí mismo? Ha sido una cadena de decisiones tan ilógica que estoy avergonzado.

Una boca húmeda y llena de mucosidad se cierra con fuerza a centímetros de mi cara.

Las patas escamosas y las garras serradas arañan la cubierta de metal. Me retuerzo y veo a escasa distancia a los sabuesos *kuon* de cuatro patas — híbridos de cánidos insectoides—. Hay tres; los crían para la guerra. Cuando se mueven, ondas grises recorren el caparazón de quitina negro que les cubre el torso. Sobre la espalda, tienen púas de pelo translúcido y del grosor de una aguja. El gris que hace las veces de maestro de los sabuesos aleja a la bestia de mí tirando de la correa. Su ladrido es ensordecedor, sus ojos, amarillos y compuestos. Tembloroso, me alejo cuanto puedo del animal e intento controlar el miedo.

Es imposible.

Las lecciones de mi abuela y las meditaciones de Aja desaparecen cuando el corazón me tamborilea en el pecho; las botas que patullan la cubierta se acompañan con mis latidos cuando un segundo escuadrón sube a nuestro barco. Una aterradora mujer dorada que lleva una capa marrón, luce una coronilla calva y habla con un acento lacónico da órdenes a los soldados que

la rodean para que registren la nave en busca de bombas y de otros pasajeros. Hay una mujer azul de la tripulación que rescatamos del Vindabona a la que este caos le resulta más de lo que puede soportar. El pánico la invade e intenta huir.

Dejan que se marche, tal vez por diversión, quizá para dar ejemplo, y cuando ha dado diez pasos, el arito de metal que lleva en el tobillo comienza a emitir una luz verde parpadeante y detona. Los extremos inferiores de la tibia y el peroné explotan. Un estallido de luz crepitante le cauteriza la herida. La mujer grita y se derrumba sobre el suelo. El pie se queda atrás; la pierna emana humo. Sueltan a los perros *kuon*, que la inmovilizan de espaldas, una desgarrándole el muslo, el otro mordiéndole la muñeca derecha, a la espera de la siguiente orden. El maestro de sabuesos mira a la anciana dorada, que da la orden personalmente.

—*Yokai*. —La mujer mira al mayor de los *kuon*—. *Hakaisuru*.

El *kuon* de más tamaño sale disparado como un proyectil de un cañón y la cara de la mujer azul desaparece entre sus fauces.

—¡Parad! —grito mientras trato de levantarme.

Una bota con la punta de acero me hace reconocer el error de mi empatía.

Cuando recupero la conciencia en un charco de mi propia saliva, veo el mundo de costado. La bota sigue sobre mi cabeza. Las náuseas me envuelven en un capullo cálido. A mi derecha oigo los sollozos de los colores inferiores que rescatamos. Dos de los sabuesos continúan encorvados sobre la mujer azul, chascando los dientes y gruñendo mientras se alimentan de unos huesos azules quebradizos debido a una juventud vivida a baja gravedad. Me obligo a mirar y a ver lo que han provocado mis errores.

Casio me mira a los ojos desde el lugar que ocupa en el suelo, no lejos de mí. Su rostro resulta irreconocible, pero su mirada fría me transmite fuerza.

«Paciencia», dice. Me concentro en respirar y en permitir que todo lo demás brome a mi alrededor, en controlarme.

Una aburrida joven dorada, con la cara pálida y demacrada, tiene una bota posada sobre la cabeza de Casio y su *hasta*, un filo largo, en equilibrio justo encima de su médula espinal. Pita tiembla de miedo a mi lado mientras escucha a los sabuesos alimentarse.

—No seas tan llorona, *gahja* —le dice la mujer a Pita, y le levanta la cabeza tirándole del pelo para forzarla a ver cómo se alimentan los *kuons*—. No es más que carbono.

Me arriesgo a echarle un vistazo al *Arqui*.

Lo han metido en un gran hangar rodeado por un escudo de pulsos que aísla la plataforma abierta del espacio exterior. Estamos en el suelo, delante de nuestra casa, rodeados por un cuadro de Marcados como Únicos. Son altos y serios. La baja gravedad en la que han nacido les ha alargado el cuerpo. Tienen las manos y las caras pálidas debido a la ausencia de sol, pero encallecidas y curtidas por los rigurosos elementos de sus llanuras volcánicas y lunas oceánicas. Llevan unas capas holgadas del color de una tormenta. La arrogancia ganada a pulso que irradian invade la habitación. Los legionarios grises inspeccionan el exterior de nuestro barco acompañados por técnicos naranjas. A cada uno de nosotros nos vigilan varios caballeros obsidianos esclavos. No son los colores libres de la República, sino los esclavos adoctrinados de un sistema imperial. En su cabeza, sirven a los dioses. Van ataviados con capas tribales, llevan hachas y lucen unos finos collares de metal gris como el que me sujetan en la pierna. Rondando alrededor del resto de ellos hay media docena de colores diferentes, mecánicos y personal de apoyo. Es como ver una colonia de hormigas.

Nunca había visto una eficacia tan armonizada, ni siquiera cuando presencié los preparativos de la Luna para el asedio del Amanecer. La

anciana dorada se agacha delante de Casio y lo mira a los ojos. No le gusta la expresión feroz con la que se topa. Lo deja y se vuelve hacia mí.

—El joven —dice con una voz ronca. Se endereza y clava la mirada en mí mientras uno de los obsidianos me agarra por el pelo y me obliga a ponerme de rodillas. Los crueles ojos de la mujer son del color del azufre amargo y están incrustados en un rostro insensible y resquebrajado por la edad. Cuando habla, unos labios como dos pellejos de la piel que muda una serpiente se separan de los dientes pequeños y las encías en retroceso—. Te encuentras cerca de nuestra tinta, *gahja*. ¿Por qué?

—Somos comerciantes —me las ingenio para contestar con poca dignidad, pero le sostengo la mirada lo mejor que puedo con la esperanza de ganarme cierto respeto por su parte gracias a mi evidente entereza.

—¿Por qué?

—Vinieron los ascomanni...

—¿Qué hacíais en el Golfo?

Reprimo la respuesta rápida. La respuesta atemorizada. Y sigo el hilo de un recuerdo que se remonta a una habitación de la Ciudadela donde hace muchos años escuchaba a mi padre susurrar para sí mientras leía a mi lado. Huelo el aroma amargo de su té, me acuerdo del crujir de las fibras de pasta de celulosa entre mis dedos cuando pasaba las páginas de mi libro.

—Buscamos... asilo —digo, ya de vuelta en la sala con la mujer dorada.

—¿Asilo?

La anciana mastica la palabra.

—Bajo el artículo 13, cláusula c del Pacto: «Todo ciudadano áureo de la Sociedad puede, cuando su vida y sus propiedades se vean amenazadas, invocar el derecho a violar temporalmente el espacio gubernamental, privado y militar para solicitar asilo de piratas y otros elementos ilegales». —Es una cita textual del pequeño ejemplar del Pacto que tenía de pequeño. La miro a

los ojos muertos, en busca de un terreno común, pero sin ceder el mío—. Puede que el Núcleo haya abandonado el orden, pero tenía entendido que en el Confín aún se obedecían las leyes de nuestros ancestros. ¿Me equivoco?

Su rostro es un desierto. No hay emoción. No hay vida en las arrugas y los riscos. Solo un presagio árido. Sin pestañear ni apartar su mirada de la mía, levanta un pulgar nudoso y lo aprieta lentamente contra mi globo ocular derecho. Me tambaleo hacia atrás, más sorprendido y horrorizado por la naturalidad de la violencia que por el dolor que genera. Entonces presiona con más fuerza, sujetándome la cabeza con la otra mano. Me revuelvo. Los capilares se abren, el tejido se comba hacia dentro, la uña se clava.

—Sois espías.

Ahogo un grito.

—No lo somos...

—¿Quién te ha pagado para cruzar el Golfo, *gahja*? ¿Dispone vuestra embarcación de equipo de sensores? ¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu misión? Son preguntas que responderás.

—¡Venator! —grita un gris desde la rampa—. Es ella.

La mujer me saca el pulgar del ojo y jadeo al librarme del dolor. A pesar de la bruma de la tortura, me fijo en cómo se refieren a ella. Venator. Es una especie de unidad policial de élite. Vuelve el cuello de pavo hacia el gris—. ¿Ella? —pregunta con aspereza—. ¿Ella está en ese barco?

—Sí, venator. Está en la zona médica. Malherida.

—Al fin. ¿Lleva algún dispositivo de almacenamiento encima?

—No lo sé.

—Averígualo. —Habla por su terminal de datos—. Romped el silencio radiofónico. Enviad una transmisión directa al subcuestor Mario. Decidle que tenemos una piedra pequeña y plana en nuestras manos y pedidle

instrucciones. —La mujer se vuelve hacia el Único que tiene detrás—. ¿Ha vuelto el Caballero de la Tormenta con su escuadrón?

El Caballero de la Tormenta que yo conocía está muerto, lo asesinó el propio Segador sobre la Gran Barrera de Coral de la Tierra. Deben de haber instaurado una nueva orden de Caballeros Olímpicos aquí. Qué anticuados me parecen de repente, tratando de reproducir la gloria de lo que fue una vez. Sin embargo, una parte infantil de mí está encantada de que la orden no haya caído aún.

—Están atracando en este momento, venator.

—¿Se les puede entretener? —pregunta en voz baja.

—Ya ha salido del puente de mando. Estarán aquí dentro de unos minutos. La anciana esboza una mueca desagradable.

—Ve a buscarlo. Dile que su hermana está aquí, antes de que se entere por otro. Y llama a un escuadrón médico.

Se vuelve hacia Casio y hacia mí, y nos estudia, se pregunta por el papel que desempeñamos en esto, pero sigue sin permitir que nos levantemos de la cubierta. Es entonces cuando me fijo en el implante de ónice que lleva en la mano. Una serpiente se desliza en torno a la membrana interdigital y pasa por encima del nudillo para devorarse la cola. Una reliquia de una guerra anterior. *Krypteia*. La policía secreta y agencia de inteligencia de los Señores de la Luna. Mi abuela aseguraba haberlos purgado a todos después de que Rea ardiera. ¿Quién es esta mujer?

Se hace un silencio reverencial cuando un Marcado como Único de alrededor de veinticinco años, con el cabello dorado blanquecino hasta los hombros y con mechas negras, entra en el hangar ataviado con el equipamiento de piloto de combate. Los ojos melancólicos y estrechos están enclavados en una cara pálida y lampiña que muestra vestigios de belleza bajo una capa de brutalidad. Tiene los labios grandes y las pestañas largas, el

resto son cicatrices, ceños fruncidos y cartílagos retorcidos. Viste de gris de arriba abajo, y el casco que lleva en la mano izquierda está pintado con la imagen de un dragón embozado de nubes y relámpagos. En cuanto a las orejas, solo tiene la derecha. Lo siguen tres hombres de gris. Los ojos del dorado se oscurecen todavía más cuando ve a los sabuesos *kuon* mordisqueando los restos de la tripulante. Posee una fuerza tan cruda, tan verdadera e incalculable, que parece tan puro como un elemento de la naturaleza. Sin empañar por la transigencia, sin domesticar por la sociedad. Hace que me sienta atrapado, impuro y de repente minúsculo cuando caigo en la cuenta de que los hombres como él pueden existir.

La anciana se planta delante de él como si se enfrentara a una nube de tormenta.

—Diomedes —le dice.

—Venator Pandora, ¿dónde está?

Su voz grave es producto de la adversidad, pero es el nombre lo que me saca de su hechizo. Pandora. Pensé que era un mito del Confín. Su mejor asesina. «El Fantasma del Ilium», ajada y envejecida, pero todavía viva.

—En el barco. El personal sanitario la está sacando —responde Pandora con su voz rasposa.

Diomedes pasa a su lado con brusquedad y sube corriendo por la rampa justo cuando los amarillos sacan a la chica dorada en una camilla. Se detienen cuando se acerca.

—Pequeño Halcón —dice con ternura. La besa en la cara y apoya la frente sobre la de ella, a punto de romper a llorar—. Pequeño Halcón, pensé que estabas para el polvo.

—Diomedes —dice ella en voz baja, apenas audible desde mi posición en la cubierta. Al borde del delirio a consecuencia del morfón, la chica estira una

mano para acariciarle el rostro. Me estiro para intentar verlo mejor—. Alegría. ¿Qué...? ¿Cómo es que estás aquí?

—¿Dónde iba a estar si no? —Una sonrisa lenta se dibuja en su rostro—. Cuando una hermana se pierde, su hermano la busca. Me ha enviado padre, Serafina.

Serafina... Conozco ese nombre, y también conozco el de su hermano. Miro a Casio de soslayo. A él tampoco se le han escapado los nombres, y cualquier esperanza que pudiera quedarle se desvanece.

—Padre... —murmura ella.

Diomedes asiente. Se le tensa la voz.

—Pandora también está aquí.

—No... —dice la chica, sobresaltada. Se da la vuelta y ve a Pandora de pie al final de la rampa. Abre los ojos como platos, asustada—. No.

—Ahora descansa —dice Diomedes—. Todo va bien.

Serafina trata de empujarlo.

—¿Dónde está Ferara? ¿Y Hjornir?

—Ferara y el resto de los traidores están en la bodega —contesta Pandora—. Vivos. Que es más de lo que puedo decir de tu cuervo. Nos reveló tu vector de retorno después de que le arrancara los dientes.

—Viejo saco de huesos...

Serafina forcejea para bajar de la camilla.

Pandora mira a un krypteia dorado que niega con la cabeza al salir del barco cargado con las escasas pertenencias de la chica.

—¿Dónde está? —pregunta Pandora, que se acerca a la chica—. No has venido hasta aquí para nada. ¿Lo llevas en los dientes? ¿En el estómago?

—No he encontrado nada —replica Serafina con desprecio—. Me equivoqué.

Miro a Casio y me pregunto si esto tiene más sentido para él que para mí.

¿Qué diligencia podría hacerla internarse en el Golfo? ¿Qué lograría que esta chica viole el Pax Ilium? Una transgresión que seguramente significaría la muerte...

—Cállate, Pandora —advierte Diomedes. Trata de calmar a su hermana y de hacer que vuelva a tumbarse en la camilla—. Serafina, padre nos ha mandado para llevarte a casa. A los dos. Ahora debes ir a que te vean los cirujanos.

Pero ella se niega a escucharlo. Sigue intentando levantarse de la camilla para llegar hasta Pandora. Diomedes le hace un gesto a uno de los médicos y varios de ellos se abalanzan sobre ella para clavarle una jeringa en el hombro. Despacio, la lucha abandona sus ojos y Serafina se deja caer en la camilla. Los médicos intentan subirla de nuevo siguiendo las órdenes del *krypteia*, pero Diomedes se interpone en su camino. Se produce un enfrentamiento incómodo entre los hombres de Diomedes y los de Pandora.

—Mi señor, hay que interrogarla —dice Pandora—. Si ha encontrado algo...

—¿Qué podría haber encontrado, Pandora? —pregunta—. ¿De qué tiene miedo mi padre?

—De nada, mi señor. Pero el trámite debe cumplirse. Su padre...

—No es un sádico. Desea recuperar a su hija, viva. Un estado poco común para aquellos a los que interrogas. No te culpo por tu naturaleza, Pandora. Sirves bien a mi padre como cazadora. Pero si quieres pasar tiempo a solas con mi hermana, primero debes pasar por encima de mí. —La anciana lo escudriña y él sonríe—. En tu día, podría haber sido una posibilidad. Pero tu día ya ha pasado. Serafina está bajo mi protección. —Pandora expresa su conformidad con un gesto de la cabeza. Diomedes mira primero a los perros *kuon* y después al resto de nosotros hasta posar su mirada sobre Casio—. Igual que los demás prisioneros hasta que nuestro soberano emita su juicio.

—Querrá que los interroguen. Podrían ser espías.

—Qué don tienes, conocer la opinión de mi padre a tantísimas leguas de distancia. —Esas palabras la intimidan—. Nos vamos a casa. Retira al resto de tus piquetes.

—¿Acaso tampoco es ya mía esta flota? —pregunta Pandora—. ¿Tanto abarcan los poderes de un Caballero Olímpico?

Diomedes parpadea; lo ha pillado desprevenido.

—No. Mis disculpas Tienes razón, por supuesto. Me he exce dido.

Le dedica una profunda reverencia y permanece encorvado.

—Perdonado —suspira la anciana.

Él se yergue, le da la espalda para levantar a su hermana de la camilla y llevarla desde nuestro barco hasta el suyo. Cuando se va, nos quedamos solos con los hombres de Pandora.

—¿Los llevamos a los tanques blancos, *domina*? —pregunta un soldado.

Ella se lo plantea.

—No. Ya habéis oído al Caballero de la Tormenta. Metedlos en las celdas.

Teniendo en cuenta que me he librado de la tortura, debería estar rebosante de alegría. Pero cuando me arrastran lejos de Casio y Pita hacia el interior de su nave, varios hechos fragmentados se unen y cobran forma: la cicatriz, el filo, la violencia brutal de la chica, el buque de guerra, los emblemas de dragón, y ahora los nombres. Antes de cumplir los cinco años, sabía que el linaje de mi propia casa se remontaba a Silenio el Portador de Luz. Antes de los siete conocía el resto de las casas principales.

Pero hasta un niño medio de la Palatina, nacido de algún prelado menor, conocería los nombres de Diomedes y Serafina. E incluso un mocoso callejero de los embarcaderos de Venus conocería a su padre. Mientras exista el hombre, su nombre será recordado. El hombre que se alió con el Segador

para romper la Sociedad por la mitad. Enemigo declarado de mi abuela y mi padrino: Rómulo au Raa, soberano del Dominio del Confín.

Este es su barco, estos son sus hijos, y ahora estamos bajo su poder.

21

DARROW

Habr  violencia

R eunimos el equipo con rapidez, saqueamos la armer  de la Guarida en busca de provisiones. Me detengo dentro de la habitación de hormigón y metal y contemplo la ciudad que se mueve al otro lado de la ventana. Dos Aulladores rojos empujan una caja de armaduras de combate especializadas y la sacan por la puerta que hay detrás de mí.

—Bueno,  sabes que nos dirigimos hacia una muerte casi segura? —dice Sevro a mi espalda.

—Yo no diría tanto —respondo sin volverme.

—Si vamos a ir a Venus, a burlar sus puntos de control orbital, a las patrullas planetarias y al ejército privado del Señor de la Ceniza, necesito algo de ti.

—P deme lo que sea.

—Necesito ver a mis hijas antes de que nos vayamos.

Siento una punzada de compasión.

—No es una buena idea.

—La tuya tampoco. Se neutralizan.

—Yo también quiero ver a Pax... —Intento no pensar en su cara. En la traición que reflejarán los ojos de mi hijo—. Pero los guardianes mirarán aquí en primer lugar y luego all .

—All  tienes a la Guardia del León —señala Sevro—. Los guardianes de la República no pasarán por encima de ellos. Es territorio de la Casa de

Augusto. —Es un buen argumento—. Los demás pueden recuperar el Nessus de la órbita y después nos reuniremos con ellos. No perderemos el tiempo...

Me mira esperanzado y me doy cuenta de que, le diga lo que le diga, va a ir a verlas.

Es el constante tira y afloja entre el deber y la familia. Lo llevamos juntos, pero él lo lleva con naturalidad. Siento que no soy el padre que mi hijo necesita. No debería irme sin decirle que lo quiero. Pero aun así, tengo miedo de enfrentarme a él. Todavía conservo el recuerdo de cómo me miró en la gruta de los duelos.

—De acuerdo, pero voy contigo.

—Bueno, eso espero, pedazo de idiota. Tienes que darle un beso de despedida a tu hijo.

Me da una palmada en el hombro, levanta un barril de munición para alas ligeras y se aleja arrastrando los pies. Miro de nuevo hacia la ventana y me pregunto si Mustang habrá descubierto mi jugada. Lo que más desearía en el mundo es que ella no fuera la soberana. Que pudiera tenerla conmigo. Pero nuestros deberes son diferentes, y es lo que hemos elegido para nosotros. Vuelvo a meter suministros en una mochila.

—¿Sabes lo que me resulta más curioso? —El reflejo de Victra se une al mío en la ventana. Sus pendientes de jade brillan bajo la luz pálida—. Que creen que sabes lo que haces.

—¿Tú opinas que no?

Resopla a modo de respuesta y mira el yelmo del Minotauro que Guijarro lleva en las manos cuando pasa a nuestro lado.

—Siempre ha existido un plan de contingencia para asesinarlo —le digo—. Esto no es una estupidez *ad hoc*. Las piezas encajan.

—¿No has intentado matarlo antes?

—Unas cuantas veces, pero no personalmente.

Embuto un puño de pulsos en la bolsa.

—Yo sí lo he intentado, tres veces —dice para mi sorpresa—. Es probable que el asesinato político sea la única empresa en la que la industria privada no es más eficiente.

—Tengo un plan —le seguro.

Meto un filo de repuesto.

—Claro que sí. —Guarda silencio—. Darrow, ¿te has parado a pensar qué pasará si mueres?

—Ya has visto lo que sucedió en el Senado, Victra. Ya no soy el Amanecer. Ha evolucionado y me ha dejado atrás. Estoy obsoleto Y eso es bueno. Virginia es más importante que yo. Demonios, Dancer es más importante que yo. Mi propósito es singular: eliminar las amenazas contra la República. El Señor de la Ceniza es irremplazable. Si lo mato, los Saud, los Carthii y las últimas grandes casas se destruirán unas a otras en el vacío de poder.

—Atalantia seguirá con vida.

—Atalantia no es su padre —asevero—. Es más Aja que su padre. Un soldado. No un general.

Introduzco cuatro detonadores de iones en la mochila.

—Siempre has querido ser un mártir, ¿verdad?

—Lo que yo quiera da igual —replico con aspereza—. Esto va de responsabilidad. La República no puede sobrevivir con la guerra pisándole siempre los talones. Esta división se debe a que he tardado demasiado. Les dije que dejaran la guerra en mis manos. Y todavía no la he ganado. Pero puedo hacerlo, y lo haré.

—Que le den a las masas. No les debes nada.

Le sonrío.

—Ojalá pudiera estar de acuerdo contigo.

—Darrow... —Se acerca para que nadie pueda oírlo—. ¿Te he pedido algo alguna vez? Entonces sabrás cuánto significa esto para mí: no te lleves a Sevro contigo. Hazlo por mí, como un favor. Dile que se quede aquí.

—No lo hará.

—Sí, si se lo pides tú.

—No, no lo hará. —Dejo de guardar cosas en la mochila, miro los ojos suplicantes de Victra—. Los dos sabemos que tendría que dejarlo inconsciente y atarlo de pies y manos. —Se encoge de hombros para darme a entender que no se opondría a ese plan—. No puedo hacerle eso.

—¿Pero sí puedes llevártelo a Venus, donde es probable que muera?

—No puedo manipularlo —aclaro—. No lo haré. Y aunque lo hiciera, los dos sabemos que saldrá detrás de mí en otro barco, y encima más lento.

—Entonces le atraparé la pierna en un cepo para osos.

—Se lo arrancará a mordiscos.

—Cierto.

Emite un ruidito crítico y se inclina hacia delante para besarme en los labios. Se demora, así que huelo las flores amargas de su perfume, y durante un momento, a pesar de estar tan cerca, tan en calma, nos encontramos en un mundo diferente, en una vida diferente. Después se aparta para mirarme. El dorado de sus iris resplandece incluso a través de los párpados entrecerrados.

—Te quiero, Darrow. Eres el mejor amigo que tengo. Eres el padrino de mis hijos. Pero si no me traes a mi marido de vuelta, dejaré esta condenada luna, regresaré a Marte y no volverás a vernos ni a mis hijos ni a mí.

—Te lo traeré de vuelta —le digo. Parece dudosa—. Te lo prometo. Pero tienes que prometerme algo a cambio...

—Sabes que odio la política —me interrumpe, pues adivina mi juego—. Esas ratas me odian. Incluso el grupito de Daxo. —Suspira, no obstante—. Pero ayudaré a la leona. Si ella me deja.

—Gracias —le digo, y lo siento mucho más adentro de lo que probablemente sepa.

Tres cajas de municiones más y un cuchillo grande desaparecen en la mochila. Sujeto las cinchas con decisión.

—Sí, sí. Tienes suerte de ser tan guapo.

Me uno al resto de los Aulladores en la azotea y veo a Sevro despedirse de Victra. Ella se aferra a su marido con una desesperación que no he visto nunca. ¿Debería dejarlo aquí? ¿Podría? No sé si sería capaz de llegar hasta el final sin él, pero al ver su cabeza apretada contra el pecho de su esposa, siento el trauma de lo que le estoy haciendo no solo a él, sino a nuestras dos familias al completo. Parece que es el mundo quien nos está haciendo esto. Pero ¿es el mundo o soy yo, por como estoy hecho? Al final soy un destructor, no un constructor.

Sevro no tarda en llegar a mi lado, secándose los ojos a pesar de la lluvia. Estoy a punto de decir algo, un débil intento de hacer que se quede atrás, pero ya me ha sobrepasado. Los Aulladores lo siguen. Forman una manada en la noche azotada por la lluvia, agachan la cabeza para protegerse del viento mientras cruzan la azotea en dirección a las naves que nos esperan. Los aullidos brillan por su ausencia. También los chistes y las burlas. La ciudad derrocha luz, pero mis hombres están callados y sombríos. Observo el paisaje urbano que se retuerce de dolor y me pregunto si los Guardianes de la República estarán ya en camino.

Hay dos horas en lanzadera hasta el lago Silene. Ya es tarde, así que la casa está en silencio cuando llegamos. Los Guardias del León de mi familia nos saludan cuando cruzamos los terrenos. Siento sus miradas clavadas en la espalda. Sabrán lo que estoy tramando y se lo notificarán a Mustang. Sevro se dirige a la habitación de sus hijas y yo voy a la de Pax. Me quedo sentado

unos instantes, mirándolo dormir, pensando que no debería despertarlo. La mentira que me cuento es que debería protegerlo y marcharme sin más. El miedo es que no puedo enfrentarme a él. Pero debo hacerlo, ¿qué clase de hombre sería si no?

Le toco el hombro con suavidad.

—Pax.

Ya estaba despierto.

—¿Padre?

—Ponte los zapatos.

Mi hijo se viste y me sigue con los ojos somnolientos desde su habitación hasta el garaje. Huele a goma y a aceite de motor. Me acerco a la hilera de motos voladoras que descansan sobre sus soportes elevados.

—¿Cuál es la tuya?

Señala una moto desvencijada de color verde camuflaje y tan larga como un hombre. Tres colectores de escape con forma de sable sobresalen de la parte frontal. Un asiento de cuero pálido se alza en medio del fuselaje estrecho y esbelto.

—¿Tu madre te deja montar en esto? —pregunto algo sorprendido.

Recela de mí, de mi tono.

—Sí, padre.

Me acucillo.

—Dice que la montaste tú solo. —Asiente—. Eso es algo increíble. ¿Me explicas cómo lo hiciste?

—¿Por qué?

—Me gustaría saberlo. Es algo que yo no sé hacer.

De repente sonrío y cobra vida con sus explicaciones sobre revoluciones por minuto, propulsión, estabilizadores y adaptación de elementos desparejados. Continúo acucillado, mirándolo, enamorándome de nuevo de

él. Tiene una mente más curiosa que la mía. Más apasionada por los matices del conocimiento. Dentro de mí crece un abrumador deseo de protegerlo. Ojalá pudiera conservar esta alegría durante el resto de su vida. Me pregunto si mi padre pensaría lo mismo de mí antes de que su causa lo engullera.

—¿Y cómo es que se te ocurrió montarla? —le pregunto.

—Me fijé en los mecánicos e hice preguntas. Todas las piezas son de chatarrería. Dorian au Arcos tiene una moto. Su madre lo dejó empezar a conducirla cuando cumplió siete años. Entonces le pregunté a madre si yo también podía tener una, y ella me dijo que sí, siempre y cuando fuera capaz de hacérmela yo mismo. No me dio dinero, así que tuve que buscar las piezas en las chatarrerías.

—¿En Hiperión? —pregunto.

—¡No! —ríe—. Allí son muy caras. No habría podido pagarlas. Níobe me llevó a la Ciudad de Tycho. Allí hay muchos pilotos de carreras, así que cambian muy rápido de modelo y pude obtener buenos tratos.

Mustang fue lista. Qué difícil es enseñar a los niños que el dinero de sus padres no es suyo. Recuerdo que Rómulo au Raa educó a sus hijos sin sirvientes ni holoacceso hasta los dieciséis. Mustang se sintió tan atraída por la idea como yo.

—¿De dónde sacaste el dinero? —pregunto.

—De la tía Victra.

—¿Te lo dio?

Frunce el ceño.

—No, me lo prestó.

—¿De verdad? Un momento. ¿A qué interés?

—Al sesenta por ciento.

Estallo en carcajadas.

—Bueno, es una forma de aprender la lección. —Frunce el ceño de nuevo.

Es sorprendente lo rápido que hago mella en su confianza. Estoy acostumbrado a los soldados, no a los niños. Le pongo una mano en el hombro—. ¿Cuánto le pediste prestado?

—Quinientos créditos.

—¿Cuánto le debes ahora?

—Mil cien.

—Nunca te endeudes. Esa es la lección que te está enseñando tu tía.

Pax asiente sensatamente. Me levanto y paso una mano por el fuselaje de la moto. Debería irme, pero no quiero. Aún no.

Mi hijo tiene la mirada clavada en el fuselaje.

—La hice para que la compartiéramos —dice en voz baja.

Coge el llavero de llaves magnéticas y saca una. Me la da. Sostengo la llave en la mano y lo miro. Me siento como si me hubieran dado un puñetazo en el corazón.

—¿Quieres enseñarme cómo funciona? —le pregunto.

Una sonrisa enorme se dibuja en su rostro.

El motor ruge a lo largo de un sendero angosto entre los árboles, serpenteamos hacia delante y hacia atrás, nos adentramos en el bosque hasta que el camino nos escupe en una cala escondida. Pax sigue conduciendo sobre el lago, pues la moto planea medio metro por encima del agua. Cerca del centro del lago, le doy unos toquecitos en el hombro y señalo uno de los muchos archipiélagos. Allí aterrizamos la moto y desmontamos. Se sienta a mi lado en un tronco y volvemos la vista a través del lago hacia la casa donde duermen nuestros amigos. La Tierra está suspendida sobre nuestra cabeza. El agua lame el tronco. Mi hijo juguetea con el musgo que crece entre ambos.

—Te vas otra vez —dice—. ¿Verdad?

—Sí. Quería despedirme.

Guarda silencio durante un buen rato.

—No quiero que te vayas.

—Yo tampoco quiero irme. Pero debo hacerlo.

—¿Por qué?

—Ojalá tuviera una respuesta fácil para ti, Pax.

Contempla el reflejo de la Tierra en el agua.

—¿Por qué no puedes enviar a otro?

—Hay cosas que tienes que hacerlas tú mismo.

—No es justo. —Niega con la cabeza y me fijo en las lágrimas silenciosas que le corren por las mejillas—. Acabas de volver.

—Tienes razón, no es justo. Pero un día entenderás lo que significa ser responsable de la vida de otros.

Intento rodearlo con un brazo, pero se aparta.

—No es justo. Ni para mí, ni para la abuela, ni para madre. Ella te necesita aquí. Nunca te lo dirá, pero te necesita. No sabes cómo son las cosas cuando no estás. Te da igual.

—Por supuesto que no me da igual.

Se cruza de brazos.

—Si te importara, te quedarías.

Lo que más deseo en el mundo es concederle lo que quiere, lo que necesita. Noto que mi credibilidad se erosiona ante sus ojos. Y me gustaría poder explicarle que tiene razón: un padre debería estar ahí para su hijo. Mi padre debería haber estado ahí para mí. Lo odié por abandonarnos. Por morir en el patíbulo en su rebelión fraca sada.

—Volveré —digo.

—No. —Niega con la cabeza y mira hacia otro lado—. No volverás.

Mientras conduzco sobre el lago de vuelta a casa y siento el latir de su corazón contra mi espalda, percibo la enorme distancia que crece entre

nosotros, el paso de los años y el transcurso del tiempo y de la vida que nunca podremos recuperar, y sé que puedo hacer algo para detenerlo. Quedarme.

Pero no lo haré. No puedo. Y odio tener que ser esta persona. Aún peor. Odio que esta sea la persona en la que me he permitido convertirme. Aun así, no es suficiente para cambiar. No es suficiente para rendirse.

La última vez que lo veo es cuando sube las escaleras hacia la casa. El talón de su zapato se detiene en el último peldaño como si fuera a volver, como si tuviera un último pensamiento de amor en la punta de la lengua. Pero el zapato desaparece en el interior de la casa y Pax ya no está y me quedo sumido en el silencio atronador del garaje, preguntándome qué ha ocurrido con la vida que imaginé cuando lo vi por primera vez en aquella playa en brazos de mi madre.

Me seco los ojos y me guardo la llave en el bolsillo.

Todavía oigo a Sevro hablar con sus hijas en el pasillo de arriba. Se suponía que, cuando regresáramos, todos pasaríamos un mes aquí juntos. Todo está hecho un desastre. Le concedo a Sevro unos últimos momentos con sus chicas y salgo de la casa para cruzar el césped arbolado camino de las plataformas de aterrizaje.

—¿No pensabas despedirte? —pregunta una voz desde la oscuridad.

Miro bajo el ramaje de un ciprés y, entre las sombras, veo el rostro de mi esposa iluminado por la luz de la luna. Está sentada en un banco de piedra, observándome, con las manos cruzadas sobre el regazo. No hay rastro de sus guardias por ninguna parte. Lleva una chaqueta de seda púrpura con un cuello alto que se le abre hasta la base de la garganta. Tiene unas ojeras profundas bajo los ojos.

—Iba a llamarte desde la órbita —contesto.

—Cuando estuvieras fuera de mi alcance.

Titubeo.

—Sí.

—Entiendo. Es la única forma de defender que no he sido cómplice de tu traición. Razonable, supongo.

Camino hacia ella y, dado que quedarme de pie a su lado me incomoda, me siento en el borde de la fuente de piedra que hay cerca para mirarla. El agua sale a borbotones de la cara medio rota de un querubín alado, le gotea por un ojo y una oreja por culpa de una grieta.

—No es traición —digo.

—Sí, lo es. Los eufemismos tienen un límite. Me estás dejando un marrón. Dancer propondrá mi destitución.

—Necesita dos tercios de los votos para conseguirla. Puede que obtenga la mayoría para votar la paz, pero no para destituirte.

—¿De verdad piensas que se creerán que no sabía que ibas a marcharte? Eres mi marido. Creen que lo compartimos todo.

Mi esposa, he pensado a menudo, puede ser dos personas diferentes. Una es ella, llena de vida y de luz, de dobles sentidos torpes e incómodos, de risas que parecen bufidos e imperfecciones. La otra es el león imperioso. En su rostro, noto la sombra de Augusto, de mis dos grandes enemigos, su hermano y su padre.

—¿Te vas esta noche con los Aulladores? —pregunta.

—¿Holiday ya te lo ha dicho?

—¿Adónde vas?

—No puedo decírtelo.

—¿A Marte? —No respondo—. ¿A Orión, en Venus? —Una vez más, no respondo—. El Vox Populi cree que vas a asaltar el Senado con la Séptima.

—No quiero una guerra civil.

Mustang mira hacia las plataformas de aterrizaje. Intento agarrarle la mano. Ella la aparta.

—¿Qué sentido tiene este... matrimonio... si no hay lealtad entre nosotros?
—pregunta—. ¿Si no hay confianza? Sé que me quieres. Sé que quieres a nuestro hijo. Pero el amor no basta. No puedes ocultarme cosas solo porque sepas que te llevaré la contraria. Esta guerra no es una carga que debas soportar solo. La compartimos entre todos—. Me mira—. Pero tal vez pienses que tienes morir. Quizá creas que debes seguirla.

Siento un dolor repentino por mi esposa.

—Esto no tiene nada que ver con Eo.

—No, tiene que ver con que rezas por atraer las tormentas, porque crees que cuando lleguen te traerán paz. —Niega con la cabeza, al borde de las lágrimas—. Ya perdí a mi madre, a mi padre y a mis hermanos. No te enterraré a ti también. —Resopla—. Y si mueres ahí fuera, ni siquiera podré hacerlo. —Desaparecerás, como si nunca hubieras existido. Reclamado por el espacio o por nuestros enemigos. Y Pax crecerá sin padre. Es como si quisieras que me aislara de ti. ¿Es eso lo que quieres?

—Si no termino con esto, ¿cuántas más almas morirán? —pregunto.

Se le endurece el rostro y se levanta para apartarse de mí.

—Y cuántas almas morirán si te vas. La República se está resquebrajando. Si rechazas su autoridad, se hará pedazos. Las leyes de las que te burlas han protegido la democracia durante diez años. Diez. Sin guerra civil. Sin asesinatos políticos ni golpes de estado. Pero si las repudias, le estás diciendo a los mundos que las leyes no importan. Quédate aquí conmigo. Con tu hijo. Juntos podemos cambiar la opinión de Dancer o pararlo. Terminar esto de la manera correcta.

—Solo hay una manera de terminar esto.

—La tuya. —No digo nada. Aprieta los labios—. No. Ya hemos probado tu método. Ahora probaremos el mío. —Toca el terminal de datos que lleva en la muñeca—. Wulfgar, trae a los Guardianes.

Desde el cielo lejano llega un sonido lastimero que la mayoría confundiría con el del viento. Pero yo conozco el ruido que hacen las gravibotas militares cuando funcionan a toda potencia. Me pongo de pie de golpe.

—Mustang...

—Lo siento, Darrow. La decisión la has tomado tú. Si no escuchas a tu esposa, obedecerás a tu soberana.

Saco mi intercomunicador.

—¡Sevro, tenemos que irnos! ¡Ya! Los Guardianes se acercan.

No me contesta. El intercomunicador está interferido.

Dejo atrás a mi esposa y corro hacia la pista de aterrizaje. Ahora el rugido de las gravibotas invade el aire por encima de mi cabeza y sacude las agujas de los pinos. Una luz de alta intensidad me ilumina. Siento una intensa sensación de quemazón en el cuello cuando, desde el aire, alguien abre fuego con un arma de rayos.

—¡Alto! —grita una voz amplificada desde lo alto—. ¡En el nombre de la República, detente!

Avanzo por la hierba, casi hasta la plataforma de aterrizaje. Se produce una conmoción a mi espalda. Me desenredo el filo del brazo justo a tiempo y tenso el cuerpo. La jaula de pájaros me golpea en la columna vertebral como el puñetazo de un obsidiano. Me desplomo contra el suelo en el mismo momento en que el cable de fibra se contrae a mi alrededor. Antes de que me pegue los brazos a los costados, activo el filo. La hoja corta la red y me pongo en pie con dificultad justo cuando diez Guardianes de la República con armadura completa aterrizan con estruendo sobre el césped, delante de mí. Hay cinco colores representados entre ellos. Sus capas de color azul celeste languidecen en la humedad de la noche estival. Wulfgar retrae su casco hacia el interior de la armadura. El cabello blanco le cae sobre los hombros.

—Hola, Wulfgar —saludo cuando recupero el equilibrio.

—Darrow.

—¿Dando un paseo a medianoche?

Sonríe.

—El aire nocturno alivia el espíritu.

Estudio a los caballeros mientras avanzan hacia mí. Inteligentemente, mantienen cierta distancia y forman un arco a mi alrededor en lugar de rodearme por completo. Hay obsidianos y dorados entre sus filas. Me fijo primero en ellos, pero recelo sobre todo de Wulfgar. La expresión de su rostro es de dolor. Han venido preparados, equipados con armaduras de pulsos último modelo y con armas no letales, salvo por los filos que llevan en los antebrazos. Soy muy consciente de la delgadez de mi chaqueta de cuero, de la desnudez de mis manos y de mi cabeza descubierta. Wulfgar mira el filo que sujeto en la mano.

—¿Y si caminamos juntos, Estrella de la Mañana? A tu espíritu no le iría mal un poco de calma.

—Mi espíritu vuela como una cometa —digo—. Parece que el problema son todos los demás.

—El Senado y la soberana me han dado órdenes de ponerte bajo arresto.

«Y la soberana». Me resisto a volver la vista hacia mi esposa.

—Entonces estás con ellos. Quieres negociar con el Señor de la Ceniza.

—Estoy con la República, Darrow. Como tú. No digas que te traiciono. Ningún hombre está por encima de la ley. Y la ley te declarará inocente. El Pueblo no permitiría que se castigara al Segador. Saldrás de esta más fortalecido que nunca.

—¿Eso es lo que crees?

Me meterán en una celda. Siento al Chacal merodeando entre los recodos de mi mente. Oigo el retumbar de los platos de la cena a través de la piedra. Hace mucho tiempo que me prometí que jamás volvería a caer prisionero de

nadie. A permitir que me desposean de mi capacidad de decisión, que me constriñan el cuerpo... Ni siquiera puedo concebir la idea de que un hombre o una mujer vuelva a despojarme de la libertad.

—¿De verdad piensas que el Señor de la Ceniza aceptará la paz alguna vez? —pregunto—. Eres demasiado listo para creerte algo así. Ya viste Nueva Tebas. Muerte en cuarenta kilómetros a la redonda.

—Mi deber es defender el Nuevo Pacto y obedecer al Senado. El mismo que el tuyo. Eso es lo único que sé.

Es demasiado ingenuo para ver el enorme abismo que separa su idea de la República de la realidad corrupta en que se ha convertido.

—Ya me imaginaba que dirías algo así. —Señalo mi barco con un gesto de la cabeza—. Vas a tener que apartarte, Wulfgar.

—No lo haré.

—No te conviene que sea yo quien te aparte.

Doy un paso al frente. Los caballeros retroceden como una ola. Sus capas se enrollan y desaparecen dentro de un compartimento en la parte posterior de su armadura.

—Darrow, detente —me advierte Wulfgar entre risas—. Nosotros llevamos pulsoarmaduras SI7. Tú llevas una chaqueta de cuero.

—¿Y?

Suaviza la voz.

—Piensa lo que te estás jugando. —Levanta la mirada hacia la casa. Me doy la vuelta y veo a Mustang. Está de pie al borde del claro, dejando que la ley cumpla con su deber—. ¿Estaría orgulloso tu hijo? —Da un paso adelante y continúa con voz lastimera—: ¿Lo entendería?

Su hombre más cercano está a diez metros de distancia. No conseguiría salvar esa distancia sin que me derribaran.

—Algún día lo entenderá —contesto.

Estoy intentando ganar tiempo para que Sevro se una a nosotros. No estoy seguro de si lo habrán noqueado en la casa.

La expresión de Wulfgar se endurece cuando se da cuenta de que no voy a acompañarlo.

—Por respeto a quien eres, te pediré por última vez que me sigas en paz.

—¿Y si no?

Abre las manos.

—Habrá violencia.

Sevro debe de estar inconsciente en alguna parte. Incluso con él, las probabilidades no son buenas. Pero serán mucho peores si dejo que me detengan. Estaré a merced de los burócratas y no me dejarán salir hasta que la paz de Dancer esté instaurada y la trampa del Señor de la Ceniza tendida. O mis hombres me rescatarán e iniciarán una guerra civil.

—Hazlo a tu manera.

Tiro el filo al suelo.

—De rodillas.

Obedezco. Se adelantan tres Guardianes, un dorado, un obsidiano y un rojo mecánico. Llevan un collar eléctrico de metal y me apuntan con sus armas.

Miro al resto de los hombres de Wulfgar, que se quedan atrás.

—¿Quién de vosotros sirvió conmigo en la Tierra?

—Yo, señor —dice una joven gris de piel pálida—. Octava Legión, Segunda Cohorte. Le seguí a través del paso de Kardung. La contra el Minotauro y también a través de las Puertas de París.

—¿Y quién sirvió conmigo en Marte?

Una dorada y un rojo asienten con gesto solemne.

—¿Y quién sirve conmigo todavía? —pregunto.

Se miran los unos a los otros.

—Recordad el juramento —dice Wulfgar, que se lleva la mano izquierda al

filo del brazo—. ¡Firmes!

Los hombres que vienen a arrestarme se vuelven para recibir instrucciones.

—*Hail, libertas* —les digo a los que están detrás.

—*Hail, Segador* —responden dos de los veteranos.

Se apartan de la línea de fuego y vuelven sus gravirifles contra los suyos. El aire vibra con violencia y dos Guardianes reciben un impacto que los lanza a veinte metros de distancia. El resto se reorienta hacia la nueva amenaza.

—Derribadlo —ruge Wulfgar.

Esa distracción de medio segundo es lo único que necesito. Levanto mi filo del suelo y lo endurezco en forma de falce. Y allí, aún en el centro de los tres Guardianes, sajo el cañón del rifle del dorado, además de varios de sus dedos. Lanzo un tajo hacia atrás y le secciono los ligamentos del brazo de la espada al obsidiano. Al rojo lo elimino con cuatro estocadas alternas lanzadas a rodillas y muñecas. No reciben ni un solo disparo. En tres segundos, los tres caen al suelo entre gritos. Heridos pero vivos.

Entonces el aire estalla desde la línea de fuego.

Utilizo al dorado a modo de escudo humano, tras agarrarlo cuando estaba a punto de desplomarse de espaldas por la herida que le he infligido. Después me abalanzo contra los hombres que quedan mientras mis dos veteranos siembran el caos. Arrojo el filo contra el rifle de pulsos de un obsidiano y logro que se enrolle alrededor de la boca del arma justo cuando el hombre aprieta el gatillo. Tiro del filo hacia un lado y los proyectiles no letales se esparcen por la hilera que forman sus compañeros provistos de armadura y consiguen que dos de ellos caigan de rodillas. Retraigo el látigo y al hacerlo corto el cañón del rifle, y después le sajo la mitad de la mano al obsidiano cuando intenta alcanzar su filo. Otro hombre recibe un disparo de mi aliada gris. Wulfgar levanta su égida y el escudo de energía nacarada brota de su brazo derecho. Recibe el proyectil que la gris le lanza desde detrás de su línea

y carga contra ella con sus gravibotas. El borde de su égida le derrite el cráneo desnudo a la mujer hasta partírselo en dos. La gris cae muerta. Wulfgar embiste contra la veterana dorada y sus armaduras impactan con un estruendo terrible. Sus rifles se enredan y sus filos destellan.

Recibo el impacto oblicuo de un proyectil de energía en el hombro izquierdo. Los Guardianes intentan seguir manteniendo la distancia para usar sus municiones no letales.

Se me hielan los nervios que van desde el hombro hasta el codo. Rujo de rabia y pateo a uno de los rojos en el pecho con tanta fuerza que lo levanto del suelo. Alguien me golpea el costado con la hombrera de su armadura. Me crujen los dientes. Medio segundo después, disparan una jaula de pájaros. Es el instinto lo que me salva. Veo la mancha en el aire y la corto por la mitad antes de que el proyectil pueda expandirse. Enredo el filo en torno al pie de un obsidiano que echa a volar con sus gravibotas para escapar de mi ataque y conseguir un mejor ángulo de disparo. Dejo que me alcance y luego retraigo el filo y le arranco el pie. Caigo de nuevo entre los hombres de abajo mientras él se precipita dando tumbos de lado, gritando.

Cuando aterrizo, lanzo el filo contra un gris que intenta apuntarme con un rifle a diez metros de distancia. Vuela dando vueltas sobre sí mismo y se le ensarta en el hombro. Le perfora la armadura y sale por el otro lado. Cojo el filo de un rojo caído y me pongo de pie justo cuando otro filo emerge de mi bíceps izquierdo como si mi cuerpo estuviera dando a luz a una espeluznante lengua de metal de un metro de longitud. La mujer obsidiana que lo sujeta trata de empalarme en el suelo, pero me muevo hacia un lado y dejo que la cuchilla atraviese la carne. Después arremeto contra ella e intercambiamos una furia de estocadas, pero no tengo tiempo de rematarla antes de que los tres Guardianes restantes carguen contra mí desde la izquierda. Me vuelvo hacia ellos de tal manera que altero el ángulo para enfrentarme a uno de los

hombres de sus flancos y que su cuerpo bloquee el de los demás. Le doy un manotazo a su hoja para apartarla y le apuñalo el hombro izquierdo, seguido del codo derecho. Ni un golpe mortal. Se le cae el filo.

Doy vueltas y agito el filo en el movimiento del Torbellino de Lorn. Siembro el caos entre los dos últimos Guardianes, y me muevo tan rápido que ellos parecen estar atrapados en el barro. Renuncio a los golpes mortales y corto dos manos, una tras otra, mientras aún sujetan el filo en el puño. Luego disparo la pistola de gravedad a quemarropa contra un gris que acaba de levantarse del suelo. Sale disparado hacia atrás contra un árbol, partiendo ramas a su paso.

Me vuelvo hacia Wulfgar, que está sacando su filo del esternón de la dorada. Yace muerta en el suelo.

—Darrow...

Arremeto contra él con furia. Es un guerrero del hielo. Vendido de niño, luchó en los fosos como gladiador y ascendió gracias a la fuerza de su brazo de la espada. Pelea con un poder salvaje, arrebatador, pero yo soy el último alumno de Arcos. Lo empujo hacia atrás a pesar de que es más alto que yo, nuestras hojas son una lluvia cinética de chispas y metal ávido de sangre. Las reverberaciones me roen las manos. Respiro con calma; mantengo los pies firmes sobre la hierba. Voy a ganar. Veo que está a punto de perder el equilibrio varias veces antes de que ocurra. Dos tajos en las piernas, un pinchazo en la rodilla y luego en la axila; aprovecho la inercia de los bloqueos de su hoja para mover la mía hacia su siguiente ataque. Le corto el bíceps de soslayo. Se retuerce y retrocede, desplaza los hombros demasiado lejos de su centro de gravedad. Lo persigo con la hoja rígida y apuntándole al hombro del brazo de la espada. Entonces se oye un gemido detrás de mí. Un proyectil de energía, del azul frío de un arma de aturdimiento, lo alcanza en

un muslo. La armadura lo absorbe inofensivamente, pero aun así Wulfgar se desplaza hacia lado y se interpone en el camino de mi estocada.

La resistencia se abre paso desde la hoja hasta la empuñadura. Después, la sangre.

Wulfgar retrocede. Tiene las piernas flojas y los ojos confundidos y vacíos mientras se tambalea. La hoja le ha entrado por la boca y le ha salido por la nuca. La sangre le tiñe la barba. Los dientes le castañetean contra el metal.

Cae de rodillas, y allí, muerto, me mira desde la punta de mi hoja.

Obedeciendo un impulso, le saco el filo de la boca. Y entonces todo el peso de lo ocurrido cae sobre mis hombros.

—¡Darrow! —Sevro corre desde la casa hacia mí, con una multipistola en la mano. Horrorizado, contempla el cuerpo de Wulfgar—. Darrow.

Me arrodillo ante el caballero caído. La furia que me atenazaba cuando me hervía la sangre da paso a un dolor aplastante.

«No. No. No. Wulfgar...».

Esto no es lo que quería.

La cabeza de Wulfgar bombea sangre hacia la hierba estival. Sus hombres heridos, los que pueden, se levantan para mirarlo, para mirarme a mí. Me aparto de ellos, no veo furia en sus ojos, sino una confusión absoluta, y traición. Los únicos muertos, aparte de Wulfgar, son la dorada y la gris que han luchado por mí. Retrocedo, tembloroso, cuando me doy cuenta del espanto de lo que he hecho.

—Darrow... —oigo la voz de Mustang detrás de mí. Está de pie, sin armas, en el límite del campo de batalla. Avanza lentamente hacia mí—. ¿Qué has hecho...?

Esta muerte sobrepasará los confines de esta pequeña parcela de tierra y sacudirá los cimientos de la República. Wulfgar llevaba consigo el lustre de la leyenda de Ragnar. Era un héroe. Más que eso. Era un símbolo, y no solo

para el Vox Populi. La gente me odiará. Sobre todo los obsidianos. He cogido a uno de sus hijos predilectos, a uno de sus grandes puentes con la República, y lo he matado sobre la hierba.

¿Qué me pensaba que iba a ocurrir?

Sevro me mira, tiene los ojos rojos.

—Darrow, vendrán más. —Me agarra, no me responden las piernas—. Es hora de irse. Segador. Vamos.

Me vuelvo hacia él y veo el miedo en su mirada.

En medio de los cadáveres, Mustang parece un fantasma de sí misma. Diez años de construcción, y una noche ha dado al traste con todo.

—Lo siento —digo.

Ella me mira, sin encontrar palabras para su horror, y dejo que Sevro me aleje de allí.

Cuando despegamos de la plataforma de aterrizaje, me vuelvo para mirar por la rampa de pasajeros antes de que termine de cerrarse y veo a mi esposa de pie en medio del caos que he dejado atrás, y detrás de ella, a la sombra de un pino, mi hijo me ve abandonar el campo de la muerte.



SEGUNDA PARTE SOMBRA

Un estúpido arranca las hojas.

Un bruto corta el tronco.

Un sabio excava las raíces.

LORN AU ARCOS

22
LISANDRO
Ío

Volamos como un rayo negro, en un crucero estelar adornado con dragones eléctricos, por encima de un yermo pálido compuesto de polvo de silicato y de escarcha de dióxido de azufre. Al otro lado de la ventana empañada, una llanura de azufre amarillo verdoso se extiende hacia el lado oscuro de la luna, interrumpida solo por témpanos de lava, volcanes, columnas de ceniza y montañas. No se alzan formando cadenas que obedecen el humor de la actividad tectónica, sino en arrebatos aislados y violentos que brotan de la corteza lunar, de modo que parecen gigantes leprosos que atraviesan a pie el mar manchado.

Todos los días, 3600 rem de radiación —suficiente para marchitar el ADN de un hombre en cuestión de horas— bombardean la luna que una vez fue uno de los objetos más secos del Sistema Solar. Pero ahora, seiscientos años después de que se excavara el primer hielo de Europa y se transportara a Ío, esta última se ha convertido en el granero del Ilium, como a los Señores de las Lunas de Júpiter les gusta llamar a su grupo de lunas.

A pesar del miedo que me provoca mi encarcelación, no puedo evitar sentirme fascinado por este testamento de la voluntad humana.

Los conquistadores no se dejaron intimidar por el temperamento de Ío. Fueron tan sabios que no intentaron cambiar su rostro, sino que crearon audaces burbujas de vida sobre su superficie. Por la ventanita sucia que hay al otro lado del pasillo de pasajeros, atisbo una hilera de cúpulas agrícolas, muelles y tranvías esqueléticos. Allí, las empresas botánicas donde trabajan

los colores inferiores esclavizados producen comida suficiente para alimentar el Ilium y, junto con Titán, al resto del Confín.

Ío es una contradicción, y, por lo que sé, también lo son sus habitantes. Es algo que debo tener en cuenta si quiero encontrar algún medio de escape para mis amigos.

La nave da una sacudida por culpa de una turbulencia repentina. El vaso de plástico que me he llevado al borde del bozal metálico que me han puesto en la cabeza se me resbala de las manos. Cae al suelo y el agua se derrama por la cubierta. El guardia mira con sus ojos lánguidos de topo el líquido que corre por los tablones del suelo. Lo asquean el desperdicio y los ruidos que emito al lamer la malla del bozal, desesperado por llevarme cualquier gota de humedad a la boca hinchada. Camina, los imanes de las botas le fijan las piernas larguiruchas a la cubierta a pesar de las turbulencias de la entrada atmosférica.

—¿Puedes...? —La garganta seca se me contrae alrededor de las palabras—. ¿Puedes darme otro vaso? —pregunto con voz áspera y la mirada clavada en las botas del hombre, tratando en vano de impedir que la desesperación me permee la voz.

Este guardia se llama Bollov. Tiene un carácter inflexible, y le tiembla la mano derecha. Le gustan el poder y darles lecciones a los florecillas mimados del Núcleo como Casio y yo. Ojalá supiera por qué; tal vez así lograra desarmarlo. Mi abuela me dijo una vez: «Una herida nueva puede llevarse un cuerpo. Abrir una vieja puede cobrarse un alma».

Observo los pequeños intercambios entre los guardias, las charlas ociosas en los pasillos o durante los cambios de guardia, pero estos habitantes del Confín no muestran sus emociones. Me resultaría más fácil adivinar los pensamientos de un lagarto que los de Bollov. Me palpita la cabeza a causa de la jaqueca por deshidratación que soporto desde hace treinta y cuatro días.

Durante este tiempo, mi sueño ha sido inquieto, plagado de visiones de la tripulación que abandoné.

La privación de agua es una tortura civilizada, y sé que, en el fondo, Pandora anhela algo más bárbaro. Parece que solo la protección de Diomedes nos ha evitado ese camino. ¿Podría tratarse de un posible aliado? Pandora, desde luego, no lo es. Es una salvaje. Dos días después de mi captura, la anciana visitó mi celda. Durante una hora, permaneció sentada en el suelo con las piernas cruzadas y mirándome sin decir nada hasta que me preguntó si Serafina había subido al Arquímedes con un cubo de datos. Le dije que no sabía nada de ese cubo. Se marchó sin volver a hablar y no he sido capaz de averiguar qué podría contener ese cubo de datos.

Desde ese día, me han dado solo el agua necesaria para sobrevivir, ni una gota más. Me duelen los músculos como si los hubiera sometido a una gravedad muy pesada. Tengo las encías hinchadas, la boca como de tiza. Pandora viene todos los días, me observa como una lechuza vieja y malvada, y vuelve a formularme la misma pregunta. Le daría el maldito cubo de datos si lo hubiera visto. No es de la incumbencia de Castor au Jano, el personaje que apoyan los registros de nuestro barco. Casio es Regulus au Jano. Somos unos comerciantes marcianos de Nueva Tebas que estaban en el Confín para llevar agua de contrabando a los mineros.

El hecho de que conserve la piel debe de significar que todavía no han encontrado nuestra caja fuerte.

—Por favor —le imploro a Bollov—. Solo un vaso más.

—Ese era tu vaso, *gahja*. —Es la palabra con la que designan a los forasteros. Deriva del japonés original, que era la lengua materna de los Raa antes de la llegada de una cepa de dorados sudafricanos—. No hay desperdicio, no hay necesidad —prosigue Bollov.

A mi lado, Casio permanece encorvado en su asiento, con los brazos

sellados por las esposas de metal y enganchados al pecho. Tiene la movilidad justa para llevarse el vaso al bozal de malla de acero que le han fijado a la cabeza. Compartiría el suyo conmigo, pero ya se lo ha bebido. Una cadena fina conecta la mandíbula de su bozal con un cinturón que le rodea la cintura, motivo por el que se mantiene gacho, en una súplica permanente, incluso cuando camina. Juntos, ataviados con estos uniformes de prisionero color tostado, parecemos un par de homínidos preneandertales. Pero mi amigo está vivo, y eso es lo único que importa.

Es la primera vez que lo veo en todo el trayecto de un mes de duración que hay desde el cinturón de asteroides hasta Ío. Según la órbita actual de Júpiter, estas nuevas naves que tienen son más rápidas de lo que deberían serlo conforme a derecho. Ansío ver sus diseños, sus nuevos motores, pero mi mundo ha sido un cubículo de acero de tres por tres por tres metros. Casi se me saltan las lágrimas cuando vi a Casio arrastrar los pies hacia mí por el pasillo antes de embarcar en esta lanzadera, aún con la cara tan fea y bulbosa como el día en que escapamos de los ascomanni.

A pesar de la alegría de nuestro encuentro, una sombra se cierne sobre nosotros. No sabemos si Pita está viva. Si así es como tratan a los dorados, se me parte el corazón solo de pensar en la miseria en que se habrá convertido su vida. No he dejado de pensar en cómo podría haber evitado todo esto. En cómo podría haberlo hecho mejor. ¿Qué acción reajustaría? ¿Qué movimiento distinto llevaría a cabo?

—Dale otro vaso —le dice una voz a Bollov detrás de mí.

Diomedes au Raa atraviesa la sección de prisioneros al subir de la bodega de almacenaje de la nave de desembarco. Lleva el pelo suelto, y le cae sobre los hombros de un escorotraje gris, un traje con capucha, hecho de polímeros y ajustado al cuerpo, equipado con protección contra la radiación

electromagnética y bolsillos de recuperación de agua. La capa de tormenta cae a su espalda y parece cobrar vida con las mutaciones en el color.

—Si le tienes tanto miedo a Pandora, déjala ahí y márchate.

Y eso es, precisamente, lo que hace el guardia, que deja la jarra de plástico encima de un asiento vacío. Estoy a punto de lanzarme de costado para hacerme con toda ella, pero, con la esperanza de recordarle que somos de la misma raza, espero pacientemente a que Diomedes abra la jarra y me sirva otra ración. Me da solo un vaso para sustituir al anterior. Aquí hay poca piedad, pero, aun entre los guardias, desde nuestro encarcelamiento ha habido menos crueldad insensible que en el Interior.

—Gracias —consigo decir.

El agua tibia confiere nueva vida a mi garganta.

Él me mira sin sonreír y después se aleja hacia la cabina principal.

—¿Qué hacía ella en el Golfo? —pregunto.

Se detiene y pienso que ojalá hubiera leído su perfil psicológico en la base de datos SIB de Moira cuando era más pequeño. Recuerdo que era el heredero secundario de su hermano mayor, Eneas, que murió en la Batalla de Ilium. Al parecer, da la talla como heredero. No es una tarea fácil. Lo sé muy bien.

—Cállate, Castor —me susurra Casio—. Acepta tu regalo y calla.

No me callo. Quiera Casio admitirlo o no, estas personas son de los nuestros. Y si no meto baza, las únicas oportunidades serán las que ellos decidan darnos. Eso es inaceptable.

—Estaba en el Golfo por alguna razón —le digo a Diomedes—. Y sin el permiso de vuestro padre, parece ser. —Diomedes se da la vuelta, me estudia con la mirada de un maestro de espada: primero los ojos, luego las manos y después las cicatrices—. ¿Sabes por qué? ¿O es que es jurisdicción de la Krypteia? —Su silencio habla por él. Ahí está. Una grieta en su estoicismo

emocional. Apelo a lo que parece ser su sentido más fuerte, el del honor del soldado—: Si de verdad nos estás agradecido por haber salvado a Serafina, sálvanos a nosotros. No dejes que llegemos a Ío. Somos unos simples comerciantes. Pensamos que ibais a rescatarnos. Solo hemos visto un hangar, celdas y este barco. Si vemos algo más allá de esta nave, ambos sabemos que nunca nos iremos. Dejad que mi hermano y nuestro piloto vuelvan por donde vinimos. Acompañadnos a la frontera de vuestro espacio y dejadnos marchar. Es lo honorable. Vida por vida.

—Mi hermano es un crío. —Casio se postra ante el caballero—. Perdona sus palabras. No sabe estarse callado. No creció entre los suyos.

Diomedes vuelve a acercarse a mí y ladea la cabeza como si yo fuera el más curioso de los bichos.

—No hay ojos como los tuyos más allá del Cinturón. Eres un chico guapo. ¿No es cierto? —No le contesto—. ¿Cuántos años tienes, marciano?

—Veinte.

—Tu hermano tiene razón. Hablas como uno de nuestros hijos. —Con una sencilla demostración de fuerza, agarra la cadena que hay en la parte posterior de mi bozal y tira de ella con tanto ímpetu que me separa los pies del suelo. El cuello se me dobla dolorosamente—. Necesitas una lección. Yo te la daré.

—No... —dice Casio desde detrás de su bozal.

Diomedes aprieta algo en su terminal de datos y el bozal de Casio zumba con una descarga eléctrica. Mi amigo vuelve a caer sobre su asiento dando violentas sacudidas y a mí me arrastran por toda la unidad de encarcelamiento hacia la plataforma de carga tirando de la cadena de mi bozal. Diomedes me empuja hacia el centro de las compuertas del suelo y me obliga a ponerme de rodillas en la intersección desgastada de la X roja que hay pintada sobre ellas. Hace algo a mi espalda. No puedo verlo, pero sí escucho un clic metálico y

siento que los dedos malvados del miedo se deslizan por mi vientre. «Es una prueba. Ralentiza la respiración. No tengas miedo. Colócate a horcajadas sobre el torrente».

Él habla mientras trabaja.

—Recuerdo los enviados que, cuando era niño, solía mandar el Núcleo. Políticos poco de fiar, ataviados con trajes elegantes y con los dedos atiborrados de anillos llamativos. —Miro hacia atrás y lo veo desenrollar un cable que ahora está conectado a la parte posterior de mi arnés—. Lo único que querían ver eran los mares de Europa. Las montañas, las torres y los astilleros de Ganímedes. Sin embargo, siempre tenían que venir a ver a mi abuelo. Tenían que presentar sus respetos a Revus au Raa, porque el poder reside donde reina el honor. Pero, cuando venían a mi casa, captábamos su aire de desprecio. A nuestras espaldas, tildaban a mi familia de salvaje, a salvo bajo nuestros escudos. De paletos. De comepolvos.

Deja caer el cable detrás de él y camina hacia un botón rojo protegido por una caja de plástico que hay en la pared. Tengo que hacer acopio de hasta mi último resquicio de valor para permanecer arrodillado en el centro de las compuertas y no arrastrarme hacia un lugar seguro. Él sonrío ante mi incapacidad para dominar el miedo. Me tiemblan las manos.

—Se sorprendían por la hospitalidad de mi abuelo. Por el respeto que les mostraba. Por la gentileza con que hablaba, aun cuando los Codovan y los Norvo echaban humo por lo de Rea. Confundían la elegancia con debilidad. Abusaban de su bondad. Entonces Fabii aprendió la lección que estoy a punto de enseñarte.

—No tengo máscara de oxígeno —digo.

—No. Es cierto.

Sin más, estampa la mano contra el botón rojo y las compuertas de acero que tengo debajo de las rodillas se retraen y me dejan suspendido en el aire.

Se me sube el estómago a la garganta cuando caigo en picado hacia el exterior del vientre de la nave, pataleando, conteniendo la respiración para no inhalar el aire venenoso. El viento me ruge en los oídos. Entonces, un dolor horrible estalla en mi cintura cuando el cable se tensa y detiene mi caída; se me clava en la piel y tira de mí hacia arriba. La cabeza se me hunde con tanta fuerza en el chaleco de sujeción que siento que el metal me perfora la piel, me mella el hueso de la frente y logra que unas luces intermitentes comiencen a destellar a lo largo y ancho de mi campo de visión. La sangre me resbala hasta los ojos y reboto hacia el vientre de la nave, que avanza a toda velocidad por un cielo manchado de nubes de color amarillo ácido.

Mi cuerpo entra en estado de choque debido a la temperatura. Moriré de calor mucho antes de aspirar en busca de oxígeno. Cierro los ojos cuando miles de agujas de fuego se me clavan en el cerebro. El ruido y la furia me engullen, el dolor estalla cuando mi cuerpo se estrella contra el casco. Y justo cuando se me ha agotado el oxígeno de los pulmones, vuelven a arrastrarme hasta el hangar tirando de la cadena y me lanzan contra el suelo. Trato de recuperar el aliento y tardo un tiempo en abrir los ojos. Me duele el cuerpo y me arde la piel. Diomedes está de pie a mi lado, con los ojos oscuros inmóviles y tranquilos. No hay maldad en ellos, no hay malicia.

—¿Has aprendido la lección, *gahja*? —pregunta.

Es una lección sobre el respeto.

—Mis disculpas —logro decir.

El hombre recibe mis palabras con una mirada satisfecha.

—Perdonado —dice, y me levanta tirando de las ataduras—. Bienvenido a Ío.

23

LIRIA

Paseadora de zorros

—Maldita sea.

Suelto unas cuantas palabrotas y aparto la mano de los rosales. Una gotita de sangre asoma donde se me ha clavado la espina. Me llevo la mano a la boca para limpiarla y después me estiro aún más hacia la espesura de los arbustos. Separo bien los pies para no perder el equilibrio en esta gravedad tan baja mientras recojo la caca de zorro con una pala de jardinería. Mi cuerpo todavía no se ha percatado de lo que pesa aquí. Esta vez sí alcanzo la deposición, levanto un terrón de tierra con ella y, por fin, la meto en el contenedor de plástico azul para recoger muestras que me ha dado el doctor Liago. Sófocles ha estado muy irritable desde que llegamos a la Luna la semana pasada, intentando matar por todos los medios a los preciosos pájaros de pachelbel que abarrotan los árboles de los jardines de la Ciudadela.

Hizo gala de muy buenos modales durante el viaje de regreso desde Marte, cuando Kavax me lo presentó y Bethalia, la vieja y terrorífica general del ejército de sirvientes de los Telemanus, me explicó mis deberes. Sófocles se pasaba la mayor parte del día trotando por la nave con Liam y conmigo, siguiendo diligentemente a Kavax o acurrucado en los aposentos de su amo. Pero ahora, en cuanto capta el más mínimo tufo a esos pájaros rosas, está a punto de sacarme el brazo de la clavícula para ponerse a arañar los troncos de los árboles con las garras.

El doctor Liago, el médico personal de los Telemanus tanto para zorros como para humanos, no es capaz de averiguar qué le pasa al animal. Así que

aquí estoy, recogiendo muestras de excrementos de zorro tres veces al día. Es tedioso, pero, en comparación con el infierno del Campamento 121, no es una mala vida. Me pagan un buen salario, me dan de comer como es debido tres veces al día, me han regalado cuatro uniformes que les sobraban y duermo en una habitación con literas y climatizador. No hay mosquitos y no tengo miedo cuando paseo por los jardines a altas horas de la noche durante el ciclo oscuro. La mayoría de las noches salgo a mirar las estrellas y a ver los barcos que van y vienen de las plataformas de aterrizaje de la Ciudadela de la Luz, en lo alto de la Montaña Palatina, hacia el noroeste. La última vez que recuerdo haberme sentido así de segura estaba acurrucada entre mi madre y mi padre viendo a mi hermano Aengus bailar con las muchachas durante las Laureales mientras Dagan lo fulminaba con la mirada.

Kavax ha sido tan bondadoso con Liam como conmigo. Lo ha matriculado en la escuela de la Ciudadela a la que asisten los hijos del resto de los empleados que viven en sus terrenos. El internado donde duermen está cerca del muro norte, rodeado por un pequeño bosque de cipreses. A pesar de que la escuela se encuentra dentro de las murallas de la Ciudadela, está a veinte kilómetros al norte de la propiedad de los Telemachus, así que solo puedo coger el tranvía para ir a verlo tres veces a la semana. Me acerco por la noche, antes de que acuesten a los niños. Cada vez que tengo que marcharme, mi sobrino se aferra a mí porque no quiere que me vaya. Y a mí se me rompe el corazón. Dice que los demás niños son amables. Pero es uno de los pocos rojos que hay por allí.

—Muy bien, bestezuela, se ha acabado el tiempo. Para adentro —le digo cuando me aparto del arbusto—. ¿Sófocles?

Se ha ido. Busco entre los sicómoros y los arbustos más viejos. Ha vuelto a zafarse de su correa y ha escapado corriendo hacia algún punto cercano al lago Agustín. No hay ni rastro de él.

—Maldita sea.

Si mata más pájaros de pachelbel, me habré metido en un buen lío con Bethalia.

Lo busco mientras recorro el camino de grava que serpentea por los Jardines Escualinos. Se trata de los jardines que se extienden en torno a la base de los montes Escualinos, donde las hermosas fincas de piedra de las antiguas familias doradas se alzan dentro de las murallas de la Ciudadela. Ahora están ocupadas por los colaboradores más poderosos de la soberana, principalmente las Casas de Arcos y Telemanus.

A los pies de las colinas hay pequeños estanques y arroyos que discurren entre tranquilos sotos de rosales. Parece la ilustración de un cuento sobre el Valle. Pero este jardín tiene algunas sombras oscuras y los hombres y las mujeres que caminan por él son destructores de imperios.

El otoño acaba de empezar en Hiperión, y es una estación mucho más agradable que los rigurosos veranos de las llanuras Boecianas. En parte me recuerda a los túneles de Lagalos, por cómo brillaba el rocío en el exterior de las puertas de metal de todo nuestro sector a primera hora de la mañana. «Te encantaría, Tiran. La niebla se adhiere a las paredes y cubre las agujas Palatinas. Igual que en uno de tus libros de cuentos».

No. No vayas por ese camino. No pienses en ellos. Me muerdo el interior de la mejilla hasta que noto el sabor de la sangre para arrancarme de las arenas movedizas de la memoria.

Es por la mañana. El pequeño terminal de datos que llevo en la parte inferior de la muñeca dice que son las 7.32 horas Estándar Terrestre del decimosexto día del brillante mes de octubre. Sesenta grados Fahrenheit y nublado, chubascos vespertinos. El terminal de datos no se parece a nada que tuviera en las minas, y mucho menos aún en el campamento. A veces me tumbo en la cama y, antes de quedarme dormida, me pongo a mirar un

holograma de Marte que gira muy despacio. Me pregunto, con cierto sentimiento de culpa, si debería echarlo de menos. No lo extraño. En todo caso, echo de menos Lagalos.

Mi cuerpo aún no se ha adaptado a la baja gravedad que hay aquí; me siento más atrapada en esta luna que durante el trayecto de tres semanas desde Marte. Lo noté en cuanto salí de la lanzadera que nos bajó desde la órbita y me tropecé al dar el primer paso para descender por la rampa. La gravedad letárgica no concuerda con el ritmo frenético de los barcos que surcan el cielo azul, con el flujo constante de personas importantes que desempeñan tareas importantes. Pero lo peor es el protocolo y las críticas de los demás ayudas de cámara.

Pensé que Kavax se olvidaría de mí en cuanto embarcara en su nave; sin embargo, me ha cogido cariño, a saber por qué demonios. Me hacía desayunar con él todos los días, al principio para enseñarme las complejidades de los requisitos de la dieta y los cuidados de Sófocles. Pero se olvidó de esas lecciones en cuanto me entregó un libro de nanas que Sófocles exige que se le canten antes de acostarse. Tuve que confesar que no sabía leer más de la mitad de las palabras. Se me quedó mirando como si tuviera trece cabezas.

—Eso no puede ser —rugió—. ¡De ningún modo! ¡Las historias son la mayor riqueza de la humanidad! Mi esposa no me perdonaría que te negara la llave de esa riqueza.

Empezó a darme clases en su camarote de lujo después de cada desayuno. Pero las abandonamos después de que Xana irrumpiera en la habitación presa del pánico. Más tarde supe que acababa de enterarse de la degradación del Segador por parte del Senado y de que después él había asesinado al capitán de los Guardianes y había desparecido de la Luna.

Mierdas muy chungas.

Las noticias han convertido la Luna en un manicomio. Las protestas atestaban los bulevares el día de nuestro regreso. Una multitud de cientos de miles de personas que se movían como una marea de hormigas cimmeras reclamaba el arresto del Segador, la destitución de la soberana. Pero una masa de fieles del Segador los recibió con violencia. Los guardias tuvieron que dispersar con rayos de calor y gas a las turbas enfrentadas.

Me alegra saber que no soy la única que ha perdido la fe en la soberana.

—¡Sófocles! —llamo de nuevo mientras sigo un angosto camino de grava que pasa a los pies de otra finca—. Sófocles, ¿dónde estás?

Me siento observada. Está jugando conmigo otra vez. Me agacho y salgo del sendero entre dos sicómoros para peinar la ribera del lago. Un cisne negro mira fijamente hacia la orilla. ¡Ahí! Por detrás del tronco de un árbol sobresale una espesa cola roja que se mece con la brisa.

Avanzo sigilosamente, con cuidado de no partir las ramitas del suelo con mis zapatos nuevos. En silencio, cautelosa. La cola se mueve con entusiasmo. Aparezco por sorpresa al otro lado del árbol y Sófocles se abalanza sobre mí como un torbellino de pelo rojo. Entre risas, dejo que su peso me tire al suelo, donde el animal me lame las orejas hasta que tengo que quitármelo de encima a empujones. Me da golpecitos en un lado del cuello con el hocico frío. Vuelvo a ponerle la correa.

Entonces escucho un extraño crujido entre los árboles. Me dirijo hacia el sonido. En un pequeño claro, encuentro a un guardián gris que parece un bloque de hormigón hablando con un cobre delgado cuyo rostro me resulta familiar. Aunque estoy acucillada a apenas a veinte metros de distancia, no consigo oír lo que dice ninguno de los dos. Es casi magia. El gris le clava un dedo en el pecho al cobre, como si lo estuviera regañando. El cobre aparta la mirada, la desvía hacia mí.

Echo a correr y me interno de nuevo entre los árboles tirando de la correa

de Sófocles. Fuera lo que fuese lo que estaba sucediendo no era asunto mío. Enfilo con Sófocles el camino de vuelta a la finca de los Telemachus. En la puerta lateral, voy a tal velocidad que me choco de frente con alguien y estoy a punto de caerme al suelo. Levanto la vista y me encuentro con unos ojos fríos, entornados. Una mujer con una cara como de corteza de árbol me devuelve la mirada. Es gris y más corpulenta que cualquier hombre de Lagalos. Ya la había visto en otras dos ocasiones, siempre callada y a la sombra de las cosas. Los sirvientes dicen que ahora pertenece a los Aulladores, y antes de eso, a los Hijos de Ares. Se vuelve hacia mí como si pudiera sentir que la observo. Estar tan cerca de una maldita gris me provoca un escalofrío que me recorre la espalda de arriba abajo. Mientras mascullo mis disculpas, me siento como si estuviera de vuelta en la mina. La mujer pasa por mi lado y comienza a bajar la colina.

Con la sensación de que soy el doble de pequeña que antes, tiro de la correa de Sófocles y continúo hacia la finca.

Encuentro a Liago encorvado sobre su escritorio de botánica como una rama de hiedra larga y vieja. Es un anciano amarillo de ¿unos setenta años? La gente envejece más despacio fuera de las minas. Usan cremas para la cara. Inyecciones. Terapia con láser Y eso hace que algunos tengan pinta de estar absolutamente desquiciados. En las minas, la edad se lleva con orgullo. ¿Tienes el pelo blanco? Maldita sea, bien por ti. Debes de correr muy deprisa. Y eso es para estar orgulloso.

Liago parece estar muy de acuerdo con mi gente. Tiene la cara más arrugada que los nudillos de mi padre, toda riscos, hendiduras y pequeños parches de vello facial ralo. Grandes penachos de pelo blanco coronan la parte superior de una cabeza de mandíbulas alargadas. Aprieta la base de una

flor esbelta y de un naranja violento con manos ágiles. No oye el aullido de la tetera que tiene puesta sobre los pequeños fogones eléctricos.

—¿Doctor Liago?

—¡Liria! —Se da la vuelta. Un extraño dispositivo tecnológico que lleva atado a la cabeza con una correa de plástico transparente le cubre el ojo derecho y le amplía la pupila de una forma hilarante—. Por Júpiter, me has dado un susto de muerte entrando a hurtadillas.

—No he entrado a hurtadillas. Estás sordo como una tapia.

—¿Que qué? —No espera a que le responda—. Caminas con demasiada ligereza. —Me mira de arriba abajo—. Pero no seguirá siendo así mucho tiempo. ¡Cada día estás más rolliza! —Su voz adopta un molesto tono conspiratorio—. Hemos encontrado la llave de los armarios, ¿verdad?

—Los sirvientes dicen que estás más loco que una cabra —digo en voz muy baja—. Y que tu cabeza tiene celos de tus orejas porque le han robado todo el pelo.

—¿Que qué?

—Te he preguntado que si quieres que te sirva el té —le contesto con dulzura.

—¿El té? —Abre los ojos como platos—. Sí. Tenía intención de tomarme uno. Me gusta muy caliente, ¡ya lo sabes! Y sírvete otro para ti. Es mi té verde favorito, de Xantha Dorsa. Marciano, como nosotros. Te gusta el té, ¿verdad?

—He tomado té contigo cuatro veces.

—¿En serio? Claro que sí. Era una prueba.

Me mira con astucia, aunque apostaría un buen par de botas a que está pensando en qué mermelada va a untarse en la tostada de media mañana.

—Hoy no puedo —digo—. Bethalia me azotaría. Tengo tareas extra.

—Tonterías. Te tiene explotada. Quédate un rato conmigo. —Me guiña un

ojo—. Bethalia siente debilidad por el viejo Liago. Puedo hacer lo que me venga en gana.

Si acaso, es al revés. Liago adora a la vieja rosa como si fuera un joven perforador enamorado; tanto es así que le envía flores que diseña personalmente para ella. «A ti te habría conquistado, Ava. Flores personalizadas». Le quito la correa a Sófocles para que pueda olfatear el suelo y le sirvo a Liago su taza de té. Veo mi reflejo en la brillante superficie plateada de una de sus máquinas médicas. Es cierto que mis mejillas están un poco más llenas. No me sienta nada mal.

—¿Qué flor es esa? —pregunto señalando la planta sobre la que Liago está inclinado.

Tiene el tallo fino y blanco pálido. Un violeta profundo mancha sus capullos, que tienen forma de bailarines humanos. El anciano baja una mirada de veneración hacia la flor.

—¿Esta? Oh, querida. Esta flor es mi orgullo y alegría. Trece años he tardado en perfeccionar la flexible elegancia de su código genético. Y toda una vida de investigación, motivo por el cual mi invernadero de Cefiria está atestado de distintas versiones infantiles. Es el eco de una mujer que conocí una vez.

Ladeo la cabeza y me acerco a la planta.

—Es preciosa.

—Es venenosa —dice. Sonríe al ver que no me aparto—. La diseñé para captar reverberaciones cinéticas en el aire. Acerca la mano... Tócala con suavidad.

—¿Hasta qué punto es venenosa? ¿Tanto como para hacerme vomitar? ¿O me saldrá una erupción?

—¿Una erupción? ¡Ja! La muerte, eso es lo que busca esta flor. —Ahora sí doy un respingo—. ¿No confías en el viejo Liago?

—Lo justo y necesario.

—¿Que qué?

—Tú primero.

Con un único dedo, roza el tallo con mucho cuidado. La piel pálida y carnosa de la flor se torna de un color índigo y morado oscuro. La planta se arquea en torno a su mano, como si fuera un gato al que le gusta que lo rasquen. Sófocles la observa desde el suelo, con la cabeza ladeada.

—Invita a la dulzura —dice Liago—. Pero si le acercas la mano con brusquedad...

Coge un trozo de pepino sin cortar que le ha sobrado del desayuno y golpea la planta con él. De los pies de los capullos bailarines brotan unas espinas pequeñas y el pepino comienza a marchitarse y ennegrecerse; el olor a podrido invade la habitación. Sófocles se aleja.

—¡Muerte celular! —anuncia Liago.

Me río con ganas.

—Es fantástica. ¿Cómo la has llamado?

—*Nyxacallis*.

Suspiro.

—¿Es latín?

—Significa Lirio de Noche.

Está sumido en sus pensamientos. Le preguntaría quién era la mujer si no reconociera el dolor que refleja su rostro. Tal vez por eso le tenga tanto cariño al viejo loco. Es el único en toda la finca de los Telemachus en cuyos ojos se aprecia el dolor. Los demás están demasiado ocupados con sus juegos.

—Bueno, ¿me has traído otra muestra? —pregunta al cabo de un instante—. Veamos.

Abre el contenedor de plástico y, con aire satisfecho, inspira

profundamente el olor de la caca antes de salir del invernadero hacia una maquinita plateada que tiene en el laboratorio. Sigo sus pasos. Tras insertar una muestra, un montón de números y símbolos se proyectan en el aire desde un pequeño holoprojector incrustado en la máquina.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—¿Eso? —Está confuso—. Claro, gata curiosa. ¿Cómo ibas a saberlo? Son fórmulas químicas. Eso es escatol, ácido sulfhídrico, mercaptano, y eso... Eso es carbono. Está presente en todo ser vivo que es, era y será. En mí. En ti. En el Lirio de Noche. —Ve que capto la idea—. ¿Sabes lo que me gusta de ti, Liria?

Frunzo el ceño, pues sé que me mira con lástima. La misma lástima que transmiten los ojos de los demás sirvientes y que me ha llevado a aislarme. Se compadecen de mis modales, de mi mal corte de pelo y de que mi familia haya sido asesinada. Aquí, rodeada de tanta gente, me siento más sola que nunca. Más intrusa.

—La verdad es que no —murmuro.

—¿Qué es eso de «la verdad es que no»? —repite horrorizado—. ¿Qué manera de pensar en ti es esa?

—Es que nadie ha hablado conmigo como tú, excepto lord Kavax y algunos de los estibadores. Todos los demás me ponen verde a mis espaldas, pero les da demasiado miedo decírmelo a la cara, porque nunca se han metido en una pelea.

Liago chasquea la lengua, convencido de que no es como ellos, pero en cierto modo sí lo es. He visto cómo me mira cuando me voy, cuando entro. Como si estuviera a punto de deshacerme en lágrimas en cualquier momento.

—Esos cachorritos engreídos... —Me señala con un dedo por encima de su taza de té—. Tú eres una verdadera marciana. Yo ya llevo demasiado tiempo en esta luna. Diez años, poco más o menos. Aquí todos son arrogantes. Se

dan muchos aires. Apuesto a que eso es lo que lord Kavax ve en ti. Un soplo de su hogar. Es lo mismo que me ocurre a mí. Así que no te preocupes si a los demás no les caes bien de entrada. Es la inseguridad que les provoca ver que se han convertido en criaturas miserables...

Me pone una mano en el hombro, como si necesitara un consejo paternal.

—Con todo lo que has pasado, ser popular es lo último de lo que debes preocuparte.

Me aparto. Puede meterse el consejo por el tubo de escape de la perforadora. Pero antes de que pueda decírselo, Sófocles sale disparado de debajo de la mesa gruñendo de una manera terrible. Casi me hago pis encima. Se encarama a una de las mesas de Liago, derribando matraces y tubos de ensayo a su paso, haciéndolos añicos contra el suelo, y se lanza hacia una ventana abierta donde se ha posado un pequeño pachelbel. El pájaro suelta una risita nerviosa y vuelve a echar a volar. Sófocles se estampa contra la pared y cae al suelo deslizándose por ella.

—¡Fuera! —grita Liago, que contempla horrorizado sus suministros rotos—. ¡Sácalo de aquí! ¡Y no vuelvas a traerlo hasta que descubra lo que lo tiene trastornado!

Esa misma tarde, dejo a Sófocles con Kavax y voy a buscar más golosinas y champú al enorme almacén que abastece de comida a la mayor parte de la Ciudadela. Me entretengo unos minutos fumando ciscos con los rojos que manejan las carretillas elevadoras y las salas de almacenamiento. Todos son marcianos, ya que las Casas de Telemanus y Augusto solo contratan personal de su planeta. Aducen razones de seguridad. La mayoría de los hombres y mujeres de mayor edad ya estaban con ellos antes del Amanecer.

—¿Han descubierto por casualidad qué le pasa a Sófocles? —pregunta uno de los Rojos—. Tengo entendido que se ha vuelto loco.

—A ti también te pasaría si te clonaran veintitantas veces —comenta una anciana llamada Garla mientras exhala el humo de un cisco.

—¿Clonado? —pregunto.

—Sí —responde Garla—. ¿No te lo habían dicho? Solo ha habido un zorro en toda la historia de la Casa de Telemachus. Sófocles tiene setecientos años. Pero esta es su vigesimoprimer vida. Es como yo. Catorce generaciones al servicio del zorro. —Las piernas arqueadas le cuelgan del borde de una caja de café estampada con sellos de importación de Marte. Se saca una cadena que lleva alrededor del cuello—. Kangax, el padre de nuestro señor, le dio esto a mi padre. —Me lo acerca. Los demás rojos ponen los ojos en blanco. Es un monstruo chapado en oro—. Es una de esas bestias salvajes talladas, un grifo. Kangax puso precio a la cabeza de un grifo salvaje que tenía aterrorizadas a sus tierras cefirias, y mi padre, que no era más que un estibador como yo, se fue a las montañas y lo mató de un disparo de achicharrador de cañón largo.

Estiro la mano para tocar el grifo, pero Garla lo aparta y se lo mete en la camisa.

—¿Así que se llevó la recompensa? —pregunto.

Estoy a gusto con esta gente, con su aspereza y la suciedad que tienen bajo las uñas. Algunos tienen acentos clavados al de Lagalos.

—Sí. Compró su contrato y lo perdió todo en un año.

Otro de los rojos se echa a reír.

—Se le subió a la cabeza y se volvió arrogante. Se olvidó de que era un roñoso.

—Cierra la maldita boca —le espeta Garla—. Y no uses esa palabra delante de mí, ¿entendido? Roñoso. —Escupe—. Es una palabra de esclavos. —Baja la voz y me mira encogiéndose de hombros—. A mi padre le gustaba apostar. Pero Kangax volvió a contratarlo enseguida. Sin rencores. Era un

buen hombre. Y Kavax también lo es. —Los demás asienten—. Aunque solo arrastremos cajas y limpiemos mierda, nuestro trabajo aquí, en el maldito nido de víboras que es esta luna, es protegerlo. El de todos nosotros. Recuérdalo.

24 EFRAÍN

Emporio tecnológico de Kobachi

Volga, Cira y yo bajamos del taxi en la bulliciosa calle Hiperión. El fragmento de cielo matutino que se atisba a través del hueco que queda entre los puentes elevados y los edificios de la ciudad es tan brillante y azul como los vestidos que se ponen las chicas para asistir a las carreras estivales en la Círcada Máxima. Este desvencijado nivel profundo de Hiperión está desnudo bajo el sol. Hay edificios antiguos, carteles enmohecidos, olvidados por el progreso de los niveles superiores. En los escaparates y las paredes de los callejones se ven grafitis de pirámides invertidas en las que se han incrustado bocas que gritan. El Vox Populi parece tener un suministro de pintura inagotable.

Una HP que ocupa todo el lateral de un edificio emite las noticias a todo volumen. Un reportero cobre mortalmente serio habla sobre la búsqueda del Segador después de que asesinara al archiguardián. Lo apuñaló a sangre fría, dicen. No me extrañaría nada, viniendo de ese cabrón. Puede que a mí me guste el alcohol, pero él está ebrio de poder. Los colores están conmocionados, horrorizados de que su gran héroe haya sido capaz de causar una afrenta así a la República. Pero después de ver la caída de un imperio, sé lo suficiente para detectar las grietas en sus cimientos.

Le doy una calada a un cisco. Con los preparativos para el golpe en marcha, nos hemos pasado dieciocho horas al día corriendo de un lado para otro. Las primeras jornadas las dedicamos a la estrategia, pues había que valorar la viabilidad de las tres ubicaciones postuladas para el golpe que nos

había proporcionado el Sindicato. Cuando nos decidimos por una, le dije a Gorgo, nuestro enlace con el Sindicato, que la única manera de que pudiéramos cumplir el encargo era que dispusiéramos de un gravipozo de calidad militar. Mi charla con el obsidiano fue un medio farol para poner a prueba los límites de su influencia, pero la bestia del Sindicato permaneció imperturbable y siguió fumándose el cisco y tomándose su *espresso* en la cafetería de alto postín donde nos habíamos reunido. Dijo que lo consultaría con el duque. Y lo hizo. Nos informó de que tardarían dos semanas. Supongo que venderle tu alma al diablo quiere decir que tienes acceso a los recursos del infierno.

Me arrebujé bien el abrigo de lana para protegerme del frío de principios de otoño y me fijé en que Volga está mirando un rascacielos residencial con una zona de follaje verde en el tejado.

—¿Cómo sería vivir ahí arriba? —pregunta—. Un jardín en lo alto de las nubes.

—Después de esto lo descubrirás —respondo.

Cira resopla.

—No te burles del cuervo. No podríamos comprarnos ese ático ni siquiera entre todos y después de este pedazo de día de paga.

—¿Cuánto crees que cuesta? —pregunta Volga.

Cira se encoge de hombros.

—Cien millones, tal vez más.

Volga niega con la cabeza; la cifra la aturde a un nivel primario.

—Ahí tienes el resultado de tu querido Amanecer —le digo.

Cruzamos la calle después de que un camión de víveres automatizado pase traqueteando ante nosotros. Avanzamos por el hormigón agrietado hasta llegar a una tiendecita situada bajo un llamativo y reluciente holocartel que proclama: EMPORIO TECNOLÓGICO DE KOBACHI. NO LE DAREMOS UN CABLAZO A

SU CARTERA. Debajo de este, parpadea otro cartel: NI ROÑOSOS NI CUERVOS. SIN EXCEPCIÓN.

Volga se detiene delante de la puerta. Cira entra sin pensárselo. Me paro y miro a Volga un momento. No les ha contado mi secreto a los demás. Pero a lo largo de estos últimos días se ha mostrado huraña.

—¿Quieres ver lo que hay adentro? —pregunto.

Mira el letrero y niega con la cabeza.

—No, gracias.

Suspiro.

—¿Qué pasa? Desde que aceptamos este trabajo no paras de lloriquear como un cachorrillo herido.

Su expresión se ablanda y me mira con aire vacilante.

—¿Es que no te preocupa? ¿No te inquieta que esto pueda hacer daño al Amanecer?

—La vida es una montaña, Volga. Cruel, empinada, cubierta de hielo. Intenta moverla, no conseguirás nada. Intenta ayudar a otras personas, te caerás con ellas. Pero si te centras en tus propios pies, puede que llegues hasta arriba y la coronas. —Levanto una mano para posársela sobre el hombro musculoso—. Venga, vamos.

—Os causaré problemas.

A modo de respuesta, me abro el abrigo para que vislumbre la rosa negra que llevo en el bolsillo interior y sonrío.

—Señorita pálida, hoy el problema somos nosotros.

El interior de la tienda es una sombría jungla de artilugios y cachivaches de segunda mano, tan espesa que parecen crecer en la humedad del aire. En medio de los carteles flotantes de color índigo, reliquias extrañas cuelgan de ganchos junto a terminales de datos de imitación e implantes oculares. Más de la mitad de la tienda está dedicada a las biomodificaciones. Dos

adolescentes verdes con gran cantidad de tatuajes y el pelo de punta a lo Estatua de la Libertad rebuscan entre paquetes de plástico que contienen neuroenlaces de oferta. Idiotas. Después de la oscuridad de la Sociedad, esta nueva generación está tan desesperada por conectarse, por saberlo todo de forma instantánea, que se meten toda la holored en la cabeza sin que las consecuencias les importen una mierda. Los adolescentes miran a Volga con nerviosismo cuando entra.

Cira ya ha se ha hecho con un carrito y se ha puesto manos a la obra con la lista de la compra de su terminal de datos. Volga está detrás de mí y mira de un lado a otro con avidez, como un perrito al que le han dado permiso para entrar en una carnicería. Se fija en una estación de holoexperiencias en torno a la que se han arremolinado varios niños.

—Ve, deléitate la vista —le digo.

Ella me devuelve una sonrisa cautelosa, y después, con gran cuidado de no darle un golpe a un estante de implantes metabólicos con los hombros inmensos, se acerca a mirar. Un niño azul está sentado en una silla y tiene varios nodos pegados a la cabeza. Una proyección de lo que está viendo tras los párpados cerrados baila en el aire por encima de él. Sus amigos lo miran emocionados, a la espera de que llegue su turno. Se vuelven para echar un vistazo cuando la sombra de Volga los eclipsa. Uno de los empleados de Kobachi, un verde joven y desgarrado, supervisa la experiencia junto a una bandeja de inhaladores nasales de cafeína. El rojo está pilotando una misión de Colloway xe Char, aquella primera y fantástica misión en la que el apuesto expirata libró personalmente a la Casa de Saud del peso de las diez toneladas de lingotes de oro que estaban trasladando en una caravana desde sus bancos de la Luna a Venus. Ofrecieron una gran recompensa por él después de aquello, y lo hicieron famoso.

El empleado palidece cuando ve a Volga.

—Nada de cuervos —dice señalando el letrero. Ella lo mira avergonzada—. ¿Es que no sabes leer, chica?

—Sí, sé leer —contesta Volga en voz baja.

—Va conmigo —digo.

El verde ni siquiera se vuelve hacia mí.

—Mira, si fuera una roñosa, robaría la mierda. Si fuera marrón, limpiaría la mierda. Pero es obsidiana: rompe la mierda. Yo no pongo las normas, hermano.

—Chaval —digo. Le doy un empujón al empleado. Se da la vuelta hacia mí con los ojos inyectados en sangre. Tiene las pupilas muy dilatadas, debe de haberse metido alguna droga de diseño. El sudor le oscurece las axilas—. Cuida tus malditos modales. —Traga saliva con dificultad al ver la pistola omnívora que cuelga de una funda en el interior de mi chaqueta—. ¿Dónde está Kobachi?

—En la parte de atrás.

—Ve a buscarlo. Dile que soy Efraín.

El verde se limita a seguir mirándome, inmóvil.

—Antes de que me crezca la barba.

—Ponte al día, abuelo. Ya lo he llamado. —Se toca la cicatriz de la sien derecha, por donde entró su neuroenlace. Entorna los ojos con expresión rebelde—. Le he dicho que un hombre de hojalata lo está esperando.

Unos minutos más tarde, veo que Kobachi se asoma por la rendija de la puerta que lleva a la parte trasera de su tienda, donde hace las reparaciones. Se da cuenta de que lo estoy mirando y se esconde antes de reaparecer con gran pompa, con los brazos estirados en señal de bienvenida. Es un hombrecillo que recuerda a un geco mecanizado. Tiene sesenta y muchos años e injertos de sensores y lentes de aumento en los ojos verdes adormilados. Está calvo. Lleva un mono de trabajo remendado y, del cinturón

que le rodea las caderas diminutas, sobresalen multitornillos y otras herramientas. Varios implantes de metal opaco descuellan de la carne pálida que le cubre el cráneo.

—Efraín, mi querido amigo —dice con voz frágil mientras se dirige hacia mí por el pasillo atestado. Todavía no ha visto a Volga, que está detrás de las montañas de equipos de música—. Qué alegría volver a verte. Menudo susto le has dado a Kobachi. —Se acerca un poco más—. Pensé que eras los guardias que regresaban con la crueldad de sus mentes. Unos clientes muy muy desagradables los de tu color. Todo extorsión e intimidación, y exigen descuentos de lo más despiadados. A veces incluso exigen... —Le tiembla la voz—. ¡Reembolsos!

—Reembolsos —digo—. El horror.

—Lo sé. Lo sé. Pero estos son los tiempos que nos ha tocado vivir. No hay protección para los pequeños propietarios. Solo impuestos y extorsión. ¡No puede esperarse otra cosa de líderes que nunca han dirigido un negocio! — Hace un gesto hacia un cartel flotante que dice que no se hacen reembolsos —. Pero ¿es demasiado pedir una policía militar alfabetizada?

—Al menos no se han molestado en exceso por lo de las lentes de imitación que reempaquetaste con el envoltorio de Industrias Sol...

Contiene un grito.

—¡Yo no las reempaqueté! ¡Acusaciones insidiosas! Y eso viniendo de un amigo querido...

—Yo más bien diría prácticas empresariales insidiosas. Esas lentes por las que me desplumaste me arañaron la córnea. Eres tan malo como Roduko.

—¡Roduko! ¿Cómo te atreves? —Se lleva las manos escuálidas a las caderas, pero no se las encuentra debido al bulto del cinturón de herramientas, así que se conforma con cruzarse de brazos—. Kal ag Roduko

es un estafador terrano de tres al cuarto sin un kilobyte de consideración por su clientela. Beneficio. Beneficio. Beneficio. Son todos iguales.

—¿Inmigrantes o plateados?

—¡Ninguna de las dos cosas! ¡Ambas! Les da igual ser una institución en el Bazar. Solo les importa lo que pueden sacarles a sus clientes.

Sonrío, pues el hombrecillo me hace gracia de verdad. Es el estafador más inútil que he conocido en la vida. Pero por algún motivo, de alguna manera, ha sobrevivido en esta esquina durante cuarenta años, como un hongo benévolo resistente a todos los tipos de cambio. Demonios, yo no dejo de venir a pesar de que está garantizado que una cuarta parte de los productos que compro aquí se rompen al cabo de una semana de uso. Pero tal vez se deba a que en Hiperión la tasa de renovación de todo lo demás es frenética. Hay que respetar a un hongo como Kobachi. Sobre todo porque lima los números de serie y borra las firmas digitales. La mejor tecnología fantasma en cincuenta kilómetros a la redonda. Aunque los juguetes se rompan de vez en cuando.

Ahora me sonrío; la suya es una sonrisa dentada, obscenamente falsa, que parece dibujársele en la cara cada vez que huele los créditos de mi bolsillo.

—¿Qué puede hacer hoy Kobachi por ti? ¿Implantes de virilidad? ¿Sensores oculares infrarrojos? ¿Aplicadores de ácido en gravedad cero? ¿O querrás algo más... —ahora sonrío de oreja a oreja— ...caro?

—En realidad, el juguete del día es personalizado.

—¡Cuervo! ¡Cuidado con esas manos! —grita hacia algo que hay detrás de mí.

Me doy la vuelta y veo a Volga paralizada, con el brazo a medio alzar hacia un globo de cristal iridiscente con cables eléctricos flotantes dentro. Avergonzada, se aleja del artículo. Kobachi se vuelve hacia mí con brusquedad, con los párpados apretados de ira.

—Kobachi piensa que no son solo los Guardianes quienes no saben leer. —Señala con la mano otro cartel que tiene una X dibujada sobre un monstruo simiesco que al parecer representa a un obsidiano—. Nada de cuervos. Sin excepciones.

—A Volga le gustan los juguetes —digo—. Volga va a mirar los juguetes. Y tú vas a cuidar tus modales, Kobachi. Por una vez.

—Esta es mi tienda...

—Y estás contento de tenernos aquí —le digo al mismo tiempo que me saco la rosa de hierro del bolsillo de tal manera que solo él pueda verla. Palidece, como si llevara la muerte en el bolsillo de mi abrigo—. ¿No es así?

—Mucho —responde en voz baja, pero la expresión de su cara dice otra cosa.

—Me alegra que nos entendamos. —Vuelvo a guardarme la rosa y le doy una palmada en el hombro—. Y ahora, ese pedido personalizado.

Gruñe y me conduce hacia la parte de atrás de la tienda, que está ocupada por un gran banco de trabajo atiborrado de proyectos a medio terminar.

—Así que este es el aspecto que tiene tu taller —comento.

Me mira de un modo completamente diferente ahora que ha visto la rosa. Sigue con la vista clavada en mi bolsillo.

—No estaba al tanto de...

—Es un acuerdo nuevo. Y no permanente.

—Gris estúpido. Siempre es permanente —dice en voz baja—. Nunca te dejan escapar. Esto no es lo que quieres, amigo mío.

Resto importancia a sus palabras encogiéndome de hombros. No me interesa que sepa cómo me siento. Pero sé que tiene razón. Después de tantos años observando cómo los tentáculos del Sindicato se extienden desde la Ciudad Perdida hacia arriba, hasta Hiperión, y hacia los lados, hasta Endymion y las otras esferas, sé que nunca sueltan la presa de algo valioso.

Después de la Caída, decidieron que querían todo el ecosistema. Eso fue lo que provocó las Guerras Territoriales entre ellos y las viejas bandas. Ahora ya quedan pocas. Incluso el viejo Golgatha cayó sin remedio.

—¿Esto es lo único que tienes? —pregunto a Kobachi—. Gorgo se llevará una decepción.

El nombre inquieta a Kobachi. Las rodillas comienzan a temblarle con tanta fuerza que casi chocan entre sí. Toca un botón que tiene debajo del banco de trabajo. La pared trasera se repliega hacia el techo y deja a la vista una sala secundaria repleta de un tesoro oculto de titanio reluciente, plástico pulido y acero: armas, drones, cortadoras de datos y todo tipo de tecnología militar ilegal. Sonríe con orgullo, a pesar del miedo que el Sindicato le ha metido en el cuerpo. O sea que esto es lo que le paga el alquiler. Me echo a reír.

—Kobachi, viejo perro. No sabía que tenías tantos secretos.

—No hay mejor cumplido que ese. —Comienza a recitar su catálogo de armas como un loro—: Para un trabajo cercano, el R34 Widowmaker con municiones de iones. Si te apetece algo discreto, un Eradicator de muñeca. O...

—Ya tengo un arma —digo.

—¿Una pistola de plasma? —pregunta en tono burlón—. Es un arma torpe. Ruidosa. Indiscriminada. Difícilmente puede considerarse mejor que...

Saco el arma.

—Una omnívora⁵⁴⁰ —susurra—. Cañón de riel semiautomático. De Titan Arms. Alimentado por una célula de iones recargable para guiar el cartucho a lo largo de unos conductores reactivos paralelos patentados. Diámetro interno ajustable, compatible con múltiples calibres, con... —su voz se vuelve susurrante— ...una forja autónoma en el tambor. —Sonríe con aire soñador—. Lo que entra es metal. Lo que sale es la muerte.

—No hace falta que te pongas dramático.

—Solo se hicieron veinte mil. ¿Dónde la has encontrado a este lado del Cinturón?

—Un hombre tiene que tener sus secretos.

—Te la compro. ¿Cuánto?

—No está en venta. Lo que necesito es uno de estos. —Me acerco a un estante de relucientes drones cazadoresasesinos de titanio, equipados con un motor silencioso y un dispensador de neurotoxinas oculto en las placas frontales. Es una máquina asesina—. ¿Cuán pequeño puedes hacerlo?

25

LISANDRO

Señora del Polvo

Nuestra nave de desembarco aterriza en una fortaleza tallada en el corazón de una montaña solitaria. La piedra gris sobresale del yermo helado de Ío como una lápida, mientras que el hangar, hendido en la cima de la montaña, justo por debajo de las garitas, es enorme y está teñido de negro por eras y eras de barcos de paso.

Nos reciben un grupo de legionarios enmascarados y una mujer dorada, alta y madura. La mujer es delgada, poco paciente, tiene la boca apretada y una disposición metódica, graciosa. Lleva el pelo casi rapado, y da la sensación de que se lo haya cortado ella misma. Vela au Raa, hermana de Rómulo y su capitana favorita durante su guerra contra mi abuela. Sus unidades de mecánicos causaron estragos en las lunas más pequeñas y me infundieron bastante respeto por la guerra de guerrillas mientras las observaba desde lejos, en la Luna.

Me duele el punto del cuello donde me inyectaron los medicamentos antirradiación después de mi breve exposición. Las náuseas no cesan. Veo que Vela y Serafina se saludan juntando la frente con frialdad.

Serafina no se parece a la chica que rescaté. La mugre y la sangre han desaparecido, la muchacha ha sido sustituida por una mujer que camina con una tormenta rugiéndole en las venas. Tiene los labios carnosos, la nariz ligeramente ganchuda, los ojos dorados y opacos, somnolientos y grandes, rodeados de pestañas espesas. Lleva el pelo rapado y con muescas en el lado derecho de la cabeza. No es guapa según los estándares de los tribunales de la

Luna. Tiene algo demasiado salvaje. Hay algo fiero bajo los movimientos lacónicos y el rostro sin sonrisa.

Un Pequeño Halcón, en efecto.

Casio me sorprende mirando a Serafina.

—¿Qué te hizo Diomedes? —susurra, aún encorvado a causa de las esposas.

—Educarme.

Esbozo una mueca y le planto cara al horror.

—Te dije que cerraras la boca. —Me mira la cara quemada por el viento—. Dioses, tío. Pareces una langosta.

—Y así me siento: cocido y untado en mantequilla.

Se fija en los dorados que se preparan para conducirnos al interior de la fortaleza.

—Sígueme el juego. Aquí cada palabra cuenta.

Exhalo para intentar librarme de la irritación fraternal que me provocan sus palabras. El sentimiento se aferra a mis entrañas, pero no lo suficiente para convencerme de que Casio se equivoca. Si algo me ha enseñado mi pequeña excursión por el exterior de la nave, es que, por más que yo haya estudiado, él conoce mejor a estas personas.

Los pasillos de la fortaleza son de roca desnuda, como el hangar, y parecen toscamente tallados por Garras Perforadoras. En ellos abundan las marcas errantes. Los glifos de protección acribillan los arcos como si fueran madera devorada por las termitas. El lugar está desierto, salvo por los soldados de Rómulo y las otras dos razas de moradores de la fortaleza: obsidianos descalzos y calvos, con pirámides de hierro estampadas en las sencillas túnicas grises, y varios hierofantes blancos que lucen extrañas pelucas hechas de grueso pelo negro azulado. Es una instalación remota. Una fortaleza abandonada hasta la podredumbre. ¿Por qué estamos aquí y no en Sungrave?

Rómulo está intentando ocultar algo. ¿Se trata tan solo de la indiscreción de su hija? ¿O es esa grabación por la que preguntaba Pandora? ¿Qué creía la anciana que había encontrado Serafina? ¿Qué podría ser tan valioso como para desencadenar todo esto?

No hay muebles en la sala de guerra de la fortaleza. Unas columnas enormes sostienen el irregular techo abovedado y, en el extremo opuesto, nos espera una camarilla de formas oscuras.

El corazón comienza a latirme más rápido cuando nos acercamos a un gran trono de piedra hecho para un hombre más corpulento que un dorado. Escudriño las sombras, pues supongo que el infame guerrero estará apoltronado sobre él. Pero Rómulo au Raa, vigésimo tercer Señor del Polvo, soberano del Dominio del Confín, no está sentado en el trono. Está sentado a sus pies, con las piernas cruzadas sobre un cojín delgado y ataviado únicamente con un escorotraje gris.

Tiene los pómulos altos, y las líneas alargadas de su mandíbula desembocan en unos labios sorprendentemente sensuales y desgarrados por dos cicatrices. Lleva el cabello dorado oscuro y salpicado de gris recogido hacia atrás en un moño sencillo atravesado por un palo de madera negra. Perdió el brazo derecho en la Batalla de Ilium y no lo ha sustituido por otro. El cuello del traje se le abre un poco a consecuencia de la silenciosa tarea que el hombre está llevando a cabo y revela un atisbo de un torso pálido como la luna.

Está reajustando un asta negra desmontada que sostiene sobre el regazo. Es más larga que los filos del Interior y alcanza los dos metros de longitud cuando está activada y rígida, por lo que recuerda a una lanza. Tiene figuras plateadas grabadas en el metal. No es su habitual espada ancestral, la astrofuego. Se perdió en el Triunfo del Segador, cuando robaron el cadáver de su padre, cuyo propietario es ahora un gran misterio.

Me sorprendo admirando su porte.

Su quietud transmite cierta intensidad, como si fuera una piedra fría y solitaria posada en un charco de agua inmóvil. Su ademán y su expresión poseen una humildad que no me esperaba, y de algún modo hace que tenga la impresión de que nos hemos topado con una criatura antigua en su jardín privado, una criatura que ha presenciado la formación de los mundos, la división de los imperios. Me siento tranquilo, pero muy muy pequeño ante el mito que cobra vida. Él también compareció ante el Segador, pero, a diferencia de mí, no entregó su luna. Perdió un brazo y un hijo para protegerla.

Los obsidianos nos obligan a ponernos de rodillas.

Un dorado feo, de unos veinticinco años, con una perilla oscura y tiesa y el pelo casi rapado, emerge de entre las sombras junto a Rómulo y nos mira con unos ojos inteligentes y bizcos. Parece una araña implantada ilegalmente en carne humana, todo articulaciones nudosas y apéndices larguiruchos que le confieren un aspecto codicioso. Tiene la frente y la mandíbula demasiado prominentes, y su piel y su color poseen el tono anémico de un conejo despellejado, excepto en el cuello, donde tiene varias manchitas marrones.

El famoso demonio, Mario au Raa. Lo conocí cuando, siendo rehén, estudió en la Academia de Políticos de la Luna. Lo recuerdo como un niño de trece años, tranquilo, receloso de las fiestas y tan desdeñoso con sus compañeros como ellos se mostraban con él. Agacho la cabeza, pues me preocupa que pueda reconocerme.

Él no lo hace.

Mantiene la mirada posada en mí durante un instante y después la pasea por encima de todos los demás, nos devora con ella mientras ignora a su hermana y hermano e intercambia algunos susurros con Pandora.

Cuando Rómulo vuelve a cerrar la carcasa de su filo, exhala una larga y

sonora ráfaga de aire por la nariz. Mario le toca el hombro.

—Padre, ya han llegado.

—Y han traído *gahja* —dice Rómulo.

Cuando por fin levanta la vista, me sorprende su mirada. Le falta el ojo izquierdo. En su lugar hay un globo liso de mármol azul. Rómulo se pone de pie y saluda a su hijo Diomedes. Este debe doblarse por la cintura para que sus frentes se rocen, como es costumbre.

—Hijo. —Se vuelve hacia Pandora—. Pandora, buen trabajo. Por favor.

La anciana asiente con frialdad y se yergue de su profunda reverencia.

—Es solo mi deber, mi señor.

Rómulo le dedica una sonrisa a su hermana, Vela.

—El Fantasma nunca cambia.

—Yo no sabría qué hacer si lo hiciera.

—Gracias, Pandora. —Rómulo le pone una mano en el hombro—. Desearía poder contarle al Consejo de la Luna lo que has hecho. La mejor sirviente del Confín merece algo más que mi exiguo agradecimiento.

La mujer vuelve a asentir obedientemente. Ante su maestro, el perro de caza desaparece y se convierte en un cachorro. Diomedes y el resto de los presentes comparten la misma adoración. Incluso yo siento que me va permeando poco a poco. Casio es el único que parece inmune. Busca alguna forma de escape con la mirada, y yo debería estar haciendo lo mismo.

Por fin, Rómulo se acerca a Serafina, que se arrodilla y agacha la cabeza afeitada sin levantar la mirada del suelo. Su padre le alza la barbilla y la besa en la frente.

—Serafina. Mi hija ardiente. Cómo te he echado de menos.

—Padre. —Ella lo mira y su rostro feroz refleja el amor más absoluto—. No sabía si volvería a verte.

¿Me han mirado alguna vez con tanto amor? Rómulo apoya la frente en la

de su hija. Al cabo de un momento, se aparta y nos mira.

—Traes *gahja*.

—Son amigos —asegura Serafina—. Sufrí un ataque de ascomanni...

—Ya me lo habían contado —dice Rómulo, que le lanza una mirada breve a Pandora—. Quiero verles las manos.

Con ayuda de los guardias, nos obligan a mostrarle las manos. Baja la mirada hacia nuestras palmas.

—No sois Únicos. Entonces, ¿por qué ambos tenéis los callos que solo una vida dedicada al filo podría provocar?

Diomedes nos fulmina con la mirada, al igual que los demás.

—Me llamo Regulus au Jano. Somos comerciantes de agua. Una vez fui guerrero por necesidad —reconoce Casio—. Nunca me gané la cicatriz; mi familia no estaba lo bastante bien posicionada para lograr que me admitieran en el Instituto. Pero serví a Augusto, como toda nuestra familia. Cuando el Amanecer invadió mi casa, cogí un filo y luché... Hasta que Marte cayó. Entonces huí con mi hermano, Castor.

—O sea que aceptaste el exilio por encima de la muerte —dice Rómulo—. Entiendo.

Vuelve a mirar a su hija. Casio se vuelve hacia mí para asegurarse de que no rompo mi silencio.

—¿Por qué no me dijiste adónde ibas, niña? —pregunta Rómulo a Serafina.

—¿Me habrías dejado ir?

—No. Cuando desapareciste... Pensé que habías muerto. Cuando descubrí que habías ido al Interior...

—¿Preferirías que hubiera muerto?

Las palabras lo hieren.

—No... —Vela y Mario parecen no estar de acuerdo—. Habría movido los

mundos para traerte a casa.

—Pero, en vez de eso, mandaste a tu perro a cazarme —replica Serafina—. Ha matado a Hjornir. A Hjornir, padre. Lo conocías desde que era un crío. Le enseñaste a cazar. Lo único que deseaba en la vida era servir a los dorados, y esa perra le arrancó los dientes.

—Era un esclavo que había desobedecido a su amo —dice Rómulo.

—¿Le ordenaste tú que lo torturara? —Suaviza la voz—. ¿Lo hiciste?

—Fui yo —contesta Mario desde detrás de su padre.

—¿Tú? —sisea Serafina—. Claro que fuiste tú.

—¿Esperas que me arrepienta, hermana? —pregunta con suave malicia—. Me atrevería a decir que el destino de tu mascota debería recaer sobre tu conciencia. ¿Poner el Pax Ilium en peligro por un capricho? ¿Y si el rey Esclavo y su Horda te hubieran apresado? La consecuencia habría sido la guerra.

—Podrías intentar parecer menos satisfecho, hermano —interviene Diomedes.

Percibo la tensión entre ellos, acumulándose para más tarde, y miro a Casio. Tiene la mirada clavada en el filo que Rómulo ha dejado en el cojín.

Serafina escupe a los pies de su hermano. La mayor señal de falta de respeto en un mundo desprovisto de agua natural.

—Lloro por un mundo donde un gusano como tú puede condenar al polvo a un hombre como Hjornir.

Mario no se alza a la altura de su ira, sino que se limita a suspirar.

—¿Acaso he criado un perro? —le pregunta Rómulo.

Serafina se ruboriza.

—No, padre.

—Entonces no actúes como tal. Tu hermano es mi cuestor, y su servicio siempre ha sido fiel. Yo mismo habría interrogado a Hjornir si hubiera estado

allí. —Serafina aparta la mirada de su padre, asqueada—. Conspiró contigo para romper un tratado legal. Era un traidor.

—Entonces yo también lo soy.

—Sí. Lo eres —dice Mario—. En sentido estricto.

—Niño... —Rómulo mira a su hijo hasta que este baja la cabeza en señal de disculpa. Después vuelve a dirigirse a su hija—: Has roto la paz. Una paz que ha protegido nuestras lunas durante diez años. Has ido en contra de tu soberano. Has ido en contra de tu propio padre. ¿Por qué? ¿Qué buscabas?

—La verdad —responde en tono apasionado.

—¿Qué verdad?

—La verdad de lo que les sucedió a nuestros muelles.

Su respuesta capta la atención de Casio, y la mía.

Diomedes parpadea.

—¿Qué misterio hay? Fabii los destruyó para su soberana.

Al contrario que en el caso de la destrucción total de Rea, no puede considerarse mi abuela responsable de la destrucción de los muelles de Ganímedes. Ella no dio esa orden. Las razones de Roque au Fabii para mutilar los mundos lejanos murieron con él. ¿O no? Me inclino hacia delante, interesado.

—O sea, que has vuelto a prestar atención a las fantasías de madre —deduce Mario el larguirucho—. ¿Y has encontrado algo?

—No —responde Serafina, que agacha la cabeza—. Madre se equivocaba.

Capto un ligerísimo movimiento en los labios de Rómulo, tan leve que solo un rosa y un niño criado por mi abuela podrían haberlo notado. Alivio. Interesante. Tenía miedo de que su hija volviera con algo.

—¿Tanto deseabas la guerra? —le pregunta a su hija.

—Quiero justicia —contesta Serafina. Pero ella se ha fijado en otra cosa y

se hace eco de mis pensamientos—. ¿Por qué no me has llevado a Sungrave? ¿Por qué estoy aquí?

—Toda Ío cree que estás en una misión en mi nombre —responde Rómulo—. Eso es lo que les he asegurado. Si el consejo descubriera la verdad, que te has internado en el Golfo *motu proprio*, serías ejecutada por traición. Te he traído aquí para protegerte.

—Entonces, ¿dónde está madre? ¿Por qué no está aquí?

—Creo que ya sabes por qué —dice Rómulo—. Te ha utilizado, niña. Te habría hecho desencadenar la guerra. Pero como le dije, no se puede sacar sangre de una piedra. No hay ningún misterio. Ninguna conspiración. Fabii destruyó nuestros muelles. Cualquier otra explicación es la fantasía de un belicista. —Rómulo se aleja de ella—. Y ahora ¿qué voy a hacer contigo?

—Déjame regresar a Sungrave. Déjame servir al Confín.

Rómulo baja la mirada hacia su hija, pero en realidad está observando el pasado, combado bajo el peso de la edad. Perdió a su hija primogénita en el Triunfo del Segador. A su hijo Eneas en la Batalla de Ilium. «¿Cuánto más puedo perder?», se pregunta. Lo sé porque he visto esa misma mirada en los ojos de Casio. La misma carga sobre su espíritu.

—Ojalá pudiera —contesta.

Les hace un gesto con la cabeza a los obsidianos vestidos con túnicas, que agarran a Serafina desde detrás. Ella forcejea en vano para liberarse de las enormes manos.

—¡Padre!

—Si fuera más fuerte, te llevaría ante el Consejo de la Luna. Pero no tengo ánimo para verte conocer el polvo. Te has arriesgado a iniciar una guerra. Has violado la ley. Ahora este sitio es tu hogar. Se han instalado aposentos para tu comodidad. Pero no hay equipo de comunicaciones. No hay transportes. El puesto de avanzada más cercano está a trescientos kilómetros

de distancia. El Sohái que dejó atrás se quedará aquí para garantizar tu seguridad. Pero no tendrán kryll. Ni escorotajes ni blindaje contra la radiación. Si intentas marcharte a pie, el polvo te devorará en un kilómetro. Este es el destino que te has ganado.

No conozco a esta gente, pero experimento un gran dolor al presenciar el trauma familiar cuando Serafina le ruega a su padre que no lo haga, a su hermano que lo detenga. Pero tienen razón, no le correspondía a ella arriesgarse a desencadenar una guerra.

Diomedes está afligido.

—Es esto o la muerte. Lo siento, Pequeño Halcón. Tiene que ser así.

Sacan a rastras de la habitación a una Serafina maldiciente y con el rostro desencajado por la traición. Casio y yo seguimos de rodillas. Una sensación de malestar me invade todo el cuerpo cuando me doy cuenta de que también nosotros debemos caer en el olvido. Tantas semanas en la celda solo para enfrentarnos al mismo final. Para mí. Para Pita. Para Casio.

—¿Qué hacemos con los *gahja*? —le pregunta Diomedes a su padre.

—Podrían ser espías del rey Esclavo... —murmura Mario—. Interrógalos.

Rómulo camina de un lado a otro por delante de nosotros.

—Le habéis salvado la vida a mi hija. Por eso, yo os otorgo el don de mi agradecimiento y mi hijo os ha concedido el don de la ausencia de tortura. Por las callosidades de vuestras manos, sé que sois hombres de peso, y por eso os he recompensado con la dignidad de mi atención.

—Somos sus invitados —empiezo, dispuesto a embarcarme en un largo discurso acerca del honor y la dignidad.

Pero me interrumpe.

—A los invitados se les invita. No podéis quedaros. No podéis iros. Así que el único derecho que puedo permitir os es el de un final rápido. —Se

vuelve hacia Pandora—. Decapítadlos, meted los cuerpos en su barco y después lanzadlo hacia Júpiter.

—Diomedes —digo con la esperanza de haberlo juzgado bien.

El joven corpulento titubea un instante.

—Le han salvado la vida a Serafina —dice.

—Y para mantenerla con vida no debe haber testigos de su regreso, excepto aquellos en quienes confiamos —responde Rómulo.

Busco algún ardid inteligente, trato con todas mis fuerzas de dar con alguna idea descabellada que pueda salvarnos. Algo digno del mismísimo Segador. Casio se está preparando para abalanzarse no contra Diomedes, sino contra el propio Rómulo, para intentar hacerse con un rehén. Conozco el flujo de pensamiento de mi amigo, y sé que podría ayudarlo utilizando mi cuerpo a modo de escudo contra Diomedes. Lo más probable es que la consecuencia de ese movimiento sea mi muerte. Pero él tendrá una oportunidad. La tensión se le acumula primero en el cuello musculoso y luego en los dedos de los pies cuando encuentra apoyo sobre la piedra. Y justo antes de que Casio se precipite hacia delante, el suelo retumba bajo nuestros pies. Diomedes da un paso atrás.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta—. ¿Actividad volcánica?

—No. —Rómulo pone una mano en el suelo—. Un ataque con misiles.

Vela saca su terminal de datos y formula varias preguntas rápidas.

—Rómulo, tenemos naves entrantes. Nuestra escolta ha caído.

—Imposible —susurra Mario—. Nadie sabe que estamos aquí.

—Es evidente que hay alguien que sí lo sabe —replica Rómulo—.
¿Cuántos barcos?

Vela mira fijamente su terminal de datos. Rómulo se ve obligado a repetirlo:

—¿Cuántos?

—Diez halcones de guerra.

—¿Diez? —repite Diomedes, sobresaltado por la cifra.

—Y más quimeras.

—¿Cómo han podido superar las defensas orbitales? —pregunta Mario.

—No han venido de la órbita —murmura Rómulo.

Todos los dorados se tensan ante lo que implican sus palabras. Vela toma el control.

—Pandora, que tu krypteia los retenga en el hangar.

Pandora saluda y se encamina hacia el pasillo flanqueada por sus hombres. Vela se vuelve hacia el resto de los guardaespaldas.

—Proteged a vuestro soberano.

Pero entonces Rómulo rompe a reír.

—¿Padre? —dice Diomedes, que le lanza una mirada confusa a Mario cuando su padre vuelve a sentarse en el cojín y deja el filo en el suelo—. ¿Qué estás haciendo?

—Esperar...

—¿A qué?

—¿No es obvio? A tu madre.

26
LISANDRO
La ira de la madre

Dido au Raa, esposa de Rómulo au Raa y madre de sus siete hijos, entra en la sala de guerra como si tuviera intención de despedazarla desde dentro. Amenazante, avanza a la cabeza de una columna blindada de Marcados como Únicos ataviados para la guerra: gafas anaranjadas sobre los ojos; las caras envueltas en un ugan. A diferencia de Rómulo y sus hijos, portan armas pesadas y llevan máscaras de batalla y saltibotas. No veo ni un solo obsidiano o gris entre sus filas. Este es un asunto de dorados. Casio y yo nos agazapamos juntos, momentáneamente olvidados. Buscamos alguna forma de salir de la habitación, pero solo hay una puerta.

—Hola, esposa —la saluda Rómulo desde su cojín.

—Marido —dice ella con la voz amortiguada cuando se detiene delante de sus hombres frente a la cuadrilla de Rómulo, menos numerosa.

Dido lleva una capa de color tostado debajo de la que se atisba una ligera armadura karatan de color polvo provista de protección contra la radiación y una capucha. Un kryll le cubre la cara y unas gafas naranjas y reflectantes, los ojos. Alrededor de la cabeza lleva un paño ugan, como si fuera un nómada beduino de la Vieja Tierra. Va armada con un rifle largo y negro que sujeta a la espalda. Cada tres pasos se quita un elemento nuevo, hasta que por fin se libera del ugan, se baja la capucha y una gruesa maraña de cabello oscuro encanecido le cae sobre los hombros y enmarca un rostro masculino, estridente, con dos cordilleras por pómulos. Unos ojos grises y dorados destellan desde detrás de unas gruesas hileras de pestañas oscuras y de unos

párpados pesados y somnolientos como los de su hija. Hay algo oscuro en ella, y posee esa calidez de la piel que ha crecido en los mares de Venus, cerca del seno del sol.

—Me dijiste que te ibas de caza, pero no que tu presa eran *gahja* e hijas errantes.

Dido chasquea la lengua.

—Tal vez deberían ser esposas hipócritas —replica Rómulo.

Escudriña a los soldados que la siguen y se queda mirando fijamente a un joven e imponente dorado que se parece muchísimo al propio Rómulo. El hombre lleva un puño de hierro del tamaño de un pomelo incrustado en el peto de la armadura. Es un detalle que no deja mucho del temperamento del hombre a la imaginación.

—Belerefonte, ¿tú también?

—Ya nos has mantenido a raya demasiado tiempo, tío. —La voz del joven es reptiliana y divertida. Tiene unas cejas gruesas como orugas en lo alto de un rostro dramático y con una nariz ganchuda—. Las deudas deben pagarse.

Rómulo vuelve a mirar a su esposa.

—¿De verdad es aquí adonde que hemos llegado?

—Es adonde nos has traído. Bien, ¿dónde está mi hija?

—En la zona superior. —Suspira Rómulo—. La encontrarás magullada por sus viajes.

Dido asiente y les hace un gesto a tres jóvenes lanceros impacientes, que parten a la carrera. La mujer se vuelve hacia sus dos hijos.

—Hola, niños. Veo que vuestro padre os ha involucrado en sus planes. Mario, ojalá pudiera decir que me sorprende, pero siempre has sido una ofensa general para mí. Si alguna vez hubo un niño que mereciera ser olvidado en el desierto... Pero Diomedes, me decepcionas. Merodear por las

noches ocupándose de misiones perniciosas es el deber de un asesino, de uno de los krypteia de tu padre, no el de un Caballero Olímpico.

—Madre —dice Diomedes, que baja la cabeza y recibe obedientemente el beso que ella le posa en la frente, sin saber qué hacer—. ¿Qué haces aquí?

—Expresar mi oposición.

Diomedes mira a los hombres que hay detrás de ella.

—¿Y estos hombres?

—Garantizar que su oposición sea escuchada —contesta Belerfonte.

—No estaba hablando contigo, primo —le espeta Diomedes, que después da un paso hacia su madre—. Sé que padre y tú habéis tenido vuestras diferencias, pero esto... Esto supera los límites de la decencia. Es imperdonable.

—Hay tantas cosas imperdonables... —Dido se encoge de hombros—. Solo he venido a visitar a mi esposo. Pero ¿por qué tengo la sensación de que lo he pillado con las manos en la jarra de agua? ¿Acaso tiene aquí una amante? ¡Sal, amante! —Frunce el ceño—. ¿No? ¿Nadie? —Mira a su alrededor con un gesto teatral—. ¿Nadie en absoluto?

—¿Has terminado ya? —pregunta Rómulo.

—Oh, Rómulo, apenas he empezado.

Se quita la capa y dobla las piernas para sentarse frente a él. Casio y yo esperamos a la sombra del pilar, vigilando la puerta. Hay demasiados dorados para escapar.

—Aguarda —le susurro—. Deja que lo resuelvan.

Quedarse mirando de brazos cruzados es un sufrimiento enorme para él, pero los nuevos dorados son nuestra única esperanza.

—¿Has disparado contra mi embarcación de escolta ahí fuera? —inquire Rómulo.

Dido se encoge de hombros con ademán inocente.

—Elimino los obstáculos de mi camino.

—¿Y mi krypteia?

—Solucionado.

—Levantas la mano contra tu soberano —sisea Mario—. ¿Es que los dos habéis perdido la cabeza?

—No —contesta Dido con desdén—. No he perdido la cabeza, sapo venenoso y repugnante. Eres tú quien la ha perdido, si es que alguna vez la tuviste.

—Madre... —comienza Diomedes.

Ella levanta un solo dedo.

—Madre está hablando. —Se vuelve para mirar a su marido y el más corpulento de sus hijos baja la cabeza—. ¿Pensabas que podrías mantener algo así en secreto? ¿Ocultármelo a mí? ¿Al consejo? ¿Que encerrarías a mi brillante hija y yo no sospecharía, o algo peor, al respecto?

—¿Es necesario que hagamos esto en público?

—¿Qué tenemos que esconder? —Sonríe—. ¿Sabes siquiera por qué fue al Golfo?

—Porque la enviaste en pos de tus disparates.

La respuesta pilló a Dido desprevenida.

—Lo sabías. Pero ¿no me arrestaste?

—Eres mi esposa —dice él como si eso lo contestara todo.

La miro fijamente, en busca de algún signo de afecto que la traicione. Incluso en la Luna, su amor era algo legendario. Rómulo y Dido, los amantes desventurados que quemaron una ciudad por su amor. Pero los años, al parecer, han atenuado su pasión. Y ahora Dido se aparta de Rómulo y en su rostro se dibuja una expresión de asco.

—Entonces eres un cobarde.

—Quizá. ¿Estás más enfadada porque tengo caras que no puedes ver o

porque he mostrado clemencia hacia ti? —pregunta Rómulo divertido.

—¿Dónde está el hombre con el que me casé? —susurra ella—. ¿El hombre capaz de cargar con el peso de un mundo sobre los hombros? Lo busco, pero lo único que encuentro es esta criatura marchita y acobardada en la que te has convertido. Si fueras un dorado de hierro, me habrías enviado al polvo.

Rómulo suspira, sin inmutarse.

—Con tanta cháchara y fanfarronadas venusinas... Te estás moviendo en un terreno bastante pantanoso, querida. ¿Quieres que crucemos el Rubicón?

Mira a los cincuenta dorados que la han seguido hasta la habitación. Hay más en el pasillo de fuera. Lo observan desde detrás de unas gafas con filtro y reflectantes. La capa les confiere el aspecto de una bandada de murciélagos diabólicos reunidos en las sombras.

—Hijos del Polvo, os presentáis ante vuestro soberano sin ser invitados, cargados con armas y con los ojos tapados como esa inmundicia de la Horda. Soltadlas y arrodillaos.

No lo hacen.

—He dicho que os arrodilléis.

No se mueve ni un solo hombre.

—Muy bien —dice Rómulo—. *Alea iacta est.*

—Eres el soberano, no el rey, mi amor —dice Dido, cuyo humor se ha esfumado—. Lo has olvidado, igual que la vieja zorra de la Luna. —Me hierva la sangre ante la referencia a mi abuela, pese a que sus palabras son bastante ciertas—. Has olvidado que se espera que cumplas la voluntad de los Señores de la Luna desde Ío hasta Titán. Mientras tú estás aquí encerrado, los hombres leales al Confín están tomando el control de Sungrave. Avanzan contra los barcos de tus pretores, los barracones de tus emperadores. Antes del amanecer, los patriotas se habrán hecho con el control de Ío, y yo, como

su Protectora, serviré hasta el momento en que pueda elegirse un nuevo soberano.

Rómulo sonrío con tristeza.

—Puede que te hagas con Ío, pero no podrás conservarla. La gente no olvidará tu derecho de nacimiento. Una *gahja* hasta que te convertí en mi esposa.

—No empieces...

—La sangre de mis antepasados regó esta luna. Sus manos le dieron forma. Ío es nuestra y nosotros somos suyos. Tú no eres una Raa, sea cual sea tu estirpe. Yo soy quien te convierte en una Raa. —Se inclina hacia delante enseñando los dientes—. Ganímedes, Calisto y Europa caerán sobre ti, y después los Norvo y el resto de las familias vendrán y habrás agotado tu vida y la mía por nada.

—Tal vez.

—Serafina no ha traído nada.

—¿Ah, no? —Se levanta para mirarlo desde arriba. Una docena de sus hombres se adelantan—. Rómulo au Raa, estás arrestado. —Espero que pronuncie la palabra «traición», como Rómulo, pero no lo hace—. Belerefonte, aprésalo.

Flanqueado por sus hombres, Belerefonte da un paso al frente. Diomedes desenfunda a toda prisa el asta que lleva en la cintura y la convierte en una lanza de dos metros de largo. Apunta a su primo con el arma larga y negra.

—Aevio, Belerefonte, por mucho que os quiera, dad un paso más y seréis alimento para los gusanos.

—Venga, primo. No seas truculento —dice Belerefonte.

Pero Diomedes no se amilana.

—Hijo... —dice Dido—. Tu deber es para con el Pacto. Tu padre lo ha violado...

—¿Protegiendo a Serafina?

—Por otros pecados.

—¿Tienes pruebas?

—Dentro de poco.

—No me basta.

Diomedes no se mueve.

Su madre suspira.

—Desarmad a Diomedes. Matad a cualquiera que no sea de la sangre del dragón.

Los hombres de Dido dudan y miran a Belerefonte en busca de confirmación. Él los invita a avanzar con un gesto de la cabeza y los dorados comienzan a moverse como uno hacia Rómulo y sus defensores, con los largos filos sujetos con las dos manos por encima de la cabeza. Diomedes se lleva el filo rígido a los labios, cierra los ojos y besa el metal. Entonces abre los ojos y el espíritu que asoma tras ellos no muestra ninguna bondad.

Cuando Diomedes se mueve, comienzan a morir.

Se desliza en diagonal ante la vanguardia de los hombres de su madre, con tal dominio de su cuerpo que parece que sea de una especie totalmente distinta. Un ser hecho de viento e ira. Esquiva dos de sus ataques y le corta la cabeza al que ha llamado Aevio; intercambia dos bloqueos con una mujer rechoncha antes de sacarse del cinturón un segundo filo más corto, llamado kitari, y ensartárselo en el estómago. Lo desplaza hacia un lado y le parte la caja torácica por la mitad. El cuerpo de Aevio se desploma contra la piedra del suelo y la mujer se queda ahí, de pie, tratando de meterse de nuevo el intestino y el mesenterio en el abdomen antes de caer de rodillas, gritando entre los borbotones de sangre de su boca. Belerefonte y Diomedes chocan al final del ataque del primero de ellos. Contemplo la escena asombrado y miro a Casio. Pensaba que él era el mejor espadachín dorado que quedaba. A

juzgar por la expresión de su rostro, ahora sé que esa suposición era compartida y que se nos ha derrumbado a los dos en el momento en que Diomedes ha empezado a moverse.

Los largos filos de Diomedes y Belerfonte echan chispas antes de separarse; ambos son mucho más hábiles que los hombres que los rodean. Los demás dorados cercan a Diomedes y están a punto de echársele encima desde los flancos cuando su hermano Mario embiste con torpeza y le clava la hoja en la cuenca de un ojo a un Único larguirucho. Belerfonte le asesta un tajo en un lado de la cabeza. Mario retrocede, como un niño golpeado por su padre, y pierde la oreja derecha y, casi, el ojo derecho. La carne se abre con un aleteo. Belerfonte mata a dos de los guardaespaldas y Diomedes se cobra una víctima más de la partida de su madre. Vela está a punto de lanzarse a la refriega cuando los demás hombres de Dido empuñan los rifles para disparar contra los Raa desarmados.

—¡Quietos! —grita Dido, que impide que Belerfonte y Diomedes se destruyan el uno al otro.

Belerfonte vuelve a su lado mirando a su primo con recelo.

—A mi padre no lo toca ni una sola mano —gruñe Diomedes cuando lo rodean más Únicos.

No aparta la vista de Belerfonte, el más peligroso de los traidores. Mario y Vela se recolocan para adoptar la formación de combate de la hidra, con las espaldas pegadas. La sangre cae como una cascada por el cuello de Mario. Resulta evidente que no es un guerrero, y tiene un aspecto ridículo entre los asesinos espigados, como una figurita de cristal demasiado grande que intenta bailar con peñascos gigantes. A pesar de su roce anterior, Diomedes se posiciona para proteger a su hermano menor.

Apunta a su madre con el filo cubierto de sangre.

—¿Matarías a tu propia madre? —pregunta Dido, que camina entre sus

hombres hasta que la punta del arma de Diomedes le roza el pecho derecho. Se reclina contra ella. La sangre brota a través de su armadura tostada—. A mí, que te llevé en el vientre. A mí, que te alimenté de mi carne, de mi leche. —Continúa presionando, centímetro a centímetro, permitiendo que la cuchilla penetre en su cuerpo—. A mí, que te empujé a este mundo.

—Basta —dice Rómulo con frialdad—. Malgastas nuestra sangre. Deja que se me lleven. No tengo nada que esconder.

Diomedes no baja la espada hasta que Rómulo le pone una mano en el hombro. Siguiendo las órdenes de su hermano, Vela deja caer al suelo su arma. Cuando el resto de los hombres de Rómulo están también desarmados, Dido avanza con cautela y ata a Rómulo y sus seguidores.

Todo termina tan rápido como comenzó. Si esto fuera un golpe de Estado en el Núcleo, a Rómulo y a los demás nos habrían masacrado desde la puerta. Rápido y limpio, con la culpa depositada sobre quienes más conveniente resultara. Así lidiaba mi abuela con sus rivales. Así me dijo que debía lidiar con los míos.

Serafina entra con los hombres de su madre cuando ya se llevan a su padre escoltado. Lo sigue con una mirada de profunda tristeza. Dido se agacha junto a los dorados muertos y unta un dedo en la sangre de cada uno de ellos. A continuación, la extiende sobre su cicatriz de Marcada como Única, un signo de respeto típico del Confín.

—Encárgate de que sean enviados al polvo con todos los honores —le dice a su lancero.

—Serafina —dice Dido. Las mujeres se abrazan—. Dime que lo has encontrado.

—Lo tengo. Me dijiste que nadie saldría herido.

—Diomedes.

Su madre se encoge de hombros como si eso lo explicara todo.

Me pongo de pie detrás del pilar. Casio me imita, vacilante.

—¿Lo intentamos de nuevo? —pregunto.

Él se estremece.

—Déjame adivinar. Quieres hablar. Adelante. Utiliza ese piquito de oro.

—Será un placer.

Salimos juntos de nuestro escondite. Las mujeres se vuelven para mirarnos. Sus hombres se precipitan hacia nosotros con sus filos. Vuelven a hacernos caer de rodillas.

—Ya pillamos la condenada intención —murmura Casio cuando uno lo agarra del pelo.

—Los infames *gahja* —dice Dido con una sonrisa—. Escondidos como ratones.

Miro a Serafina.

—Nunca hemos tenido la oportunidad de presentarnos como es debido. Soy Castor au Jano. Este es mi hermano, Regulus. Encantado de conocerte al fin. Ahora, teniendo en cuenta que te salvé de convertirte en un banquete obsidiano de tres platos, ¿sería demasiado grosero pedir un baño?

—Me salvaron la vida —señala Serafina divertida.

—¿Te salvaron la vida? —Dido está molesta—. No te envié porque seas una mujer que necesite que la salven. Pero aun así... Buenos hombres, no creo que mi marido os haya mostrado la hospitalidad que merecéis. Los varones del Confín pueden ser muy descorteses. Os ruego que lo disculpéis y me permitáis enmendar su descuido.

Hace que sus hombres nos quiten los bozales, abre un paquete de obleas que lleva en un bolsillo de la armadura y parte una por la mitad para dárnosla. Nos mete los trozos en la boca, pero estamos demasiado deshidratados para tragarlos hasta que sus hombres nos acercan unas cantimploras a los labios agrietados.

—Ahora sois mis invitados. Y los invitados no deben arrodillarse.

27
DARROW
Fondoprisión

Volamos bajo y rápido sobre el mar embravecido. Una tormenta se ha alzado sobre el Atlántico y levanta olas como montañas con cimas de espuma. Aullando de alegría por el intercomunicador, Sevro conduce a su escuadrón a través de un muro de agua. Parecen leones marinos, con las pieles de escarabajo aceitosas y relucientes de humedad, mientras serpentean por encima y a través del caos. Las luces rojas de señalización de sus gravibotas parpadean desde la zona del talón.

Me sumerjo en una ola, con Thraxa au Telemanus a mi derecha, y vuelvo a ascender a toda velocidad hacia el cielo oscuro.

Es liberador volver a ser un proscrito. Octavia tenía razón. La legitimidad y el reinado conllevan cargas pesadas. Pero también las ha conllevado mi emancipación. Con la muerte de Wulfgar, he provocado un incendio a lo largo y ancho de la República que ha vuelto a la opinión pública en contra de la guerra y de mi esposa. Incluso el incorruptible Caraval clama por mi arresto. Hemos pasado el último mes escondidos en una base militar abandonada en Groenlandia, preparándonos para esta misión. Desde mi minúsculo catre de los fríos barracones, he visto a Mustang dar discursos en el Senado y esquivar los requerimientos de destitución. Si no fuera porque fue ella quien convocó personalmente a Wulfgar y a los caballeros para que acudieran a su finca, ya habría perdido el cargo. De alguna manera, ha conseguido aferrarse a él.

En la luz pálida de la vieja holopantalla, tiene un aspecto puro, muy por

encima del tizne con que la muerte de Wulfgar ha cubierto mi alma. No puedo evitar sentir que también la he mancillado a ella con la sangre de un buen hombre. Proyecto un aire de confianza jocosa ante mis hombres. Muchos de ellos conocían a Wulfgar. Pero por la noche, cuando los vientos llegan desde el mar para aullar contra el búnker de hormigón, me atormentan los demonios que el mundo me ha otorgado. Aunque menos que los que yo mismo me he buscado. Solo consigo conciliar el sueño con el rumor de la voz de Virginia.

Dicen que, por naturaleza, las Repúblicas están ansiosas por devorar a sus héroes. Siempre pensé que mi República era la excepción. Ahora, los expertos cobres y rojos de las holonoticias, esos que hace tiempo se oponían a que el archiguardían fuera obsidiano, han convertido a Wulfgar en un mártir. Reclaman mi captura y me declaran una amenaza contra la paz. Un belicista. Antes útil, ahora un lastre. Me duele, pero no tanto como a Sevro. Se culpa de la muerte de Wulfgar y se ha encerrado en sí mismo, cada vez se muestra más huraño en ausencia de su familia. Teme, imagino, que sus hijas crean a los que dicen que nos equivocamos.

Puede que nunca volvamos a ser bienvenidos.

No hay nada peor para un soldado que imaginar que no tendrá un hogar al que regresar una vez que la violencia termine, que no habrá manera de que nos convirtamos en los hombres que queremos ser. En lugar de eso, seguimos atrapados en estos disfraces violentos, disfraces que solo hemos tenido el valor de ponernos debido a lo mucho que amamos nuestro hogar. ¿Nunca seremos más que esto? ¿Es esto en lo que he obligado a Sevro a convertirse para siempre?

La Inteligencia de la República nos busca. Conozco a muchos de esos hombres y mujeres. No son tontos. Pero peinan el espacio profundo en busca de las señales de mi paso a Marte o Mercurio, ya que creen que me retiraría a

mi planeta natal o con las legiones, donde mi pueblo o el ejército se solidarizarían conmigo. Siguen sin entenderme. Lo único que yace en los túneles de Marte o sobre la superficie del planeta desierto es la posibilidad de una guerra civil. Si quisiera consolidar el poder, haría que Marte o las legiones eligieran un bando. Desgarraría nuestra incipiente República en dos. Justo lo que creo que pretendía el Señor de la Ceniza. No. La clave para hacernos con Venus y para terminar esta guerra no reside en mi ejército. Reside bajo las olas de la Tierra.

Nuestra presa, un solitario arrastrero de aguas profundas, brilla en el horizonte.

A merced del oleaje, cabalga una ola gigante y luego desaparece detrás de la cordillera de agua espumosa. Durante un instante, creo que ha volcado. Me elevo sobre el agua y gano altura hasta que lo veo descendiendo por la ladera. Mide cien metros de la proa a la popa, y al acercarme a él veo que hace tiempo que su pintura roja ha cedido el paso al óxido y a la carcoma del mar. En la parte posterior del barco, unos enormes contenedores de plástico amarillo, destinados a guardar cangrejos, se sacuden nerviosamente contra sus ligaduras. Varios hombres con impermeables amarillos trabajan a la desesperada para añadir más amarres que sujeten los contenedores flojos. Otra ola alcanza el barco, que se balancea con fuerza hacia babor y arroja al mar a uno de los hombres, cuyo cable de seguridad se parte.

—¡Mío! —exclama Sevro.

Se produce un coro de desafíos y arranca el juego. El escuadrón de Sevro sale disparado hacia delante, algunos se sumergen bajo el agua, otros se arquean hacia arriba para recuperar al marinero. Alexandar au Arcos se aparta de la manada y vuela pegado a la superficie del agua y, después, temerariamente cerca del casco del arrastrero antes de zambullirse en el agua justo antes de que lo haga Sevro. Un momento después, Alexandar resurge en

el lado opuesto, dando vueltas en el aire como un delfín emergente, arrastrando al marinero por la cuerda de seguridad rota. Lo deposita con brusquedad sobre la cubierta y aterriza de forma espectacular sobre una rodilla, acompañado por un coro de abucheos a través del intercomunicador.

—*Una genética superior para la victoria* —se pavonea—. *No os avergoncéis, amigos geriátricos.*

—*Cierra el pico, florecilla* —murmura Sevro, vencido.

Sevro y el resto de su escuadrón emergen del agua alrededor del barco y aterrizan junto a Alexandar entre los aterrorizados cangrejeros. La mayoría de ellos son rojos, aunque también hay unos cuantos obsidianos y marrones que se han hecho a la mar para ganarse la vida. Reduzco la velocidad y desciendo con menor dramatismo para aterrizar cerca de la cabina del piloto. El capitán, un marrón barbudo con una barriga de tamaño continental, me mira desde la escotilla abierta. Las botas magnéticas lo estabilizan frente al balanceo de la nave.

—Plebeyo, ¿eres el capitán de este barco? —pregunto sin quitarme el casco y con el acento venusino más altivo que soy capaz de imitar.

Se limita a seguir mirándome con fijeza, sin apartar la vista de la pirámide gris mate de la Sociedad que llevo en el peto de la armadura o del rostro demoníaco de la máscara de escarabajo. Soy un mundo que él creía desaparecido para siempre y que ha regresado de repente.

—Arrodíllate —gruño.

El hombre hinca una rodilla. Aterrizan más Aulladores —solo los más altos de nuestras filas para fomentar el engaño—, hasta que somos doce los ataviados con el uniforme militar de un escuadrón de comando de la Sociedad. No nos quitamos los cascos ni las máscaras que toca lucir hoy.

Me daba miedo que la tripulación opusiera resistencia, así que me alivia ver solo terror. Todos caen de rodillas, con la mirada gacha por miedo al

regreso de sus antiguos señores. Solo dos de los obsidianos de la tripulación continúan mirándonos con odio desde debajo de sus capuchas impermeables.

—Solo somos cangrejeros —masculla el capitán mientras intenta encontrarle sentido a esta nueva realidad—. No hay nada militar a bordo...

—Silencio, perro. Te dirigirás a mí como *dominus*. Este barco es propiedad del Señor de la Ceniza, como tú. Te ruego, capitán, que reúnas a todos tus hombres en la bodega de carga. Así ninguno de vosotros será liquidado. —Miro a los obsidianos de la tripulación—. Cualquier amago contra la vida de mis hombres tendrá como consecuencia la destrucción de la tripulación en su totalidad. El desafío es la muerte. ¿Entendido?

—¿Sí?

—Sí, ¿qué? —gruñe Thraxa.

—Sí... *dominus*.

Siento que un pozo oscuro se abre en mis entrañas y les hago un gesto a mis hombres para que se hagan con el control del barco.

Requisamos el arrastrero y desactivamos sus comunicaciones por radio y satélite. Encerramos a los pescadores en la bodega de carga con jarras de agua. Guijarro suelda las puertas por si acaso les da un arrebató de patriotismo. El resto de nuestros componentes no tardan en llegar en el pelícano de Collway. Planea sobre el agua por el lado de babor del cangrejero y deja caer el sumergible que nos llevamos de nuestro alijo de armas en los muelles orbitales de la Luna. El sumergible aterriza con estruendo y entonces el pelícano se posa sobre la cubierta desnuda del cangrejero. Algunos de los Aulladores de colores inferiores —Bígaro, Min-Min y Rhonna— desembarcan con su equipo. El resto del personal de apoyo, incluido mi hermano Kieran, está en la isla Baffin, esperando con nuestra embarcación de escape.

Bígaro, un verde nihilista de ojos somnolientos, es nuestro jefe de

ciberoperaciones. Su cara es un alfiletero de piercings y tatuajes digitales a la moda. Es particularmente aficionado a los monstruos, así que en el cuello luce un dragón azul cuya lengua le serpentea barbilla arriba. Su pelo es de color verde ácido y desafía la gravedad.

—Joder. Ya estoy mareado, maldita sea —protesta mientras saca su equipo—. No voy a ser capaz de trabajar en esta puta trampa de tétanos flotante.

—¿Un paseo complicado, Bígaro?

—Char vuela como un loco. —Husmea el aire—. Uf. Huele a ojete después de un estofado venusino. Thraxa, muñeca, ¿me sacas de esta cubierta y me llevas a los intercomunicadores? —Thraxa lo conduce hacia el puente de mando—. Nunca pensé que echaría de menos el maldito desierto.

Me encaramo a la nave y me encuentro a Colloway terminando sus protocolos de aterrizaje.

—¿Habéis tenido turbulencias?

—Sí, artificiales —contesta—. Bígaro habla demasiado.

Me echo a reír.

—¿Cómo está el cielo?

—Solo hay tráfico civil. Si la República sabe que estamos aquí, están esperando a que caigas.

—Muy tranquilizador.

—Siempre a tu servicio.

Me guiña un ojo. A pesar de ser mayor que yo, es tan guapo que resulta sencillo entender por qué hacen figuras de acción a su imagen y semejanza.

Bajo de un salto del pelícano y veo a mi sobrina entregándole a Thraxa varios paquetes de pilas para su martillo eléctrico. Rhonna no pesa más de un tercio de lo que pesa Thraxa, así que parece una niña incluso entre los Aulladores menos corpulentos. Tenía intención de dejarla en la Guarida, pero

hoy no correrá peligro. Tenía que dejar que probara la acción antes de que llegue la parte más peligrosa de la misión, la etapa de Venus.

—Todavía está resentida por lo de la Lluvia de Hierro —me dice Guijarro a los pies de la nave de Colloway.

—Bueno, hacer pucheros no va a convencerme de que la meta en el submarino.

—Solo quiere demostrar su valía.

—Y puede hacerlo, cuando ni su vida ni la de otra persona corran peligro.

—Tiene la misma edad que nosotros cuando caímos en nuestra primera Lluvia.

—Y mira todas las estupideces de mierda que hemos cometido.

Miro a mi amiga. Tiene treinta y tres años y un rostro angelical que hace que parezca más joven. Unos ojos brillantes y optimistas me devuelven el gesto por encima de unas mejillas tan enrojecidas como cuando regresó a caballo con Mustang tras vencer a la Casa de Apolo. Sin malicia, pero con una fortaleza increíble, a estas alturas Guijarro se ha enfrentado a más batallas de las que Ragnar llegó siquiera a ver. Parece que fue ayer cuando Casio, junto con Roque, Antonia y Príamo, se burlaba de ella en la fiesta previa al Paso. Está claro quién ha reído la última.

—Sabes, Guijarro, si Sevro es el padre de los Aulladores, puede que tú seas la madre.

—Vaya. Creo que es lo más bonito que me han dicho en todo el año, jefe.

—Frunce la nariz cuando, al otro lado de la cubierta, ve a Sevro y a Payaso desternillados de risa mientras compiten para ver quién llega más lejos orinando por encima del costado del arrastrero—. Y qué... progenie tan interesante tenemos.

Cuando, a las seis de la mañana, llegamos a nuestras coordenadas, sigo al resto de mis hombres hasta la cubierta. Me duelen los músculos por la alta

gravedad de la Tierra. Hace tiempo que no entreno en un gimnasio de gravedad. Sobre la cubierta, el aire es limpio y fresco, el océano en calma lame el casco oxidado del arrastrero. Rhonna está apoyada contra la barandilla de estribor con los brazos cruzados, enfurruñada porque debe quedarse en el barco con el pelotón de apoyo. Me acerco a ella mientras los demás concluyen los preparativos.

—Recuerda echarle un vistazo a la matriz de inhibidores —le digo—. Lo último que necesitamos es que alguno de los tripulantes se libere y envíe una señal.

—Sí, señor.

—Y asegúrate de que Bígaro no inhala demasiadas anfetaminas.

—Sí, señor.

—No te preocupes, buena mujer —le espeta Alexandar, que pasa a nuestro lado junto con Milia.

Es una dorada de mi ejército del Instituto. Se unió al Amanecer con la avalancha de casas marcianas menores que se declararon a favor de Mustang después de que el Señor de las Cenizas bombardeara Nueva Tebas. Alexandar y Milia forman una pareja extraña. Milia tiene el aspecto de alguien a quien acaban de resucitar: la piel pálida, las mejillas hundidas y el temperamento más nihilista que he conocido en un humano. Por el contrario, Alexandar no habría estado fuera de lugar como uno de los hermosos concubinos de Antonia. Tiene una mandíbula elegante y el cabello dorado blanquecino le revolotea a la espalda como la cola de un cometa. Incluso a mí me da rabia a veces. Por fuera, es la imagen de todo lo que siempre odié.

—Me aseguraré de traerte un premio, siempre y cuando las cubiertas estén fregadas y bien limpias. Las quiero tan brillantes que se pueda comer en ellas —dice Alexandar con una sonrisa burlona.

Rhonna lo fulmina con la mirada.

—No me puedo creer que te lleves a esa mierda chapada en oro —
masculla.

Mira con expresión celosa a los Aulladores que saltan por el costado del barco. A mi hermano se le rompió el corazón cuando Rhonna se alistó en el entrenamiento de la legión a los dieciséis años. La asignaron a una unidad destinada a la peor zona de combate en Mercurio, pero, gracias a los excelentes resultados de sus exámenes, tuve excusa para incorporarla como lancera a mi plantilla personal. No le hizo gracia.

—Rhonna, eres demasiado baja para hacerte pasar por gris. Somos un escuadrón de comando de la Sociedad. Si no mides más de uno ochenta, te quedas en el barco. Y eso vale para todos.

—Para Min-Min no.

—MinMin se queda en el submarino. Además, ella es veterana.

—Crees que no soy capaz de arreglármelas sola, ¿verdad? —Señala a los Aulladores con la cabeza—. Los demás piensan que solo soy tu lancera porque somos de la misma sangre. Creen que no soy más que peso muerto.

—Nadie piensa eso.

—Colloway me lo ha dicho así, palabra por palabra.

—Colloway es gilipollas. Escucha, si no fueras de mi sangre, no estaríamos teniendo esta conversación. Dirías «Sí, señor» o me buscaría una lancera nueva. O lo uno o lo otro. Es lo que hay. Haz tu trabajo y ya llegará tu oportunidad.

Aprieta la mandíbula.

—Sí, señor.

Veo a Sevro observándome desde el otro lado del barco.

—¿Qué?

—Cada día me recuerdas más a mi padre.

—No sé si es un cumplido.

—Yo tampoco. —Resopla—. Quiero decir una vez más, para que conste en un acta potencialmente póstuma, que esta idea es una mierda.

—¿Tienes alguna otra idea para llegar a la Luna? —pregunto.

—Alrededor de una decena que no implican la liberación de un psicópata.

—Una decena que tú, Thraxa, Guijarro o yo descartamos. Pensé que estabas de acuerdo con esto.

—Es importante que los chuchos piensen que estamos sincronizados —contesta—. Pero sigue sin gustarme. ¿No aprendiste nada del Chacal?

—El Chacal no tuvo una bomba en el cerebro.

—Yo sigo diciendo que deberíamos robar un barco dorado —insiste con tozudez.

—¿Y cómo encontramos uno? —pregunto—. ¿Patrullamos por las órbitas internas y rezamos para que las naves de guerra armadas con las que nos topemos no nos superen? Si nos las ingeniamos para abordar alguna y para después abrirnos camino combatiendo entre un batallón de legionarios espaciales, fragmentarán su banco de códigos en cuanto abordemos y transmitirán una señal de socorro. Eso querría decir que nos presentaríamos en Venus, que está custodiado por la totalidad del poder naval de la Sociedad, heridos, agotados por la lucha de pasillos y con poco más que la picha entre las manos. Y después de todo eso, seguiríamos necesitando un ejército una vez que aterricemos allí.

—Entonces nos detenemos en Mercurio y nos llevamos unas cuantas legiones.

—¿A cuál de nuestros amigos tendremos que matar entonces? —pregunto con brusquedad; después muevo la cabeza hacia el agua—. Ese psicópata es nuestra clave, nuestro ejército y nuestro plan de escape.

Me deja terminar, para nada impresionado.

—Una vez vi a un hombre tratar de montar un tiburón...

—¿Dónde demonios viste eso?

—En Europa.

—¿Cuándo?

—¿Me estás llamando mentiroso? —Me lanza una mirada asesina—. El caso es que no podremos controlarlo.

—Entonces lo matamos.

—Ese es mi trabajo.

—Claro, si derribas más guardias que yo. Si gano, el honor es mío.

Sellamos el trato con un apretón de manos.

Me paro ante la puerta del sumergible, dudo antes de introducirme por la estrecha escotilla. Hace tiempo fui una criatura de túneles y cavernas. Me sentía a salvo en los espacios estrechos y cerrados. Después el Chacal distorsionó ese rasgo de mi naturaleza. Mi cuerpo recuerda las paredes frías de su mesa y se rebela contra mí cada vez que me acerco a un espacio angosto. Escondo mi miedo de mis hombres y me deslizo por la escotilla.

Treinta minutos más tarde, el sumergible se hunde en el mar. Sin la presencia de los obsidianos, hemos tenido que combinar a los caballeros más pesados de mi unidad con los Fantasmas de Sevro: Alexandar, Payaso, Thraxa, Guijarro y Milia. Llevan los multirifles cargados con cartuchos no letales de veneno de araña para los objetivos desnudos y con proyectiles eléctricos para las armaduras. Vestidos con pieles de escarabajo negras como el azabache, se apelotonan a mi espalda en el compartimento de pasajeros. Cuando subamos con nuestra carga, iremos aún más apretujados. MinMin maneja el sumergible desde su asiento situado en el morro, con las manos en los controles de gel. A través de los ventanales reforzados de la parte delantera, no se ve más que agua gris. Cuando nos sumergimos más, fuera del alcance de los rayos del sol, el casco cruje. La presión aumenta y el agua se

ennegrece. El océano nos aprieta en su puño y nos arrastra cada vez más hacia abajo.

Tardamos una hora en llegar a la llanura abisal del fondo del mar. El halo de luces que rodea el frontal del sumergible ilumina la arena del suelo oceánico. Ahí fuera, en la oscuridad, tres submarinos de clase Poseidón pertenecientes a la República patrullan la llanura abisal Puercoespín, que se extiende desde la costa occidental de las Islas Británicas hasta las laderas de la dorsal Mesoatlántica. Arriba, en la cubierta del arrastrero, bajo la protección de Rhonna y los demás, Bígaro está integrado en las profundidades del ciberespacio, conectado al servidor del Centro Estelar de la República a través de una puerta trasera que le han preparado los hombres de Teodora. La ubicación de los submarinos centinela parpadea en una pantalla holográfica a la derecha de los controles de navegación de Min Min. El más cercano está a doscientos kilómetros al sureste y patrulla formando un arco circular en torno a la instalación que vigila.

Avanzamos por el fondo del océano sin que nos detecten. Este prototipo, diseñado para la futura guerra en Europa y robado por Sevro la semana pasada, se construyó en un laboratorio terrestre de la República y cuenta con una piel resistente al sonar. Sevro disfrazó el robo detonando explosivos en el almacén. Le pedí a Bígaro que emitiera un falso comunicado de prensa en el que la Mano Roja reclamaba el sabotaje. Para cuando las autoridades despejen los escombros y la Mano Roja lo desmienta, ya estaremos camino de Venus y pensarán que todo ha sido obra de los comandos de la Sociedad y de sus agentes de la Seguridad. O eso espero.

A cincuenta kilómetros de nuestro destino, llegamos a la zona de defensa con drones y apagamos las luces. Arriba, en el cangrejero, Bígaro accede a los drones por medio del servidor y pone su recepción de datos en bucle. Entramos en la zona.

Payaso se remueve, incómodo, entre Milia y Thraxa.

—Si Bígaro se equivoca y nos ven...

—Cállate —murmura Sevro.

—Solo digo que morir aquí abajo, en el fondo del mar, con los pulmones aplastados por la presión, no es lo que esperaba.

—¿Y cómo esperabas morir?

—Pues ahogado entre tetas, en realidad.

—Thraxa, no llego hasta donde está mi esposo. ¿Le das tú por mí? —dice Guijarro.

Payaso levanta las manos.

—¡Era una broma, cariño! Solo digo que esto es, básicamente, un ataúd de metal.

Milia lo mira con expresión hosca y Payaso sonrío con torpeza.

La idea de que esto sea un ataúd de metal hace que se me vuelva a erizar la piel. Pero no nos torpedean y continuamos avanzando por la zona de defensa con drones. Después de esto, los ciberforenses de la República descubrirán la puerta trasera de Bígaro y nos cerrarán el acceso a la red de información de la República. Es un alto precio que pagar, pero vale la pena si nos lleva a Venus. Solo espero que no incriminen a Teodora. Gracias a su puesto en la oficina de inteligencia del Centro Estelar, es demasiado valiosa para mi esposa como para que yo la desperdicie.

—¿Lo oís? —pregunta Sevro.

Agudizo el oído, pero al principio no oigo nada. Después, algo similar a un latido. Vibra con suavidad a través del casco del sumergible. El latido se hace cada vez más fuerte. Se multiplica y aumenta hasta que suena como un palo de madera que se arrastra por una caja torácica. Entonces la vemos a través de la sombra y el cieno.

Nuestra presa.

Un mastodonte enorme y jorobado se mueve en las profundidades de la oscuridad del océano. Una sombra sobre cuya cresta oscura destellan unas luces que bañan su caparazón de metal en un tono azul pálido. Ya la había visto en planos, pero en carne y metal es una visión terrible de una época más antigua. La prisión es como un cangrejo primario y gigante que se arrastra por la llanura abisal. Una cúpula nervada por conductos de ventilación y estaciones de acoplamiento, llena de antenas que parecen púas, monopoliza su masa cefalotrópica. La cúpula se asienta sobre una legión de patas metálicas hidráulicas, atestadas de percebes, que impactan contra la arena mientras arrastran la estación por el fondo del océano. Varios tubos umbilicales largos cuelgan del vientre de la cúpula para absorber desechos y basura hacia el interior de sus procesadores de reciclaje e incineradoras. Dentro de ese vientre hay basura de un tipo más de sagradable.

La Fondoprisión lleva cuatrocientos años recorriendo las llanuras abisales de los océanos de la Tierra, aspirando los pecados de la Vieja Tierra y castigando a los pecadores de la Sociedad: asesinos, violadores, terroristas y prisioneros políticos. Ahora, criminales de guerra.

Una de las muchas reformas de Mustang durante sus primeros días en el poder fue la abolición de la pena de muerte en la República. Advertida por las revoluciones de la Vieja Tierra, temía que se abusara de ella para impartir una justicia fraudulenta contra los dorados depuestos o inocentes y que la República se marcara con una mancha de genocidio que nunca podría eliminarse. Pero no podía aprobarla mientras el Chacal siguiera con vida, pues se interpretaría como nepotismo. El día que tiró de los pies de Adrio, abolió la pena capital. Todos los criminales de guerra, todos los opresores, esclavistas y asesinos a quienes yo habría colgado están aquí.

Y ahora he venido a liberar a uno de los peores.

MinMin guía nuestro sumergible entre las patas de la Fondoprisión y nos

aproxima a la parte inferior de la cúpula. La nave se estremece con violencia cuando la piloto ensambla los acopladores magnéticos y las llaves de la parte superior del casco del sumergible y crea un sellamiento presurizado entre nuestro taladro térmico y el casco de la prisión. El taladro gira sobre nosotros cuando la energía de los motores se canaliza hacia sus bobinas de calor.

Cuando el taladro termina su labor, se retrae y se desplaza hacia un lado para insertarse en la vaina de enfriamiento. Sevro espera varios minutos a que el calor se disipe antes de abrir la escotilla superior de salida del sumergible. Al otro lado, el bloque circular del agujero que le hemos tallado al casco está suspendido en un pozo de gravedad integrado en el sistema de penetración del sumergible. Desde la cabina de mando, MinMin revierte la gravedad y el bloque se eleva hacia la estación.

—Sombreros —digo, y me pongo el casco de la piel de escarabajo.

Se me oscurece la visión, pero entonces la pantalla de inicio parpadea hasta cobrar vida e ilumina los confines del sumergible con sus amplificadores espectrales. Las constantes vitales y los nombres de mis amigos aparecen sobre su cabeza.

Me dirijo hacia la escotilla para salir el primero, pero Sevro me pone una mano en el pecho.

—¿Intentas sacarme ventaja? —pregunto.

—No seas tan competitivo, chaval.

Milia y Payaso se colocan delante de mí para encabezar el grupo y levantan los multirifles. Thraxa los sigue, con el martillo de pulsos magnéticamente acoplado a una funda que lleva a la espalda. Min Min abandona su asiento de piloto y lanza uno de sus drones al aire. Es pequeño como un pulgar, de color negro mate. No tarda en salir disparado por el agujero. MinMin analiza la zona a través de sus cámaras y nos da el visto bueno.

—Hora del recreo.

Los dos Aulladores de vanguardia suben por la escalera hasta la escotilla y, a continuación, se vuelven ingrátidos cuando el gravipozo los absorbe y los eleva sin esfuerzo por el agujero. Sevro me aparta la mano del pecho.

—Tu turno, princesa.

Sirviéndome de los esquemas almacenados en la bóveda de datos del Centro Estelar, elegí la sala de filtración de agua como nuestro punto de entrada. Es ruidosa y está oscura y completamente automatizada. Unas enormes máquinas absorben agua de mar y la desalinizan para el uso de los guardias y los prisioneros. Activo el mapa en mi pantalla de visualización y un *waypoint* azul se enciende para marcar la celda de nuestro objetivo. Varias huellas blancas brillan en la pantalla para ilustrar el camino que seleccionamos.

Levanto el rifle y guío al grupo hacia el exterior de la planta de desalinización. Nos movemos en silencio. Mi casco amplifica la respiración de un mecánico de la estación. Destella como un ascua humanoide al otro lado de un descomunal separador de oxígeno fotoeléctrico. Avanzo, agachado. Entonces Sevro pasa corriendo a mi lado para ser el primero en doblar la esquina. Se oye el sonido suave de un cartucho de veneno de araña que sale silbando del estrecho cañón de su rifle de corto alcance. Después un cuerpo que se desploma. Sevro inmoviliza al hombre con ligaduras de plástico y se da la vuelta con un dedo levantado.

—Uno.

Cuando dejamos atrás el nivel de desalinización, nos movemos por las entrañas inferiores de la estación como un silencioso animal nocturno con catorce patas y catorce brazos. La estación depende de sus defensas externas, que destriparían incluso a una gran fuerza de asalto de las Legiones de la

Ceniza, pero, en el interior, los sistemas de seguridad se crearon para impedir que los hombres escapen, no que entren.

Reducimos a varios trabajadores que beben café de sus termos mientras se preparan para sus tareas matutinas. Sevro y yo competimos entre nosotros para ser los primeros en alcanzarlos con los proyectiles de araña. A él se le dan mejor que a mí las armas de fuego y, cuando franqueamos unas puertas de seguridad tan gruesas que parecen creadas por alguna raza antigua, ya vamos cuatro contra uno a su favor. Las puertas están viejas y oxidadas, como el resto de las espinas y la concha de esta destartada estación cangrejo. Solo los tendones son nuevos. Escáneres biométricos relucientes. Drones de Industrias Sol. Nódulos de gas represor de motines en los techos. Todo neutralizado mediante el acceso de Bígaro al servidor.

Activamos nuestras espectrocapas y nos colamos por la puerta abierta de un puesto de guardia situado justo antes de las gigantescas puertas del nivel de alta seguridad Omega. Los guardias charlan entre sí mientras desayunan en cuencos de hojalata y beben café terrano condimentado con achicoria. Para asegurarse de su lealtad al Amanecer, la mayoría de los guardias son de mi planeta. Mientras que los funcionarios políticos son casi todos rojos y llevan la insignia de la pirámide invertida del Vox Populi cosida en el uniforme para declarar su afiliación al proletariado, la mayor parte de los guardias siguen siendo grises.

Hace tiempo, odiaba a los grises. Dan el Feo y el resto de los quincallas que señoreaban Lico me causaron una mala impresión. Pero años después, respeto su disciplina, su devoción al deber. Y los compadezco. Durante siglos han sido los soldados de primera línea y los peones de batalla de los dorados en la guerra doméstica. Y ahora trabajan de sol a sol para nuestra República.

Me recuerdo el desenlace: esto pondrá fin a la guerra. Debe acabar con ella.

¿Qué harán entonces?

A no más de tres pasos de los guardias que desayunan, me detengo en el umbral como una sombra translúcida bajo la espectrocapa. Cubierto con ella, veo a los guardias distorsionados, igual que un dibujo infantil hecho con ceras. Para ellos es otro tedioso día lúgubre en su turno de seis meses. Están contando las horas que les quedan para poder pasar sus treinta minutos preceptivos en las camas de rayos ultravioleta para obtener vitamina D, fumar ciscos en la sala común y ver experiencias porno en sus holovisores. Un gris grueso con cuello de bulldog olfatea el aire. Va vestido con un uniforme negro, así que es miembro del escuadrón de operaciones especiales. Debería ser un lurcher, pero no podíamos desperdiciar especialistas aquí abajo. Los necesitamos en primera línea.

Gruñe.

—¿No os huele a perro mojado?

—El chucho del alcaide ya no sale de su cama.

—Alguien debería pegarle un tiro a esa criaturilla de mierda, por piedad. Huele como si estuviera del revés.

Uno de los guardias evalúa el contenido de su plato.

—A mí me huele a alga podrida.

El hombre de negro husmea el aire otra vez.

—Está claro que es un perro.

—Lo siento. Soy yo —dice Sevro.

El guardia se da la vuelta en su asiento, siguiendo el sonido de la voz hacia la puerta, donde el ojo desentrenado podría pensar que somos una falla en su visión o la premonición de una migraña, pero su mirada fija nos ve como lo que somos. Los labios resquebrajados no se le separan más que el ancho de un dedo antes de dos proyectiles de araña le impacten en el cuello.

Un aluvión de ráfagas y una docena de balas perforan la carne de media

docena de hombres que intentan levantarse de sus sillas. Tiemblan sobre el suelo cuando el agente paralizante se les propaga por el cuerpo. Desactivamos las espectrocapas y tomamos el control del puesto de esta sección tras apilar a los hombres en una esquina. Mañana a estas horas tendrán un dolor de cabeza de mil demonios y tal vez pierdan la vista durante unos días, pero sobrevivirán.

—Seis a tres —me dice Sevro.

Guijarro y Alexandar se preparan para recibir invitados si salta la alarma. Los demás seguimos hacia el nivel de Omega.

La mayor parte de la población general de la cárcel se encuentra en niveles muy superiores a este. Tienen celdas comunales y forman equipos de trabajo todos los días desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde. Clasifican a mano los desperdicios que absorben los tubos umbilicales para reciclarlos o incinerarlos. Hay cordura en una jornada trabajo honesta. Yo lo sé bien.

Pero aquí, en el nivel Omega, los que fueron condenados por los tribunales de la República por crímenes contra la humanidad languidecen en confinamiento solitario y jamás ven otra cara. Nunca escuchan otra voz. No sienten otra cosa que no sea el roce del metal frío. Se les proporciona agua y un gel de proteínas de alga a través de un tubo en la pared, y se les permite hacer ejercicio en el área común durante quince minutos cada dos días. Pero cuando hacen ejercicio, lo hacen solos. No hay prisioneros con los que compartir sus cargas. Solo un mausoleo resonante de puertas de celda frías, sin rostro, sin ventana, ni rendijas, ni llave. Tengo entendido que a veces los guardias les ponen un holo en el centro de la planta, pero cuando se los ponen, son siempre de momentos triunfantes de la República.

Puede que la República esté por encima de asesinar a sus prisioneros, pero su moral no es irreprochable. Esto no era lo que Mustang tenía en mente cuando abolió la pena de muerte, pero Publio cu Caraval ha bloqueado todas

las resoluciones de reforma carcelaria a lo largo de los últimos seis años. Algunos dicen que es porque está en deuda con los donantes de su campaña. Yo sospecho que perdió más de lo que deja entrever a manos de los dorados. Por mi parte, estoy de acuerdo con él. Estos hombres y mujeres eligieron ponerse por encima de sus semejantes. Así que ahora deben estar aislados. Para siempre.

La mayoría de mis enemigos yace en la tierra. Al resto los metí aquí. Algunas de estas celdas están ocupadas por Montahuesos, los hombres del Chacal. Ojalá hubiéramos podido encerrar a Lilath en este agujero en lugar de haberla guiado hasta la salida fácil tiroteando su destructor y obligándolo a estrellarse contra la superficie de la Luna. Al bajar aquí para liberar a uno de ellos, me pregunto si me estoy convirtiendo en el traidor que los noticiarios dicen que soy.

Nos detenemos ante la puerta de una celda.

—¿Vais a comportaros todos como es debido?

—¿Y tú, jefe? —pregunta Payaso—. La última vez estuviste a punto de cortarle la cabeza.

—A punto —repito.

No he conseguido librarme de la imagen del dorado en un pasillo oscuro de la Luna, de noche, con el rostro desnudo cubierto de sangre de Aullador. A veces me despierto pensando que está al otro lado de mi puerta, esperando para entrar. Esperando para matar a mi familia.

—Sevro... ¿vas a ser una persona civilizada?

Se encoge de hombros.

—Lo justo.

Desactivo la cerradura. La puerta gime y la luz azul que rodea el pomo se oscurece. Hago acopio de fuerzas, giro el pomo y empujo la puerta; después me aparto del camino de mis hombres, que llevan los rifles alzados.

Recibimos una vaharada de olor a algas y heces. La celda es una caja de hormigón húmedo. Vacía, salvo por un retrete, un catre de plástico para dormir y un hombre sin camisa y demacrado. Está de espaldas a nosotros, dormido. A través de la piel hambrienta de sol, su columna vertebral parece un fósil lleno de polvo. El cabello blanco y grasiento se derrama por un costado del catre. Se vuelve para mirarnos, con los ojos negros hundidos en lo más profundo de una cara tatuada. Doy un involuntario paso atrás, pues en el cuerpo del hombre atisbo el tiempo que pasé con el Chacal.

—¿Qué demonios pasa aquí? Eso es un obsidiano —dice Sevro.

—Bígaro, el paquete está desaparecido —digo—. ¿Estás seguro de que está en la celda O2983?

—Segurísimo. Estoy consultando el listado. Según esto, ahora mismo está en el interior de su celda. No hay información sobre ninguna admisión médica ni turno de trabajo. Esto es malo, malo, malo, malo.

—Sí, gracias.

—Entonces, ¿quién diablos es este? —pregunta Sevro.

El prisionero se pone de pie muy lentamente. No es tan gigantesco como Sefi. Mide apenas dos metros y está tan delgado como Alexandar. Tiene más de cincuenta años, unas entradas muy prominentes en el pelo, la barba sucia y más tinta de tatuajes de la que haya visto en mi vida concentrada en un solo hombre.

Nos mira con unos ojos inteligentes y curiosos. No tiene aspecto de guerrero, sino que más bien parece un siniestro matemático que estudia la teoría de cuerdas en una holopizarra. Un par de ojos espirituales tatuados me miran cuando parpadea. Las únicas personas que lucen esa tinta son los chamanes del hielo. Y la mayoría son mujeres.

Sevro da un paso hacia el obsidiano, con el arma levantada.

—¿Quién diablos eres? Responde, cara culo.

El obsidiano sonrío con los ojos, mira el arma, después la máscara de Sevro, y vuelve a la pistola. A continuación, se señala la boca con un solo dedo. La abre de par en par y Sevro la ilumina con una luz.

—Qué asco. —Se aparta—. Le han cortado la lengua.

Y eso no es lo único que le han quitado. Ahora veo que lo que antes he tomado por unas entradas prominentes es en realidad una cabellera a medio arrancar. Hace que la parte frontal de su cabeza parezca elíptica, como la base de un huevo.

—Las manos... —dice Thraxa.

—Déjanos vértelas —ordeno.

Coopera sin protestar. Lleva las medias lunas de la casta obsidiana incrustadas en el dorso de las manos nudosas. Y las tiene negras, no del blanco desteñido de los prisioneros.

—Tú no eres un prisionero. —Me mira a los ojos a pesar de la opacidad de mi casco, mueve un dedo de un lado a otro y luego se dibuja un escudo sobre el corazón—. ¿Guardia?

Me señala con el dedo. Sí.

—¿Te has perdido? —pregunta Sevro.

El obsidiano piensa, luego cierra un puño y se golpea la parte baja de la espalda como si lo estuvieran apuñalando. Lo miro con mayor interés. ¿Por qué han apuñalado a un guardia por la espalda?

—El prisionero 1126. ¿Ha sido él quien te ha hecho esto? —pregunta Thraxa. El hombre contesta que no con un dedo—. ¿Sabes dónde está?

No.

—Bígaro, ¿puedes rastrear el implante o el collar del 1126? —pregunto para regresar a mi tarea.

—No. No está en el sistema.

—¿Qué quieres decir con que no está en el sistema? No puede haber salido

de la maldita estación. Es un prisionero del estado. Está en código negro, no pueden transferirlo. Nadie ha escapado de la Fondoprisión en toda la historia.

—Tu padre lo consiguió —le dice Payaso a Sevro.

—No fue exactamente una fuga —murmura Sevro en voz baja—. Lo juro por el Valle, como esa mierda viscosa haya estado campando por los mundos todo este tiempo...

—¿De verdad lo necesitamos a él en concreto? —pregunta Payaso—. Ya tenemos nuestra propia selección de sociópatas.

—Jefe... —me llama Thraxa.

—Tendremos que echar un vistazo —digo—. Tenemos que encontrarlo.

—Aquí abajo hay doscientos guardias —advierde Sevro—. No podemos pasearnos por ahí sin saber adónde vamos. Si se activa la alarma, esta mierda se volverá mortal, y deprisa.

—Jefe... —repite Thraxa.

—Sé que no es lo ideal... —continúo.

—¿Que no es lo ideal? —me interrumpe Payaso—. Si se dispara la alarma, los submarinos sabrán que estamos aquí y nunca volveremos al arrastrero.

Bajo mi piel de escarabajo, la llave de Pax cuelga de su cadena, fría y pesada. No me he separado de él para meter la cola entre las patas y salir huyendo a la primera señal de fricción.

—¿Queréis iros con las manos vacías? —pregunto con voz tranquila, aunque la insinuación es lacerante.

Ellos niegan con la cabeza.

—¡Jefe!

Thraxa me pega tal empujón desde un lado que está a punto de tirarme al suelo.

—¿Qué?

Señala al obsidiano con la cabeza.

—Creo que sabe cómo encontrar al 1126.

28
DARROW
Prisionero 1126

Dejamos atrás el bloque de detención Omega y seguimos al guardia obsidiano, que ahora lleva puesto un uniforme que le ha quitado a uno de los grises reducidos y que no es de su talla. Los pantalones le llegan solo hasta la pantorrilla y dejan expuesta una franja de tatuajes rúnicos azules y piel pálida. La chaqueta le queda mejor. Recelo de él, a pesar de que nos haya dicho que es guardia. Estaba encerrado en esa celda por algún motivo. Aun así, es nuestra mejor baza aquí abajo.

Pegados a su espalda y armados hasta los dientes, subimos una escalera de caracol expuesta y con caídas abruptas a ambos lados. Al final de la escalera hay un coliseo lóbrego donde se encuentran las instalaciones centrales de procesamiento. Los prisioneros trabajan junto a las cintas transportadoras clasificando la basura del lecho marino. Los guardias patrullan entre ellos equipados con porras aturdidoras. Muy por encima de sus cabezas, colgando del techo en racimos, como huevos oxidados de una gigantesca raza de arañas metálicas, se encuentran los bloques de celdas.

Nos hallamos en un nivel más nuevo, y nos deslizamos sobre suelos de metal tan lisos como el cristal. Dejamos atrás cámaras miopes, puertas cerradas y el eco de las toses de los guardias de la prisión acostados en sus barracones. Las voces de un programa de noticias matutino que se emite desde el Viejo Tokio recorren los pasillos. Estoy a punto de tropezarme cuando escucho la voz de mi esposa. Solo son los holos.

Dejamos fuera de combate a los guardias somnolientos sin alterar la paz.

Los rojos y los grises no tienen muchas posibilidades, pero a los esporádicos guardias obsidianos debemos derribarlos con extrema precaución. Algunos pueden plantar cara durante todo un minuto aun con tres proyectiles de veneno de araña en las venas. Al pasar junto a ellos, pienso que sería más fácil matarlos, pero luego mi propia frialdad reptiliana me provoca un escalofrío. Son mi gente.

El guardia, desde luego, no muestra escrúpulos mientras causamos estragos entre sus colegas.

¿Qué haría para terminar sin lengua y encarcelado? Algo o muy bueno o muy malo.

Fiel a su palabra, el obsidiano nos conduce hasta los aposentos del alcaide. La puerta está cerrada con llave por dentro, y eso escapa al control de Bígaro. Sevro se arrodilla para derretir la cerradura con una carga de plasma. Mientras prepara los componentes de la carga, el obsidiano suspira con impaciencia, pasa a su lado, llama a la puerta y luego retrocede. Dentro, un perro comienza a ladrar.

—¡Cállate! —le grita alguien en vano al animal desde el otro lado de la puerta.

Se oye un ruido sordo y un gañido. Los ladridos cesan. Thraxa gruñe a mi espalda. Miro al obsidiano y me hace gestos para que espere. El cerrojo de metal se descorre y la puerta se abre hacia el interior de la habitación. De pronto me encuentro plantado esternón a nariz con un cobre cadavérico, con ojos de geco y una boca grande y floja. Lleva una taza de café en una mano y los pliegues arrugados de la túnica de seda negra y dorada aferrados con la otra a la altura de la cintura. Sevro refunfuña y desmonta la carga de plasma.

Sin desviar la mirada del esternón negrísimo de mi piel de escarabajo, el alcaide farfulla algo ininteligible. Su taza se hace añicos contra el suelo de metal y el café le salpica las pantorrillas desnudas y el brocado festivo de la

alfombra venusina hacia la que ahora retrocede. Le clavo dos dedos rígidos en el plexo braquial derecho y después en el nervio femoral para evitar que eche a correr. Se tambalea hacia atrás por los impactos y me agacho para poder franquear la puerta y seguirlo hasta la habitación.

Cuando nos acercamos, un perro, una especie de terrier, ladra y gruñe mientras retrocede y deja un rastro de orina en el suelo. El obsidiano sigue a mi equipo hasta el interior de la habitación, se acerca al perro, se agacha y extiende una mano. El animal se aproxima con la cola entre las patas. Cuando el hombre emite un silbido, el perro avanza con timidez para lamerle la mano huesuda.

—El alcaide Videli cu Yancra, supongo.

Los micrófonos del casco me distorsionan la voz y la convierten en un rugido grave. La puerta se cierra detrás de mis hombros.

—Sí... —contesta aún temblando de dolor por mi leve asalto.

Pero no es tonto. Examina con una mirada de ojos rápidos y adaptables primero nuestro equipo de combate y después al obsidiano, al que contempla con expresión de miedo y confusión antes de volver a centrarse en mí.

—¿A quién tengo el placer de dirigirme?

—Llevamos máscaras por algo, imbécil —responde Sevro. Se coloca detrás del alcaide y le acerca una silla—. Siéntate. Las manos donde podamos verlas, buen hombre.

El alcaide busca la silla con torpeza y se sienta. Sevro se acomoda detrás de él, sobre el borde de la mesa, y le pone una mano en el hombro.

Me siento frente al alcaide y le sirvo un vaso de agua de una jarra mientras Thraxa hace girar su martillo junto a la puerta y Alexandar se pasea por la habitación hurgando entre las posesiones del alcaide con ojo experto. El hombre mira hacia su cama varias veces. El obsidiano coge el terminal de datos del alcaide y se lo da a Sevro.

—Tus hombres no van a venir, plebeyo —digo—. Por suerte para ellos.

—¿Qué queréis?

—Estoy seguro de que no has olvidado cómo se les habla a tus amos. — Sevro le da un buen bofetón en la oreja—. Te dirigirás a nosotros como *dominus*, chucho tembloroso.

El alcaide mira al obsidiano y luego de nuevo a mí. No estoy seguro de a quién le tiene más miedo.

—Te ayudaré, *dominus*. Sería un honor. Solo dime cómo puedo hacerlo.

—Tienes un hombre a tu cargo. El prisionero 1126. No está en su celda a pesar de que su collar lo sitúa allí. Si hubiéramos encontrado al prisionero donde le correspondía, *cuprum*, ya nos habríamos marchado de este sitio y tú seguirías siendo el señor de este pequeño feudo. Pero no ha sido así, de modo que aquí estoy, preguntándome si hacerte una corona con tus propios dedos de los pies o con los de las manos. —Me inclino hacia delante—. ¿Dónde está el prisionero 1126?

Palidece ante la mención del número.

—Está muerto. Murió hace un año. Se mató de hambre.

Sevro y yo miramos al obsidiano. Él niega con la cabeza.

—¿Confiáis en él? —pregunta el alcaide—. ¿En él?

—Parece que fuiste tú quien le arrancó la lengua —comento. El obsidiano me señala—. O sea que sí. ¿Vio algo que no querías que viera? ¿Dijo algo que no querías que dijera?

—No, él...

—Mentiroso, mentiroso, la picha te encojo —le dice Sevro al oído, y baja el multirifle hasta apoyarlo en la entrepierna del alcaide.

—¡El prisionero 1126 está muerto!

—Buen hombre, si hubiera muerto, lo habrías introducido sin más en tus registros y su celda estaría ocupada por otro monstruo. Así que, te lo ruego,

dime por qué su señal indicaba que estaba allí. —Le doy unas palmadas en la pierna—. Ya contesto yo por ti. Su señal lo sitúa allí por si recibíais una visita de los inspectores de la República. Lo sitúa allí para encubrir tu chanchullo.

—No —replica el alcaide enseguida—. Yo nunca...

—¿Podrás permitirte una alfombra como esta con el salario de un alcaide? —interviene Alexandar. Le da unas pataditas a la alfombra—. Seda de Venus. Teñida con extracto de crustáceo. Le confiere una verdadera sensación de armonía a la habitación. Un buen gusto demasiado arriesgado, buen hombre.

—¿Cuánto cuesta algo así? —pregunta Sevro.

—Al menos cuarenta mil créditos —responde Alexandar.

Sevro tose.

—¿No jodas? —Coge la cafetera de la mesa del alcaide y derrama su contenido sobre la alfombra. Si el hombre se enfada, lo disimula bien—. Uy...

—Alcaide, alcaide, haga que pare —gimotea Alexandar.

—Seguro que a una comadreja *cuprum* como tú le van de perlas estas conspiraciones especiales —digo—. Un emprendedor que repara una ineficiencia en el sistema. Qué desperdicio debe de pa recerle tener a hijos e hijas áureos encerrados en pequeños ataúdes de metal, con todas sus cuentas bancarias ocultas y sus cajas fuertes languideciendo ahí fuera, en los mundos. Qué desperdicio que nadie lo aproveche.

El alcaide me mira desde una perspectiva táctica, buscando cómo abordar el asunto. Verá a un gigante con una armadura negra y su propio reflejo en los despiadados ojos insectoides del casco. La obediencia es su única opción, y eso le hiere el orgullo. No es un paleta torpe que se haya topado por casualidad con el puesto de alcaide de la Fondoprisión. Es un cargo importante.

—El prisionero 1126 le pagó para salir del aislamiento, ¿no?

—Sí —contesta el alcaide con calma—. Hizo unos arreglos para mejorar su estancia en prisión. El bloque Omega es...

—Una mazmorra —concluye Thraxa.

—...exigente a nivel psicológico. Pero sigue aquí.

—Tus testículos te lo agradecen —dice Sevro, que presiona el arma con más fuerza contra la entrepierna del hombre. El alcaide se estremece—. *Ya hara* —zurea Sevro. Significa «pobrecito» en argot venusino—. ¿Duele? —añade.

Es un numerito para el alcaide, para que no le quede duda alguna de que somos de Venus. De que fueron los agentes de la Sociedad quienes liberaron a uno de los pupilos más odiados de la Fondoprisión. Como mínimo, espero que esto obstaculice las conversaciones de paz. Puede que Mustang lo descifre, pero, en lo que se refiere al Señor Ceniza, no puede saber que he estado aquí.

—Me pregunto qué pasaría si informáramos de tu chanchullo a la noble República tras nuestra partida —le digo al alcaide—. No importa lo astuta que sea tu contabilidad de cobre, descubrirán tus actos. El juicio será una farsa pública, para dar ejemplo de lo intolerante que es la República con la corrupción. —Sevro resopla con desdén—. Para asegurar la circularidad de la justicia, te enviarán aquí a cumplir condena.

—¿Cuánto tiempo crees que durarás al otro lado de los barrotes, deditos de cobre? —pregunta Sevro—. ¿Cómo dormirás, cómo te ducharás, cómo comerás sabiendo que los monstruos de los que una vez fuiste amo y señor ahora te están mirando, al acecho?

Me echo hacia delante y dejo que su imaginación obre su peor magia. Le flaquea la compostura un instante y veo mi oportunidad:

—Cuando vengan a por ti en tu celda, quiero que recuerdes este día, el

momento en que me senté aquí, delante de ti, y quiero que te preguntes si no hubo algo que pudieras hacer para borrarlo todo. —Vuelvo a inclinarme hacia delante—. Porque, alcaide, estoy aquí para decirte que sí puedes hacer algo.

Se le iluminan los ojos.

—Lo que quieras, *dominus*.

—Llévanos hasta el prisionero 1126, y luego, cuando escapemos, sigue con tu vida. No informes a la República de la fuga ni de nuestra presencia aquí. Obedece, y esto será nuestro pequeño secreto. ¿Qué me dices?

—Si yo fuera tú, diría que sí, buen hombre —dice Alexandar, que se recuesta en un diván—. Una vida como mascota de un obsidiano no es vida.

Como si lo hubieran preparado, el viejo obsidiano se agacha en ese mismo instante para acariciar de nuevo al perro. Está empezando a caerme bien, el hombre flaco.

—Os llevaré con el prisionero —dice el alcaide con inquietud.

El perro nos sigue a una distancia cautelosa, pero sin perder al obsidiano de vista en ningún momento, mientras el alcaide nos conduce hacia una parte más nueva de la instalación. Desde un puesto de guardia, extiende la rampa que salva la distancia hasta un bloque de celdas suspendido. La cruzamos y, cuando se abren las enormes puertas del bloque, la música se derrama hacia el exterior.

El interior es un globo con un área común central y las celdas en tres niveles distintos a los que se accede por medio de pasarelas y una escalera. Sevro aparta al alcaide de un empujón.

—Pero ¿qué mierda centelleante es...?

No es una cárcel. Es un paraíso improvisado. Gruesas capas de alfombras caras cubren los suelos de acero. Las paredes están pintadas de blanco roto.

Rosas doradas y hiedra crecen a lo largo de las pasarelas y trepan por las barandillas, alimentadas por luces ultravioletas que cuelgan de los techos. Las puertas de las celdas están abiertas. Tres de ellas están llenas de libros y cubos de datos desde el suelo hasta el techo, otra de botellas de vino, otra de camisolas y túnicas; hay otra equipada con un frigorífico, un generador portátil y una estufa, otra con un huerto de tomates, ajo y zanahorias y otra con enormes mancuernas de hierro y bandas de tensión.

La planta comunal es un único salón enorme. Las pipas de agua se alzan como espantapájaros esmeralda en medio de un mar de cojines y mantas. Dos prisioneros rosas con collar, una mujer esbelta y un hombre musculoso, están allí tumbados, desnudos, con el cuerpo salpicado de hematomas. Botellas vacías y otros indicios de libertinaje atiborran las mesas bajas. Y entre todo esto, un hombre poderoso ocupa una silla, de espaldas a nosotros, y toca el violín con febriles movimientos de colibrí, bañado por la luz de una lámpara ultravioleta, desnudo, salvo por el collar metálico de prisionero. Tiene la piel leonada, más oscura que la de su hermano menor. El cabello dorado, largo y ensortijado, le cae por la espalda ancha. Perdido en su ensoñación, no nos oye entrar.

—Apolonio au ValiiRath —digo.

El hombre deja de tocar y se da la vuelta. Si lo sorprende vernos, no lo demuestra. Es como si nos hubiéramos materializado a partir de la fiebre de su melodía. Verlo ahí sentado, vuelto hacia nosotros, con la nariz equina, los labios sensuales, las pestañas oscuras y los ojos de brasa ardiente, me provoca dolor. Es un simulacro perverso de su hermano menor, Tacto, un hombre al que quise a pesar de su oscuridad porque vi en él un destello de algo bueno. Pero este no es mi amigo, da igual que compartan la misma sangre. Si alguna vez hubo luz en este hombre, hace mucho tiempo que la sombra hambrienta que alberga dentro la apagó.

—¿Qué es esto? —pregunta mientras escudriña nuestras caras enmascaradas. Su divertida voz de barítono es suave y rápida, como una espesa miel silvestre que desciende por un cuchillo caliente—. ¿Una delegación de demonios se presenta en mi acrópolis con la desgracia pegada a los talones? ¿Habéis venido a matarme, desalmados? —Gira el violín para sostenerlo junto al cuello como un arma y su voz se torna pugilística—. Me atrevo a decir que no os resultará agradable.

—*Está como una maldita cabra* —dice Sevro por el intercomunicador.

Apolonio siempre estuvo tocado, era un gran amante de la violencia y el vicio, pero ahora detrás de sus ojos hay un frenesí aún más precario que cuando lo vi por última vez, magullado y orgulloso, compareciendo ante un tribunal de la República.

—Apolonio —repito—. Hemos venido a llevarte a casa.

El criminal de guerra entorna los ojos.

—¿A petición de quién?

—De tu hermano.

—¿Tharsus? —Abre los ojos como platos y se levanta de la silla deslizándose como un gran cocodrilo de agua salada. Se vuelve hacia nosotros sin mostrar ninguna vergüenza por su desnudez. Varias cicatrices de filo, largas y blancas, le cubren los músculos esbeltos del torso. Las dos más cercanas al corazón se las hice yo cuando nos enfrentamos en el pasillo frente a mi habitación en la Ciudadela—. ¿Tharsus está vivo?

—Te está esperando en su buque insignia, mi señor —miento—. Hemos venido para llevarte con tu flota.

Apolonio mira el suelo y un escalofrío de alegría infantil lo recorre de arriba abajo. Levanta la cabeza y esboza una sonrisa depredadora.

—Magnífico. Pronto nos uniremos con él. Pero primero, las deudas. —Avanza con sigilo hacia el alcaide. Thraxa se coloca a mi lado con ademán

protector—. Alcaide, alcaide, alcaide. Recuérdame una cosa, que mi memoria tiende a confundirse, ¿no te prometí algo en la génesis de mi encarcelamiento aquí?

—He hecho lo que me pediste —me dice el alcaide—. Cumple tu parte del trato.

—Estoy hablando contigo, alcaide, no con los secuaces de mi hermano.

—No recuerdo lo que me dijiste, prisionero. Recibo muchas amenazas.

—¡Mentiras! Una raza puntillosa como la tuya no olvida. Acumuláis los hechos como hacen las ardillas con los frutos secos en invierno. Nunca hay demasiados frutos secos para una criaturilla meticulosa...

—Te he ayudado, *dominus*.

—Ah. Ahora dices *dominus*...

—Si no fuera por mí, todavía estarías en el agujero chupando algas de una tubería.

—Chupando una tubería. —Apolonio sonrío—. Un pensamiento ocurrente, ese. —Le acaricia la cara al hombre. Gotas de sudor perlan las entradas del alcaide. Apolonio le da pavor—. Deberías elegir tus palabras con más cuidado, criatura frágil. —Le limpia el sudor de la frente y lo prueba—. Como sospechaba, sabes a monedas.

—*Va a matarlo* —me dice Thraxa por el intercomunicador, que también transmite la preocupación de su voz.

—*Le pinta bien al pateador de perros* —murmura Sevro.

El obsidiano está apoyado contra el marco de la puerta, con la cabeza inmóvil, pero mirándonos a unos y a otros con interés, como si supiera que estamos hablando por los intercomunicadores privados.

—Señor, lo necesitamos vivo —digo.

—¿Por qué? —pregunta Apolonio en tono neutral.

«Porque será quien mantenga esto en secreto, psicópata de mierda».

—Lleva un monitor biométrico en el corazón. Si muere, cierran a cal y canto todo el lugar —miento—. No nos queda mucho tiempo antes de que sus sistemas de drones se reactiven. *Yalla*. Tenemos que irnos.

Apolonio se me acerca y escruta mi máscara. Le hago un gesto a Thraxa para que retroceda.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

—Artulio au Vinda.

—No conozco a ningún Artulio —replica—. Quítate la máscara.

—¿Puedo dispararle? —pregunta Sevro.

—*Entonces tendremos que cargar con él en esta gravedad terrana* —señala Alexander.

—*Yo cargaré con el montón de mierda* —responde Thraxa.

—*Se suponía que no debía ser tan grande* —murmura Alexander—. *Este cabrón debería haberse pasado los últimos seis años comiendo algas, pero parece que ha estado comiendo vacas enteras. Debe de haber ganado cincuenta kilos de músculo.*

—*Voy a dispararle, Segador* —insiste Sevro—. *Nos ha pillado. Y es un perverso.*

—*No dispaes* —ordeno.

Salvo la distancia restante para que Apolonio y yo quedemos cara a visor. Es un poco más bajo que yo.

—Seis años es mucho tiempo para que nuevos hombres dejen huella —gruño a través de la máscara—. Me han pagado por tu cuerpo con vida. Y así se lo entregaré a tu hermano. Pero me importa poco si llegas inconsciente y babeando o andando a duras penas como un condenado florecilla. Así que, cállate. Vístete. O te rompo la nariz y te arrastro como el perro marciano que eres.

Me mira durante tres latidos del corazón y luego rompe el hechizo con una

risa agradable.

—¿Venusino? —pregunta.

—Venusino —confirmo.

—Odio a los venusinos. ¿Eres Carthii?

—Saud.

A mi lado, Thraxa ha posado la mano sobre su martillo.

—Entonces vives al día. —Sonríe—. Cómo he extrañado a mi gente, incluso a vosotros, comedores de almejas. Los dorados tenemos una actitud inflexible, ¿no?

Olfatea el aire y le lanza al obsidiano una mirada desdeñosa; se vuelve para hurgar entre los cojines hasta que saca un kimono blanco bordado en púrpura y oro. Se lo ata alrededor de la cintura con una faja de seda y se agacha para darles un beso de despedida a sus rosas durmientes. No se mueven, lo más probable es que se encuentren bajo los efectos de algún narcótico. Coge el violín y regresa hasta nosotros descalzo.

—¿Nos vamos?

Nos preparamos para marcharnos y dejar al alcaide en el bloque de celdas, puesto que ya no nos es útil. Alexandar y Sevro abren la puerta y salen. Thraxa y yo los seguimos acompañando a Apolonio. Pero entonces él se precipita hacia atrás, lejos de nosotros.

Para cuando me doy la vuelta, ya está junto al alcaide y tiene la cabeza del hombre atenazada entre las enormes manos, se la sacude hacia delante y hacia atrás, explorando sus límites con los dedos. El alcaide está paralizado bajo su presa. Apolonio me mira con la insolencia aburrida de un perro que se caga en la alfombra. El alcaide grita cuando Apolonio le aprieta los globos oculares con las manos. Los músculos del dorado se ondulan. Se le hinchan las venas. Antes de que pueda separarlos, se oye un chapoteo carnoso. La sangre le salpica la cara a Apolonio cuando los ojos del alcaide se perforan y

le explotan en las cuencas. Alexandar tiene náuseas. Apolonio deja que el alcaide caiga al suelo y me mira tan contento mientras el hombre le grita y se manosea la cara. El dorado se lleva un pulgar ensangrentado a la boca.

—Igual que las monedas.

Horrorizado, miro al alcaide retorciéndose en el suelo.

—Sevro, dispárale.

Una andanada de dardos pasa silbando junto a mi hombro. Dos impactan en la cara de Apolonio. Él se ríe y se los arranca de debajo de la mejilla. Sevro y Alexandar disparan de nuevo, pero Apolonio bloquea los dardos con una mano y se le clavan en la palma. En silencio, carga contra Sevro como un bisonte alegre y empapado de sangre. Bajo el hombro y lo placo de costado, lo golpeo justo por debajo de las costillas y lo levanto del suelo abrazándole las rodillas. Nos desplomamos sobre las alfombras. Es mejor luchador que yo, y su inmensa fuerza me pilla por sorpresa. Se enreda en torno a mí como una anaconda hasta que quedo a cuatro patas y tengo la nuca apoyada contra su esternón. Él se levanta del suelo haciendo fuerza con las piernas y me retuerce el cuello, me tensa la médula espinal cuando intenta llegar hasta mi nuez con los nudillos de los pulgares. Me ahogo, incapaz de respirar, pero levanto las manos hacia su cara y le meto el pulgar en una fosa nasal e intento hundírselo en la cavidad. No afloja la presa. Me voy a desmayar. Entonces aparece el guardia obsidiano. Golpea a Apolonio en un lado de la cabeza con un narguile y logro liberarme. La máscara de mi piel de escarabajo queda atrapada entre las manos del dorado, que cae sobre la alfombra mientras yo me levanto, sin aliento y colorado.

Al levantar la vista hacia mi rostro desnudo, Apolonio comienza a reír de nuevo. Sus carcajadas son ruidos ebrios y lentos que le brotan del diafragma cuando el veneno por fin vence a su cuerpo. Extiende los brazos en el suelo, cubierto de sangre oscura como una especie de malvado calamar primitivo.

Sevro se acerca a él corriendo y le da una patada en la sien, por si acaso. Los ojos del hombre se dan la vuelta detrás de sus párpados pesados cuando se sume en la negrura.

Me quedo de pie junto a Apolonio, jadeante.

—Gracias —le digo al obsidiano.

Ahora que sabe quién soy, me escudriña la cara. Se encoge de hombros, divertido, y mira al alcaide. Durante un instante, creo que va a tomarse la revancha y a aplastarle el cráneo al cobre. Sin embargo, arroja el narguile doblado al suelo.

—Maldita sea —dice Sevro—. ¿El alcaide?

Thraxa está a su lado.

—Inconsciente, por fortuna para él.

—Antes corrupto, ahora ciego —gruño—. Algo me dice que tiene dinero para pagarse un par de ojos nuevos.

—Ricitos de oro, ¿estás bien? —pregunta Sevro.

Alexandar está encogido junto a la puerta. Titubea, después se apresura a desabrocharse la máscara y logra quitársela antes de vomitar dentro de ella.

Sevro se aparta de un salto.

—Idiota.

—Lo siento —se disculpa Alexandar, con la cara pálida.

Evita mirar al alcaide mutilado y vuelve a ponerse la máscara.

—El Minotauro derribado por una cachimba... —Sevro le da una patada al narguile y unas palmaditas en el hombro al obsidiano—. Un swing excelente. Parece que nuestro trato con el alcaide ha quedado anulado...

—¿Por qué? Ciego o no, si se despierta e informa de esto a la República, pasa el resto de su vida en una celda. Algo me dice que va a tener que hacer de tripas corazón.

—Eso es mucho suponer —dice Sevro—. Sus hombres podrían

puentearlo...

—¿Crees que no están metidos en el ajo? En caso de duda, fíate del egoísmo. Llévate a Thraxa y Alexandar y vuelve al nivel Omega para ayudar a Guijarro y a Payaso a trasladar a los otros prisioneros. Thraxa y yo nos llevaremos a este pedazo de mierda al submarino. Marchaos.

Se queda inmóvil, mirando a Apolonio con pesimismo.

—Esto es una mierda —murmura de forma que solo yo puedo oírlo.

—Dime algo que no sepa.

—He ganado 63. Si llega el momento, yo mato a este capullo. —Señala al obsidiano con un gesto de la cabeza—. ¿Qué hacemos con...? ¡Eh! ¿Cómo te llamas? —El obsidiano lo mira irritado y se lleva un dedo a la boca—. Da igual. A partir de ahora serás Deslenguado. —Sevro me mira—. Te ha visto la cara.

El obsidiano espera pacientemente mientras lo miro de arriba abajo.

—¿Te llevamos a algún sitio?

29
LYRIA
Óxido y sombras

En mi día libre, me levanto temprano y desayuno cereales fríos en el economato antes de que nadie, salvo las criadas, se levante. Después, esquivo sus pequeñas manadas de robots limpiadores por los pasillos. Queda una semana del mes brillante y el cielo azul como una magulladura desprende una lluvia perezosa. Bajo por los Montes Escualinos hasta la parada del tranvía sur y lo cojo en dirección a la estación principal, en el lado este de los terrenos. Bajo el Arco de Silenio, les muestro mi pase y mi identificación de seguridad a los Guardias del León grises que montan guardia allí. Quería traer a Liam, pero es día de colegio y, además, me preocupa que los ruidos de la ciudad lo abrumen.

—¿Primer viaje a Hiperión? —me pregunta el gris soñoliento del puesto de control de la estación mientras examina mi pase. Las colas de la primera oleada de trabajadores que se desplazan a diario desde Hiperión pasan la inspección en el otro extremo de la estación. El guardia está tardando demasiado. Detectará algún problema en el pase. Me llevo la mano a la billetera, dentro del bolsillo. ¿Con cuánto lo soborno? Debería haberle preguntado a alguna sirvienta, pero no puedo confiar en que ninguna de ellas me dé una buena respuesta. Me confundirían solo por echarse unas risas. Hay otros guardias viendo un holoprograma dentro del puesto de vigilancia—. ¿Haciendo un poco de turismo?

—Sí, señor.

—Sáltate la Círcada. Las colas son terribles.

—Tengo un flexipase.

Levanto el brillante pase plateado que el mayordomo repartió a todos los sirvientes de Telemanus.

—Estupendo —dice con sarcasmo—. Con eso podrás entrar, pero no saltarte la cola. Los sitios turísticos están a tope. Hay marcianos por todas partes. —Me mira como yo lo haría con un mosquito del 121—. Todas las identificaciones de cuarta clase están sujetas a una evaluación de espectro completo si regresan después de las 22.00.

—Soy de segunda clase...

—Solo en los terrenos de los Telemanus —me corrige señalando mi pase—. La autorización para el exterior de la Ciudadela sigue un protocolo diferente. ¿Entendido? —Asiento—. Disfruta de nuestra luna, ciudadana.

Me monto en el tren empapado de lluvia y me acurruco junto a una ventana tras arrebujarme bien el abrigo para resguardarme del frío. El tren se pone en marcha con solo seis pasajeros más. Avanza entre los árboles y la niebla otoñal baja que protege a la Ciudadela de la ciudad, y sube hacia la jungla de luces y metal que es Hiperión. Recuerdo cuando vi la ciudad desde el cielo por primera vez. Fue un momento mágico, pensar que había tantas personas en el mundo. Ahora, pensar en los disturbios y las protestas me mete el miedo en el cuerpo.

Me bajo en la Estación de Hiperión y me abro paso entre la masa de trabajadores que se apelotonan en el andén para subir al tren y hacer el trayecto de regreso a la Ciudadela. Hay verdes y plateados entre la multitud, pero la mayoría son cobres. Todos van bien abrigados para aislarse del frío y vestidos con costosos e idénticos abrigos, bufandas y sombreros oscuros de ala ancha. Les pido perdón mientras los empujo, pero no me oyen. Los auriculares brillantes les tapan los oídos. Las hololentillas les parpadean en los ojos. Uso los codos. Soy tan baja que no alcanzo a ver el camino de

salida, y casi me pisotean cuando un altavoz dice: «Cerrando puertas. No se interpongan, por favor. Cerrando puertas...».

La Estación de Hiperión me recuerda a Lagalos. Es una enorme cueva de piedra, bulliciosa y llena de ecos, atestada de viajeros de todos los confines de la República: rojos de latifundios terranos, con la piel curtida y envueltos en bufandas; muchachos azules delgaduchos, pertenecientes a alguna escuela de vuelo orbital y ataviados con elegantes chaquetas negras; verdes de la Luna obsesionados con las biomodificaciones que escuchan música atronadora a través de altavoces de hombro. Todo revuelto en una olla, como si fuera uno de los guisos de Ava. Paso ante tiendas deslumbrantes con anuncios en movimiento que muestran artículos de aspecto caro sobre rosas de aspecto caro.

En el mapa de un vestíbulo, toco la pantalla por accidente y el holo se desplaza hacia un lado para mostrar una melé de diferentes opciones de viaje. Me resulta abrumador, y no estoy segura de cómo funcionan las malditas máquinas de billetes. La amarilla que hay detrás de mí mueve un pie con impaciencia.

Siento un pánico repentino. Destaco como un dedo ampollado en un pie. Quiero huir, volver a la Ciudadela, ver holopelis en mi litera. Kavax se ha llevado a Sófocles al lago Silene para pasar el día en no sé qué reunión secreta, así que no tengo ningún deber.

No. Hiperión es la joya del imperio. Miro las tallas excavadas en la piedra de la estación. «Ava, habrías matado por ver esto».

Le debo a mi hermana darle una oportunidad a la ciudad.

Agobiada por los mapas de transporte público, salgo de la estación y comienzo a andar. Al menos puedo confiar en mis pies y en el GPS de mi terminal de datos. Solo hay cinco kilómetros caminando hasta la galería. La

mitad de la distancia que Liam y yo recorriamos desde el campamento hasta los campos de fresas.

Por el camino, me detengo ante una pequeña cafetería en un bulevar resplandeciente. Grupos de conserjes marrones vestidos con monos grises recogen basura con garras de metal. Los manifestantes del Vox Populi están comenzando a congregarse en una plaza para escuchar hablar a un hombre. Al otro lado de la zona peatonal bordeada de árboles, por detrás de los arbustos florecientes llenos de porquería, hay una gran caída hacia los niveles inferiores de la ciudad. Más allá del borde, los bloques de apartamentos se hunden tanto hacia abajo como se elevan hacia arriba. Se me revuelve el estómago, pues acabo de caer en la cuenta de que estoy kilómetros por encima de la superficie de la luna.

Los vehículos volantes surcan los bulevares aéreos como escarabajos en plena migración. Por debajo de ellos flota una capa de contaminación y niebla. Más allá brillan las luces. Una ciudad entera oculta entre las tinieblas. «Es una locura, papá. Hasta a ti te haría apartar la mirada de los holos. Puede que incluso te hiciera sonreír».

Entro en un café cercano, algo mareada por el vértigo. La enormidad de la carta me aturde, así que pido un café y un pastel. Es el primer dinero que me gasto fuera de 121, y solo el café cuesta una cuarta parte de lo que gano en un día.

La cajera marrón suspira cuando pago con billetes en lugar de con creditatos y busca el cambio en la caja registradora con una actitud exagerada y teatral. Cuando me lo devuelve, me aparto para tomarme el café en una esquina. El café está bueno, desde luego, pero el pastel me abrumba. Es de mantequilla y hojaldre, con chocolate y frutos secos por dentro. «Habrías vendido a dos de tus hijos por un trozo de esto, Ava. ¿Ves?, soy capaz de disfrutar. Soy una ciudadana normal».

Miro por la ventana hacia los peatones, pero sigo sintiéndome muy sola. Ellos forman parte de este mundo. Así es como consiguen poder permitirse estos cafés todos los días. Tienen habilidades. Fueron a la escuela Saben de ordenadores y de otras cosas avanzadas. Yo no soy como ellos.

Solo sé ser sirviente. Y antes de eso, esclava. Me imagino sentada frente a un hombre grande y vestido de traje durante una entrevista, como se muestra en los holos. Me preguntaría por mis capacidades y le diría que sé cuidar de los arcnogusanos de la seda para librarlos de los escarabajos y ponerlos a anidar durante la noche. Sé sobornar a quincallas de la mina, regatear por unos gramos de azúcar y prestar atención a los rumores para no quedar atrapada por alguna pandilla del 121.

—Una roñosa muy lista, buena mujer —diría—. Pero no es lo que necesitamos por aquí. ¿Has probado de conserje?

El museo es bonito, está limpio y abarrotado. El ala del Amanecer de la Era Espacial está atestada. Hay muchas naves espaciales antiguas donadas por el mismísimo Regulus ag Sol. Tengo que abrirme paso entre un grupo de grises y azules para lograr siquiera vislumbrar la mitad de las reliquias. A través del hueco formado por el codo de una mujer, reconozco el talón alado del logo de la empresa del plateado. El mismo que aparecía en nuestras tiendas, en nuestros paquetes de comida y en nuestro purificador de agua. El mismo que figuraba en los robots que nos reemplazaron en nuestra mina «no rentable».

La exposición de la Historia de los Conquistadores está cerrada; hay barreras de Guardianes bloqueando la entrada. Una bandada de cobres que van delante de mí se ríen como leones en la selva porque hace unas semanas se produjo algún tipo de robo terrible. Por una rendija en la lona que tapa la entrada de la exposición veo que hay varios verdes instalando hardware en el suelo mientras un equipo de naranjas y rojos arreglan un arco de mármol

donde, encima de la palabra «CONQUISTADORES», han grabado «CHUPAPOLLAS».

Sonrío para mis adentros.

Me salto el ala dedicada al Amanecer —Conn y Barlow habrían berreado de desilusión— y me pongo en la cola para el ala de la Libertad. Allí me encuentro con una habitación de hormigón que tiene varias plantas de altura y se estrecha en la parte superior para dejar entrar un fino raudal de luz; un millón de emblemas rojos colman el suelo. Son pequeños como pulgares y están hechos de metal flexible, como los de mis propias manos. Todos están sacados de las minas que liquidó el Chacal de Marte. Lo llaman el Salón de los Gritos.

Es grotesco y frío y quiero huir de él. Pero me quedo. Por mucho arte que haya aquí, este es el lugar donde más claramente puedes enfrentarte al horror. Un hombre no mucho mayor que yo cae al suelo llorando, aferrado a uno de los emblemas. Va solo, pero otros rojos que caminan detrás de él se arrodillan para consolarlo hasta que a su alrededor se forma un nutrido grupo, y todos lloran, y yo me enjugo las lágrimas de los ojos y aparto la mirada mientras me pregunto si debería unirme a ellos, pero me siento demasiado incómoda y demasiado conmovida para hacerlo. ¿Dónde estaba este amor en el Campamento 121?

Hay un par de dorados altísimos en el extremo opuesto de la sala, contemplando el espectáculo con su hijo pequeño. Son una pareja atractiva. Nos miran con ojos sombríos, respetuosos. Pero me entran ganas de gritarles. De decirles que se larguen. Esto nos pertenece a nosotros.

Entonces el hierro tintinea cuando el niño escapa de entre las manos de su madre y echa a caminar sobre los emblemas. Va juntándolos con los zapatos. El ruido rebota contra el hormigón y se eleva piso tras piso, intensificándose

con cada eco, hasta alcanzar la parte superior de la fría garganta de hormigón de la habitación.

Los rojos agrupados guardan silencio y lo miran fijamente.

El Salón de los Gritos me ha provocado náuseas y claustrofobia, así que me abro paso entre la multitud para intentar encontrar un sitio donde sentarme y recuperarme. Todas las cafeterías están llenas, así que me dirijo a un pequeño parque que hay en el exterior del museo. Me encojo para pasar entre una lenta manada de azules etéreos, dejo atrás a unos verdes charlatanes. Todos los colores abarrotan, juntos, los amplios escalones blancos que conducen a la entrada del museo. Con cuidado, paso junto a una terrible mujer dorada que se ha parado en mitad de la pasarela peatonal para hablar por un chip interno. Un rojo con piercings excéntricos choca conmigo, ansioso por avanzar.

—Lo siento, cariño —murmura, y sigue adelante, deslizándose entre la multitud y dejando atrás una estela de humo de su cisco.

Alguien grita a mi espalda en las escaleras. Me vuelvo y veo a la mujer dorada dando vueltas como una loca, escudriñando a la multitud con la mirada hasta que la posa sobre mí. Señala con un dedo largo y enjoyado.

—Tú. —Miro hacia atrás para ver a quién se refiere—. ¡Ladrona!

Empieza a avanzar en mi dirección y me doy cuenta de que viene a por mí. La gente que me rodea se aparta. Siento el impulso de huir, pero me quedo plantada donde estoy, en la acera.

—¡Vigilantes! —grita la mujer imponente—. ¡Vigilantes! ¿Dónde está, enana roñosa?

La mujer me mira con desdén. Me saca una cabeza y debe de pesar cincuenta kilos más que yo. Tal vez más, a pesar de lo delgada que está. Parece una salamandra dorada y demacrada envuelta en un abrigo de piel, pero los ojos enormes le brillan como dos gemas malvadas.

—Sé que te lo has llevado tú.

—Yo no me he llevado una mierda —le espeto.

Me agarra del brazo y tira con tanta fuerza que siento que la articulación del hombro se me afloja ligeramente. Me levanta los pies del suelo.

—Eso ya lo veremos. ¡Vigilantes!

—Ya vienen —dice alguien.

Miro a mi alrededor, confundida, y me revuelvo de tal manera que consigo que mi chaqueta mojada por la lluvia escape de entre las manos de la mujer.

—No la dejéis huir.

Una mujer verde y un viejo plateado se interponen en mi camino. El plateado me agarra y me sujeta el brazo hasta que dos vigilantes se abren paso entre la multitud que se va reuniendo a nuestro alrededor. Grises. Una punzada de miedo me atraviesa de lado a lado. Llevan boinas de tela azul y uniformes grises con insignias de titanio en las que una mujer con los ojos vendados sostiene la estrella de la República. El más joven de los dos les dice a los transeúntes que se dispersen mientras el mayor estira el cuello para mirar a la dorada y después la saluda con un respetuoso gesto de la cabeza.

—¿Hay algún problema, ciudadana?

—Esa es una ladrona.

Él me mira con calma.

—¿Quién, ella?

—¡Esa golfilla me ha robado el brazalete! Me lo ha arrancado de la muñeca.

Abro los ojos como platos.

—Y una mierda voy a haber hecho yo eso.

—Yo la he visto intentar escapar —asegura el plateado—. La he tenido agarrada hasta que habéis llegado.

—Era un brazalete de diamantes y lirconio. Carísimo. Iba hablando por el

intercomunicador y ella me lo ha robado con esos deditos escurridizos.

Me quedo tan anonadada que enmudezco.

—Mantén la cabeza quieta, ciudadana —me dice el vigilante más viejo y gordo. Un óptico claro descende sobre su ojo izquierdo desde los auriculares de plástico fino que lleva debajo de la boina azul—. Tengo que escanearte.

—Pero si no he hecho nada...

—Entonces no tienes nada que esconder.

—¿Alguno de vosotros ha visto cómo pasaba? —pregunta el gris más joven a la verde y al plateado.

—Yo he visto a la roñosa chocarse con ella.

—No. Yo solo he oído el grito.

—¡No he hecho nada!

—Cállate o te detendremos por sacar la lengua a paseo —me advierte el vigilante joven.

—Ciudadana, deja de mover la cabeza.

Me quedo muy quieta y me trago las ganas de insultarlo llamándolo quincalla. El ojo del gris parpadea con la luz de la pantalla de proyección del óptico. Un caleidoscopio de caras fluye sobre su pupila.

—No está en el Archivo —le dice al otro—. ¿De dónde eres, ciudadana?

Me indica por señas que ponga el dedo en su máquina de muestra de ADN. Siento el pequeño pinchazo de una aguja. El gris frunce el ceño ante los resultados.

—Marciana, por supuesto. Habla como si tuviera barro en la boca —interviene la dorada—. Detenedla de una vez. Quiero recuperar mi brazalete. —Hace un gesto para abarcar los edificios que hay a su alrededor—. ¿No podéis recuperar las grabaciones de las cámaras de seguridad?

—Son propiedad privada. No está vinculada al Archivo, así que necesitaríamos una orden.

—Qué ridiculez de burocracia. Las calles se han convertido en basura. ¡Un robo en el Paseo Marítimo! Si dejarais de prestar atención a esos espantapájaros senatoriales plebeyos y os limitarais a hacer vuestro trabajo...

—Ciudadana, por favor —dice el vigilante mayor. Echa un vistazo en torno a los rojos que hay entre los mirones, probablemente preguntándose si serán del Vox Populi. Si esto lo ven los ojos equivocados, se convierte en una revuelta—. ¿Eres marciana, chica?

«Respira. Respira».

—Sí, soy marciana.

—No estás en el Archivo. ¿Dónde está tu permiso de tránsito? ¿Lo tienes en la identificación injertada?

—¿Qué?

—¿Tienes algún tipo de identificación?

Me llevo rápidamente las manos a los bolsillos, donde guardo la identificación de la Ciudadela. Ambos grises dan un paso atrás y bajan las manos hacia las armas que llevan en la cadera. El más joven desenfunda la suya y, cuando levanto la vista, me topo con el cañón de metal a dos metros de la cara.

—¡No te muevas! —Me estremezco ante la orden y un miedo casi genético a los grises con pistolas me paraliza por completo—. ¡Manos fuera de los bolsillos! ¡Manos fuera de los putos bolsillos! ¡Ahora!

Me quedo inmóvil, todo mi cuerpo se contrae y tiembla. Estoy demasiado asustada hasta para sacar las manos de los bolsillos. Me clavan miradas hostiles, de odio, justificadas porque debo de haber satisfecho alguna fantasía retorcida.

—¡Saca las manos! ¡Espacio! ¡Espacio!

Saco las manos. El gris mayor ve rojos y marrones mirando entre la multitud. Varios están hablando por sus intercomunicadores. Uno camina

hacia nosotros. El viejo baja el arma con un destello de pánico en los ojos. El joven no ve a los espectadores y se abalanza sobre mí para aplastarme contra una pared cercana. Me separa las manos a golpes y las piernas con patadas. Me escanea el cuerpo con una porra y luego me cachea. Después me coloca las manos a la espalda y me pone unas esposas magnéticas. No sé qué hacer.

—No lleva armas de fuego ni bombas —anuncia el joven, que sigue sin captar la agitación del mayor—. Ni tampoco brazaletes. —Me saca la identificación del bolsillo y da un paso atrás—. Liria de Lagalos. —Se queda callado—. Eh, Stefano, mira esto.

—Entonces debe tener un cómplice —está diciendo la dorada.

—Yo he visto a otro rojo... —interviene la verde.

—Yo también. Miembro de una pandilla, sin duda. Tatuajes, piercings. Oigan, agentes, ¿puedo darles ya mi testimonio o mi tarjeta? —pregunta el plateado mirando un reloj—. Tengo una reunión...

—Rico, apunta los testimonios y los documentos de identidad. —El intercomunicador del vigilante mayor crepita. Enfunda sus armas—. Necesitaremos un furgón en el nivel del Paseo, entre la 116 y Eurídice. Enviad supresión de masas. Tenemos unos cuantos mirones del Vox. Podría ponerse feo. —Se vuelve hacia mí—. Puedes darte la vuelta, ciudadana.

Con las manos a la espalda, me vuelvo con torpeza. La lluvia ha comenzado a caer de nuevo. Me estremezco. El gris más joven revisa mi identificación.

—Personal de la Ciudadela, ¿eh? —Asiento—. ¿Conserje? —Luego se fija en el emblema del zorro a la derecha de mi nombre—. Personal de Telemanus. Autorización de segunda clase. Claro. Por eso no está en el Archivo.

No estoy segura de si es una pregunta.

—Es probable que también haya robado la identificación —insiste la

dorada.

El vigilante viejo se vuelve con brusquedad hacia ella.

—¡Ciudadana, por favor! Mira a tu alrededor.

—¿No sabes quién soy? —pregunta la mujer con desprecio—. Soy Agilla au Vorelius, agente. Eso es. ¿Por qué no estás intentando localizar a su cómplice? Tiene que tenerlo. Se mueven en manada, ya lo sabes. Son unos monstruitos salvajes enloquecidos. Ya no queda ningún lugar seguro. ¿Cómo te llamas? Voy a dar parte a mi querido amigo el senador Adulius. Estás a una sola llamada de intercomunicador de vigilar plantas de filtración de agua en Fobos. —Se inclina hacia delante y entorna los ojos brillantes mientras lee su placa—. Agente Gregorovich.

El viejo gris palidece.

—Ciudadana Vorelius, vamos a arrestarla...

—¿Vais a arrestarme? —aúllo—. Yo no he...

—Cállate —me ordena con un empujón instintivo. Estoy tan furiosa y asustada que me limito a recuperar el equilibrio y mirar al suelo—. La arrestaremos y llevaremos a cabo una investigación completa. Obtendremos las imágenes de todas las cámaras en cuanto consigamos una orden. Si ha contribuido a robarle el brazalete, pagará por ello.

—Bien. Bien. De todas formas, tienen que informar al mayordomo de los Telemanus. Deberían saber que tienen un ladrón entre sus filas. Aunque no creo que eso moleste mucho a los señores de la guerra marcianos. Pero, como mínimo, esa chica debería quedarse sin trabajo. Hay que mantener las calles limpias.

Eso me aterroriza aún más que los grises.

Me llevan hacia un destartalado vehículo aéreo gris con forma de hogaza de pan y rayas cian de Hiperión que acaba de aterrizar en la calle. Abren la

puerta de atrás. El furgón está lleno de cabrones con pinta de duros, la mayoría de ellos colores inferiores con tatuajes, borrachos y vagabundos.

—¿Qué ha hecho la chica? —grita un viejo rojo entre los transeúntes.

—Muévete, ciudadano —ordena uno de los grises.

—¡Mentirosos! —grita otra persona. Una botella se estrella contra el suelo cerca de los agentes—. ¡Que os jodan, quincallas!

—Súbela al furgón.

—Que os den... —siseo, y opongo resistencia cuando los vigilantes tratan de empujarme hacia el interior del vehículo.

Me siento como una niña que monta una pataleta. Se me ha entumecido la cara. Uno de ellos saca una porra aturdidora.

—Sube con los pantalones meados. O sube sin los pantalones meados. Obedece, ciudadana.

Encogida de miedo, me encaramo a la zona de carga del furgón y dejo que me empujen hasta un asiento situado entre un rosa viejo y harapiento al que le castañetean los dientes negros y un obsidiano borracho con vómito y sangre en la llamativa chaqueta de carreras. Las esposas emiten un ruido metálico cuando el magnetismo me inmoviliza en el asiento. Un profundo miedo animal crece dentro de mí. Tiro de los grilletes.

—Por favor. Por favor, no...

Ahora hay gritos fuera. Ruido de sirenas y más botellas que se rompen.

—Agentes —dice alguien en la calle antes de que cierren las puertas.

Un hombre gris y delgado vestido con un sobretodo se les acerca. Luce una perilla bífida y cojea bastante de la pierna derecha.

—Me temo que ha habido un error —dice—. Esa chica es amiga mía.

—¿La ratera? —pregunta el vigilante viejo, que mira de soslayo a la multitud congregada.

—¡Esa sí que es buena! —ríe el extraño—. ¡Si ella es una ratera, yo soy un

ladrón de arte mundialmente famoso! Conozco a su familia desde hace ocho años. Hemos venido de excursión a la ciudad para disfrutar de los puntos de interés turístico. La primera parada era el ala de la Libertad, luego el Centro del Héroe... Aburrido, ya lo sé, pero quería mostrarle una parte de mi pasado. Asegurarme de que esta nueva y ostentosa generación conoce los sacrificios que los nuestros hicieron en su día.

—¿De tu pasado? —pregunta el vigilante mayor—. ¿Eras de los Hijos?

El desconocido se encoge de hombros, como avergonzado.

—Todos hacemos lo que podemos. Primero trabajé de vigilante.

El obsidiano gigantesco que tengo al lado se arranca una flema de las entrañas de la nariz y la escupe a mis pies. Me sonrío con los dientes rotos y susurra algo en un idioma que no entiendo. El aliento le huele a cañería. Mientras tanto, los grises parlotean en jerga militar y yo los miro sin entender nada en absoluto.

—¿Qué cohorte? —pregunta uno de los vigilantes.

—*Cohors XV*.

—¿En el Centro Serenia?

—En la mismísima ciudad del cráter.

Uno de los hombres silba.

—Un espetón en carne y hueso.

—Entonces eras de los servicios de primera respuesta...

—Eso dicen.

—Yo también estuve allí —dice el vigilante viejo—. Era de la Decimotercera en aquel entonces.

—Un día tremendo —responde el extraño.

—Un día tremendo.

Los hombres se dan la mano.

—Philippe —dice el extraño.

—Stefano —responde el viejo—. Ese es Rico. Es gilipollas.

—Entonces, ¿de qué va esto, Stefano? Mi amiga parece estar a punto de convertirse en el almuerzo de ese cuervo. Y tú en el de las masas.

—Una ciudadana dice que tu amiga le ha robado un brazalete —contesta el agente Rico de malos modos, molesto porque lo hayan marginado de la conversación.

—¿El brazalete? —El extraño llamado Philippe se ríe de nuevo—. ¿Y mi amiga lo llevaba encima?

—No, pero...

—Entonces, ¿por qué está en el furgón? ¿Roñosos *ad portas*?
El mayor asiente.

—La ciudadana amenazó con montar un escándalo. Con recurrir a las altas instancias de la pirámide. Contactos, ya sabes.

—Ah. —El extraño arquea las cejas—. ¿Era dorada, entonces?
Stefano parece avergonzado.

—Ya sabes cómo son las cosas.

—Los mismos engranajes, aceite nuevo.

—Así es.

—Así es. ¿Cuánto te queda para la pensión?

—Tres. Las retrasaron todas cinco años.

—Qué cabrones.

—Sí. Los reclutas nuevos no están a la altura. Rojos y marrones... hasta un obsidiano. Es una puta locura. No hay disciplina. Así que mantienen a los perros viejos en la perrera.

—Es criminal.

—Así va todo.

El desconocido se acerca y baja la voz.

—Escucha... Sé que es tu trabajo, Stefano. Lo sé muy bien. Pero mira a tu

alrededor. La mecha está encendida. Si te la llevas, el Vox estalla. Yo respondo por esta señorita. Le dije a su madre que cuidaría de ella. Es de las buenas. Me mataría tener que volver y explicarles la situación a sus padres. Ya sabes cómo son los rojos: color pequeño, genio grande. Y si te la llevas a comisaría, esto se complica. Sobre todo teniendo en cuenta que no ha hecho nada de nada. ¿Hay alguna posibilidad de que te olvides de registrar el incidente? —Vuelve la mirada hacia la multitud—. Ahórranos a todos un dolor de cabeza.

—Stefano... —comienza a decir el agente Rico.

—Calla, inútil.

El agente Stefano me mira, se vuelve hacia la calle y luego hacia los otros vigilantes mayores que han traído el furgón. Asiente, baja de la parte trasera del vehículo de un salto y desconecta el acoplamiento magnético de mis esposas. Lo sigo con recelo hasta el exterior.

—Te debo una —le dice el extraño—. Un maldito detalle por tu parte.

—No sé de qué me hablas.

El extraño le tiende la mano.

—*Semper fratres.*

—*Semper fratres.*

Los vigilantes cierran el furgón y se alejan dando zancadas entre la multitud y empujando a cualquier color inferior que se les acerque demasiado. El vehículo vuelve a elevarse en el aire y se reincorpora al tráfico aéreo. Me quedo plantada en mitad de la calle, a solas con el extraño. La multitud, despojada de su mártir, se dispersa tan deprisa como se congregó. Algunos se acercan para preguntarme si estoy bien. Asiento, todavía nerviosa.

—Finge que somos amigos —dice el hombre mientras me aleja de allí—. Siguen mirándonos.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunto cuando se sienta en un banco a fumar.

Acepto el cisco que me ofrece y me lo enciende con la llama que sale de su anillo del meñique.

—Se lo ha robado otro rojo —contesta—. Lo vi hacerlo.

—¿Y por qué no lo dijiste antes? —pregunto acalorada.

—No te conozco —dice—. Hoy en día te buscas un problema por menos de nada.

—Eso parece —murmuro.

—¿Siempre eres así de... agresiva con las personas que dedican una parte de su tiempo a ayudarte?

—No... Es solo... Lo siento.

—Y no tenía sentido que fuera a hablar con esa dorada que acechaba como una avispa salvaje. Tienen unos agujones muy desagradables. Era una forma fácil de meterme en un atolladero.

—¿Un atolladero? —pregunto.

—Una situación complicada —explica—. Philippe.

Estira una mano. Su voz es ahora más ligera, más juguetona, que mientras hablaba con los vigilantes. Tiene una expresión traviesa y una mirada inteligente que parece aburrida de la mayoría de las cosas que ha visto, pero que se concentra en mí con atención.

—Liria de Lagalos.

—¿Marciana? —Se ríe—. Bueno, entonces me alivia que no me hayan preguntado cómo demonios te conocí. Marciana. ¡Ja! Esa es buena. Podría haberlo fastidiado todo.

Apaga su cisco y se levanta, a punto de irse.

—¿Por qué me has ayudado? —pregunto de nuevo.

—Te pareces a alguien que conocía. —Guarda silencio—. Y odio a esos

asquerosos colores superiores. Sacan pecho como si todavía no se les hubiera acabado la función. Que pases un día adorable, Liria de Lagalos. Mide tus palabras cuando hables con quincallas. Ese Stefano era un buen tío, pero la mayoría están como flanes últimamente, con todo eso de los terroristas y los incendiarios del Vox.

Se aleja.

—¡Espera!

Se para.

—¿Sí?

—Estoy en deuda contigo —le digo mientras busco mi billetera—. Tú me cuidas, yo te cuido. Así se hacen las cosas.

—¿Quieres pagarme? —Está ofendido—. Cielos, no. No degrades la serendipia, cariño. —Se queda callado mientras varias personas pasan entre nosotros. Parece estar reflexionando sobre algo. Tiene la mano apoyada sobre el esternón, tocando algo que lleva debajo de la camisa—. Bueno, qué demonios —dice con un suspiro—. Tienes pinta de estar muy perdida. ¿Cuánto tiempo hace que resides en nuestra bella ciudad?

—Es mi primer día.

Adopta un tono meloso:

—Pobre conejito.

—No soy un conejo —replico.

Se echa a reír.

—Cierto. Tienes los dientes mucho más grandes. Entonces, es tu primer día. ¿Y qué has visto? —Me arranca el folleto de las manos cuando se lo enseño—. Qué lástima, niña. Vas a pasarte todo el día haciendo cola. Bueno, da la casualidad de que necesito caminar. Es por la rodilla, ya lo ves. Una vieja herida. ¿Y si me lo agradeces haciéndome algo de compañía y

escuchándome un poco para que no tenga que hablar solo todo el rato? Creo que es un trato justo.

Dudo.

—Te prometo un espléndido día de jolgorio y fraternidad.

Tiene unos ojos pícaros. Por lo general, confío más en ese tipo de ojos que en los bondadosos. Esos son los que me tienen lástima.

—De acuerdo.

—Espléndido. —Se da la vuelta y comienza a andar—. Nos vamos, Liria de Lagalos. —Se da unas palmaditas en la pierna—. Hop, hop.

Philippe me resulta hilarante. Caminamos y hablamos por el nivel del Paseo y nos detenemos en la impopular pero hermosa Galería Palas para ver unas esculturas de cristal que parecen bailarines de las Laureales congelados en el tiempo, y en el Zoológico Cerebian, donde los canguros, las cebras y otras criaturas extintas han vuelto a cobrar vida gracias a los tallistas. Me introduce en el mundo de las palomitas con caramelo y cardamomo y de los granizados. Fumamos ciscos entre los árboles iluminados por las farolas en el parque de Aristóteles y vemos a los perros sueltos perseguir a las palomas con plumaje de luto que se reúnen para beber en las fuentes. Philippe lo narra todo como si yo se lo hubiera pedido. Se le dan bien las palabras, utiliza muchas que no conozco, y otras de formas extrañas para mí. Tiene algo cosmopolita, algo sofisticado, tanto que se burla de los modales arrogantes de las damas con pieles y joyas que tan intimidantes me parecieron al principio.

«Ava, te encantaría este hombre. No se parece en nada a los estúpidos chicos del pueblo».

Él también parece querer conocerme. No quiere saber «cosas sobre mí», como todos los demás, sino lo que pienso. Yo no paro de divagar, olvidándome de sentirme cohibida, y él me observa, sin dejar de tocar ese algo que lleva debajo de la camisa.

Es posible que sea más viejo que mi padre, pero tiene algo juvenil que me hace sonreír. Esconde algo, una tristeza profunda, tal vez. Y a veces lo sorprendo mirando los árboles o una fuente como si hubiera estado aquí antes con otra persona, hace mucho tiempo. Cuando lo hace, siempre se lleva la mano al pecho.

Me pregunto a quién le recuerdo.

Pierdo la noción del tiempo, pues me olvido de que aquí el sol no se pone al final del día. Cuando le digo que debo regresar a la Ciudadela, Philippe exige acompañarme después de que terminemos el día cenando en un pequeño restaurante venusino que conoce. Vacilo, a pesar de cómo me ruge el estómago, y estoy a punto de inventarme una excusa, porque nunca he estado en un restaurante de verdad y me avergüenzo de mi abrigo y me preocupa no poder permitírmelo. Pero Philippe me convence. Y, maldita sea, menos mal que lo hizo. El pequeño restaurante venusino es el lugar más bonito que he visto en mi vida. Las servilletas y los platos son tan blancos como un huevo duro. Los cubiertos, de plata. La música fluye de un citarista violeta que toca debajo de un cenador emparrado con vistas a la Ciudadela y a las montañas del norte.

—Me duele pensar que hayas llevado una vida sin ostras —dice Philippe, que a continuación sorbe una.

—Bueno, tú nunca has comido huevos de víbora fritos.

—Un gusto adquirido, sin duda.

Me estremezco cuando sorbo otra ostra. Le primera la he masticado y casi vomito, pero, ahora que sé que se tragan de golpe, están empezando a gustarme si las sazono con el vinagre suficiente. O tal vez me guste que me gusten. Me siento muy importante cuando el camarero se acerca y me pregunta si nos apetece algo más y le contesto:

—Así es, otra bandeja, por favor.

—Y dos martinis más —exige Philippe—. Y con un par de buenas aceitunas dentro, encanto.

El camarero se sonroja y se aleja correteando. Me quedo mirándolo, asustada por lo que va a costar todo esto cuando apenas he podido permitirme un café. Philippe arroja su concha vacía en un cubo.

—No le llegan ni a la suela del zapato a los verdaderos crustáceos de Venus, pero, con la guerra, la Tierra hace lo que puede.

—Tengo entendido que el comercio podría reanudarse con la paz —comento como si fuera una experta.

Se lo oí decir a uno de los hombres de Quicksilver que visitaron a Kavax hace unas semanas.

—¡Ja! La paz no durará. Nunca dura. Los dorados no son capaces de asumir una victoria condicional. Tienen que tenerlo todo.

—El Vox Populi podría aprobarla sin los dorados.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Me encojo de hombros, consciente de que ya he hablado demasiado.

—Oigo cosas.

Me estudia con detenimiento.

—¿Y no te fastidia firmar la paz con los esclavistas?

Lo medito, aliviada de que no me pregunte dónde he oído esas cosas.

—No lo sé.

—Estoy seguro de que si te molestara lo sabrías.

—Ese senador... Dancer O'Faran. Él fue quien liberó mi mina.

Philippe silba.

—Eso es importante.

Asiento con la cabeza.

—Tardé un tiempo en recordarlo. Pero si vieras cómo nos miró... Solo quiere mejorar las cosas. Aquí y en Marte. La soberana da la sensación de no

pensar en nada que no sea su marcador personal: poner fin a sus asuntos con el Señor de la Ceniza. Así que la gente pequeña se queda atrás. Ella ni siquiera ha puesto un pie en Marte en los últimos seis años, y el planeta está hecho un... atolladero.

Sonríe al escuchar la palabra.

—¿Y qué hay del Segador?

—No lo sé. —Me encojo de hombros, borracha y con ganas de cambiar de tema—. Es como si ahora fuera uno de ellos.

—Dorado.

Asiento y pienso en mis hermanos legionarios, preguntándome si debería hablarle a Philippe de ellos. No. No quiero que la lástima me fastidie la noche.

—Solo quiero que termine —digo—. Solo quiero esa vida que nos prometieron.

—Como todos. ¡Ah, las ostras!

Nos terminamos la siguiente bandeja y, después de los dos martinis, Philippe pide la cuenta sin que yo lo note. Lo regaño exageradamente, pero, por dentro, le doy las gracias al Valle y me siento idiota por preocuparme tanto por ello.

Borrachos como cubas, nos alejamos del restaurante tambaleándonos, cogidos del brazo y cantando una balada roja que Philippe ha insistido en que le enseñe. Trata sobre un chico tan encantador que sedujo a una víbora. Aunque Philippe pesa al menos treinta kilos más que yo y me saca dos palmos de altura, está más ebrio.

—La constitución de los rojos es impresionante, maldita sea —suspira cuando se sienta en mitad del Centro del Héroe a pesar de la ligera llovizna que cae desde la capa de nubes. La luz tenue hace que la noche parezca casi marciana—. Tengo que descansar la pierna. Me duele mucho.

Nos sentamos juntos en un banco en el medio de la plaza del Centro del Héroe. Está rodeada por un círculo de estatuas. Mi favorita, la de Orión x Aquarii, se eleva hasta una altura de siete pisos sobre un motín de arcos rojos. La azul célebremente cascarrabias está representada de pie, con las manos en las caderas y un loro en el hombro. La estatua de mayor tamaño está en el centro de la plaza. Por la noche, las luces del suelo se encienden para iluminar al Segador de Hierro: un chico rojo diez veces más alto que un hombre de verdad aparece encadenado a dos enormes pilares de hierro. No es corpulento. Está medio desnutrido. Tiene la espalda encorvada. Pero abre la boca en un rugido. Las cadenas parecen resquebrajarse y romperse. Las columnas están hechas añicos y, entre los fragmentos, hay más formas, íconos y caras que gritan. Philippe vuelve a acariciar el collar cuando se recuesta en el banco mirando la estatua.

—¿Qué es eso? —le pregunto al cabo de un momento. Enarca las cejas—. Lo que tienes debajo de la camisa. Llevas toda la noche acariciándolo como si fuera una mascota.

—¿Eh? —Se yergue y saca el collar. Es del tamaño de un huevo pequeño y representa el rostro de un joven con el cabello rizado y una corona de uvas—. Una fruslería que me regaló alguien especial. Es Baco. El señor de la frivolidad y el vino. Mi alma gemela.

—¿Quién te lo regaló? —pregunto—. Lo siento. Mis modales son una mierda.

—Dispenso tus modales, querida. Estoy demasiado borracho para hacer otra cosa. —Aun así, guarda silencio y su rostro pierde su divertida expresión natural, que se ve sustituida por una emoción más oscura e intensa—. Fue un hombre. Mi prometido.

—¿Prometido?

—¿Algún problema? —responde con una voz nueva y cortante.

—No... Yo solo...

—Porque sé que los rojos inferiores son unos primitivos de mierda con ese tipo de cosas. Es parte de su condicionamiento minero. ¡La familia nuclear! La homosexualidad no es eficiente. ¡Un desperdicio de esperma, declara el Consejo de Control de Calidad!

Frunzo el ceño.

—No todos somos así.

Pero mi padre sí lo era.

—No —dice con una risita risa etérea, transformado de nuevo en él mismo.

En ese momento, lo entiendo. Todas esas palabras grandilocuentes, toda esa excentricidad de dandi, son un escudo. Debajo hay dolor, y durante un momento, ha confiado en mí lo suficiente para compartirlo conmigo.

—Lo siento, cariño. Llevo una curda terrible. Es más fácil mirar solo para adelante cuando llevas una curda terrible.

Suspira y contempla el agua que gotea por la estatua del Segador. Las aves se amontonan en las axilas del monumento.

—¿Cómo era tu prometido? —pregunto con suavidad.

—Marido. Odio llamarlo prometido. Es degradante. Él... era un buen hombre El mejor. No tenía nada en común conmigo, excepto cierta obsesión por el vino del señor. Era una broma privada que compartíamos entre los dos. Ya ha fallecido. Aunque seguro que ya lo habías adivinado.

—Lo siento.

—Todos tenemos nuestras sombras.

Sonríe valientemente.

—A mi familia la mataron en Marte —digo, y me sorprende pronunciando las palabras en voz alta.

Mucha gente me ha preguntado, y vuelto a preguntar, pero me he negado a

contestarles, porque ¿cómo iban a entenderlo? Pero la tristeza de Philippe sí me comprende. Cuando me mira, no me siento compadecida. Me siento vista.

—Estaba en uno de los campos de asimilación. Pasamos allí demasiado tiempo, y llegó la Mano Roja.

—¿Cómo se llamaban?

Dejo escapar un pequeño quejido de dolor.

—Nadie me lo había preguntado.

—Entonces me siento honrado de ser el primero en saberlo.

—Mi hermano se llamaba Tiran. El nombre de mi padre era Arlow. Mi hermana era Ava. Sus hijos: Conn, Barlow y Ella. La más pequeña... —Se me quiebra la voz—. Era un bebé. —Intento sonreír—. Pero saqué a mi sobrino de allí, y también tengo hermanos vivos.

Su silencio es el de un hombre que lucha contra algo que tiene dentro. La batalla se desarrolla en los músculos de su mandíbula y en el movimiento inquieto de sus manos contra el banco. Al cabo de un rato, sin saber qué bando ha ganado, sigo su mirada hacia el Segador de Hierro.

—¿Sabes lo que veo cuando lo miro? —me pregunta—. A un ladrón. —Se echa a reír—. Supongo que para ti eso es una blasfemia. Es vuestro gran héroe. Vuestro mesías.

—Él no es mi mesías.

—¿No?

—No.

—Es increíble —dice mirándome.

—¿El qué?

—Últimamente, todo el mundo monta alboroto. Pero tú, tú guardas silencio cuando tienes todo el derecho del mundo a gritar. La Luna no está hecha para el silencio. Yo tampoco.

No digo nada. Con él no siento la necesidad de hacerlo, y tal vez por eso le

haya contado lo de mi familia. Era un secreto que deseaba guardarme para mí porque no quería la lástima de nadie. No quiero rebajar sus muertes ni prostituirlas a cambio de atención.

—¿Qué ves tú? —pregunta refiriéndose a la estatua.

—Óxido. —Me callo—. Y sombras.

Caminamos hacia la estación de tren en silencio. El vapor provocado por el calor de la fricción sobre los rieles se eleva desde las vías.

—Gracias —digo—. Por todo.

—El placer ha sido mío, Liria de Lagalos. —Se queda callado mientras escoge cuidadosamente sus palabras—. Sé que Hiperión puede parecer demasiado grande para que tú cuentes en ella. Y que la gente de aquí da la sensación de ser más distinguida que tú. Pero no dejes que te hagan sentir pequeña. —Me da unos golpecitos con el dedo en el pecho y sonrío con ironía—. Eres todo un mundo. Eres imponente y encantadora. Pero tienes que verlo antes de que lo vean los demás. —Me sonrío, un poco avergonzado—. Tienes el número de mi terminal. No desaparezcas, conejito. —Me besa en la frente con gesto paternal y se vuelve hacia la lluvia—. Hasta que volvamos a vernos.

Salta dos veces como un conejo antes de que la rodilla mala le falle de forma cómica. Se da la vuelta con una gran sonrisa dibujada en la cara y no puedo evitar reírme.

Ya de vuelta en la Ciudadela, me acurruco y me tapo hasta el cuello con las mantas de mi litera, demasiado cansada para proyectar el holo de Marte, y pienso que es maravilloso haber hecho un amigo al fin.

30
DARROW
El Nessus

Sacamos a nuestros trofeos de la Fondoprisión sin incidentes. Nos llevamos a otros diez prisioneros de alto valor de las entrañas de la instalación en nuestro sumergible. A pesar de que están paralizados y esposados, la presión de sus cuerpos y el hedor de su carne sucia, apilada en la parte posterior de la cabina estrecha, es casi más de lo que puedo aguantar. Liberar solo a Apolonio habría puesto de manifiesto nuestras intenciones. Ahora, si el alcaide no cumple con su parte del trato, el Señor de la Ceniza y la República pensarán que es una evasión general. Solo espero que nuestros métodos no letales y nuestro acceso a su sistema no nos delaten demasiado rápido.

A pesar del éxito de la misión, me siento atrapado. Encarcelado por la proximidad de la escoria. Apolonio yace con su kimono sobre la pila de caudillos caídos, como un temible rey cadáver. Las miradas oscuras y silenciosas de mis amigos, encorvados bajo la luz roja del submarino, hacen que me pese el corazón en el pecho. Sé que ellos sienten la misma carga, que todos formamos parte de un hecho atroz. Thraxa, que siempre ha soportado una culpa abrumadora por los actos crueles de su color, mira a los prisioneros con hostilidad. Si esto fuera mal, si estos dorados se alzarán de nuevo a la cabeza de sus legiones, toda su maldad se propagaría de nuevo por el mundo como un reguero de pólvora.

—Señor... quiero pedir disculpas —me susurra Alexandar con cautela para que los demás no puedan oírlo—. Ya estaba mareado por las olas del arrastrero, y cuando vi que los ojos... Bueno, ha sido una debilidad por mi

parte. No ha estado a mi nivel, y espero que no me tengas en peor consideración por ello.

—Ragnar vomitaba en gravedad cero —le digo—. No tienes por qué disculparte.

Él asiente, sin escucharme. Ser el nieto mayor de Lorn au Arcos debe de ser una carga muy pesada. Es un estándar imposible de seguir.

Sevro se pregunta por qué me cae bien el joven. A pesar de su vanidad, de su arrogancia, una profunda vena de inseguridad lo recorre de arriba abajo, y siento un poderoso instinto de protección hacia Alexandar. Quiere ser bueno. Ojalá no quisiera ser también famoso.

Me recuerda demasiado a Casio.

—Señor, sé que es vil pedírtelo, pero me preguntaba si podría quedar entre nosotros.

—¿Te preocupa que Rhonna se burle de ti? —pregunto—. Créeme, Alex. No es de ella de quien tienes que preocuparte.

Miro a Sevro, que está escuchando la conversación disimuladamente y con una sonrisilla desagradable reservada para Alexandar. Desde la parte posterior del sumergible nos llega un ladrido. Me doy la vuelta y veo al obsidiano esquelético sonriendo hacia su regazo. Un hocico pequeño asoma entre sus dedos.

—No me digas que te has traído al perro del alcaide —murmura Sevro. El obsidiano sonrío con malicia y abre las manos huesudas para mostrarnos el terrier que oculta entre las piernas—. ¿Secuestro de perros? Cuidado, chuchos, este Deslenguado es un hombre malo, muy malo.

Cuando regresamos a la superficie y al arrastrero, lucho por ocultar mi agitación y espero a que mis hombres salgan primero y ayuden a descargar a los prisioneros, uno por uno, antes de salir en último lugar para respirar grandes bocanadas de aire fresco. Sin embargo, ni siquiera el salitre del mar y

el viento frío del Atlántico logran borrar la sensación de que he cometido un error irrevocable.

No puedo permitir que los Aulladores perciban mi duda, así que salgo del sumergible con una gran sonrisa y me río con Rhonna ante nuestra captura del día mientras tienden a los prisioneros a lo largo de la cubierta y les atan las manos a los pies bajo un cielo claro e interminable.

—...y me vomitó en las botas —dice Sevro para concluir su relato de la vergüenza de Alexandar, para deleite de Rhonna y de la tripulación de apoyo.

Alexandar intenta restarle importancia riéndose, pero tiene las mejillas de un rojo encendido.

—¡Y luego secuestramos a un perro! ¿Has conocido ya a Deslenguado? Es la monda. ¡Deslenguado, ven a saludar!

Después de cargar a los dorados en el pelícano de Colloway, cortamos la puerta soldada que mantenía encerrada a la tripulación y abandonamos el cangrejero también en el pelícano. Volamos hacia el norte hasta llegar a nuestra base de partida en el paraje congelado de la isla de Baffin. Allí, el Nessus, la fragata de guerra de clase Xiphos escamoteada a la Sociedad, yace fría y silenciosa bajo varias lonas de camuflaje, a la sombra de las escarpaduras de granito. Mientras nosotros nos ocupábamos de los preparativos para la Fondoprisión en Groenlandia, mi hermano Kieran se escondió aquí con el resto de los Aulladores y lo dispuso todo para nuestra partida.

Nos esperan en la nieve, cubiertos con capas térmicas, para ayudarnos a cargar a los prisioneros. Observan el desfile de dorados con los ojos vendados con la misma solemnidad que los asistentes a un funeral. Comparto su asco. Esto nos ensucia a todos. Sumada a la muerte de Wulfgar, la situación ha oscurecido bastante el estado de ánimo. Y no creo que vaya a mejorar cuando nos acerquemos a Venus.

En la nieve, Sevro y yo levantamos la mirada hacia el Nessus. Está pintado de blanco puro a lo largo y ancho del casco de cien metros de eslora y timbrado a estribor y a babor con el talón alado de Quicksilver. Posee, tal vez, las líneas más hermosas que hayan circulado entre las esferas en toda la historia de la humanidad.

—Esta belleza me la pone dura —dice Sevro—. ¿Qué ha pedido Quick a cambio?

—Nada.

—Un hombre no se hace tan rico sin pedir nada a cambio. —Sigue con la mirada al último de los prisioneros que suben por la rampa—. Deberíamos mantener a los jovencitos alejados de ellos. La mitad de esos mierdas dorados serían capaces de escapar de un agujero negro a base de labia. Especialmente Rath.

—Los sentenciaron a aislamiento. Aislamiento es lo que tendrán.

Sevro señala con un gesto de la cabeza a Deslenguado, que está de pie cerca de la batería de babor de la nave moviendo los pies desnudos sobre la nieve y con los brazos abiertos de par en par. Sus ojos espirituales miran hacia el páramo mientras una tormenta va tomando aliento.

—¿Qué quieres hacer con esa caja de sorpresas?

—Lo enviaremos a Nueva Esparta con los demás. —Sevro esboza una mueca—. ¿Qué? ¿Quieres que nos lo llevemos? No sabemos nada de él.

—Me gusta su nervio. Venga, pero si ha noqueado a un Único con una pipa de agua.

—¡Tiene que tener más de cincuenta años! Solo Júpiter sabe cuánto tiempo habrá pasado en esa celda y por qué terminó allí siquiera. Es un riesgo.

—Te ha salvado el trasero. Y todavía estaríamos dando vueltas allí abajo, con los guardias pisándonos los huevos, si él no nos hubiera hecho de guía.

—Se muerde el labio—. Para serte sincero, sería bueno para la manada contar con un obsidiano. Se sienten un poco con el culo al aire.

La expresión de sus ojos me da a entender que no se refiere solo a la manada.

—Tú decides —le digo—. Él elige. Pero le cuentas adónde vamos.

—¿Hacia una muerte segura y el caos general? ¿Quién podría resistirse?

Como si nos hubiera oído (imposible a esa distancia), Deslenguado se vuelve. Sonríe y después mira el talón de Quicksilver en el barco.

Sevro tenía razón en cuanto al Nessus. Es precioso. Y un asesino salido directamente de las manos de los carpinteros de navíos de Venus. Mientras que es posible que la República posea una gran superioridad numérica en cuanto a barcos y recursos a su disposición, la nueva línea de buques capitales del Núcleo deja en ridículo a los jóvenes Astilleros de Fobos de Victra y Quicksilver.

Los hombres de Quicksilver capturaron el Nessus hace dos años, cuando la nave resultó dañada durante un ataque dorado contra una caravana de suministros de la República que se dirigía hacia nuestra flota principal desplegada en torno a Mercurio. En lugar de alertar a la Armada de la República, como debería haber hecho, Quicksilver se apoderó de ella alegando arcanas leyes de salvamento. Cuando los abogados de la República intentaron reclamarla para el esfuerzo de guerra, Quick ganó la batalla judicial y adaptó el navío para que le sirviera como transporte interplanetario personal.

Y por eso lo necesito.

Kieran me espera en el garaje inferior del Nessus mientras me sacudo la nieve de las botas. Se queda mirando a Apolonio cuando Thraxa arrastra su cuerpo exánime hacia la mazmorra. El perro del alcaide camina con torpeza

detrás de Deslenguado mientras Payaso lo lleva a la cocina para ponerle algo de carne en los huesos.

—Saludos, hermano —dice Kieran, que frunce el ceño al ver a Deslenguado, preguntándose de dónde ha salido.

Le doy un abrazo a mi hermano. Señala con la cabeza hacia el dorado encapuchado.

—Así que ese es el premio, ¿eh?

Kieran ronda los treinta y cinco años, está tan flaco como un palo y es pecoso y optimista hasta las últimas consecuencias. Hoy huele a cloro.

—El Minotauro de Marte en carne y hueso —dice Sevro.

Kieran parpadea bajo una maraña de pelo rojo.

—Es enorme. ¿El perro es suyo?

—No, era del alcaide —contesta Sevro.

—Claro. —Kieran asiente, como si tuviera todo el sentido del mundo—. ¿Y el obsidiano?

—Es complicado. ¿Cómo está el barco? —pregunto.

Desde hace cinco años, Kieran es el jefe del departamento de ingeniería de los Aulladores.

—Está en plena forma y listo para el despegue inmediato. —Sonríe—. En realidad, no había nada que arreglar. Nos hemos pasado la mitad del tiempo bañándonos. Deberíais probar la piscina, es como estar en el Valle. Hay hasta sauna.

—¿Habéis estado bañándoos? —pregunta Sevro celoso.

—¿Y qué hay de los almacenes? Espero que no los hayáis mermado mucho.

—Solo el whisky. —Kieran hace un bailecito—. Está abastecido para toda una gira por el Sistema Solar, hermano. A esos venusinos se les caerá la baba

con lo que Quicksilver tiene en las bodegas. Tengo que decir que es un buen cebo. ¿Estás seguro de que lo morderán?

—Maldita sea, más nos vale —murmura Sevro—. De lo contrario, habremos liberado a un grupo de salvajes para nada.

—Tharsus tiene un apetito legendario —señalo—. Morderá el anzuelo. — Me bajo la cremallera de la parte frontal de la piel de escarabajo y el vapor y el hedor de mi cuerpo se derraman hacia el garaje helado. Sevro hace lo propio y Kieran se aleja, resoplando—. Saldremos por la mañana.

Sevro gruñe, su piel de escarabajo ya convertida en una sombra arrugada sobre el suelo de metal. No lleva ropa debajo.

—Como no nos vamos a ningún lado, voy a comer.

—Dúchate antes —dice Kieran—. Por el bien de los hombres.

—No seas tan exagerado. El sudor del culo nunca ha matado a nadie.

—Eso no es un dato científico —grita Kieran mientras Sevro se aleja—. No puede verificarse. —Kieran levanta la piel de escarabajo que mi amigo ha dejado tirada en el suelo sirviéndose de una llave inglesa—. Voy a lavar esto antes de que infeste el barco. La última vez, traje ácaros en el pelo. Les provocaron un sarpullido terrible a los obsidianos. Supongo que ahora ya no tenemos que preocuparnos por eso. —Se calla un instante—. ¿Cómo lo ha hecho mi chica?

—Lo ha hecho bien. —Miramos a Rhonna, que está clasificando el equipo del pelícano en distintos contenedores en el otro extremo del garaje, cerca de las plataformas de los caparazones estelares.

Kieran se rasca el cuello y se deja manchas de grasa.

—¿Te acuerdas de cuando éramos niños y a veces me contabas historias de fantasmas? Odio las historias de fantasmas. Me cagaba de miedo pensando que Lomo de Oro el Mirón Oscuro saldría de las grietas del suelo y me comería los dientes.

—¡Lomo de Oro! —exclamo—. Pensaba que te encantaba Lomo de Oro. Se estremece.

—Tú querías contar esas historias, así que yo te dejaba. El caso es..., y la verdad es que no es un muy buen argumento, que no me gusta pedir cosas. Sé que eres listo y todo eso, pero ¿puedo decirte algo que seguro que te resulta obvio?

—Claro.

Vuelve a mirar a su hija, que camina con esfuerzo sobre la nieve.

—He hablado con algunos de los chicos, y todos estamos de acuerdo en que esto va a convertirse en una locura. Es decir... Joder, Wulfgar ya está muerto, y acabamos de asaltar una prisión de máxima seguridad. Estoy contigo, hermano. Me siento obligado a ello. Pero no quiero que mi hija venga con nosotros.

—Entonces no vendrá. Y tú tampoco.

—Darrow...

—Esto no es un debate, Kieran. Tienes un don con los engranajes, pero no estás hecho para los tiroteos. Y es a lo que nos dirigimos de cabeza.

Ya sabe a qué me refiero. No quiero que muera.

Una vez que los prisioneros están encerrados en sus celdas, mis hombres se escabullen hacia las duchas y luego a la cocina para comer algo caliente. Reúno a varios de los Aulladores de apoyo en el garaje para decirles que no nos acompañarán. Rhonna se encuentra entre ellos. En una esquina, Kieran arrastra los pies de un lado a otro, incómodo, mientras les asigno a cada uno de ellos las diferentes tareas que tendrán que llevar a cabo aquí, en la Tierra, para auxiliar a los Aulladores que regresen del campo de batalla. Necesitarán una cadena de trabajo que los ayude a esconderse y reorganizarse. Después, Rhonna nos planta cara a su padre y a mí.

—Así que esto es lo que sentían todas las chicas que querían ser

sondeainfiernos cuando les decían que tenían que tener picha para aspirar al trabajo —dice—. Con todo el respeto, me merezco ir.

—¿Y por qué piensas eso? —pregunto—. Yo no veo ninguna capa de lobo. Estás poniendo el motor delante del barco, muchacha.

—No me llames así. Me has mentado. Me dijiste que tendría la oportunidad de demostrar mi valía.

—Esta es tu oportunidad. Lo que hagas en Nueva Esparta será tan importante...

—Y una mierda —replica ella.

—¿Cómo has dicho?

—¡Rhonna, no uses ese lenguaje! —exclama Kieran—. Es tu oficial al mando.

—¡Es mi maldito tío! —Me señala con un dedo—. No soy un soldado de apoyo, ni una espía, ni una «muchacha». Me formé durante tres años para caballería acorazada. Tragué barro en el Diente de Cerdo. Fui la tercera de mi clase en básico, la segunda en DC. Allí solo había otros cuatro rojos. Y aun así, todo el mundo decía que solo estaba allí porque era tu sobrina. —Se clava un pulgar en el pecho—. Soy una drachenjäger de la República Solar. Operadora de mecanismos. Lo conseguí por mí misma. Me instalaron tomas de corriente en los huesos. —Nos enseña las tomas de corriente que tiene en los antebrazos y que se unen al mecanismo de tres pisos para cuyo manejo se formó—. Después del PT y de la maldita fusión de nervios, obtuve un puesto en la Vigésimo Cuarta. Por fin estaba a punto de sacudir a unos cuantos esclavistas, pero entonces apareciste tú, me sacaste de mi unidad y le demostraste a todo el mundo que estaban en lo cierto. ¿Y para qué? ¿Para que pueda dedicarme a cargar cajas? ¿Para que me quede atrás mientras mi unidad va a la guerra? ¿Para que espere el regreso de los muchachos?

—Entonces, ¿esto solo tiene que ver contigo? —pregunto.

—Quiero aportar algo. También es mi guerra.

—¿Crees que alguna persona puede sobrevivir por sí misma en una guerra? Eres parte de una unidad. Debes confiar en todos y cada uno de los miembros de esa unidad. Y ahora mismo yo no confío en que tú no hagas que maten a otra persona. Así que puedes obedecer o buscarte otro equipo. —Podría admirar su espíritu, pero no su control—. ¿Me oyes, lancera?

Durante un instante me inquieta que siga escupiéndome bilis, pero recupera la compostura y adopta una rígida posición de firmes.

—Hail, *Segador*.

Se va y Kieran exhala un suspiro de alivio.

—Gracias por la ayuda —murmuro.

Él me sonrío con inocencia.

—Parecía que lo tenías todo bajo control.

Agotado y consciente de que estoy a punto de perder los nervios, sigo las indicaciones de Kieran hasta el camarote de Quicksilver, situado en el tercer nivel. Sevro se ha apropiado de los altavoces del salón del capitán para reproducir a todo volumen una especie de rima clásica que habría hecho que a Ragnar le sangraran los oídos, y Payaso no para de gimotear a voz en grito que alguien le ha robado las mantas de su habitación.

El estrépito cesa cuando cierro la puerta de mi camarote. Por primera vez en setenta y dos horas, estoy solo. Desde luego, la habitación no es como pretendían en los astilleros de Venus: la austeridad militar ha sido reemplazada por el lujo del nogal y el roble. Al inspeccionarla con mayor detenimiento, veo que hay holoproyectores incrustados en el mobiliario. Activo la función de océano y las olas no tardan en estrellarse contra las rocas sobre las paredes. El mar se extiende en todas direcciones. Casi espero que

Lorn aparece a la vuelta de una esquina. Husmeo el aire. La habitación huele a salitre gracias a la función olfativa.

—No está mal, Quick. Nada mal.

El techo se ha vuelto azul cielo y una gaviota me sobrevuela. Me recuerda a la playa que visité con Mustang en la Tierra durante aquel respiro previo a que la guerra comenzara en serio; cuando cogí a mi hijo en brazos por primera vez y solo pensé en el mundo que construiría para él. Me destroza ver lo mucho que me he alejado de ese camino.

Me quito la piel de escarabajo y el forro y me ducho con agua muy caliente en el baño de mármol. A solas, mis pensamientos derivan hacia mi hijo. Intento no pensar en su mirada cuando me alejé volando, con el filo empapado de la sangre de Wulfgar. Superado, agarro la llave que llevo colgada alrededor del cuello. Junto a la cama, encuentro un holomarco delgado y una botella de Lagavulin 16. Mi esposa y mi hijo flotan en el marco, sonriéndome. Debe de haberlo enviado Quicksilver. La fotografía la hizo mi madre en los escalones que bajan hasta la orilla del lago Silene. Otro recuerdo suyo que yo nunca he compartido. Me siento vacío por dentro, así que me meto en la cama y dejo que las lágrimas fluyan silenciosamente en la oscuridad.

Por la mañana, el pelícano, cargado con mi hermano, Rhonna y los Aulladores de apoyo, despega hacia el sur, camino de Nueva Esparta, África, y nosotros ponemos rumbo a las estrellas elevándonos desde las montañas, cubiertas de nieve reciente por la tormenta de la noche, y ascendemos poco a poco hacia la órbita. Sitar un planeta es casi imposible. Se necesitaría toda la flota de la República para tener siquiera una oportunidad. El casco sigiloso y avanzado del Nessus nos oculta de los escáneres orbitales y, para cuando nos

detectan de forma visual, ya estamos adentrándonos en el espacio profundo. Con estos motores, nada podrá alcanzarnos.

La Tierra va encogiéndose a nuestra espalda y yo la miro en la holopantalla, pero no me fijo en los océanos, en las montañas o en las ciudades que brillan bajo el velo lento de la noche, sino en su luna, donde mi hijo estará arropado en su cama y mi esposa en su despacho, repasando documentos hasta altas horas de la madrugada. Siento la distancia que crece entre nosotros y me pregunto si ser un mal padre era esto: encontrar siempre un motivo para no estar, un motivo que, sin importar lo virtuoso o brillante que sea a ojos de un niño, parecerá vacío y falso en los recuerdos del hombre en el que pronto se convertirá.

31
EFRAÍN
Cometas

Una semana y media después de mi primer encuentro con el conejo, Kobachi termina su trabajo de personalización con cuatro días de retraso sobre la fecha prevista y tres antes del gran acontecimiento. Me cabrea porque me ha fastidiado el horario. No sería ni por asomo tan problemático si no se hubiera producido un repentino aumento de la seguridad en todo Hiperión. Ha sucedido algo, algo que no quieren que llegue a oídos de la opinión pública. No hay noticias en las HP. Nada aparte de la guerra política entre los optimates de la soberana y el Vox Populi, que se machacan los unos a los otros en la prensa acerca de los méritos de la paz. La mitad de la flota de Mercurio va a regresar a casa, según dicen los presentadores, porque la posibilidad de que el Segador reúna a toda la Armada y regrese para disolver su poder aterroriza al Senado. Entretanto, nosotros trabajamos a toda marcha para ajustar el plan y asegurarnos de que el aumento de la seguridad no da al traste con todos nuestros arduos esfuerzos.

Kobachi está haciendo algunos ajustes de última hora, encorvado como un hierofante miope sobre su banco de trabajo. Calmo los nervios fumándome medio paquete de ciscos sentado en un sillón de crujiente formotejido. Repaso la correspondencia de los contratistas en mi terminal de datos fantasma, la décima que empleo en el último mes. Aun utilizando a trabajadores por cuenta propia del Sindicato, todo tiene que hacerse fragmentado para que ningún contratista pueda señalar en mi dirección si esto nos explota en la cara. Lo cual, a pesar de la minuciosidad de mi plan, parece

ser el resultado al que estamos abocados. Tengo la sensación de que soy el único que lo sabe. Cira y Dano están invadidos por la emoción que les provoca tanto equipamiento nuevo, mientras que Volga se pasa el día enfurruñada como si alguien le hubiera robado su juguete favorito. Cada vez que le pregunto sobre su estado de ánimo, esboza una sonrisa valiente y dice que no es nada. Conociéndola, sé que tiene dudas respecto al encargo. Pero, hasta ahora, las dudas nunca le han impedido seguirme.

Sonrío cuando veo un mensaje de la mismísima bestia obsidiana: Gorgo tiene el gravipozo. Que me parta un maldito rayo. Me siento como un niño que pidió una lagartija y se despertó con un dragón en el jardín.

Miro el reloj. He quedado con el conejo en el parque Aristóteles a las dos de la tarde, y ya es más de la una. Cira y Dano querían que le colocara el dispositivo a la muchacha el primer día. Les preocupaba que no fuera lo bastante encantador para conseguir volver a verla. Demasiadas variables, decían. Cira sabe de ordenadores y Dano de ángulos, pero la condición humana es lo mío.

Hemos mantenido correspondencia desde la última vez que la vi. Comenzó siendo superficial, compartíamos bromas sin importancia, reflexiones sobre la arrogancia de los enjorjados habitantes de la Luna. Al principio fue un aburrimiento. No era más que una niña que empezaba a darse cuenta de que podía burlarse del mundo. Yo esperaba que el veneno continuara fluyendo, pero, cuanto más cómoda se sentía, más cariñosa se volvía y más negro y pesado se tornaba el peso enmarañado que noto en el estómago. En algunos sentidos me recuerda a Trigg: una muchacha de pueblo y con buen corazón llega a una ciudad grande y podrida; y aquí estoy yo, la comitiva de bienvenida. Algunas personas tienen una suerte de mierda.

Vuelvo a mirar el reloj, irritado.

—Kobachi, ¿has terminado? —No me responde—. Eh, geco, que te estoy

hablando.

Kobachi se sobresalta y me mira con los ojos aumentados por las lupas.

—Sí. Sí. Ven a echar un vistazo.

Se hace a un lado arrastrando los pies para dejarme sitio. Levanto el pequeño dron de metal de la mesa, le doy vueltas entre las manos y lo acerco al colgante de Baco que ya llevo alrededor del cuello. Es una réplica perfecta, aunque un poco más pesada.

—La cara es justo como me la pediste. Dulce y amable, alegre y compasiva, pero el diablo asoma detrás de los ojos, ¿eh?

—¿Funcionará?

—Me apuesto mi reputación a que sí.

—Y no solo la reputación, Kobachi... —Le doy unas palmaditas en la cara y me pongo el colgante nuevo en el cuello; el otro me lo guardo en el bolsillo. Me encamino hacia la puerta—. El Sindicato cubrirá los gastos.

En el baño de Kobachi me visto de Philippe y me pego la barba a la cara. Me aplico el maquillaje de las cicatrices falsas y me pongo las retinas de imitación adquiridas en el mercado negro, que me vuelven los ojos de un gris tan pálido que casi podría ser blanco. Frente al espejo, hago girar un bastón extensible delante de mí y practico las expresiones faciales de toda la gama de sentimientos para comprobar si hay alguna grieta en el maquillaje o en las cicatrices de carne resonante.

—La predilección de un peatón por la locomoción circumambulatoria es el paroxismo pedante de un pleonasma de conductores perentorios, y en ocasiones acarrea un parricidio imperfectamente prevenible.

Repito la frase cuatro veces hasta que tengo controlado el habla pretenciosa y aficionada a los polisílabos de Philippe. Satisfecho, reviso el colgante de Baco por última vez y lo oculto. El metal frío se desliza bajo mi camisa y aguarda junto a mi piel. Es extraordinariamente pesado. ¿Se dará

cuenta? Me miro en el espejo. Tengo las pupilas muy dilatadas debido a la escasez de luz. Me hundo en la oscuridad que reflejan y recuerdo el momento en que la dorada espetó a Trigg con su filo. Las palabras de Holiday regresan a mí como un reptil.

«¿Qué pensaría él ahora de mí?».

Busco el dispensador de zoladón y activo el canalla que llevo al cuello.

Tras coger un taxi hasta el parque Aristóteles, me encuentro al conejo esperándome debajo de un viejo sicómoro que ha visto al menos cinco soberanos. Está observando a las ardillas que se persiguen unas a otras sobre las ramas.

—¡Por fin! —dice, y se pone enseguida de pie para mirarme con esos ojos grandes y oxidados.

Ahora lleva el pelo más a la moda, liso y justo por debajo de las orejas. Me gustaba más antes. Bajo la calma reptiliana del zoladón, la vivisección. La ciudad ya la está cambiando. El pelo, el esmalte de uñas plateado, la chaqueta negra de cuero de imitación y con luces moradas en la manga: todo eso erosiona la mística romántica y rústica que he construido a su alrededor. La ciudad nunca consiguió infectar a Trigg, salvo por los pendientes de coral y aquella chaqueta triste. Al menos la chica sigue hablando como si acabara de salir de una mina, por el momento.

—Eh, abuelo, estaba empezando a pensar que te había atropellado un maldito tren. Casi me hago vieja aquí sentada.

Eso no es lo que estaba pensando. Estaba pensando que la había abandonado. Es lo que siempre piensas cuando estás solo. Que siempre estarás solo, y que cualquier compañía presente es una aberración.

Gélido por dentro, simulo una sonrisa y me toco la pierna.

—Mil disculpas, cariño. No, ¡un millón! Hoy la pierna, esta vieja

extremidad, está siendo mi muerte.

Palidece y se fija en mi bastón.

—Oh, Júpiter, lo siento... Solo era una broma.

—No podías saberlo.

—Deberías haberme enviado un mensaje. Podría haber ido a...

—El óxido de un viejo hombre de hojalata jamás debería poner en peligro el disfrute de una dama en una tarde tan espléndida como esta.

—Deberías habérmelo dicho —insiste enfadada—. No tenemos por qué recorrernos el parque...

Habíamos planeado dar un paseo por el parque e ir en taxi hasta el muelle para contemplar la orilla del Mar de la Serenidad, una idea que no fui capaz de quitarle de la cabeza. Pero, para ir hasta el muelle, tendríamos que atravesar un control de seguridad, y los controles de seguridad están equipados con sensores avanzados, y no puede decirse que mis credenciales de Philippe sean irreprochables. Digan lo que digan de la República, quien creara su sistema de identificación era un cabrón muy inteligente.

—Podríamos buscar una cafetería, si eso te resulta más cómodo —propone—. ¿Qué tal si vamos a las casetas y hacemos un pícnic en la hierba?

—¡No, lo del muelle sería precioso!

—Philippe...

Se cruza de brazos. Un conejito testarudo.

—Bien... Si insistes. —Exagero un suspiro de alivio—. Creo que esta vez me has salvado la vida. El agua hace que la pierna me duela aún más. ¿Estás segura de que no quieres pasear? Podría poner al mal tiempo...

—Vamos a hacer un pícnic —concluye—. Y no hay nada más que añadir.

—Entonces insisto en ir a comprar contigo, pagarlo todo y acompañarte como mereces en el entretanto. Joven Liria...

Le tiendo el brazo. Sonríe, encantada con mis modales elegantes y con lo

deslumbrante que debe de estar con su nueva chaqueta negra, y entrelaza un brazo con el mío. Cuando cruzamos el parque, donde los niños de colores inferiores hacen volar sus cometas en el cielo crepuscular —azul pizarra y con manchas de dedos de rosa de prostíbulo—, poso la vista sobre los amantes indiscretos que yacen entre las sombras profundas. La mirada del conejo busca familias que juegan y holgazanean a lo largo de la orilla de un estanque.

En el mercado, deambulamos entre los puestos de alimentación de cuatro planetas y diez continentes. Tiras de carne grasa de vacuno burbujan sobre parrillas de carbón. Los mariscos se fríen a fuego lento en aceite. Los calamares se cuecen en vapor de tuétano. Las verduras, ultracongeladas y enviadas desde la Tierra, como todo lo demás, brillan de humedad dentro de plásticos transparentes. El aroma de los clavos de olor, del comino marciano y del curry espesa el aire y consigue que se me haga la boca agua. Nos decidimos por dos láminas de bacalao rebozado del Pacífico, un cuenco de plástico con aceitunas que nadan en aceite, queso Gruyere europeo envuelto en jamón serrano de América del Sur y horneado al hojaldre y, de postre, una pinta de helado de jazmín y dátiles rellenos de crema. Disponemos el banquete sobre la hierba y comemos mientras contemplamos cómo ondean las cometas de los niños en el cielo.

—Me gusta verlos —dice Liria refiriéndose a los niños.

Farfullo algo neutro.

—Lo único que saben es que sus padres los quieren y que les gustan las cometas. ¿Te gustan las cometas? —me pregunta.

—¿Y a quién no?

—No creo que a la soberana le gusten las cometas.

—¿No?

—No. —Adopta un pomposo e hilarante acento áureo marciano—: ¿Qué

son esos pedazos de papel que flotan en el aire? ¿Con qué propósito eficaz existen? ¿La mejora del hombre? No lo creo. ¡Enviad el papel a las tropas! ¡Las cuerdas a las enfermeras! ¡Los niños a las fábricas de municiones!

Sonrío, pero, con seis miligramos de zoladón en las venas, soy incapaz de encontrar fuerzas para reírme.

—Los niños de Mercurio también vuelan cometas, ¿sabes? Desde los parapetos y los tejados. Hay miles de ellas en pleno verano.

—¿Lo has visto con tus propios ojos? —pregunta.

—Solo una vez. En un viaje de trabajo para un antiguo jefe.

—Debió de parecerte muy hermoso —comenta con aire soñador.

Siento la repentina necesidad de aplastar su entusiasmo.

—Pero usan cuerdas de vidrio y las utilizan para rajarse las cometas unos a otros hasta que solo queda una en el cielo.

—¿Por qué?

—¿Qué es más humano que la rivalidad?

—¿Miles de perdedores y un solo ganador? Qué triste.

Resoplo.

—Hablas igual que Volga.

—¿Volga?

Me doy cuenta de mi error.

—Una amiga mía —contesto por instinto.

Ahora es ella la que resopla.

—¿Tienes otros amigos aparte de mí? Menudo valor. —Sonríe—. En realidad me encantaría conocerla. A Volga. Es un nombre obsidiano, ¿no?

Parece que la idea le causa aprensión.

—Por desgracia, ya no se encuentra entre los vivos —mientras lo digo, siento que soy yo quien no está entre los vivos.

No estoy atado a ninguna de las personas que me rodean. Tantas mentiras a

esta chica, y ¿para qué? ¿Por dinero? ¿A cambio de mi vida? Me recuesto contra un árbol y cierro los ojos con la esperanza de que Liria se olvide del nombre y del tema.

—¿Cómo lleva la familia Telemanus las conversaciones de paz? — pregunto para distraerla.

La pillo por sorpresa. Nunca le había preguntado por ellos.

—Crean que Caraval juega para ambos bandos. Y que Dancer no controla el Vox tanto como cree.

—Interesante.

—Ha pasado algo. —Entorna los ojos—. Algo malo. No estoy segura de qué es, pero ha sido en la Tierra. Han estado varios días en cerrados en el ala de la soberana.

—Ah.

Dejo el tema aparcado, para que no sospeche.

Pese a todo, me resulta muy agradable tumbarme y aliviar el dolor que siento entre los omóplatos. Últimamente no he dormido muy bien en mi apartamento. Nunca duermo bien en los meses brillantes. Me paso toda la noche brillante en pie, caminando de un lado a otro ante el cristal ahumado, fumando ciscos a toda prisa y viendo a esa perra dorada matar a Trigg una y otra vez en mi holocubo. Los dos hacen su bailecito en mi materia gris, y el Segador los observa, acurrucado con Holiday, mientras Trigg muere, y muere, y muere, por él. Por su mesías.

¿Qué pensaría Trigg de adónde ha llegado todo esto?

Hace siete años, la Luna era una zona de guerra ahogada en polvo y escombros cuyo cielo estaba copado por los gruñidos de los bombarderos. Pero hoy en día hay niños que ríen, niños que nunca han visto esos bombarderos o las legiones mecanizadas que una vez merodearon por el paisaje urbano. El cielo es cálido y amigable. El aire fresco. La chica que está

a mi lado respira de manera superficial. Y me siento, a mi pesar, lo bastante tranquilo para quedarme traspuesto.

—He estado pensando en lo que me dijiste —dice la muchacha de repente.

La miro protegiéndome los ojos del sol con la mano. Está boca arriba, con los ojos cerrados y las mangas de la camisa arremangadas para que la luz del sol otoñal le caliente los antebrazos oscuros.

—Oh, querida. ¿Y sobre qué me dio por parlotear en dicha ocasión? —pregunto.

—Sobre lo de verme a mí misma antes de que me vean los demás.

—Ah, eso. Perdona el proselitismo, estaba bastante bebido.

—No estabas tan borracho —replica ella. Ahora ha abierto los ojos y está mirando las cometas—. Nunca había estado sola de verdad. Bueno, aquí tengo a mi sobrino, Liam. Pero está tan encerrado en la escuela de la Ciudadela que apenas lo veo. Y cuando voy, los dos lo pasamos mal. Nos recuerda a quiénes ya no están aquí. —Me vuelvo y miro hacia ella, apoyándome en el codo—. Por eso, como dijiste que tenía que verme a mí misma antes que cualquier otra persona, me miro y... Bueno, me miro y no veo nada. —Le está resultando difícil, pero se arma de valor y continúa. Me sorprendo admirando la determinación que expresa su rostro. El efecto del zoladón debe de estar desvaneciéndose por culpa de la comida que me he metido en las tripas—. En Lagalos, siempre tenía que cuidar de mi familia. Me encargaba de mis hermanos pequeños para que mi madre pudiera dormir. Remendaba la ropa de mis hermanos mayores junto con mi hermana. Parcheaba botas. Luego me mandaron al colegio para que aprendiera a manejar una sedería. Las cosas no cambiaron mucho después del Amanecer. Seguí ocupándome de mi trabajo, de mi familia. Y cuando salimos a los campamentos, todo siguió igual. Salvo porque mis hermanos se marcharon, y

entonces empecé a ocuparme de mi padre, de mis tareas y de los pequeños de mi hermana.

Ojalá dejara de contarme su historia. Me doy cuenta de que ha mantenido este dolor encerrado en un cofre oscuro y pequeño de su interior, tal como hice yo. Pero yo no soy tan buena persona como ella. Quiero que sea una criatura desagradable. Quiero ver la fealdad que sé que todo el mundo alberga dentro rebosándole por los ojos, escapándosele de la boca. Pero no brotan más que unas lágrimas.

No somos iguales.

Yo acaparo mi dolor, porque nadie lo entenderá. Ella solo ha estado buscando a alguien en quien poder confiar. Alguien con quien compartirlo. ¡Conmigo no, estúpida! No me lo merezco. Pero continúa, y me siento aún más pesado y más negro sobre la hierba. Debería haber tomado más zoladón.

—Cuando llegó la Mano Roja, pensé que sería más valiente. Ya sabes, que cogería una pistola, como hacen en las pelis. Pero todo pasó demasiado rápido. Y me sentí muy pequeña. Lo único que quería era hundirme en el barro.

Se seca los ojos y dobla los brazos para protegerse el pecho.

—Y te sientes culpable por estar aquí, cuando ellos no lo están —añado en voz baja.

—Sí.

Titubeo.

—¿No crees que te están esperando en el Valle?

—No lo sé. Eso espero.

—Y si te estuvieran observando, ¿estarían orgullosos?

Se lo piensa mientras me mira con los ojos vidriosos.

—Eso espero.

Nos quedamos en el parque hasta que nuestro helado se derrite. La

acompañó de nuevo a la estación del tranvía para que pueda regresar a la Ciudadela. Nos damos un abrazo de despedida, y según lo planeado, me quito el colgante y compongo una expresión compasiva en la cara, pero las palabras no me salen con tanta fluidez como pretendía. Se me atascan en la garganta.

—¿Philippe?

—Quiero que tengas esto. —Le pongo el colgante en las manos—. Para que te lo pongas. Siempre me ha dado fuerza.

—No puedo aceptarlo... Tu prometido...

—Me lo dio para que recordara que, adondequiera que fuese, lo llevaba conmigo. Pero yo no necesito un colgante para eso. Sin embargo, tú sí necesitas que te recuerde que, adondequiera que vayas, no estás sola. Somos amigos, ¿no?

—Creo que eres mi único amigo.

—¿Y qué hacen los amigos? Los amigos se ayudan mutuamente. Tú cargas con mis sombras. Yo cargo con las tuyas durante un tiempo. —Le quito un collar imaginario del cuello, me lo pongo y doblo las rodillas como si fuera un peso tremendo. Se echa a reír—. Puede que ambos nos sintamos un poco más ligeros cuando volvamos a vernos.

—¿Crees que te está viendo? Tu pro... tu esposo. No desde el Valle, claro. Sé que vosotros no creéis en él. Pero desde algún otro lado.

Me mira desde debajo de su mata de pelo rojo.

—No, no lo creo.

—Pues yo pienso que te equivocas. Creo que te está viendo. Y creo que sonrío y que le brillan los ojos. —Se ata el abrigo y se encamina hacia la estación, pero se da la vuelta y regresa corriendo a mi lado para darme un beso en la mejilla—. Tú tampoco estás solo, Philippe.

Ay, dulce conejito, ojalá fuera cierto.

32
LISANDRO
El desgarro

Sungrave, la ciudad más grande de Ío, surge de una llanura blanca y congelada, surcada por fisuras que dejan escapar el calor del magma subterráneo. Volamos hacia ella mirando por las ventanas delanteras de una de las quimeras de Dido.

Esculpida en el monte más alto de Ío, el Boösaule, de dieciocho kilómetros de altura, Sungrave es una ciudad de obeliscos y agujas de piedra negra que cabalga a hombros de la cordillera. Hace siglos, después de que el uso de los motores Lovelock se juzgara ineficaz en el caso de Ío, grandes láseres espejados tallaron casi toda la montaña y parte de la cordillera concurrente, de 540 kilómetros de longitud, hasta formar una ciudad de torres dentadas. Los constructores siguieron las predilecciones dracónicas de su gran progenitor, Akari, dando vida en la piedra a criaturas de fábulas infantiles y antiguas historias de campamento.

Una necrópolis de agujas bestiales salpicadas de topacios, circonitas e innumerables rocas nesosilicadas se cierne sobre nosotros y bloquea el cielo como los restos petrificados de un gran dragón anfitrión. Se alzan hilera tras hilera a lo largo de la cima del Boösaule, algunas de ellas abarcan picos enteros, a horcajadas sobre valles escarpados, con las alas anchas apuntalando su enorme altura mientras estiran el cuello de piedra como si aspiraran a beber los gases de un Júpiter veteado. Las ventanas de durocristal brillan con luz interna, como escamas. Y en lo más profundo del corazón de

la montaña, donde hace mucho tiempo los equipos de perforadores rojos excavaron el interior, se encuentra la ciudad.

Sungrave, como todas las demás ciudades de montaña de Ío, obtiene su energía del calentamiento de las mareas causado por la guerra entre la gravedad que Júpiter ejerce sobre la luna y la atracción gravitacional de Europa y Ganímedes. Las ciudades de los Raa no necesitan helio3 para sobrevivir o alimentar los campos de pulsos que los protegen de la radiación y el aire venenoso de Ío. Por eso sobrevivieron al asedio de mi abuela hace diez años: sus escudos resistieron los bombardeos durante más tiempo del que los generadores de helio3 de las naves de la Armada de la Espada pudieron mantenerlas en órbita. Aun así, me esperaba que Ío fuera un páramo desolado, empobrecido por el racionamiento y la escasez de naves estelares. Pero el barco que capturó el Arquímedes era nuevo. Al igual que muchos de los buques mercantes y de guerra que navegan hacia los altos muelles de piedra de Sungrave como insectos itinerantes.

Miro a Casio y percibo su inquietud.

¿Cómo se han construido esos barcos? ¿En qué muelle?

Caballeros Olímpicos nuevos, navíos nuevos, una generación nueva. El Confín no ha estado dormido. Y ahora, si obtienen la prueba de Serafina, despertarán.

El olor de un incienso exótico me invade la nariz cuando el vapor de las paredes del *caldarium* se filtra en silencio desde el hipocausto que hay bajo el suelo hacia la habitación en penumbra. Dos pares de manos me masajean los nudos de tensión de los hombros y las piernas. Los hematomas que me provocaron los hombres de Pandora en los hombros y la mandíbula son ahora charcos desteñidos del color del azufre. Entre el vapor, en algún lugar indeterminado, Casio se baña a solas en el *solium*, un gran aljibe hundido en

la piedra labrada con tosquedad. Desde la oblea de Dido, el tiempo ha pasado como en un sueño y mi cuerpo ha recuperado el color con la vida del agua y la comida que los hombres de Dido nos suministraron durante el trayecto a Sungrave.

Cuando era niño, me rendí a la decepcionante realidad de que nunca llegaría a ver la legendaria Sungrave en persona. Sería demasiado arriesgado enviar al heredero a un lugar donde podrían capturarlo y pedir un rescate por él. Pero ya no soy heredero, y mis ojos codician todo lo que ofrece Sungrave, quiero ver sus entrañas, sus complejos botánicos, sus grandes cisternas montañosas llenas de agua de Europa.

Es muy diferente a mi hogar en la Luna. No solo por el aire acre y el cielo sombrío, sino también por la piedra implacable, la decoración espartana: habitaciones vacías, nada de sillas, y una adherencia increíble a la limpieza y la virtud marcial. Serafina me acompañó a dar un paseo demasiado breve después de que llegáramos y me enseñaran mi habitación, pero en su presencia me fijé en la ciudad menos de lo que me habría gustado. Mi mirada se desviaba hacia la parte trasera de su cuello orgulloso mientras me guiaba por los pasillos de su infancia, como si la joven fuera un agujero negro que atraía toda la luz, toda la atención hacia ella, y no solo la mía, sino también la de los sirvientes, la de los guardias. Es muy querida.

Pequeño Halcón, la llaman cariñosamente. Apenas tiene veinte años. No es ni pretor ni legado, esos títulos hay que ganárselos, solo una mujer de mérito y prometedora. Sin embargo, a pesar del consuelo de su madre, la culpa por los actos cometidos contra su padre parece pesarle mucho. Habló poco antes de devolverme a mis aposentos y desaparecer antes de que la puerta se hubiera cerrado siquiera.

Cuando los rosas terminan el masaje, me quitan el aceite y las pieles muertas del cuerpo frotándome con estrígilos, unos ganchos de bronce planos

que meten en una olla de barro para volver a usarlos. Aquí no se desperdicia nada. Uno de ellos me ofrece una pipa de raíz seca de tharsal. Ya estoy medio mareado por el vapor, así que rechazo el suave alucinógeno. Entonces los esclavos me preguntan cómo me gustaría tomarlos. Tienen unas piernas inquietantemente largas a causa de la baja gravedad de su hogar. La piel, intacta por el sol, bruñida, lisa y sin pelo. En la cabeza lucen una melena gruesa, plateada la del hombre, la de la mujer de un negro tan profundo que desprende destellos azules cerca de las lámparas. Ella es mayor que él, tiene los ojos como el cuarzo y la fragilidad de un pajarito. Pero su boca es agresiva, sus ojos no están tan vacíos como deberían. Ambos me asustan cuando su mirada se cruza con la mía, y el hechizo que crean el calor y sus manos se rompe. Ella me ve.

Una profunda repulsión, física e intelectual, transforma la lujuria en algo enmarañado y ennegrecido.

No puedo mirarlos como lo hacían mis antepasados, como productos de consumo.

Podría abogar por la necesaria industria de los rojos o por la sectaria religión militar inculcada a los grises, o por la eficiencia y la castración emocional de los cobres, pero esto... Los rosas no eran necesarios para que el mundo de mi abuela funcionara. Fueron creados para la lujuria, sometidos a siglos de cría sistemática, de abuso, de dominación psicológica y sexual. Están químicamente castrados y tan torturados por dentro que su tasa de suicidio es once veces superior a la de cualquier otro color.

La culpa es de los dorados. Los dorados perdieron el rumbo.

Y ahora esta mujer rosa me mira con unos ojos demasiado antiguos para su rostro.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Esta se llama *Aurae* —contesta.

Con delicadeza, aparto la mano de la rosa de mi muslo.

—Con esto bastará, Aurae.

El hombre rosa se muestra muy avergonzado, piensa que no es lo bastante hermoso; pero en la mujer capto una señal diminuta, un espasmo de alivio en las comisuras de los ojos. Después finge estar tan avergonzada como el otro. Qué extraño.

—No deberíamos insultarlos —dice Casio desde la bañera—. Venid aquí conmigo. Hay espacio suficiente para los dos.

Los rosas se ponen de pie para hacer lo que les pide.

—¿Qué pasa, que ahora somos como los hermanos Rath? —pregunto.

Suspira y, con un gesto de la mano, les indica a los rosas que se vayan. Obedecen. Sigo a Aurae con la mirada hasta la puerta. Sopeso su alivio. Cuando salen, Casio se da unos golpecitos disimulados en la oreja para darme a entender que, sin duda, nos están escuchando. Claro, ya lo sé. ¿Acaso se olvida de dónde crecí?

—Creo que nos merecemos un poco de diversión, Castor. Menuda tortura soportar esa pelea familiar, las palizas... —Se ríe—. Además, son esclavos, y tú no eres su salvador, por romántica que te resulte la idea de serlo.

—¿Sabes? No todo lo que me digas tiene que ser una lección —replico.

—Si no las necesitaras, no te las daría. De todos modos, parece que Pita me debe cincuenta créditos.

Suspira satisfecho y vuelve a apoyar los hombros anchos en la bañera.

—¿Por qué? —pregunto, incapaz de no morder el anzuelo.

—Una apuesta entre amigos. No se creía, de ninguna de las maneras, que siguieras siendo virgen.

—¿Qué?

—Virgen. Es cuando un hombre o una mujer no ha...

—No creo que sea de vuestra incumbencia. Pero no lo soy.

Cierra los ojos para protegerlos del vapor.

—Entonces, ¿por qué los rechazas? ¿Estás seguro de que no es porque te da miedo que ella te esté mirando?

—Por supuesto que no —replico con brusquedad.

¿Nos estará mirando Serafina?

Casio se echa a reír.

—¿Ves? Hostilidad por represión sexual.

—Que crea en el amor verdadero en lugar de ir por ahí saqueando la virtud de las hijas de los mercaderes y sodomizando a todo lo que se mueve como un condenado galo no quiere decir que deba avergonzarme.

—¿«Como un condenado galo»? Buen hombre, maldices como si tuvieras noventa años.

—Y tú eres un fornicador hipócrita.

—Dioses, sí que es verdad que no te han echado un polvo en tu vida, hermano.

—¿Quieres dejar de hablar?

Le tiro uno de los estrígilos. Se sumerge en el agua y después sale a sentarse a mi lado en el banco de azulejos. Al cabo de un rato, me da un empujoncito con el hombro para aligerar el ambiente. Es difícil, teniendo en cuenta que ambos sabemos que en este momento nos están analizando, tratando de descubrir nuestra historia para ver si somos espías. Ninguno de los dos está convencido de que la disputa fraternal sea solo de cara a la galería, aunque esa podría ser nuestra excusa.

—Serafina me ha dicho que Pita está viva —comento para intentar cambiar de tema.

—Mis guardias me han dicho lo mismo. Pero no te acomodes demasiado. No somos sus huéspedes. Cuando termine el golpe de Estado, es probable que nuestras cabezas rueden.

—¿Crees que no tendrá éxito?

—Dime que no viste las dudas de la hija.

Asiento con la cabeza.

—No pensé que esa fuera la razón.

Se ríe.

—No te dejes impresionar tan fácilmente por una centuria de Únicos descarriados. Dido es lista, pero es venusina. El Confín no lo olvidará. Los señores menores de Ío vendrán desde todos los rincones de la luna, leales a Rómulo. Y si no terminan con ella, ya lo harán los Señores de Europa y Ganímedes, tal vez incluso de Calisto. Y eso por no hablar del Confín Lejano. A ellos también les gusta su Rómulo.

—¿Y qué hay de la prueba?

—¿Tú has visto que trajera algo de vuelta?

—No.

—Pues entonces o lo ha escondido bien o fue un farol.

Sé, sin necesidad de que me lo diga, que me culpa de nuestra complicada situación actual, pero fue él quien decidió investigar el Vindabona. Quien decidió quitarme todo lo que tenía de niño y después comportarse como si fuera mi salvador.

Vive en una ficción, abraza un código moral para justificar el asesinato de su soberana, le da la espalda a nuestra Sociedad, pero yo sé por qué lo hizo en realidad: porque ella permitió que el Chacal matara a su familia. La moral mojigata llegó mucho después. Este noble Caballero de la Mañana está construido sobre unos cimientos de egoísmo. Y ahora, como no confía en los dorados, decide enfadar a nuestros anfitriones con la esperanza de que requieran nuestros servicios, cuando lo que debería hacer es tragarse su orgullo y ver si su hospitalidad es auténtica, como hago yo.

Casio tiene poca fe en nuestro color. Y yo estoy perdiendo la mía en él.

Me siento una criatura despreciable, pensando todo esto de Casio. Sean cuales sean sus motivos, sé que su amor por mí es sincero. Las noches escuchando música en la sala de recreo del Arquímedes hasta que se quedaba dormido con la copa en la mano no pueden olvidarse sin más. Tampoco la calidez protectora que sentía siempre que Pita y yo lo ayudábamos a volver a su litera, demasiado borracho para poder ponerse en pie, pero no para murmurar el nombre de Virginia.

—Echo de menos nuestra casa —digo para intentar encontrar algún punto en común que alivie la tensión que se ha acumulado entre nosotros a lo largo de estos últimos meses, incluso antes del Vindabona.

—¿Marte? —pregunta, y sé que se refiere a la Luna.

Y es cierto que echo de menos ese lugar, las bibliotecas, los Jardines Escualinos, la calidez de Aja, la aprobación de mi abuela, por austera y escueta que fuera, el amor de mis padres. Pero, sobre todo, echo de menos sentarme al sol, con los ojos cerrados, escuchando los pachelbel entre los árboles. Eso era la paz para mí. Ahí es donde me siento seguro.

—Sí, pero estaba pensando en el *Arqui*. Nunca había tenido que echarlo de menos. Dos días en Ceres. Tres en Lacrimosa...

—Es una buena nave —dice—. Daría dos años de botín por estar ahora mismo en la sala de recreo con un vaso de whisky en la mano y un buen concierto en el holo.

—¿Jugando al ajedrez?

—Al karachi —me corrige—. Estuvimos todo el año pasado jugando al ajedrez.

—Yo más bien diría que estuve todo el año pasado enseñándote a jugar al ajedrez...

Pone los ojos en blanco.

—Gana cinco partidas seguidas y de repente es la encarnación de Arastoo.

—Fueron siete, buen hombre. Pero transigiré y te dejaré jugar al karachi, a pesar de que es un juego en el que la razón y la habilidad matemática brillan por su ausencia.

—Se llama entender a la gente, Castor. Intuición.

Hago una mueca.

—Mi única condición es que escuchemos a Vivaldi y no a Wagner.

—Buen hombre, ¿estás intentando matarme? Sabes que aborrezco a Vivaldi. —Se ríe—. Aunque no importa mucho, porque no podremos escuchar ni una sola nota por encima de las quejas de Pita sobre sus juegos de inmersión o porque no le toca a ella cocinar.

Intercambiamos una sonrisa y nos consentimos la fantasía que antes parecía tan corriente y ahora tan nostálgica e imposible.

—Oh, no seas tan sensiblero —dice—. Volveremos al Arqui con Pita la malhumorada a cuestras. En cuanto esto se solucione, estaremos allí de nuevo compartiendo un whisky y quemando materia negra.

Ambos sabemos que es una promesa que no puede cumplirse.

Veo en la expresión melancólica de sus ojos que estamos unidos en la comprensión de que algo se está rompiendo entre nosotros y de que ninguno sabe cómo frenarlo. Aun si conseguimos dejarlo atrás, las cosas nunca volverán a ser como eran, no podremos regresar al mundo privado que compartíamos.

Se nos ha quedado pequeño. A mí se me ha quedado pequeño hasta él.

33

LISANDRO

Extraño

Me dejan en mi habitación para que me cambie para la cena con la familia Raa. La habitación, como todas las habitaciones de Ío, se construyó prestando atención a la energía geométrica. Es perfectamente cuadrada, no dispone de ninguna comodidad frívola y no tiene más muebles que una fina esterilla para dormir encima de una plataforma algo elevada. Una ventana pequeña da a la oscuridad pesada de una noche a casi mil millones de kilómetros del Sol. Me quito la toga, me quedo desnudo frente a la ventana, con la nariz apretada contra ella, disfrutando del frío de la roca sobre mi piel desnuda, e imagino que estoy flotando en las aguas frescas del lago Silene. Me pregunto si ahora el hijo del Segador sube las escaleras de piedra que llevan desde la orilla hasta la mansión Silene y hasta los padres que lo esperan. ¿Se calientan junto a la fogata exterior? ¿Duerme en la habitación donde dormía yo de pequeño, donde han dormido todos los Lune desde los hijos de Silenio? Me posee una ira profunda, pero la destierro hacia el vacío.

Todo está en silencio en la habitación.

No se trata del silencio animado del espacio, donde los purificadores de aire zumban y los motores tiemblan a través del metal. Se trata del silencio de la piedra y el silencio de la oscuridad que se expande hacia un paisaje congelado, invisible e interminable. Un silencio cavernoso y ajeno.

Aquellos miembros de la tripulación del Vindabona a los que abandoné ya estarán muertos a estas alturas. Es la única clemencia que sé esperar para ellos. ¿Cuánto tiempo habrán durado?

Dos luces solitarias se deslizan por la llanura, a lo lejos, demasiado bajas para ser un avión. ¿Motos voladoras? ¿Adónde van esas dos almas? ¿Qué mandado atienden? ¿Son amantes? ¿Amigos? Entonces una veintena de luces cobran vida en las tinieblas, detrás de ellos, y los persiguen por la vastedad del paraje. Me inclino hacia delante, nervioso, cuando unas lenguas de fuego de color naranja brillante brotan de los perseguidores y las dos luces que avanzaban en cabeza se desvanecen en estallidos de fuego blanco.

Otros dos que caen a manos del golpe de Estado. Parece que no es tan pacífico como a Dido le gustaría hacernos creer. Casio tiene razón, una vez más.

Habrán hombres muriendo a lo largo y ancho de la ciudad. Los escuadrones silenciosos arrestarán a los miembros de la facción leal a Rómulo. Las celdas se llenarán. Puede que las armas traqueteen. Que los filos goteen sangre. Todo en equilibrio y riesgo sobre la promesa de la prueba que ha traído Serafina.

Sé de golpes de Estado, y no me impresionan demasiado. En mi familia son más comunes que las bodas. Estos rústicos del Confín miran por encima del hombro a los dorados del Interior, a mi familia y a «la zorra de la Luna». Pero no están mucho mejor.

Entonces recuerdo a Serafina. Cómo se plantó ante su padre y la tristeza que vi en su rostro cuando se dio cuenta de la intención de Rómulo. Dividida entre el amor de su gente y de su madre y el amor de su padre. ¿Qué decisión tomaría yo?

Veo a mi padre en el ojo de mi mente e intento, de nuevo en vano, recordar a mi madre. Tiendo las manos hacia ella, pero mis dedos no arañan más que sombra, y siento, con no poca intensidad, que su ausencia es culpa mía. No la estudié lo suficiente. No la quise lo suficiente. Y por eso nunca me sostendrá

entre sus brazos, nunca me besaré en la frente. Como si nunca hubiera existido.

Mis pensamientos se interrumpen cuando un inhibidor de señales se activa con un crujido estático detrás de mí.

Me vuelvo y veo un par de ojos ámbar que me miran desde las sombras de la habitación.

—¡Por Júpiter en el infierno!

Enciendo las luces y me encuentro a una mujer sentada en mi esterilla de dormir. Me mira con atención mientras me apresuro a ponerme la toga de nuevo.

—¿Serafina?

Ahora ya está en casa, su mono de prisionera ha desaparecido y luce el atuendo típico de Ío: una capa de lana gris sujeta con una faja de color carbón. Me observa con expresión divertida.

—¿Todos los marcianos tienen un oído tan terrible?

Pasea la mirada sobre mí mientras me ajusto la toga. Ella lleva unas zapatillas de suela de goma y dos anillos pesados: en el dedo corazón izquierdo, un dragón devora un relámpago, y en el derecho, un sencillo anillo de hierro del Instituto, con la cornamenta del ciervo de la Casa de Diana. Debería haberme imaginado que era una cazadora.

—¿Son todos los luneros tan maleducados como tú? —Miro hacia la puerta y sé que no ha hecho ningún ruido y, lo que es aún más impresionante, ella tampoco. Debe de haber atravesado las paredes, entonces. Una puerta secreta—. ¿Te has perdido?

Frunce el ceño.

—¿Perdido?

—Bueno, parece que estás en mi habitación.

—¿Tu habitación? —Su repentina carcajada es sorprendentemente

femenina. Luego, recupera su habitual forma de hablar—: Estás en mi ciudad, *gahja*. En mi luna. Hay cámaras en la piedra. ¿Qué importa que te mire a través de las cámaras o aquí? Así es más honesto, ¿no?

—Bueno, resulta bastante inquietante de cualquiera de las dos formas — contesto con una sonrisa—. Muy poco hospitalario.

—Si mal no recuerdo, tú también eres de los que miran. Te vi observándome sobre la camilla...

—Estabas herida —le aclaro—. Te estaba revisando la...

—¿Las tetas?

—La herida. La que tienes en...

—Los pechos.

—El estómago. Está claro que todavía no estás lúcida. Te llevaste un golpe en la cabeza, te volviste un poco loca. ¿O es que todos los tuyos hablan como gente de las cloacas?

—Tengo modales —responde sonriendo—. El polvo es un maestro duro. —Me arroja un paquete al mismo tiempo que se pone de pie. Lo atrapo a duras penas—. Ropa. La tuya estaba sucia del viaje.

—Muy caritativo por tu parte. —Abro el paquete para ponerme la ropa—. Nuestra piloto —digo—, me dijiste que está viva y que se encuentra bien. Quiero verla.

—No.

—¿Sin negociación? Muy bien. —Manoseo la ropa que me ha traído. Ella no se da la vuelta ni se va—. ¿Te importa?

—¿Que si me importa?

—Sí, me gustaría cambiarme ya.

Ladea la cabeza, con expresión desafiante.

—No es la primera vez que veo a un hombre desnudo.

A diferencia de la suya, la mía fue una infancia solitaria. «Un soberano es

una isla», solía decir mi abuela.

—No es más que carbono. ¿Te avergüenzas de tu cuerpo? —pregunta—. ¿O tal vez te avergüenza no saber usarlo?

—Así que por eso enviaste a los rosas, para poder mirar. —El descubrimiento me produce una satisfacción extraordinaria—. ¿Por qué tienes tanta curiosidad?

Frunce la frente.

—¿Estás herido? ¿Es ese el motivo por el que los rechazaste? ¿Tu virilidad no funciona?

—Eso... no es en absoluto de tu incumbencia. Gracias por el interés, no obstante. Funciona a la perfección.

—Lo siento —se disculpa—. No pretendía ofender.

—Bueno, pues se te da bastante bien. Mis felicitaciones a quien te enseñara.

—¿Te sentirías más cómodo si yo también estuviera desnuda otra vez?

Aun bajo los pliegues de la túnica suelta, atisbo la sutil cumbre de sus pechos, la longitud de sus piernas musculosas, y...

Toso y niego con la cabeza. Ella espera pacientemente hasta que tengo una pequeña e irritante epifanía.

—¿Siempre juegas con tus invitados?

—A veces. —Sonríe con suficiencia—. Es que te pareces un poco a un juguete, con tanto pelo y esas extremidades de dandi.

—¿De dandi?

—Sí. Y la nariz no te la han roto hasta hace poco. ¿Tus ojos son de verdad? —Se acerca—. No te los habrás tallado como un florecilla del Núcleo, ¿verdad?

No me digno a contestar la pregunta.

—No vas a irte, ¿me equivoco?

—¿Por qué iba a hacerlo? Todos están atareados preparándose para la cena. Estoy aburrida. Tú me entretienes.

—Muy bien, entonces.

Dejo caer la toga al suelo con la intención de abochornarla. Pero no desvía la mirada hacia otro lado. Me escudriña.

—Tienes más cicatrices que la mayoría de los florecillas —dice al cabo de un momento.

—Porque no soy un florecilla.

Me sorprende con una carcajada y me cuenta las cicatrices hasta que encuentra una curiosa. Es una cicatriz larga y delgada, como un colgante que me rodea el cuello.

—¿Quién te hizo esta?

Acaricia la cicatriz con los dedos pálidos y, aunque es imposible, oigo el aullido del viento al otro lado de mi ventana. Y en la oscuridad, tanto en la del exterior como en la de mi mente, acecha la bestia del Segador, el demonio de mi infancia. Obedeciendo un instinto, me pongo la toga de nuevo y me siento en el suelo. De pronto, Serafina parece arrepentida.

—Me la hizo un hombre cuando era pequeño —contesto.

Me castigo por haber perdido el control del recuerdo. Algunos demonios nunca se desvanecen. La abuela quiso borrarle la cicatriz con láser, pero la convencí de que me permitiera conservarla.

Serafina se sienta a mi lado, en el suelo.

—¿Un amante?

—No.

—¿Lo mataste por hacerte daño?

Niego con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Como ya te he dicho, yo era pequeño. Él no.

—¿Lo encontraste y lo mataste más tarde? Ahora ya eres un hombre.

—No.

—¿Por qué no? Si él te hizo daño y sigue vivo, entonces es tu dueño. Por eso asesiné al caudillo obsidiano que me golpeó en el Vindabona.

—Es algo pasado. El pasado no me define.

Repito las palabras de Casio como si fueran mías. ¿Cuántas veces me lo ha dicho? ¿Cuántas veces he sido incapaz de creerlo?

—Estúpido *gahja*. —Me da unos golpecitos en la frente—. Nada es pasado. Todo lo que fue, es. Esa cicatriz es la historia de tu subyugación. Mata al hombre que te la hizo y entonces se convertirá en la historia de tu liberación.

—¿Y eso te lo ha enseñado tu padre? —le espeto, pues me irrita que me sermonee.

Su mirada se vuelve fría y dura, se resiente de la acusación.

De repente cobro dolorosa conciencia de lo que nos diferencia. Puede que ella sea hija de un soberano, como yo, pero también es un soldado. Se crio en academias de gladiadores, entre asesinos nervudos, en una luna que te destroza el ADN si sales al exterior sin al menos tres centímetros de protección de buena calidad contra la radiación. Tiene una cicatriz del Instituto de Ío. No hay otro más brutal. Los alumnos no matan tanto como los marcianos ni violan tanto como los venusinos, pero los juegos pueden durar años, a temperaturas que te congelan la sangre antes de que gotee de una herida.

¿Qué he hecho yo sino leer y huir toda mi vida? De repente me siento culpable de mi propia acusación. Como si fuera un perro ladrándole a un lobo que sabe muy bien que no soy salvaje, pero que me deja ladrar porque lo entretiene.

—Disculpas —digo con cautela.

—Perdonado —responde ella—. Sí, fue mi padre quien me enseñó que las cicatrices son la razón por la que nuestros antepasados pudieron dar forma a los mundos. Como dorados, nacimos lo más perfectos que pueden serlo los hombres. Es nuestro deber aceptar las cicatrices que nos producen nuestras elecciones, aceptar y recordar nuestros errores; de lo contrario, vivimos creyendo en nuestro propio mito. —Se sonríe—. Dice que un hombre que cree en su propio mito es como un borracho que piensa que puede bailar descalzo sobre un filo.

La sonrisa desaparece cuando, tal vez, recuerda la expresión del rostro de su padre mientras su hermano se lo llevaba. Y veo tan clara como el día la verdadera guerra que se está librando en su interior. Tengo la sensación de que es un reflejo de la misma guerra que se disputa dentro de mí, y eso me provoca ternura hacia ella. Lucho contra el impulso de acariciarle la mano.

—Crees que soy mala —dice en voz baja, con la vista clavada en la ventana—. Traicionar a mi propio padre...

¿Por qué le importa?

—Las familias son... complicadas.

—Sí. Lo son.

Nos sumimos en un silencio en el que compartimos una comprensión que va más allá de las palabras.

—Eres extraño —dice ella al fin—. Tu amigo es un asesino. Pero tú, tú eres noble.

—No soy noble.

De repente me doy cuenta de lo cerca que está. De lo consciente de su cuerpo que soy. El espacio que nos separa vibra y tiembla con algo salvaje, recién despertado y aterrador para mí. Siento el ardor en su aliento, los pétalos fríos de sus labios pálidos y el fuego solitario de sus ojos oscuros, que me atraería hacia su interior y me consumiría. Y yo lo permitiría, y eso me

asusta más que su familia. Más incluso que la muerte que me espera si descubre el apellido de la mía.

Ella siente la misma tensión entre nosotros y la rompe alejándose.

—Mario dice que sois espías. Que no me encontrasteis por casualidad.

—No parece tener mucha confianza en lo que piensa Mario.

—Es una serpiente, pero no tonto.

—Me importa más lo que piensas tú.

Reflexiona.

—Cualquier cosa noble que viva mucho tiempo esconde bien su aguijón.

Se vuelve hacia la pared para marcharse.

—¿Por qué te llevaste mi filo? —pregunto, pues de pronto siento un arrebato de rabia contra ella—. Toda esa gente murió porque no pude liberarlos.

—Lo sé —dice en voz baja—. Pero ese es el horror que ha creado el Rey Esclavo.

—Eso no me basta.

—Lo hice por el bien general. Ya lo entenderás.

—Tu madre no sabe que estás aquí, ¿verdad? —le pregunto mientras señalo con la cabeza el inhibidor de señales que lleva en el cinturón—. ¿Por qué has venido?

Duda, como si ni siquiera ella lo supiera.

—Me salvaste la vida. Yo... quería ver si valía la pena salvar la tuya.

—¿Y?

—No lo he decidido. —Me mira con una compasión extraña—. Juegas con cosas que no entiendes.

—Tu madre me ha convertido en su invitado. Estoy protegido por la ley antigua.

—Mi madre no es mi padre. —Se queda callada—. Dale lo que quiere. Por

tu bien.

—¿Y qué es lo que quiere? —pregunto, pero la pared ya se ha separado y Serafina se ha internado en sus sombras.

Casio tenía razón.

No somos sus huéspedes. Somos presas.

34
DARROW
Apolonio au ValiiRath

Termino mis largos matutinos en la piscina de la cuarta planta del Nessus a primera hora de la mañana. La natación es parte de la terapia física para recuperarme de la herida de filo que me atravesó el brazo durante el enfrentamiento con los Guardianes de la República. Mi cuerpo es un historial de sufrimientos y dolores. Ni siquiera he llegado a la mitad de la treintena, pero, solo en las rodillas, ya me he sometido a tres cirugías de reemplazo de cartílago.

La natación hace que el brazo me duela una barbaridad, pero también contribuye a desplazar la sensación de claustrofobia que se ha apoderado de mí durante nuestra segunda semana en el espacio profundo, de camino al territorio de la Sociedad. Y junto con los entrenamientos de filo con Alexandar, es lo que me ayuda a mantener la cabeza alejada de mi familia.

Después de vestirme en mi camarote, voy a buscar a Sevro a su habitación. Está tumbado en la cama viendo un vídeo de Electra cuando era pequeña. La niña flota en el aire por encima de él, silenciosa y adusta incluso de bebé, mientras Victra la viste con un chaleco de cuello alto. Sófocles sacude la cola en el aire y bloquea la imagen de la cámara. Oigo la risa de Kavax de fondo. Llevamos dos semanas sin comunicación con el mundo exterior, y eso está acabando con Sevro.

—¿Todavía no has salido de la cama? —pregunto—. Vaya un cabrón perezoso.

Me mira con los ojos entornados, todavía hinchados por el sueño.

—¿Qué prisa hay?

—Apolonio. Acordamos que hablaríamos con él esta mañana.

—Ah, eso. —Mira por última vez a su hija y apaga el holopad—. ¿Seguro que no podemos mantenerlo al margen unas cuantas semanas más?

—Ojalá. Entraremos en territorio dorado dentro de cinco días. Es hora de ver si nos apoya.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces podrás lanzarlo al espacio. Y nosotros nos largamos a Mercurio.

Guijarro sale a nuestro encuentro en el pasillo cuando vamos de camino al conducto de bajada hacia la cuarta cubierta. Parece tensa.

—Tenemos un problema.

Nos encontramos a Collway encorvado sobre un holodispositivo en la sala de sensores de la segunda cubierta. Payaso está detrás de él, de pie y con los brazos cruzados, dando golpecitos inquietos con el pie en el suelo.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Cuéntale lo que me has dicho —apremia Guijarro.

Collway se frota las sienes. A pesar de lo mucho que duerme mientras holgazanea en el sofá de la sala de recreo y jugando a juegos de inmersión, parece agotado.

—Bueno, ya sabéis que este barco cuenta con un sistema de monitorización interno que detecta nuestras huellas térmicas.

—Sí.

Alza el plano de la nave. Varias figuras rojas con forma humana brillan por las cubiertas. Veo la huella fría de Bígaro en el puente, la cálida de Thraxa, que no para de entrenar en el gimnasio. Sevro se ríe y señala dos huellas térmicas, una al lado de la otra, en uno de los camarotes.

—Parece que alguien va a hacer una visita a la Ciudad del Folleto.

¿Quiénes son?

—Somos veinticuatro —continúa Collway, que va contando las figuras una a una. Muchos siguen en sus literas—. Y hay diez dorados en las celdas.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —pregunta Sevro—. Tenemos mierdas de las que ocuparnos.

—Anoche no podía dormir...

—Quieres decir que estabas espionando a la gente para ponerte cachondo.

—Así que me sincronice con la nave y vi esto. —Rebobina el plano hasta la medianoche—. Cuéntalas.

—Hay veinticinco. —Sevro entorna los ojos—. Mierda. ¿Cómo es posible que no te hayas dado cuenta hasta ahora?

—No hay razón para que me sincronice cuando viajamos en piloto automático. Es desperdiciar mi tiempo —replica Collway molesto—. Da la sensación de que quienquiera que sea está enmascarando su huella, bien permaneciendo cerca de los motores, bien utilizando una manta térmica.

—Tal vez estuviera en el barco antes de que lo robáramos —aventura Guijarro—. A lo mejor es un estibador, o uno de los sirvientes de Quick.

—Si es un estibador, podría sabotear nuestros sistemas de soporte vital o fundir el núcleo de helio —dice Collway—. Eso sería, y que conste que es un eufemismo, un cataclismo.

—Una condenada abuela en el centro de comunicaciones sería tan peligrosa como un Sucio —interviene Payaso—. Si transmiten a través de nuestros intercomunicadores, todo el dichoso sistema sabrá dónde estamos. La Sociedad y la República. ¡Estamos jodidos! Nos encontrarán, nos borrarán del mapa y nuestras moléculas vagarán por el espacio durante diez millones de años.

Me vuelvo hacia Payaso.

—¿Has acabado?

—La verdad es que no.

—Sí, has acabado. Busca a Alexandar y a Thraxa y reuníos conmigo en la armería.

Diez minutos más tarde, Payaso, Alexandar, Thraxa, Sevro y yo nos echamos los multirifles al hombro. Les lanzo cargadores de munición verdes.

—Solo de araña —digo—. Quiero al polizón con vida.

Tras eliminar una a una las huellas térmicas conocidas, Collway logra rastrear la del intruso mientras regresa a la sala de máquinas desde la cocina. La sala de máquinas es un espacio abierto que abarca la altura de las cuatro cubiertas en la parte posterior del barco. Hay pasarelas metálicas que bajan desde la zona superior y serpentean entre la maquinaria. Las luces no se encienden. Thraxa y Payaso vigilan la salida inferior mientras los demás empezamos a bajar desde arriba, registrando un nivel tras otro. Los reflectores de nuestros cascos ahuyentan las sombras mientras peinamos hasta el último rincón de la sala de máquinas. Sevro me señala y se arrodilla. Me muestra el envoltorio de un cuenco de fideos venusinos. Hay más basura en un recodo del tercer nivel, además de un holovisor y una maraña de mantas.

Oímos un golpeteo de pies en el nivel inferior.

—¿Una rata? —dice Sevro con una sonrisa.

—Id —ordeno.

Sevro y Alexandar saltan por el lateral de la pasarela de metal y aterrizan en la que hay debajo. Oigo un golpe seco y una carcajada.

—Darrow, será mejor que bajes aquí —me llama Sevro.

—Está claro que es una maldita rata, una muy grande y con pecas — agrega Alexandar.

Bajo por la escalera y me encuentro a Alexandar y Sevro de pie junto a una mujer acucillada. Los reflectores de mis hombros le iluminan la cara.

—¿Rhonna? —farfallo.

Mi sobrina me dedica una amplia sonrisa.

—Lo siento, tío, me perdí de camino a la lanzadera. ¿Hemos llegado ya a Nueva Esparta?

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—El polizonte —contesta—. ¿Puedo ponerme de pie o vas a dispararme?

Mira con fastidio el rifle de Alexandar, quien, a diferencia de Sevro, sigue apuntándola. Se yergue.

Sevro se echa a reír.

—Tienes unos ovarios de hierro y bien grandes, ¿no?

—Esa es la idea general, sí.

—Te di una orden —digo tratando de mantener la calma justo cuando Thraxa se une a nosotros.

—Sí. Puedes meterme en el calabozo, si quieres, pero creo que las celdas están a tope. También podrías dejarme hacer mi trabajo. Si aquí el señor Vomitonas es capaz de ayudarte, yo también. —Alexandar le lanza una mirada asesina, avergonzado—. Según mis cálculos, llevamos dos semanas de viaje. Ahora ya no hay manera de volver atrás, tío. No te queda más remedio que aguantarme.

Tiene razón.

—¿Crees que esto tiene algo que ver conmigo? —pregunto—. Acabas de romperle el corazón a tu padre.

Aprieta los dientes.

—Es mi vida. Bien, ¿puedo unirme al resto de la tripulación y ponerme a...?

—Alexandar, dispara a esta lerda —dice Sevro.

Mi lancero sonrío.

—Un placer.

Rhonna abre los ojos como platos.

—No, él no. Cualquiera menos...

Alexandar sonrío aún con más ganas y le dispara un proyectil de veneno de araña en el muslo. Rhonna cae al suelo dando vueltas, gruñendo de dolor. Se le agarrotan los dedos cuando el líquido paralizante se propaga.

—Ay.

—Déjala —dice Sevro cuando Thraxa intenta levantarla—. Esta noche ya podrás moverte, cara culo. Recoge tu basura y busca una litera. Mañana limpiarás las letrinas de todos los baños. Empezando por el mío. Una verdadera lástima, porque esta noche hay curry en el menú. —Se agacha—. ¿Estás triste porque no estás con un escuadrón de Drachenjäger? ¿De operadores de mecanismos? Por favor, a esas putitas nos las comemos para desayunar. Tienes suerte de hallarte en nuestra gloriosa presencia. —Se agacha aún más—. ¿Quieres respeto? Gánatelo.

—Qué cara más dura —murmuro cuando salimos al pasillo.

—Por lo menos no ha entrado por los ventanales.

—Pobre Kieran. Deberías haberle visto pedirme que no la trajera.

—Has sido un poco duro, ¿no crees? —dice Thraxa cuando nos alcanza.

Sevro sonrío.

—Mira, Thraxa, los niños son como los perros. Algunos gimotean, otros ladran y otros gruñen. Solo tienes que encontrar el idioma adecuado para cada uno de ellos y contestarles en él.

Alexandar sonrío con arrogancia.

—¿Sabes hablar con los perros?

—Hablo contigo, ¿no?

Cuando Sevro y yo nos acercamos a hablar con Apolonio, MinMin está holgazaneando en el puesto de guardia de las mazmorras, delante del bloque

de celdas, con el rifle apoyado contra la pared. Tiene las piernas metálicas y zambas encima de la consola y una taza de café en precario equilibrio sobre la articulación hidráulica. Está viendo el holo de una comedia acerca de un rojo que se va a vivir con un violeta y un gris en la Ciudad de Hiperión; las payasadas se suceden. Se rasca los gruesos cabellos de la nuca y nos mira.

—Saludos, jefes.

—¿Cómo están hoy los diablillos? —pregunto.

—Más callados que un muerto. —MinMin mantiene un ojo en la proyección y se ríe cuando el rojo intenta alcanzar el armario más alto de la cocina del apartamento para coger el whisky que los demás le han escondido—. Eso es una mierda racista —dice—. No todos somos alcohólicos. —Su café apesta a whisky—. Deslenguado está otra vez en su visita conyugal.

Miro hacia el pasillo y veo al viejo obsidiano sentado con las piernas cruzadas y mirando hacia una de las celdas.

—¿Otra vez?

—Viene todos los días.

Nuestra colección de «prisioneros fugados» es un variopinto muestrario de demonios. La mitad son hombres y mujeres a los que los Aulladores se han esforzado en capturar personalmente a lo largo de los diez últimos años. Los diez son venusinos. Parece una blasfemia que hayamos sido nosotros quienes los hemos liberado. Siento la ira silenciosa de los Aulladores en el comedor, en el gimnasio del barco, incluso cuando me los cruzo por los pasillos. Pero su furia no va dirigida contra mí ni contra nuestra misión, es más bien como si todo esto fuera una gran broma que nos está gastando la existencia. Volvemos a girar para ver las mismas caras, los mismos barcos, las mismas batallas. Una y otra vez. Vueltas y más vueltas. Esa es precisamente la razón

por la que necesito matar al hombre que ocupa el eje del ciclo, en torno al cual gira todo esto.

Deslenguado está sentado en el suelo del pasillo, con el perro del alcaide dormido en el regazo, viendo a Apolonio tocar su violín fantasma a través del espejo unidireccional. El viejo obsidiano se ha rapado el pelo y se ha recortado la barba hasta convertirla en una perilla fina. Parece un hombre completamente distinto, sofisticado a pesar de ir vestido con un uniforme militar. El perro se despierta y gruñe cuando nos acercamos, y solo se calma cuando Deslenguado lo acaricia detrás de las orejas.

Apolonio está desnudo bajo la luz tenue de su celda. Ha dejado la ropa pulcramente doblada en el suelo. Me perturba verlo balancearse ahí dentro, tocando un instrumento imaginario, con el pelo dorado cayéndole sobre los hombros, los ojos cerrados y la cara transformada en una máscara de concentración monacal. Lleva un apósito pegado a la cabeza, sobre la zona que Bígaro le rapó antes de operarlo.

Lo quiero muerto. Fuera de los mundos. Ha acabado con dos personas que quiero y atormentado a otra de pequeño. La idea de volver a ponerlo en libertad me revuelve el estómago.

—¿Te gusta el malvado violinista, Deslenguado? —pregunta Sevro.

El obsidiano levanta su mirada de ojos oscuros hacia nosotros y niega con la cabeza. Imita el movimiento de tocar el violín y se señala uno de los tatuajes que tiene en el brazo, el de un anciano con la barba larga y un arpa en las manos. Es el dios nórdico de la música, Bragi.

—¿Tan bueno es? —pregunto.

Deslenguado asiente. Se da unos toquecitos en la oreja y luego en el corazón, como para decir que desearía poder escucharlo tocar de nuevo.

—Eso no va a pasar —dice Sevro.

Deslenguado asiente, lo acepta y se levanta para dejarnos a solas con

Apolonio.

Lo miro mientras se aleja y me pregunto qué diría si tuviera lengua. Es único entre los obsidianos que he conocido. Se mueve de una forma elegante, es culto, transmite la impresión de estar acostumbrado a cosas más finas. Se ha convertido de inmediato en el nuevo favorito de mi manada gracias a su habilidad en la cocina. Los hombres no hacen preguntas si los alimentas bien. Pero yo estoy empezando a sospechar que terminó en una celda Omega por algo más que el mero hecho de haber cabreado al alcaide.

—¿Por qué tiene que desnudarse siempre? —murmura Sevro, que devuelve mi atención a la celda de Apolonio—. Vamos. Terminemos con esto.

Desactivo la opacidad del lado del espejo de Apolonio para que pueda vernos en el pasillo poco iluminado. Está llegando al final de su pieza. Se balancea y se agita en un crescendo y después llega a un desenlace lento y silencioso. Y cuando termina, se inclina hacia atrás para mirarnos, con una sonrisa divertida en los labios.

—¿Os ha gustado mi sonata? —pregunta, aunque no espera a que respondamos—: A Paganini se le ha concedido una aprobación generalizada como gran virtuoso del violín del período del pentadáctilo. Bueno, antes de la llegada de Virenda, por supuesto. Pero por puro rigor trascendental órfico, siempre he defendido que un verdadero maestro debe intentar interpretar las *Variaciones* de Ernst sobre *La última rosa del verano*. Los armónicos artificiales y el pizzicato de la mano izquierda son bastante fáciles, pero los arpeggios son una labor hercúlea.

—No sé qué significa nada de eso —admite Sevro.

—Es una pena que tengas unos intereses tan limitados.

—Te mueres por contarnos cuándo la tocaste por primera vez, ¿a que sí?

Sé que los de tu calaña no sois capaces de resistiros a un poco de fanfarroneo —masculla Sevro—. Bueno, adelante. Impresiónanos, Rath.

—Conseguí dominarla a los doce años.

—¿A los doce? ¡No! —Sevro aplaude—. ¡Qué genio! Segador, ¿sabías que teníamos a un psicótico virtuoso a bordo?

—No tenía ni idea.

—El dominio de la música es su recompensa —prosigue Apolonio—. El proceso mediante el cual tu corazón se entrelaza con los de los maestros de antaño. No conocéis ese esfuerzo, ni podríais soportarlo, así que nunca alcanzaréis la recompensa de entenderlo. —Se echa hacia delante, con los ojos entornados—. Pero, por supuesto, ignoradlo si no lo comprendéis. El arte sobrevivió a los mongoles. Apuesto a que os sobrevivirá a vosotros.

—No puede decirse que seas un mecenas de las artes, por lo que tengo entendido —digo—. Le rompiste el violín a Tacto cuando era un niño. No es un detalle muy inclusivo por tu parte.

—¡Cuán llenas de matices están las familias! ¿Entendería yo tu relación con tu hermano? —Con delicadeza, se arranca varios mechones de pelo y los usa para recogerse la melena salvaje en una coleta—. ¿Me habéis sacado de mi jaula solo para meterme en otra? Parece una ironía cruel para un hombre que se enorgullece de romper cadenas.

—Me cuesta creer que tu suite de la Fondoprisión fuera una jaula —replico—. Te lo montaste bien.

—No era un encierro tan riguroso como lo fue el tuyo, lo admito. El Chacal era una criatura extraña, preñada de dolor, ¿no? Muy similar a su hermana.

—Tienes suerte de que no te hayamos lanzado al espacio después de lo que has hecho —dice Sevro con desdén—. Pero vuelve a hablar de Virginia. Vamos. Comprobaremos lo bien que suena tu violín en el vacío.

Apolonio suspira.

—Buenos hombres, puede que seamos enemigos, pero no finjamos que somos bandas de trogloditas que guerrean por el fuego. Somos criaturas sofisticadas que se encontraron en conflicto bajo los términos establecidos de una guerra total.

—Tú no eres sofisticado. Eres un monstruo disfrazado de hombre —le espetta Sevro—. Herviste a hombres vivos.

—Mi hermano hervía a hombres vivos. Yo soy un guerrero, no un torturador.

—Tu hermano, tú. ¿Cuál es la diferencia?

Sevro mira a Apolonio y lo reduce a una representación simbólica de todos los hombres que le han hecho daño a lo largo de los años. Ha sufrido a las personas como Apolonio toda su vida.

Una vez perdonó a Casio por mí, porque sabía que la esperanza de nuestra rebelión se equilibraba sobre la frágil noción de que un hombre podía cambiar. Sospecho que le preocupa que ahora opine lo mismo del hombre que tenemos delante. El Trasgo se sitúa muy cerca de mí, como para protegerme del prisionero a pesar de la lámina de durocristal.

Pero la verdad profunda es que en realidad está intentando protegerme de mí mismo. Por eso ha venido.

No tiene de qué preocuparse: nunca confiaré en Apolonio. Casio era una persona que vivía por un ideal; este hombre es demasiado brillante y demasiado narcisista para vivir por nada que no sea él mismo. Pero incluso eso puede resultar útil.

Apolonio suspira.

—Por favor, no insultéis mi inteligencia asegurando que aún operáis bajo la idea de que sois el único ejército inocente de la historia. La guerra separa a los demonios de los ángeles. He visto cabelleras doradas colgando de las

armaduras de batalla de los obsidianos. Manzanas de edificios reducidas a polvo y carne. ¿O preferirías que olvidara las atrocidades que cometisteis en la Luna? ¿O en la Tierra y Marte? La hipocresía es no volverse ni amo ni sabueso. Especialmente en el caso de los que se alían con los obsidianos.

—Los hombres que lo hicieron fueron castigados —digo, sabedor de que no es verdad.

Fueron dos tribus enteras las que saquearon la Luna después de la muerte de Octavia y causaron estragos entre sus ciudadanos, de colores inferiores y superiores por igual. Demasiados para procesarlos sin perder a Sefi. Hicimos concesiones. Siempre concesiones.

—Yo fui un agente de la guerra, como vosotros —continúa Apolonio—. Jugamos al mismo juego. Yo perdí. Me cogieron. Me castigaron. Y empleé los medios que la naturaleza y la educación me habían proporcionado para disminuir el contundente impacto de la encarcelación. Lo más hilarante es que, en muchos sentidos, debo agradeceréloslo. —Sevro gruñe al escuchar estas últimas palabras—. La soledad puede ser la mejor compañía. Veréis, se me planteó una elección arriesgada cuando me enfrenté a vuestro tribunal y recibí los términos de mi sentencia. Una elección que me ayudó a definirme como persona.

»Después de que los de los guantes blancos y limpios me impusieran una sentencia a cadena perpetua, alguien me dejó en la celda una jeringuilla con la que debía borrar me de la existencia. ¿Fuiste tú, Sevro? No importa. Los ejemplos más cobardes de mi especie eligieron esa muerte oportuna, pues resultó que la vergüenza de perder un imperio era más de lo que sus corazones podían soportar. Vuestro difunto amigo Fabii, por ejemplo. Cedieron ante su propia desesperación. ¿Acaso alguien canta ahora canciones sobre ellos? ¿Alguien narra su gloria? —Deja que el silencio responda—. Supe que era mi deber para con mi propia leyenda sobrevivir a esta prueba.

Pero seguía mermado por mis propias circunstancias. Imaginadme como un gran buque de guerra totalmente armado. Cuatro mástiles, grandes baluartes de roble y cien cañones. Me he pasado la vida navegando por mares tranquilos y aguas que se abrían en virtud de mi propio esplendor. Nunca me han puesto a prueba. Nunca me han sacado de quicio. Una existencia trágica, si alguna vez la hubo.

»Pero al fin: ¡una tormenta! Y cuando me topé con ella, me di cuenta de que mi casco estaba... podrido. De que mis cubiertas goteaban salitre, de que mi cañón era frágil, de que la pólvora estaba mojada. Me fui a pique en la tormenta. Tú eras esa tormenta, Darrow de Lico. —Suspira—. Y fue culpa mía.

Me debato entre las ganas de darle un puñetazo en la boca y las de rendirme a la curiosidad y dejar que continúe. Es un hombre extraño, con una presencia seductora. Incluso como enemigo, su extravagancia me fascinaba: capas púrpura en la batalla; un casco de Minotauro con cuernos; estruendo de trompetas para anunciar su avance, como si dieran la bienvenida a todos los contendientes. Incluso emitió ópera mientras sus hombres bombardeaban ciudades.

Tras tanto tiempo aislado, está disfrutando imponiéndonos su narración.

—Mi peligro es el siguiente: soy, y siempre he sido, un hombre de grandes gustos. En un mundo repleto de tentaciones, mi espíritu se me antojaba rebelde y fácil de distraer. La idea de la cárcel, ese mundo desnudo y metálico, me destrozó. El primer año lo pasé atormentado. Pero luego recordé la voz de un ángel caído: «La mente es su propio refugio, y por sí misma puede hacer del infierno un cielo, o del cielo un infierno». Intenté convertir la profundidad no solo en mi cielo, sino también en el útero del que renacería.

»Analiqué los errores subyacentes que habían conducido a mi encarcelamiento y emprendí una odisea interna para rehacerme. Pero, y tú lo

sabrás bien, Segador, ¡largo es el camino que lleva a la salida del infierno! Lo dispuse todo para que me enviaran suministros. Trabajé veinte horas al día. Releí los libros de la juventud con la gravedad de la edad. Perfeccioné mi cuerpo. Mi mente. Reemplacé los tablones de la cubierta; forjé nuevas baterías de cañones en los fuegos de la soledad. Y todo para estar listo para la siguiente tormenta.

»Ahora veo que ya se encuentra sobre mí y navego ante vosotros como el dechado de Apolonio au ValiiRath. Y os formulo una pregunta: ¿con qué fin me habéis sacado de las profundidades?

—Demonios, ¿te lo habías aprendido de memoria? —murmura Sevro.

El hombre que tengo delante no es el hombre que vi ante el tribunal hace tantos años. Su vanidad sigue ahí, pero ahora es una vanidad endurecida y afilada. Hace tiempo, era un buitre de la Sociedad que instigaba duelos por diversión. Que celebraba orgías que duraban días. Karnus au Belona y él fueron compañeros de copas durante mucho tiempo. Buscaba una razón para existir, para escapar del nihilismo del tedio. Y entonces llegó la guerra.

—Dices que has diseccionado tus errores —digo—. Pongamos esa afirmación a prueba.

—Recibo de buen grado todas las pruebas.

—Diablos, ¿es que no te callas nunca? —pregunta Sevro—. Déjanos meter baza.

Apolonio cruza las manos sobre su regazo y espera pacientemente.

—Cuéntame, si puedes, cómo terminaste en la Fondoprisión —digo.

—El hombre que se creía rey descubrió que no era más que un peón. Enfurecí al hombre equivocado. Magnus au Grimmus. El Señor de la Ceniza. Pero eso ya lo sabes, ¿no?

—Sentía curiosidad por descubrir si lo sabías tú.

Se sonrío.

—Fui el primer marciano que disparó contra el barco de Lilath au Faran sobre la Luna, ya lo sabéis. Contribuí a salvar la Luna de un holocausto nuclear. Y le aporté barcos, legiones y, junto con las otras grandes casas marcianas, capital político para compensar a la Casa de Saud en Venus. Pero se ofendió conmigo porque no hincó la rodilla como esos florecillas Carthii. Yo era su aliado, no su sirviente.

»No vi venir la puñalada. Cuando propuso una misión para cortarle la cabeza al Amanecer, me ofrecí entusiasmado. Me permitió encabezar una división formada por mis caballeros, una centuria de las diez que penetrarían en la Ciudadela y os matarían a vosotros y a vuestras familias. Con los Carthii, seríamos mil Marcados como Únicos. ¡Qué gran espectáculo habría sido! No se había reunido una fuerza tan pura para una sola misión desde la batalla de Cefiria. Iba a ser un ataque coordinado.

»Mi centuria se infiltró en la Luna. Pero no me di cuenta de que estábamos solos hasta que ya estábamos atravesando la Ciudadela. No había ninguna otra centuria en los terrenos, y mucho menos en la luna. El Señor de la Ceniza nos había engañado como a tontos. Y también los Carthii. Nuestro apoyo no respondía por los intercomunicadores, pero la voz del Señor de la Ceniza sí habló. Era un mensaje pregrabado... —Se queda callado, modula la voz y recita con un retumbo de barítono—: «La semilla de ValiiRath morirá contigo y con tu hermano. Serás olvidado. Te perderás entre las estrellas. Adiós, Minotauro». Yo sabía que iba a morir, así que me esforcé por hacerlo de forma gloriosa llevándome tu cabeza. Fracasé. —Apolonio se encoge de hombros—. Pero ya sabíais casi todo esto. Nos interrogasteis, a mí y a mis hombres. Así que, una vez más, pregunto, ¿por qué liberarme?

—¿No resulta ahora obvio para tu intelecto supremo? —pregunto—. Tú y yo solo compartimos una cosa. Un demonio común. Te he sacado de tu

prisión para ofrecerte lo más precioso que puedo ofrecerle a un hombre como tú: venganza.

—¿Venganza? Explícate.

—Como tú, quiero la cabeza del Señor de la Ceniza. Lo difícil es separársela del cuerpo. Para eso, necesito tu ayuda.

Se muestra suspicaz.

—No tengo ejército ni armas, no me queda nada que entregar, salvo la sangre y los huesos. ¿Cómo puedo serte de provecho, Darrow?

—No es lo que tienes. Fue lo que te robaron. —Esbozo una sonrisa fría y dura—. Parte de lo que te dije en la celda era verdad. El Señor de la Ceniza no mató a tu hermano. Tharsus está vivo.

Apolonio está perplejo.

—¿Cómo...?

—Ya sabes la respuesta. Te has preguntado mil veces si era posible. Tharsus vendió tu vida a cambio de tu título de cabeza de familia de la Casa ValiiRath. A cambio de tu dinero, de tus hombres, de tus barcos.

—Entiendo. —El encanto del hombre se desvanece—. Si accedo a ayudarte... ¿qué confianza puede existir entre demonios?

—Esto no tiene nada que ver con la confianza. Se trata más bien de quién tiene ventaja. Ese vendaje que llevas en la parte posterior de la cabeza se debe a un procedimiento concreto en el que se emplea un taladro craneal. Tienes un cuarto de onza de explosivo de alta calidad incrustado en la materia gris, así como un chip neuronal para estimularte el nervio ocular. —Activo el temporizador de detonación en mi terminal de datos. Los números aparecen en la pantalla, pero también en el campo de visión de Apolonio gracias al biomodificador de Bígaro. Un diez, luego un nueve, luego un ocho...—. Te quedan siete segundos para darme una respuesta. Sí o no.

Seis. Sevro sonrío.

Cuatro. Apolonio me mira sin dar crédito.

Dos. Me aparto del cristal.

—Muy bien. —Apolonio sonríe, aunque su rabia no ha disminuido—. Acepto tu propuesta. Pero tengo ciertas exigencias.

Treinta minutos más tarde, contemplamos a Apolonio mientras devora un chuletón de dos kilos en el comedor de oficiales del Nessus. Come con la paciencia y los modales de un cocodrilo bien educado: moja cada bocado en el *jus* y lo mastica laboriosamente antes de trag rselo con la ayuda de un espeso Burdeos sacado de nuestras bodegas. Cuando termina, deja varios trozos de carne abandonados, así como un pulgar del vino tinto, y solo prueba una cucharada del postre de limón helado que ha exigido que Deslenguado le prepare. Se recuesta en su silla y bendice a mis lugartenientes con una amplia sonrisa mientras Alexandar le retira el plato. Apolonio desvía la mirada hacia él.

—Eres un chico con aspecto de sangre pura.  C mo te llamas?

—Alexandar.

Apolonio lo observa con interés y luego señala a Sevro y Colloway.

— No te exaspera servir a esos seres genéticamente inferiores, Alexandar?

—Ahora ya s  que he visto ranas con pelo y burros volando —ríe Alexandar—. Un ValiiRath dándome una clase de genética. —Se echa hacia delante, con el plato de Apolonio todavía en las manos—. Habría sido un gran placer ver a mi abuelo instruirte sobre el mérito de tus genes.

— Y a qu n llamas pariente, Alexandar? —pregunta Apolonio.

—A Lorn au Arcos.

— Vaya, vaya! Un grifo en carne y hueso. —Apolonio est  impresionado—. La sangre de los conquistadores que aún corre por tus venas te convierte en una especie en peligro de extinc n. Deb as de estar all  cuando tu abuelo

destripó a mi hermano pequeño en Europa. Estarías en la semilla de la juventud, ¿no? ¿Ocho años, nueve? Dime, ¿te emocionó la violencia?

—Me aleccionó en cuanto a cómo matar a los ValiiRath. En ese sentido, resultó ser de lo más satisfactoria.

—Podría decirse que existe una disputa familiar entre nosotros, joven.

—Por favor —replica Alexandar con otra carcajada—. No le concedería a tu humilde casa la dignidad de mi atención.

El insulto da en el blanco. Sevro echa a Alexandar de la habitación con una palmada fraternal en la espalda.

—Apolonio —digo en voz baja—. Si insistes en provocar a mis hombres, tendremos un problema.

—La provocación es la naturaleza de los depredadores como nosotros, Darrow. —Echa un vistazo a su alrededor—. Pero, cierto, ¿dónde están mis modales? Mis disculpas por ofenderte. —Agita la mano en dirección a las paredes—. Esto no es tu destructor de lunas. Ni un acorazado ni un destructor. El comedor de los oficiales es demasiado pequeño. ¿Una nave antorcha tal vez? ¿Algo más pequeño?

Es muy perspicaz.

—Es una fragata. Clase Xiphos.

—Así que por fin las han desplegado. Qué barco tan curioso para un caudillo, y mesas personalizadas... Qué curioso éxodo de la Fondoprisión. Si no tuviera dos dedos de frente, un intelecto sagaz podría llegar a sospechar que algo huele a podrido en el estado de la República.

—Esta es una operación encubierta —digo. Cuanto menos sepa, mejor—. El Estrella de la Mañana es bastante poco discreto.

—En efecto —conviene—. Bien, creo que ha llegado el momento de que me hables de mi hermano y de lo que ha acaecido en mi casa durante mi ausencia.

Sevro sonríe.

—Esto voy a disfrutarlo.

—Tu casa es una sombra —comienzo—. Puede que tu hermano comprara su vida, pero lo hizo a un precio excesivo. Se ha convertido en un títere político. Ha entregado tus destructores y tus naves antorcha a tus enemigos, los Carthii de Venus. Ha vaciado tus arcas directamente en los bolsillos del Señor de la Ceniza. Muchas de tus legiones se han disuelto, pues los hombres han sido reclutados para servir al Señor de la Ceniza. Tu casa vuelve a ser pequeña. Todo lo que construiste con los beneficios de la guerra ha desaparecido...

—Excepto mi nombre.

Una oscuridad tremenda le ha invadido los ojos.

—Dale un año —interviene Sevro—. Los hombres olvidan.

— C mo sabéis todo esto? —pregunta Apolonio con escepticismo.

—Uno de los abogados de tu familia desert  hace varios años.

— Y dónde se encuentra ahora?

—Se resbaló en la ducha —contesta Sevro—. Nuestra gente lo encontr  despedazado en treinta y cuatro trozos. A Atalantia le gusta que sus asesinos transmitan un mensaje.

Apolonio sonríe de forma cordial.

— Y qué hay de mi hermano?  Se ha quedado de brazos cruzados mientras ese bruto de la Luna saqueaba la casa de mis padres?

—El abogado nos dijo que Tharsus se ha entregado al vicio —respondo.

—Oh, qué t pico de él. —Se hurga las uñas—. Si mi casa ha caído en desgracia,  qu  utilidad tengo para ti? Imagino que las defensas de Venus han cambiado bastante en seis años. No tengo ni información ni medios.

—No. Pero tu hermano s .

Proyecto un holo de Venus en el aire, por encima de la mesa. El planeta

con vegetación y dos casquetes polares de hielo está rodeado de barcos metálicos y militares. Una gran mancha oscura ensucia el centro de uno de los océanos de Venus. El Centro Estelar cree que es ahí donde reside el Señor de la Ceniza, pero sus hombres de confianza son mucho más discretos que los de ValiiRath.

—Esta es la última imagen de Venus capturada por nuestros telescopios espía —explico—. A diferencia de la Luna, es un planeta autosuficiente. Dispone de tierras de cultivo, océanos abarrotados y minas enormes. Pero los rigores de la guerra son muy exigentes. Toda la producción se destina al esfuerzo de guerra. No hay comercio. Eso significa que no entran ni salen barcos.

—Hay comercio con Mercurio...

—Ya no. Los cielos de Mercurio son míos —digo.

Apolonio enarca las cejas.

—¿En serio? Mis respetos. ¿Cómo superasteis las plataformas de defensa?

—Con una Lluvia de Hierro —aclara Sevro.

—Menudo precio debisteis de pagar. Qué gran precio. —Mira en torno a la mesa—. ¿Es esa la razón por la que debéis arriesgar la vida y la integridad física en esta maniobra desesperada, porque destrozasteis vuestro ejército?

No le hago caso.

—Como puedes ver, hay una presencia militar extrema en Venus. Los motores de esta nave y sus capacidades de invisibilidad podrían zafarse del bloqueo para escapar de Venus si fuera necesario, pero no para aterrizar allí. Necesitamos que nos ayudes a aterrizar.

—Como ya he dicho...

—Es posible que tu hermano haya domesticado su espíritu para sobrevivir. Es posible que haya hincado la rodilla ante el Señor de la Ceniza. Pero ¿qué es lo que un hermano Rath es incapaz de dominar?

Sevro mira el plato de Apolonio.

—Su apetito.

—Los rigores de la guerra han obligado incluso a los ricos a someterse al racionamiento. Pero tu hermano se ha endeudado gracias a su gusto por los productos del mercado negro, y su apetito no ha disminuido. Sevro...

Saca su terminal de datos.

—Noventa y nueve cajas de vino de la Tierra, doscientas botellas de baiji, doscientas botellas de brandy. —Hace una mueca y continúa en voz baja—: Ciento treinta y siete botellas de whisky de la Tierra. Cuatro botellas del de Marte. —Me vuelvo para mirarlo al percatarme de la escasa cantidad de whisky marciano. Él sigue mirando su terminal de datos con aire diligente—. Doscientas botellas de arrack. Doscientas botellas de schochu. Dos mil kilos de ternera, quinientos kilos de cordero, cuatrocientos caracoles, tres kilos de lenguas de colibrí, tres kilos de caviar y veinte rosas imaginarios de la reserva personal de Quicksilver.

Lentamente, Apolonio comienza a aplaudir.

—Sí. ¡Sí! ¡Este sí es el Segador que recuerdo! Tharsus no podrá resistirse. La avaricia es su naturaleza. Tendrá un agente negociador fuera de Venus, es probable que en la estación de Bastión. Supongo que ese destino debe de resultar poco conveniente. —Asiento—. Entonces necesitaré una reconstrucción facial para alterar mis facciones y una estación de comunicaciones con acceso a la matriz de antenas principal para contactar con el agente. Pero aterrizar en Venus no acabará con el Señor de la Ceniza. Ese hombre vive en una fortaleza.

Señalo la mancha oscura del mapa.

—La hipótesis de trabajo de la Inteligencia de la República es que cuelga su corona en esa zona oscura. ¿Puedes confirmarlo?

—Se habló de un dispositivo de encubrimiento que absorbiera las ondas de

radio y luminosas —recuerda Apolonio—. Veo que nuestros ingenieros han hecho progresos. Esa es la ubicación de la isla Gorgón, su fortaleza. Está a cuatrocientos kilómetros de mi isla. Pero necesitarás un ejército para quebrantar sus defensas. —Vuelve a fijarse en las líneas estrechas de la habitación—. Y algo me dice que no lo tienes.

—Pero tú sí —le digo—. El Señor de la Ceniza no puede haberse quedado con todos tus hombres. Y me pregunto: ¿qué crees que sucederá cuando aterricemos en tu isla y tus legionarios vean que Apolonio au ValiiRath, el mismísimo Minotauro Loco, ha vuelto a casa? Y no regresa como prisionero del Amanecer, sino con un pelotón de comandos leales.

Saco su yelmo de Minotauro de una bolsa y lo dejo caer de golpe sobre una mesa.

—No estoy loco —gruñe.

—El Minotauro indomable —prueba Sevro.

—Mejor. —Acaricia el yelmo—. ¿Me pondrías a la cabeza de una legión?

—No —contesta Sevro, que lanza un cebo al que Apolonio no podrá resistirse—. Piensa a lo grande, Rath.

—Un golpe de Estado... —dice Apolonio con suspicacia.

—Tharsus nos facilitará la información que necesitamos, y entonces tu legión y mis hombres lanzarán un ataque conjunto contra la fortaleza del Señor de la Ceniza. Cuando muera, los Carthii y los Saud se enfrentarán por el trono. —Se le curvan los labios ante la mención de sus enemigos los Carthii—. Pero el botín va para el conquistador. Tus pretores volverán a luchar por ti. Tus hombres desertarán en masa cuando se enteren de que estás vivo. Y en las celdas contiguas a la tuya hay diez miembros de sangre de las Casas de Saud y Carthii, cinco de cada una. Los usarás como moneda de cambio en la lucha posterior. Nosotros abandonaremos Venus, pero tú te quedarás y, una vez que hayas consolidado el control y te hayas coronado

Tirano en sustitución del Señor de la Ceniza, te pondrás en contacto con la soberana de la República y promulgarás una rendición condicional.

—¿Y cuáles crees que serían los términos de esa rendición?

—Accedes a poner fin a la guerra y a entregarnos a tus rivales, incluyendo a Atalantia au Grimmus, para que sean juzgados por crímenes de guerra en los tribunales de la República. Das la orden de que las legiones de Mercurio se rindan. Gobiernas Venus durante el resto de tu vida, como mejor te parezca.

—¿Y qué impediría que la República me matara en cuanto todo haya terminado?

—Yo... Y puedes utilizar a tu propia gente como rehenes gracias al arsenal atómico de los Saud.

—Bueno, eso es magnífico para ti, ¿no? Un golpe de Estado con una pérdida mínima para la República. El enemigo destripado desde dentro, y el único coste es que yo traicione a mi especie.

—¿Tu especie? —pregunto—. Tú eres único, Apolonio —ronroneo—. Los dorados te traicionaron, Apolonio. Los Carthii ayudaron al Señor de la Ceniza a encerrarte en una celda para que te pudrieras. Y, debido a eso, ahora eres una nota a pie de página. Un hombre en el ejército de otro hombre. Te estoy ofreciendo una oportunidad de venganza contra aquellos que te enviaron a la muerte. Y una oportunidad de empequeñecer al Señor de la Ceniza en la memoria de la humanidad. Ambos sabemos que no te importan los dorados. Así que deja que te ayude a convertirte en la última leyenda de una era que se desmorona. El Minotauro de Marte.

—Y Venus —añade con una sonrisa al mismo tiempo que levanta su yelmo de guerra.

Sevro y yo nos quedamos en la sala de reuniones después de que vengan a

llevarse a Apolonio de regreso a su celda.

—¿Crees que sabe que no volverán a seguirlo? —pregunta Sevro.

—No. Está loco. Todos los dorados lo saben. Puede que los Saud y los Carthii hayan hincado la rodilla ante el Señor de la Ceniza, pero jamás entregarán su tierra natal a un bruto marciano. Pero si lo liberamos, destrozará Venus desde dentro. Descenderemos sobre un Venus fracturado. El Señor de la Ceniza quería meternos en una guerra civil. Pues bien, yo mismo se la prepararé a ese cabrón. —Tomo un sorbo del vino que no se ha bebido Apolonio—. Y si Apolonio es capaz de unirlos de alguna manera, publicamos el vídeo de esta reunión y es posible que sean sus propios hombres quienes lo maten por trabajar conmigo.

Sevro esboza una mueca.

—Mi padre estaría orgulloso de este plan.

Cuando menciona a su padre, me llevo la mano a la llave de Pax que llevo bajo la camisa.

—¿Qué es eso? —pregunta Sevro.

La saco.

—Me la dio Pax.

—¿Para qué sirve?

—Es de una gravimoto que ha construido él mismo. Cuando me despedí de él, me dijo que no regresaría. —Lo miro. Sé que debería haber expresado antes mis remordimientos—. Siento haberte hecho dejar a tus chicas. Por lo de Wulfgar.

—No me has obligado a hacer una mierda. —Me da unas palmaditas en la pierna—. Asegurémonos de que todo esto merezca el precio que estamos pagando.

«Lo merece —me digo a mí mismo—. Tiene que merecerlo».

35
UNA LÁGRIMA EN LA PUERTA
Banquete

—Dioses, es increíble. Mejor que un spa rosáceo —dice Alban, el segundo ayuda de cámara de Kavax, mientras un esbelto robot humanoide le masajea la espalda con quince dedos translúcidos que brotan de cuatro manos.

La cara y el cuerpo del robot son de plástico blanco y opaco. Por debajo, una luz azul palpita como si tuviese un corazón mecánico latiendo debajo de esa carcasa de producción en cadena. ¿Es esto lo que reemplazó a mi padre en las minas?

La plantilla personal de viaje tanto de la Casa de Telemachus como de la de Augusto descansa en una sala de estar en la torre de Regulus ag Sol. La habitación está atestada de aparatos electrónicos y artículos de consumo: cestas de regalos para todo el personal, incluso para mí. Es el único hombre del que he oído decir que hace regalos a todos los demás el día de su cumpleaños.

¿Qué querrá Quicksilver a cambio de esta cesta? Le doy la vuelta a la tarjeta adjunta que sostengo en las manos. «Liria de Lagalos —se lee en una florida cursiva dorada—. Por su servicio no reconocido a la República. Deseos augustos, Regulus ag Sol». Sea o no un soborno, aprecio la tarjeta y acaricio con el dedo el talón alado que lleva impreso en relieve.

—Como si alguna vez te hubiera dado un masaje un rosáceo —replica uno de los ayudantes de cámara de Níobe.

—Pues sí, una vez, ¿sabes? Y ni siquiera tuve que pagarlo.

—Mentiroso. Te sale el dinero por las orejas.

—Como si no lo supiera. Oh, dioses, sí, robot, justo ahí.

—¿Más fuerte, señor? —pregunta el robot con una voz humana hueca.

—¡Siempre! ¡Ay! ¡Ay! No tanto, ¿es que quieres matarme?

—Imposible, señor. La Primera Ley de la Robótica dice...

—Ya sé lo que dice, tostadora.

Le doy un sorbo a mi té de jengibre y pienso que ojalá Philippe estuviera aquí para ofrecer su irónica opinión. La mía no interesa entre los sirvientes. Sigo siendo una marginada dentro de este pequeño club de ayudas de cámara. La mayoría, salvo Alban, han superado los cuarenta, o incluso los cincuenta años, y llevan sirviendo desde que eran más jóvenes que yo. Sus padres ya fueron sirvientes, y sus padres antes que ellos, al igual que en el caso de Garla y los estibadores rojos.

En la torre de Quicksilver todo es brillante y minimalista, plateado y blanco, excepto las naves de carreras que rugen desde un proyector holográfico en el extremo opuesto de la sala. Algunos ayudas de cámara y miembros del personal político están allí sentados, ataviados con sus esmóquines, fumando o tecleando en sus terminales de datos con aire de importancia. Bethalia entra desde el pasillo, hablando con el mayordomo de Quicksilver y con el de la soberana, un hombre feliz y regordete con los dedos muy rápidos. Recuerda un poco a un cerdo atolondrado sorprendido de verse con un esmoquin.

Estamos aquí para el cumpleaños de Quicksilver. La llegada por vía aérea de nuestra comitiva hasta el muelle de su rascacielos fue todo un espectáculo. Los focos agujereaban el cielo del ciclo oscuro de noviembre. Los dirigibles y los tejados estaban llenos de espectadores con cámaras. Me asomé por una ventana del compartimento de personal de uno de nuestros barcos blindados cuando la soberana y su hijo salieron a la alfombra plateada junto con los

Telemanus. Durante un instante, me sentí como si estuviera de nuevo viendo la HP con mi familia a quinientos millones de kilómetros de distancia. Los de Augusto lucían un aspecto majestuoso. Pero me repelieron de todos modos. Esta es su vida: galas y fiestas. Me siento culpable por ese resentimiento. Le debo mucho a Kavax.

La culpabilidad se disipa cuando recuerdo la sensación del barro. El zumbar de las moscas sobre el cuerpo de mi hermana. Ellos nunca escucharán ese sonido. Ninguno de estos sirvientes serios y pomposos ha escuchado ese sonido. Pienso en Philippe, siento el peso de su colgante de Baco y me consuela saber que no estoy sola.

El terminal de datos me vibra en la muñeca. Me acerco a Bethalia, vacilante, y espero a que se percate de mi presencia para no interrumpir su conversación.

—¿Sí, Liria?

—Kavax me ha llamado. ¿Debo entrar en el banquete?

Me ajusta el cuello de la camisa con ademán distraído. A diferencia de los hombres, a las mujeres no nos ponen corbata. Nuestros cuellos son rígidos y altos, y tampoco llevamos camiseta interior.

—Sí, pero no están en la fiesta principal. Cedric, ¿podría acompañarla alguno de los tuyos?

Los demás sirvientes me miran con envidia cuando salgo de la habitación. Les dedico una amplia sonrisa para divertirme un poco.

Una de las capitanas de seguridad de Quicksilver, una gris alta con los ojos muertos, me guía a través de los pasillos salpicados de Guardias del León. La mujer no muestra interés en hablar conmigo, así que le devuelvo el favor. Nos desviamos hacia un pequeño ascensor y lo tomamos para bajar a un nivel más tranquilo e iluminado de manera más tenue por las luces situadas a lo largo del techo. El agua se mece bajo el suelo de cristal y hay formas extrañas

nadando en ella. Intento detenerme para verlas mejor, pero la ayuda de cámara chasquea la lengua con desaprobación y me apresuro a situarme de nuevo a su altura. Me conduce hasta una gran puerta de marfil ante la cual merodean varios grises serios y vestidos con un esmoquin que lleva un alfiler del león de Augusto en el pecho. Debajo de la chaqueta del traje, se aprecia el bulto de las armas. Dos hombres obsidianos me observan desde las sombras. Yo los miro con recelo, aún aterrorizada por su especie. Apenas parecen humanos.

—Está aquí por el zorro —dice la ayuda de cámara.

—¿Es de clase dos, ciudadana?

El gris que hay en la puerta me hace enseñarle la identificación, otro me abre la puerta. La voz de Kavax es la primera que oigo.

—Venga ya, Victra. Dancer no es una criatura tan mala...

—Es una rata pomposa, maleducada y traicionera —asegura una mujer—. Una ratita con el hígado oxidado que tiene a la mitad del Senado comiendo de sus manos infestadas de gérmenes.

—No tienes por qué difamar su honor —insiste Kavax—. Sigue siendo nuestro amigo.

—Qué idiota eres. Los socialistas no tienen honor, tienen psicosis.

La mujer que habla va medio desnuda. Es una dorada embarazada que luce una melena irregular de cabello rubio blanquecino y un vestido negro extremadamente escandaloso con púas verdes en los hombros y un escote que le llega casi hasta el ombligo. Intentar no mirarla es como intentar no mirar una casa en llamas. Una decena de personas la acompañan, sumidas en intensas conversaciones en una sala de estar con un techo de cristal abovedado. Varios sirvientes les llevan café y licor. Atisbo a Sófocles y me doy unas palmaditas en la pierna. El animal me mira impasible, muy cómodo sobre el regazo de Kavax.

—Eso, eso —dice un hombre robusto, calvo y mofletudo.

Sostiene un whisky en una mano en la que lleva un anillo con un glóbulo ocular dorado. Es el mismísimo Quicksilver. Un peculiar hombre rosa ocupa el asiento contiguo y sujeta con delicadeza el pie de una copa de vino.

—Por desgracia, el diagnóstico de esa panda es terminal.

—¿De verdad cuenta con seis bloques? —le pregunta Níobe, la esposa de Kavax, a una rosa con aspecto de abuela.

—Los cobres no se han decidido todavía —contesta la anciana rosa y desvía la mirada hacia otra mujer que le da la espalda a la habitación mientras contempla la ciudad brillante por la ventana.

—Entonces nosotros tenemos seis bloques y ellos otros seis. Y los obsidianos siguen sin hablar. ¿Quién podría haberse imaginado que la guerra y la paz terminarían dependiendo de los cobres? —ruge Kavax—. Os advertí contra esta... democracia.

Casi escupe la palabra.

—Caraval me ha dicho esta mañana en mi despacho que Dancer le ha prometido un proyecto de ley sobre indemnizaciones para los colores inferiores y medios —dice la vieja rosa.

—Indemnizaciones... —repite la mujer embarazada con una carcajada—. Fue una buena República. Una República audaz. Hasta que quebró en su undécimo año debido a la locura socialista. Si se hacen con el Senado, destriparán el esfuerzo bélico para pagar su programa político. O aumentarán los impuestos.

—¿O? —pregunta la vieja rosa con una sonrisa—. Harán ambas cosas.

—A mí ya me están enterrando en impuestos —interviene Quicksilver—. ¿Cuánta sangre más creen que pueden sacarle a esta piedra?

—Pues yo diría que te va bastante bien —comenta Daxo desde detrás de su brandy.

—¿Bastante bien? —pregunta Quicksilver acalorado—. ¿Quién demonios te ha convertido a ti en juez? No te basta con estar bloqueando mi adquisición de Comunicaciones Ventrís y restringiendo la mecanización de las minas, ahora quieres definir cuándo a un hombre, que construyó una empresa y un ejército de resistencia con sus propias manos, le va lo bastante bien. Tuve menos problemas para crear Tinos que para que vuestro quisquilloso Senado apruebe un proyecto de ley.

—Los monopolios son malos para el pueblo...

—El gobierno es malo para el pueblo. —Quicksilver emite un gruñido indignado—. El aumento de las regulaciones es malo para el pueblo. Si tú subes los impuestos, yo tengo que subir los precios, y las personas de a pie acaban aplastadas.

—Regulus ag Sol, retador de la tiranía, guardián de... la gente de a pie — repite Níobe—. Qué noble eres.

Saco un trozo de hígado de pato que llevo encima para intentar atraer a Sófocles. Él sigue mirándome y, tozudo, baja la cabeza para beber de la taza de Kavax. Maldito zorro. Más le vale no hacerme ir a buscarlo. Me moriré si se dan cuenta de que estoy aquí. Algunos ya lo han hecho. Llevo demasiado tiempo en la sala.

—Yo digo que matemos a Dancer —dice la mujer embarazada—. Tengo diez hombres que pueden hacer que parezca un accidente. Diez mil que pueden hacer que parezca un ejemplo.

La vieja rosa mira a los sirvientes que les llevan las bebidas.

—¿De verdad, Victra? Yo creo que estás divagando.

—Compraré una valla publicitaria holográfica encima del Centro del Héroe. No me importa, y no actúes como si no fueran tus criaturas.

—No lo dices en serio, Victra —interviene Níobe.

—¿Por qué no?

—Porque es un asesinato, y Dancer es un héroe de la República. De categoría similar a la de Darrow y Ragnar. —Esboza un mohín—. Tal vez superior hoy en día. No puedes matarlo. Es la voz de los rojos. Si alguien lo asesina, las masas arrasarán la Ciudadela. Se producirá un levantamiento, y no solo aquí. Marte se desintegraría.

—El Señor de la Ceniza se echaría unas risas si eso sucediera —dice Kavax.

—Padre tiene razón. Esa podría ser su intención —agrega Daxo—. Sin duda, Darrow lo entendió así.

—Eso es ridículo —dice la mujer embarazada. Acabo de darme cuenta de quién es: Victra au Barca—. La política es muy aburrida sin unos cuantos asesinatos. La verdad, no sé cómo sois capaces de sentaros en el Senado a escuchar a esos fanfarrones blandengues que berrean sobre el bienestar universal en tiempos de guerra. Me cortaría las condenadas orejas.

—Dancer va a hacerse con el Senado —dice la mujer de la ventana.

Me quedo petrificada. Conozco esa voz. Virginia Corazón de León se da la vuelta. El corazón se me desboca en el pecho. Años de rabia y resentimiento se rinden ahora ante su sutil belleza, ante el poder arrollador de su voz tranquila. Su magnetismo silencioso me deja sin habla, incluso cuando me doy cuenta de que va descalza.

—Se hará con el Senado cuando votemos la próxima semana —repite—. No es una cuestión de «si», solo es una cuestión de «cuándo». Caraval cederá. Tan solo lo está prolongando para obtener un buen acuerdo para su gente.

—¿Y los obsidianos? —pregunta Níobe.

—Sefi se niega a reunirse conmigo.

—¿Qué significa eso? —pregunta Victra.

—No lo sé. Pero debemos suponer que significa que no contamos con sus

votos, así que Dancer obtendrá la mayoría necesaria para ratificar el acuerdo de paz. Siete bloques a seis. Y yo lo vetaré. Ningún senador se sentará a la mesa de negociaciones con esa Belona. Pondrá al ejecutivo en contra del legislativo... Me temo que Darrow tenía razón, esto es una estratagema del Señor de la Ceniza para distraernos. Pero Dancer tendrá que evitar que su bandada de senadores se descarríe, mientras que yo solo tengo que cuidar de mí misma. ¿Quién creéis que se derrumbará primero? ¿Unos cuantos senadores o yo? —Se echan a reír—. El ímpetu de Dancer trepará por la montaña y después caerá en picado. Pero él es lo bastante inteligente para saberlo. Así que la pregunta que me quita el sueño por la noche es: ¿dónde está el giro inesperado? ¿Cómo saldrá del callejón sin salida?

Posa la mirada en mí y siento su peso ingente, consciente de que parece que estoy escuchando la conversación a propósito. Los demás siguen la dirección de su gesto y, de repente, todos me están mirando.

—Liria... —dice Kavax, y se pone en pie. Me acerca a Sófocles, que se revuelve dando zarpazos cuando me lo entrega—. Este hombrecito tiene que ir a hacer pipí. Vete, muchacha.

Tengo las mejillas en llamas. Las personas más poderosas de la República están mirando a una roñosa de Lagalos.

—Y ahora, ¿podemos hablar ya, por favor, de quién demonios me ha robado el barco? —ruge Quicksilver.

Al fin dejo escapar el aliento que he estado conteniendo. Agarro a Sófocles por el collar y salgo a toda prisa de la habitación. La sangre me bombea con tanta fuerza en los oídos que no oigo nada más de lo que dicen. La puerta se cierra a mi espalda. Tal como me indica la ayuda de cámara, sigo un rastro de huellas doradas que aparecen en el suelo para dirigirme al jardín y empiezo a reflexionar sobre lo que he oído.

De pronto, Sófocles gruñe; se le eriza el pelo del lomo cuando un pequeño

globo cromado, no más grande que mis dos puños unidos, avanza flotando hacia nosotros por el centro del pasillo silencioso. Es uno de los drones centinelas de Quicksilver. Sófocles enseña los dientes cuando se acerca. El dron se eleva educadamente para esperar a que pase.

—Buen día, Liria de Lagalos —saluda.

—Buen día —respondo con una carcajada.

Sófocles husmea el aire, menos impresionado, y luego se acuclilla y mea en mitad del pasillo. Dentro del dron, una luz roja comienza a destellar a través del caparazón plateado.

—Malo —dice, y dispara una delgada línea de líquido rancio contra Sófocles.

El animal suelta un gañido y sale disparado a toda velocidad por el pasillo. Me arrastra tras él por la correa.

—Que tengas un día espléndido, ciudadana —dice el dron.

—Maldito robot —protesto cuando alcanzo a Sófocles.

En el jardín, libero al zorro. Husmea bajo los arbustos en busca del lugar perfecto. Me siento, aún pensando en la soberana. La había visto de lejos, pero ella nunca me había visto a mí. Cuando me ha mirado, he sentido que era capaz de oír hasta el último de mis pensamientos malvados. Toda mi rabia hacia ella y hacia la República. Es posible que en la HP pareciera imponente. Brillante, perfecta. Pero ni una sola vez había pensado en ella como una persona de carne y hueso.

Es alta, hermosa. Pero eso no es lo que me ha dejado huella. No, lo que me ha impactado es que la soberana está exhausta. ¿Cómo sería, empiezo a preguntarme, ser responsable de tantísimas vidas? «¿Era eso lo que sentías, Ava, mientras tus hijos corrían contigo por el barro?».

—¿Quién eres? —pregunta una voz.

Doy un respingo y, cuando me vuelvo, veo a un niño con esmoquin

sentado en una piedra entre los árboles del jardín. Un holo se reproduce en sus iris. Reconozco esos ojos extraños y el cabello dorado grisáceo, y durante un instante creo que me encuentro ante el mismísimo Segador. Pero es un niño, y hasta ahora solo lo había visto en la HP y de lejos. Bajo la mirada hacia el suelo.

—Liria, señor.

—La paseadora de zorros. —Me sorprende que me conozca—. Yo soy Pax.

—Lo sé, señor.

Presentarse así denota falsa humildad. Es el niño más famoso del Sistema Solar. El maldito Primer Niño. Tiene la cabeza tan vacía de emblemas como la de su padre.

—«Señor». —Arruga la nariz—. No se te ocurra ir por ahí. —Me doblo por la cintura con torpeza, se me había olvidado que debo hacerle una reverencia a pesar de que es un niño—. ¡Ni por ahí!

—Lo siento.

—Es inevitable, al parecer. ¿Estabais viendo la carrera ahí dentro?

—¿La carrera? —pregunto. Se da unos golpecitos con el dedo en el rabillo del ojo—. No. Es decir, los demás sí. Yo no sé una porra sobre las carreras.

—¿En serio? ¡Bueno, pues creo que es hora de instruirte un poco!

—La verdad es que solo debería...

—Bah, el tío Kavax puede sobrevivir un momento sin la bestia. —Sonríe con sinceridad—. Por favor. Sería agradable hablar de cualquier cosa que no sea de política. Madre me hace asistir a esos consejos suyos. Ayer tuve que escuchar al senador Caraval durante dos horas. Maldita sea, ¡sí que habla ese hombre!

Me estremezco.

Esa expresión no es suya.

Da una palmada en el banco a su lado. Obedezco, incómoda y asustada de lo que diría Bethalia si nos viera, pero no puedo negarme. Pax desvía de nuevo la imagen desde sus ojos hasta su terminal de datos y, después, al aire. De pronto, el jardín se llena de barcos. La corredora novata sigue en cabeza, avanza entre constelaciones de tres estrellas suspendidas sobre el paisaje urbano de Hiperión. Un grupo de naves la sigue formando un pelotón compacto.

—La Círcada Máxima —dice Pax por encima del estruendo—. Le supliqué a madre que me dejara ir, pero me dijo que sería de mala educación perderse el cumpleaños de Quick. Y un problema de seguridad. —Señala a la corredora novata—. Esa es Alexia xe Rex. La mejor piloto del Sistema Solar.

—Creía que el mejor era Colloway xe Char —le digo.

—¿El Hechicero? Uf. Ya te han lavado el cerebro. Una lástima.

Me examina con una amplia sonrisa.

—Tengo entendido que Char lleva ciento veintiséis asesinatos.

—Si contamos las muertes como destreza... sí, es bueno. No tiene comparación. Pero es un pistolero. Rex es una bailarina. Ambos son casos aparte. Ambos son artistas, pero... Mira, mira, fíjate en ese giro. La mayoría aflojará el acelerador para no estrellarse contra la pared. Pero pierden velocidad. Ella parará los motores traseros, desviará la energía hacia el propulsor de estribor y después volverá a bombear la energía hacia atrás, y todo sin perder velocidad ni que se le cale. Fíjate.

Lo miro a él.

No se parece a ningún chico que haya conocido. Es consciente de sí mismo. De quién es. De quiénes son sus padres. Creo que sabe lo nerviosa que estoy y que por eso hace todo lo que puede por mostrarse amable, alegre. Pero si realmente fuera siempre tan amistoso con los sirvientes, estaría viendo la carrera en la sala de descanso, no aquí escondido, en el jardín. Pero, metido

en la carrera, pierde esa autoconciencia y su energía juvenil estalla. Me recuerda a mis hermanos.

Observamos a la corredora novata, que acelera hacia un enorme pilón blanco. Detrás de él, hay una pared flotante que señala el borde de la pista. Todos los demás barcos frenan para tomar la curva del pilón, pero el de Rex se escora alrededor de la torre, forma un arco como una cometa con la cuerda estirada, y después sale disparado de nuevo por donde ha llegado, tras rodear el obstáculo en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Uau! —la vitorea Pax—. Eso sí que es volar.

Su entusiasmo es contagioso, y me sorprende aplaudiendo con él cuando la corredora novata cruza la línea de meta a gran velocidad varios minutos más tarde. El resto del grupo queda muy atrás.

—¿Y? —pregunta.

—Es buena —admito—. Pero sigo prefiriendo a Char.

—Porque es guapo.

—No.

—Pero lo es.

—Puede que tú creas que lo es...

—Muy graciosa. Entonces, ¿por qué?

—Mis hermanos están en la legión. En infantería. Cualquiera que saque del cielo a los destripadores de la Sociedad tiene mi amor ganado.

—Es una buena razón, maldita sea. —Se estremece—. Lo siento, se supone que no debo hablar así. No se lo digas a mi madre. No es cortés.

—Me daría demasiado miedo decirle cualquier cosa a tu madre —comento tratando de ocultar mi rencor con una sonrisa.

—Es que puede resultar aterradora, ¿verdad? En realidad, es probable que sea la persona más amable que vayas a conocer en tu vida.

Sófocles ya ha hecho sus cosas y me mira con impaciencia.

—Creo que debería llevar a Sófocles de vuelta.

—Tienes razón. Kavax podría echarse a llorar por culpa de la ansiedad de separación.

—Kavax es un gran hombre.

Parece horrorizado.

—Sí, claro que lo es. Es mi padrino. Bueno, ¿copadrino? Creo que él y el tío Sevro se lo jugaron echando un pulso. Hicieron trampas. De todos modos, solo estaba de broma. ¿Dónde están destinados tus hermanos? —pregunta mientras me acompaña por el camino de regreso.

—Están en la Octava —contesto—. Sirvieron en Mercurio.

—Hombres de Hárnaso —dice enseguida—. Es archilegado. Un general rojo. Creo que ahora están en las ciudades de las dunas haciendo trabajo humanitario.

—Me dijeron que era confidencial.

Asiente.

—¿Será nuestro secreto? ¿No has hablado con ellos?

—La mayoría de los satélites han caído. Demasiado caros.

—Porque la mayoría saltaron por los aires.

Lo dice como si hubiera sucedido de manera natural, no como si su padre hubiera llevado a diez millones de hombres en buques de guerra hasta el planeta. Quiero odiarlo. Lo he odiado. Lo odié cuando desfilaba junto a su madre por la alfombra plateada y cuando lo veía en las noticias con todos los fotógrafos y periodistas pululando a su alrededor. Pero, ahora, haberlo odiado me parece un error. No es tan distinto de Liam: un niño con ojeras que echa de menos a su padre y tiene que esconderse en un jardín para encontrar un momento de paz.

—¿Podría hacerte una pregunta, Liria? —dice avergonzado—. No sé cómo formulártela... —«Pues no lo hagas»—. Sé de dónde vienes. Y siempre me he

preguntado, porque mi abuela y mi padre no me cuentan mucho..., ¿cómo son las minas?

Y ahí está.

Sigo caminando.

—¿Cómo sabes que estuve en las minas?

—Mi padre dice que es importante saber cómo se llama todo el mundo y algo sobre ellos. No un dato o algo que memorices, sino algo real. Estudio a los nuevos miembros del personal para poder entenderlos mejor, y Kavax te mencionó de pasada el otro día. Dijo que le salvaste la vida, así que busqué tu dossier...

—¿Mi dossier?

—Tu historial.

Dejo de caminar.

Entonces sabe lo de mi familia. De repente, la atención que me ha prestado cobra sentido. Es culpa. Lástima. Una vez más, se me revuelve el estómago y siento una furia ciega hacia su esmoquin perfecto, sus dientes blancos y su pelo peinado con raya. ¿Quién se cree que es este mocosito mimado para volver a sacar mi pena a la luz del día con el único objetivo de poder asomarse a mi dolor como un vecino cotilla? Mi familia no murió para que él pueda aprender una lección o satisfacer su curiosidad.

—¿Cómo eran...? —murmuro, y me vuelvo hacia él, sintiendo la ira que crece en mi interior.

«Ese genio, ese genio», diría Ava.

—Sí. Aquí me mantienen dentro de una burbuja. Me gustaría entender.

—¿Entender? —Se aparta de mí y de mis ojos crueles—. ¿El doradito quiere oír hablar de las mierdas desagradables? ¿Del cáncer, de las víboras? A lo mejor te apetece enterarte de que nos obligan a casarnos a los catorce años para que empecemos a criar. O de que los guardias de las minas nos

violan a cambio de medicamentos. Lo hacían, ¿sabes?, tanto a chicos como a chicas. Eso no lo sacan en las HP para que lo veáis los colores superiores.

—Yo no soy un color superior —dice—. Yo también soy rojo...

Siento un fogonazo de cólera blanca.

—Y una puta mierda. Eres tan dorado como tu padre.

Se le descompone la cara, y me siento bien viéndolo, sabiendo que yo también soy capaz de hacer daño. Le doy la espalda y tiro de la correa de Sófocles. Todos quieren apropiarse de él. De una parte de un dolor que no es de ellos. Hacen gestos de asentimiento con la cabeza. Fruncen la frente. Y ahora quieren sentir lástima de él, atracarse de mi dolor. Y cuando se hartan, se aburren o se ponen demasiado tristes, se alejan para mirar una pantalla o comer a dos carrillos pensando «Qué suerte tengo de ser yo». Y luego se olvidan del dolor y dicen que debemos ser buenos ciudadanos. Buscar un trabajo. Integrarnos. Tal vez los del Vox tengan razón.

Nos plantaron en piedras, nos regaron con dolor y ahora se maravillan de que tengamos espinas. Que les den. Que les den a todos ellos.

Hirviendo de rabia, devuelvo a Sófocles a los guardias que vigilan la puerta de la sala de reuniones, demasiado revuelta para verles la cara a esos hipócritas. Regreso a la sala de descanso. Me provoca náuseas que todos estos colores inferiores se traguen esa mierda de mito de que son importantes, que finjan que son trascendentales porque lustran zapatos y llevan capas y clonan malditos zorros. Unos instantes más tarde, vuelvo a estar fuera fumando ciscos en un balcón, acariciando el colgante de Philippe e intentando no llorar.

Observo la luz fría y antigua de las estrellas y me pregunto cuáles estarán ya muertas en la negrura. Extraño a mi hermana, a mi familia. Y aunque sigo hablando con ellos, lo único que deseo en todos los mundos es que ellos me

hablen, que me respondan. Alguna prueba de que el Valle es real. De que no han desaparecido en la oscuridad, sin más.

Pero no me hablan.

Cuando por fin los Augusto y los Telemachus se sacian de fiestas y conspiraciones, nos marchamos. Avanzo junto al resto de la comitiva, arrastrando los pies y con la cabeza gacha, aplastada por la culpa, no solo por lo cruel que fui, sino también porque sé que un principito dolido irá a contárselo todo a su madre y me despedirán de inmediato. Siento la mirada de Bethalia sobre mí y sé que lo sabe. Soy justo como los demás sirvientes me han etiquetado: una perra roñosa con modales de minera que no encaja en absoluto con su buena compañía.

Los ayudas de cámara cargan hasta la entrada del personal de servicio de la lanzadera con los regalos que Quicksilver les ha hecho a nuestros señores. Yo los sigo con el kit de Sófocles y con mi propia cesta, ahora casi olvidada, en los brazos. Veo a Pax y a una niña dorada de aspecto mezquino y edad similar despidiéndose de sus importantísimas madres. Tanto la soberana como lady Barca regresan a la Ciudadela, junto con la mayor parte del personal, para asistir a más reuniones, y yo me dirijo al lago Silene con los Telemachus, Sófocles y los niños para pasar la semana.

Me pregunto si me despedirán ya o esperarán a que llegemos a la mansión. Seguro que esperan. Estos dorados detestan montar una escena. Pax le dice adiós a su madre con hosquedad. Ella se agacha para preguntarle algo. Él niega con la cabeza y se marcha de repente. En la rampa de pasajeros de nuestra lanzadera, su mirada se cruza con la mía y el niño baja la vista y me da la espalda.

En mi asiento de la cabina de personal, repaso la perorata frenética que le envié a Philippe mientras fumaba en el balcón. Todavía no me ha contestado.

Es extraño que tarde tanto. ¿Lo habré asustado con mi arrebató? «Eres tonta de remate. Ya se ha hartado de ti». Quiero enviarle un mensaje para pedirle disculpas, pero eso me haría parecer aún más desesperada. Echo un vistazo por el pasillo hacia la cabina de pasajeros. Sófocles está sentado en el regazo de Kavax. Pax ocupa el asiento que hay frente al hombre.

¿Adónde iré cuando me echen? ¿Qué haré? ¿Me devolverá Kavax a Marte, sacará a Liam de ese colegio que está empezando a gustarle, lo apartará de unos amigos que le importan? Pensar en decepcionarlo me destroza. Debería haber cerrado el pico.

Miro por la ventana cuando nuestra nave se eleva, saluda a la comitiva de la soberana, que cuenta con una vigilancia más fuerte, haciéndole luces y vira para deslizarse entre los rascacielos de Hiperión con rumbo norte, hacia el lago Silene.

Los edificios arden de luz y son tan densos como los árboles de la selva que había más allá del 121. El agua culebrea por la ventana del barco, distorsiona las luces y hace que parezca que la noche sangra en azul y verde. Las luces de nuestros escoltas titilan rítmicamente a la derecha de nuestro barco. Una extraña luz roja parpadea detrás de ellos, recortada contra los rascacielos.

Se enciende. Se apaga. Se enciende. Entorno los ojos y entonces descubro que no está fuera de la lanzadera. Es un reflejo. Bajo la mirada y, a través de la chaqueta de mi traje, veo una luz roja intermitente.

—¿Qué es eso? —pregunta una de los ayudantes de cámara, que se inclina para mirarlo desde el otro lado del pasillo—. Liria...

Me saco el collar de Philippe por el cuello de la chaqueta. La cara plateada de Baco me mira. Su boca amable se curva hacia arriba en una sonrisa que le divide el rostro en dos. La luz roja parpadea detrás de los ojos.

La cara de Baco comienza a estremecerse y temblar como si tuviera un

animal dentro. Sobresaltada, la dejo caer y la plata se abre por la mitad a lo largo de una rendija minúscula. A través de la rendija, desde un compartimento oculto, un disco de metal opaco del tamaño de tres uñas de pulgar sale dando vueltas hasta situarse a unos centímetros de mi cara. Sisea y después se aleja de mí por el pasillo, tan rápido como una bala. Llega al compartimento frontal antes de que yo sepa siquiera lo que ha sucedido.

Nadie se ha dado cuenta, excepto la ayuda de cámara.

—¡Bomba! —grita.

La cabina se convierte en un caos. Los sirvientes se agachan, derraman bebidas. Bethalia se levanta de su asiento. Los Guardias del León se ponen en pie para proteger la cabina de pasajeros. Intento levantarme, pero me fallan las piernas. Se niegan a responder. Se desploman bajo mi peso y me caigo en el pasillo, con la cabeza orientada hacia la parte delantera del barco. Otros sirvientes se derrumban a mi lado hasta que el suelo queda sembrado de cuerpos.

—Gas —gorgotea alguien detrás de mí.

A mí no me sale la voz.

Los Guardias del León comienzan a caer mientras se precipitan hacia la cabina de pasajeros. Las luces de la nave parpadean. Las máscaras de gas caen de los compartimentos superiores. Pero todo el mundo lo ha inspirado ya. Los cuerpos se desploman en el pasillo, se desmoronan en los asientos.

He perdido la sensibilidad de todo el cuerpo. Kavax arremete violentamente contra el disco y rompe las paredes en su frenesí por destruirlo. Pero cada vez es más lento, sus movimientos más letárgicos, hasta que se convierte en el último en caer al suelo. Luego el dispositivo suelta un grito agudo y palpita, como si aspirara aire. Las luces se apagan. Las unidades de filtración se silencian. Los motores dejan de temblar. El dron cae al suelo.

Y la nave desciende en picado desde el cielo.

Los edificios, las luces, las pantallas de publicidad móvil y las rutas de barcos pasan a toda velocidad por la ventana. Nuestro navío muerto da vueltas sobre sí mismo. Los cuerpos lacios se desploman y vuelan por la cabina. Me estampo contra la pared lateral, con la nariz a la altura de la ventana, y veo que atravesamos una capa de niebla y polución. Volvemos a girar y salgo despedida de nuevo hacia el pasillo. Copas, terminales de datos y cestas de regalo ruedan por la cabina. Entonces el barco se detiene de golpe y la gravedad se invierte. Basura y personas flotan en el barco. Hay edificios al otro lado de las ventanas, a medio construir y sin fachadas.

Mi cuerpo se desplaza hacia arriba junto con los terminales de datos resquebrajados y las cestas de regalo. Entonces la suspensión de la gravedad desaparece. Todo vuelve a caer de golpe. La nave se precipita de nuevo hacia abajo y se estrella contra el suelo. Por la ventana rota, veo una puerta retráctil que se cierra sobre el barco y nos aísla de la luz de la ciudad.

Yacemos en un silencio sepulcral.

Luego, un ruido metálico resuena fuera del casco, procedente de la puerta de entrada del servicio. Algo zumba y una reverberación de piedra sobre hueso atraviesa la nave. En la puerta, una lágrima comienza a brillar.

36
CENA CON DRAGONES
Invitados

L legamos a cenar cuando ya han acomodado a la familia Raa alrededor de una mesa baja en una caldeada sala de piedra. A través de una pared de cristal, tiene vistas a las llanuras y a una escarpa de montaña sin tallar. Una enredadera generadora de oxígeno trepa por las paredes y el techo abovedado; sus bulbos florales blancos emiten una luminiscencia pálida. Hay más de una docena de Raa presentes. Larguiruchos y austeros incluso en su propia casa, llevan ropa hecha a mano con telas ásperas de tonos tierra y se sientan en posturas rígidas sobre cojines delgados. Sobre el centro de la mesa de piedra con forma ovular flota un solo orbe de luz azul. La mesa es el único mobiliario de la habitación, y la enredadera, la única decoración.

Casio y yo nos unimos a ellos, ambos vestidos con oscuros kimonos de Ío y zapatillas de tela. En mi habitación no había espejos para ver cómo me queda la ropa. Los dorados de Ío creen que los espejos promueven la vanidad y la obsesión con uno mismo. Es delito incluso que un color inferior posea uno.

—Claro que no quieren espejos —decía Aja—. Tengo perros más guapos que esos comepolvos del Confín.

Siendo sincero, la familia Raa no es atractiva según los estándares de la Luna. Tienen una cara demasiado alargada a la altura de la mandíbula, como si alguien hubiera cogido la arcilla de su rostro y la hubiera apretado con un tornillo de banco. Salvo Dido, todos tienen la piel pálida en extremo, los ojos ligeramente más grandes de lo deseable y el pelo más oscuro. En la Luna

parecerían criaturas duras y frías, carentes del refinamiento adecuado. Pero las palabras de Serafina son verdaderas. La ausencia de ese comportamiento y afectación cortesanos poseen una pureza brutal. Mi abuela despreciaba a la mayoría de los petimetres de la corte; sin embargo, aunque sé que no apreciaba a los dorados del Confín, sí respetaba su obstinada fidelidad a las viejas costumbres. Es la razón por la que hizo que mi padrino arrasara Rea: el hierro más duro no puede doblarse, solo romperse.

La serenidad de los movimientos de los Raa y la dignidad de su conversación me resultan más impresionantes que los rostros mejorados por los tallistas y los intercambios pomposos de los niveles superiores de la Luna. La familia no está destripando el trabajo de un artista nuevo o burlándose de algún famoso que haya metido la pata. Al contrario, cuando nos sumamos a ellos, están manteniendo un debate tranquilo acerca de quién es moralmente superior, si el cíclope Polifemo o el guerrero Odiseo.

—Pobre Polifemo —dice una joven de pelo ralo y círculos oscuros alrededor de los ojos—. Él solo quería comerse su cena, pero Odiseo tuvo que entrar y sacarle su único ojo. ¡Él ni siquiera podía prescindir de uno como padre!

—Para ser justos, Polifemo se había comido a dos de los hombres de Odiseo —señala Serafina, que me dedica una sonrisa cuando me siento—. De él puede aprenderse a cómo no ser un mal anfitrión.

Hay un asiento vacío, junto a ella, donde descansa una flor de plata en lugar de un juego de cubiertos. Lo más seguro es que esté reservado para su hermana, que murió hace once años, pero a la que aún recuerdan durante cada cena. No es el único asiento vacío. Aunque su patriarca no está presente, sí nos acompaña el resto de la prole de Rómulo. Me los presentan. El joven Paleron, un chico silencioso de trece años. Su risueña y encantadora hermana Talía, la simpatizante de Polifemo, que no debe de tener más de nueve años y

está completamente enamorada del color de mis ojos. Y la madre de Rómulo, Gaia, una vieja bruja disecada, con la piel pálida como las larvas, que bebe mucho y fuma una hierba de olor amargo con una pipa larga a la que se aferra con unos dedos como patas de araña. No toca su comida y solo habla con los niños, con una voz distraída y frívola.

El resto de la mesa está ocupado por los primos de Serafina, entre ellos Belerefonte el Osado y su esposa, una mujer esbelta, con los ojos grandes y una diadema de tridente de la Casa de Norvo de Titán. El hombre, que al parecer obtuvo un matrimonio ventajoso, nos mira con los ojos pálidos y una cara hosca y cruel. Tiene el cuerpo encorvado como una mantis religiosa esperando su cena. A pesar de la violencia anterior, Diomedes también está presente. Está sentado al lado de su madre, con aspecto sereno, y parece ser el objeto favorito de la adoración de los niños.

—Los héroes del momento —anuncia Dido a su familia con una sonrisa—. Permitidme que os presente a Castor au Jano y Regulus au Jano, los responsables de devolvernos con vida a nuestra Serafina.

Nos entregan dos cuencos. Dido se levanta, toma dos pizcas de arroz de su propio cuenco y deja caer una en el cuenco de Casio y otra en el mío. Su familia sigue la misma costumbre, todos se acercan a nosotros para compartir la comida de sus cuencos, incluso Belerefonte, que tira el arroz con un gesto de desdén burdo. Su esposa esboza una sonrisa que pretende ser una disculpa. Serafina, la última de la fila, me mira a los ojos mientras cumple con la tradición y después vuelve a su asiento.

Me pregunto si su madre sabe que ha visitado mi habitación o si el hecho de que Serafina me asegurara la ignorancia de su madre fue ya un engaño de por sí. No se lo he contado a Casio. Lo consideraría algún tipo de manipulación retorcida. Quizá lo sea. No he parado de reproducir la conversación en mi cabeza.

Con el arroz ante nosotros, el inicio de la comida se retrasa, siguiendo la antigua costumbre, para demostrar que los dorados no son esclavos de los caprichos de su hambre. Me ruge el estómago, pero no me atrevo a tocar el arroz. Un violeta con el pelo muy corto entra en la habitación cargado con un arpa esbelta. Toca una melodía suave, y entonces se le une uno de los rosas de antes: la mujer de ojos antiguos y boca agresiva, Aurae. Canta *Un recuerdo de ceniza*, una famosa tonada fúnebre que se escribió después de que mi abuelo quemara la luna rebelde de Rea en la Primera Rebelión de los señores de las Lunas. Nadie ha acusado jamás a los señores de las Lunas de tener poca memoria. Sin el zumbido de las ciudades cosmopolitas del Núcleo, debe de ser difícil olvidar.

Cuando el violeta y la rosa terminan, salen de la habitación entre aplausos livianos.

Diomedes sigue a Aurae con una mirada que debería esperar que no note ningún miembro de su familia. Archivo el detalle para más tarde.

Unos marrones minuciosos, ataviados con libreas gris oscuro, sirven el plato principal de la comida sin más demora. Nunca levantan la mirada más allá de la rodilla de cualquier dorado, pero sus amos los tratan con cortesía; les agradecen sus servicios y se dirigen a ellos por su nombre. Es un trato que he presenciado en los pasillos, en los hangares y en las casas de baños entre todos los colores, desde arriba hasta abajo. En todos y cada uno de los colores dentro de su esfera. No hay rudeza, aspereza ni crueldad indebidas de los grises hacia los marrones o de los dorados hacia los grises. Me resulta extraordinariamente admirable, sobre todo cuando me doy cuenta de que los marrones no sirven a los niños, sino que estos últimos deben levantarse y servirse la comida de un carrito situado en el otro extremo de la sala. Entonces recuerdo que el privilegio de los sirvientes se gana con la cicatriz de

Marcado como Único. Los marrones también nos saltan a Casio y a mí, pero Dido les hace un gesto para que nos sirvan.

—Les perdonaremos a nuestros invitados la cara desnuda, por ahora.

Al lado de cada servicio de mesa descansa un pequeño tazón de agua con flores, junto con un paño de lino blanco. Recuerdo las clases que me daba Cedric, el mayordomo de mi abuela, y sumerjo los dedos en el cuenco y me los seco con el paño.

Los alimentos son tan simples como la ropa: pescado asado de Europa con una copiosa condimentación de sal para enmascarar la falta de pimienta sobre la mesa. El pan sin levadura, el hummus, el arroz común y las verduras asadas humean en cuencos sin adornos que los comensales se pasan unos a otros y se sirven sin utensilios. El arroz es abundante, pero los cortes de pescado son escasos.

—Regulus, el Arquímedes es tuyo, ¿me equivoco? —pregunta Dido.

—Sí, es mío.

—Un navío elegante que tiene bastantes años. Es más viejo que Gaia, incluso.

—¿Eh? —pregunta Gaia, que levanta la vista de su pipa como si fuera una lechuga despeinada.

—He dicho que su barco es casi tan viejo como tú. Estoy segura de que recuerdas el modelo. Es una fragata GD17 de clase Susurro.

—¿Quién susurra? —pregunta Gaia—. Nada de susurrar a la mesa. Es de mala educación.

La mujer vuelve a su pipa y nos mira con recelo a través de una zarza de cejas, como si pretendiéramos hacerle un gran daño. Sé lo bastante de la inteligencia humana para ser consciente de lo difícil que es esconderla. El esfuerzo de la anciana es suficientemente bueno para este lugar recóndito, pero su pose no superaría la duración de una gala en la corte de la Luna. Las

máscaras de baile que se usan allí son las mejores del mundo. El engaño es el lenguaje de la vida. Pero parece que Gaia tiene a todos los comensales de esta mesa convencidos de que está senil.

Una mujer interesante.

—Tu nave es una embarcación excepcional para unos simples comerciantes —dice Belerefonte con frialdad. Pasa un dedo por encima de la mesa de piedra. Ese hombre es un tarugo tosco con la petulancia de un niño. En ausencia de misterio, un hombre debe tener dignidad. La falta de ambas me resulta grosera—. Cuesta entender cómo podríais haberla adquirido de forma legal.

—No estoy seguro de que me guste tu tono, buen hombre —dice Casio—. Pero la presión de vuestra luna me ha afectado a los oídos. Tal vez puedas aclarar tus palabras para que no se produzcan malentendidos.

Una vez más, el antagonismo.

Belerefonte lo mira con el ceño fruncido. El resto de la familia Raa los observa con ese aire de vaga diversión de la gente demasiado acostumbrada a la violencia para preocuparse mucho por las réplicas verbales.

Serafina enarca una ceja y sigue comiéndose el pescado.

—No está insinuando nada —dice Dido con delicadeza—. ¿Verdad, sobrino?

—Nada en absoluto —contesta él sin apartar la mirada de Casio.

—Se lo gané hace seis años en una apuesta a un nuevo rico plateado que no se tenía en pie —explica Casio, ahora con una sonrisa—. Lo había liberado de los simpatizantes del Amanecer.

Diomedes le quita las espinas a su pescado con un único y elegante tirón y enseña a Paleron a hacer lo mismo.

—Regulus, me comentaste que serviste en la guerra —dice sin levantar la vista.

—Así es. Fui centurión en las legiones de Augusto durante la guerra civil marciana.

Diomedes lo mira.

—Entonces, ¿caíste en la Lluvia del León?

Su voz se tiñe de respeto. El resto de los comensales escuchan con embeleso. Si se menciona una batalla, enderezan las orejas como una jauría de perros que oye que se abre una lata.

—En efecto.

—¿Cómo fue? —pregunta Serafina.

—Un infierno —contesta Casio, que los decepciona con su respuesta.

Puede que él no cayera en la Lluvia del Segador, pero le costó a toda su familia, excepto su madre.

La jugada de Casio está siendo muy inteligente. Al decir que es un hombre de Augusto, se convierte en uno de los únicos dorados del Núcleo que ha experimentado el mismo sentimiento de traición que el Confín debió de sentir después del sangriento Triunfo y el fracaso de su rebelión. Una maniobra peligrosa. Podría decir que conoce a la misma gente. Y algunos de ellos podrían haber buscado refugio aquí.

—¿Conociste al Segador? —le pregunta Diomedes a Casio.

No me importa quedar relegado a un segundo plano. La abuela consideraba que los hombres habladores eran las criaturas más hilarantes de los mundos, pues están tan ocupados proyectando su imagen que nunca se enteran de nada hasta que las mandíbulas de la trampa se les cierran en torno a las piernas. La clave para aprender, para hacerte con el poder, para tener la última palabra en todo, es la observación. Por supuesto, sé una tormenta por dentro, pero guárdate los movimientos y el viento hasta que sepas cuál es tu propósito. Es una pena que Darrow y Fitchner au Barca fueran mejores estudiantes que la última generación de dorados.

—No lo conocí personalmente, no. Él era el lancero de Augusto — responde Casio—. Los Únicos no se relacionan con los hombres como yo.

Se señala la cara sin cicatrices.

—Entonces has medrado en el mundo —interviene Belerefonte.

—¿Lo viste luchar alguna vez? —pregunta Diomedes.

—Una vez.

—Dicen que mató al Caballero de la Tormenta de la Tierra y derrotó a Apolonio au ValiiRath en combate singular. Dicen que es un verdadero maestro de la hoja, el heredero de Arcos. Que ni siquiera Aja au Grimmus podría plantarle cara ahora.

El espíritu oscuro que oculto en mi interior se rebela contra esa afirmación. Estoy a punto de romper mi silencio.

—Dicen muchas cosas —replica Casio.

—¿Qué opinión te mereció a ti?

Casio se encoge de hombros.

—Sobrevalorado.

Diomedes estalla en una carcajada.

—Diomedes es la Espada de Ío. Un maestro de la hoja —dice Serafina con orgullo—. Uno de los seis que quedan en el Confín. También estudió con Arcos en Europa, se convirtió en un hijo de la tormenta.

Siento un aguijonazo de envidia.

—Lorn me enseñó a pescar junto a Alexandar y Drusila —la corrige Diomedes—. Su último alumno hizo un mal uso de sus dones. —El eufemismo del milenio—. Él no deseaba formar mejores guerreros, sino hombres mejores.

—En eso tuvo éxito. —Serafina sonríe a su hermano—. Algún día, Diomedes se enfrentará al Segador cara a cara.

Belerefonte observa a Diomedes, que, humildemente, vuelve a centrar su

atención en sus hermanos menores. Sus celos me provocan una sonrisa, y empiezo a mirar a Diomedes con un respeto cada vez mayor. Comemos en silencio durante un rato. Trato con mimo el pequeño pez que tengo en el plato. Casio ya se ha terminado el suyo. Siempre ha sido un hombre de apetitos. Yo estoy más cultivado que él en el arte de la privación a la mesa.

No me parece que haya pasado mucho tiempo desde que era un niño con las rodillas protuberantes sentado a la mesa de la cena de mi abuela el día en que ella volvió hacia mí el cuello largo y me miró por encima de aquella nariz peregrina. En tono amable, me preguntó si pensaba dormir fuera, en la cuneta, en lugar de en mi dormitorio, porque, en virtud del hecho de que me había comido tres pasteles enteros, había abdicado claramente de ser un hombre a favor de ser un cerdito. Ocurrió dos días después de que mis padres murieran. Ya casi nunca como dulces.

Casio mira a su alrededor con gesto ostentoso, buscando más comida.

—Disculpad las porciones —dice Dido con un leve dejo de disculpa—. Son más conservadoras de a las que estáis acostumbrados, estoy segura. Nos encontramos en medio de un ciclo de racionamiento.

—Pensaba que aquí estabais sentados sobre una cesta de pan. Y Europa no es más que un gran mar. ¿O es que ya os habéis comido todo el pescado? —pregunta Casio.

Espero con inquietud. Esta línea de cuestionamiento es peligrosa. Una observación inocente que conducirá, de manera inexorable, a una indagación informal sobre los nuevos barcos que hemos visto y el estado de sus muelles y sus almacenes de helio3. Me da miedo que formule esa pregunta.

Dido sonríe con amabilidad.

—Al contrario, las pesquerías y los latifundios nunca han sido más productivos.

—Entonces es por la falta de barcos, apuesto.

—La Armada de la Espada destruyó muchos —admite Dido—. Y hubo... años de escasez. Pero no. No es por falta de barcos o de helio³. En realidad, fue la interrupción de la agricultura en Titán el mes pasado lo que nos ha obligado a prescindir de más de lo que esperábamos.

No es natural que nos revele tantos datos.

—A una hija de Venus este lugar debe de haberle resultado... extraño —digo con diplomacia, tratando de alejar a Casio de su de senlace obvio.

—Ah, entonces conoces mi linaje. Eres un comerciante muy cultivado, ¿no? —dice ella.

—Eres bastante famosa —respondo interpretando el papel de joven abrumado. Miro de soslayo a Belerefonte, que no ha dejado de estudiar a Casio desde que se ha sentado a la mesa. Algo va mal. Percibo los tiburones bajo la superficie—. Incluso en Marte conocemos a Dido au Saud.

—Dudo que mi padre me dejara reclamar su nombre. —Se inclina hacia delante—. Dime, ¿soy tan famosa como mi esposo?

Serafina se pone tensa ante la mención de su padre. Apenas ha probado su comida, y parece incómoda, lo cual aumenta mi malestar.

—Hay pocas personas tan famosas como tu esposo —le digo a Dido.

Aprieta los labios.

—Qué diplomático.

—Pero, en Marte, «Rómulo y Dido» sigue siendo un cuento de hadas.

—Un cuento de hadas. Ojalá. —Se sonríe—. Cuando vine por primera vez, era una estúpida criaturita solar criada en la corte de Iram. Una *gahja* de pies a cabeza. Me enamoré de un caballero pálido y pensé que nuestra vida sería un poema. Pero, una vez que llegué aquí, sentí la oscuridad, el frío contra el que mi madre me había prevenido. Echaba de menos el sol y odiaba este lugar. Detestaba la austeridad de mi esposo. Se enfadaba por el agua que quedaba en un vaso. Por una corteza de pan sin comer. Pero luego aprendí

una de las muchas lecciones de Ío: aquí, por la oscuridad, por la radiación, por el hambre, por la sed, por la guerra, siempre estamos en estado de sitio. No es como el mundo de mi nacimiento, donde la vida crece en cada piedra y los hombres comen hasta que vomitan. En Ío, la escasez nos hace fuertes. Nos hace valorar lo que sí tenemos.

Pasea la mirada en torno a su familia con una sonrisa cálida dibujada en el rostro.

Serafina lo aclara:

—Padre estableció hace tres meses un decreto según el cual el racionamiento estará vigente hasta que las reservas recuperen los niveles apropiados. Ningún dorado puede comer más, teniendo en cuenta el peso proporcional, que los rojos de la agricultura.

Me sorprendo.

—¿Quieres decir que incluso vosotros acatáis el racionamiento?

—¿Y por qué no íbamos a hacerlo? —pregunta Serafina confundida—. Es la ley.

—*Qualis rex, talis grex* —dice Dido.

—Cual el rey, tal la grey. Pero tenéis poder —continúo acuciado por una intensa curiosidad—. Podéis hacer lo que queráis.

Casio me lanza una mirada no muy sutil. Quiere que me calle y me coma mi comida, que le deje los juegos a él, pero mis ansias de saber pueden conmigo. Mis tutores tildaban a los señores de las Lunas de aislacionistas poco prácticos, pero yo tengo la sensación de que si hay un rasgo que los define es precisamente el pragmatismo.

—Una afirmación errada. Rómulo y yo creemos que es importante enseñarles a nuestros hijos a ser algo más que poderosos. —Despacio, Dido aparta la carne de las espinas de su pescado con los dedos—. Los dorados estaban destinados a ser un ideal, a inspirar. ¿No estás de acuerdo?

¿Por qué me lanza este cebo?

La mirada de Casio me dice que tenga cuidado. Al igual que la de Serafina.

—No soy más que un comerciante —digo al mismo tiempo que me encojo de hombros con humildad—. Mi familia no era como la vuestra.

—Oh, por favor. No seas cargante, chico. Tener opinión no es exclusivo de los Marcados como Únicos. Te ruego que me contestes, ¿estás de acuerdo? Habla con claridad o no hables. ¿Estábamos destinados a ser algo más que pura fuerza? ¿No estábamos destinados a inspirar?

—Sí. Pero luego lo olvidamos.

—¡Ves! Una opinión. —Desvía la mirada hacia Casio—. Deberías dejarlo pensar por sí mismo, buen hombre. ¿Por qué suspirar así cuando dice lo que piensa? No es bueno anular la curiosidad natural. —Se vuelve de nuevo hacia mí—. Bien, Castor, han pasado diez años desde que purgamos a los Hijos de Ares de nuestras lunas y eliminamos a los últimos terroristas del Rey Esclavo. Por curiosidad, ¿cuántas rebeliones y ataques terroristas crees que ha sufrido el Ilium en el último año?

—Cuarenta y tres —respondo instintivamente, basándome en la media anual de incidentes notificados en los diez años anteriores la Caída.

Serafina entorna los ojos ante la precisión de la cifra.

—Dos —responde Dido.

—¿Solo dos? —pregunta Casio sorprendido.

—Un tiroteo y una bomba. La jerarquía no ha cambiado. ¿Sabes lo que inspira esta lealtad al Pacto de todos los colores? Honor. El honor del trabajo. El honor de la moralidad. El honor de los principios y la familia. Nuestras reglas son duras, pero las obedecemos desde los dorados hasta los rojos. Rómulo eliminó las cuotas manipuladas en las minas y los latifundios, ha comenzado a eliminar gradualmente a los dioses obsidianos e insiste en que cada hombre comprenda que forma parte de un mismo cuerpo. Ha

reemplazado el sometimiento por la participación. Ha ofrecido un motivo para sacrificarse por la mejora de todos. Y eso empieza por los que estamos sentados a esta mesa, la cabeza del cuerpo.

—«A todo hombre y a toda mujer se le otorga la libertad de perseguir el éxito con sus mejores virtudes y habilidades y de elevarse dentro del puesto para el que se hizo su carne: un sacrificio del Individuo para la preservación de Todos». —Murmuro las palabras del Pacto como si fueran las escrituras—. Admirable.

—Sí —dice Serafina, que me mira más cálidamente que nunca.

—¿Por qué no seguiste en la lucha? ¿Por qué te convertiste en comerciante?

Diomedes ha estado madurando la pregunta, esperando una pausa en la conversación.

El momento que elige para formularla es extraño.

—¿Te refieres a luchar por el Señor de la Ceniza? —pregunta Casio, que le da un sorbo a su vino—. No se me ocurriría. Su hija asesinó a mis amigos en el Triunfo.

—¿Y tú, Castor? —pregunta Dido—. ¿No quieres vengar a tu familia?

Siento la mirada de Casio sobre mí, el peso de sus expectativas mientras regurgito sus lecciones, sus máximas.

—¿De qué serviría? —respondo con lealtad.

—¿Esa es tu respuesta... —Dido señala a Casio con la cabeza— ...o la suya?

¿Cuántas veces me he tumbado en mi catre del Arquímedes, solo, para fantasear con la fuerza, con la venganza? ¿Con navegar de vuelta a casa y recuperar el cetro de mi abuela, su trono, y encadenar a Darrow y a sus lobos rabiosos? Siempre pensé que era una fantasía, algo que nunca podría suceder. Pero ahora que veo cuánta fuerza queda en los dorados, cuántas antiguas

virtudes, se hace cada vez más difícil seguir viéndola como la fantasía vana y ociosa de un niño pequeño.

El dorado no está muerto.

—¿Es por eso por lo que quieres la guerra? —pregunta Casio—. ¿Por venganza?

—En parte sí —responde Dido—. Para vengar los agravios que el Rey Esclavo ha cometido contra nosotros. Pero también para sanar el caos que ha creado. Su República ha tenido diez años para crear la paz y ha fracasado. Ha llegado el momento de reconstruir la Sociedad. Tenemos la voluntad, el poder. Pero necesitamos la chispa. Y por eso envié a mi hija al Golfo. Para recuperar esa chispa. Gracias en gran parte a vosotros, ha podido traerla a casa. —Guarda silencio un momento para sonreír sin ninguna bondad en los ojos—. Pero ahora, me temo que ha desaparecido.

Y por fin, el giro inesperado. La razón que se oculta detrás de todas estas insinuaciones y juegos.

—¿Es eso una acusación? —pregunta Casio con recelo.

—Oh, sí, buen hombre.

—Por eso volviste a entrar en el Vindabona... —le digo a Serafina—. Pero no sacaste nada contigo.

—Llevaba tu filo —dice ella.

Me da un vuelco el corazón. Lo pasé por alto. He caído de cabeza en su trampa. Han estado jugando con nosotros, conmigo. Y aquí estaba yo, admirando su civilización como un condenado antropólogo.

—¿Y dónde está tu filo? —pregunta Dido—. Nos morimos por saberlo.

—Se perdió —contesto.

—Nuestro casco se perforó y el filo salió despedido hacia el espacio antes de que la armadura celular cerrara la brecha —explica Casio.

—¿Ah, sí... Regulus? —Dido se echa hacia atrás—. El pescado me ha

dejado un sabor desagradable en la boca. Creo que es la hora del postre.

Hace un gesto a los sirvientes y la puerta de la habitación vuelve a abrirse. Dos obsidianos con los brazos pálidos y musculosos entran cargando con algo que depositan en el centro de la mesa.

Es nuestra caja fuerte.

37
LISANDRO
Presa

—La caja fuerte estaba bien escondida —dice Dido—, pero, por supuesto, nuestros hombres son muy exhaustivos. Por suerte, el krypteia que la descubrió era de los míos.

—Si eres tan minuciosa, entonces ya sabrás de qué tipo de caja fuerte se trata —respondo antes de que Casio pueda hablar. Es posible que la caja fuerte contenga nuestra perdición bajo la forma de nuestros anillos familiares, pero también es nuestra única posible ventaja. No podemos perderla—. Es una halcón⁷. Tiene diez centímetros de acero laminado con una cerradura de bloqueo analógico en lugar de un mecanismo digital, lo que la convierte en inmune a la incursión electrónica. Y lo que es aún más importante, tiene tres cargas de plasma de categoría militar, de Industrias Sol, incrustadas en las caras interiores de las paredes. Si la perforáis, detonará a una temperatura de tres mil grados Fahrenheit. Pero, por supuesto, eso ya lo sabéis, porque de lo contrario ya la habríais abierto.

—En efecto —dice Dido—. Personalmente, me gustaría mucho que los esfuerzos de mi hija no hubieran sido en vano. —Levanta un dedo cuando estoy a punto de responderle—. Y sería cautelosa, si fuera tú, a la hora de seguir insultando mi inteligencia al afirmar que tu filo no está dentro de esta caja fuerte. Tengo baja tolerancia a los insultos. —Entonces sus labios se curvan en una sonrisa enigmática—. Pero ábremela, y volveremos a ser amigos. Soy una amiga de lo más generosa.

Miro a Serafina.

—¿Es esa la única razón por la que estamos vivos?

Me siento tonto por haber permitido que ella me hiciera bajar la guardia. Una cepa de la malicia de mi abuela me invade y siento desprecio hacia sus intentos de manipulación.

—Castor, deja que hablen los adultos —dice Casio despacio, con la mirada clavada en Dido—. La caja fuerte puede abrirse, pero todo tiene un precio.

—¿Un precio?

Serafina ríe en reconocimiento a su audacia.

—Somos comerciantes, a fin de cuentas —responde Casio.

—¿Cuál es ese precio? —pregunta Dido.

—A cambio de la clave de tu guerra, te ofrezco una ganga. Devuélvenos nuestra nave. Devuélvenos a nuestro piloto y a todos los supervivientes de la tripulación del Vindabona. Devuélvenos nuestra libertad. Y, una vez que nos encontremos a una distancia segura de Ío, te enviaremos la combinación.

Dido niega con un dedo ante la cara de Casio.

—¿Estás intentando engañarme? Castor ha omitido una característica de la halcón7, ¿no es así? Chico listo. Un código de detonación secundario. Un código que podéis darme en lugar del auténtico, que podríais facilitarme cuando ya estés rumbo al Cinturón.

—¿Y por qué iba a querer destruir lo que hay dentro? —pregunta Casio—. No tenemos ningún problema con tu guerra, solo con el valor que le otorga a nuestra vida.

—Sí. —Se pasa un dedo por los labios—. ¿Por qué queríais destruirlo?

El silencio se prolonga durante un intervalo terrible.

—Juro por mi honor que enviaré la combinación correcta —miente Casio.

Mi amigo preferiría morir antes que permitirles disputar su guerra.

—Por tu honor. —Belerefonte se ríe de una broma privada—. Agradece que no te pelemos como a una gamba de acuario.

—Son nuestros invitados —le espeta Diomedes con severidad—. Han comido nuestro pan, han cenado a nuestra mesa. A lo largo de toda la historia de nuestra casa, jamás se ha vulnerado a un invitado. Ni siquiera a Fabii y al Segador. Ni siquiera al Señor de la Ceniza tras la quema de Rea. No faltes el respeto a tus antepasados.

Belerefonte mira a su primo con gesto de hastío y se vuelve hacia su tía.

—Tía Dido, no tenemos tiempo para esto. Vela ya está en Karath reuniendo legiones. —Si Vela ha escapado, entonces Casio vuelve a tener razón: el golpe de Estado no ha acabado—. Los Codovan también vendrán. Nuestros aliados están inquietos. Algunos no permanecerán a nuestro lado si Vela ataca. Necesitamos la prueba.

Dido extiende las manos hacia nosotros.

—Ya veis cuál es mi dilema. No hay tiempo para vuestra propuesta. Solo queda una opción, y es que confiéis en mí. ¿No he sido una buena anfitriona? ¿No he demostrado honor?

¿Tan estúpidos piensa que somos?

Casio sonrío.

—Ya conoces mis condiciones.

Serafina me mira.

—Castor, no se te causará ningún daño...

—Mi hermano habla por los dos —replico.

Dido se recuesta en su asiento y le hace un gesto con la cabeza a un marrón que hay junto a la puerta.

—Dile a Pelebius que traiga a su mascota.

—¿Tienes una criatura nueva para los niños? —pregunta la anciana Gaia entusiasmada. Estira el cuello arrugado cuando un violeta viejo con un bigote negro entra cojeando en la habitación—. Oh. Qué asco.

Frunce el ceño al ver que el hombre lleva un frasco de vidrio lleno de un

líquido amarillo que parece tóxico. Algo se mueve en el interior, pero todavía no lo distingo bien. El violeta se detiene ominosamente al final de la mesa.

—Se dice que el dolor y la alegría engrandecen la vida. —Dido me mira con fijeza y después hace lo propio con Casio—. Pero los hombres estáis malditos. Nunca entenderéis la vida de verdad, porque no sabéis lo que es alumbrar a un hijo. Sacar una vida de vuestra carne. Tener dos corazones latiendo dentro a la vez. —Contempla el asiento que hay junto al de Serafina y toma entre las manos la flor que lo ocupa—. Haber tenido siete corazones latiendo fuera de ti, cargando con tus esperanzas, con tus sueños. Y cuando uno de esos corazones se detiene... Lo sientes como si fuera el tuyo.

Aplasta la flor con los dedos delgados y deja que los pétalos destrozados se liberen uno por uno hasta asentarse sobre las espinas estériles de su pez.

—La historia de la vida de tus hijos termina. Todos esos sueños desaparecen. Y comienzas a olvidarlos. Empiezas a odiarte por el tiempo mal empleado con ellos. Porque, a medida que su recuerdo comienza a desvanecerse, tu dolor te va robando la alegría que te trajo su vida.

Más obsidianos entran a la habitación y se sitúan detrás de nosotros.

—Mi hija, mi Tesalia, no fue hecha a mi imagen ni a la de Rómulo —susurra Dido—. Fue un nacimiento de aire. Una niña dulce. El recipiente de toda mi alegría. Hace once años, Tesalia fue con su abuelo Revus a ver a Marte y a asistir a la cumbre de Augusto. Quería ver el Valles Marineris. El Monte Olimpo. Hace once años vio morir a su abuelo y sintió miedo cuando una bota marciana le aplastó la cabeza. Mi alegría desapareció ese día, y como familia, juramos venganza contra todos los responsables. Roque au Fabii, Lilath au Faran, Aja au Grimmus, Adrio au Augusto. Antonia au SeverusJulii. Octavia au Lune. —Los labios de Dido se curvan—. Y Casio au Belona.

38
LISANDRO
Gruesli

Casio se levanta de golpe de su asiento y se abalanza sobre la mesa para tratar de alcanzar el teclado de acceso de la caja fuerte. Los obsidianos lo agarran y lo arrastran hacia atrás. Me precipito hacia uno de los cuchillos que llevan en los cinturones, pero Belerefonte se pone de pie y, con un único movimiento fluido, sacude su filo en diagonal sobre la mesa. El metal negro y delgado me rodea el brazo. Tira de mí hacia un lado y caigo, asediado por los obsidianos. Belerefonte mueve los dedos sobre la empuñadura del filo para devolver el látigo a su forma rígida. Me arrancará el brazo.

—Belerefonte —grita Serafina—. A ese no.

Él no dice nada, pero me suelta el brazo y retrae el látigo sobre la mesa. El filo se desliza como una serpiente entre los platos y el arroz derramado. Los obsidianos me obligan a sentarme de un empujón. También han forcejeado con Casio para devolverlo al suyo.

—Si le hacéis daño, no os daré la combinación —digo rápidamente—. Serafina, él te salvó la vida. Estás en deuda con él, y además está protegido por vuestra promesa de hospitalidad.

—Vacía a causa de vuestra mentira —señala Dido.

Diomedes, que durante todo este tiempo ha permanecido sentado como una especie de estatua perfecta observando cómo se desarrollaba el espectáculo, ahora frunce el ceño.

—Madre, conozco el rostro de Belona mejor que nadie. Ese no es él.

—Oh, claro que sí... —lo corrige ella—. En esa caja fuerte hay un filo de

los Belona oculto bajo un caparazón de titanio.

Miro a Serafina tratando de ocultar mi horror al darme cuenta de lo que nos ha delatado. Cuando abrió el filo para esconder su prueba dentro de él, debió de descubrir la falsa cubierta y vio las águilas que había debajo, en la empuñadura. Lo ha sabido desde el principio.

—¿Pensabas que no conocemos la tecnología de nuestros enemigos? —le pregunta Dido a Casio mientras se señala su propia cara—. Podéis quedaros vuestro progresismo engendrado por los plateados; aquí contamos con maestros de las viejas costumbres, de carne y hueso. —Le hace un gesto al violeta del frasco de cristal—. Puedes comenzar.

El violeta avanza arrastrando los pies hasta la mesa y, con un par de tenacillas, hurga en el recipiente. Extrae un horror diminuto del líquido amarillo: una babosa terrible, con patas de araña, la piel pálida como un cadáver y un vientre plagado de aberturas pequeñas y hambrientas.

—Esto es un gruesli —dice Dido. La criatura chilla como un gusano en llamas y se retuerce en el aire a escasa distancia de la cara de Casio. Él se estremece y se aleja. Desde las aberturas, unos tentáculos finos apartan capas de carne pálida para aproximarse a su rostro—. Los gruesli comen máscaras, ¿sabes? No eres el primer espía que supera el Golfo.

El violeta deposita la criatura sobre la cara de Casio. Varios agujones negros brotan de los tentáculos y se le clavan en la piel. Le rodea la cabeza con las patas y succiona, y entonces se sacude con un suspiro orgiástico mientras mi amigo borbotea bajo su carne. Aterrorizado, observo a la criatura mientras se alimenta hasta quedar hinchada y letárgica, y entonces el violeta la aparta con las tenazas para revelar, bajo un caos de heridas punzantes y finos rastros de sangre, el rostro tumefacto de mi apuesto amigo. Debajo de una capa de mugre, mira a Dido parpadeando mientras los obsidianos lo

levantan para que se enfrente a nuestros anfitriones. La sangre y un fluido lechoso le gotean por la barba.

—La verdad, por fin —dice Dido.

Casio se ríe y, con ademán rebelde, escupe sangre de la boca.

—Casio au Belona... a tu servicio.

Miro a Serafina en busca de ayuda, pero no quedan aliados en la sala. Ella detesta a Casio tanto como los demás.

—No te llevaste solo a mi hija. También acabaste con mi hermano —dice Dido.

—Marco —confirma Casio—. El Caballero de la Alegría.

—Tu hermano de juramento. Tu colega Olímpico. Lo acuchillaste antes de matar a Octavia.

—Era un cabrón.

—Sí. Pero era de mi sangre —susurra—. Te daré una última oportunidad para abrir la caja fuerte.

Casio gruñe.

—¿Para que puedas iniciar una guerra que devolverá a la humanidad a la edad oscura? Qué curioso. No pareces imbécil.

—Esta es la edad oscura —replica Serafina—. Nosotros recuperaremos el orden.

—Dijo la niñita. ¿Has visto alguna ciudad después de un bombardeo orbital?

—Vi Ganímedes después de que los muelles cayeran de la órbita — responde con resentimiento—. He visto el horror... el hambre. Una ciudad entera congelada.

—No has visto la guerra. —La mirada pesada de Casio ametralla al resto de los Raa—. Todos vosotros creéis que sois el pueblo elegido. Los guardianes de la llama. Por favor... ¿Sabéis cuántos han pensado lo mismo?

Sois como los demás. Demasiado vanidosos para daros cuenta de que la llama se ha apagado. El sueño del dorado estaba muerto incluso antes de que cualquiera de nosotros naciera. ¿Queréis una guerra porque creéis que el Amanecer es vulnerable? ¿Porque siguen batallando por el Núcleo? No conocéis a Darrow. No conocéis a su gente. Si atacáis, lo perdéis todo.

—El Rey Esclavo ya ha caído —dice Dido, que sonrío ante la confusión de Casio—. Claro, ¿cómo ibas a saberlo? Se ha convertido en fugitivo. Su mentor y su esposa le han dado la espalda. La Horda de obsidianos está menguada, y los que quedan se revuelven descontentos. El Senado se autofagocita y debate la paz con los florecillas del Núcleo. Están agitados, dispersos y débiles.

—¿El Señor de la Ceniza ha propuesto la paz? —pregunto.

—Parece que la guerra ha ablandado su determinación. Es un cobarde, y nos ocuparemos de él una vez que hayamos reconquistado Marte y la Luna. Pagará todo lo que nos debe por Rea. —Dido se vuelve para mirarme—. Dicen que tu familia está maldita, Casio. Qué suerte tienes de tener un hermano que sobreviviera a la purga del Chacal. ¿Cuál de todos es? ¿Teseo? ¿Dédalo? Tendrían su edad a estas alturas... —Se concentra de nuevo en Casio—. No importa. Si no me das la combinación, dejaré que nuestros dragones le sorban el tuétano de los huesos destrozados.

Casio me mira con amor y tristeza en los ojos. Esto es lo que ha estado buscando durante los últimos diez años: una oportunidad de redimirse. Negarle la guerra a Dido es esa oportunidad. Y ahora, saber el precio que le costará lo lacera. Pero me doy cuenta de que lo pagaré. Aunque ese precio sea mi vida.

—Juré proteger al pueblo. Eso es lo que haré. No importa el coste.

—¿Y tú compartes la locura de tu hermano? —me pregunta Dido.

Casio se habría quedado para liberar a los prisioneros del Vindabona. Él no

habría echado a correr al primer ruido de los obsidianos, como hice yo, porque él es un héroe, y yo no. Por más odio que sienta hacia Darrow, por más esperanza que estos dorados hayan encendido en mí, ahora no puedo traicionar a Casio. Lo quiero demasiado. Pero me rompe el corazón saber que las masas por las que él moriría clavarían su cabeza en una pica si pudieran.

—Él habla por los dos —repito.

Dido emite un pequeño gruñido de disgusto. Se echa hacia atrás, consciente del callejón sin salida en el que hemos entrado, y busca con ojos rápidos una forma de sortearlo.

—Diomedes. Esta reyerta familia debe resolverse. ¿Harás los honores?

—No —responde el estoico caballero.

Ella lo mira confundida.

—¿Qué? —pregunta Dido, pillada por sorpresa.

—Ya me has oído, madre.

—Él mató a tu hermana.

—Son nuestros invitados.

—Estás de broma.

—Idiota charlatán... —sisea Belerefonte—. Son enemigos de nuestra sangre.

—Son nuestros invitados. Si quieres sangre, extráela tú mismo.

—Dejadlo en paz —dice Serafina, que se pone en pie—. Está en su derecho a negarse. Yo cometeré el acto.

—No —dice Dido.

Serafina se estremece.

—¿Dudas de que pueda hacerlo?

—Sí. Siéntate. —Dido ignora la expresión dolida de Serafina y mira hacia el otro lado de la mesa—. Belerefonte, haz lo que tu primo rehúsa hacer.

—Un placer.

El hombre se levanta y rodea la mesa con sus largas piernas hasta que su rostro de nariz torcida queda frente a la cara ensangrentada de Casio.

—Cuidado, lechoso —advierde Casio con una sonrisa salvaje—. Soy alumno de Aja au Grimmus.

—Y yo soy el hijo de Atlas au Raa. Sexta sombra de la Caída de las Sombras. Asesino de Petro au Bretta, la Lanza del Desierto. —Los ojos de Belerefonte brillan de regocijo cuando recoge una flema y se la escupe en la cara a Casio. La saliva resbala por la mejilla de mi amigo, en diagonal a su cicatriz de Único—. Esto es una disputa de sangre. La sangre de mi abuelo y de mi prima mancha tus manos. Escúchame bien, gusano desgraciado: somos demonios el uno para el otro. En nombre de la Casa de Raa, yo, Belerefonte au Raa, te desafío a combate singular en el Sangradero hasta que un corazón deje de latir.

—Muy bien, buen hombre —responde Casio con una sonrisa brillante—. Encantado de aceptar.

La guarida del león

Hay tanto ruido que es como si el maldito mundo se estuviera terminando. Apiñados junto al exterior de la lanzadera dorada que ha caído en el centro de nuestra trampa, Volga, Dano y yo levantamos la mirada y sentimos el miedo. Dos alas ligeras que lo escoltaban persiguen al barco derribado de Augusto. La puerta blindada que tenemos encima se cierra cuando la primera ráfaga de disparos bombardea su superficie reforzada.

La lanzadera ha caído en picado a través de la ciudad durante un kilómetro, arrastrada hacia abajo por el gravipozo de primera calidad, fabricado por Industrias Sol, a mayor velocidad que la de la gravedad. La máquina atrapó la lanzadera en cuanto el pulso electromagnético que Kobachi había incrustado en el dron personalizado se activó dentro de ella. Hemos estado a punto de perder el barco en dos ocasiones durante el descenso, ya que su rotación lo hacía desviarse del radio de proyección del gravipozo. Dano ha conseguido recuperarlo aumentando la gravedad a cuatro veces la de la Tierra.

Aparte de la lanzadera, el rayo de gravedad también ha hecho caer un aluvión de lluvia, siete vehículos aéreos, un bosque de arbustos desde los balcones, varios tendederos y a tres pilotos de motos voladoras que han muerto al estrellarse contra el suelo a novecientos kilómetros por hora. Todo ese alijo yace en una sopa de huesos y metal rotos alrededor de la lanzadera, en el garaje del Hospital Hiperión Medio Oeste, que aún está a medio terminar. Dano le da una patada a uno de los cascos de los pilotos

destrozados para alejarlo de la grieta que hemos abierto a fuego en la escotilla de la lanzadera. La cabeza todavía sigue dentro.

Se me forma un nudo en el estómago. He vuelto a la guerra de bloques.

«Hurgar entre los escombros. Botas que pisotean restos y pedazos de hombres. Boquear como un pez moribundo, con los pulmones ardiendo por culpa de las bombas termobáricas que se comen el oxígeno del aire».

Me obligo a apartar la mirada de la cabeza incorpórea, agradecido por llevar casco y que mi equipo no pueda ver mi expresión horrorizada. Esta noche no me he tomado el zoladón, pues temía que los calambres estomacales me dejaran fuera de juego. Pero ya estoy sintiendo demasiado.

La puerta blindada se estremece sobre nosotros cuando las naves escolta vierten más municiones contra ella. Pronto cederá. Tenemos cuatro minutos antes de que un equipo de respuesta rápida de la unidad de contraterrorismo de Hiperión se despliegue desde la base de la duodécima cohorte.

Ya habrá guardaespaldas con armadura saltando desde las alas ligeras en busca de alguna otra manera de penetrar en mi trampa de metal.

Me quedo mirando el espejismo de calor mientras nuestro dispositivo de intrusión quema un agujero en el casco. Volga, equipada con una armadura formada por un peto y un yelmo de categoría militar, quita el dispositivo y golpea el metal con un ariete de acero y plomo. Al tercer embate, el casco se hunde hacia dentro. Volga lanza el ariete a un lado y se introduce en la nave. La esfera verde del tambor de su rifle de plasma se ilumina mientras prepara el generador. Dano es el siguiente en entrar. Yo lo sigo con la omnívora entre las manos temblorosas. Con que el gas anaceno no haya tumbado a uno de los asquerosos cabrones del interior, esto podría convertirse en un baño de sangre.

«Trigg atravesado en el filo de un dorado.

»Hombres que se arrugan como latas a consecuencia de los martillos de

energía.

»Olor a ozono y carne quemada mientras los dorados despellejan vivo a mi equipo».

Las manos me tiemblan aún más.

El barco está boca abajo y a oscuras por dentro. Parece una fiesta que se les ha ido de las manos y en la que todos los asistentes se han emborrachado hasta perder el conocimiento justo donde estaban. Los cuerpos, todavía sujetos por las cinchas de seguridad, cuelgan boca abajo en sus asientos, desde un techo que una vez fue el suelo. Otros están desparramados unos encima de otros formando una alfombra viva, y sus ojos me miran como las monedas brillantes de una fuente. Nos abrimos paso entre brazos de sirvientes y de asesinos con la cara curtida y vestidos de esmoquin. El anaceno¹⁷ ha hecho que los músculos de su cuerpo, incluidos los párpados, no respondan. Solo siguen funcionándoles los pulmones y el corazón, que les permiten mantener una respiración tan superficial que parecen muertos.

No hay movimiento.

El corazón me aporrea el pecho. Avanzamos hacia el compartimento de los pasajeros en busca de los botines. Mientras que Dano va dando saltos por la nave con la facilidad de un gimnasta, Volga y yo trepamos sobre el cuerpo de un dorado titánico con la barba roja y casi pisamos a un zorro del tamaño de un niño grande. Se tambalea hacia nosotros, gruñendo. Grito de sorpresa y lo pateo cuando se abalanza contra mí. Sale volando por el pasillo y se engancha a la pierna de Dano, que está colgado de uno de los reposacabezas invertidos de los pasajeros agarrándose con una sola mano. Da un grito y cae.

—Lárgate de aquí. ¡Quitádmelo de encima!

Se revuelve, tumbado de espaldas, y apunta con su arma al cráneo del animal, dispuesto a volarle la cabeza. Volga desvía el arma de un empujón y le abre la mandíbula al zorro para liberar la pierna de Dano.

—¡Voy a matarlo!

Volga lo ignora y agarra al agitado zorro por el pescuezo del pelaje rojo y lo encierra en la cabina de mando. Lo oímos estrellarse una y otra vez contra la puerta mientras ayudo a Dano a levantarse.

—¿Qué demonios era eso? —grita Dano por el intercomunicador.

La sangre le gotea pierna abajo.

—Cállate. Trabaja.

En medio de un espeso escudo humano de guardaespaldas y dorados, encontramos al premio.

—Está aquí —anuncia Dano en tono triunfal cuando se acerca cojeando—. ¡Maldita sea, la mierdecilla está justo aquí!

Lo dice como si lo dudara. No es el único. Los datos de la inteligencia eran demasiado buenos. El plan, demasiado grande. Lo que nos jugábamos era demasiado, y los jugadores, demasiado ruines. Sin embargo, está siendo una actuación impecable y limpia. Hasta yo sonrío cuando veo al premio.

El niño cuelga boca abajo, paralizado y envuelto en las cinchas de seguridad de su asiento. La sangre le resbala hasta el cabello desde un corte largo en la frente. Es más pequeño de lo que esperaba; no es tan gigante como su padre, pero a pesar de tener solo diez años, es casi del tamaño de Dano. Va vestido con un esmoquin que, en lugar de corbata, lleva un broche con un león dorado en el cuello. Nos mira con los ojos aterrorizados. Cojeando y mascullando maldiciones para sí, Dano le arranca el broche con brusquedad, se lo guarda en el bolsillo a modo de trofeo y luego comienza a cortar las cinchas mientras Volga mantiene el arma apuntada hacia los guardaespaldas paralizados. Bajamos al chico del asiento. Dano se lo echa al hombro y lo saca del barco. Volga y yo encontramos al premio secundario a tres asientos de distancia. La esbelta chica dorada tiene la cara afilada y los ojos hundidos y enfadados. A diferencia del niño, no muestra miedo, solo un

odio absoluto y rotundo. Mientras la libero de sus cinchas y le corto el broche del sol sangrante de la chaqueta, me está prometiendo una muerte lenta con esa mirada. No puedo resistirme a darle unas palmaditas en la cabeza. Volga se la echa al hombro y abandona la nave.

Me quedo solo en el barco oscuro, escuchando el estruendo de las naves de escolta contra la puerta blindada. Los poderosos que se consideraban intocables colman el suelo a mi alrededor. Se creían dioses. Una emoción oscura e inesperada me posee cuando me doy cuenta de que los he humillado a todos.

Me subo encima del gigante al que protegía el zorro. Es un hombre ingente que lleva un hierro enorme en la cadera, un filo idéntico al de Aja. Le mancho el esmoquin de mugre y sangre de motorista con las botas. Es un Telemanus, ahora lo reconozco. Me vuelvo para admirar la cabina atestada, deseando que ojalá pudieran verme la cara y saber que un humilde gris los ha puesto de rodillas.

—«Recoges lo que siembras» —digo con un marcado acento de rojo marciano—. Dadles recuerdos a vuestros señores, buenos hombres.

Con una reverencia profunda y cortés para rendir homenaje a los modales dorados, bajo de un salto del Telemanus y meto la mano enguantada en un charco de sangre acumulada alrededor de la cabeza de un guardaespaldas herido. Después, presiono la mano contra la pared y dejo una huella de color rojo sangre.

Una vez atribuida la culpa, me dirijo hacia el compartimento de pasajeros.

Ha llegado el momento de la parte que más temía.

Encuentro a Liria desplomada entre otros tres sirvientes que han tenido la mala suerte de no haberse abrochado las cinchas de seguridad. Uno tiene el cuello roto. Liria me mira desde la oscuridad. Para ella, seré una sombra enmascarada, irreconocible, con un destello de metal en la mano. Pero me

siento como si ella y solo ella tuviera la capacidad de ver a través de la máscara. Sabrá que Philippe le ha hecho esto. Y se lo dirá a los dorados. No puedo permitir que unan las piezas del rompecabezas. Si lo consiguen, mi vida habrá terminado.

«Hazlo rápido».

La apunto con la omnívora a la cabeza.

Me tiembla la mano. El sudor me gotea en los ojos dentro del casco húmedo. Ella me mira impasible. A pesar de la oscuridad, ve el arma. La acepta. No hay un miedo salvaje en sus ojos, solo tristeza. Resignación. «Aprieta el gatillo. Apriétalo, hijo de puta».

¿Qué me pasa? No es la primera vez que mato a alguien a sangre fría. Fui todo un profesional cuando les expliqué el plan a los demás. Es necesario hacerlo.

«Será rápido y limpio», dije.

No puedes sacarle un testimonio a un cadáver.

«Aprieta el gatillo».

Será un instante. Ella no sentirá nada. Me dije que lo haría sin el zoladón. Que lo aprovecharía. Que sería consciente de ello.

Cierro los ojos y veo su sonrisa en aquel restaurante, cuando pidió la última bandeja de ostras. Fue como ver a un niño reírse de la broma de un adulto: muy orgulloso de sentirse aceptado, pero aún cohibido, preguntándose si se descubrirá su ignorancia.

¿Por qué tuvo que sonreír así?

Como él.

A la mierda.

Aprieto el gatillo.

No sucede nada. Bajo la mirada hacia mi arma. Aún tiene puesto el seguro.

Estoy a punto de vomitar. Tiemblo mientras me alejo de ella, noto miles de nudos en el estómago, me doy asco. «Idiota. Dispara. Dispara».

No puedo. No por segunda vez. Enfundo la omnívora y me vuelvo para marcharme.

Estoy a medio camino cuando me detengo. Soy un cabrón por dejarla aquí con vida. Es peor que pegarle un tiro. Corazón de León despellejará a Liria. Pensarán que es una traidora.

«¿Qué estás haciendo, Ef?

»¿Qué estás haciendo?».

Me veo desde lejos mientras corro de vuelta hacia ella. Es ligera como un niño. La saco de la nave y me reúno con mis amigos al pie de la rampa, donde espera nuestro coche volador. Dano está sentado en el capó con una pistola en la mano.

—¿Qué diablos es eso? —pregunta. Lo ignoro. Me bloquea el paso—. Esto no es parte del plan.

—Cállate y sube al coche.

—¿Qué cojones te pasa, marica viejo? ¿Has perdido la cabeza? —Dano coge su pistola—. Ya lo hago yo. Espera en el coche como un buen...

Lo apunto con la omnívora.

—Te pegaré un tiro en la puta cabeza. Métete en el coche. —Doy un paso adelante—. Ya, roñoso.

—¿Qué...? —Dano retrocede aterrorizado, pero no de mí.

Me vuelvo y veo una masa descomunal que emerge por el agujero de la lanzadera. Todo hombros y muslos, el Telemanus de la barba roja se desploma junto al casco, aferrado a la puerta con las manos, con las piernas de mantequilla a causa del anaceno. Tiene los ojos llenos de odio. Dejo caer a Liria y levanto el arma. El anaceno ralentiza al gigante, que busca el filo antes de darse por vencido y abalanzarse sobre mí como un oso borracho. Me

golpea en el esternón con tanta fuerza que pierdo la visión. El arma se me escapa de las manos y yo salgo disparado por los aires. Caigo al suelo y derrapo hasta estamparme contra un vehículo aéreo destrozado.

Desde el cemento, veo a Dano levantar su arma y disparar dos veces contra el pecho del monstruo. La bala le atraviesa el esmoquin e impacta contra el barco. Pero eso no lo detiene. Dando tumbos, el dorado alcanza a Dano. Lo agarra por el borde superior del peto de la armadura y lo mantiene en el aire mientras el rojo se revuelve, a la desesperada, tratando de escapar. Entonces Telemanus lanza un puñetazo perezoso. Llega desde la derecha, relajado, casi como por si acaso. Los nudillos reforzados se hunden en el lateral del cráneo de Dano. La cabeza se le dobla, la oreja le toca el hombro opuesto. Una raíz blanca de médula espinal sale disparada en vertical hacia el aire.

Empapado en la sangre de Dano, el gigante arroja el cadáver a un lado y vuelve su horrible mole hacia mí. Da un paso torpe y sale despedido hacia un lado cuando Volga dispara a través del parabrisas del coche volador. La ráfaga de plasma golpea al dorado de costado, le atraviesa el brazo y lo lanza contra el casco del barco.

Volga corre hacia mí mientras intento ponerme en pie. Tengo una abolladura del tamaño de un pomelo en el centro del peto de la armadura. Siento el grito de varias costillas rotas cuando Volga me incorpora y me arrastra hacia el coche.

—Quema el cadáver. Coge a la chica... —digo con los dientes apretados.

Volga se planta ante el cuerpo de Dano y aprieta el gatillo de su rifle. La energía concentrada derrite el cadáver de nuestro compañero y lo convierte en un montón humeante de tejidos que crepitan y huesos que supuran. Después, Volga regresa corriendo hacia Liria. De la garganta paralizada de la chica roja brotan horribles gemidos en dirección al gigante dorado tendido en el suelo. Volga la encierra en el maletero y luego levanta mi arma del suelo.

Yo miro por el parabrisas al dorado que, aunque parezca imposible, se está poniendo de rodillas. La carne del costado derecho se le despega de los huesos, el gas anaceno circula por sus venas y, sin embargo, sigue tratando de levantarse.

—Paxxx... —ruge.

La habitación vibra cuando los barcos intentan atravesar el techo a golpes.

—¡Arranca! —le grito a Volga—. ¡Arranca!

Se mete de un salto en el asiento del conductor y pisa a fondo el pedal. Cuando salimos disparados hacia la oscuridad de nuestra ruta de escape, oímos que la puerta cede al fin y se derrumba sobre el garaje. Volga conduce a una velocidad vertiginosa a través del hospital a medio construir, más rápido de lo que lo hizo Dano en nuestras carreras de prueba. Mientras serpenteamos entre las vigas de soporte y la maquinaria, miro por la parte trasera del coche para tratar de distinguir, aterrorizado, si hay algún caballero aerotransportado intentando darnos caza.

Me sujeto el pecho y resuello.

Como un huevo. La cabeza de Dano se ha hundido como la cáscara de un huevo.

Tras un kilómetro de zigzags y huecos de ascensor verticales que conducen a edificios colindantes, llegamos a la zona de preparación en el almacén de conservas abandonado y nos detenemos frente a una improvisada sala limpia (un armazón de tubos metálicos con unas cortinas de plástico que lo rodean). Casi esperaba que una docena de matones del Sindicato nos estuviera esperando con armas pesadas y Gorgo a la cabeza. Pero quieren mantenerse lo más alejados posible de este puto caos. Nuestros faros iluminan a Cira, que espera con inquietud junto a los dos contratistas esqueléticos que conocí hace dos noches. Llevan batas quirúrgicas, uno es violeta y el otro amarillo.

—¿Dónde está Dano? —pregunta Cira cuando sale de su puesto de

vigilancia móvil para recibirnos.

Una docena de hologramas procedentes de las cámaras que ella misma ha colocado invaden el aire que rodea el puesto. En los holos, el hospital está repleto de soldados que buscan al niño. Las imágenes de las cámaras del interior del garaje se han vuelto negras.

—Muerto —digo.

—¿Cómo?

—Un dorado.

—Mierda. Mierda. Mierda —farfulla Cira mientras Volga saca a los niños de la parte trasera del vehículo y los mete directamente en la sala limpia, donde los tumba a cada uno sobre una mesa.

En el interior, los técnicos del Sindicato se mueven con premura. Les rasgan la ropa a los niños hasta dejarlos desnudos. No. No son niños. Son asesinos en formación. Sé en qué se convertirán: en dorados que parten cabezas como si fueran huevos.

Sin siquiera pensarlo, saco el dispensador, me meto varios zoladones en la boca y los parto con los dientes. Burbujean y siento que el fuego frío se propaga por la lengua y el interior de la mejilla, que se irradia hacia mis vasos sanguíneos y extiende el calor por todo mi cuerpo, que envía a mi cerebro sustancias químicas para matar el miedo y el dolor de las costillas. Exhalo un suspiro tranquilo y vuelvo la mirada hacia el coche donde Liria yace inerte.

Concentro mi atención en los técnicos. Estamos cumpliendo con el horario previsto, pero el horario previsto ya no me parece lo bastante rápido. No debería haber desperdiciado el tiempo en el barco volviendo a por Liria. El cuello de Dano se rompe de nuevo. Esbozo una mueca y miro los hologramas. Un grupo de soldados equipados con armaduras aterriza en el hospital a solo cuatro edificios de donde nos encontramos.

—¡Daos prisa! —apremia Cira a los hombres del Sindicato.

—No los distraigas —ordeno—. Vuelve a verificar los detonadores. Luego lárgate de aquí.

No tengo que decírselo dos veces. La moto voladora de Cira gime mientras se aleja por el túnel de escape. Solo vuelvo a nuestro coche cuando estoy seguro de que se ha marchado. Cojo a Liria en brazos y la traslado al asiento trasero del coche limpio, un taxi de diez plazas que se encuentra al lado de los demás vehículos. Saco nuestras maletas y tiro nuestra ropa de recambio al suelo; a continuación, me agacho para hablar con Liria. Me mira con sus grandes ojos rojos.

—Te hemos drogado con anaceno¹⁷. El efecto durará una hora más. — Pienso en el Telemanus, que cuadruplicaba su peso corporal—. Tal vez menos. Vamos a reunirnos con una gente muy mala. Cuando el efecto de la droga desaparezca, no hables, no te muevas. Si lo haces, te matarán. Después, si te portas bien, te llevaré adonde quieras y te daré dinero suficiente para que empieces una nueva vida. —Con el zoladón, mi voz parece la de un robot. Lo que le estoy diciendo es mentira: la perseguirán para siempre, pero aun así le daré algo de ventaja para empezar. Es lo mínimo que se merece—. ¿Lo has entendido? —No puede parpadear ni moverse. Lo único que consigue transmitir es odio—. Bien.

Le pongo una bolsa en la cara y le tapo el resto del cuerpo. Incluso bajo los efectos del zoladón, sé que más tarde me odiaré. Sé que nunca olvidaré la mirada de sus ojos. Que se añadirá a la pila. Me quito el equipo, lo tiro a un barril de metal y me visto con uno de mis trajes Kortaban negros.

—Volga, cámbiate y quema la ropa —le digo cuando sale de la sala limpia. Tras quitarse el equipo, rocía el barril con ácido corrosivo.

—Lo encontré —dice el amarillo de la nariz capaz de olfatear el metal desde el interior de la sala limpia—. Hombro derecho.

El violeta, este con quimeras de varios tonos tatuadas a ambos lados del

cuello, encuentra la marca y, enseguida, dos taladros de aspecto perverso cobran vida. El metal hurga en la piel. Los niños lloriquean a través de las bocas entumecidas mientras los contratistas del Sindicato les extraen con unos fórceps los dispositivos de rastreo que llevaban injertados. Las lágrimas brotan de los conductos paralizados de los niños. Los hombres tiran los pequeños chips ensangrentados a un contenedor.

—Están como sus madres los trajeron al mundo y listos para ponerse en marcha —dice el violeta.

—Comprobad de nuevo las manchas de radiación —le digo mientras me toco las costillas con cautela—. No seáis descuidados.

En cuanto terminan, los dos operarios visten a los niños con batas de plástico y luego los sacan de la sala limpia. Los caballeros del holograma saltan al interior del garaje por el agujero que han hecho los barcos. Los contratistas nos entregan a los niños y se marchan en su propio vehículo a través de un túnel subterráneo que conecta con varias líneas de tranvía abandonadas. Volga coge a los dos niños y los mete en la parte trasera del taxi, los tumba en paralelo en los asientos, con la misma delicadeza de una madre que arroja a sus hijos a la hora de la siesta. Después, se queda mirándolos.

—Volga.

Levanta la cabeza de golpe, me lanza una mirada asesina y cierra la puerta del taxi tan fuerte que hace tintinear las ventanillas.

—Que te jodan a ti también —le digo con calma.

La dejo activando el temporizador de las cargas explosivas del exterior de la sala limpia. Comienza la cuenta atrás de treinta segundos. Yo activo las cargas del coche volador, pongo otra al lado del barril, por si acaso, y ocupo de un salto el asiento del conductor del taxi mientras Volga arroja también

una de sus cargas contra la sala limpia. Sigo el camino de los operarios del Sindicato hacia los túneles.

—Si tienes que abandonar el campo, hazlo con estilo —murmuro sin corazón.

En cuanto las palabras del viejo instructor de simulacros abandonan mis labios, la sacudida del estallido de las cargas hace temblar el túnel. Un segundo grupo de cargas explota un minuto más tarde en la entrada del túnel y lo derrumba a nuestra espalda. Conducimos en silencio, Volga aferrada al asiento contiguo al mío.

El subidón del golpe murió con Dano. Ni Volga ni yo esperábamos sobrevivir a esto. Y ahora que lo hemos logrado, el peso de seguir con vida cae sobre los hombros de la grandullona y la aplasta. Baja la ventanilla y cierra los ojos; saca la mano y la mueve en el aire como si fuera un delfín surcando las olas. Está sentada a quince centímetros de mí, pero es como si nos encontráramos en mundos distintos. El aire frío y fétido de los túneles invade el vehículo. Dejamos atrás rampas que se sumergen en los cimientos de la ciudad. La tensión abandona mi mandíbula, pero la imagen de la sangre de Dano en los puños del dorado me rezuma en el cráneo. Volga vincula su terminal de datos con el taxi y pone a Ridoverchi.

Mientras su piano desprende una melodía suave y nosotros nos abrimos camino a través de la oscuridad, las lágrimas brotan de los ojos de Volga, pero no de los míos.



TERCERA PARTE POLVO

Pulvis et umbra sumus.

«No somos sino polvo y sombra».

CASA DE RAA

40
LISANDRO
El Sangradero

Casio está sumido en sus pensamientos, mirando un dragón tallado en la piedra de la antecámara. Tiene el hocico largo, las fauces ávidas abiertas y bordeadas de dientes irregulares. El osado caballero que se enfrentó a la familia Raa ha desaparecido y dejado atrás al alma atormentada y reflexiva que yo conozco. Las heridas que le causó el gruesli al perforarle el rostro están hinchadas y rojas, pero se ha afeitado la barba y parece más joven que en años. Solo sus ojos son viejos.

—¿Qué estás pensando? —pregunto. No parece escucharme. Las voces distantes de un centenar de gargantas susurran al otro lado de dos puertas situadas al final de un tramo de escaleras de piedra, justo debajo de la mirada del dragón. Nuestros guardias grises nos dan espacio y nos permiten hablar —. ¿Casio?

—Era una flor —dice en voz baja.

—¿Una flor?

Me doy cuenta de que está muy lejos de aquí.

—Una flor de edelweiss blanca. Fue lo último que me dio mi padre antes de morir. —Guarda silencio, con la mirada aún fija en el dragón. Rara vez habla de su familia—. Fue un día orgulloso —dice despacio, y echa un vistazo a los guardias—. Tú todavía eras demasiado pequeño. Madre te dejó en Descanso del Águila, pero los demás estábamos en Agea, en los escalones de la Ciudadela, donde Augusto solía ofrecer el Discurso Perenne. La soberana nos convocó allí para un consejo de guerra. Los barcos de Augusto

estaban a dos días de Deimos. El sol estaba en lo más alto del cielo; se sentía la energía de una tormenta en el aire. El viento ya había llegado. La lluvia lo seguía de cerca. Recuerdo que haber captado el olor de los árboles de judas en flor desde los escalones. Y... por una vez, nuestra águila plateada ondeaba en los mástiles de la Ciudadela, en los que, durante toda mi vida, solo había visto leones. Iba a ser el final de un Marte corrupto y el comienzo de nuestra era.

»Éramos superiores en número. Era nuestro derecho. Y una vez que derrotásemos a Augusto, Marte sería nuestro. Era algo que padre nunca había codiciado, así que sabía que lo trataría bien. Pero me sentía avergonzado. Después de perder el duelo con Darrow, mi padre me dijo que estaba decepcionado. No porque hubiera perdido, sino porque mi egoísmo lo abochornaba. —Hace una mueca—. Mi orgullo mezquino. Los tallistas me repararon y me fijé un propósito: redimirme a ojos de mi padre. Le supliqué a la soberana que me permitiera guiar a las legiones enviadas para atrapar a Augusto en los Astilleros de Ganímedes después de que Plinio nos facilitara la información. Mandó a Barca conmigo para asegurarse de que no fallaba. No lo hice. Regresé a Agea arrastrando a Augusto encadenado detrás de nosotros. Me redimí a ojos de la soberana. Pero no a los de mi padre hasta que nos encontramos en aquellos escalones y vio cómo había cambiado.

»Iba a salir al encuentro de los de Augusto en la órbita con nuestros primos y hermanas. A mí me entregaron el resto de las fuerzas de la familia para defender Agea. Tú nunca has conocido un orgullo así, Castor. Las caras brillantes. Las risas. El pelo y los banderines corcoveando al viento cuando dos generaciones de Belona completas salieron de la cumbre ataviados con su armadura bajo el sol.

»Él se volvió hacia mí al pie de la escalera y me dijo que me quería. Me lo había repetido miles de veces antes. Pero fue diferente. “El niño ha huido, me

dijo. En su lugar, veo a un hombre”. Fue la primera vez que sentí que merecía su amor, ser su hijo. Me di cuenta de lo afortunado que era, de la suerte que tenía de tener un padre como él. En un mundo de hombres terribles, él era paciente, amable. Noble como los cuentos nos decían que lo fuéramos de niños.

Miro de soslayo para ver si los guardias nos están escuchando. Llevan la cara cubierta, desde el puente de la nariz hacia abajo, con unidades de respiración de duroplástico. Los ojos duros que miran desde debajo de las capuchas grises no revelan nada.

—Se sacó una flor de edelweiss de una cartuchera de la armadura, me la puso en las manos y me dijo que recordara nuestro hogar. Que recordara el Monte Olimpo. Que recordara por qué luchamos. No por la familia o por orgullo, sino por la vida.

»La flor había brotado cerca de su banco favorito, en un risco situado más allá de las dependencias exteriores del Descanso. Subía a ese risco todos los días antes de que se pusiera el sol para encontrar la paz, de nosotros los niños, del trabajo. —Sonríe—. De madre. A veces, si tenía mucha suerte e iba callado, me dejaba acompañarlo, y entonces conversábamos o simplemente nos sentábamos a observar a las águilas que visitaban sus nidos en los peñascos. Es el único momento en que recuerdo ser feliz de verdad. En el que no anhelaba nada más.

»Julian era el favorito de madre, pero mi padre no entraba en ese juego. —Sonríe—. Sé que no estaba orgulloso de la criatura venal en la que me convertí en los años anteriores al Instituto, ni de la amargada de después, pero allí, en los escalones... cuando me puso la flor en las manos supe que por fin me convertiría en el hombre que él siempre había esperado que fuera.

Tiene lágrimas en los ojos.

—¿Qué le pasó a la flor? —pregunto con suavidad, pues no quiero romper

el hechizo.

—La perdí en el barro. —Me mira avergonzado—. No pensé que sería la última vez que lo veía. —Se queda callado, luchando con algo mayor que el miedo al duelo que se avecina—. Todos están muertos. Todas esas caras brillantes, borrosas. Su risa... solo queda silencio. Quiero verlos de nuevo... —Está a punto de decir mi nombre antes de detenerse. Mira hacia la puerta—. Escucharlos. Sentir las manos de padre sobre la cabeza. Pero eso no ocurrirá. Ni siquiera cuando muera. El Vacío será lo único que me dé la bienvenida.

—No morirás hoy, Casio. Puedes vencerlo —le digo a sabiendas de que, aunque gane, lo más probable es que nuestras vidas se pierdan—. Eres el Caballero de la Mañana. Sigues siendo tan buen hombre como... vio nuestro padre. Y no estás destinado a ser el último Belona.

—Hermano mío... —Sonríe y me pone una mano en el hombro—. A veces me olvido de lo joven que eres. No tengo miedo de no derrotarlo. —Levanta la mirada hacia el dragón, más allá de los dientes y hacia la oscuridad hambrienta de su garganta—. Tengo miedo porque este mundo es lo único que hay. Karnus tenía razón. —Sonríe por la broma privada—. Pero ¿quién sabe?, tal vez la oscuridad sea más amable que la luz. —Se vuelve para mirar hacia las puertas negras y presta atención a las voces que hay detrás de ellas—. No importa qué destino me espere más allá de esas puertas, no te doblegues. Si consiguen su prueba, consiguen su guerra. Nuestro deber, aunque sea el último, es evitar esa guerra. Proteger al pueblo.

—No nos corresponde proteger una República que no es nuestra —digo.

—La que acaba de hablar es Octavia, no tú. Por supuesto que nos corresponde protegerla.

—¿Por qué? Es un lugar roto que nos ha traicionado. Las personas que quieres salvar están cayendo aplastadas en la tierra. Dido tiene razón: el

Segador ha fracasado. —Callo—. Se tomaron decisiones —digo despacio, eligiendo mis palabras con cuidado para que no se sienta atacado—. Aunque puede que no esté de acuerdo, entiendo por qué las tomaste. La soberana permitió que el Chacal masacrara... a nuestra familia. Era una tirana. Eso lo tengo claro. La Sociedad estaba corrupta. Pero mira lo que la ha reemplazado. La gente de ese barco... Los veo todas las noches y pienso en lo que podría haber hecho mejor. Pero no murieron porque yo eligiera ayudar primero a una dorada. Murieron por Darrow. —Titubeo—. Abriste la caja de Pandora. Y después has pasado años tratando de justificar las decisiones que tomaste. —Bajo la voz—. Protegiendo al huérfano que creaste. Patrullando las rutas comerciales que pusiste en peligro. Tal vez esta es tu oportunidad, nuestra oportunidad, de recomponer las cosas. Y no cazando piratas en medio de la nada, sino restaurando el orden.

—Quieres darles su prueba. Su guerra.

—Sí.

Se acerca mucho a mí, para que solo yo pueda escucharlo.

—Si abres esa caja fuerte, tú también estás muerto. Te quedarás sin oportunidad de arreglar nada en cuanto descubran quién eres en realidad.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

—Deja de pensar con la polla. A Serafina no le importas ni media mierda. Es el cebo que Dido ofrece como si fuera un trozo de carne.

Resoplo.

—No tiene nada que ver con ella, Casio.

—No, tiene que ver con la venganza, ¿no? Tu venganza.

—Tú ya tuviste la tuya —digo en voz baja. Lo vi de pie junto a mi abuela mientras ella se desangraba. Lo vi matar a Aja, la mujer que era como una madre para mí—. No duermes. Bebes. Das sermones y cazas piratas. Nunca hemos permanecido en el mismo lugar más de un mes. ¿Crees que es porque

me estás protegiendo? ¿Crees que es porque tienes el deber sagrado de salvar a los comerciantes que optan por ponerse en peligro en el Cinturón para llenarse los bolsillos? Deja de mentirte por un condenado momento y admite que cometiste un error. Dejaste que los lobos cruzaran la puerta. Ser un «buen hombre» no solucionará lo que has hecho. Mantenerte en un estado de movimiento constante tampoco. No más redención que la de matar a los lobos, cerrar la puerta y restablecer el orden. Así es como haremos que las cosas sean mejores de lo que lo son ahora. Es como podemos arreglar los mundos.

A pesar de que conozco la intransigencia de mi amigo, albergo una especie de esperanza infantil de que mis palabras despierten algo de sentido común en su interior. Sin embargo, inexorablemente, se le endurecen los ojos, nuestro mundo se oscurece, y sé que nuestra amistad ha terminado.

—Te he tenido diez años. Ella te ha tenido un suspiro. ¿Tan absoluto es su hechizo?

Siento pena cuando lo veo darse cuenta de que ha fracasado. No a la hora de protegerme, sino de convencerme de que tenía razón. De que el dolor que me causó fue justo. Pensó que si lograba convencerme a mí, a mí precisamente, entonces tal vez pudiera convencerse a sí mismo y saber sin lugar a dudas que lo que hizo fue bueno. Le he privado de esa esperanza y de cualquier posibilidad de que su corazón encuentre la paz.

Diez años de hermandad se evaporan en un suspiro.

Nos miramos el uno al otro y vemos extraños.

Chasquea los dedos en dirección a los guardias.

—Hemos terminado.

Se acercan y yo me hago a un lado para que puedan llevarlo escaleras abajo hacia su muerte.

Al final de la escalera, Casio se detiene.

—Este duelo no es por mí. Es por ti. Si me tienes el más mínimo cariño, me dejarás morir.

Al otro lado de las puertas negras, al final de un estrecho desfiladero de roca gris, se encuentra el Sangradero. Es un anfiteatro circular tallado en la piedra de la montaña. Entre flores de loto esculpidas, varios dragones de piedra, resbaladizos y perlados de condensación, cuelgan del techo oscuro como para beber la sangre que siglos de Raa han derramado aquí para satisfacer sus pleitos. Los sirvientes terminan de arrancar el musgo amarillo y verde de una zona de bancos escalonados tallados en la roca. Los bancos rodean un suelo de mármol blanco en cuyo centro, sobre la piedra pálida, se ha estampado el emblema de los dorados. Cientos de dorados se ponen en pie para mirar desde la piedra al brillante hijo de Marte que sale al encuentro de su pálido campeón. Muchos son de Ío, pero veo un blasón de los Codovan, otro de los Norvo, de los Félix y de muchos otros. Hay representadas una docena de lunas, y no solo de Júpiter. Me guían hacia un banco de la tercera fila, ocupada por más de treinta miembros de la familia Raa, a pesar de los huecos creados en sus filas por los encarcelados junto con Rómulo en las Celdas de Polvo.

El Confín sigue las viejas costumbres.

Miro a cualquier lado menos a Casio cuando una Suerte, una niña de la casta blanca que lleva una bolsa blanca, conduce a una Justicia, una anciana ciega con los ojos lechosos y el cabello translúcido, hasta la pista de la pelea. Un día, la niñita envejecerá y, si alcanza un estado de trascendencia, reunirá el valor necesario para cegarse químicamente y convertirse, ella también, en una Justicia. Es el máximo honor de esta raza de hierofantes. Criados en santuarios monásticos, se esfuerzan por divorciarse de su humanidad y

encarnar el espíritu de la justicia. Aunque muchos blancos de la Sociedad de mi abuela aspiraban a cumbres más mundanas y rentables.

Los duelistas se arrodillan mientras la frágil hierofante les susurra bendiciones y posa su bastón sacerdotal de hierro y su rama de laurel en cada uno de sus hombros. Casio mira al suelo, tal vez aún atrapado en aquel día de Marte con su padre. Cuando la Justicia concluye su bendición, los auxiliares blancos la acompañan hasta su silla de hueso, situada al borde del mármol.

La Suerte tira de la cuerda de la bolsa y deja caer arena blanca sobre el suelo hasta que forma un círculo grande e ininterrumpido alrededor de los dos hombres. Recuerdo que, cuando iba de niño al Sangradero para ver a los Únicos jóvenes rajarse unos a otros por los desaires percibidos, la sangre empapaba la arena blanca. Parece que fue ayer mismo cuando vi a Casio, audaz y joven, abriéndose camino a cuchilladas entre los duelistas de la Luna. Siempre pensé que se trataba de una práctica estúpida. Un vano ejercicio de orgullo.

Pero ahora me muestro insensible a él y reproduzco mi conversación con Casio una y otra vez en mi cabeza, dividido entre honrarlo y honrar mi propia conciencia.

Alguien se desliza en el lugar vacío que queda en la piedra a mi lado. Me vuelvo y veo a Serafina. La simpatía de sus ojos me sorprende. ¿Casio tiene razón? ¿Se desvanecería esa simpatía si la caja fuerte se abriera y descubriera quién soy? ¿Me dejaría morir? Por supuesto. Nuestros antepasados se han aborrecido durante siglos.

—Lamento que tengas que ver esto —dice ella.

—Si lo lamentaras, lo habrías detenido —replico—. No fui el único que te salvó la vida. Pero, claro, supongo que piensas que la gratitud es un concepto cobarde.

—He dicho que lamento que tengas que verlo. No que deba morir.

—Él no mató ni a tu hermana ni a tu abuelo, por más absurdamente que queráis distorsionarlo. Casio llegó después de la masacre. Y seguía las órdenes de su soberana.

—Formó parte de ello. Tiene las manos manchadas de sangre.

—Y por eso la suya manchará las vuestras.

Me canso de mirarla. Las ligeras imperfecciones, los ojos pesados y la boca hosca que tan atractivos me parecían, ahora son feos y pequeños.

Ella sigue mirándome con fijeza.

—El Segador se llevó a tu familia cuando eras un niño, Belona. ¿Puedes olvidarlo? ¿Puedes perdonarlo?

Permanezco en silencio porque no conozco la respuesta.

Dido mira a Casio, en la pista, sentada entre su familia. Más abajo, la anciana Gaia fuma su pipa, todavía haciéndose pasar por tonta. Y más allá de ella, separado de la familia, Diomedes está acompañado por un grupo de Caballeros Olímpicos. Visten de negro riguroso. Los Únicos lo miran de reojo, todos poniendo su honor en tela de juicio por no ser el que ha desafiado a Casio. Es el único Raa aquí presente que aún me merece respeto. Los caballeros son los únicos que no han tomado partido en el golpe de Estado, tal como ha ordenado Helios au Lux, archicaballero de la orden.

Los Olímpicos ocupan el abismo que separa el anfiteatro dividido. Escuchando a escondidas, he descubierto que la mitad de los poderosos dorados reunidos hoy aquí llegaron a Sungrave desde sus ciudades montañosas o desde sus lunas antes de que comenzara el golpe bajo los falsos auspicios de una convocatoria de emergencia enviada por Dido con el permiso de Rómulo. Los hombres de Dido los desarmaron y los han mantenido prisioneros desde su llegada. No hay ni obsidianos ni grises armados: la presencia de los colores inferiores no está permitida en este lugar.

Los duelos son sacrosantos. El decoro y los modales, imperativos entre el

público.

Veremos cuánto les dura.

Dido se pone de pie y levanta una mano para pedir silencio. Sus aliados callan con respeto, pero para ofenderla, los aliados de su esposo continúan hablando entre ellos y le dan la espalda para expresar su antipatía. Dido se enfurece.

—Conocéis la cara... —Sus palabras quedan ahogadas entre el tumulto—. Conocéis la cara de...

Los hombres de Rómulo hablan aun con mayor estruendo. A su lado, Serafina los observa con expresión ligeramente divertida. Diomedes no ayuda a su madre. Tampoco lo hace el archicaballero Helios. Belerefonte mira a Dido para que le dé instrucciones. Ella mueve la mano para darle a entender que comienza y se sienta con la mandíbula apretada de rabia.

El caballero golpea el suelo con su filo. Una vez, dos veces, hasta que la habitación se sume en el silencio.

—Casio au Belona, te veo. —Belerefonte camina alrededor del ring, arrastrando el filo a su espalda—. Maldito águila ratonera. Chucho cobarde. Conspiraste para matar a mi abuelo y señor. Intentaste matar a mi prima en la flor de su vida. Traicionaste al Pacto de la Sociedad y ayudaste al Rey Esclavo de Marte. Llegaste aquí disfrazado, con la intención de causar daño. —Sonríe—. Por esas ofensas, gemirás y sangrarás.

Incluso los hombres de Rómulo callan y miran a Casio. Todos saben que traicionó a la soberana, aunque no la reconozcan como propia. Que Casio haya llegado al Confín por pura coincidencia resulta de lo más inverosímil, así que no hace falta mucho para convencerlos de que Darrow lo ha enviado aquí con algún propósito nefasto. Casio es consciente de ello. Y Dido también. En ausencia de su prueba, está utilizándolo para aplacar la disconformidad con su golpe de Estado.

—He venido por voluntad propia —asegura Casio ante oídos sordos—. No tengo ninguna relación con la República.

Belerefonte se ríe.

—Mentiroso.

—Si crees que soy un mentiroso, trae pruebas y demuéstalo. ¿No? Entonces es que no tienes pruebas y recurres a las reyertas familiares en busca de justicia. Algo absurdo en sí mismo. Pero ¿qué se puede esperar de los rústicos del Confín? Nadie te ha enseñado modales. —Se echa a reír—. En cuanto a la reyerta familiar: eso no lo discuto. —Los Únicos reciben la concesión con un silencio hambriento—. Tengo sangre de niños y de muchos otros en las manos. No espero misericordia. Solo pido que, si caigo, honréis mis huesos y los enviéis al sol.

Belerefonte escupe en el suelo de forma grosera.

—No tendrás honor. Alimentaré a mis perros con tu cadáver para que puedan cagar Belona. Pero meteré tus ojos en un frasco para que puedan ver cómo yo envío a tu hermano al polvo.

Serafina emite un sonido de disgusto. Entre los Caballeros Olímpicos y gran parte del público, la proclamación se topa con una intensa desaprobación. Helios le hace un gesto a Diomedes, que afirma con estruendo:

—Así serás honrado en tu camino, Belona.

Eso enfurece a su primo Belerefonte, que está a punto de precipitarse hacia la multitud para atacar a Diomedes y terminar su disputa anterior.

Siento la mirada de Dido sobre mí, y sé que Casio tenía razón. Una vez más.

Claro que todo esto es por mí. Creen que soy el eslabón débil. Que, para salvar la vida de Casio, les daré lo que Casio se niega a darles. Tontos. Ven mis manos delicadas y mi cara desnuda y me consideran débil. Juzgar una

hoja por su vaina es un juego peligroso. Permanezco sentado, en silencio, observando a Belerefonte, que grita a la Suerte y señala el pedazo de olmo que lleva en la mano.

—Rompe el maldito palo, niña, antes de que lo haga yo por ti.

Asustada, la Suerte dobla el olmo, y cuando el palo se rompe, comienza el duelo.

Los hombres no se abalanzan el uno sobre el otro, sino que caminan en círculo, midiéndose. Las formas del Núcleo y del Confín rara vez se han batido en duelo, al menos desde que Revus prohibió que los nativos de Ío disputaran duelos en la Luna. La mayoría de las casas del Confín siguieron su ejemplo.

Como es tradición, ninguno de los duelistas se ha puesto armadura, aunque a Casio se le permite llevar una égida: un pequeño generador de escudo incrustado en un brazalete de metal en la parte posterior del antebrazo izquierdo. En la mano derecha, lleva un filo enrollado. Podrían haberle dado el asta típica de Ío, más larga y desconocida para él, pero en cambio le han facilitado un filo del Interior.

El asta de Belerefonte se desliza por el suelo a su espalda como una serpiente engrasada; mide casi tres metros de largo en forma de látigo y dos como lanza. Envainada en la cadera izquierda lleva una espada kitari, mucho más corta.

Tras endurecer su filo en forma de lanza, Belerefonte levanta la malvada hoja negra. Con las manos por encima de la cabeza y el arma apuntada hacia Casio, Belerefonte parece una especie de escorpión extraño y pálido con el aguijón largo sacudiéndose en el aire.

Es la posición de la Caída de las Sombras de los maestros de filo del Confín.

—¿Es una sombra? —le pregunto a Serafina.

Ella no responde. Su mirada devora la escena con emoción.

Casio observa la postura foránea con cautela. Él mantiene su hoja rígida y a un lado, con la mano en la llave estival del Método del Sauce. Se aprieta la égida contra el pecho, listo para activar el escudo. Parpadeo. Y para cuando vuelvo a retirar el párpado de la pupila, la hoja de Belerefonte ha girado en sus manos, ha adoptado la forma de látigo e intenta azotar a Casio en la cara.

Casio se dobla hacia atrás. Demasiado lento. El látigo le arranca un trozo de cuero cabelludo de la parte central de la frente. La sangre le inunda la cara. Belerefonte aprovecha la impulso para girar hacia delante con su látigo y lanzarlo en otro golpe hacia la pierna de Casio. Su ataque confía en la longitud del asta y en su altura para hacer que la hoja negra descienda en un frenesí de golpes increíblemente rápidos. Me recuerda más a Darrow que a Aja o Casio.

Parpadeando para quitarse la sangre de los ojos, Casio retrocede bajo el ataque, se dobla, da vueltas y bloquea mientras el suelo chispea con los impactos del látigo de metal. Su propio látigo resulta inútil contra el mayor alcance del de Belerefonte, así que lo usa en forma rígida para defenderse y depende de la égida para rechazar la mayoría de los golpes. Una y otra vez, intenta acortar la distancia, pero mientras que Casio es más fuerte, Belerefonte es el más rápido de los dos, pues está más acostumbrado a esta gravedad. Arrastra los pies en lugar de levantarlos. Cada vez que Casio intenta acercarse, Belerefonte se desliza hacia atrás, cambia su filo a forma rígida y está a punto de clavárselo en el vientre.

Los dos hombres se separan en su mundo pequeño y furioso. Sus cuerpos les dicen que huyan del metal y salgan de los horribles confines del círculo, pero sus mentes los amarran el uno al otro y se atacan de nuevo. Hace años que Casio no se enfrenta a un hombre como este. No estoy seguro de que alguna vez se haya enfrentado a la Caída de las Sombras en un duelo real.

Ambos son un maestro de su oficio y emplean su letanía de trucos aprendidos con esfuerzo a lo largo de los años. Los dos prueban, investigan, y luego se encierran en una furiosa oleada de intercambios, con los brazos convertidos en una ráfaga cegadora, los látigos en poco más que un movimiento borroso. La sangre rocía el mármol blanco y en gradas, donde le salpica la cara a un niño situado tres filas atrás. Ni siquiera distingo cuál de los dos hombre está herido hasta que Casio tropieza y veo un colgajo de piel y músculos que se dobla sobre una larga laceración que le alcanza el hueso del hombro izquierdo. La sangre mana a borbotones. Belerefonte aprovecha el momento y prosigue con su ataque.

—Puedes pararlo —me dice Dido desde el otro lado de Serafina—. Dame el código y él vivirá.

—No necesita mi ayuda.

A pesar de mis palabras, observo con miedo que Casio retrocede ante Belerefonte y que la potencia se inclina a favor del caballero del Confín. Creía que Casio era invencible. Parte de una historia que nunca podría existir sin él en ella. No ven la grandeza que hay en él. No ven la calidez, el dolor, la pena, el amor. Lo único que ven es un recipiente de su odio. Lo miran sin clemencia, convencidos de que su muerte es su derecho, incluso aquellos adversarios que desprecian el golpe de Dido.

En el círculo, Casio apenas ve por la sangre que le cubre los ojos. No tiene tiempo para limpiárselos. Está perdiendo demasiada por el hombro y ahora está atrapado contra el borde del círculo. Raspa la arena con los talones. Belerefonte sacude el látigo contra él, manteniendo la distancia, pero Casio continúa rechazando el látigo con la égida. El metal choca contra el pequeño escudo de energía y rebota hacia atrás; las chispas azules sisean por el aire cuando Casio lo activa milisegundos antes de cada golpe para evitar que el escudo se sobrecaliente. Ya sale humo de la batería.

Belerefonte asedia a Casio, golpe tras golpe, hasta que este hinca una rodilla y el látigo continúa cayendo sobre el escudo humeante. El arma de Belerefonte se arquea para asestar un golpe alto desde arriba. Casio levanta el brazo para desviarlo una vez más. Pero entonces la égida se apaga. El látigo cae sobre el brazo izquierdo de Casio y se enrolla a su alrededor. Belerefonte podría arrancar el brazo de Casio desde el codo para abajo, pero lo sorprende en medio de sus acrobacias, pues esperaba encontrarse de nuevo con la égida y que el látigo rebotara. Pierde medio segundo.

Es entonces cuando ataca Casio. Él usa la maniobra de la Rama Partida.

Salta hacia delante propulsándose con las gruesas piernas en el mismo instante en que tira del látigo con el brazo y hace que Belerefonte se desequilibre hacia él. Con la mano izquierda, Belerefonte levanta el kitari a la desesperada para bloquear a Casio. Pero Casio aparta la hoja menor con su filo y lanza un corte diagonal hacia el brazo derecho de Belerefonte, que sujeta el asta. La hoja dura como el diamante de Casio atraviesa el hueso del brazo del hombre como si fuera un pudín. Una arteria abierta vomita un solo chorro de sangre de dos metros de largo. Casio gira aprovechando el impulso y lanza un tajo en la otra dirección. El metal saja el brazo que le quedaba a Belerefonte a la altura del antebrazo.

Ambas extremidades caen girando al suelo. Belerefonte se tambalea y mira los muñones llorosos y rojos y el hueso pálido que sobresale de la carne mientras abre y cierra la boca como un perro aturdido.

Casi me levanto de un salto y suelto un grito de alegría cuando Casio coloca una mano sobre el hombro de Belerefonte y presiona suavemente para que se arrodille. Después mira a Dido. «Gran espectáculo, amigo mío. Maldito sea, qué gran espectáculo».

—No malgastes a un hombre así —dice Casio—. Ha sangrado por ti. No

tiene por qué morir. Libéranos. Acepta nuestros términos y le perdonaré la vida.

Dido lo fulmina con la mirada. Ni por un momento se le pasa por la cabeza la idea de salvar a su sobrino. En ese pecho late un corazón frío.

—¿Belerefonte? —pregunta—. Tu destino es tuyo.

—*Pulvis et umbra sumus.* —Se estremece—. Akari, da testimonio.

El honor lo llama a la oscuridad. Qué forma de desperdiciar un hombre.

Pero, de todas formas, hay algo hermoso en ello.

Le tiembla el cuerpo, y me maravilla toda esa vida de disciplina a la que debe recurrir para mantenerse erguido sobre las rodillas. El pálido caballero Raa mira a su familia, a su esbelta esposa Norvo, y hacia los dragones de sus antepasados en el techo.

Casio le corta la cabeza por la columna vertebral.

A mi lado, Serafina se agita de ira cuando su primo muere.

—Esto es culpa tuya, hijo mío —le dice Dido a Diomedes.

Entre sus caballeros, viendo a su primo morir en su lugar, parece aturdido y herido por una culpa casi tan inmensa como mi alivio. Sangrando por la frente y el hombro, empapado en sudor, Casio logra sonreírme, sabedor de que podría haber cedido ante Dido pero no lo he hecho. Levanta la barbilla y alza la voz para que todos la escuchen.

—Soy Casio au Belona, hijo de Tiberio, hijo de Julia, Caballero de la Mañana, y mi honor permanece.

Se ha terminado.

Ha ganado. El asunto está resuelto, aunque no sé qué forma tomarán los siguientes momentos. Y entonces miro a Serafina, preparado para consolarla por la pérdida de su primo, pero solo veo la cara implacable de Dido, inalterable, su mano levantada en el aire, chasqueando los dedos.

—Fabera —llama.

Mis esperanzas se esfuman y la expresión de Casio se ensombrece cuando una joven con aspecto de halcón y calva desenvaina el filo y salta desde la segunda fila por encima de las cabezas de los que ocupan los bancos inferiores. Aterriza en el borde del mármol blanco y camina hacia Casio, con el largo filo en posición rígida. Escupe en el suelo y entra en el círculo, donde grazna su desafío a Casio, su nombre y su derecho, como prima, a abrirle las venas.

—¡Se ha acabado! —protesto a Dido—. ¡La reyerta ha quedado zanjada con Belerefonte!

—Su rivalidad es con la Casa de Raa —responde ella.

Hay una parte de mí que quiere rebelarse contra ella y condenar su hipocresía, pero la mirada que me dedica es tan reptiliana que activa la parte más fría de mi propia sangre. La sorpresa desaparece y me esfuerzo en entender.

—¿Apoyas esto? —le pregunto a Serafina.

Aunque la acción de su madre la ha pillado desprevenida, Serafina no dice nada.

—No la mires —gruñe Dido—. Yo soy quien preside este duelo. Esa «criatura» asesinó a mi hija. ¡Mató a Revus! —El anfiteatro clama pidiendo sangre. A continuación, muy despacio, Dido se inclina hacia mí—. Pero puedo olvidarlo. Puedo perdonar. Y tú puedes terminar con esto. Abre la caja fuerte.

Es una mujer peligrosa.

Bajo la mirada hacia Casio y dejo que mi silencio responda. Dido suspira.

—Una pena. Fabera, honra a la Casa de Raa.

Fabera no es una sombra, pero es rápida y conoce esta gravedad. Se abalanza contra él con su filo, vaga y explora como si estuviera cazando jabalíes. Consciente de que Casio está perdiendo demasiada sangre, intenta

prolongar el duelo, pero Casio continúa embistiendo y acercándose. Fabera es más ágil que Belerefonte, pero no tan potente. Casio logra colocarla contra el borde del círculo, donde intercambian una peligrosa serie de bloqueos fulminantes. Ella le provoca dos cortes en la pierna derecha, pero no tiene tiempo de saborear el momento. La veo morir dos segundos antes de que suceda. Casio fluye en el movimiento del Viento Otoñal con la misma comodidad que si estuviéramos luchando en el Arqui con las armas romas. Golpea tres veces al nivel de la cabeza, bloquea las hojas y la presiona para que contrarreste su fuerza, luego pivota hacia la derecha y desliza su hoja sobre la de ella haciendo palanca para que la punta le entre por la frente y avance a través del cerebro antes de salir por la garganta y la mandíbula. Ha muerto antes de tocar el suelo. Casio saca la hoja del cráneo de su contrincante, limpia el cartílago gris que la recubre y se vuelve cojeando hacia Dido.

—Soy Casio au Belona, hijo de Tiberio, hijo de Julia, Caballero de la Mañana, y mi honor permanece.

Dido chasquea los dedos.

—Bellagra.

Otro caballero salta al mármol.

—Serafina, vas a perder a otro primo —digo, consciente de que esta ejecución la exaspera.

Diomedes no logra mantener la compostura.

—Madre, basta.

—Bellagra, honra a la Casa de Raa.

El caballero se precipita contra hacia Casio. Este no tenía la misma calidad que los dos primeros y muere más rápido que Fabera. Casio detiene un golpe débil y parte al hombre por la mitad. Sus dos mitades se retuercen en el suelo y emborrona con la sangre de su vida emblema de los dorados. Pero ha

sucedido algo extraño. A pesar de la condena de los Caballeros Olímpicos, el anfiteatro bulle de voluntarios. Cada muerte mina más sus modales y su resolución y tiende hacia la multitud una mano de dedos bifurcados como raíces que enfurece y envenena a otra alma: un amante, un primo, un amigo, un compañero de copas, un hermano de armas. La ira hierve tanto entre los aliados de Dido como entre los de Rómulo. Y entonces caigo en la cuenta de la cruel estratagema que la mujer ha ideado. No dudo que su odio hacia Casio sea real, pero en el Confín no desperdician nada. Cada muerte es un pago inicial por su guerra. En ausencia de su prueba, utiliza a mi amigo para hacer hervir la sangre, para distraer, para unir a sus aliados y enemigos en la furia. Y cuantos más Raa caen, cuanto más se solidifica su posición, más se levanta la sangre del Confín contra el Interior y no contra su golpe de Estado.

Tal es la profundidad de su convicción, un sacrificio voluntario de su propia familia para revelar cualquiera que sea la verdad que se esconde en nuestra caja fuerte.

Por fin veo a Dido: la inmensidad de su resolución, la crueldad de su intelecto, y me aterroriza pensar que alguna vez fui tan arrogante como para suponerla inferior a Rómulo por el mero hecho de que había escuchado más veces la leyenda de su esposo. Me recuerda a la mujer que me enseñó todo lo que sé, aunque más apasionada, menos sutil. Pero una sombra de mi abuela habita en esta mujer. A su lado, Serafina permanece sentada con una expresión cansada que parece decir que lo comprende todo pero que solo lo sufrirá porque debe hacerlo.

Pero yo no puedo ver a mi hermano sufrir durante mucho más tiempo.

No habrá fin.

Ni piedad. Solo muerte, ¿y para qué?

Casio se pone de pie, cojeando, y se planta sobre el cuerpo de su enemigo. El suelo está atestado de ellos.

—Soy Casio au Belona. —Jadea para tratar de recuperar el aliento, apenas capaz de continuar—. Hijo de Tiberio... hijo de Julia. —Se cuadra y hace acopio de orgullo para levantar la voz—. Caballero de la Mañana, y mi honor permanece.

—¡Madre! ¡Abandona esta locura! —grita Diomedes—. Ha ganado. ¿Cuántos miembros de nuestra sangre vas a malgastar?

—Tantos como demande el honor —responde ella—. Salva a tu familia, Diomedes.

Él no se levanta.

—Una pena —responde Dido.

Siento las palabras antes de que salgan de sus labios, porque he visto que Serafina sacudía las piernas, que se apretaba los cordones de las botas con los dedos, y sé que Dido ha notado las miradas que compartíamos en la cena. Ahora la mujer se vuelve hacia mí. Solo le queda una carta por jugar y la juega bien.

—Serafina, honra a la Casa de Raa.

41

LISANDRO

Corazón

Serafina se levanta de golpe, como un *kuon* liberado de su correa. Salta para salvar las cabezas de los que están sentados debajo de nosotros y saca el filo antes de aterrizar en la pista de la matanza. Diomedes mira con miedo a su hermana pequeña. Pero los dorados que clamaban por su oportunidad de enfrentarse a Casio vuelven a sentarse en medio de un silencio decepcionado. Consideran que el asunto está zanjado. Serafina es la verduga.

Casio sangra y suda, tiene los rizos dorados pegados a la frente, los nudillos cortados y destrozados por el metal. La sangre le empapa los zapatos. El cuerpo le tiembla de dolor y de la piel desollada y la carne abierta le brota vapor, pero aún se mantiene en pie, sirviéndose de una de las astas descartadas como muleta, con una expresión neutra en el rostro mientras Serafina avanza dando zancadas hacia el círculo. Este es su fin. Pero no tiene nada de glorioso.

Lo único que siento en este momento es miedo.

El mismo miedo que aquel día cuando vi morir a mi abuela y no hice nada para detenerlo. Ni siquiera cuando vi a Casio y la manada del Segador acabar con Aja. No puedo odiarlo por el papel que desempeñó. Fui yo quien no hizo nada para proteger a los que quería. Y a él lo quiero. En este momento, Casio es verdadero y puro y, en cierto modo, todo lo que yo quería ser de niño. Las lágrimas, inoportunas y desconocidas, me desbordan los ojos cuando Casio me mira y niega con la cabeza. «Déjame morir», está diciendo. Es lo único que quiere. La absolución en la muerte. Pero es la absolución incorrecta.

La muerte equivocada.

Serafina pasa junto a los cadáveres de sus primos y señala a Casio con la cabeza.

—Belona, ojalá nos hubiéramos conocido como iguales. Mereces algo mejor.

—Todos nos merecemos los gusanos, Raa —responde Casio. Se limpia la sangre del rostro empalidecido—. ¿Los conocemos juntos?

Como respuesta, Serafina se alza en la pose de la Caída de las Sombras, convertida ella misma en una sombra, y Casio se hunde en la del Método del Sauce.

Con la esperanza de sorprenderla, y sabiendo que no durará mucho, Casio embiste hacia delante con las fuerzas que le quedan. No son suficientes. Ella se pone en movimiento. No es tan rápida como Darrow, no es tan fuerte como Aja, pero sí más fluida de lo que cualquiera de los dos habría podido aspirar a serlo jamás. Se desliza hacia un lado como la sombra de un pájaro sobre el mar. Bloquea la hoja de Casio con su asta y gira el kitari que llevaba en el cinturón para golpearle los nudillos con la empuñadura roma. El filo de Casio sale disparado de su mano y se desliza sobre el mármol ensangrentado. Mi amigo se encorva, desarmado, jadeando. Despacio, se abalanza hacia otro filo abandonado, pero Serafina chasquea el látigo y envía el arma que Casio intentaba alcanzar contra una de las paredes.

Se acerca a Casio y le concede un último honor. Mi amigo consigue arrodillarse. Se queda parado, recobra el aliento y, con un gemido, logra ponerse en pie. Aturdido, mira en torno a la arena, perdido hasta que su mirada desesperada me encuentra. Me dedica una última sonrisa.

Una sonrisa de agradecimiento porque cree que lo he dejado morir por su causa.

Pero yo vi morir a Aja. Vi morir a mi abuela. Y no hice nada sino

encogerme de miedo. Guardé silencio y obedecí cuando Casio me dijo que lo siguiera, porque me aterrorizaba hacerlo enfadar, perderlo y quedarme solo. Aquí, al final de los mundos, en el vientre de una montaña rodeada de enemigos, ¿qué me queda por temer?

No seguiré siendo un mero espectador.

Salto desde mi asiento y, gracias a la baja gravedad, navego sobre las cabezas de los dorados que hay debajo de mí hasta aterrizar en la piedra blanca de la pista, justo fuera del círculo. Serafina se da la vuelta al oír el ruido, aturdida. Tiendo las manos hacia los guardias para mostrarles que no llevo armas.

—No... —dice Casio con la voz entrecortada.

—No dejaré que te maten.

—No entres en el Círculo —gruñe Serafina—. No tienes derecho a esta lucha. Sus crímenes son solo suyos.

Me vuelvo para enfrentarme a Dido y a la hueste de los Raa.

—Tengo todo el derecho.

Abandono el acento marciano que me enmascaraba la voz como una capa hecha jirones para revelar el corazón de Hiperión que ocultaba debajo, y por un momento, me siento orgulloso de representar a la Ciudad de la Luz aquí, tan lejos de mi hogar. Es posible que la Luna nunca haya sido perfecta, que nunca haya sido tan noble como yo la consideraba de niño, pero proporcionó paz durante setecientos años. Estoy cansado de disculparme por ello, de tener miedo de mi propia herencia.

Mis días de huir y esconderme detrás de los demás han terminado.

Ya no temeré mi nombre.

—Me llamo Lisandro au Lune —grito hacia la habitación fría.

No sabía qué peso tendría aún mi nombre, pero los temblores sísmicos que sacuden la habitación en estos momentos me provocan escalofríos y un

orgullo profundo y poderoso. Que odien cuanto quieran a mi abuela, pero la sangre de mis venas proviene de Silenio el Portador de Luz, el más grande de los nuestros. Es en el mito de mis antepasados en el que estas gentes se envuelven. Los primeros Raa eligieron soberano a Silenio. Se inclinaron ante él, como todos los Raa posteriores hasta esta generación. Serafina está a punto de dejar caer su filo. Se queda boquiabierta. Dido maldice por lo bajo y se recuesta en su asiento, incapaz de comprenderlo. Diomedes se pone de pie, con una expresión de asombro infantil en el rostro grave.

Casio lo observa todo en silencio mientras se le rompe el corazón en el pecho.

—Yo soy la sangre de Silenio el Portador de Luz, hijo de Anastasia, hijo de Bruto, nieto de Lorn au Arcos el Perfil Pétreo, y de Octavia, la soberana del Hombre. Yo nací en la Montaña Palatina, al oeste de Hiperión, en el corazón de la Luna y la Ciudad de la Luz. Puede que sepa poco del Confín, pero incluso en el corazón del imperio se hablaba del honor de la Casa de Raa. De los señores de las Lunas, y por encima de todos ellos, del de los dorados de Ío. ¿Dónde está? ¿Os ha abandonado? ¿Ha desaparecido después de los temblores de la guerra? Tal vez vosotros lo hayáis perdido, olvidado, pero yo no he olvidado el mío. Y mi honor no me permite quedarme de brazos cruzados mientras se desarrolla esta parodia. Siento la agonía de Casio, pero no puedo mirarlo.

»Vuestra reyerta familiar está saldada se mire por donde se mire. Los Belona han sido eliminados de la faz de los mundos. No caigáis en el mismo canibalismo que permitió que el Amanecer floreciera. Este hombre, este dorado, no es vuestro enemigo. Yo no soy vuestro enemigo. El Rey Esclavo sí. —Me vuelvo hacia Dido, furioso—. Tráeme la caja fuerte.

42
EFRAÍN
Qué suerte la tuya

S alimos de la lluvia hacia el decimoquinto piso de un edificio abandonado en las afueras de una zona de reconstrucción. Apago la música y miro por el parabrisas. Las luces brillan con furia desde el nivel superior. Las líneas eléctricas al descubierto y los tubos de ventilación serpentean a través del edificio. Vestido con su traje de color cromo y un guardapolvos negro de cuello alto, Gorgo espera en un sillón verde, grande, viejo y desvencijado, al lado de un ascensor industrial, fumando ciscos. El humo púrpura culebrea en un halo alrededor de su gigantesca cabeza.

—Nunca pensé que me alegraría de verlo —le digo a Volga, pero no salgo del coche.

—¿Cumplirán con el contrato? —pregunta Volga.

Compruebo mi cuenta bancaria. Tengo veinticinco millones de saldo, ingresados en cuanto los operadores confirmaron que teníamos el botín. Obtendremos el resto en el momento de la entrega.

—No lo sé.

—A los demás les dijiste que lo harían.

—No me jodas. ¿Y qué otra cosa querías que dijera?

Miro hacia atrás, al compartimento de pasajeros. Los botines se revuelven debajo de la lona de plástico. El efecto del anaceno está desapareciendo. Están a punto de sacar a Hiperión de su eje. El Sindicato está llevando a cabo una jugada. Ni siquiera puedo comenzar a adivinar lo que buscan. Pero desearía poder verle la cara a Corazón de León cuando se entere. Indultó a

violadores, esclavistas y asesinos dorados. Ahora le llegará la factura por habernos apuñalado por la espalda a los demás. Y se dará cuenta, como el resto de nosotros, de que a ella también puede afectarle esta guerra.

Debería sentirme motivado por el hecho de estar haciendo justicia; en cambio, me siento sucio aquí sentado con mi carga humana. Todo hombre debe tener principios. ¿Desde cuándo ha empezado el mío a incluir secuestrar niños?

—No pueden romper sus propias reglas —digo tratando de convencerme a mí mismo.

—¿Se rompen si nadie las conoce? —pregunta Volga.

—¿Cuándo te has hecho filósofa?

—Yo soy sabia. Tú eres listo. Siempre hemos funcionado así.

Me pone una mano tranquilizadora en el hombro.

—Quédate aquí, sabia. Puedo cargarlos solo. —Salgo del coche. Volga me sigue. La miro y ella me devuelve el gesto con determinación—. Está bien, lo haremos juntos.

—Sí, juntos.

Sacamos los botines del coche. Me agacho y levanto la bolsa de la cabeza de Liria, posicionándome de tal manera que Gorgo no pueda verla escondida en la parte de atrás.

—Recuerda, conejo: el silencio es oro.

Vuelvo a colocarle la bolsa y la dejo en el coche. Permito que Volga se eche a los dos premios sobre los hombros para llevárselos a Gorgo. Él permanece inmóvil mientras nos acercamos; me eclipsa por más de treinta centímetros y cien kilos. Su mirada de ojos de tiburón negro va y viene entre nosotros y los botines.

—Justo a tiempo. El duque espera. —Apaga el cisco y nos hace un gesto para que nos detengamos—. Sin armas.

Dejo mi pistola en el sillón y Volga suelta su rifle de plasma. Gorgo me pasa las manos enormes por los brazos, el torso, las pelotas y las piernas.

—¿Lo estás disfrutando? —pregunto.

Sin decir palabra, me saca el estilete de la bota y extrae cuatro cuchillos más de la chaqueta de Volga.

—¿En serio? —le pregunto.

Ella se encoge de hombros. Gorgo le encuentra dos cuchillos más en las botas y un disparador de ácido atado a la pantorrilla. Apila los últimos hallazgos con el resto de nuestras armas y parece divertido con la colección.

—A la cuervecita le gustan los juguetes. ¿Te gustaría convertirte en uno de los míos?

Volga ignora su sonrisa depredadora.

Con los niños a cuestas, tomamos un ascensor solitario hasta el piso cincuenta y dos, donde el duque nos espera entre una multitud de matones del Sindicato. Se ocultan bajo las sombras del rascacielos a medio construir y la luz de sus ciscos se refleja en las joyas, las sonrisas de platino y los implantes oculares cromados. En el otro extremo de la planta, un elegante yate de lujo descansa fuera, en una de las pistas de aterrizaje del rascacielos.

El duque aplaude cuando nos acercamos.

—Había una deuda pendiente. ¡Se ha pagado una deuda!

Viste una chaqueta de piel de serpiente negro azabache, con unos faldones tan largos que le llegan a las pantorrillas. Esta noche su pintalabios es violeta, y está sentado a una mesa de plástico con una pila humeante de pinzas de cangrejo a medio comer y dos botellas de vino.

—Puntual. Bien vestido. Y guapo a rabiar. Mi querido Efraín, eres un tesoro. —Repara en Volga—. Esta vez has traído una guardaespaldas. Qué precoz por tu parte.

—Forma parte del destacamento de equipaje.

Los tres hombres obsidianos que tiene detrás miran a Volga con fijeza. Todos son obsidianos de hielo, probablemente exlegionarios, y llevan guardapolvos y el pelo blanco brillante, largo y suelto. El más corpulento le saca una cabeza a Volga y tiene piercings de esmeralda en la barbilla. Hace girar la empuñadura de un hacha de pulsos de cromo sobre el suelo de hormigón.

—Los botines, tal como acordamos —digo en un tono desprovisto de emoción.

La noche me ha agotado, la muerte de Dano me ha dejado sin rastro de humor. Volga les entrega los premios a dos matones, que los depositan sobre la mesa. El duque les quita las capuchas a los niños y murmura algo para sí.

—Vaya, vaya, vaya. La reina estará complacida. ¿Ves?, te lo dije, Gorgo. Este hombre es pura calidad. Material de Sindicato. —Gorgo se encoge de hombros—. Gorgo, aquí presente, no creía que estuvieras a la altura de la tarea. Pensaba que te escaparías, que volarías a la Tierra o a Marte, pero no, le dije. La reputación de un hombre es el trabajo de su vida. Es lo único que tiene. Y tú has estado a la altura de la tuya. Ese gravipozo... —Se estremece—. Lleva la marca de Efraín ti Horn.

Baja la mirada hacia los niños y se concentra en Pax.

—Hola, principito. —Se encorva para inspeccionar al chico más de cerca—. Puedes llamarme *dominus*. —Se aparta y le da una bofetada al niño en la cara. Volga se tensa. En la mejilla de Pax se forma un verdugón rojo—. Lloro. —Lo abofetea de nuevo—. Lloro. —Pax lo mira fijamente, intentando ser valiente—. Lloro. —La voz del duque va perdiendo poco a poco el dejo afectado, hasta que suena como si tuviera un animal dentro, tratando de escapar—. Lloro. Lloro. Lloro.

Me repugna verlo, pero permanezco rígido e inmóvil, asustado.

—Mi duque... —dice Gorgo.

El duque levanta una mirada asesina hacia él. Gorgo se la sostiene, pero no dice nada más. El duque vuelve a abofetear a Pax y las lágrimas por fin brotan de los ojos del niño. El duque se estremece de placer y se echa hacia atrás los mechones de cabello rosa que le han caído sobre los ojos. Coge una lágrima con la punta del dedo y la lame con los ojos cerrados.

—Sabe a justicia.

Sus hombres se ríen. Volga tiembla de ira. La pobre chica parece estar a punto de abalanzarse sobre el hombre y estrangularlo. Le hago un gesto de negación con la cabeza, pero ella continúa con la mirada clavada en el duque.

La voz del hombre se suaviza hasta convertirse en un arrullo cuando se acerca para acariciarle la cara a Pax.

—Ya pasó, ya pasó, principito. No llores. Chis. Considérame un embajador que te da la bienvenida al mundo real. Los demás ya llevamos aquí un tiempo. Pero no te preocupes. Pronto aprenderás las reglas. —Se vuelve hacia sus matones—. Metedlos en mi yate. Nada de juego sucio. No debemos dañar la mercancía de la reina. Tiene planes muy importantes para ellos.

Los hombres cogen a los niños en brazos y se los llevan. Volga los sigue con la mirada hasta que desaparecen en la nave.

—Mis disculpas —dice el duque, que ya ha recuperado su dejo—. En el fondo, soy una criatura de pasiones severas.

—Espero recibir el resto del pago ahora —digo mirando a los matones que hay a mi espalda.

Se han acercado más. Mi voz me suena a muerte incluso a mí.

—Sí. Sí.

Le hace un gesto desdeñoso a uno de los matones. Mi terminal de datos vibra cuando se me transfieren los fondos.

—Gracias —le digo mientras compruebo la cifra—. Ha sido un placer hacer negocios con vosotros.

—¿Y eso es todo? —pregunta el duque, que enarca las cejas depiladas—. ¿Acaso soy un día de pago del que uno puede despedirse tan sumariamente? Creía que nuestra fraternidad era más profunda. Hasta te he guardado una botella de La Dame Chanceuse. Esperaba que pudiéramos bebérsela juntos.

—¿Ahora?

—Ahora, sí. Un brindis por un éxito histórico. Un triunfo para los hombres de a pie.

—Ha sido una noche larga. No tengo sed.

—Mi querido Efraín, ¿adónde ha ido a parar el canalla? ¿Dónde está la fanfarronería, el carisma? Los actos sucios merecen una recompensa dulce. —Acaricia el borde de la botella con los dedos—. Si no te conociera, podría pensar que tienes escrúpulos.

—Contrataste a un profesional —le digo—. Si quieres un acompañante social, te sugiero que recurras a algún entretenimiento rosa. Tengo entendido que son una compañía espléndida. —Su sonrisa desaparece—. Gracias, una vez más, por tu tiempo, mi buen duque.

Me doy la vuelta para irme. Volga no se vuelve conmigo.

—¿Qué haréis con los niños? —pregunta.

«No. No. No». Me vuelvo otra vez. Las cejas del duque vuelven a arquearse.

—Pero si la cosa habla.

—Ella también es apasionada —le digo—. No insinuaba nada con esa pregunta. Vamos, Volga.

—¡En absoluto! —exclama el duque—. Es una buena pregunta para un cuervo curioso después de tanto sudor y malas acciones. ¿Qué pasaría si te dijera que iba a dárselos a los enormes brutos que tengo detrás para que jugaran con ellos como han jugado conmigo toda mi vida? —pregunta el duque—. ¿Qué harías? —Volga no responde—. ¿Qué pasaría si te dijera que

tenía pensado dárselos de comer a las hormigas? ¿Qué reacción provocaría eso? ¿Violencia, tal vez? —Sonríe—. Sí, eso creo. La moralidad es una posesión peligrosa para un ladrón en una compañía como esta.

Tiro del brazo de Volga. Sería más fácil tirar de una casa.

Estoy a punto de decir algo cuando una tubería resuena detrás de nosotros, cerca de las escaleras, junto a los ascensores. Los matones se vuelven a toda velocidad, empuñando sus armas, cuando un destello de pelo rojo desaparece por la escalera. El duque chasquea los dedos y sus obsidianos salen disparados. Sus largas piernas salvan la distancia en dos suspiros y se lanzan escaleras abajo. Se me hiela la sangre. «Estúpida cría».

Gorgo nos bloquea el camino hacia los ascensores.

—¿Habéis traído compañía? —me pregunta el duque.

—No.

—¿Estás seguro? Hay detectores de movimiento en todas las entradas. Vuestro transporte aéreo ha sido el único que ha podido entrar. ¿A quién habéis traído?

—A nadie. Los miembros de mi equipo ya se han ocultado en sus respectivas madrigueras.

—Siéntate.

Estoy a punto de oponerme, pero Gorgo me empuja hasta la silla que hay frente a la mesa. Dos obsidianos forcejean con Volga. Uno de ellos agita un cortador láser industrial ante su cara. El rayo rojo oscila a escasa distancia de sus ojos. Mi amiga deja de moverse. A lo lejos, oímos los ruidos amortiguados de los achicharradores al dispararse. Siento que me oscurezco.

He metido un conejo en la guarida de los lobos. Y ahora lo están destrozando.

El duque espera, mirándome fijamente. Una vena le palpita bajo la sien derecha hasta que regresa uno de sus obsidianos. Contengo la respiración

mientras oigo el ruido de las botas que se acercan. Cuando el hombre llega al fin a la mesa del duque, puedo respirar. Milagrosamente, tiene las manos vacías.

—Era una roñosa —retumba—. Ha escapado.

El duque lo mira.

—¿Se te ha escapado una roja, Belog?

—La teníamos arrinconada. Se ha tirado por un conducto de ventilación. Lo más probable es que ya sea pulpa.

—¿Un conducto de ventilación?

—Nosotros no entrábamos. Iba hacia abajo. Harald y Hjerfjord han ido tras ella. Traerán su cabeza a rastras.

El duque continúa mirando al matón hasta que el obsidiano baja la mirada, asustado. Les lanza una mirada lastimera a los demás obsidianos, pero sus ojos árticos no muestran piedad.

—Estoy... decepcionado contigo, Belog.

—Sí, señor.

—¿Sabes lo que haría la reina si sintiera decepcionada?

El obsidiano mira a Gorgo, que está empezando a mostrar su sonrisa de dientes de oro.

—Sí, señor.

—Por suerte, soy consciente de lo difícil que es que un oso atrape un ratón. Hay muchísimos agujeros en los que pueden esconderse. Así que te perdonaré, pero me temo que ahora hay una deuda pendiente. ¿Cómo la pagarás?

El obsidiano parece desolado; despacio, extiende la mano izquierda. El duque le da un golpe ligero.

—La izquierda. Muy bien. ¿Qué edad tenía la chica?

—Joven. Veinte inviernos.

—¿Características distintivas?

—Llevaba un esmoquin.

—Un esmoquin. —El duque me mira, luego se concentra de nuevo en el obsidiano—. Ve a ayudar a tus hermanos, Belog. —El hombre hace una reverencia y vuelve corriendo hacia las escaleras para desaparecer entre las sombras. El duque se vuelve hacia Gorgo—. Despierta al barón de este barrio. Criminsky, ¿verdad? —Gorgo asiente—. Ofrece una recompensa por una perra roja que lleva... —Me mira de nuevo—. Un esmoquin.

Gorgo se aleja. El duque se vuelve hacia mí y tamborilea con las uñas esmaltadas sobre la mesa.

—También estoy decepcionado contigo, Efraín...

—Ella no es...

Uno de los obsidianos me abofetea en la oreja derecha. Pero una bofetada de un tipo así es como si te partieran una puerta en la cabeza. Caigo al suelo de lado por segunda vez esta noche. Me sientan de nuevo en la silla.

—¿Quién era? —pregunta el duque.

—No lo sé.

—¿Me estás mintiendo? Odio a los mentirosos.

—¿Por qué demonios iba a traer a alguien más aquí? —Niego con la cabeza para aclararme la visión—. Conozco las reglas...

—Y aun así las has roto. Te dije que trajeras solo a tu equipo. Y ni siquiera los has traído a todos. Como si me temieras. ¡Como si no fuera a cumplir mi palabra! ¡Como si necesitara mentir!

—Nunca llevo a mi equipo a una entrega.

Él mira a Volga, divertido.

—Excepto a tu transportadora de equipaje. Pero no te preocupes; ya que tú te has encargado de desobedecerme, yo me he encargado de ayudarte a seguir las normas.

Gorgo vuelve de hacer la llamada arrastrando a una mujer a su espalda. Es Cira. La han torturado. Su rostro es una única e inmensa contusión.

Volga se precipita hacia ella. Un obsidiano la golpea en la nuca con la empuñadura de una de sus hachas. Volga, aturdida, intenta levantarse, pero el obsidiano y otro de los matones le patean las piernas y se ponen de pie sobre su espalda de manera que quede atrapada boca abajo en el suelo.

—Volga, para —le digo sin moverme.

El duque me mira con expresión neutral.

—¿Es así como trata el Sindicato a sus contratistas? —pregunto.

—No. No soy un esclavista. Ofrezco respeto hasta que hay una deuda pendiente. —El duque sonrío—. A fin de cuentas, ¿qué es un hombre sin principios?

Cira me mira con impotencia desde la maraña hinchada de su cara. Nunca me ha caído bien, y no es que Dano me cayera mucho mejor, pero me repugna lo que le han hecho estos psicópatas.

—Suéltala, no te ha hecho nada.

—Al contrario, ha traicionado a un amigo mío.

—¿A quién?

Le brillan los ojos.

—A ti, querido.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Tus amigos son facilones —dice Gorgo—. Tuve que abordar al hombre rojo, pero esta... esta vino a mí por voluntad propia. Se ofreció a espiarte a cambio de dinero. Después de cada cisco. De cada bebida. Venía corriendo a hurtadillas y me lo largaba todo al oído como una mascota codiciosa que quiere una galletita y una palmadita en la cabeza. Quiere formar parte del Sindicato.

Cira no puede mirarme a los ojos, y me revuelve el estómago saber que es

verdad.

—Eras nuestra amiga —le reprocha Volga.

No, no lo era.

—¿Debo deducir que la chica roja que te has traído del barco era tu infiltrada? —pregunta el duque—. Liria de Lagalos. ¿A la que engañaste para que llevara el dron de Kobachi?

No quería que el Sindicato supiera nada de Liria. Cira se lo ha contado todo.

—Sí.

—¿Y luego le salvaste la vida? De repente tu profesionalidad queda bastante en duda, Efraín. —Ahora no hay ninguna sonrisa dibujada en su rostro—. ¿Por qué la has salvado?

—Me preguntaste si era un ladrón de orden o de caos —contesto despacio—. Ya lo pillo. Este es tu mundo. Tus reglas. Ella ha realizado un servicio: había una deuda pendiente. Merece que se le pague.

—Esa... es una buena respuesta —dice el duque—. Pero no es una ladrona. Y no es tu amiga. Es una esclava en todos los aspectos menos en el nombre, y regresará corriendo con sus amos. Así que me temo que debe morir.

El duque espera que muestre oposición, pero sé que es inútil. Lo único que puedo proteger ahora es mi vida y la de Volga.

—Sugiero que lo matemos a él también —dice Gorgo.

—Vaya. ¿Ahora eres el duque de Manos, Gorgo? —pregunta el duque—. ¿No? Entonces cierra la boca. —Gorgo le sonrío con frialdad, pero no dice nada—. Has complicado las cosas, Efraín. Pero el Sindicato cumple con sus contratos. No nos debes nada. Eres libre de irte.

—¿Y qué pasa con ella? —pregunto mirando a Cira.

—Ha demostrado tener una naturaleza engañosa. No se puede confiar en ella. Si habló tan rápido con nosotros, ¿con quién más podría hablar? Pero...

te ha agraviado a ti, no a mí; por lo tanto, su destino está en tus manos. Ácido, hacha, fuego, puño. Elige el billete de ida.

—Efraín... lo siento —dice con patetismo a través de los labios hinchados. No puedo odiarla. Estoy demasiado cansado para odiarla—. Por favor...

—¿Volga? —pregunto. Ella niega con la cabeza—. Entonces, déjala ir —le digo al duque.

—Gracias —gimotea Cira—. Gracias. Volga, yo...

—No te dirijas a Volga —le espeto.

El duque enarca una ceja.

—Muy bien. Gorgo, ya lo has oído. Suéltala.

Gorgo agarra a Cira por el pelo y la arrastra hasta el borde del rascacielos. Ella patalea y grita cuando se da cuenta de lo que está a punto de hacer.

—¡Efraín! ¡Efraín!

No hago nada.

Gorgo la arroja por el borde del rascacielos como si fuera un saco de basura. Ni siquiera oímos el impacto. La imagino tirada en un amasijo desordenado de carne cincuenta pisos más abajo. Como Trigg en aquella ladera de la montaña.

Miro al duque, con los oídos invadidos por el grito de la memoria.

—Dejad que la chica obsidiana se levante —dice el duque. Cuando los matones la liberan, Volga se pone de pie, más enfadada que asustada—. Es la única que se ha mostrado leal hasta el final. Aprecio la lealtad, así que su vida es mi regalo de despedida para ti. Una amiga verdadera, demostrado. Tienes suerte Es más de lo que consigue la mayoría de los ladrones.

Me vuelvo hacia el duque y me trago la bilis.

—Entonces te agradezco el apoyo, duque. Confío en que nuestro negocio haya concluido.

—Por hoy.

Me vuelvo y ayudo a Volga a alejarse cojeando.

—Efraín —llama el duque. Me detengo, temiendo otro giro inesperado—. Me estaba preguntando, ¿adónde irás ahora?

—A dormir.

—¿Solo? Una pena. Pero ¿y después...?

—No lo sé. No había pensado tan allá.

—Ahora tienes dinero, todo para ti. Dinero suficiente para retirarte. Para hacer lo que quieras. Pero te conozco, y no eres de los que se dedican a coger polvo. Necesitas esta vida. La necesitas para sentirte vivo. Para sentir cualquier cosa. Siempre queremos más, la gente como tú y como yo. La reina puede darte lo que anhelas. Yo puedo darte lo que anhelas.

Miro a Gorgo de soslayo y luego le pregunto al duque:

—¿Me estás ofreciendo un trabajo?

El duque sonríe.

—Entre otras cosas. —Le da una tarjeta a Gorgo, que me la acerca. Hay un número de terminal de datos impreso en blanco sobre negro—. Cuando te aburras. Siempre estoy buscando una mano amiga.

Gorgo se aferra a la tarjeta con sus largas uñas cuanto trato de quitársela y el papel se rasga por la mitad. Me tira su parte a la cara. Recojo los pedazos y me los guardo en el bolsillo y después Volga y yo nos marchamos haciendo todo lo que podemos por no echar a correr tan rápido como nos sea posible. En un recodo de mi mente, le deseo al conejo un final más rápido que el de Cira. Traidora o no, la verde era una de los míos. Y ahora hay una deuda más que pendiente, maldita sea.

43

LIRIA

Presa callejera

Golpeo el pavimento mojado con los zapatos. El sonido de los achicharradores me retumba en los oídos. Las armas masticaban el suelo que me rodeaba los pies mientras los obsidianos me perseguían en la torre industrial. Más aterrador que la maldita Mano Roja. Eran tres e iban de negro. Su pelo blanco era como un hueso blanqueado. Se movían más rápido que los perros del Campamento 121, se impulsaban desde las paredes y las vigas de soporte como si no hubiera gravedad. Pensé que estaba muerta, arrinconada en una planta con solo el aire libre a mi espalda.

Vi un conducto de ventilación abierto. Ni siquiera me molesté en mirar si tenía fondo antes de tirarme por él. La chapa metálica se iba evaporando a mi paso por sus disparos. Caí diez niveles antes de poder estirar las piernas y las manos para frenar la caída. La fricción me ha hecho trizas la piel de las palmas y me ha dislocado el hombro. Pero logré deslizarme hacia abajo el resto del camino, tal como me enseñó a hacer mi hermano Aengus en los respiraderos de Lagalos.

Por primera vez en mi vida, me alegro de ser pequeña.

Cuando llegué al final del conducto de ventilación, lo rompí a patadas, encontré una escalera de bajada y salí cojeando a las calles de la zona de reconstrucción. Los obsidianos todavía me persiguen.

No puedo correr más rápido que ellos, así que me meto de un salto en un contenedor que hay detrás de un complejo de apartamentos y me tapo con basura podrida. Debe de haber ratas del tamaño de un niño pequeño y

cucarachas del tamaño de una rata corriendo a mi alrededor, mordiéndome la espalda, los brazos. Pero permanezco inmóvil y escucho a los obsidianos que se aúllan unos a otros en su lengua extraña. Están peinando las calles. Una punzada de dolor lacerante me baja por el antebrazo izquierdo. Debo de haberme roto el hueso en la caída. Alguien se acerca. Contengo la respiración.

La capa superior de la piel de las manos me rezuma sangre. Esbozo una mueca de dolor cuando empuño la pistola brillante que me he llevado del coche de Philippe. Estaba demasiado aterrorizada para darme la vuelta y usarla contra los obsidianos. Nunca había sostenido un arma hasta ahora. ¿Sería capaz de disparar a un hombre? ¿Quiénes eran, de todos modos? ¿A quién les ha entregado Philippe a los niños? El rosa era el jefe, pero no he oído su nombre. Ojalá hubiera oído el de Philippe, su nombre de verdad.

Odio a ese cabrón.

Su cuervo ha disparado a Kavax. Han matado a Kavax.

¿Van a matar a Pax y a la chica? «Que no se mueran. Que no sea por mi culpa. Por favor».

Cambio de posición entre la basura. Las moscas se me posan en la cara. El olor me recuerda al vertedero del 121. Siento a Liam apretado contra mi pecho, su corazoncito desbocado. Es demasiado. Salgo a toda prisa del cubo de basura, dominada por el pánico mientras trato de alejar las moscas de mi cuerpo. Siento puñaladas de dolor en el hombro. Me arrodillo en la calle, entre las colillas de los ciscos, y noto que la opresión de mi pecho se desvanece cuando la lluvia empieza a empaparme la chaqueta del esmoquin.

«Piensa, Liria. Piensa».

Tengo que correr. Pero ¿adónde voy?

La soberana pensará que formo parte de esto, y me matarán o me

encerrarán en una celda durante el resto de mi vida. No puedo volver a la Ciudadela. Pero Liam...

Solo las sombras pueblan las calles. Una lluvia fría no ha parado de caer desde que salimos de la torre de Quicksilver. Me castañetean los dientes. Pienso en el amable rostro de Kavax, en cuando dijo que Sófocles me había elegido. Que yo era un indicio de magia. Maldita mentira.

Soy veneno. He sentido rencor hacia ellos durante todos y cada uno de los segundos que he pasado en la Ciudadela. Detestaba a la soberana. Por eso se han llevado a los niños. Porque yo estaba corrupta. He sido lo bastante estúpida para confiar en un gris.

Me guardo la pistola de Philippe dentro de la chaqueta, elijo una dirección y comienzo a moverme, siempre entre las sombras. Corro todo lo que puedo, pero me duele tanto el hombro que tengo que descansar cada tres manzanas, más o menos. Me llevo la mano a la chaqueta para agarrar la pistola y esconderme en un portal cuando varias motos voladoras pasan rugiendo por la calle. Desde el asiento trasero, varios hombres con cascos negrísimos y brillantes escudriñan las sombras. Me tiro al suelo, comienzo a temblar como si fuera adicta y me rasco bajo la nariz como si acabara de meterme polvo negro. Una de las motos se detiene a diez metros de distancia, pero luego se aleja calle abajo, pues me toman por una yonqui.

No puedo seguir rondando por aquí. Me sacarán de mi escondrijo como hicieron en el vertedero del 121. Tengo que subir. Con cuidado, abandono las sombras y sigo adelante, buscando un ascensor. Pero aquí todos los bloques de viviendas son edificios atrofiados bajo la celosía de cimientos que soportan los rascacielos. Los que están conectados con los rascacielos están fortificados y protegidos con puertas enormes. Llamo a varias, pero no me dejan entrar. Así que sigo las antiguas vías elevadas del tranvía en busca de una estación. Puede que haya un ascensor cerca de ella. Más arriba, escucho

un sonido nostálgico entre la lluvia: una cítara. Rojos. Tal vez ellos me ayuden.

Debajo del tranvía hay una estación abandonada y en ruinas, cubierta de grafitis. Un poblado de tiendas de campaña ocupadas por vagabundos ha brotado a su alrededor. Los dispositivos electrónicos brillan dentro de las tiendas y los hombres se reúnen en torno a un barril ardiente para calentarse.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? —pregunta un hombre al verme—. ¿Te has perdido, chavalita?

A juzgar por su acento, es de Marte, y me doy cuenta enseguida de que he cometido un error.

—Saludos, hermano. ¿Hay un ascensor por aquí? —pregunto—. También me conformaría con unas escaleras.

—¿Y para qué necesita una cosita como tú subir ahí arriba? —pregunta otro rojo, también de Marte—. Estarías mejor si te bajaras aquí.

Me alejo de él.

—Buena seda, esa que lleva —dice otro.

—Seda de lujo. Seda gamma.

—¡Eso es! ¿Tenemos una gamma entre manos, muchacha? Con los dientes bien limpios. El pelo bien peinado.

—¿Cómo te llamas, muchacha? ¿De dónde eres?

—No es de tu maldita incumbencia —le contesto—. Pero si me indicas el camino, a lo mejor sacas algo de pasta.

—Puede que me quede con la pasta de todas formas.

—¿Por qué te sujetas el brazo? —pregunta uno de ellos—. ¿Te has caído del cielo? ¿Un accidente aéreo? —Tiene los dientes negros y se le están cayendo por el polvo de demonio. Tiene la punta de la nariz negra y el cartílago erosionado entre las dos fosas nasales—. Ven aquí, vamos a echarle un vistazo.

Dos de los hombres de la periferia del grupo han comenzado a avanzar hacia mí desde los lados. Retrocedo y me llevo una mano temblorosa al interior de la chaqueta.

—Os conviene andar con cuidado —adviento en voz baja—. Mi gente me estará buscando.

—Nosotros somos tu gente, muchacha. —Los recuerdos de los Mano Roja a la luz de la luna impregnan el momento—. Ven y caliéntate junto al fuego. Tenemos un poco de bazofia y un poco de polvo si quieres ver ángeles, hermana. Nosotros te los enseñaremos. Todas las vistas del Valle.

—Calentaos vosotros —gruño—. Tocadme y os vuelo las malditas pelotas.

—Vaya, vaya, una bocazas —dice el de los dientes negros. Va acercándose lentamente hacia mí—. La boca de una muchacha no es para eso, ¿no lo sabes? —Saco la pistola de la chaqueta y la apunto hacia sus pelotas. Los hombres retroceden, pero el de los dientes negros solo se ríe del cañón tembloroso—. ¡Bonito achicharrador, ese! De líneas clásicas. ¿Dónde le has echado la mano a una pieza así? ¿Te lo dado tu amo?

Mientras espera una respuesta, levanta la mirada. Y eso me salva la vida.

Me doy la vuelta y veo a un hombre que se abalanza contra mí desde atrás. Retrocedo y aprieto el gatillo. La pistola es silenciosa y no tiene retroceso. Le explota la pierna cuando la bala de metal le desgarrá los músculos. La piel del muslo se le desprende como la carne de un melocotón demasiado maduro. La pierna amputada sale despedida por la acera y desprende vapor y sangre. El hombre grita, con la mirada clavada en el muñón, y cae. Me vuelvo hacia el resto de ellos con la pistola. Se encogen como niños. Doy un paso hacia ellos, con el corazón disparado y con ganas de matar hasta al último de estos mierdas. El hombre del suelo gime de dolor, agarrándose el muñón destrozado, y se me revuelve el estómago.

Me doy la vuelta y echo a correr en dirección contraria hasta que se me

entumecen las piernas.

Temblando, me desplomo entre dos complejos de viviendas que se desmoronan. Los perros ladran y los bebés gritan por las ventanas abiertas. Me viene una náusea y vomito encima de toda la basura. Cuando se me ha vaciado el estómago, me caigo de culo y tiemblo. Ese hombre va a morir. Iba a matar a los demás. Tiro el arma lo más lejos que puedo, asqueada.

Desde la calle me llegan un rugido estruendoso y el impacto de un choque.

Me arrastro para asomarme hacia fuera del callejón y veo una calle manchada por el letrero verde de un complejo de apartamentos. Una moto voladora está parada en el centro de la calle. Un hombre enorme se baja de la parte de atrás y se quita el casco. El cabello blanco le cae por la espalda. No puede tener más de veinte años, aunque eso es difícil de decir en el caso de los obsidianos. El hombre avanza dando zancadas hacia una persona a la que acaba de atravesarle la pierna con un arpón que ha salido disparado desde una bobina de la parte delantera de su moto. Hay caras que observan desde las ventanas del complejo. El obsidiano levanta a la persona con una mano y saca un martillo puntiagudo de una funda que lleva a la espalda. Aparto la mirada y estoy a punto de vomitar de nuevo cuando oigo el ruido húmedo del cráneo que se hunde. Los rostros desaparecen de las ventanas y la moto se aleja entre rugidos y arrastrando tras ella el cuerpo pelirrojo sujeto al cable del arpón.

Recojo la pistola.

Si me quedo en la calle, me encontrarán. Miro hacia arriba y veo los rieles del viejo tranvía. Si consigo trepar hasta ellos, podré moverme sin estar en la calle. Aunque alguien podría verme. Tengo que arriesgarme.

Cuando termino de escalar la columna de hormigón agrietado que sujeta las vías del tranvía, me sangran los dedos. Hay un surco entre los rieles oxidados por el que puedo arrastrarme sin ser vista desde el suelo. Es lo único

que me salva la vida. Mientras avanzo por las vías, más motos peinan las calles. Es como si todas las entrañas de la Ciudad Perdida se hubieran despertado para tratar de encontrarme. ¿Quiénes son esas personas?

A lo largo de la siguiente hora, paso por varios graviascensores públicos, pero todos están custodiados por hombres con abrigos negros y flores de color de cromo. Por fin, exhausta y temblorosa, encuentro una escalera abandonada junto a un graviascensor abandonado. No está vigilada.

Varios perros salvajes me gruñen, sus ojos brillan desde debajo de las escaleras cubiertas mientras subo hacia las luces de Hiperión, noventa niveles más arriba. A medida que voy ascendiendo nivel por nivel hacia zonas más luminosas y más respetables de la ciudad, veo más transportes aéreos que avanzan por el aire de las avenidas. Los coches y los tranvías de superficie traquetean sobre los puentes que se entrecruzan.

Agacho la cabeza cuando noto miradas que se posan en mí y me aferro a la pistola que llevo dentro de la chaqueta con tal fuerza que se me ponen los nudillos blancos. Ahora que la tengo, no quiero volver a estar sin ella.

Dejo de levantar la mirada hacia la capa de niebla y contaminación. No me parece que esté más cerca cada vez que lo hago. Esta ciudad no está pensada para cruzarse a pie, pero no hay nadie a quien pedir ayuda, y aun en el caso de que encontrara algún Vigilante por aquí, me daría demasiado miedo acercarme a ellos, después de lo ocurrido la última vez. ¿Quién iba a creerse mi historia? ¿Y quién dice que el hombre para el que trabaja Philippe no los tiene comprados? Recordar la sonrisa de ese rosa me provoca tantos escalofríos como la lluvia.

Delicado, hermoso, pero podrido por dentro. Igual que el resto de esta ciudad desolada.

Haría cualquier cosa por estar en casa. No en la Ciudadela. Ni en el

campamento. Sino en la mina. Con mi familia a mi alrededor antes de que el mundo comenzara a masticarnos uno por uno.

«Ava, ¿por qué salimos de allí?».

Hablo con ella como si tuviera las respuestas. Pero solo me genera más dudas. En la Ciudadela hay otro par de madres desesperadas por encontrar a sus hijos. A unos niños que he perdido yo.

Me arden las piernas. Cada paso es más difícil que el anterior. Me parece que ha transcurrido una eternidad desde que pensaba que esta gravedad era fácil, desde que Philippe y yo recorrimos todo el Paseo Marítimo. ¿Era todo mentira? ¿Incluso el dolor que vi en él?

Llego al siguiente nivel. Y luego al siguiente. Es la ira lo que logra que siga moviendo el culo. Rabia contra Philippe por utilizarme, contra los hombres que pensaban que yo era su presa, contra mí por confiar en alguien en esta maldita luna.

Ya casi estoy. El hueco de la escalera comienza a estar más limpio. Los grafitis están tapados con pintura gris. Hay más luces. Más coches. Más ruidos de una ciudad saludable: sirenas y anuncios. Los perros callejeros ahora están solos y me miran meneando la cola cuando paso. Estoy justo debajo de la capa de contaminación. Veo la mancha de neón de los holoanuncios a través de las nubes grises y un puesto de control que vigila la entrada a los niveles del Paseo Marítimo, por encima de la niebla. Si sigo subiendo, tendré que pasarlo. Podría quedarme un nivel más abajo: hay tiendas, luces, gente que camina por las calles.

Miro hacia la ciudad, bajo la lluvia. Mi aliento se condensa delante de mí.

Podría desaparecer.

Podría encontrar una forma de escapar.

Pero si lo hago, ¿entonces qué soy? Soy como Philippe: solo un cáncer más. Nunca vería a Liam de nuevo. Mientras la lluvia se filtra a través de mi

esmoquin saturado, sigo volviendo a la cara de mi hermana en el momento en que nos separamos en el 121, al miedo de su mirada, a la confianza cuando me suplicó que protegiera a su hijo. Todo lo que queda de mí se hace añicos al saber que le he hecho eso mismo a otra persona. He ayudado a un hombre a arrebatárselos a sus hijos. He visto al hombre que me sacó del infierno morir en el suelo. Me apoyo contra la barrera de hormigón para recuperar el aliento.

Los sonidos de la ciudad trinan a mi alrededor. Pero me siento muy lejos de ellos. Oigo la risa de mis sobrinos, recuerdo la sonrisa en el rostro de mi padre cuando me sorprendía con sus botas puestas. Sufro por mi madre, que merecía mucho más que marchitarse y morir desde dentro. Echo de menos a mis hermanos que se fueron a la guerra, y veo una vez más a mi hermana sentada en aquella antena oxidada mirando hacia el exterior del campamento y soñando con estrellas que nunca alcanzaría. Y siento rabia, una rabia incontenible y furiosa, que se me acumula en el pecho contra la gente que destruye familias, que persigue a sus congéneres humanos.

La soberana no protegió a mi familia, pero yo no soy ella.

Obligo a mis piernas a subir las últimas escaleras hasta el primer nivel del Paseo Marítimo y a caminar hacia el punto de control vallado. Me trago el miedo a los grises que hay detrás del durocristal. Me pongo las manos sobre la cabeza lo mejor que puedo con el hombro lesionado. Una sirena de aviso de arma comienza a sonar mientras la luz azul de un escáner parpadea sobre mi cuerpo.

«Arma detectada. Arma detectada Arma detectada».

Dos Vigilantes apostados encima del puesto de guardia me apuntan con sus rifles.

—¡Alto, ciudadana! —dice una voz por un altavoz—. ¡De rodillas o dispararemos!

44

LIRIA

Guardias del león

Estoy sentada en una habitación gris y sin ventanas con una taza de café intacta en la mesa que tengo delante. La lente negra y brillante de una cámara me observa desde la pared. Los Vigilantes del puesto de control que me confiscaron la pistola de Philippe se mostraron incrédulos cuando escucharon mi historia. Con razón, claro. Dicen que no ha salido en las noticias. No han recibido ninguna notificación desde la central. Lo único que tienen son las palabras caóticas que brotan de mis labios en un parloteo atropellado.

No he visto a nadie desde que se marcharon.

Estoy medio dormida cuando la puerta se abre de golpe y un soldado colma el marco. Es una gris robusta con los ojos cansados y angostos, vestida con una armadura de combate negra que lleva grabado un pegaso volando sobre el número romano VII. Una piel de animal empapada le cuelga del hombro izquierdo. La miro con miedo cuando recuerdo que me choqué con su pecho en el pasillo de la finca de los Telemachus. Huele a aceite y perro mojado. Dos soldados con rugientes leones dorados en el peto de la armadura entran tras ella, uno es obsidiano y el otro dorado, pero la que está claramente al mando es ella.

—Liria de Lagalos.

Las palabras son una orden, no una pregunta.

Asiento, asustada ante el aspecto severo del grupo. Sus caras parecen talladas en hormigón urbano agrietado. La fornida gris es miembro de los

Aulladores, la escolta personal del mismísimo Segador. Y los otros hombres han jurado dedicar sus vidas a la soberana. Para ellos, soy una terrorista.

—Tengo entendido que te has inventado un buen cuento.

—¿Quién eres? —consigo decir.

—Me llamo Holiday ti Nakamura, enviada especial de la soberano. Amordazadla.

Los hombres rodean la mesa. Me hago atrás instintivamente. Me agarran. Uno me estampa un puño en un lado del cuello. Las piernas se me convierten en mantequilla. Una mancha negra palpita en mi campo de visión. Me ponen algo de metal sobre la cara. Los dedos del dispositivo se arrastran en torno a mi cabeza y se tensan al mismo tiempo que un apéndice de goma se me introduce entre los labios y se expande hasta que la lengua queda atrapada contra el suelo de la boca. Hiperventilo.

—Por la nariz —dice la mujer gris. Chasquea los dedos delante de mi cara —. Respira por la nariz, niña, o te desmayarás. Respira.

La escucho e inspiro oxígeno por la nariz.

—Ponedle el caparazón.

Uno de los hombres me mete un chaleco de plástico por la cabeza. Sigo viendo borroso cuando emerjo por la parte superior. Me coloca los brazos delante del pecho y gimo de dolor cuando me aprieta el hombro dislocado. Entonces el chaleco se infla, me envuelve el cuerpo y me pega los brazos al pecho. Una vez hinchado, una especie de armadura se endurece en la parte exterior y el polímero se oscurece.

—Para protegerte —dice Holiday.

Me saca por la puerta tirando con brusquedad de la mordaza. Una docena de Guardias del León armados hasta los dientes y con el globo del planeta rojo en el hombro izquierdo, todos marcianos, esperan bajo la lluvia delante de un buque de guerra a rebosar de armas y con las luces encendidas. Tienen

los rifles en alto, sus cascos mecanizados escrutan los edificios de los alrededores. Varias figuras oscuras vuelan en círculos sobre sus cabezas. Los Vigilantes del puesto de control local contemplan a los Guardias del León con un temor reverencial y miran por las ventanas hacia las sombras del cielo. Los Vigilantes están bajo la custodia de más Guardias del León, y les han confiscado las armas. Un Vigilante rojo con una pirámide del Vox cosida al uniforme está esposado y se lame un labio partido. Un terminal de datos hecho pedazos yace en el suelo a su lado. Holiday se dirige a los Vigilantes.

—La información que habéis escuchado esta noche es confidencial. Divulgar una sola palabra al respecto os granjeará cargos de traición contra la República. Una segunda lanzadera viene de camino a recogeros para interrogaros. —Mira al Vox rojo ensangrentado—. Si quieres hacer algo más que clasificar basura en la Fondoprisión, te sugiero que obedezcas. —Se vuelve hacia mí—. Cuando te diga que corras, cierras los ojos y corres. ¿Entendido?

Asiento con la cabeza.

—Paquete listo para embarcar —dice Holiday por un micrófono—. ¿Fuego Negro? ¿Ocelote? —Se oye un murmullo por el intercomunicador que lleva enganchado en la oreja. Me mira, se descuelga el rifle del hombro y prepara la carga—. Tres. Dos. Uno. Corre.

Tres focos estroboscópicos chisporrotean luces blancas desde la parte superior de la nave y deslumbran antes de que me dé tiempo a cerrar los ojos. Tiran de mí mientras corro. Siento la lluvia, el cemento, luego la cubierta de metal de un barco debajo de los zapatos. Recupero la visión, manchada de verde por las luces de la lanzadera mientras los soldados se dirigen hacia la parte trasera conmigo. La lanzadera despegue con la rampa trasera todavía abierta. Cuando estamos a cien metros del suelo, más marcianos se elevan

con sus gravibotas y aterrizan dentro de la nave. Solo entonces se cierra la rampa.

Los motores del buque de guerra rugen. Me empujan hacia un asiento. Los hombres no bajan las armas. Tanto el dorado como el obsidiano mantienen una mano pegada al filo que llevan en el antebrazo. Por las ventanas de la cabina veo que las figuras oscuras siguen escoltándonos. Atisbo unos yelmos negros y con la misma forma de las pesadillas de las profundidades de la mina y unas armaduras negras y gruesas que vuelan bajo la lluvia.

—¿Todavía sin compañía? —pregunta Holiday al piloto azul con casco.

—El cielo está despejado, señora. El tráfico civil desviado. Alcanzaremos la altitud gubernamental dentro de diez segundos.

Se me taponan los oídos. Entonces todo es silencio salvo los motores. Todo el mundo está al límite. ¿Están preocupados por si se produce otro ataque de los secuestradores? ¿Hasta dónde podría extenderse su alcance?

—¿Distancia a la Ciudadela?

—Cincuenta kilómetros.

Algo pita en la cabina.

—Vehículos entrantes. Destripadores atmosféricos —dice el piloto—. Baján desde un gancho estelar. Marcas de Barca.

—¿Cuántos?

—Catorce destripadores. Dos cañoneras. ¿Llamo a apoyo Sky Lord?

—Esa maldita mujer —murmura Holiday—. No. Alerta a la Ciudadela, pero dile a SkyLord que espere. Me han ordenado que esto pase desapercibido; una pelea de perros sobre la ciudad no es precisamente discreta.

El azul cumple sus órdenes mientras el copiloto habla por sus auriculares.

—Atención, nave Barca, aquí el HAF Orgullo Siete, estáis violando el espacio del Gobierno de la República y de una orden de la soberana. Desviad

el rumbo inmediatamente hacia altitudes civiles. Tenéis diez segundos para obedecer.

No se desvían. Ahora los veo a través de la cabina. Son unos puntitos negros como moscas pequeñas en la distancia y forman una línea para evitar que lleguemos a la Ciudadela.

—Transmisión entrante.

—*Nakamura.* —Una voz profunda de mujer gruñe por el intercomunicador—. *Debería haber sabido que te enviaría a ti. Detened los motores y entregadme a la terrorista roja.*

Un azul le pasa a Holiday un intercomunicador remoto.

—Victra, el testigo está bajo arresto. No interfieras en la jurisdicción de la República. La soberana me ha autorizado para entregarla empleando todos los medios a mi disposición. Este problema no te conviene.

—*Cariño, yo soy el problema.*

Dos rayos de luz desgarran la oscuridad desde sus barcos y no impactan contra la cabina por apenas unos metros.

—*Se han llevado a mi hija. A mi hija.*

Me estremezco al darme cuenta de quién está al otro lado de la línea.

—¿Quieres que toda la maldita República se entere de esto? —gruñe Holiday—. Obligarán a la soberana a dimitir. Desvía tus barcos. Vamos a interrogar a la testigo para poder recuperar a tu hija. Estás desperdiciando el tiempo.

—¿Interrogarla? —Victra se ríe—. *Más medidas parciales de Virginia. Y mira lo que nos han traído. Ahora me toca a mí.*

—Si vuelves a disparar contra esta nave, te arriesgas a acabar con la única pista que tenemos. Ella recurrió a nosotros. Vamos a la Ciudadela.

—*Sois los idiotas que perdisteis a mi hija. Yo la recuperaré. Con palabras,*

o con hierro. Tú eliges. Dame a la roja, o iré y la arrancaré del vientre de tu nave. Tienes diez segundos para obedecer. Victra fuera.

Holiday está preocupada.

—¿Esa transmisión provenía de los barcos?

—No, señora.

—Piloto, a toda velocidad directamente hacia sus gargantas. —Se da la vuelta para mirar a sus hombres—. Armas preparadas. Disparad solo si nos disparan. Ella no va a bordo de las naves de combate, debe de llevar gravibotas. —Empuña su rifle—. Esperad un abordaje dorado.

Los hombres se ponen en pie de un salto y apuntan con sus armas hacia la rampa cerrada. Algo choca contra la nave. Luego se producen tres colisiones más contra el casco. Nuestro barco ruge por el aire hacia la pared de alas ligeras, cada vez más cerca. Disparos de advertencia a nuestra proa.

—Más rápido —dice Holiday. El techo chispea y destella cuando alguien lo perfora desde el exterior. Los Guardias del León se agrupan alrededor de las chispas, con las armas apuntando hacia arriba—. ¡Más rápido!

Atravesamos la línea de alas ligeras, que viran para seguirnos. Veo el resplandor de la Ciudadela en la distancia. El barco cruje al romper la barrera del sonido. Las chispas me llueven desde el techo. Más naves de Augusto se elevan desde las plataformas de aterrizaje de la Ciudadela para recibirnos. Con ellos ascienden decenas de hombres con armadura, y a la cabeza una figura enorme con una armadura de zorro azul pálido. Níobe au Telemachus ha venido a la guerra.

45

DARROW

Venus

Érase una vez, Venus era la hermana malvada de la Tierra, hinchado por el polvo solar hasta alcanzar una forma y tamaño similares. Pero mientras que la Tierra estaba bendecida con agua, aire dulce y una disposición templada, Venus tenía un espíritu más pendenciero. Su superficie, lo bastante cruel para derretir el plomo, estaba marcada por días y noches interminables, cada uno de la duración de 243 de los de su hermana. Nada podía vivir bajo su mal aliento, nada podía crecer, nada podía moverse sino los vientos del dióxido de carbono y las nubes tórpidas preñadas de lluvia ácida.

Y entonces el hombre salió de la negrura y se bebió el hidrógeno de los gigantes gaseosos e insufló aire fresco en los cielos de Venus. Las lluvias consiguientes cayeron para cubrir el ochenta por ciento de su superficie con océanos. Con ejes impulsores de masas a gran altitud, el hombre arrancó su atmósfera abrasadora y refrescó su superficie. Con asteroides arrojados desde el Cinturón de Asteroides e impulsores de masas en su ecuador, el hombre sacó a Venus de su letargo y la llevó hacia un baile agradable, ahora con días parecidos a los de su hermana. La humanidad la vistió de verde y azul y el planeta esperó, ansioso y fresco, a que los humanos descendieran desde sus ciudades flotantes para unirse a ella en su nuevo baile, que llevaba cuatro mil quinientos millones de años más noventa en preparación.

La Casa de Carthii de la Luna fue la primera en llegar.

Ahora, por primera vez en mis treinta y tres años, me atrevo a ver Venus con mis propios ojos. Sus nubes son delgadas y se aferran a su cuerpo azul

moteado como los faldones de un traje de noche hecho jirones. Diademas de hielo y nieve empolvan sus polos. Islas de color esmeralda se elevan desde sus mares azules templados. Y alrededor de su cuello se ciñe la fuerza de los dorados, un bizantino collar de barcos y astilleros orbitales que con luces de aterrizaje brillantes y una carga de fragatas a medio terminar y destructores hechos de acero de Mercurio. En torno a este collar se deslizan naves de casco oscuro pintadas con la calavera blanca y coronada del Señor de la Ceniza dentro de la pirámide de la Sociedad. Hay muchos menos barcos de los que sugería la inteligencia. La mayoría debe de estar en el lado opuesto del planeta.

—Uf, estamos entrando en la boca de la bestia —dice Alexandar a mi lado en el puente—. «Entonces, ya entonces, los labios de Casandra revelaron la fatalidad que estaba por llegar: los labios, por orden de un dios, jamás serían creídos ni escuchados por los troyanos».

A mi otro lado, Rhonna suspira exasperada.

—¿No podemos pasar ni cinco malditos minutos sin que te goteen comentarios del culo?

Él se ríe.

—Como si tú supieras qué hacer con el silencio.

—Cualquier cosa sería mejor que tus citas de Nilton.

—Milton, para que te culturices. Solo que ese no era el inglés ciego. Era el ático.

Me vuelvo para mirarlos y se callan. Rhonna se sume en un silencio malhumorado y Alexandar en uno suntuoso. Encuentra una marca en el peto de su armadura negra y saca un pañuelo de seda para limpiarla.

—Lancero, ¿qué flota es esa? —le pregunto a Rhonna.

Se sacude la irritación de encima, da un paso adelante y proyecta una

imagen de su terminal de datos en el aire. Aumenta los cascos de los acorazados.

—Parecen la Primera y la Tercera. Ahí están la esfinge de la Casa de Carthii y los perros de Cerana, sus portaestandartes. —Alexandar emite un cortés gemido de decepción. Rhonna escudriña la imagen, frustrada, sin comprender qué se le ha pasado por alto—. Cállate, Alexandar.

—No he dicho nada.

—¿Alexandar? ¿Sabes la respuesta? —pregunto.

—Primera, Tercera y Undécima.

—¿La Undécima? —pregunta Rhonna.

Alexandar continúa con arrogancia.

—Cerana ya no está con la Tercera. Los datos de la inteligencia sugieren que el Señor de la Ceniza ha continuado con su reforma de la gestión de flotas y que está estableciendo fuerzas más pequeñas e independientes con una mayor autonomía local. La Casa de Cerana fue vista operando en la órbita marciana hace tres meses sin apoyo adicional. El Centro Estelar cree que ahora hay al menos doce subdivisiones principales dentro de la Armada de la Sociedad. —Se aparta el pelo largo de los ojos—. Las últimas flotas, por supuesto, son de menor tamaño. El resto es probable que estén ocultas detrás del planeta, según el modus operandi del Señor de la Ceniza.

—¿Cuántos acorazados hay en la Undécima Flota? —pregunto, un tanto irritado con él.

—Las estimaciones dicen que dos destructores, seis naves antorcha y diez fragatas, señor.

—Correcto.

—Gracias, señor.

Rhonna se hunde en un silencio oscuro. Me vuelvo hacia ella y le digo en voz baja:

—¿Qué crees que voy a decir?

—Que debería leer los informes.

—Sí. Pero ¿por qué?

No responde, pero mira por encima de mi hombro a Alexandar.

—Rhonna, la primera regla de la guerra es saber dónde está tu enemigo. ¿Cómo puedes saber dónde está si no sabes cuántos miembros lo forman? Imagina que ves una nave antorcha con los perros de Cerana en el Cinturón de Asteroides. ¿Cómo vas a decidir tu rumbo si no sabes con cuántas naves viaja ni cuántas variables entran en juego para las emboscadas y los contraataques? —Me acerco y señalo a Alexandar con la cabeza—. Y más importante aún, no dejes que te atormente.

—Sí, señor.

—Y tú... —Me vuelvo hacia Alexandar. Se queda de piedra cuando proyecto un holo de mi terminal de datos que muestra el puente de la nave. Lo rebobino y repito las sonrisas engreídas que le estaba dedicando a Rhonna mientras yo le daba la espalda. Lo obligo a verlo tres veces, hasta que sus mejillas pálidas se vuelven rojas—. No seas tan imbécil. Por eso precisamente empezó la guerra.

—Sí, señor.

Desde su puesto de piloto situado más arriba, Colloway ríe entre dientes, aunque sin sonreír. Nunca le ha caído bien Alexandar, ni muchos dorados, la verdad, pero ver a mi deslumbrante lancero humillado lo deleita especialmente. No sucede a menudo. Excepto cuando abre la boca, Lorn se sentiría orgulloso del chico. Le gustaría que todo el mundo pensara que sus dones le fueron enviados por Júpiter, pero desde que lo conozco no ha dejado pasar ni un solo momento de su vida sin estudiar o practicar artes marciales. Algunas veces Lorn lo dejaba asistir a nuestras clases secretas en Agea. Nos

llevaba el pan de avellanas de su hermana y nos contemplaba con los ojos abiertos como platos y enamorados.

Le hago un gesto a Alexandar para que se acerque más.

—Quiero que te mantengas alejado de Apolonio.

—Con el debido respeto, señor, ese hombre tiene una bomba en la cabeza.

—Está loco. Lo decía en serio cuando mencionó la reyerta familia. No te lanzará un guante porque sabe que lo detendré. Pero podría aprovechar la oportunidad si le das la espalda.

—No lo hará. Sabe que le volarías la cabeza, y creo que le gusta bastante su cabeza.

—Lo más seguro es que crea que está a salvo. Que no sacrificaré la misión para vengar tu muerte.

—Por supuesto que lo harías. —Una lenta expresión de dolor le transforma el rostro—. ¿Verdad?

—Por supuesto que sí —digo mirando a Rhonna a los ojos.

Ella sabe que estoy mintiendo, porque, a diferencia de Alexandar, no sufre el delirio de grandeza compartido bajo el cual todos los dorados viven secretamente sus vidas: que ellos son los elegidos y que su tiempo está cerca. Rhonna esperaría que pusiera la misión por encima de ella. Con esa única mirada entre ambos, la veo bajo una nueva luz.

—Perdón por interrumpir la lección escolar, pero la seguridad planetaria nos está enviando señales —dice Bígaro desde el foso de comunicaciones hundido.

Su silla acolchada y blanca está inclinada hacia atrás. La luz ambiental de los controles holográficos que flotan ante él le baña los brazos flacos en un verde radiactivo. Ya ha hecho este baile antes, puesto que ya hemos pasado por tres niveles de seguridad con los códigos que nos ha entregado el comprador de Tharsus, el primero al llegar a la estación de Bastión, y luego

dos más con patrullas de dorados y drones con sensores a medida que nos adentrábamos cada vez más en las fauces de la órbita enemiga. Además de nuestro contacto con la Sociedad, hemos mantenido los intercomunicadores desconectados.

—Último código —digo—. Prepara los motores para la combustión máxima si no funciona.

Estamos entrando en la boca de la bestia, en efecto.

Después de superar la seguridad planetaria, aterrizamos junto a cinco fragatas de asalto más antiguas en una tranquila pista de aterrizaje situada en el bajío de la isla de Tharsus, en los mares ecuatoriales de Venus. Varios centinelas equipados con casco nos observan desde sus obeliscos de vigilancia mientras la nave se posa sobre el cemento y luego se vuelven con desinterés hacia el agua nocturna.

—¿Eso es todo? —murmura Sevro—. ¿Cinco fragatas? Pensé que habría al menos una docena.

—Seguro que hay más fuera de la isla —digo.

—¿Y si no hay?

Los Aulladores se reúnen en la bodega, cerca de la rampa de desembarque, donde terminan de ponerse la armadura. Guijarro y Milia escoltan a Apolonio desde su celda. No parece un prisionero, vestido todo de negro y con una capa de color púrpura que encontramos en los armarios de Quicksilver. Sevro se me ha adelantado y ahora está sentado en una de las gravimotos aparcadas compartiendo una manzana con Deslenguado, que toma mordiscos pequeños y delicados. Sevro fulmina a Apolonio con la mirada mientras un Aullador le aprieta los tornillos de la espalda de la armadura.

—¿Te acuerdas de lo que sucede si vas de listo, Apol? —Estruja la fruta

hasta que explota entre sus dedos. Se limpia la pulpa y el zumo en la chaqueta negra de Apolonio—. Una pequeña promesa de mi parte para ti.

Deslenguado frunce el ceño por la fruta aplastada.

—¿Cómo está tu esposa, Barca? —pregunta Apolonio después de un breve silencio—. Una mujer magnífica. Tharsus y yo compartimos a su hermana varias veces, por supuesto. Un apetito venenoso, el de Antonia. Pero no puedo decir que haya tenido el exquisito placer de la mayor de las Julii. Por lo que me contó Tacto, era como un eclipse de sol.

Los Aulladores que se interponían en su camino se apartan, pero Sevro no se mueve.

—No pretendía ofenderte, solo hacer un mero cumplido sobre una cópula magnífica, si bien incongruente.

—Tengo una colección a la que contribuirás muy pronto —responde Sevro, que le da unas palmaditas al cuchillo de su bota.

Recelo del dorado. Hasta el momento nos ha traído a la superficie y ha cumplido con su parte del trato, pero ¿cuánto tiempo durará eso una vez que se reúna con su hermano? Son una pareja extraña y sádica. Ni siquiera Tacto, el más fiel de los hermanos, merecía más confianza que la justa.

Le hago un gesto a Deslenguado para que se acerque. Ha ganado casi quince kilos desde que lo encontramos en aquella celda. Payaso y Guijarro han empezado a entrenarlo para pilotar caparazones estelares en el simulador de a bordo. No se le da bien, pero, desde luego, no se le da fatal. Dudé cuando Sevro sugirió que lo trajéramos a la misión, pero necesitamos otro cuerpo alto, y se orientaba aún mejor en la armería que en la cocina. En cierto modo, eso es más desconcertante, pero hice que Bígaro le instalara una medida de seguridad en el traje a modo de póliza de seguro.

—Dentro de la zona oscura no podremos establecer contacto con el

dispositivo del cráneo de Apolonio —le digo a Deslenguado—. Quiero que lo vigiles. Si se sale de lo pactado, lo destrozas.

Le he dado las mismas instrucciones a Thraxa sobre Deslenguado y Apolonio. El obsidiano se saca uno de los cuchillos de Sevro del cinturón. Sí que debe de estar causando una gran impresión. Con naturalidad, como si estuviera codificado en su ADN como un rasgo pasivo, hace girar la hoja entre los dedos. Sonríe y asiente.

—Buen hombre —le digo en voz baja.

—Un modelo conceptual fascinante —dice Apolonio mirando a mis Aulladores cuando me uno a él—. Tantos géneros dispares trabajando de forma autónoma. Me pregunto, si no fuera por el monstruo dorado, ¿cuánto tiempo tardaríais en comeros los unos a los otros?

—Bueno, espero que sigas vivo cuando llegue el momento de averiguarlo —le digo. Me vuelvo hacia los Aulladores y veo a Sevro observando mi conversación con Apolonio—. Muy bien, damas y caballeros, yelmos puestos.

Las expresiones amistosas de mis Aulladores más altos desaparecen detrás de las máscaras frías de las armaduras de pulsos, reemplazadas por caras de demonios. Mis hombres no lucen ninguna de sus colecciones de trofeos ni las pieles de lobo. Y la armadura, que suele estar agresivamente pintada según las preferencias del propietario, es del negro mate de los escuadrones de comando de la Sociedad y lleva un Minotauro de hierro en el pecho.

—Tenéis pinta de fascistas dispuesto a arrasarse una aldea y liquidar a la población local con rayos de partículas.

—Listos para el genocidio, señor —dice Payaso, que adopta la posición de firmes.

—Recordad, corred en silencio. No os separéis. Somos dorados que

regresan con el heredero. —Me vuelvo hacia Apolonio, que es el único que no lleva armadura, y sonrío—. Vamos a conocer a la familia.

La rampa desciende y revela el tubo de un cañón de partículas antiaéreo con un gris en la silla de disparo. Otros veinte grises y un puñado de obsidianos con armadura esperan al final de la rampa con las armas echadas tranquilamente al hombro, pues esperan ver una variopinta tripulación de piratas y no un garaje lleno de dorados armados hasta los dientes.

—¡De rodillas o disparamos! —grita su líder.

Apolonio avanza hacia los reflectores con las manos extendidas.

—Vorkian, ¿así es como recibes a tu amo en su casa? —pregunta.

Una gris de piel oscura con el pelo corto, blanco y brillante y la cara como repujada en el cuero de unas botas viejas sale de entre las filas.

—*Dominus...* —Se deja caer de rodillas, pero no puede bajar la mirada—. ¿Eres tú? ¿Eres tú de verdad?

Los hombres que hay a su espalda caen de rodillas antes de que Apolonio llegue siquiera a la mitad de la rampa de aterrizaje.

—Parece que el Vacío todavía no está listo para mí. Porque soy yo, Apolonio au ValiiRath, liberado de las profundidades y de regreso para comandaros, buena Vorkian.

—¿Quiénes son, señor?

—¿Llevas tanto tiempo ociosa como para no reconocer a unos amigos leales, Vorkian? —Me mira y sonrío. Me preparo para detonar la bomba que lleva en el cráneo—. Son mis libertadores.

—Señor, perdóname. No sabía que estabas vivo...

Apolonio levanta una mano para interrumpirla.

—Esfuézate solo por servirme ahora, y tal vez algún día encuentres el perdón. ¿Me servirás, centurión Vorkian?

—Nunca abandoné tu servicio, señor. Pero tu hermano...

—Sí, tengo entendido que ha estado ocupado saqueando la casa de mis padres. ¿Dónde está ese libertino holgazán?

—Nadando, señor. —La cara de Vorkian se oscurece con repugnancia—. Con su séquito.

—Magnífico. Ya se sabe lo que disfruto de una fiesta acuática. —Los dientes de Apolonio brillan—. Sonríe, Vorkian, el final de la ignominia se acerca. Porque tenemos que reclamar la gloria una vez más. Diles a los guardias y sirvientes que deben retirarse para la noche a sus barracones y aposentos. Allí te quedarás y descansarás, porque esto es un asunto familiar.

—Algunos de los hombres no te conocen, *dominus*. Son los sapos del Señor de la Ceniza.

—¿Pueden ser vencidos?

—Sí. Los leales están listos.

Sus hombres asienten con la cabeza.

—Bien. Haz correr la voz. Lleva los hombres del Señor de la Ceniza a los barracones, empápalos con grasa para motores y préndeles fuego. Luego córtales la cabeza y los brazos y dáselos de comer a los cangrejos.

—Un placer, *dominus*.

Vorkian y sus hombres corren hacia la oscuridad mientras nosotros nos dirigimos hacia la casa principal. El follaje verde invade el lugar, las enredaderas de la selva trepan por las paredes, los árboles se inclinan sobre las aceras. Nuestro camino nos lleva al interior del complejo a través de unas puertas de cristal situadas en la base de una pirámide de cristal. dejamos atrás más guardias, que, alertados por Vorkian, se arrodillan ante la llegada de Apolonio. Dos arrastran a un oficial gris golpeado hasta casi la muerte.

—*Minotaur Invictus* —le dicen a su temible señor, y continúan con su oscura tarea.

Pronto, el complejo es un pueblo fantasma.

—Debería haber más —murmura Sevro en voz baja.

Encontramos a un hombre nadando en la parte posterior del complejo, donde el techo se extiende sobre una cala rocosa. El agua del océano está iluminada desde abajo con focos. Otros cuatro dorados descansan junto a la orilla en varios divanes, bebiendo vino y comiendo de platos pequeños. Dos están desnudos, los otros envueltos en túnicas de seda. Tres rosas revolotean a su alrededor, distribuyendo flautas de champán y masajeando músculos doloridos.

Cuando Tharsus termina sus largos, se desliza hasta el borde y sale del agua. Está desnudo y menos musculado que Apolonio, es todo brazos y piernas y una panza acampanada recién adquirida. Se dirige a su toalla, pero solo para coger el vaso de vino que lo esperaba allí. Cuesta imaginar que sea uno de los pocos Montahuesos que escaparon de la captura. La última vez que vi a Tharsus en carne y hueso, estaba intentando comprarle el cadáver de Sevro a Casio. Se encorva para sorber el vino mientras acaricia juguetonamente el pecho de una de los dorados. Ella le da un bofetón y ríe irritada, pero luego acepta un beso profundo.

Tharsus derrama el vino sobre el vientre de la mujer dorada hasta que se le acumula en el ombligo. Después se agacha y ella gime con suavidad mientras él lo lame. La rosa que estaba masajeándole los pies a la mujer se escabulle. Ninguno de ellos nos ha visto. Escudriñamos la zona en busca de guardias.

—¿Dijiste que ese barco traía vinos de Frankia? —pregunta sorprendido un musculoso hombre dorado que no lleva más que un collar de diamantes.

—En efecto —dice Tharsus.

—Parecía una fragata de asalto. ¿Dónde lo has encontrado?

—Mi audaz armada se lo ha robado al mismísimo Quicksilver. El tesoro, buen hombre, yace en las estrellas.

—Siempre has sido un gran magnate —agrega otro adulator.

Uno de los rosas le entrega una flauta.

—Debemos celebrar una fiesta de proporciones bacanales —dice el dorado musculoso—. Las nuevas restricciones de racionamiento son draconianas. Estamos prácticamente mordisqueando cortezas de pan. Me siento como un Raa.

—Eres tan feo como ellos —dice Tharsus.

—Me atrevo a decir que una fiesta es una idea encantadora, Gregario —dice la mujer—. Si Tharsus es capaz de controlar sus apetitos el tiempo suficiente para dejarnos algo a los demás.

—Podemos invitar al Señor de la Ceniza —añade Tharsus, que estira la mano para coger su intercomunicador.

—Oh, ese viejo ermitaño —responde la mujer—. Apuesto a que se necesita algo más que una fiesta para sacarlo de su caparazón. —Se estremece—. ¿Qué pasa si trae a Atalantia y a su concubina?

—Vorkian —dice Tharsus por el intercomunicador—. Vorkian, ¿dónde está el maldito vino? Esa nave aterrizó hace veinte minutos. Haré que te azoten si sigues haciendo esperar a mis invitados.

—¿No querrás decir mis invitados? —dice Apolonio, que avanza hacia el patio sombreado.

Los demás lo seguimos, con los ojos bien abiertos por si hay algún guardia no detectado.

Tharsus se vuelve hacia nosotros, incapaz de distinguir nuestros rostros.

—¿Quién sois? ¿Cómo osáis llevar armadura en mi presencia? ¿Vorkian?

—Nada de Vorkian —contesta Sevro.

—¿Quiénes sois? —exige saber Tharsus.

—¿No reconoces tu propia sangre, hermanito? —pregunta Apolonio, que penetra en la luz.

Tharsus se pone blanco como el papel y retrocede. Sevro se coloca junto a

Apolonio en la luz y retrae su yelmo.

—Hola, chaval. Cuánto tiempo sin verte. ¿Sigues queriendo mi caja torácica?

Tharsus lo mira con horror.

—¡Ares! —sisea una de los dorados, que aún no ha soltado la copa.

Los demás miran a Sevro confundidos. En ese momento, saborean un poco del miedo que sus esclavos soportan todos los días. Los rosas se quedan boquiabiertos al vernos. Dos de ellos esbozan una enorme sonrisa en el rostro esbelto. Se escabullen enseguida, sabedores de lo que viene después.

—Apresad a Tharsus. Matad al resto —digo, y saco el cañón de riel de la funda que llevo en el muslo derecho.

Aprieto el gatillo. La cabeza del dorado musculoso explota. Deslenguado dispara. La mujer de cuyo ombligo bebía Tharsus levanta una mano como si pudiera detener un toroide de hidrógeno sobrecalentado que se desplaza por encima de la velocidad del sonido. Su mano desaparece. Y la mitad inferior de su mandíbula se va con ella. Uno de los dorados carga contra nosotros y Deslenguado también le dispara. Un gran agujero sangriento se abre cuando el plasma le sale por el otro lado del pecho. Su cuerpo sigue avanzando. Sevro le dispara en la pierna y él cae dando vueltas al suelo, donde maúlla y muere.

Tharsus se lanza de costado al agua.

—Mío —dice Sevro.

Dispara su aturdidor contra el agua, a la izquierda de Tharsus. La electricidad crepita a través del conductor húmedo y electrocuta al hombre. El dorado convulsiona en el agua y luego flota hacia la superficie. El resto de mis hombres entra en tropel en el patio para asegurarlo. El último dorado utiliza el cuerpo del primero que maté a modo de escudo y busca un arma con frenesí.

—Apolonio, no te muevas —digo.

Pero me ignora y se desplaza hacia delante interponiéndose en mi línea de tiro. El hombre que se esconde lo ve venir y trata de escapar hacia el agua de la ensenada. Apolonio lo placa por la espalda. Los dos luchan en el suelo hasta que Apolonio empuja al hombre hacia un lado y luego le rompe el cuello con un solo giro. Se aparta despacio del cadáver y mira divertido a Sevro mientras se zambulle en la piscina para recuperar el cuerpo de Tharsus.

Con la ayuda de Deslenguado, Sevro lo saca del agua y lo arroja al suelo.

Apolonio vuelve a reunirse conmigo.

—Te dije que no te movieras —le digo.

—¿Seguiría siendo Atenea la mano de Odiseo una vez que este regresó a Ítaca? Ningún color es inmune a mi ira. —Vierte vino sobre la cara inconsciente de su hermano—. Tharsus. Huye de la luz. No hay tiempo para soñar. Vuelve a la tierra de la vida cansada.

Tharsus abre los ojos. Escupe agua.

—¿Apolonio? —susurra con voz ronca.

—Hola, hermano. ¿Me has echado de menos?

46
DARROW
La ira del hermano

Una vez que el patio está asegurado, Tharsus se sienta envuelto en una túnica en una silla apartada de los cadáveres. Su sorpresa inicial ha dado paso a un desprecio atribulado.

—Unas compañías terribles las que frecuentas ahora, hermano —le sisea Tharsus a Apolonio, que está sentado frente a él.

—Medios para un fin, Tharsus. Medios para un fin.

—Y los has traído aquí. A mi casa.

Apolonio le da un cachete suave a su hermano en la cara.

—Mi casa —lo corrige—. Yo soy el heredero de ValiiRath, no tú. Sé que no lo has olvidado. De lo contrario, dudo que hubiera permanecido prisionero tanto tiempo.

—Intenté rescatarte —dice Tharsus en tono convincente.

—¿Ah, sí, querido hermano?

—No reparé en gastos. Contraté mercenarios, empleé la mitad de mis espías...

—Lo siento, Tharsus —intervengo—. Hubo un ataque contra la Fondoprisión, y no fue por Apolonio y ni lo llevaste a cabo tú.

—Que te den, mestizo —dice Tharsus escupiéndome.

Apolonio lo abofetea, esta vez tan fuerte que se cae de la silla. Espera a que Tharsus encuentre su asiento de nuevo.

—Esos modales, hermano; cuando estás a merced de tus enemigos, la petulancia degrada tu entidad.

—Me reservo los buenos modales para las personas, no para los esclavos —dice Tharsus.

Lo miro sin piedad. Apolonio posee cierta majestuosidad, pero Tharsus es un perverso con las pestañas largas. Su rostro bello no es más que la adaptación evolutiva de un depredador.

—Estás confundido, querido hermano —dice Tharsus con una risa maníaca—. Perdido en la confusión de tu propia mente sin mí para ayudarte a ordenarla bien. —Le dedica una sonrisa suave al hombre más grande—. Ahora, tiemblo al pensar lo que querrán, lo que te habrán prometido. Pero ellos no te quieren como yo. Cuando obtengan lo que desean, te apartarán. —Mira a Sevro—. Chuchos sin principios ni costumbres.

—Puede que sea mestizo —dice Sevro—, pero aquí lo que importa es que tú eres un cerdo y yo todavía tengo dos orejas.

Desenfunda el cuchillo que lleva en la bota, sujeta a Tharsus por el pelo y le corta la oreja izquierda. El dorado grita de dolor y Deslenguado da un paso hacia Apolonio, pero no es necesario. Apolonio observa impassible a Tharsus mientras este último se revuelve.

—Apolonio... —sisea Tharsus.

—Te lo he dicho: cuida tus modales.

—Madre tenía razón. ¡Estás loco!

—No estoy loco —gruñe Apolonio, y da un paso al frente. Tharsus retrocede, aterrorizado de repente, pero la rabia de Apolonio se disuelve con la misma rapidez con que ha llegado—. No estoy loco —repite en voz baja, y luego esboza una amplia sonrisa—. Simplemente codicio la vida y la emoción del deporte de la guerra. ¿Por qué debería negarme ese placer cuando estos dos descendieron para ofrecerme la jugada definitiva? —Suspira—. Sé que es difícil para ti volver a verme, querido hermano. Ay, qué fácil debe de haber sido todo cuando este ser pendenciero que soy

languidecía en el abismo. Pero para mí no lo fue. Ni el aislamiento ni el aburrimiento ni el miedo a que mi gran hilo de la vida se truncara antes de que llegara el tiempo de mi gloria. Pero ¿imaginas cuál era mi lamento más profundo y oscuro? —Se inclina hacia delante—. ¿Te lo imaginas? El temor a que mi querido y amado hermano, mi compañero contra el mundo, fuera cómplice de mi encarcelamiento.

—¿Cómplice? Qué ridiculez.

—Cómplice irrefutable.

—Eso es mentira —protesta Tharsus—. Te han llenado la cabeza de bilis y basura.

—¿Ah, sí?

—De basura. Audaz y grotesca.

—Venga ya, Tharsus. ¿De verdad crees que a estas alturas todavía no conozco tus gestos delatores? Serías incapaz de escondérmelos.

—Apolonio, nunca te traicionaría...

Apolonio sonríe.

—Tu honor debería obligarte a tener una reyerta familiar contra Grimmus. ¿Por qué iba a mantenerte con vida el Señor de la Ceniza si no fueras una de sus criaturas? ¿Creías que te llevaría a su lado? A Tharsus, el bebedor de rosas. A Tharsus el Torturador. ¿A Tharsus, el vampiro de Tesalónica? Puede que el Chacal valorara tu crueldad, pero estos otros te ven y se ríen de ti como el bufón borracho que eres. Te consideran un adolescente vil con una genética privilegiada, pero, siendo puntillosos, eres un adolescente con un ejército. Así que te han permitido vivir y han dejado que te distraigas con juguetes vacíos mientras ellos se apoderaban de ese ejército. Has dejado que Grimmus se lo entregue a esos comealmejas de los Carthii. —Se le curvan los labios sobre los dientes enormes—. Mi ejército. El Señor de la Ceniza te

ha engañado como a un tonto, hermano. Lo sabías. Admítelo. —Se inclina hacia delante—. Admítelo.

—Sí... —dice Tharsus. Baja la mirada, avergonzado. La sangre que le brotaba a borbotones de la oreja es ahora un goteo lento—. Es verdad. Lo sabía. —Levanta la vista con los ojos esperanzados—. Pero no tuve otra opción.

—¿No?

—¡Tenía que sobrevivir!

—¿Por qué? ¿Para llevar una existencia fácil mojando la polla en miríadas de agujeros? Patético pervertido. Ya no eres un niño.

Lo agarra del pelo y la fachada rebelde de Tharsus por fin se quiebra. El ápice de terror que se le ha escapado antes da paso a una tormenta de pánico.

—No lo mates —digo—. Necesitamos que entre en la zona oscura.

—¿Matarlo? —Apolonio me mira y percibe mi aprensión—. Una oreja es solo una oreja. Pero una vida... —Niega con la cabeza—. Es mi hermano. —Vuelve a mirar a Tharsus—. Mi hermano, que me traicionó. Mi hermano, que dejó a su amado pariente en una celda para que se pudriera. —Le retuerce el cabello, tira más fuerte—. Mi hermano, que deseaba ser hijo único.

—No quería...

—¿No querías qué?

—No quería morir... —dice Tharsus en tono lastimero—. Dijo que me mataría si no obedecía. Y si lo hacía, el nombre de ValiiRath seguiría vivo. Con madre y padre muertos... No sabía qué hacer...

—Claro que no. Me necesitas —dice Apolonio con dulzura—. Necesitas a tu hermano mayor. —Le suelta el pelo y se lo acaricia con suavidad—. Tanto tiempo solo. Tantas decisiones Qué horrible soledad te ha traído tu ambición.

Tharsus cierra los ojos y se sumerge en el contacto con su hermano.

—Lo siento...

—Lo sé.

—Si pudiera deshacerlo...

—Lo sé. Pero deben hacerse enmiendas. Hay que arrancar una libra de carne. —Le acaricia la cara a Tharsus cuando los ojos del hombre más joven, llenos de lágrimas, se abren para mirarlo con un temor terrible—. No, a ti no, hermano. Solo quedamos dos Valii Rath en todos los mundos. ¿Y qué placer habría en presenciar el surgimiento de nuestra casa si estoy solo? Te perdono, querido. —Tharsus parece no entender nada. Apolonio se agacha para besar las lágrimas de la cara de su hermano—. Te perdono, Tharsus. Por tus pecados. Por tu naturaleza. Por todo.

Tharsus estalla en lágrimas ebrias.

El espectáculo no me calienta el corazón. Muestra las entrañas viles y agusanadas de esta familia. Me siento sucio estando aquí con ellos, respirando el mismo aire, y no quiero tener nada más que ver con esto. Lo que quiero es estar en casa con mi familia, sentir amor verdadero y no este extraño tapiz de dominación y crueldad que han tejido. Pobre Tacto. ¿Qué oportunidad pudo haber tenido?

Sevro parece asqueado por la farsa, y me rompe el corazón saber que lo he arrastrado tan lejos de sus chicas, de Victra, hasta este pozo de demonios. Tal vez Victra tuviera razón. Quizá debería haberlo dejado atrás. Así la sangre de Wulfgar no estaría en sus manos, ni en las mías, y no tendríamos que compartir el aire con estos hombres.

—Gracias, Apolonio —dice Tharsus—. Gracias. Pero ¿por qué estás aquí? ¿Por qué con... ellos?

—Porque nuestra libra de carne se le debe arrancar al hombre que enfrentó a hermano contra hermano. Pronto, el Señor de la Ceniza morirá. Esa es la causa que me une al Segador. Y tú, mi amado, nos lo entregarás.

—¿Cómo? —pregunta Tharsus.

—Nos conseguiremos una audiencia —dice Sevro—. Entraremos en su casa bien ordenaditos.

—Pero... hace tres años que el Señor de la Ceniza no concede una audiencia. Reina en soledad.

—Tres años —repito, sin creérmelo—. Eso es absurdo.

—Y sin embargo, es verdad.

—¿Cómo diablos es eso posible? —pregunta Sevro.

—Hubo un intento de asesinato, dicen los rumores.

—¿Por parte de quién? —insiste Sevro.

¿Uno de los hombres de Victra? Ninguno de los míos se ha acercado siquiera.

Tharsus parece perplejo.

—Supuse que por la vuestra, ¿no? Si alguien desea verlo, debe pasar por su hija, Atalantia. —Mira a su hermano y en ese gesto se transmiten algo, un conocimiento tácito que no me gusta. Era un riesgo permitir que se encontraran. Los hombres con vínculos mudos como el que Sevro y yo compartimos siempre son los más peligrosos—. Pero Atalantia se ha desvanecido —dice Tharsus.

—¿Qué significa eso? —pregunto—. Una mujer así no puede de saparecer sin más.

—Significa que no sé dónde está. Si los Carthii o los Saud lo saben, no me lo dicen. Me han hecho el vacío.

—¿El Señor de la Ceniza está recluido en la isla Gorgón? —pregunto con la esperanza de que la inteligencia de la República estuviera en lo cierto respecto a la zona oscura—. Al menos dínos eso.

—Sí —asiente Tharsus—. Pero no puedes acercarte a la isla sin que te citen. Ese lugar es una fortaleza. —Sevro me mira—. El aire que rodea la isla está restringido a las aeronaves de la Casa de Grimmus en un radio de

doscientos kilómetros. Lo defiende un ejército, sus Legiones de la Ceniza. Jamás conseguiréis entrar.

—A menos que traigamos un ejército propio —dice Apolonio con una sonrisa.

47
LISANDRO
Dientes y lágrimas

Corro hacia Casio y Dido envía a sus hombres a buscar la caja fuerte. Se ha caído al suelo. El color ha desertado de sus mejillas. Lo sacudo.

—Casio... ¡Despierta! —Ahora que lo abrazo, noto lo débil que se ha quedado, cuánta sangre suya ha manchado el mármol blanco—. Quédate conmigo —susurro mientras le tomo el pulso, tan débil que apenas puedo sentirlo—. ¡Casio!

Entreabre los ojos.

—¿Julian? —murmura.

Dudo.

—Sí —le contesto—. Sí, soy Julian. Quédate conmigo, hermano. Quédate conmigo.

Parpadea, recupera la claridad.

—Lisandro. —Sonrío, feliz de que me vea—. Lisandro, ¿qué has hecho? —Las lágrimas se le escapan de los ojos—. ¿Qué has hecho?

La acusación me fuerza a levantarme. Como un robot, me vuelvo hacia Dido.

—Necesita un cirujano.

—Y lo tendrá cuando yo esté satisfecha.

—No, lo tendrá ahora. Su vida a cambio de la caja.

—¿Ya estás poniendo condiciones? Puede que a fin de cuentas seas un verdadero Lune.

Serafina se arrodilla para tomarle el pulso.

—Madre.

—Muy bien.

La mujer indica a sus asistentes que recojan al hombre, pero Diomedes se interpone en su camino.

—La Orden Olímpica se hará cargo de su custodia.

—¿No confías en mí? —pregunta Dido.

Él hace caso omiso de la pregunta. Al ver la preocupación que reflejan mis ojos, dice:

—Nuestros cirujanos harán lo que puedan. Si muere, no será a manos de ellos.

Asiento en señal de agradecimiento. El hombre estoico hace un gesto a dos Caballeros Olímpicos para que saquen a Casio de la pista. Lo alzan y pasan entre la multitud sin que nadie los moleste hasta desaparecer a través de una de las puertas de piedra.

Sobrevivirá. Tiene que sobrevivir.

Sumido en mis pensamientos, me estremezco cuando la caja fuerte cae al suelo con estrépito en el centro del mármol empapado de sangre. Los hombres de Dido se apartan de ella.

—Tu turno, joven Lune —dice Dido—. Demuestra quién eres.

De camino a la caja fuerte, paso junto a Serafina sin mirarla, consciente de los cientos de ojos que me miran y me juzgan, y no solo a mí, sino también el valor de mi sangre.

Me agacho ante la caja y, entumecido, giro el dial para marcar la combinación. Me tiemblan tanto las manos que tengo que intentarlo dos veces antes de que el interruptor emita un ruido sordo dentro de la caja fuerte. Se desbloquea la primera cerradura, luego la secundaria hace lo propio, y por fin se abre la puerta. Retrocedo y las palabras de Casio resuenan en mi cabeza. «¿Qué has hecho?».

He tomado una decisión. La correcta.

Me muevo para que Serafina pueda ocupar mi lugar frente a la caja fuerte. Deposita con cuidado mi caja de marfil y el cofre de roble de Casio encima de la caja fuerte. Los emblemas de nuestras casas destacan bajo la luz tenue entre la madera y el marfil.

—Está en mi caja —digo.

Serafina abre la tapa con gesto reverente. Dentro encuentra el anillo de la Casa de Lune de mi abuela. Se lo muestra a su madre antes de apartar el libro de poesía de la mía. Desliza los dedos sobre los desgastados bordes de cuero verde del poemario, como si pudiera sentir lo que hay dentro, y después levanta el filo de Karnus. Saca una herramienta pequeña, afloja con facilidad los tornillos de la parte inferior de la empuñadura y abre el mecanismo. La holopastilla está pegada a la unidad de impulso químico como una gota solitaria de rocío matutino. La introduce en la placa receptora del holoprojector que los hombres de Dido han traído a la habitación y se hace a un lado para dejarle espacio a su madre. Algo la hace mirar de nuevo hacia la caja y la luna creciente que la adorna.

Odio que su mirada se demore sobre ella. Por alguna razón, me resulta vergonzoso que las últimas reliquias de mi familia estén guardadas en una caja tan pequeña, desnudas ahora para que el mundo las vea.

—No quería que se tomara este camino —les dice Dido a los señores de las Lunas con una voz imponente, magnífica. De esas que todos los grandes hombres y mujeres de estado y los tiranos parecen poseer—. Esta violencia. Este golpe de Estado contra mi propio esposo... —Niega con la cabeza, cansada—. Es una parodia. —En ese momento se oyen susurros de conformidad—. Todos sabéis que he trabajado durante años para convencer a Rómulo de que el Pax Ilium se alcanzó bajo falsas pretensiones. He sido ridiculizada. Se han burlado de mí diciendo que esta obsesión es una locura

derivada de mi nacimiento en el extranjero. Puede que la sangre caliente de Venus no haya desaparecido por completo de mis venas, pero ahora soy hija del Polvo. Sé que no estoy por encima de la ley. —Los dorados la miran con el ceño fruncido—. Las acciones que mis hombres y yo hemos tomado no están por encima de la ley. De hecho, se llevaron a cabo para garantizar el cumplimiento de la ley. Por eso, cuando termine de hablar, me pondré a vuestra disposición. Igual que mi esposo, compareceré ante un Tribunal Olímpico y podréis juzgar si estoy loca, si así lo deseáis. Y si se determina que mis acciones son traicioneras, me encontraré con el polvo. Pero hasta entonces, os pido atención...

Sus palabras son recibidas con silencio y un gesto de Helios, archicaballero de los Olímpicos, así que Dido prosigue:

—Hace diez años, los astilleros de Ganímedes fueron destruidos. Cien mil almas murieron en la estación. Diez millones de habitantes de Ganímedes murieron cuando los escombros cayeron sobre Nueva Troya. Fue una calamidad no vista en el Confín desde la llegada del Señor de la Ceniza. Culpamos a Roque au Fabii y su soberana. —Me mira—. Pero ¿y si os dijera que hubo una verdad oculta? ¿Que otro hombre fue responsable de los crímenes más recientes en la larga lista de los cometidos contra nuestra gente?

Camina de un lado a otro por el mármol.

—Hace cuatro meses, un agente del Núcleo que aseguraba tener información que me interesaría se puso en contacto conmigo. El agente, un blanco del Gremio Ofión, representaba a un vendedor desconocido que deseaba intercambiar los datos por información de nuestros archivos. La información era supuestamente sensible; no podían arriesgarse a transmitirla por temor a que la República la interceptara. Sabiendo que mi esposo se encontraba en la obligación de mantener el Pax Ilium, y que lo haría fuera

cual fuese de la información, actué por mi propia cuenta y envié a mi agente más fiable, mi hija, Serafina, al Interior. Esto es con lo que trajo con ella.

Activa el holoprojector.

El audio es lo primero que se percibe. Un sonido de metal arrastrado sobre metal. Gemidos. El metal en la carne. Entonces el vídeo aparece en el aire en el centro de la sala, sobre nuestras cabezas, con un resplandor fantasmal. Muestra la cubierta ensangrentada de un crucero estelar, una nave grande, a juzgar por el tamaño del puente. Un par de enormes manos pálidas cubiertas de runas tribales arrastran por el pelo el cuerpo mutilado de una mujer dorada muerta. Solo podrían pertenecer a una mujer obsidiana. Las manos abren a la fuerza la boca de la dorada y le insertan una cuña curvada de hueso ceremonial entre los dientes para mantenérselos separados. Los dedos hurgan con brusquedad en la boca de la dorada y le sacan la lengua hacia delante con un par de tenazas de hierro. Luego, con un cuchillo ganchudo, las manos sierran la base de la lengua hasta que se suelta con un espeluznante sonido de succión. Las manos perforan la lengua con un alambre de hierro y la empujan por él para que se una a la otra decena de lenguas que ya cuelgan del cinturón de la obsidiana. Una indignación racial crece dentro de mí. Los Únicos que nos rodean miran sin parpadear.

Esta es la verdadera cara del mundo. La oscuridad que se oculta bajo la civilización contra la que mi abuela me advirtió. La he conocido, la he sentido y, en ausencia de su guía, la he visto filtrarse a través de su imperio caído.

La obsidiana deja atrás el cadáver y pasa junto al cuerpo de un segundo dorado caído. A sus pies aparecen las hombreras de un archipretor, salpicadas de sangre, aunque el cuerpo parece intacto. La cara de Roque au Fabii está pálida y exangüe. La obsidiana se une a un grupo de mujeres con cicatrices de batalla y las armaduras maltrechas que forman una media luna alrededor

del ventanal delantero del puente. El cabello blanco, manchado de sangre y hollín, les cae a la espalda. Delante de ellas, se arrodilla la temida mujer Sefi, la poderosa hermana de Ragnar Volarus. Tiene un hacha de guerra en las manos y mira por el ventanal mientras la nave se desliza por el espacio hacia una moteada luna azul y verde. A su lado hay dos dorados con armadura, además de una gris asiática y corpulenta, contemplando el orgullo del Ilium: los astilleros de Ganímedes. Doscientos once kilómetros de metal, pernos, diques secos, ingenieros, refinerías, líneas de ensamblaje, ingenio, sueños y trabajo. Uno de los dos grandes astilleros de la humanidad, antes de los incipientes astilleros de la República en Fobos. Todo suspendido por encima del pálido esplendor de los mares ecuatoriales de Ganímedes y a merced de sus enemigos. No de Fabii y su soberana, como los mundos han creído durante más de una década, sino del Amanecer. Del odiado Rey Esclavo.

—¿Esto lo han construido los hombres? —pregunta Sefi en un idioma común torpe.

—*Tardaron doscientos cincuenta años... es la edad que tiene el primer muelle* —dice la mujer dorada que hay a su lado, la traidora, Julii.

La gris se adelanta para susurrarle algo al segundo dorado, un hombre. Está de espaldas a nosotros, pero lo reconocería por su sombra, o incluso por el débil susurro de su voz ronca.

Tiene el yelmo retraído. Su armadura fue blanca una vez, pero ahora está manchada por impactos de pulsos, marcas de filo y vísceras. Está encorvado, apoya el peso sobre el falce rígido que tiene al lado. Parece un anciano, pero el perfil de su rostro indica que es apenas más viejo de lo que lo es el mío ahora. ¿Cómo pudo hacer todo esto antes de cumplir los veintitrés años? Incluso Alejandro de Macedonia se maravillaría ante el Rey Esclavo de Marte, una criatura tan grandiosa como el imperio que rompió. Su imagen destella en los ojos de los cien señores de las Lunas.

El Segador se vuelve para mirar con los ojos pétreos a alguien que hay en los fosos del puente, pero la Julii le pone una mano en el hombro.

—*Comparte la carga, querido* —dice ella—. *Esta me toca a mí.* —*Levanta la voz*—. *Timonel, abrid fuego con toda la artillería. Lanzad los tubos del veintiuno al cincuenta contra su eje central.*

Los Únicos que rodean el Sangradero permanecen en silencio, con la cara iluminada por el fuego pálido que desgarras sus astilleros perdidos.

Los astilleros no estaban pensados para la guerra. Sus naves debían defenderlos. Qué horror que su hijo más extraordinario, el Coloso, regresara al borde de la independencia para destruirlos.

Las ráfagas de tungsteno sajan los mamparos metálicos como un granizo que atraviesa un pan mojado. Los astilleros mueren en silencio. El oxígeno escapa. Esferas de fuego jadean y se ahogan en el espacio. Y el metal muerto se aleja, inexorablemente atraído hacia el seno de Ganímedes.

Mientras llueve la destrucción, el Segador le da la espalda al ventanal; su rostro es una máscara mortal de pena y dolor, y me siento como si escuchara el latir de su corazón a través de los años, a través del espacio, y sé lo mucho que se ha alejado del hombre que quería ser.

Me recuerda a mi padrino.

Mientras la sala se disuelve en furia, me maravilla la audacia de la farsa de Darrow, incluso la astucia de su crueldad. En el último momento de su victoria, vio la oportunidad de ganar una guerra contra el Confín que ni siquiera había empezado, y la aprovechó con la maniobra más atrevida que he visto en la vida. Pero lo que siento es certeza, no respeto ni horror. Este es el hombre que una vez idolatré. Un jugador impredecible con un intelecto salvaje y una capacidad ilimitada para la violencia. Respeto sus habilidades, pero no respeto al hombre. Y aquí, en la estela de su destrucción, comprendo sin la menor duda que, para proteger a la humanidad, el Segador debe morir.

Dido, al parecer, no estaba loca, al fin y al cabo.

—El Rey Esclavo nos traicionó —dice Dido, que levantando el filo hasta que la hoja implacable tiembla en el aire a través de la proyección de los muelles moribundos; el metal es brillante y opalescente, como una sarta de lágrimas congeladas en el tiempo—. ¡El Pax Ilium está roto! Cuando su horda tatuada y mecanizada termine con el Núcleo, vendrán a por nosotros. Vuestras familias. Vuestros hogares. ¡Lo veis! Lo sabéis. Así que ahora, mis nobles amigos, hago un llamamiento a la guerra.

Los señores de las Lunas miran al viejo Helios, que está sentado al lado de Diomedes. El anciano se levanta despacio y se yergue; es la viva imagen de la dignidad y la fría determinación. Desenfunda el filo de su cadera y lo extiende en el aire.

—¡Guerra! —grita su Caballero de la Verdad.

—¡Guerra! —braman los otros once, que también desenvainan sus hojas.

Mientras los agitan en el aire, Diomedes apenas levanta la mano.

Una vez que los Caballeros Olímpicos han hablado, la fiebre se propaga entre los señores de las Lunas reunidos. Una miríada de filos se despliegan y brillan bajo la luz tenue, los dientes de muchísimos dragones. Serafina me mira. Por fin tiene lo que buscaba. Con una mirada de satisfacción religiosa, desenreda su filo e, igual que su madre, que su hermano y distintas generaciones de parientes, lo levanta en el aire.

—Guerra —dice en voz baja, como si me la declarara solo a mí.

48
LISANDRO
El niño y el caballero

En el alboroto subsiguiente, Diomedes y una camarilla de sus hombres me sacan de allí. Me llevan de vuelta a mi habitación y me meten en ella de un empujón.

—Diomedes —digo antes de que se cierre la puerta. El caballero se vuelve—. Casio, quiero verlo. Necesito saber si está vivo.

—No es seguro para ti circular por los pasillos.

—Yo te ayudé.

—Sigues siendo un Lune. Si vive o muere depende de él.

—Y de tus cirujanos.

Es entonces cuando cae en la cuenta.

—¿Crees que seríamos capaces de no atenderlo? Ha demostrado honor. Yo mismo me mantendré en vela y te enviaré noticias cuando sepa su destino.

—Gracias.

Duda.

—Traicionó a tu abuela y, sin embargo, viajas con él...

—Me salvó la vida del Amanecer. Estoy atado a él.

—Entiendo. —Asiente, su primer signo de respeto hacia mí—. Pero si muere, quedarás liberado. ¿A qué estarás atado entonces, Lune?

Se marcha sin decir nada más y cierra la puerta. Echan la llave desde el otro lado. Camino por la piedra fría, incapaz de pensar en otra cosa que no sea Casio en el suelo preguntándome qué he hecho. Siento que las paredes se cierran sobre mí.

Me encierro dentro de mí. Me obligo a introducirme en el Método del Sauce imaginando mi aliento como la brisa que mueve las ramas, agita la hierba y besa el agua. Ahora viene una segunda ráfaga de aliento, que sacude la lavanda, impulsa a las abejas y hace sonar las campanas de viento estivales en el lago Silene. Un tercer aliento es el del otoño. El cuarto, que mueve las cortinas, retuerce las llamas de los braseros, trae la nieve de Hiperión a través de un ventanal abierto y hace que la capa de Casio baile al viento, es el del invierno de la Luna.

Sumido en ese estanque lejano de la memoria, vuelvo a verlo por primera vez.

El joven Belona está de espaldas a mí, mirando hacia los terrenos de la Ciudadela, que se extienden más allá del balcón. El sol se refleja en la punta dorada de la sede de la Legión Pirámide a lo lejos. Lleva el cabello recogido y le brilla con aceite perfumado. La nieve se derrite sobre él. Su abrigo es azul oscuro, con unas hombreras de plata con plumas y un cuello con flecos de plata. Lleva un filo de plata en la cadera y hebillas de plata en las botas. Parece un caballero de cuento, y eso me hace desconfiar de él.

Aunque hábil, sigue siendo una criatura mezquina y mimada que atrajo a mi alumno favorito de la Casa de Marte hasta la orilla de un río y allí lo traicionó. ¿Por qué? Porque no fue capaz de absorber la que la abuela considera la más alta de las lecciones del Instituto: el peso de la pérdida. Si la pérdida de un solo hermano en el Paso lo destrozó, ¿de qué nos serviría cuando se viera envuelto en la rutina de la guerra?

—O sea que eres el hijo favorito de Tiberio —digo en el recuerdo. Él se da la vuelta para evaluarme. Vestido con una chaqueta de cachemira blanca con botones de perlas y sosteniendo un libro de matemáticas entre las manos, apenas le llego a la cintura. Una sonrisa condescendiente le curva los labios —. *Salve*, buen hombre —le digo.

—Lisandro, ¿verdad? —pregunta Casio sin prestar atención al protocolo.

—Sí.

Espera que añada algo más. No lo hago.

—Vaya, eres una criaturita misteriosa, ¿no? —Se acerca más, entrecierra los ojos animados—. Júpiter, es como si tuvieras ochenta años y ocho al mismo tiempo.

—Mi abuela está furiosa contigo —digo.

Enarca las cejas.

—¿Ah, sí? ¿He hecho mucho para enfurecerla?

—Has matado a once hombres en el Sangradero desde el verano. Y tu villa ha sido una fuente constante de libertinaje y carne de cañón mediática. Si tratabas de alimentar el estereotipo de los marcianos como guerreros, lo has logrado de manera admirable.

—Bueno... —Esboza una sonrisa luminosa—. Me gusta causar sensación.

—¿Por qué? ¿Hace que te sientas importante? *Alis aquilae*. El lema de tu casa. «Sobre las alas del águila». Supongo que entre los depredadores más destacado del cielo es natural cierto aire de autosatisfacción. ¿Quién los contradiría?

Se le oscurece el rostro.

—Cuidado, niño lunar. Tal vez en esta colina puedas sacar esa lengua a paseo todo lo que quieras. Pero en Marte, así es como los hombres encuentran su fin.

Lo miro con indiferencia, sabiendo que no tengo nada que temer.

—¿Tanto te desconcierta la verdad?

—Llámame pedante por tener buenos modales.

—Modales. Bueno, si es de modales de lo que quieres hablar, puedo llamar a Aja para que debatas los detalles con ella. En la Luna son diferentes.

Hace un gesto de negación con el dedo.

—Usar las garras de los demás no es valiente, ni tampoco equivale a tener garras. Pensé que tú precisamente lo sabrías.

No estoy seguro de lo que quiere decir con eso de yo precisamente, así que lucho contra el instinto de encogerme de hombros, consciente de que es un hábito despreciable, y bajo la cabeza para desestimar su desconcertante insulto.

—Algún día tendré garras y aprenderé a usarlas, buen hombre. Hasta entonces, creo que las garras de los demás bastarán.

—Demonios, eres un terror. —Me observa un momento—. He decidido que me caes bien, niño lunar.

—Gracias —le digo—. Pero no te ofendas si aplazo un sentimiento similar. Le dije a la abuela que el otro marciano sería mejor.

Su talante se desliza de nuevo hacia la oscuridad. Un rasgo débil para ser tan proteico.

—¿Qué otro marciano?

—El huérfano. —Sonríó—. Andrómeda.

—Darrow...

—Sí. Él sí fue archipimus, ¿a que sí? Asaltó el Olimpo. Una calidad inaudita, a pesar de que sus padres fueran de tal... humilde extracción. Los Andrómeda eran marcianos, portaestandartes de la Casa de Aquillus antes de probar suerte en el Cinturón. Portaestandartes tuyos. ¿Los conocías?

—¿Casa de Aquillus? —Sonríe—. Ni siquiera la había oído mencionar.

—Está en Cimmeria oriental. Pero la verdad es que tampoco se parece en nada a ellos en cuanto a facciones. Él es desmesuradamente... resistente e inteligente. Y lo más importante, inspiró lealtad. Tú, a pesar de tus dones naturales, no lo conseguiste.

—No voy a permitir que un mocoso sin cicatrices me sermonee, sea cual

sea su apellido. Se supone que ni siquiera debes conocer aún el Instituto. Tramposo.

—Demuestras mi argumento. No tienes humildad. Andrómeda sería mejor.

—¿Mejor para qué?

—Bueno, Casio, ¿acaso lady Belona no te enseñó que la paciencia es la mayor virtud?

Una mujer joven que luce los colores de mi casa pero habla con acento de Agea se asoma por la puerta del despacho de mi abuela y sonrío a Casio con maldad.

—Virginia —dice él con una sonrisa extraña, propia de un rosa.

—Hola, guapo. —Me sonrío con dulzura—. Lisandro, ¿me has escrito hoy algún poema?

Me sonrojo y de pronto me gustaría ser tan alto como Casio.

—Nada de valor, me temo.

—Eso no es lo que me ha dicho Atalantia.

—Ella es demasiado... indulgente.

—Bien, yo emitiré el juicio definitivo sobre su calidad. ¿Me los leerás después de la cena?

—Aja iba a llevarme a Gosamere a ver a los halcones —contesto.

—¿Puedo ir con vosotros?

Asiento, a pesar de que sé que a Aja le molestará.

—Maravilloso, me encantan los halcones.

—Las águilas son mejores —dice Casio. La mira de arriba abajo con admiración y cosificándola de una manera que me ofende de inmediato—. Tengo entendido que tu hombre se ha marchado a jugar con barcos.

—Qué sutil —dice ella—. En cualquier caso, no tengo ningún hombre.

—Bueno, no al menos no por mucho tiempo. Han alistado a Karnus. Tal

vez mi hermano tenga más suerte que el tuyo con él. ¿Por dónde anda ese bronce bribón últimamente?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Guardan un silencio incómodo.

—La soberana está esperando, Casio... —Virginia le hace un gesto para que la siga y me guiña un ojo—. Dile a Aja que no se vaya sin mí.

—Lo haré... —digo a lo lejos.

El recuerdo se evapora cuando abro los ojos.

La habitación está tranquila, y muy lejos de casa.

La sangre de Casio se me ha secado en las manos y comienzan a picarme. Me las lavo en la pileta de la esquina hasta que la espita me dice que he alcanzado mi ración diaria de agua. Bombeo la espita una vez más.

«Ración diaria superada», zumba de nuevo.

Sigo teniendo las manos rosas. Me siento en el camastro y espero, me concentro en reducir el ritmo de mi respiración hasta que me sumerjo en un sueño superficial.

Me despierto con el ruido de la puerta que se abre, con la esperanza instintiva de que sea Serafina. Pero ¿cuál sería el motivo de su visita?

La rosa, Aurae, está ahí plantada, nerviosa, con las manos juntas y la mirada clavada en el suelo. Tiene sangre debajo de las uñas.

—*Dominus*. —Hace una reverencia—. El Caballero de la Tormenta me envía.

—¿Casio está vivo?

Cambia el peso sobre las suelas de sus zapatillas grises.

—¿Lo está? Sé clara.

—No. —Levanta una mirada agitada para mirarme a los ojos—. Ha fallecido.

No digo nada durante todo un minuto.

—¿Cuándo?

—No hace mucho tiempo. Lo siento, *dominus*.

Me acerco a la ventana. La oscuridad y el frío del exterior entran a hurtadillas.

—¿No hace mucho? Ni siquiera lo he sentido irse.

Ha sido mientras estaba durmiendo.

El rugido de mi mundo al desmoronarse ahoga la voz de la mujer. No es así como se suponía que debía terminar. Cría que lo había salvado. Que tendría la oportunidad de demostrarle que se equivocaba. De ayudarlo a darse cuenta del error que había cometido al elegir a Darrow y de convencerlo de que todavía podía hacer algo bueno en el mundo. De que aún podía traer paz. Por algún motivo pensaba que nuestras vidas seguirían unidas, y que un día él me seguiría como yo lo sigo a él.

En cambio, se ha ido al vacío.

Ha pasado sus últimos momentos pensando que lo he traicionado y le he robado su redención.

Me noto ingrátido contra la piedra, flotando y, al mismo tiempo, aplastado por el peso de mis decisiones y de la pregunta imposible que me formulo a mí mismo: ¿qué podría haber hecho de otra manera? En otro mundo, la rosa sigue hablando.

—Me han dicho que ha muerto desangrado.

—Entiendo —me oigo decir. «Colócate a horcajadas sobre el dolor. No permitas que te toque»—. Gracias, Aerae —le digo—. ¿Puedo verlo?

Ella mira hacia atrás, a mis guardias, y me doy cuenta de que no son los mismos que dejó Diomedes. Estos son hombres de Dido.

—Me temo que eso es imposible, *dominus*.

—¿Por qué? —Aerae mira al suelo—. Respóndeme.

—Los compañeros de clase de Belerfonte se han llevado su cuerpo para...

profanarlo en el termo. Diomedes ha salido a buscarlos.

—Y ha sido él quien te ha enviado.

—Dispongo de su confianza.

—Ya veo. ¿Algo más?

—No, *dominus*.

Cuando la puerta se cierra, mi compostura flaquea. Primero una grieta, como una lámina de cristal que recibe el impacto de un guijarro errante. La grieta se extiende, crece y prolifera hasta que toda la lámina de la dignidad se rompe de golpe. Se me doblan las piernas cuando pienso en cómo sufrirá Pita con esta noticia. Se me escapa un sollozo solitario. Está solo en la habitación. No lo sigue ningún sonido que le haga compañía o lo consuele. Solo un prolongado lamento de un animal herido y me quedo callado, balanceándome en el suelo frío, con las rodillas pegadas al pecho, como aquel niño lejano que se enteró por medio de Aja de que sus padres habían fallecido. Los brazos oscuros de la mujer sostuvieron al niño mientras temblaba. Sus susurros le calmaron el corazón. Esta piedra es tan fría como aquella piedra. Este dolor es tan profundo como aquel dolor. Este momento es como aquel momento. Solo que ahora, con el fallecimiento de Casio, no queda nadie para abrazar al niño; todo lo que quedaba de él está muerto, y la vida del hombre debe comenzar.

49

LIRIA

Enemiga del Estado

Los Barca que no abordaron abandonaron su ataque contra la lanzadera en cuanto las fuerzas de Telemachus y Augusto procedentes de la Ciudadela amenazaron con superarlos. Ahora los caballeros nos guían hacia una plataforma de aterrizaje elevada ubicada sobre una aguja en la Ciudadela de la Luz. Los soldados me arrastran desde la nave de asalto hasta la lluvia.

Bajo la cabeza, temerosa de mirar a cualquiera a los ojos. Estos no son los grises que custodiaban mi mina, ni los rojos que vinieron al 121, ni los que me apuntaron con sus armas en el Paseo Marítimo. Son criaturas más frías, más duras. Levanto la vista hacia el cielo nocturno y vislumbro las estrellas a través de una grieta en la capa de nubes. El aire es frío, mojado de lluvia. Intento sentirlo todo, grabarme estas sensaciones, pues sé que es en una celda donde pasaré el resto de mis días. En la mina, creía que el cielo era de piedra. Y después de un mes en el Campamento 121, me olvidé de que las estrellas estaban allí. Pero ahora, consciente de que es la última vez que las veré y sentiré, me pregunto cómo podría sobrevivir sin ellas.

Me escoltan hacia las profundidades de la Ciudadela, hasta llegar a una puerta de madera clara. Unos obsidianos más corpulentos que cualquiera de los Telemachus montan guardia a ambos lados. Holiday me arrastra hasta la habitación que hay al otro lado de la puerta y me obliga a sentarme en una silla frente a una larga mesa hecha con una sola pieza de madera negra. Al otro lado de la mesa, bajo los ángeles dorados de su cabeza calva, los enormes ojos de Daxo au Telemachus me analizan. Viste una túnica violeta

con un broche de un zorro dorado. A su lado, sobre la mesa, descansa un pequeño acuario lleno de agua y un animal del color de los gusanos. Una criatura tallada, con las patas delgadas y un torso gelatinoso que me recuerda a las sanguijuelas del río que pasaba junto al 121. Me estremezco.

Una cuchara tintinea contra la porcelana. Me fuerzo a apartar la mirada del monstruo para fijarme en la acompañante de Daxo, la anciana rosa que vi con la soberana en casa de Quicksilver. Es la elegancia vestida con túnicas beige. Lleva el cabello gris recogido sobre la cabeza como una rosa esmerilada, sujeto por un simple broche de plata. Sus ojos maternales, hundidos en un rostro antiguo y distinguido, me observan con un interés humano del que Daxo no ha sido capaz en su vida.

Nadie habla. Mi temor se intensifica.

Al cabo de un momento, Daxo mira su terminal de datos y se desembaraza de su silla para caminar hacia la puerta del balcón. La abre justo cuando un rayo de metal se estampa contra el parapeto de piedra del exterior. Me estremezco cuando Níobe, recién llegada del cielo, entra oliendo a azufre de mina. Su armadura está empapada de lluvia y deja charcos en el suelo cuando pasa junto a su hijo, más alto que ella, hacia la habitación. Su yelmo, una cabeza de zorro que gruñe, me mira con uno ojos azul eléctrico antes de retraerse desde su rostro hasta el cuello de su armadura. «Maldita sea».

La agradable y acogedora esposa del hombre que me trajo desde Marte ha desaparecido, reemplazada por una guerrera violenta. Tiene bolsas bajo los ojos. Y la grasa de su cuello se aprieta contra el de la armadura, demasiado justa. Hace tiempo que no la usa, lo sé.

—Quítale la mordaza —le dice Daxo a Holiday.

La mujer suelta los brazos de metal que me rodean la boca y extrae el depresor lingual de plástico. Inspiro aire por la boca y me paso la lengua por las heridas que el plástico me ha provocado en las encías. Holiday desinfla la

chaqueta blindada que me aprisionaba. Exhalo un suspiro de dolor cuando me aprieta el hombro dislocado.

—Lady Níobe... —digo enseguida.

—No hables —dice ella, a duras penas capaz de mirarme.

—¿Kavax está...?

—¡Silencio! —ruge. Golpea la mesa con una mano cubierta de metal y agrieta la madera negra. Me aparto—. Hablarás cuando te hablen, o que Júpiter me ayude, te...

Le fallan las palabras y retrocede. Su hijo tiende una mano hacia atrás para consolarla. Tiemblo, y no solo de miedo, sino por la incapacidad de explicarme, de expresar con palabras lo mucho que lo siento. La lluvia repica contra las ventanas. Un fuego crepita en la esquina y me revuelvo en mi asiento, incapaz de mirarlos a los ojos.

—¿Kavax está vivo? —pregunto.

No hay respuesta.

—Apenas —susurra Níobe—. Todavía puede morir.

—Liria de Lagalos. —Daxo se inclina hacia mí, su silla cruje bajo el inmenso peso de su cuerpo. Solo su voz me dobla en tamaño—. Tu vida, tal como es, depende de lo que digas en los minutos que vendrán a continuación. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo. Tengo información. Los vi, a la gente que ha hecho esto. Puedo ayudarlos.

—Bien. La verdad es tu único refugio. —Le hace un gesto con la cabeza a Holiday, que está detrás de mí—. Pero... si atisbo que estás mintiendo o que nos ocultas alguna información, se tomarán otras medidas. —Acaricia el acuario con la mano. La criatura que hay dentro choca contra el cristal, buscando el calor de su piel—. Medidas invasivas.

—Había un hombre llamado Philippe... —empiezo.

Daxo levanta una mano.

—Ya estamos al tanto de lo que le has contado a los Vigilantes sobre ese Philippe. Pero lo primero es lo primero. ¿Están vivos?

Asiento con la cabeza.

—Gracias a Júpiter —murmura Níobe—. ¿Están heridos?

—No de gravedad.

—¿Dónde los viste por última vez? —pregunta Daxo.

—En un edificio industrial. Después de arrasar la lanzadera, Philippe nos llevó allí y les entregó los niños a los otros.

—¿Adónde iban a llevárselos?

—No lo sé. No lo oí.

Está claro que Daxo y Níobe no se lo creen. Quiero explicarles lo de Philippe, pero sus preguntas son una ráfaga continua y repentina.

—¿Eran dorados? —pregunta la rosa—. Esos otros.

—No.

—¿De qué color eran?

—Sobre todo obsidianos, grises, me pareció ver rojos, y un rosa.

—Obsidianos... —dice Níobe con miedo—. Deberíamos decírselo a Sefi.

—No podemos decírselo a Sefi —replica Daxo—. ¿Quién sabe qué haría con la información? Ya ni siquiera quiere reunirse con Virginia.

—El rosa estaba al mando —aseguro.

—Podría ser una operación negra de la Sociedad —le dice la anciana rosa a Daxo—. Puede que lurchers, o un Merodeador Nocturno.

Daxo asiente y me mira de nuevo.

—¿Tenían acento de Venus?

—No.

—¿Marciano?

—No lo sé. La mayoría de la Luna, creo.

—¿Reconociste a alguno de ellos?

Niego con la cabeza.

—¿Quién era ese rosa, el líder del grupo que se ha llevado a los niños?

—No oí su nombre. Escuchad, traté de acercarme para oír mejor, pero le di un golpe a una tubería y entonces vinieron corriendo a por mí.

—¿Quiénes?

—Los cuervos.

Daxo sonrío divertido.

—¿Esperas que nos creamos que fuiste más rápida que los obsidianos?

—Maldita sea, no fui más rápida que ellos. Salté por un conducto de ventilación. —Me señalo el hombro y las manos ensangrentadas—. ¿Qué? ¿No me creéis?

Intercambian miradas escépticas.

—¿Dónde ocurrió esa supuesta persecución? —pregunta Daxo—. El rastro no tardará en enfriarse. Debemos atraparlos antes de que salgan de la luna.

—Es posible que ya se hayan ido —dice la rosa.

—Deberíamos congelar todo el tráfico aéreo —sugiere Níobe—. Registrar hasta el último barco.

—¿Los de toda la luna?

—Lo que le han hecho a tu padre...

—Madre, ojalá pudiéramos hacerlo. Pero eso sacaría todo el asunto a la luz. Virginia tendría que dimitir. Su juicio se pondría en duda. La votación está programada para la próxima semana. Debemos ocuparnos de esto en silencio.

—Fue en una de las zonas de reconstrucción —contesto con rapidez—. Había grúas por todas partes.

—¿En cuál? —pregunta Daxo—. ¿En qué zona?

—No... no sé. Solo he estado dos veces en Hiperión.

—La detuvieron en un puesto de control de Ciudad Alfa. El 21b, senador —apunta Holiday.

—Inicié una búsqueda antes de que te trajeran —dice la vieja rosa—. Diez equipos están peinando el área.

—¿Todos marcianos?

La rosa mira a Holiday en busca de una respuesta.

—Sí, señor —contesta ella—. Todos hombres leales.

—Bien.

—Pero ni siquiera sabemos lo que estamos buscando —agrega Holiday—. Y cuanto más busquemos, más atención atraeremos. El Vox Populi se enterará si aumentamos nuestra presencia.

—Eso no puede ser —dice Daxo con dureza.

—Han mutilado a tu padre —gruñe Níobe.

—Y los encontraremos —responde—. Con precisión, no con un ejército.

—Entonces debemos refinar la búsqueda —dice la rosa.

Daxo mueve una mano y un mapa en tres dimensiones de las zonas de reconstrucción brota de la mesa. Miles de edificios.

—Señálame el edificio, Liria.

Escaneo con la mirada los cientos de rascacielos a medio construir. Todos me parecen iguales.

—¿Cómo quieres que te lo señale? Todos tienen la misma pinta. No es que pudiera dedicarme a estudiar el edificio mientras los cuervos me perseguían.

—Ya te he dicho lo que sucederá si no cooperas —dice Daxo.

—Dioses, Daxo, dale a la niña un puñetero momento —dice la rosa desde su lado de la mesa—. Está claro que ha pasado una dura prueba. ¿Necesitas analgésicos para el brazo, Liria? —Asiento con la cabeza, agradecida—. Café con morfón —dice la mujer por un intercomunicador.

Un momento después, un sirviente entra y deja la bandeja de café

humeante delante de mí.

—Me llamo Teodora —me dice la rosa después de darle las gracias al sirviente—. Fui la mayordoma de Darrow de Lico.

¿Su mayordoma? Entonces conoce al Segador mejor que casi nadie.

—Gracias —le digo.

Tomo un sorbo de café y siento el alivio frío del morfón, que me calma el dolor de hombro.

—Todos somos personas, a fin de cuentas. Es bueno recordarlo. Mira, esto no se trata únicamente de recuperar al hijo de la soberana. Pax es muy querido para todos nosotros, un alma pura. ¿Lo conoces? —Asiento—. Entonces entiendes lo mucho que necesitamos tu ayuda. Bien, ¿recuerdas algún logo, una parada de tranvía, un monumento, quizá?

—Había un tranvía —digo—. Roto. Corrí hacia él cuando escapé de Philippe. Intentaba encontrar alguna manera de salir de la Ciudad Perdida.

—¿Cuánto corriste? ¿Un kilómetro? ¿Dos? —pregunta Daxo.

—Tal vez cuatro. No debieron de ser muchos más.

Elimina del mapa todos los edificios situados a más de cuatro kilómetros de una línea de tranvía.

—Seguí los raíles de esta manera. —Paso el dedo a lo largo de la línea de tranvía hacia las escaleras peatonales que conducen al puesto de control. Recuerdo los números desvencijados e invadidos de líquenes—. Empecé cerca de la estación... 17, creo.

Daxo señala a Holiday con la cabeza y ella se aparta para comunicar por radio a los equipos que busquen en los edificios de la zona.

—Ya se habrán ido, así que envía a los equipos forenses. —Mira a Teodora—. Quiero imágenes de satélite que muestren todas las naves que entren y salgan de ese distrito.

—Lo estás haciendo de maravilla, Liria —dice Teodora—. Esta es la única

forma de ayudarte a ti misma, seguir cooperando. —No me gusta cómo lo dice—. Muy bien —continúa con una sonrisa suave—, ¿cuándo te reclutó la Sociedad?

—¿Qué? ¿La Sociedad? Yo no trabajaba para nadie.

—¿Esperas que nos lo creamos? —pregunta Daxo—. Mi padre te trae hasta aquí, te muestra bondad, muestra bondad hacia tu sobrino, y tú nos traicionas con la Sociedad, ¿o ha sido la Mano Roja? Dime la verdad.

—Ya lo hago.

—Tenemos un vídeo del dispositivo utilizado para desactivar el transporte antes de que friera las cámaras —anuncia Daxo—. Los análisis forenses preliminares dicen que es una creación personalizada de gran valor. Mucho más cara de lo que tus medios te permitirían pagar.

—Si tienes el vídeo, ¿puedes verme la cara? —le espeto—. ¿Parecía la de una persona que esperara que su collar se convirtiera en un maldito robot?

—Si no eras su cómplice, ¿por qué tú «Philippe» te llevó con él? —dice Níobe en voz baja. La lluvia cae contra las ventanas a su espalda—. ¿Por qué no te dejó atrás o te mató? ¿Por qué te salvó la vida?

—¿Tengo aspecto de ser una matona de los bajos fondos lo bastante lista como para haceros quedar como tontos a todos vosotros? No. Entonces, ¿cómo diablos iba a tener ni la más mínima idea? Preguntádselo a él.

—¿Fue durante tu estancia en el campo de asimilación? —pregunta Teodora—. ¿Fue entonces cuando alguien se puso en contacto contigo, te pidió un favor o te prometió algo siempre y cuando lo ayudases? ¿Fue entonces cuando conociste a Philippe?

La miro con furia.

—Lo conocí aquí.

—¿Te llamas Liria de Lagalos de verdad? —pregunta Daxo.

—Sabes que sí, o no me habríais permitido trabajar en la casa de tu padre.

Daxo me escudriña en busca de alguna señal de engaño y vuelve a acariciar el acuario con la mano.

—Llevo jugando a esto desde que era un niño, Liria. A las medias verdades. Las bazas ocultas. El Señor de la Ceniza es un maestro en estos subterfugios, igual que su hija. No les costaría mucho masacrar un campamento rojo. Y menos aún infiltrar a una de sus agentes entre los supervivientes. Herirla. Obligarla a que se haga pasar por una roja de Lagalos y después a ganarse la simpatía de mi padre para poder colarse en nuestra casa y desacreditar el juicio de la soberana justo antes de la votación sobre la Paz. —Me mira—. Pareces un cordero, pero tal vez un lobo se oculte bajo la lana.

—Nací en Lagalos. Puedo decirte el nombre de todos los locutores jefe y de todos los sondeainfiernos de los últimos treinta años. Ponme a prueba.

—Claro que puedes, la inteligencia de la Sociedad entrena bien a sus agentes. Tal vez incluso te creas que eres quien dices ser. Puede que te hayan condicionado. Tus recuerdos, tu historia, tu dolor por tu familia muerta... Todo podría ser una ficción.

—Que te den. Mi hermana no era una ficción. Y Liam tampoco lo es. ¿Crees que él también es espía? —Intento exhalar la furia rápida, recordar a mi hermana, las sonrisas y los abrazos cálidos—. Soy una roja de Lagalos. No trabajo para los esclavistas.

—No, por supuesto que no —dice Teodora—. La Sociedad mató a su madre. ¿No es así, Liria? Le negaron la medicación que le habría salvado la vida. —Asiento. Al menos ella lo entiende: preferiría morir antes que ayudar a la Sociedad—. Su sangre, junto con la de muchos otros, les mancha las manos.

—Así es.

—Y la sangre de tu familia mancha las manos de la República. —Se me

retuercen las tripas—. La República debería haberte protegido. —Tiene los ojos resplandecientes de empatía. Se inclina hacia delante. Ella me entiende—. Te liberamos de las minas, te prometimos una nueva vida. Y luego dejamos que esos asesinos te lo arrebataran todo. Te hicimos más daño del que la Sociedad pudo hacerte jamás. ¿No es así?

Me seco las lágrimas de ira que me invaden los ojos.

—No te equivocas al culparnos —prosigue Teodora en voz baja—. No te equivocas al culpar a la soberana. La muerte de tu familia es culpa suya. Así que es justo que quieras venganza. ¿Fue la Mano Roja?

—¡No me estáis escuchando!

Daxo la releva.

—Murieron por culpa de la soberana. Tu padre, tu hermana, tu hermano, tus sobrinas y sobrinos. Y tú queríais herir a la soberana.

—¡No!

—Vengarte porque fue culpa suya. Es culpa suya que están muertos. Es culpa suya que estés sola. La culpas. ¿No es así?

—¡Sí, la culpo! —La furia me rebosa por los poros, oscura y de sagradable—. Esa perra nos sacó de las minas y nos dejó en un campamento para que nos pudriéramos. La Mano Roja se lo llevó todo. Y ella no los detuvo. Ni siquiera lo intentó, porque tenía mierdas más grandes de las que preocuparse, como las galas de cumpleaños y sus paseos por los malditos jardines. Están muertos porque prometió algo que no podía cumplir. —Clavo un dedo en la mesa—. Pero no trabajo para nadie. Y nunca haría daño a un niño.

Pierdo la compostura cuando pronuncio la última palabra. La tenía encerrada dentro, esta ira, creía que podría mantenerla controlada y olvidarme del dolor. Pero nunca lo he olvidado. Estar más cerca de estas personas lo ha empeorado. Philippe vio que hay algo todo dentro de mí y lo usó. La rosa me mira con ojos compasivos.

—Traed el Oráculo —dice en voz baja.

—El Oráculo... —susurra Níobe.

—Tienen a Pax y Electra —le recuerda Daxo—. Ya has visto a padre. ¿Qué crees que les están haciendo a ellos? —A su madre se le hunden los hombros—. Tiene que hacerse. Holiday, sujétala.

La gris duda.

—¿Lo sabe la soberana?

—Somos su consejo —contesta Teodora—. Le dijiste a Darrow que protegerías a su familia. Cuando regrese, ¿quieres decirle que fracasaste?

Las manos de Holiday me magullan los hombros cuando me agarra. Daxo mete la mano en el acuario y libera al monstruo tallado. Sus patas arañan el aire mientras se acerca a mí. El aroma de su carne pálida es dulce, como las almendras garrapiñadas. Lleva la cola de escorpión cubierta con un capuchón de plástico y la ondea cuando ve mi antebrazo expuesto. Tiemblo de miedo, les ruego que lo detengan. Pero no me escuchan. Sabía que esto pasaría. Sabía que la soberana haría que sus hombres me despellejaran. Pero eso no hace que el horror sea más fácil. En la otra mano, Daxo lleva un cuchillo pequeño. Me hace una herida superficial en la parte inferior del antebrazo.

—¡Para! —le ruego—. ¡Por favor! Os estoy diciendo la verdad.

—Pronto lo sabremos.

La criatura se abalanza hacia la sangre y comienza a succionar. Sus patas frías y resbaladizas me abrazan como los dedos de una anciana. Me estremezco de horror, pero no puedo escapar de la presa de Holiday.

—Comencemos de nuevo —dice Teodora—. ¿Quién...?

—¿Qué estáis haciendo? —dice una voz furiosa a mi espalda.

Níobe hace una reverencia. Daxo la imita, aunque la suya es menos profunda.

—Virginia. La chica no cede —contesta—. Necesitamos saber lo que sabe.

Giro el cuello y veo a la soberana bajo el marco de la puerta, vestida con una túnica blanca.

—¿Acaso te dije que podías torturarla, Daxo?

Él la mira a los ojos sin inmutarse.

—No es necesario que lo veas. Para eso nos tienes a nosotros.

—Porque soy una flor tan frágil que necesito almas audaces que torturen en mi nombre —dice con desprecio—. Níobe, ¿tú también?

—Después de lo que le han hecho a Kavax...

—Sí. ¿Y qué diría él de esto? —Espera. Luego, tras desenvainar su filo, llega a mi lado dando zancadas y agarra la cola de púas de la criatura que me está chupando la sangre. La apuñala en la nuca y la criatura grita como un niño humano mientras su cola se agita entre los dedos de la soberana. Ella la arroja al suelo, donde se arrastra y, finalmente, sufre los estertores de la muerte. Se vuelve hacia Teodora—. Te dije que mataras a todos esos monstruos. Hace años. ¿No me oíste o es la insolencia que debo esperar ahora de mi maestra espía?

—Conservé una camada —dice Teodora—. Haría cualquier cosa por proteger a tu familia.

—Si Darrow estuviera aquí...

—Lo miraría a los ojos y le diría que no me pararé hasta encontrar a su hijo, sin pedir disculpas y sin remordimientos.

—¿Y le dirás que su hijo está perdido? —La pregunta pilla a Teodora desprevenida—. Oh, ¿pensabas que no sabía que lo ayudaste a entrar en la Fondoprisión para liberar a un criminal de guerra que intentó asesinar a mi familia mientras dormíamos?

—Virginia...

—No. —La soberana levanta una mano—. Estoy cansada de que mi propio consejo me trate como a una niña porque he decidido obedecer las leyes. No

sois distintos de Victra. Confundís la moralidad con ingenuidad. Marchaos. No quiero seguir viéndoos a ninguno. Es hora de que hable a solas con la chica.

50
LIRIA
Madre

La soberana me mira desde la silla desocupada de Daxo.

Me siento destrozado y débil por el interrogatorio. El horror del Oráculo no se ha desvanecido. Aún siento sus patas alrededor del brazo.

Solo Holiday se queda con nosotras en la habitación. Miro a la gris por el rabillo del ojo, inquieta, pues sé que si hay dolor, vendrá de ella.

La soberana va vestida con sencillez, y lleva el pelo recogido en una coleta a la altura de la nuca. A diferencia de la mayoría de los dorados que se ven por la calle, ella no lleva joyas, solo un anillo con un león de oro en el dedo corazón izquierdo, el de la Casa de Augusto, y un anillo de hierro de un lobo aullante en el derecho. Es más joven de lo que pensé cuando la vi por primera vez. Pero su juventud no la hace parecer vulnerable. La hace parecer viva, poderosa. No es de extrañar que un chico de las minas se enamorara de ella. Antes pensaba que era una traición, que debería haberse quedado con los suyos. Pero ¿cómo habría podido resistirse a una mujer así?

—Mis disculpas por todo esto —dice en voz baja—. Están... asustados.

Asiento, sin apenas oírla.

—Tu hijo...

Me interrumpe.

—¿Por qué has vuelto? Estuvieras trabajando para alguien o te estuvieran utilizando, ya sabías los peligros que conllevaría volver aquí.

—¿Qué importa eso? —pregunto frustrada—. Estamos perdiendo el tiempo. Tu hijo está ahí fuera...

—¿Crees que se me escapa ese dato? —Niego con la cabeza—. Entiende que eres una extraña para mí. Te he visto dos veces, una en la sala de reuniones de Quicksilver y de nuevo en la pista de aterrizaje... —¿Me vio mirándola allí? Estaba a cien metros de distancia. ¿Es que no se le pasa nada por alto?— ...y las dos veces estabas escuchando y viendo más de lo que te correspondía. Eso, tu expediente y el testimonio de los sirvientes y el mayordomo de Telemanus son toda la información que tengo sobre ti. Dicen que eres una persona airada, sentenciosa y solitaria. El vivo retrato de un terrorista. Entonces, volviendo a tu pregunta: ¿por qué importan tus razones para volver? Porque cualquier información que ofrezcas es sospechosa. Si quieres que te crea, primero debes hacerme creer en ti. Si fallas...

—Entonces ¿vuelves a torturarme?

—No. Dejo de desperdiciar mi tiempo. ¿Por qué has vuelto?

—Porque es lo correcto.

Ella niega con la cabeza.

—No es suficiente. Inténtalo de nuevo.

No sé qué respuesta quiere. Pero entiendo que no vale con responder sus preguntas con claridad como he hecho con las de los otros. La soberana no es como ellos. Entonces, ¿cómo puedo llegar a ella? ¿Cómo la hago entender? Escudriño su rostro y no encuentro ninguna pista. Pero tenemos algo en común. Y tal vez sea lo único.

—Tu... esposo era rojo... —digo vacilante.

—Es rojo —corrige—. Diga lo que diga el Vox Populi.

—Si has visto mi dossier y has hablado con Kavax, ya sabes cómo llegué aquí, a la Luna. Lo que... lo que le pasó a mi familia. Y sabes que traje a mi sobrino conmigo y que está en la escuela de la Ciudadela.

Me toco los emblemas del dorso de la mano, cohibida.

—Si huyo, Liam crecería sin familia, pensando que su tía era una

terrorista. Y se sentiría pequeño durante el resto de su vida. Pensaría que lleva el mal en la sangre. Que merece que lo humillen. Y creería lo que dicen de nosotros, de los rojos, que uno solo de nosotros valía más que el resto juntos. Y sobre gamma, que llevamos la codicia en las venas. —Niego con la cabeza—. Antes me arrancarían los ojos que dejar que sienta eso. Yo... le prometí a mi hermana que lo protegería. Y lo haré. Liam estará orgulloso de quién es, de quién era su familia y de la sangre gamma que corre por sus venas. Así que méteme en la Fondoprisión. Mátame. Mi vida no vale una mierda. La de tu hijo sí. Y la de la niña también. Y si puedo ayudar a salvarlos, entonces Liam podrá mantener la cabeza bien alta. —Me detengo—. Y por lo tanto yo también.

Ella me mira sin sonreír. El momento se prolonga. No he conseguido llegar hasta ella. No soy tan lista como ellos. En el fondo lo sé. Pero entonces sonrío.

—Eso es algo en lo que puedo creer.

Respiro aliviada y dejo que mis manos se relajen; no me había dado cuenta de que llevaba todo este tiempo apretando los puños.

—La clave de este asunto parece ser el hombre al que llamas Philippe. — Le hace un gesto a Holiday. La mujer abre su terminal de datos sobre la mesa y espera sus instrucciones—. ¿Dónde lo conociste?

—En el Paseo Marítimo de Hiperión, delante del museo. Acababa de salir de la exposición y una dorada... una mujer me acusó de haberle robado. No era verdad. Creo que fue otro rojo. Me pusieron unas esposas y ya estaban a punto de llevarme al calabozo cuando Philippe se acercó y los convenció de que me soltaran.

—Eso fue el martes diecisiete —confirma.

—¿Cómo lo...? —De repente, caigo en la cuenta—. Mi flexipase.

La soberana mira la proyección del terminal de datos de Holiday. Varias

imágenes, tomadas desde distintos ángulos, en las que aparezco recorriendo el museo brillan en el aire.

—¿A qué lado del museo lo conociste?

—En la entrada oeste.

—Ese es nuestro punto negro, ¿no? —le pregunta la soberana a Holiday.

La gris asiente.

—Encriptaron las cámaras de esa zona con dispositivos láser.

—Tal como nos figurábamos, allí pasó algo. Es probable que el carterista rojo trabajara para Philippe. —Observo el funcionamiento de su mente y me pregunto qué más habrán averiguado mientras yo corría por mi vida—. Si Philippe disuadió a los agentes, entonces no habrá ningún informe sobre el incidente. Pero los agentes llevarían cámaras corporales. Holiday...

—Ya en la Comandancia Central de Vigilantes, buscando agentes de guardia en el área. —Guardia silencio—. Mierda. Hay más de cien. Si tuviéramos el nombre...

—Agente Stefano —digo bruscamente—. Era el agente de más edad. Por lo que dijo, fue Guardia de Cohorte.

La soberana me mira sorprendida.

—¿Holiday...?

—Encontrado. Stefano ti Gregorovich, sargento primero. Estaba de guardia en el museo ese día.

Holiday me mira de soslayo.

—Muy bien, Liria —dice la soberana.

Holiday activa la cámara corporal de Stefano y repasa su día a toda velocidad. Comienza en el vestuario de la comisaría, pasa por las interacciones con vagabundos y jóvenes encapuchados que pintan grafitis de la soberana apareándose con un lobo y por fin llega a mí. Pasan deprisa la

grabación de mi arresto. Y, justo cuando me suben a la furgoneta, la imagen se distorsiona.

—Pasa diez minutos muerta —dice Holiday—. La de su compañero también.

—Entonces tenemos un fantasma —dice la soberana—. Un gravipozo, una puerta blindada, cero ADN, información de los itinerarios de la Ciudadela... No es un operador de baja estofa. Pero al menos reduce el campo. No creo que sea la Mano Roja, a pesar de la marca: no tienen tantos recursos. ¿Fuiste a algún otro lugar con él? —Le cuento los sitios que visitamos. Mientras Holiday trabaja, la soberana continúa—. ¿Y en qué momento te dio Philippe el dron de pulso electromagnético?

—No fue ese día. Fue más tarde.

—¿Bajo qué pretextos te lo ofreció?

—¿Perdón? ¿Pretextos?

—¿Por qué te lo dio? Y más importante aún, ¿por qué lo aceptaste?

—Me dijo que era porque éramos amigos —admito con vergüenza—. Debí darme cuenta de que algo iba mal. Asistí a la formación de seguridad. Sé que se supone que no debemos aceptar regalos, pero...

No lo digo. Pero lo pienso. Me sentía sola.

—No te culpes. Si sabía que debía convertirte en su objetivo, conocía lo bastante bien tu puesto en la casa de Telemachus para saber en qué parte del itinerario estarías con mi hijo y en qué momento os encontraríais en la posición adecuada para que su plan entrara en vigor. Eso significa que tenía acceso a tus archivos personales. Sabía lo de tu familia. —Esboza una mueca—. Sabía cómo jugarte.

Jugarme. Como si ni siquiera fuera una persona. Cuando le conté lo de mi familia, él ya lo sabía. Me entran náuseas.

—Tengo las imágenes del Parque Aristóteles y del restaurante —dice

Holiday. Entonces suelta un taco—. Están jodidas.

Las proyecta en el aire desde su terminal de datos. Aparecen una veintena de vídeos míos caminando por las calles y visitando los monumentos. Philippe me acompaña con su traje oscuro, pero en lugar de su cabeza y su rostro se ve una esfera de llameante fuego blanco.

—¿Qué es eso? —pregunta la soberana.

—Un canalla —dice Holiday, sorprendida de que la soberana no lo sepa—. Nueva tecnología del mercado negro. Se lo está haciendo pasar fatal a los Vigilantes. Utiliza un prisma de ondas de luz de alta frecuencia para crear una máscara invisible alrededor del usuario para fastidiar el reconocimiento facial. No es tan completo como un inhibidor de señal, pero tiene más alcance y es más elegante, aparte de requerir mucha menos energía para su funcionamiento. Es del mismo tipo que los que se usaron en la Tierra el mes pasado.

Intercambian una mirada cómplice.

—¿Podrían estar conectados? —pregunta Holiday.

—La verdad es que no veo cómo. A menos que fuera una estratagema para sacarlo a la luz. Si ese es el caso, podemos esperar que todo esto se haga público pronto. Si no lo hacen público, entonces sabemos que el rescate será político y que yo soy el objetivo. O Victra.

Holiday absorbe las consecuencias de eso a un nivel más profundo que yo. Vuelve a mirar las pantallas, cada vez más pálida.

—En el restaurante también pagó con una tarjeta de débito fantasma. Una cuenta anónima que ahora tiene un saldo de cien créditos. La tarjeta se usó solo ese día, una vez en un proveedor de tecnología para comprar un terminal de datos, dos veces en museos, en una cafetería, en el restaurante y en una tienda de la calle Alemaide.

—¿Qué compró en la tienda? —pregunta la soberana.

—Artículo 22342C. Compruebo la referencia en el catálogo en línea. —Se queda callada—. Un león de juguete.

—Se está burlando de nosotros.

La soberana mira por la ventana, justo cuando pasa un barco, y piensa. Desde que ha comenzado el interrogatorio, su rostro no ha dejado translucir lo que ocurría por dentro. Pero ahora veo lo asustada que está. Vi la misma expresión en el rostro de mi hermana cuando le dije que la Mano Roja había llegado. No hay nada como el miedo de una madre. Siento una pena repentina por la mujer.

—Encontramos un rojo en la escena del accidente. Muerto. Cuerpo abrasado. ¿Viste más cómplices?

—Llevaba un cuervo con él —respondo.

—¿Tenía un obsidiano? —pregunta Holiday con la voz tensa—. ¿Qué aspecto tenía?

—Era una mujer.

Analiza mis palabras.

—¿Mujer?

—La vi por detrás. Grande, pelo blanco... Ella... fue quien disparó a Kavax.

—¿Tienes alguna idea de por qué te sacó con él de la lanzadera? —pregunta la soberana—. Esa es la única pieza de todo esto que no encaja.

—No. Iba a matarme. Me apuntó a la cara con el arma y todo eso. Pero al final no lo hizo. Me sacó a rastras y me dijo que me iba a liberar, a darme algo de dinero para comenzar una nueva vida.

La soberana frunce el ceño.

—Los hombres a los que Philippe les entregó los niños. ¿Recuerdas algo sobre ellos, aparte de lo que ya nos has dicho?

—No pude ver casi ninguna cara. Estaba oscuro e iban de negro. Pero

había uno... un rosa. El jefe.

—¿Recuerdas algo más de él? ¿Un nombre? ¿Una cicatriz? ¿Un anillo?
Cualquier cosa...

—No... espera. —Busco en mi memoria—. Tenía un bastón.

—¿Tenía algún adorno?

Entorno los ojos, tratando de recordar.

—Era blanco, el palo. La parte superior era negra. Con forma de monstruo.

—Un monstruo —repite la soberana—. ¿De qué tipo?

—No podría decirlo, pero parecía que tenía brazos... montones de ellos.

La soberana saca su propio terminal de datos y proyecta en el aire la imagen de una criatura carnosa y de múltiples extremidades.

—¿Es este el monstruo?

—Creo que sí. Sí.

La soberana me mira con fijeza.

—¿Estás seguro de que era esto lo que había en su bastón?

—Claro. Quiero decir, sí. ¿Por qué? ¿Qué significa?

No me responde. Holiday se revuelve, preocupada.

—Señora...

La soberana se levanta de la silla y camina hacia la ventana, donde permanece casi un minuto entero antes de hablar.

—No es un monstruo, Liria. Es un cefalópodo. Un pulpo. Es el símbolo del Sindicato. —Se vuelve para mirarnos—. El Sindicato tiene a mi hijo.

Un miedo oscuro rebosa de sus ojos hacia la habitación. Y por primera vez, no parece tener el control, ni de esta habitación, ni de este mundo, ni del destino de su propio hijo.

—El Sindicato... —repito.

Incluso en Marte conocemos la existencia del Sindicato. Los rojos pagaban

su salario de tres años para que llevaran ilegalmente a sus familias a Agea, Ática o incluso a la Luna. Muchos no lo lograban jamás.

—Es una organización criminal muy evolucionada que gobernó el inframundo de la Luna durante años —explica la soberana—. Cuando la Sociedad cayó, se produjo una guerra civil entre ellos hasta que un nuevo líder unió a los supervivientes y luego purgó al resto de las bandas. Se la conoce como la Reina. Es probable que el hombre que viste sea uno de sus duques. Yo diría que el duque de Manos, su príncipe de los ladrones. Hasta donde yo sé, eres la única persona ajena al Sindicato que lo ha conocido y conserva la vida. Lo más seguro es que tu Philippe fuera uno de sus matones.

—No pueden ser ellos —susurra Holiday—. No son más que delincuentes. No se atreverían a enfadar a la soberana...

—No se habrían atrevido con Octavia, no. Pero a mí no me tienen miedo. Igual que el Vox Populi. —Se queda callada y mira hacia la puerta por la que ha salido su consejo—. Quizá Victra tenga razón. Yo he lo he propiciado. Renuncié a mis dientes y mis garras.

—Que le den a Victra. La República nunca debería ser la Sociedad —dice Holiday con firmeza—. ¿No es ese el objetivo de todo esto?

—¿Qué fue lo que dijo Lorn una vez? «La clemencia envalentona a los malvados».

—¿Por qué quieren a tu hijo? —pregunto.

—Para hacer presión... —Tiene una epifanía, pero no la comparte—. Holiday, necesitamos que Teodora se ponga en contacto con Darrow. Convoca una reunión de emergencia del consejo de la soberana. Luego encuéntrame a Dancer. Lo quiero en mi oficina dentro de una hora.

—¿Y qué hay de la niña?

La soberana me mira.

—Necesitaré que testifiques. Y habrá más preguntas. De momento, mi

mayordomo se encargará de que tengas comida y una habitación.

Holiday me señala la puerta. Me echan. Quiero desearle lo mejor a la soberana, decirle que rezaré por su hijo. Pero dudo que mis palabras sean bien recibidas.

—Espero que la pistola ayude —digo—. No pensé en las huellas digitales hasta después. Tenía la cabeza embotada. Pero a lo mejor conserva alguna de las tuyas.

—¿Pistola? —pregunta la soberana, que se da la vuelta—. ¿Qué pistola?

Holiday parece tan perpleja como su señora.

—El arma que tenía cuando llegué al puesto de control —contesto—. La robé del coche de Philippe. Es suya.

La soberana se vuelve de golpe hacia Holiday.

—¿Dónde están los Vigilantes?

—En espera.

—Envía un equipo al puesto de control. Ya. Diles que pongan el lugar patas arriba.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—No nos han entregado ningún arma.

—Les dije que era de él.

—Bueno, pues ellos no nos lo dijeron a nosotras —dice Holiday.

Los equipos de Guardianes del León llegan al punto de control por aire. Los vemos a través de las holocámaras de sus cascos mientras registran el edificio. Encuentran la pistola guardada en una bolsa de botas al fondo de la taquilla de un Vigilante.

—Es una omnívora de Vulcano —dice Holiday con voz distante—. Solo se hizo una línea hace unos sesenta años. Es un artículo de coleccionista. Vale decenas de miles de créditos. Alguno de ellos debe de haberla robado para venderla.

Tardo un segundo más que la soberana en detectar el extraño tono de voz de Holiday.

—Ejecutando análisis forense —dice uno de los Guardianes del León por el intercomunicador.

Un holo del arma aparece en el centro de la mesa de conferencias de la soberana. Mis huellas dactilares aparecen en el cañón, el gatillo y la empuñadura. Pero hay un segundo juego de dedos más grandes destacado en la batería.

—Filtrando por el Índice —dice Holiday en tono fúnebre—. Coincidencia encontrada. Registro de la Compañía de Seguros Piraeus, 741 EPC. —Traga saliva con dificultad—. Efraín ti Horn, investigador de reclamaciones.

El rostro moreno de un hombre de unos treinta años aparece en el aire. Tiene los ojos estrechos y traviosos, la boca apretada en mueca burlona. Es mucho más joven que Philippe, tiene la nariz más pequeña y el rostro más delgado.

—¿Es este tu Philippe? —pregunta Holiday.

—Tiene la nariz más pequeña. Y las mejillas diferentes.

—Es posible que usara prótesis.

Me acerco al holo cuando Holiday reproduce un vídeo de una entrevista del archivo personal del hombre. Está sentado con los pies sobre el escritorio, hablando a la cámara con un aburrido dejo de la Luna. «Parece que el caso del Renoir desaparecido no se debe a la astucia de un ladrón balconero, sino a un mero caso de bancarrota debido a la putrefacción moral. Esto es un fraude. Sencilla y claramente. Recomiendo negar la recuperación y mandar a ese cabrón a Whitehold».

—Es él. Es ese maldito cabrón en carne y hueso.

Holiday deja escapar un suspiro pesado y herido.

—¿Lo conoces, Holiday? —pregunta la soberana.

La mujer robusta asiente y ríe con tristeza.

—Podrías decirse que sí. Es mi cuñado.

51

EFRAÍN

Gancho estelar

Es mi último día en la Luna. Todavía estamos en el ciclo oscuro, pero el amanecer mancha el este. Me siento en la terraza climatizada de la suite de hotel que he alquilado para contemplar el alba incipiente con un vaso de vodka en la mano. Mañana Volga y yo tomaremos la lanzadera privada que he contratado y volaremos hacia la Tierra, adonde van a desaparecer todos los enemigos del Estado. El control digital del viejo planeta no ha alcanzado ni por asomo al de la Luna. Marte era una opción, pero es demasiado inestable para mi gusto. No he parado de beber desde que me llegó la noticia de que uno de los gorilas del Sindicato ha matado a una chica roja cerca del almacén. Le sirvo un vaso de vodka al conejito. Agrego un zoladón para mí.

Habrá muerto ensangrentada y asustada en un callejón. Mutilada por hachas y filos, igual que su familia. El dolor que siento en el pecho se desvanece cuando el zoladón extiende sus fríos y descuidados dedos por mi cuerpo.

Sobre la extensión de la Masa y el parpadeante paisaje urbano, veo Hiperión. Más allá, una tenue mancha rosa sangra en un cielo magullado, lleno de ganchos estelares y satélites titilantes, y del filón de naves de los MIA, que se abren paso hacia el espacio.

Pronto me encontraré en uno de ellos. No lo bastante pronto.

Los asesinos de Corazón de León, incluida Holiday, estarán despellejando Hiperión.

Levanto la mirada cuando Volga sale al balcón. Vinimos directamente

desde nuestra reunión con el duque y pagamos en efectivo una de las suites del ático. Están acústicamente aisladas y vienen equipadas con sistemas de seguridad autónomos y cristales ahumados para tener mayor privacidad. Busco debajo de mi axila la sensación tranquilizadora de mi omnívora, pero solo encuentro cuero vacío. Estoy desnudo sin esa arma.

Vuelvo a mirar hacia la ciudad que ha sido mi hogar desde que mi madre me escupió al mundo, el cachorro más joven de seis. Yo solo era un cheque del gobierno para ella. Y para el gobierno, yo solo era otro perro para la manada. Nunca me engañé pensando que mi ciudad se preocupaba por mí, pero yo me preocupaba por ella de una manera en la que nunca me preocupé por la Sociedad. Luché para liberarla. Luché por ella cuando los dorados vinieron a reclamarla. Ahora cambia a mi alrededor. Lo nuevo la devora. Y en el corazón de lo nuevo hay algo que no entiendo. Un salvaje y frenético clamor por el poder, por la riqueza: una guerra de todos contra todos.

Yo les seguí el juego, pero no era yo.

Cuanto más pienso en el Sindicato, más comprendo que era natural que se aburrieran de dirigir el mundo del pequeño crimen de esta luna. Por supuesto que intentaría alcanzar el siguiente escalón, por política. Les he dado un empujón.

¿Por qué quieren a los niños?

Pensé que podría cerrar el libro de este trabajo como el de todos los demás. Pero esto es diferente, más grande, y no puedo engañarme para olvidarlo. Cira y Dano están muertos porque yo los metí en esto. No solo en el trabajo con el Sindicato, sino en esta vida. Miro a Volga, que está al otro lado de la terraza, con los brazos cruzados sobre el pecho como si fueran baluartes. Mi única amiga. No era una delincuente hasta que me conoció. Ella estaba enamorada de la idea de la ciudad. De tantas personas y de tantos lugares.

Luego la arrastré hacia las sombras porque necesitaba un perro guardián. Estaría mejor sin mí. Todo el mundo está mejor sin mí.

Bajo las garras del zoladón, la idea se me sirve fría, envuelta en una lógica prístina.

El ruido de las holonoticias fluye desde la sala de estar de la suite hacia el balcón. Una tormenta de lluvia se acerca a Hiperión. El Segador ha sido visto en Marte y los obsidianos están desapareciendo a lo largo y ancho de la República. No han aparecido noticias del secuestro en los holos. Nada, aparte de un comentario acerca de un barco del gobierno que ha caído por culpa de un fallo mecánico y de que todos los que iban a bordo han sobrevivido.

El silencio es parte del juego.

La soberana está comprometida. Ellos tienen a su hijo. Pero ella lo mantiene en secreto para evitar que Dancer y los de su calaña le saquen ventaja. Entonces, ¿qué pedirá el Sindicato como rescate? Esa es la pregunta del billón de créditos.

—¿Te arrepientes? —pregunta Volga.

—Sé más concreta. ¿De vender niños? No. Eso me encanta. ¿De que un señor del crimen psicópata se burle de mí y de que ahora me persigan dorados sociópatas? Son cosas divertidas. ¿O tal vez que hayan masacrado a nuestros colegas delante de nosotros?

Siento la tensión que se me acumula en el cuello y me burbujea en el cerebro, así que saco un segundo zoladón y juego con él en la palma de la mano. Estoy a punto de tragármelo para sentir el dulce entumecimiento, cuando Volga me lo quita y se lleva el dispensador de la mesa que tengo al lado.

—Volga, no seas idiota.

—Se acabó.

—Dame el dispensador. Volga...

—Estoy harta de que vayas por ahí dormido. Estoy cansada de verte atontado. Es demasiado sencillo para ti: te sientes mal, te tragas una píldora. Esnifas polvo. Bebes alcohol. Te sientes bien.

—¿Tengo aspecto de alguien que se siente bien?

—No. —Sus grandes labios se curvan—. No sientes nada.

—Dame el dispensador.

—No.

—Volga, mierdecilla pálida. Dame mi dispensador.

—No eres mi amo. Ven a cogerlo, si lo quieres —dice encogiéndose de hombros.

Me precipito hacia él y me empuja hacia un lado, así que me tropiezo con una de las sillas y me desplomo. Un dolor cegador me atraviesa la vieja herida de la rodilla derecha. Volga no se disculpa cuando me desembarazo de la silla.

—Devuélvemelo.

—Ve a por él.

Lo tira por el balcón y el dispensador cae dando vueltas hacia el tráfico aéreo que circula más abajo. Corro hacia el borde y lo veo desaparecer de la vista.

—Monstruito —mascullo.

Abre las fosas nasales de par en par. Me empuja de nuevo con la mano izquierda y su gran fuerza me hace retroceder tambaleándome. Las costillas que tengo rotas me alancean de dolor. No puedo respirar. Volga viene otra vez a por mí y me golpea en el pecho una vez más. Me caigo al suelo. Me estampo con fuerza contra el balcón de mármol, golpeo la piedra con los omóplatos.

—¿Sientes algo ahora? —pregunta.

—Oh, que te... jodan.

Toso. Me pone una bota en el estómago y comienza a hacer presión hacia abajo.

—¿Y ahora?

Me llevo la mano derecha a la bota para coger el aturdidor que oculto allí. Lo disparo contra su pierna. La piel de debajo de sus pantalones crepita y arde. Volga esboza una mueca de dolor, se le oscurecen los ojos cuando el dolor hace resurgir la sed de sangre escondida en sus genes.

—Volga... —digo—. ¡Volga, no!

Me levanta, enfurecida, con la misma facilidad que si fuera un cojín; me sostiene con ambas manos, a punto de tirarme por encima de la barandilla del balcón. Miro las antenas, cientos de metros más abajo.

—Hazlo —digo con desprecio—. Vamos. Hazlo, monstruo.

La presa se afloja y mi mundo se reorienta cuando me posa en el suelo. Me siento en el mármol, respirando con dificultad. Ella se derrumba en la silla, a punto de romperla, y me mira con lágrimas en los ojos.

—No soy un monstruo. No lo soy. —Me mira con los ojos rojos e hinchados—. Pero tú sí. Eran solo unos críos.

—Sabías lo que estábamos intentando hacer —le digo mientras me froto las costillas. Está claro que me ha partido unas cuantas más—. Que alguien podía morir. ¿Ahora lloras porque no eres capaz de gestionar la culpa? —Resoplo—. Madura. Has formado parte de ello. Como yo. Ahora vete a comprarte unas agallas y un buen polvo con todo ese dinero ensangrentado. Júpiter sabe lo mucho que necesitas ambas cosas. —Me mira como si no pudiera creer lo que está oyendo. No sé qué otra cosa podía esperar. La obra está hecha. Es momento de pasar página—. ¿Por qué lo aceptaste siquiera, si te lo ibas a tomar tan a pecho?

—¡Lo hice por ti! —exclama con voz lastimera—. Lo hice porque me necesitabas. Yo siempre te he necesitado. Tú me trajiste aquí. Eres mi familia

y yo nunca he podido hacer nada por ti. Cada vez que lo intento, te cabreas. «Vete a casa, Volga. Vete a la mierda, Volga». Pero, mira por dónde, esto era algo que podía hacer para ayudarte. Podía protegerte, como tú me proteges a mí. No sabía que sería tan difícil.

Se queda ahí sentada, intentando dejar de llorar. Sus enormes hombros se sacuden sin parar.

No sé qué hacer.

—Tú solo piensa en las nuevas aventuras que estamos a punto de comenzar —digo con voz distante—. Una gira por África. Marisco. Animales. ¡Las putas de la costa de Barbaria!

Me mira con los ojos abultados.

—¿Crees que los matarán?

—No. No los matarán. Ya oíste al duque: nada de juego sucio. ¿De qué sirve un rehén muerto? Querrán más dinero o algo así, supongo. No lo sé. No importa. No es asunto nuestro.

—¿No es asunto nuestro? Somos parte de esto, Efraín. Parte de la República.

—¿Por qué? ¿Porque vivimos aquí? Esas son las mierdas que quieren que pienses para que sigas creyendo que te juegas el pellejo. Es todo una estafa, princesa. Nunca luchas por ti mismo, siempre luchas por ellos. Los Lune, los Augusto, el Segador, ¿cuál es la maldita diferencia?

—¿Por qué eres así?

—¿Cómo?

—Malo.

Suspiro.

—No soy malo.

—Entonces, ¿qué eres?

—Realista. No puedes cuidar de nadie. Las cosas no funcionan así. Lo

único que puedes hacer es cuidar de ti mismo. No lo hará nadie más.

—Te cuidaría.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Crees que esos niños se preocupan por ti? ¿Crees que se convertirían en personas que se preocuparían por ti? Para ellos, no eres más que un arma.

—¿Y qué soy para ti? —pregunta Volga—. Si no fuera un arma, no me conservarías a tu lado.

—Bueno, lo que está clarísimo es que no te mantengo a mi lado por la calidad de tu conversación.

Por la expresión de su rostro, sé que por fin he ido demasiado lejos.

Algo se rompe. Algo importante.

—Volga.

Tiendo una mano con tibieza, como si Volga estuviera cayendo, cuando da un paso atrás para alejarse de mí. Pero luego bajo la mano, y ella me ve hacerlo, y se da la vuelta y se marcha. La puerta de la suite se cierra y ella desaparece, y en el fondo sé, bajo la marea fría del zoladón, que así es como termina nuestra historia juntos.

Solo otra vez. Y mejor.

Salgo de la habitación del hotel poco después que Volga. No vuelvo a mi casa, pues temo que la Inteligencia de la República, o quizá Gorgo, me hagan una visita. Me sorprendo en la calle del apartamento de Cira, mirando el edificio de cristal que se eleva hacia el cielo como un pedazo de cuerda al final de un conducto de ventilación. Quería ver dónde vivía Cira. No sé por qué. Tal vez para cerrar la herida. Para ver cómo vivía y poder entender así por qué me clavó un cuchillo por la espalda; pero no puedo entrar. Hay escáneres de retina en el vestíbulo, y el edificio cuenta con guardias privados.

Así que me quedo en la calle bajo la lluvia, contemplando el edificio y preguntándome cuál será la ventana de cristal desde la que Cira se asomaba y

nunca volverá a asomarse, y me doy cuenta de que nunca entendí quién era, no de verdad. Ni ella ni Dano. Porque los dejé plantados en la calle, mirando hacia dentro, y ellos me devolvieron el mismo favor.

Camino por las calles, dejo atrás el vapor que sale de las alcantarillas, cruzo un bosque de vendedores de fideos y de comerciantes de carne técnica, todos tratando de llamar la atención de los transeúntes. Transmiten un caleidoscopio de anuncios sexuales desde los emisores de holos que llevan posados sobre los hombros como gárgolas metálicas. Camino por la antigua ruta que Trigg y yo solíamos tomar desde el Paseo Marítimo, pasando por los Jardines de la Gravedad y siguiendo hacia el sur hasta la Ciudad Vieja. Voy más allá del camino que recorríamos juntos y continúo hacia las primeras horas de la madrugada, el tiempo suficiente para presenciar el cambio de la guardia de los hombres de noche a los del día. Y todo ello bañado en el rosa brumoso del largo amanecer.

Mientras la ciudad se despierta, me tomo un desayuno de fideos de canela pastosos y café en uno de mis puestos favoritos al borde del muelle y alimento a las gaviotas como solía hacer Trigg. Más abajo, en el agua del Mar de la Serenidad, grandes robots de limpieza recogen basura. Después, cojo un taxi hasta mi trastero. En una de las habitaciones privadas, otro robot delgado con brazos de carretilla elevadora deposita la caja de metal sobre la mesa y se va. En la caja están mis maletas ya preparadas. Son dos, ambas de cuero negro y lustroso. Me sorprende lo mucho que me deprime pensar que esto es todo lo que queda de mi vida. Un ladrón sin nada que valga la pena guardar en una maleta. Parece un chiste malo. Tal vez esto sea lo que he estado buscando. Una oportunidad de comenzar de cero. No tengo nada aparte de las pilas de divisas de plástico duro que contienen las bolsas, identificaciones, varias fundas de ADN, dos trajes, las dos pistolas y un alijo

de píldoras de zoladón de repuesto. Me las guardo en el bolsillo, pero todavía no me tomo ninguna. Me las reservo para el viaje.

Cojo un taxi hasta el gancho estelar aéreo privado, un puerto flotante en forma de estrella para los ricos y famosos, situado tres kilómetros por encima de la ciudad. Está suspendido sobre graviascensores y dispone de espacio suficiente para que atraquen diez yates privados. Es ofensivamente caro alquilar un barco privado, pero necesito ir armado, así que los vuelos comerciales quedan descartados. El taxi me deja en el nivel superior del gancho estelar, el de recepción. Después despegamos desde la pista de hormigón y se sumerge de nuevo en el flujo del tráfico terrestre, mientras que yo permanezco en una extensión del tamaño de un parque sobre las nubes. Una rosa moderna me recibe detrás de un mostrador, vestida con un uniforme blanco, una gorra ladeada sobre la cabeza y un abrigo de piel. Me estremezco en el aire enrarecido.

—Buenas tardes, ciudadano. Bienvenido a Céfiro Transterrestre. ¿Va a facturar para su vuelo de hoy?

En el bolsillo, me pongo una de las fundas de ADN transparentes sobre el dedo. Finjo lamerme el dedo y lo paso sobre su analizador de muestras.

—Ah, señor Garabaldi. —Sonríe con amabilidad cuando su ordenador registra una de mis falsas identidades—. Nos alegramos mucho de tenerlo hoy aquí. El Viento de Eurídice estará listo para recibirle en treinta minutos. Sus pilotos están realizando verificaciones previas al vuelo.

—¿Soy el primer pasajero en llegar?

Comprueba el manifiesto.

—Sí, la señorita Bjorl aún no ha llegado.

—Avíseme cuando lo haga.

—Por supuesto. Puede partir cuando lo desee en cuanto concluyan las comprobaciones previas, pero hasta entonces lo invitamos a disfrutar de los

servicios mundialmente famosos de la terminal. —Me pasa un holomapa desde su terminal de datos. El mío lo recibe—. Verá que tenemos dos spas, una piscina de agua salada, cápsulas de realidad alternativa, masajes y personal de placer. También disponemos de una sala de juegos, dos salones... El crepúsculo y el cielo...

Sigo a un botones que lleva mis maletas hasta un bar bien equipado. Un hombre toca el piano en la esquina de la sala bañada por el amanecer. Me siento en el cuero de color crema, de espaldas a los bancos de nubes y el cielo rosa e inquietante, con la mirada fija en la puerta, esperando que la corpulencia inmensa de Volga la llene. Otros pasajeros vienen y van. La mayoría son dorados y plateados, y sus conversaciones tintinean como cucharas en porcelana china. Algunas son actrices que reconozco, y uno o dos corredores famosos. Pronto empiezan a sonarme como el zumbido de los mosquitos en los oídos: claustrofóbico, irritante. Los calambres por la abstinencia de zoladón han comenzado. Aun así, no me lo tomo.

Me he terminado la tercera copa y Volga sigue sin llegar. Me dirijo al barco, donde conozco al capitán azul y a la tripulación de vuelo y dejo las maletas en los dormitorios. La azafata me prepara un vod ka con lichi y espero a Volga en el salón del barco. Una hora. Luego dos más.

Al mediodía, al fin digiero que Volga no va a venir. La soledad se apodera de mí. No es una punzada, a lo que estoy acostumbrado, sino la soledad profunda de saber que se ha acabado. Este es el fin. Una vida de dos maletas para uno. El final de una amistad, iniciado al rumor de las holonoticias y el golpe de una puerta. Mi último vodka con lichi me parece de repente muy insípido. La gravedad de la cabina, extrañamente ausente. Al embarcar, le pedí al capitán que activara la gravedad cero hasta el despegue. Lo hice por Volga. Era algo que echaba de menos de nuestro primer vuelo desde la Tierra hasta la Luna. Ahora ya no tiene sentido. Siempre he odiado la sensación de

estar en el espacio. Le pido a la azafata que anule la gravedad cero y le digo que estoy listo para partir. La señorita Bjorl no vendrá.

Voy al lavabo a aliviarme antes de que enciendan el motor principal. Me tomo un medicamento antináuseas y estoy a punto de regresar al salón cuando recuerdo que debería cambiar mi destino ahora que sé que Volga no vendrá, por si su conciencia puede con ella y acude a las autoridades. Adiós, África; hola, Ciudad del Eco. Subo las escaleras hacia la cubierta de vuelo. Está vacía. Silenciosa. La tripulación que me estaba preparando la comida en la cocina ha desaparecido. Reviso sus habitaciones con literas. Nada. Esto no es bueno. Paso sigilosamente por delante de la cocina y miro en el interior de la cabina. Los pilotos también se han ido. No parece haber nada extraño al otro lado de los ventanales de la cabina. La plataforma de aterrizaje está desierta y, más allá, solo hay un cielo despejado. Aun así, algo no va bien. Me saco la recortada de debajo de la axila.

¿Al final el Sindicato ha vuelto para acabar conmigo?

Me muevo por el pasillo. Siento la pistola resbaladiza entre las palmas sudorosas.

Completo el nivel superior y miro hacia abajo por las escaleras, agudizando el oído para tratar de captar algún movimiento. No oigo nada, así que bajo a hurtadillas.

En el salón escucho algo. Voces. ¿Volga? Irrumpo en la sala con la pistola por delante y me encuentro a dos mujeres mirándome desde los asientos de cuero.

—Holiday...

La palabra se me atasca en la garganta como un hueso de pollo roto. Está sentada con los codos apoyados en las rodillas, vestida de civil: pantalones negros, botas y una chaqueta de cuero color verde camuflaje que parece que lleva algún tipo de generador oculto de escudo de pulsos cosido en la tela de

la manga izquierda. Un pesado cañón de riel ocupa la funda de su muslo derecho. La mujer viene preparada para la guerra urbana. Y a su lado, con ropa nueva y el pelo recién lavado, se sienta el conejo, que transmite un odio cegador con los ojos oxidados. Lleva un brazo en cabestrillo.

—Ah, mierda...

—Siéntate, Efraín —dice Holiday.

Sigo apuntando el arma contra ellas y miro hacia el pasillo para ver si han traído a alguien más con ellas. Parece que están solas, pero es probable que haya un escuadrón de comandos lurcher esperando dentro de la terminal. Se ha acabado. Me río con amargura y señalo a Liria con un dedo.

—Se supone que estás muerto.

—Eso te facilitaría las cosas, ¿no es así?

—¿Cómo conseguiste escapar de los obsidianos?

Me hace una mueca.

—Magia.

Gruño.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—Somos el Estado —responde Holiday—. ¿Cuánto tiempo creías que podrías esconderte?

—Más de un día —admito—. ¿Os importa si me preparo una copa? ¿O cuatro?

Me encamino hacia el bar.

—Cállate y siéntate.

Frunzo el ceño y miro mi pistola.

—El que tiene el arma soy yo.

—Y la que tiene un Sucio en la bodega de carga, yo.

—Hablando de exageraciones...

Me dejo caer en el asiento que hay frente al de ella. Me sorprende notar

que no siento derrota ni miedo. En todo caso, siento alivio. Pongo el seguro y dejo el arma en la mesa que hay entre nosotros, empujándola hacia Liria.

—Estoy seguro de que quieres usarla.

—Ya tengo una —dice, y se saca mi omnívora de la chaqueta para colocársela en el regazo.

El gatillo está bloqueado. Sonríe al verla de nuevo.

—Huiste de los obsidianos. De alguna manera lograste impedir que la Inteligencia de la República te despellejara viva. Y ahora estás aquí sentada con una pistola. Debe de ser magia.

—Efraín... —comienza Liria.

—Llámame Philippe, si eso te hace sentir más cómoda.

—Que te den.

—Original. —Me recuesto y cruzo las piernas—. Bueno, ¿y ahora qué? ¿Los comandos irrumpen y me arrastran a un tanque de interrogación? ¿Me arrancan trozos para entregárselos al Segador cuando vuelva a casa? ¿O será tortura química? ¿Experiencial? ¿Me encerraréis en una holoinmersión durante un siglo relativo? ¿O tengo un billete subacuático solo de ida para la Fondoprisión?

—Esta es la parte donde nos dices dónde están los niños —dice Holiday—. Luego nos cuentas a quién se los vendiste. Lo que sabes sobre el rosa del bastón. Y cómo podemos recuperarlos. Por tu bien, espero que sepas lo suficiente para ahorrarte la acusación de traición.

—Por suerte, la pena capital ya no es una opción —digo.

—Podríamos hacer una excepción.

—Qué noble.

Holiday se inclina hacia delante.

—Vas a tener que hacerte a la idea de que vas a pasarte el resto de tu vida en una celda, Efraín. El tamaño de esa celda dependerá de lo que me digas.

—Holiday, llevas demasiado tiempo en el ejército. No puedes abordar a un hombre así. Sin ofrecerle un medio de escapar. Ni un incentivo ¿Recuerdas la Undécima Legión? Tú estuviste allí. Los Basiliscos Dorados. —Lo recuerda—. ¿Qué pasa si rodeas a una fuerza enemiga sin un camino de rendición o retirada? Luchan hasta la muerte. Y eso no es bueno para nadie. Atrapados por aquella presa, ¿no es así? ¿Recuerdas que no parábamos de disparar contra ellos? Ocho horas para matar a cincuenta mil hombres porque no queríamos volar la presa con bombas. ¿Quién iba a saber que tardaríamos tanto? No volví a verle la cara al Segador después de aquello. Pero seguro que tú sí. ¿Le gustó?

—Esto no es un juego, Efraín —dice ella—. Si odias la vida tanto que quieres morir, entonces, adelante. Te daré la bala para que lo hagas. Pero no te llesves a dos niños inocentes contigo.

—¿Inocentes? Todo el mundo se dedica a repetir esa mierda. Sus padres los pusieron en el tablero. No tenían por qué asistir a actos de Estado. No tenían por qué exhibirlos como ejemplos del progreso. Pero lo hicieron. Ellos los convirtieron en objetivos, no yo. ¿Cuántos niños pequeños crees que murieron en la Batalla de la Luna? Vi manzanas enteras desintegradas por los rayos de partículas de Valii Rath. Las municiones termita marcadas con sellos de la República convirtieron las escuelas en polvo. Los niños muertos son la calderilla de la guerra. No me vengas gimoteando porque el hombre y la mujer que comenzaron esto no quieren pagar de su propio bolsillo como el resto de nosotros.

Nunca la había visto mirarme con tanto asco.

—¿Qué te ha pasado?

—La vida. La misma mierda que les pasa a todos los demás.

—Trigg te escupiría si pudiera ver esto.

—Bueno, murió cuando estaba a tu cuidado. No al mío.

Holiday me mira sin comprender, como si la hubiera abofeteado.

Siempre que nos hemos visto el día del cumpleaños de Trigg, esa verdad flotaba entre nosotros, tácita, como un arma de destrucción mutuamente asegurada. Y ahora que lo he dicho, noto el gusto de la Ceniza en la boca. Usar a Trigg de esta manera, como un arma, es la máxima perversión de lo que era, de lo que significaba para nosotros dos. Pero él la seguía a todas partes. Y ella lo condujo a su muerte por una causa que ni siquiera recuerda su nombre. Holiday no puede mirarme a los ojos. Pero Liria niega con la cabeza.

—Eso no es justo, y lo sabes.

—Ahórrate los discursos, cielo. No eres más que una cría que cree que es una heroína. No sabes nada de mí.

—Tienes razón. No sé nada de ti —reconoce—. Te has esforzado por dejarlo muy claro. Pero sé que mi madre murió de cáncer en las minas. Le devoró los pulmones por completo. Mi padre pensaba que era por su culpa. Por no haber podido conseguirle los medicamentos correctos. Y eso le fue drenando la vida. Y para cuando salimos de las minas, ya estaba muerto. Odio todo lo que vio, el cielo, el mundo, porque mi madre no llegó a verlo. ¿Crees que ella habría querido eso para el hombre que amaba?

—Nunca he sido un esclavo. No podría saberlo.

—Nos lo prometieron todo cuando nos sacaron; y entonces perdí a mi familia. A toda mi familia. Gimotea todo lo que quieras por tus cortes y rasguños, pero no tienes idea de lo que es. ¿Debería volverme cruel porque vi el mal que se les hizo? ¿Debería culpar a los mundos? Me culpaba a mí misma. Culpaba a la soberana. ¿Y qué suerte me ha traído eso? —Se aclara la garganta para deshacer el nudo de la emoción—. Me preguntaste si creo en el Valle. No lo sé. No sé si existe o si me están viendo. Pero sé que no importa

si nos ven o no. Lo que importa es que podemos sentirlos. Recuérdales. Y trata de vivir para ser tan bueno como lo éramos a ojos suyos.

Desvió la mirada de ella hacia la ventana, donde se arremolinan las nubes rosas.

—Es posible que Trigg se haya ido, sí. Sé que sientes que te lo han robado. Pero debes recordar que él veía algo digno de amor en ti, aunque tú no lo veas. Él te veía como un buen hombre, Efraín. Así que, si alguna vez lo amaste, sé un buen hombre.

—Ese hombre nunca existió. Fue algo un invento de Trigg para sentirse mejor.

—Entonces, ¿por qué no me mataste en la lanzadera?

—Lo hice. Apreté el gatillo. El seguro estaba activado. Fue solo suerte.

—Podrías haber apretado el gatillo otra vez. Pero no lo hiciste. Me dejaste vivir.

—Y mira lo que ha pasado.

—Este hombre cuyo papel estás interpretando... ¿Estás seguro de que te lo has inventado para sentir menos?

Ahora lo siento todo. Mientras miro por la ventana a los barcos que se dirigen a la órbita, veo a Trigg en las aguas del mar Egeo cuando nos fuimos por primera vez de vacaciones durante su permiso. Lo recuerdo tocando su pequeña guitarra en la hamaca, detrás de nuestro bungalow. Sonaba fatal, pero me encantaba ver el sudor que le perlaba las sienes, las pecas que tenía en los hombros, la risa infantil en un hombre al que el mundo se empeñaba en endurecer. Fue paciente conmigo. Despacio, fue rompiendo los muros que había levantado a mi alrededor desde que mi madre me miró y me dijo que me quería por los mil créditos al mes. Fue durante esas vacaciones cuando me pidió que me casara con él.

El horror de su marcha ha mantenido secuestrados todos los buenos

recuerdos de Trigg. Ahora los barrotes se rompen, las puertas se abren y me inundan. Lo único que quiero es decirle adiós. Hacerle saber que él era mío y que yo era suyo. Pero aquí sentado, en medio de la mierda desastrosa que he creado, sigo sin poder sentir nada que no sea rabia.

Miro a Holiday y no tengo nada que decir. No puedo disculparme. Las palabras se niegan a salir, sin más. Ella tampoco se disculpará nunca por dejarlo morir, ni siquiera consigo misma. Pero ve el dolor animal que tengo dentro.

—Él habría querido que arreglaras esto —dice.

—No sé dónde están —confieso.

Holiday se siente más cómoda hablando sobre el secuestro que sobre Trigg.

—¿Quién ha sido?

—El Sindicato. Mi contacto era el duque de Manos.

Holiday ya lo sabía.

—¿Podrías identificarlo?

—Sí, pero dudo que esté en el censo. Antes era un rosáceo de gama alta, muy alta. De la reserva privada de un dorado forrado. Empezad a buscar por ahí. Y había un obsidiano llamado Gorgo, militar, sin duda. Y no recién salido del hielo. —Ella toma notas—. ¿Cuál es vuestro punto débil, Holiday? ¿Qué podrían querer?

—Dímelo tú. No han enviado ninguna prueba de vida. No han pedido nada.

—No los mataron —digo—. El duque dijo que eran para la Reina.

—¿La conociste? —pregunta Holiday.

—No. Lo que se dice por ahí es que es una señora de la guerra obsidiana, de la Tierra. Nadie lo sabe con seguridad.

—¿En serio? —Holiday frunce el ceño—. La Inteligencia de la República

lleva más de un año trabajando con la hipótesis de que es roja.

—¿Roja? —susurra Liria.

—¿Crees que los obsidianos seguirían a una roja? —río.

—También existe la posibilidad de que estén colaborando con la Sociedad
—añade Holiday.

—Me parece poco probable.

—¿Por qué?

—El duque era un esclavo. Detesta a los esclavistas. Si está trabajando para el Señor de la Ceniza, no lo sabe. ¿Esto tiene algo que ver con la Paz?

—Tal vez.

Holiday mira por la ventana con nerviosismo, con tanto nerviosismo como puede hacerlo una mujer con una cabeza igual que un bloque de cemento.

—¿Esperas a alguien?

—Deberías decírselo —dice Liria—. Tiene derecho a saberlo.

—¿Saber qué? —Me inclino hacia delante—. ¿Saber qué?

—No somos las únicas que buscamos a los niños...

—No me jodas. —Me medio levanto de mi asiento—. ¿Ha regresado? ¿El Segador? —Miro por la ventana, sintiendo que palidezco—. ¿Ares?

—Peor —dice Holiday—. Lady Julii ha salido a cazarte. Y busca sangre.

—Está embarazada de ocho meses. Perdonadme si no me echo a temblar.

Holiday sonrío.

—Atacó una lanzadera de Augusto sobre Hiperión vestida con una armadura de guerra completa porque Liria iba dentro.

La miro fijamente.

—No sabía que hicieran armaduras premamá.

—Pues sí.

—¿Sabe que es el Sindicato?

Holiday se encoge de hombros.

—No sabemos lo que sabe. Y ella tampoco está compartiendo información. Sorprendimos a algunos de sus investigadores colándose en el lugar del accidente.

Me rasco la cabeza. Los dedos me arden de ansia por un cisco, siento un nudo en el estómago que reclama más zoladón.

—Bueno, si esa mujer le declara la guerra al Sindicato, podéis dar a los niños por descuartizados. Comenzarán a enviar partes del cuerpo a la Ciudadela en cajas envueltas en espinas.

—Y por eso somos nosotras las que estamos aquí y no la Inteligencia de la República —dice Holiday—. Conoces al Sindicato mejor que nosotras. Necesitamos que vengas y nos ayudes a coordinar el esfuerzo de rescate.

—De ninguna manera. Tienen gente en vuestro gobierno.

Holiday entorna los ojos.

—¿Cómo lo sabes?

—Nos facilitaron el itinerario del niño con más de un mes de anticipación. Pero no me ofrecieron la colaboración de ningún otro infiltrado. Supongo que no querían quemarlos. Por eso tuve que reclutarte... —Miro a Liria—. Si se enteran de que os estoy ayudando...

—Partes del cuerpo —dice Liria.

—En ese caso, si nosotras estamos comprometidas, tendrás que recuperarlos tú —dice Holiday.

Suelto una risa como un bufido.

—Y una mierda.

—Ya me imaginaba que dirías eso. Sé que no te importa tu vida, Efraín, pero algo me dice que sí te preocupas por la de ella.

Pone un holocubo sobre la mesa y aparece una imagen de una celda con una mujer sentada en un banco con la cabeza apoyada en las manos. Es Volga.

—La encontramos en el Zoológico Cerebian —dice Holiday—. Nos resultó mucho más sencillo dar con ella que contigo. Lo que no fue tan fácil fue evitar que los Telemanus la mataran en cuanto la vieron.

—Si le tocáis siquiera un pelo...

—No. Ahora te toca a ti escuchar. Te toca obedecer. Si no haces todo lo que te pido, se la entregaré a los Telemanus.

Liria parece tan sorprendida como yo.

—No le hagáis daño —le digo.

Holiday se reclina en su asiento.

—O sea que hay alguien ahí dentro...

—Ella no quería hacerlo.

—Me da igual. Me traerás a los niños. Entonces podrás recuperar a tu amiga. —Me devuelve la mirada sin remordimientos—. Este es el juego al que decidiste jugar.

Vuelvo a mirar el holo y me pregunto cómo es posible que alguna vez haya sido cruel con Volga. Ella siempre me ha seguido como un cachorro, desde el día que nos conocimos. Lo único que me ofrecía era cariño. Y ni siquiera pedía que se lo devolviera. Desde que nació ha sido esclava, un monstruo. Menospreciada por todos. Entonces me encontró y la traté de la misma manera. Se me revuelve el estómago.

—Hay una manera —digo—. Pero quiero el indulto para Volga y para mí.

—¿El indulto? ¿Después de lo que has hecho?

—Lo quiero en formato digital y con un negociador externo.

—¿Y no hay indulto para el resto de tu equipo? —pregunta Liria.

—Están muertos. ¿Por qué creéis que estoy hablando con vosotras si no?

Pues menos mal que tengo principios...

—¿Qué opinas, mi señora? —dice Holiday mientras me mira. Ladea la cabeza—. Quiere hablar contigo.

Holiday toca su terminal de datos y la cara de la soberana aparece frente a mí. Sus ojos son de un oro líquido y puro que ha visto flotas achicharrando los lomos de las lunas y a criminales de guerra salir en libertad siguiendo órdenes suyas. La odio sin medida.

—Efraín ti Horn.

—Corazón de León —La informalidad irrita a Holiday—. Quiero que liberen a Volga de inmediato.

—No.

—Entonces tenemos un problema.

—La liberaremos cuando haya recuperado a los niños. Haré que se elabore un acuerdo vinculante por medio del Gremio Ofión.

—Amani —digo.

—¿Perdón?

—El Sindicato tiene comprado a Ofión. Si recurres a ellos con un contrato para mí, tenemos un problema. Usa a Amani. —Es muy extraño revelarle a la mujer más poderosa de los mundos algo que ella no sabe—. Y quiero que, en caso de que yo muera, Volga sea indultada.

—No.

—Ambos sabemos cuánto te gusta repartir indultos. Sé que yo no soy un violador o un asesino de masas dorado, pero, en el espíritu de la Amnistía, estoy seguro de que puedes encontrar el perdón en tu corazón.

—¿Quieres morir, señor Horn?

—Irrelevante. Volga merece vivir.

Mi intransigencia no la complace. Una pena.

—El hombre contra el que disparó era como un padre para mí. Todavía está luchando por su vida.

—Entonces, sin duda, espero que no pierdas un padre y un hijo el mismo día.

No reacciona. Su calma dorada es tan perfectamente calculada y arrogante que quiero meter las manos en el holo y estrangularla.

—Muy bien —dice ella—. Holiday te equipará con un transpondedor. Cuando localices la base del Sindicato, nos harás una señal con dicho transpondedor, y un equipo de ataque llegará a tus coordenadas.

—El Sindicato buscará un transpondedor.

—Estará oculto.

—Y lo encontrarán. Subdérmico, isótopo, lo encontrarán. No son unos simples matones callejeros. Ya te habrás dado cuenta.

—Entonces, ¿qué propones?

—Que me deis un número de terminal y yo llame. Entonces tu escuadrón de la muerte puede rastrear su GPS, llegar volando y asesinar a todos de cualquier forma que te ponga cachonda.

No le gusta, pero ninguno de nosotros tiene muchas opciones.

—Muy bien, señor Horn. Trato hecho. Pero me gustaría que supieras una cosa. Si intentas escapar, o si desertas al Sindicato, debes saber que este es un hecho cierto: tu amiga morirá. Y ya sea en Marte, la Luna, la Tierra, el Confín o el mismísimo Venus, una noche te despertarás en medio de la oscuridad y encontrarás una sombra a tu lado. Si tienes suerte, seré yo. Si no la tienes, serán Sevro o mi marido, y morirás cagándote en una cama extranjera.

52
DARROW
Hueste del Minotauro

No hace mucho tiempo que un gris podía jactarse de su lealtad al Minotauro en un bar y esperar que le pagaran las copas en cualquier lugar donde ondeara la bandera de la pirámide. Pero eso era durante la cumbre febril del ascenso de Apolonio como señor de la guerra, antes de su traición y declive.

Ahora solo quedan 911 hombres de una hueste que una vez estuvo formada por doscientos cincuenta mil. El resto ha encontrado empleo en la Casa de Carthii o en la Casa de Grimus. Estos hombres se han quedado porque no podían servir a los traidores de su amo o porque no tienen adónde ir. Son huérfanos a causa del deber. Separados de todos los vínculos familiares por su servicio a su casa. Desprovistos de cualquier patriotismo subyacente, flotan por la vida, como los restos testarudos de un barco que una vez fue grandioso y que ahora se niega a hundirse bajo las olas.

Puede que antaño les pareciera un sueño vivir sus días de jubilados en paz en una isla venusiana. Pero estos hombres no están hechos para la paz. La novedad de llevarse a la cama a los rosas bronceados de las ciudades costeras y de nadar entre los cardúmenes de coral del mar de Ginebra se ha desvanecido y están ávidos de algo más. Pensé que habría varios miles, al menos para ayudarnos una vez que consiguiéramos la audiencia con el Señor de la Ceniza. Pero no habrá audiencia, y este remanente insignificante es lo único que tenemos.

Sevro, Thraxa y yo, instalados en la biblioteca de Tharsus, observamos vía

holo a Apolonio mientras se dirige a ellos. Mira a sus soldados. Están reunidos sobre la pista de aterrizaje mal cuidada del lado sur de su isla. Unos cangrejos diminutos con el caparazón azulado corretean entre los hierbajos del hormigón agrietado. Los uniformes de los soldados están andrajosos. Llevan conchas de colores alrededor del cuello, el pelo largo y recogido en trenzas típicas de la zona. Apolonio escupe en el suelo.

—Me temo que una terrible enfermedad ha caído sobre la casa de mi padre y de mi madre —dice mientras se pasea ante ellos con los hombros orgullosos hundidos, la melena recogida con fuerza en la parte posterior de la cabeza. Tharsus está detrás de él como un niño castigado—. Una enfermedad que nos ha succionado la gloria de las venas como una sanguijuela, que ha desteñido el color de nuestro estandarte. No la trajisteis vosotros. —Mira a su hermano—. Esa culpa recae sobre los hombros de otro. Pero sí la alimentasteis. Vuestro letargo la sostuvo. Os miro, ¿y sabéis lo que veo? —Escudriña a la multitud con los ojos furiosos—. ¿Lo sabéis? —El viento sopla suavemente desde el mar matutino y agita los uniformes—. Veo... venusinos.

Los soldados se revuelven, avergonzados.

—Veo comealmejas. Hombres de guerra transformados en duendes atontados y petimetres distraídos. ¿Cómo van a sentirse honrados vuestros padres? —grita—. ¿Dónde está la furia por vuestros hermanos caídos? El Señor de la Ceniza y sus afectados aliados, los Carthii, los enviaron a la muerte en la Luna. Nos sirvieron ante el Segador como un banquete trimalciano. Vi a hombres y mujeres que conocíais dirigirse a la muerte oscura. El Señor de la Ceniza nos traicionó. No era ningún secreto para vosotros que yo languidecía en el vientre del mar. No. Era sabido desde nuestro planeta natal hasta Mercurio.

Camina sumido en un silencio venenoso.

—Y sin embargo, dejasteis que me pudriera. Dejasteis que vuestros hermanos perecieran. Y aquí os encuentro, engordando como vacas al sol, como si la mismísima Calipso os hubiera embriagado con vino salido de sus tetas. ¿Ha compensado vuestra ociosidad el precio de vuestra vergüenza? ¿Qué dirían vuestros padres? ¿Qué pensarían vuestras madres?

Agacha la cabeza y me sorprende admirando la teatralidad del hombre. Sabe muy bien cómo ganarse una multitud.

—Os miro y lloro. Siento tal vergüenza que solo Lucifer en persona conocería las profundidades de mi dolor. Hemos perdido nuestros halos, hijos míos, hemos caído de la gracia del cielo a través de las nubes legendarias y aterrizado aquí, en un infierno hirviente de libertinaje y corrupción, mientras nuestros enemigos se ríen de en lo que nos hemos permitido convertirnos.

»Pero no todo está perdido. La voluntad inconquistable, la necesidad de venganza, el odio inmortal y el coraje de no rendirme ni ceder jamás viven con fuerza en mi corazón. —Se golpea el pecho con el puño con tanto ímpetu que lo siento a través del holo—. No descansaré hasta que la venganza sea mía, porque soy Apolonio au ValiiRath, emperador de las Legiones del Minotauro. Hombre de Marte. Dorado de hierro. Hoy viajo en las alas de la batalla desde esta prisión con forma de isla para saldar una deuda y liberarme de esta repugnante aflicción de vergüenza. Hoy voy a la guerra. A la gloria. Cabalgo a por la cabeza del Señor de la Ceniza. —Arremete hacia delante y levanta el filo—. No podría hacerlo solo. Así que os digo, mis más oscuros demonios, ¡despertad, levantaos y reclamad vuestra gloria!

El rugido que le responde me hiela hasta lo más profundo. Apago el holo y permanezco callado en el silencio resonante de la biblioteca mientras un reloj antiguo marca los segundos desde la pared. Se ve una mano por la cresta recién afeitada.

—¿Ese es nuestro ejército? —murmura—. Son lo que te sobra cuando te

comes un costillar.

—Servirán —digo.

—Servirán —repite—. ¿En qué te basas para decirlo, en Apolonio? Ladra como un loco. Los arenga hacia un intento de suicidio. Los harán pedazos, y nosotros nos quedaremos plantados ante una fortaleza sin más defensa que nuestras pollas. No nos habíamos preparado para esto.

—¿Cómo te preparas para una patada en las pelotas? —digo—. No lo haces. La aguantas.

—¿Se supone que eso debe inspirarme? Sus hombres han pasado con creces su mejor momento. —Me fulmina con la mirada. Ha estado de mal humor desde que aterrizamos y vio el estado de las propiedades de ValiiRath—. Y no son los únicos.

—¿Estás intentando decirme algo?

—Obviamente, porque todos los demás se tragan tu mito como si fuera leche de teta de vaca.

—Pues dilo. Venga. A Thraxa no le importará.

Thraxa mira su terminal de datos, incómoda.

—Te he apoyado a lo largo de todo este camino. Si alguien murmura algo, lo noqueo y le suelto un buen discurso. Pero ¿sabes por qué he estado tan callado desde que llegamos aquí? Estaba esperando a que te dieras cuenta de lo mierda que es esto. No tienen hombres suficientes. Apolonio está loco. Esto no va a funcionar. —Se cruza de brazos y da la sensación de maravillarse ante su propia estupidez—. Ni siquiera quería venir. Hace un mes que no recibimos nada de casa. Un maldito mes.

Estallo de rabia.

—Entonces, ¿por qué demonios has venido?

—Porque no quiero criar a tu hijo —replica—. He venido para mantenerte con vida. Y para mantener a los demás a salvo de ti.

Sus palabras paralizan mi ira.

—¿Crees que debes mantenerlos a salvo de mí?

—¿Que si lo creo? Mira adónde has llevado a tus mejores amigos. Mira cuántas lápidas nos siguen. ¿Y sabes por qué?

—Tengo la impresión de que vas a decírmelo.

—Porque tomas atajos. La línea más recta a través de cualquier campo de mierda, y confías en que todo saldrá estupendo y maravilloso.

—Pues yo diría que funciona bastante bien. Nosotros...

—Espera —me interrumpe—. Deja que le pregunte a Ragnar si está de acuerdo. —Mira a su alrededor—. Oh, vaya. Si no está aquí. Deja que le pregunte a Pax. Uy, Lorn... Uy, papá... —Levanta las manos—. Tampoco puedo preguntarle a él. Estás tan hambriento de terminar con esto que vas a apostar toda la mina a una mano ridícula.

—No es ridícula —digo en tono calmado—. Funcionará. Te estás dejando llevar por tus emociones.

Me mira con ojos salvajes, con mis antiguos ojos rojos, y es entonces cuando cae en la cuenta.

—Vaya, ¡que me den de costado! Estás realmente ebrio de tu propio mito, ¿verdad? No me lo creí cuando Payaso lo dijo. Pero les crees a todos. Crees que eres un dios. Que no puedes morir.

—Alguien tiene que terminar con esto. Podrás dedicarte a ser padre cuando llegue el momento. Ahora mismo, tienes que cerrar la boca y hacer tu trabajo.

—No deberíamos estar aquí.

—Muy bien, ¿qué propones que hagamos, entonces? ¿Volver corriendo a la Luna con la cola entre las patas? ¿Que nos entreguemos a los guardianes y nos sentemos a contemplar cómo el Vox Populi destripa la República, y luego cómo la descuartizan el Señor de la Ceniza y el Confín, cuandoquiera que decidan dejar de jugar al escondite? Eso significaría que hemos liberado

a una pandilla de asesinos en masa para nada. Eso significa que Wulfgar murió para nada. —Se me quiebra la voz—. Eso significa que hemos luchado diez años para nada. Y entonces, ¿qué crees que pasará cuando llegue el Confín?

—Este plan es inútil —dice—. Deberíamos minimizar nuestras pérdidas. Irnos a Mercurio con la flota si no podemos volver a casa. No quiero morir por este hijo de puta.

—He escuchado tu opinión —dije tratando de evitar que la rabia se filtre en mi voz—. Gracias por brindármela, emperador. He sopesado lo que has dicho y he decidido que la misión sigue adelante. Quiero a los hombres alimentados y los caparzones estelares cargados en la lanzadera de asalto antes de las 16.00 horas. Asegúrate de que nadie los vea. Lo último que necesitamos es que sus legionarios sepan con quién están peleando.

Espero a que me maldiga, tal vez a que me golpee. Su miedo a no volver a ver a sus hijas lo está volviendo irracional, puede que incluso cobarde. Pero él se limita a mirarme y luego levanta el puño despacio.

—*Hail*, Segador.

Se vuelve sobre los talones.

—Sevro —digo antes de que llegue a la puerta, pues el recuerdo de la partida de Roque resuena en mi cabeza. Se queda allí parado, de cara a la madera. Miro la nuca llena de cicatrices de mi amigo y siento la distancia que nos separa—. Lamento que no estés de acuerdo conmigo. Pero te he contado todo lo que sé. Y creo que tenemos la iniciativa y los medios necesarios para destruir su estructura de mando.

Asiente.

—Por supuesto que lo crees. —Se muerde el labio—. Después de esto, he terminado. No seré como tú. No será como mi padre. —Su mirada adquiere

un matiz protector y rencoroso—. Mis hijas tendrán un padre. Si eso es egoísta, me importa una mierda. Que otro sea Ares.

Se va.

Sus palabras acentúan mis dudas, pero hoy no tengo tiempo ni espacio para la reflexión. Miro a Thraxa.

—¿Alguna opinión al respecto?

—No. No tengo tiempo. ¿Preparo a los hombres, señor?

Dos horas más tarde, me encuentro entre las sombras del hangar donde los Aulladores ultiman los preparativos en el Nessus y nuestros alas ligeras. Por encima del clamor de los equipos que están cargando y de las palabrotas de MinMin y Payaso, oigo el rugir lejano de los motores cuando la fuerza movilizada de la Casa de Valii Rath, por escasa que sea, despegá desde la pista. Cuarenta alas ligeras ascienden desde el hormigón como patos desde un estanque, sus motores dejan ardientes estelas de color índigo y sus sombras languidecen y se alargan bajo la luz vespertina. Vuelan hacia el sur. Con ellos se elevan las cinco largas fragatas y las lanzaderas de asalto, atiborradas de tropas de grises con trajes de saltamontes. Un soldado tardón se apresura para encaramarse a la última lanzadera. Lleva en la mano el amuleto de la suerte que había olvidado. Las piernas curvadas y alargadas del traje de saltamontes giran hacia atrás gracias a una articulación situada en la parte trasera de la rodilla, luego lo impulsan en un salto inhumano para salvar los cinco metros que lo separan de la nave, donde sus amigos lo agarran de la mano y lo levantan.

Apolonio viene a despedirse. Parece sentirse cómodo con su armadura. A diferencia de la majestuosa y callada grandeza del equipamiento marciano moderno, él prefiere el barroco del Núcleo. En el centro del peto morado destaca su Minotauro.

—*Hail*, Segador —dice en tono burlón. Cierra los ojos y husmea el aire—. Esto es vida, ¿verdad?

—¿Tus hombres no conocen nuestra presencia? —pregunto.

Continúa con los ojos cerrados.

—Los perros ladran sobre hombres enmascarados en la noche, portadores de daño. —Abre los ojos y sonrío—. Mercenarios. Samuráis. Sicarios. Sospechan de cualquier nombre, excepto del verdadero. Pero te pediría que disuadas a tu cómplice diminuto de mostrar cualquier aire lupino. Mis perros odian a los lobos.

—No hemos traído las capas de lobo —le digo—. Preferimos cargar con dos bombas nucleares alfa en su lugar. —Busco algún indicio de engaño en sus ojos—. A mis hombres no les gusta que no vengas con nosotros.

—Comprensible. Todos sospechan de lo que no entienden. Pero nosotros sí nos entendemos, ¿no es así, Segador? La traición de los amigos provoca una herida mucho más profunda que la hoja de un enemigo. Ambos somos el engendro de un dios de la guerra. Los preferidos de entre sus hijos, y nos alzamos a horcajadas sobre la sombra de nuestro hermano perdido, Aquiles. —No hago ningún gesto que le dé a entender que estoy de acuerdo con él. Suspira—. Si llego tarde, si me porto mal, destrúyeme. —Se da unos golpecitos en la cicatriz por donde le introdujimos la bomba—. Pero tú y yo sabemos que estoy guiando a mis hombres a las fauces del infierno. ¿Qué comandante sería si no estuviera entre ellos?

Eso me parece respetable.

—En la zona oscura, la bomba que llevas injertada no responderá a nuestra señal de activación —le recuerdo—. En cuanto entres, se pondrá en marcha una cuenta atrás de tres horas para la detonación que solo podremos desactivar nosotros. Si morimos, tú vas detrás. Si abandonas el escenario de

la batalla, también está programado para detonar. —Escucha en silencio—. Te veré en el *waypoint*. Si consigues llegar hasta allí, dorado.

Sonríe.

—Te estaré esperando, rojo.

Me tiende una mano. Se la estrecho de mala gana. Sevro nos observa con gesto adusto desde la rampa del Nessus, sin duda confundiendo mi cortesía por cariño. Apolonio me suelta la mano y se aleja de mí cantando a voz en grito con la ayuda de sus enormes pulmones mientras su yelmo de Minotauro sale del cuello de su armadura y le cubre la cabeza. Los cuernos, largos y retorcidos, se clavan en el cielo.

—«En este salvaje abismo, el demonio guerrero se hallaba al borde del infierno y lo contempló un rato, reflexionando sobre su viaje; ¡pues no era estrecho el camino que tenía que cruzar!».

Con eso, se eleva desde la pista con sus gravibotas y traza una curva en el cielo para unirse a las legiones que se alejan. Rhonna viene a verlo partir.

—Señor, Colloway dice que el Nessus está listo.

—¿Y tú? —pregunto.

—¿Señor?

—Necesitamos el poder armamentístico del Nessus, pero no tiene maniobrabilidad en la atmósfera, será como una vaca lenta. Colloway nos resultará más útil en su alas ligeras. Eso significa que no tenemos a nadie que sincronizar con el Nessus. MinMin lo pilotará. Y necesitará artilleros. Te habrás formado en sistemas de disparo, supongo.

Sonríe.

—Maldita sea, ahí le has dado.

—Bien. Ve a buscar a Bígaro, él te dará acceso a la cámara del artillero.

Me saluda.

—Gracias, señor. —Se adelanta y me da un beso en la mejilla—. No te

defraudaré, tío.

Mientras la veo regresar corriendo al barco, me gustaría poder decir lo mismo. Pero Sevro me ha sembrado dudas y, en un recodo de mi mente, hay otra cosa que me inquieta: nadie ha visto al Señor de la Ceniza desde hace tres años. ¿Por qué? Siempre lideró desde la vanguardia. ¿Qué esconde detrás de esa cortina de oscuridad?

53
DARROW
Dios de la guerra

—*M*inotauro-1 establece contacto. Entablado combate con el enemigo —dice Apolonio por el intercomunicador.

En la pantalla del sensor que hay dentro de mi caparazón estelar, el borde curvo de la zona oscura del Señor de la Ceniza mancha la esquina del mapa de tonos azules. La masa de puntos dorados de la pequeña flota de Apolonio se acerca a la barrera. Escucho sus charlas por los intercomunicadores cuando detectan patrullas hostiles y atacan con toda su fuerza. Dos alas ligeras caen casi de inmediato; un tercero desaparece en la zona oscura. El escuadrón de Apolonio la persigue. Sus huellas no tardan en desaparecer. Su ataque masivo acaparará la atención de las fuerzas del Señor de la Ceniza, y el grueso de las bajas. Con el casco invisible del Nessus, entraremos por la puerta de atrás e iremos directos a por el Señor de la Ceniza.

—*El Minotauro está dentro de la zona oscura* —dice Char—. *Dos minutos para irrumpir.*

Dentro del tubo de disparo del lado del babor del Nessus, mi cuerpo blando está envuelto en las vestiduras de la guerra. Piel termal, armadura de pulsos, caparazón estelar: un traje blindado me canizado de más de tres metros y medio de alto. Soy como una de esas muñecas de madera que venden junto al muelle de Tesalóni ca, esas que están pintadas con rostros de rojos y violetas de mejillas rosadas y que se guardan unas dentro de otras. Le compré uno a Pax cuando era pequeño. Fue nuestro primer y único viaje a Marte en familia. Se sentó en el regazo de Mustang y chillaba cada vez que abría las muñecas

para encontrar otra dentro, y nos miraba con la esperanza de que nosotros también fuéramos conscientes de aquel milagro. Viendo la alegría en la cara de mi esposa, estaba presenciando otro milagro. Uno que, durante mucho tiempo, creí que nunca volvería a ver. Un amor tan potente, tan completo y verdadero, que duele, porque incluso cuando te convences de que durará para siempre, sabes lo suficiente del mundo para ver que las cosas se rompen y se esfuman, pero, por alguna razón, de alguna manera, crees que este amor será la excepción. Que solo él durará.

El dolor me invade el pecho. No solo por el recuerdo, sino también al pensar que Pax fue una vez tan pequeño e inocente. Parece que fue ayer, antes de que nos obligaran a regresar a la Luna. ¿Adónde ha ido el tiempo? Pregunto aunque sé la respuesta. Yo he gastado ese tiempo. Y lo he gastado a mundos de distancia de aquellos que necesitaban mi amor.

Ahora siento la claustrofobia y el miedo a la violencia que se acerca al otro lado del casco del Nessus. La nave ruge sobre el mar, escoltada por el alas ligeras de Colloway. Mis amigos están cargados en sus tubos escupidores.

—*Contacto enemigo. Seis bandidos entrantes. Nos han visto* —dice Colloway—. *Escuadrón del Hechicero entablando combate.*

Colloway y su reducido Escuadrón del Hechicero nos adelantan para disparar contra las patrullas entrantes. Bailan por los sensores, son puntos destellantes que entran y salen de la existencia.

—*Bandidos eliminados* —anuncia Colloway con voz pesada. Su habitual despreocupación se ve sustituida por el tono afilado de un maestro en su oficio—. *Hechicero-1 cruzando a la zona oscura.*

Desde mi caparazón estelar y a través de las holocámaras del Nessus, veo los alas ligeras que cruzan el umbral hacia la zona oscura que hay delante de nuestra fragata y que desaparecen de nuestros sensores cuando la amenazadora cortina negra los engulle.

—Nos desplegaremos en la puerta trasera —le digo por el intercomunicador a mi escuadrón de caparzones estelares—. Esperaos una tormenta de fuego, de todas formas. No cabe pensar que las comunicaciones funcionen dentro. Tenéis plena autonomía. Agrupaos después de eliminar las amenazas iniciales para reevaluar la situación.

—*Recibido, Aullador 1* —dice Alexandar innecesariamente.

—*¿Cómo puedes respirar con la nariz tan metida en el culo del Segador?* —pregunta Payaso.

—*Contengo el aliento* —responde Alexandar—. *Es mucho más fácil así, buen hombre.*

—*Nadie puede contener el aliento tantísimo tiempo, maldita sea* —dice Rhonna desde su torreta.

—*Ragnar sí* —dice Sevro.

—*Bueno, Ragnar podía levantar una montaña con el condenado meñique* —replica Payaso—. *Y beberse un océano sin necesidad de mear ni una gota, así de poderosa era su vejiga.*

—*¿Cuál es la forma más rápida de llegar al corazón de un Mercado como Único?* —pregunta Guijarro—. *El puño de Ragnar.*

Sevro se ríe.

—*A diferencia de los hombres mortales, Ragnar no dormía. Él solo esperaba.*

Me hacen extrañar a mi viejo amigo más de lo que puedo expresar con palabras. Me parece muy injusto que Ragnar muriera sin saber que Tinos se salvaría, y que la Luna caería.

—Recordad hoy lo que el Señor de la Ceniza le hizo a nuestro amigo —les digo a mis hombres—. Recordad que hizo de Ragnar un esclavo. Que lo obligó a matar a su propia gente por diversión. Hay una deuda pendiente. Dos Grimmus han caído. Todavía quedan otros dos.

—*Atalantia au Grimmus. Magnus au Grimmus* —recitan como una promesa, y espero que Atalantia esté aquí con su padre para que podamos acabar de una vez por todas con su estirpe.

Deslenguado emite un zumbido que es el cántico de muerte de los obsidianos. Me llena los oídos de un temor justificado y siento que las implacables llanuras invernales de la tierra de Ragnar crecen dentro de mí. Ojalá pudiera tener a mi viejo amigo aquí hoy. Lo que daría por verlo encabezar este ataque contra su antiguo amo. Ver a los dorados temblar como no lo habían hecho ante ningún otro hombre.

—*Hyrg la Ragnar* —gruñe Sevro.

—*Hyrg la Ragnar* —le responden los hombres a gritos.

El Nessus se sumerge en la zona oscura. La imagen de las cámaras externas se vuelve negra. En mi intercomunicador reina el silencio de la estática. No soy padre. Ni marido. Invoco mi rabia. Mi odio. Soy un sondeainfiernos de Lico. El Segador de Marte viene a arrancarle la vida al último gran caudillo dorado.

Las luces amarillas brillan al otro lado de mi traje, en la consola de alerta de lanzamiento del mecanismo de disparo. Las miro con avidez, desesperado por que se pongan verdes y me liberen. Llevo a cabo las comprobaciones anteriores al despegue en los amortiguadores interiores y en el escudo de pulsos, le doy potencia a las gravibotas, cargo el cañón de partículas que llevo en el hombro derecho y el cañón de riel que convierte mi brazo izquierdo en un muñón. Un gemido del cañón de partículas extrae energía del reactor principal del traje, situado en la espalda jorobada.

Las luces se ponen verdes.

Los ganchos de la cámara de disparo me empujan hacia la boca del cañón de riel. Aprieto los dientes y agacho la cabeza. Entonces los ganchos impulsan mi traje hacia la corriente opuesta y salgo propulsado a una

velocidad tres veces mayor que la del sonido. Perforo la zona oscura con el corazón en la garganta.

Arremeto contra una escena de muerte.

No tengo tiempo para orientarme. Los sensores de proximidad gritan ante la presencia de artillería entrante. Un rayo de partículas aniquila el cielo delante de mí, un pilar de luz tan grueso como un antebrazo y tan brillante como un rayo de sol. Los sensores de impulso del formagel que me rodea el cuerpo se comunican con el traje y me obligan a ladearme de golpe. Esquivo el rayo de partículas y siento el calor incluso a través de las capas de armadura. Mi maniobra evasiva me interpone en el camino de la descarga de una batería antiaérea. Varios proyectiles del tamaño de un puño detonan en nubes de metralla sobrecalentada. Uno de ellos explota a mi derecha y me lanza por los aires dando vueltas; mi escudo de pulsos grita a causa de la transferencia de energía cinética. Me levanto a toda prisa y me lanzo a ciegas al mar.

Un mal comienzo.

Hemos salido del velo de la zona oscura directamente a las fauces de las defensas del perímetro enemigo. Menos mal que era la puerta de atrás... Más abajo, sobre un grupo de atolones engalanados con baterías antiaéreas, seis torretas automáticas giran sobre giroscopios y atiborran el aire de metal. Las armas estampan municiones contra la parte inferior de los escudos del Nessus. La fragata hace desaparecer un atolón con su cañón de partículas principal. Los tres alas ligeras de Colloway están atrapadas en un baile frenético con un escuadrón de alas ligeras de primera respuesta del enemigo. Dos de mis caparzones estelares ya humean y se alejan cojeando del escenario de batalla, pero otros diez avanzan conmigo hacia los atolones. No hay forma de saber quién es quién con nuestro uniforme negro. Me tiro de cabeza hacia el atolón más grande, una columna de roca elevada coronada

con una instalación de cañón de partículas. La luz crepita en su cañón de un metro de ancho y luego estalla hacia arriba, hacia mí. Me desplazo hacia la derecha de esa muerte segura, saco mi cañón de partículas, más pequeño, y apunto. Estiro la mano izquierda y acumulo energía en la batería. Cuando estoy lo bastante cerca, veo loros aterrorizados que huyen de las copas de los árboles de la isla, aprieto el puño y mi cañón ruge. Un rayo sale crujiendo de mi hombro derecho y funde una enorme grieta en la base de la instalación del cañón. Sacudo el puño cerrado de un lado a otro, guio el cañón y desgarró el techo de la instalación hasta que alcanzo su generador de energía y la instalación explotó. Subo y veo a los Aulladores destruyendo el resto de las instalaciones de cañón.

Cuando acallamos el último cañón de la defensa perimetral, los caparazones estelares forman sobre una formación rocosa en uno de los atolones, al lado de los restos humeantes de una batería de cañones. Los alas ligeras de Coloway vuelan mil metros por encima de nosotros, el Nessus aún más arriba. La fragata desgarró el cielo mientras dispara contra las islas principales desde la distancia. Pero ellos devuelven el fuego.

Hay tanto ruido que parece que el planeta se esté partiendo por la mitad.

Uno por uno, los Aulladores aterrizan en la escarpa escabrosa conmigo. Los caparazones estelares de tres toneladas, con sus simiescas extremidades alargadas y sus cubiertas acorazadas, hacen que, a la brillante luz del día, parezcan una oscura pandilla de golems crustáceos. Me miran a través de los protectores faciales triangulares de durocristal. Del hombro del caparazón de Deslenguado sale humo, pero no está herido. Thraxa se estabiliza al aterrizar; todavía lleva el tubo de lanzamiento de bombas nucleares amarrado a la espalda. Sevro es el último en llegar. Está suspendido sobre nosotros en el acantilado, aferrado a un afloramiento rocoso.

Nuestros intercomunicadores no funcionan debido a las interferencias de la

zona oscura, así que marco las órdenes en una pantalla láser sobre el peto de mi armadura. Cuando termino, Sevro y yo emprendemos el vuelo desde la isla y ganamos altura para ver la totalidad del mundo oculto del Señor de la Ceniza.

Un plácido mar de color esmeralda y plagado de islas volcánicas se extiende ante nosotros. A veinte kilómetros de distancia, en el epicentro del reino del Señor de la Ceniza, se alza una isla jorobada con una impresionante aguja blanca encima de su formación rocosa central. Desde la isla brota una columna vertebral de altísimos atolones dentados e islotes como brazos y piernas destrozados que se clavan en el mar. La arena pálida, visible bajo el agua clara, se filtra en torno a las bases de las islas como médula derramada. El fuego de las baterías del Nessus rocía las islas. La antena principal de la isla es ya una mierda a medio derretir, pero sobre la isla principal y su aguja se ha activado un generador de escudo que solo deja sin blindar un espacio de cien metros por encima de la línea del mar.

Un trueno distante se desplaza sobre el agua.

Treinta kilómetros más allá, al otro lado de la isla, en la extensión oriental de la zona oscura, ruge una guerra. Amplío mi visión. Los alas ligeras de Apolonio giran sobre el mar en un tiroteo caleidoscópico con los del Señor de la Ceniza. De las instalaciones de cañones sumergidos y de las baterías antiaéreas escondidas en las cimas de las islas surgen ráfagas de los proyectiles rojos de los cañones de riel y rayos de partículas de color blanco eléctrico.

Las sacudidas de las armas antibúnker restallan cuando los pesados alas de trueno con forma de araña de Apolonio atacan las islas principales. Sus alas ligeras han abierto un agujero en las defensas y las naves de desembarco cargadas con sus legionarios se apresuran por encima del agua a tocar tierra

bajo una pesada cortina de fuego. A pesar de la gran cantidad de bajas, Apolonio avanza.

Entonces veo algo aterrador.

En la segunda isla más grande, a unos cuatro kilómetros de la aguja del Señor de la Ceniza, varios alas ligeras se elevan desde un gran aeródromo para sumarse a la refriega. Tres escuadrones, treinta y seis naves. Cerca de doscientos barcos más llenan el aeródromo. Unos largos edificios de metal que parecen barracones destellan desde las islas vecinas. Los aerodeslizadores ya están cruzando el agua a toda velocidad, trasladando a los pilotos a sus naves.

Al detectar nuestra presencia en el oeste, un escuadrón enemigo se separa del ala del aeródromo y gira lentamente para evitar que las naves de Collway acometan contra las hileras de alas ligeras que esperan en el suelo. Levanto la mirada hacia su escuadrón de tres. Hoy el Hechicero va a tener que ganarse su reputación. Los misiles de largo alcance ya pasan como rayos entre las naves.

Sevro y yo nos miramos a través de nuestros protectores faciales.

Tenemos que eliminar a los pilotos antes de que lleguen a sus barcos o estamos todos muertos. Caigo como una piedra, con Sevro detrás, y aterrizo entre mis hombres. Les indico que me sigan. Nos sumergimos en el agua mientras los alas ligeras entablan combate sobre el mar. Las ráfagas de cañones de riel muerden el agua, pero estallan al impactar sobre nosotros. Nos sumergimos a veinte metros y ponemos rumbo a las islas como un banco de tiburones metálicos. Dos torpedos caen al agua, estallan y nos desplazan hacia un lado.

Entonces, desde lo profundo, veo algo que se mueve a través del agua hacia nosotros, un borrón de metal no más grande que un puño. Choca contra uno de los caparzones de los Aulladores y explota. La mitad de su cuerpo se

desintegra. Más metal nada hacia nosotros desde lo hondo. «Campo de minas». Nado hacia arriba para salir a la superficie, mis Aulladores me siguen de cerca, con las minas gritando tras ellos. Una lanza de fuego cae desde una torreta del Nessus y elimina las minas como si nada. ¡Buen disparo, Rhonna! Hasta podría darle un beso.

Salimos a la superficie justo junto a la proa de uno de los aerodeslizadores. Más de una docena de ellos se precipitan hacia el aeródromo. Dos ya han aterrizado. Salto hacia uno y aterrizo en la cubierta, justo delante de la cabina de mando. A través de una partición de vidrio, veo a una piloto azul y media docena de tripulantes naranjas y verdes. Activo el cañón de riel implantado en el brazo izquierdo del traje y disparo contra la cabina de mando justo cuando la piloto levanta las manos con miedo. El metal sobrecalentado convierte a los tripulantes en pulpa. A lo largo de la bahía, mis Aulladores vestidos con caparazones estelares saltan de aquí para allá entre la flota de aerodeslizadores masacrando las cabinas de mando. Thraxa se introduce en uno desde el que le disparan con un rifle de pulsos y manda a un gris a veinte metros de distancia con un golpe de su martillo eléctrico. Desaparece en el interior. Una luz parpadea dentro. Sevro flota sobre otro y dispara contra él. Salgo disparado a través de la destrozada cabina de mando hacia la cabina de pasajeros de mi propio aerodeslizador, donde dos docenas de azules con sus uniformes y equipo de vuelo me miran aterrorizados. Algunos no son mayores que Rhonna.

Aprieto el gatillo y los convierto en picadillo de hombres.

La sangre evaporada carga el aire de una neblina oxidada mientras los fragmentos de los cuerpos se contraen en el suelo.

Para cuando salgo del aerodeslizador, su flota es una ruina de despojos que se hunden y arden lentamente. Sevro ha reunido a los Aulladores en la isla del aeródromo. Vuelo sobre el agua y aterrizo a su lado.

—¡No hay una maldita puerta trasera! —grita en la isla principal tras quitarse el casco—. Este lugar es un puercoespín.

—Pronto tendremos superioridad aérea. Esas fragatas los están destrozando.

—Los niños de Apol saben volar, ¿eh? —dice riendo—. ¿Has visto a Collway? Ha machacado a medio maldito escuadrón él solo.

Alzamos la vista y vemos unas motas negras que se arremolinan unas alrededor de otras entre las nubes. Tienen un aspecto pacífico. Igual que la playa. Mira hacia la isla principal a través del mar. El agua me lame los pies del caparazón estelar. Los cangrejos corretean por la arena. Y en la bahía, los restos descompuestos de los aerodeslizadores arden y se hunden en las profundidades.

—¿Quién falta? —pregunto.

—Grana y Vandros —contesta en voz baja.

Quedamos ocho de doce. Intento proyectar un mapa de batalla, pero las interferencias siguen distorsionando los sensores. Me resulta irritante lo poco que puedo ver del campo de batalla. Pero esto es lo que Níobe les enseña a nuestros hijos, lo que Sevro y yo aprendimos hace mucho tiempo: si dependes de la tecnología, pronto estarás tan muerto como tus baterías.

—No parece que vaya a intentar escapar en lanzadera —comento.

—Por supuesto que no. Por una vez, nos ha sobreestimado. Seguro que cree que tenemos toda una flota esperando que intente escapar. Va a obligarnos a sacarlo a rastras.

—Deberíamos esperar a que las fuerzas de Apol avancen toquen tierra por su lado de la isla —dice Sevro.

Deslenguado y Thraxa aterrizan juntos después de explorar la costa. Guijarro y Hierbajo observan el interior de la isla, donde se encuentran los

aeródromos, más allá de las colinas de roca blanca y los olivos. Alexandar se une a ellos con varios Aulladores.

—No puedo esperar —digo—. Lo más probable es que hayan emitido una señal antes de que destruyamos la matriz. Pronto tendremos que lidiar con los refuerzos del continente.

—Entonces, movamos el culo —dice Sevro.

Estar en el aire es mortal, así que nos movemos como una manada a través de la isla rocosa hacia la costa que da a la isla principal, cerca del suelo, avanzando treinta metros con cada salto. Envío a Deslenguado, Alexandar y Milia al interior para que destrocen los alas ligeras en sus plataformas de aterrizaje. Columnas de fuego se alzan sobre las laderas desde las pistas de aterrizaje antes de que se reúnan con nosotros. En el cielo hemos sufrido un retroceso drástico. El Nessus ha perdido su batalla armada contra los cañones de partículas de la isla principal del Señor de la Ceniza y se ha visto obligado a retirarse a una elevación más baja para buscar refugio. Y otra de las fragatas de Apolonio ha caído del cielo.

Bajo la protección de unos riscos, los Aulladores se ayudan unos a otros a verificar sus caparazones estelares mientras Sevro y yo coronamos la cima para examinar la isla principal. Un kilómetro de agua abierta separa las masas terrestres. La costa rocosa está bordeada de torretas.

A nuestra derecha, lejos, la fuerza de Apolonio ha avanzado y posado los transportes de tropas en la isla principal. Cientos de soldados mecanizados asaltan la cabeza de playa con sus patas de saltamontes, apoyados por tanques araña fuertemente armados y los restos de su fuerza aérea.

La última legión de los ValiiRath carga contra las fauces de la muerte.

Las municiones de racimo disparadas desde drones y baterías de cañón situadas en lo alto de los acantilados acribillan a la primera oleada. Los alas ligeras dejan caer proyectiles antibúnker y los enormes cañones se quedan en

silencio. Las Legiones de la Ceniza, cogidas por sorpresa, salen ahora de los barracones subterráneos. Veo un destello de armadura en el cielo cuando Apolonio, flanqueado por guardaespaldas, sale de una nave de transporte de tropas y se precipita hacia los búnkeres de los acantilados. Su holoestandarte brilla en el cielo sobre él, lo triplica en tamaño: la cabeza furiosa de un Minotauro púrpura que nos invita a todos a acercarnos a bailar y morir. Aterriza entre un escuadrón de grises y los diezma.

Clac.

Recibo una patada en el pecho. Caigo de la formación rocosa, me estrello contra la arena de abajo y me quedo mirando hacia el cielo, aturdido.

—¡Francotirador! —grita Sevro, que enseguida aterriza a mi lado—. Segador, ¿dónde te han dado? ¿Segador?

—¡Oh, diablos, va a morir! —exclama Payaso.

—¡Cállate, gilipollas!

Sevro lo aparta de un empujón. Guijarro se arrodilla a mi lado.

—Darrow, ¿me oyes? Darrow.

—Ay —digo.

Me ayudan a sentarme. El proyectil antiarmaduras me ha perforado el caparazón estelar, pero la armadura de pulsos que llevo debajo lo ha detenido. Los brazos y las piernas del traje no responden. Guijarro y Hierbajo me ayudan a activar el puerto de eyección. El mecanismo se abre y yo salgo a rastras, todavía aturdido por el disparo. Tengo la armadura de pulsos abollada.

—¿Dónde está Thraxa?

Sevro mira a su alrededor.

—Aquí —dice ella, que se acerca a toda prisa.

—¿Sigues teniendo ese bebé nuclear? —pregunta con la cara enfurecida.

—Sí, señor.

—Dámelo.

Thraxa desenfunda el lanzador de bombas nucleares de la parte posterior de su armadura y se lo entrega. Sin siquiera bajarse el yelmo, Sevro salta treinta metros hacia arriba para despejar los riscos. Se queda suspendido medio segundo en el aire y dispara. El pequeño misil sale del tubo con un chillido agudo. Sevro se deja arrastrar por la gravedad y cae de nuevo en la playa cuando los demás nos apresuramos a refugiarnos contra la base de los riscos. Él se acerca caminando y sin sonreír. Se produce un destello de luz cegadora. La tierra se estremece. Una ola de arena y escombros ruge sobre nuestras cabezas y unas olas enormes chocan contra la isla. A lo lejos, la distorsión negra que rodea la isla del Señor de la Ceniza parpadea y desaparece. El horizonte se revela ante nuestros ojos.

Vuelvo a salir a la playa para ver la devastación que el misil de medio megatón ha causado en la costa de la isla. Las partículas de humo y polvo tapan el cielo. Ha tallado una herida horrible en la isla del Señor de la Ceniza. La nube de hongo florece. Y por encima de ella, en el interior de la isla, donde la fortaleza blanca del Señor de la Ceniza se eleva sobre las altas cumbres, la luz del sol se refleja sobre unos hombres de hierro.

Por fin, los dorados han venido a la guerra.

Desenredo mi filo y miro a mis Aulladores.

—Por la República.

54

DARROW

Ira de la República

Vuelo con los Aulladores hacia la estela de la explosión nuclear, ataviado solo con una armadura mecanizada, manchada de carbonilla y sangre, apuntando como una lanza resuelta hacia la torre del Señor de la Ceniza. El escuadrón de la muerte de dorados con armadura se dirige a toda velocidad hacia nosotros. Son casi veinte. Todos y cada uno de ellos serán Únicos fieles a la Legio XIII Dracones. Dragones. Sus guardaespaldas y exterminadores de élite. Fueron hombres con el emblema del dragón marino quienes liquidaron a millones de rojos en Marte y arrojaron la artillería nuclear que destruyó Nueva Tebas, y quienes lanzaron a mis hombres capturados en el campo de batalla por la parte trasera de una nave de transporte a tres kilómetros de altura.

Todos deben morir.

Los disparos y los minimisiles pasan como rayos entre los bandos de la guerra. Los escudos destellan y las armaduras ceden a medida que van despojando de vida a los hombres. Thraxa dispara un misil de impulso electromagnético. Estalla entre los dorados. Ninguno cae del cielo. Ellos también tienen los nuevos escudos de impulso electromagnético.

El cuerpo de un Aullador se hace pedazos frente a mí. Dos dragones mueren cuando los cañones de partículas de Sevro causan estragos entre sus filas. Sirviéndome del caparazón estelar de Thraxa para protegerme, ya que mi armadura personal es más fina, vuelo a su sombra y levanto el filo delante

de mí como un caballero que carga en una justa, con la hoja recta y verdadera.

Y entonces, apenas por debajo de la velocidad del sonido, los dos bandos de la guerra de máquinas y hombres se encuentran en el cielo. Se topan como escuadrones de ángeles caídos. Un horror de metal. Un grito de cañones y fuego, y espadas centelleantes y motores. Milia le atraviesa la cabeza a un dorado con su filo, pero después una espada de paso la corta en dos. Su cuerpo se divide y cae girando sin hacer ni un ruido. Bloqueo la hoja de ese mismo hombre, que apuntaba a la cabeza de Thraxa, cuando pasa a nuestro lado a toda prisa. La fuerza me insensibiliza el brazo hasta la clavícula, pero me aferro a la hoja y me zambullo entre sus filamentos. Tomo impulso desde el flanco de Thraxa y le destrozo el pecho a un dorado cuando chocamos. Me vuelvo en el último segundo para que su hoja no impacte contra mi casco. Sin la protección del caparazón estelar, siento el crujido de mis huesos cuando están a punto de partirse por la fuerza de la colisión de nuestros cuerpos. Me falla la visión y caemos.

Nos desplomamos sobre un afloramiento de roca que hay más abajo, una maraña de extremidades metálicas. Mi yelmo está a unos centímetros de su yelmo de jaguar. Orienta su puño de pulsos hacia mi cabeza. Suelto el filo y uso una llave de kravats para inmovilizarle el brazo a un lado mientras acerco mi propio puño de pulsos a su vientre y lo disparo a máxima potencia. Su cuerpo se derrite por la mitad y la piedra sobrecalentada sale propulsada desde la hendidura de la montaña y choca contra mi visor. Empujo su cadáver humeante y me pongo en pie con dificultad al mismo tiempo que sus piernas caen desde la cornisa a las rocas blancas de más abajo. Pero antes de que pueda echar a volar de nuevo, me disparan por la espalda. Me crepita la piel, pues mi escudo de pulsos se hunde y mi armadura se derrite en la parte baja de la espalda. Grito de rabia y salto de la cornisa, girando en el aire como un

loco para esquivar a mi perseguidor. Miro hacia atrás justo cuando Sevro aplasta al caballero dorado contra la ladera de la montaña gracias a su caparazón estelar. Aprovechando la increíble potencia del mecanismo, se desembaraza de los brazos del hombre y le aplasta la cabeza blindada. Otro dorado pasa a gran velocidad y lo golpea con su puño de pulsos. Sevro lanza hacia delante una de las manos mecanizadas de su caparazón estelar y agarra al dorado por el pie. Tira de la pierna con tanta fuerza en la otra dirección que las fuerzas opuestas le arrancan la pierna al hombre a la altura de la cadera. El dorado sale disparado dando vueltas y choca contra la ladera de la montaña a doscientos kilómetros por hora.

—¡Entra en la torre! Tiene que haber una puerta en la plataforma de aterrizaje —grita Sevro. Dispara contra el combate aéreo que se está disputando sobre él—. Sin caparazón estelar morirás aquí fuera. Ve a por el Señor de la Ceniza.

Pero son mis Aulladores quienes están muriendo.

Nuestros esfuerzos por atravesar la formación dorada han fracasado. La batalla se ha dividido en diversos enfrentamientos aéreos y los hombres se matan unos a otros en la ladera de la montaña y contra las paredes de la torre. Nuestros caparazones estelares nos dieron ventaja, pero los dorados tienen mayor capacidad de maniobra con sus armaduras de pulsos y nos superan en número. Están superando los poderosos mecanismos como chacales que derriban leones.

Veo que el mecanismo de Thraxa se defiende de seis dorados en una jaula aérea. Los hombres destrozados por su martillo eléctrico abarrotan la ladera de la montaña, más abajo. Derriba a otro del aire, pero le clavan un filo por detrás. Otro le secciona la mano izquierda del mecanismo. Y un tercero la apuñala en el estómago repetidas veces antes de que Deslenguado impacte

contra ellos. Abajo, en un barranco, Guijarro continúa luchando junto al mecanismo roto de Payaso.

—¡Congregaos en el tejado! —grito por los intercomunicadores, ya que, ahora que las interferencias de la zona oscura se han ido, vuelve a funcionar.

Sevro obedece la llamada.

Los Aulladores restantes se abren camino luchando en dirección al tejado para unirse a Sevro y a mí mientras volamos montaña arriba hacia la torre alta. En lo alto, un equipo de francotiradores grises y refuerzos obsidianos ocupan la plataforma de aterrizaje de casi sesenta metros de ancho. Se retiran cuando aterrizamos y buscan refugio detrás de las largas alas de la lanzadera personal del Señor de la Ceniza.

Sevro y yo nos posamos juntos en el borde y luchamos contra un escuadrón de obsidianos y grises. Me abalanzo contra ellos a toda velocidad y rompo la caja torácica de un gris contra el cemento. Rodando, cojo impulso para levantarme, esquivo la enorme hacha de un obsidiano y le pego un tiro en la cabeza. Su casco amortigua la explosión, pero lo aturdo lo suficiente como para cortarle las piernas con el filo. El puño de pulsos de un dorado me golpea de costado antes de que pueda acabar con él. Mi escudo lo absorbe. Me elevo con las gravibotas y luego bajo directo hacia él para intercambiar una serie de estocadas de filo que terminan con su brazo separado del hombro. Alguien le dispara desde un lado. Sevro tira a un gris del tejado pateándolo con la bota de su mecanismo. Un obsidiano embiste contra él y le clava una lanza de pulsos en la cabina. Sevro mueve la cabeza en el último momento y luego remata al obsidiano. La sangre le rocía el mecanismo cuando le aplasta la cabeza con un apretón de su mano mecanizada. Los proyectiles de plasma verdes golpean las piernas de su mecanismo y las derriten hasta dejarlas inoperativas. Un escuadrón de grises encorvados le dispara desde el otro lado de la pista de aterrizaje con unos enormes rifles de

plasma antiarmadura. Yo les devuelvo el fuego y abro un agujero de carne humeante entre sus filas. Demasiado tarde. Un cohete de pulso electromagnético choca contra el pecho del mecanismo de Sevro. La electricidad azul chisporrotea y le funde los circuitos. Mi amigo lo eyecta manualmente y dispara hacia arriba, sobre las cabezas de Alexandar y Deslenguado, que luchan juntos y como locos contra la marea.

Pierdo a Sevro en la refriega.

El enemigo presiona, nos dispara desde arriba, mastica nuestras filas. Un disparo de conmoción me golpea de costado. Mientras intento recuperar el equilibrio, un obsidiano que me saca una cabeza me golpea en el pecho con un martillo de pulsos. Mi escudo de pulsos cortocircuita. Mi armadura se hunde hacia dentro. Siento que se me rompen varias costillas y me tambaleo hacia atrás. Me tira al suelo antes de que pueda levantar la cabeza. Me pisa una mano con fuerza cuando trato de apuñalarlo con el filo. Eleva el hacha en el aire, el tiempo se ralentiza. Thraxa está clavada al suelo con una navaja en el muslo. Alexandar intenta alcanzarme, desesperado. Rujo de miedo cuando le hacha de pulsos cae. Me atraviesa el yelmo. La hoja de energía brilla con un fuego pálido, el borde a centímetros de mi cara, retenido por el metal chirriante. El calor irradia hacia mis glóbulos oculares y una dolorosa presión los invade. El obsidiano tuerce el hacha hacia un lado. Mi yelmo se separa de sus encajes. Él grita su canto de guerra y se arrodilla sobre mi pecho, con un cuchillo curvado en la mano. Me agarra del pelo, con la mano protegida por la armadura, y comienza a serrarme la frente para arrancarme la cabellera.

Bauuuuu. Bauuuuu.

El viento nos trae un toque de clarín. El obsidiano mira hacia arriba y ve una bandada de caballeros con armadura que caen del cielo, con una violenta figura con una armadura de Minotauro morada a la cabeza. El Minotauro

aterriza delante del obsidiano y lo corta por la mitad asestándole un golpe hacia arriba con las dos manos.

Apolonio ha llegado.

Sus caballeros caen sobre la Guardia de la Ceniza, los cortan con los filos y los aplastan contra la superficie de la plataforma de aterrizaje hasta que no queda ni uno con vida. Apolonio canta mientras mata a los dorados y los lurchers que intentan hacer un último intento en la entrada hacia la fortaleza.

Canto sobre el Caos y la Noche Eterna,
enseñado por la Musa celestial a aventurarme
hacia el descenso oscuro ¡hasta volver a ascender!

Levanta a un gris con una mano y estampa el cráneo del hombre contra el casco de la nave del Señor de la Ceniza hasta que no le queda nada a lo que aferrarse. Recién salido de la matanza, se vuelve hacia mí, con el casco de Minotauro empapado de sangre y maltrecho, y por un instante creo que va a matarme. Pero su yelmo se retrae y, desde el rostro sudoroso y bajo el cabello enmarañado, me mira con unos ojos salvajes y amorosos.

—¡Qué ira invocamos juntos! —ruge—. El Segador y el Minotauro, leyendas impías. ¡Los destrozamos en la playa!

¿Cómo diablos lo ha hecho?

Lo superaban en número cuatro a uno.

Uno de sus hombres me ayuda a ponerme de pie. He perdido el yelmo, pero tengo el rostro tan cubierto de sangre por el intento de arrancarme la cabellera que ni mi propia madre me reconocería. Apolonio ensarta el corazón de un dorado herido y se dirige a sus guardaespaldas.

—Vorkian, Galo, volved a la caza. Masacradlos hasta el último hombre.

Sus hombres saltan de la torre para regresar a la batalla, que se propaga con furia hacia el interior desde la cabeza de playa. Apolonio viene hacia mí

y me estrecha entre sus brazos. Desconcertado, me quedo inmóvil cuando se aparta.

—Un espectáculo divino, Darrow. —Mira a mis hombres con una sonrisa—. No hay una banda de demonios más gloriosa. Qué camino abris, como serafines caídos entre los hombres mortales.

Sevro cojea hacia mí. El brazo izquierdo se le dobla hacia donde no debe a la altura del codo y atisbo carne chamuscada a través de grietas de su armadura. Escudriño los restos de mis Aulladores y me doy cuenta, con el alma en los pies, de que Guijarro y Payaso no están por ninguna parte. Thraxa está sentada en el suelo, apoyada contra un muro de contención, mientras Deslenguado le administra primeros auxilios. Alexandar es el único que está ileso. Su caparazón es un desastre humeante, pero se lo quita, casi elegante en medio de la carnicería y a pesar de la neurosis que reflejan sus ojos.

—Alexandar.

—¿Sí, señor?

—Llama al Nessus y defiende el tejado. —Cojeando, me vuelvo hacia la puerta de seguridad que baja desde la plataforma de aterrizaje hacia la torre—. Sevro, Apolonio, conmigo.

55
LISANDRO
Réquiem

Me despierto de un sueño intermitente y espero ver a Casio ahí de pie, llenando el umbral de la puerta, preguntándome si son otra vez los terrores nocturnos. Pero él ya no está. Lo recuerdo despacio, y luego todo de golpe. Hay una presencia en la habitación. Junto a la ventana, un viejo marrón me mira. Estoy demasiado cansado para sobresaltarme. Sus ojos del color de la corteza sonríen con profundo respeto desde debajo de unas cejas como cirros nubosos.

—*Dominus* Lune, te pido perdón por interrumpir tu sueño. Pero solicitan tu presencia.

—¿Quién?

—Un amigo.

¿Serafina? Pasa junto a mi camastro, con cuidado de no pisar la tela, y dibuja un extraño símbolo sobre la pared de piedra. La pared se mueve muy suavemente, se desplaza hacia dentro y revela el pasaje oculto a través del que parece haber entrado. Dudo, pues me pregunto si podría ser una especie de trampa. El hombre sacude la mano con impaciencia.

—Vamos, vamos, *dominus*. Ella lo espera.

Sigo al marrón en silencio por los túneles. Me guía a través de la oscuridad hasta llegar a otra pared donde dibuja otro símbolo. La piedra se retrae. El marrón me lleva a una sala de estar y cierra la nueva abertura a nuestra espalda. Hace un gesto hacia varios cojines de seda que descansan en el suelo, junto a la chimenea.

—Espera aquí, *dominus*. ¿Puedo prepararle un refrigerio?

—Té, si lo tienes —contesto por instinto. Entonces siento el hambre—. Y comida. Cualquier cosa servirá. —Me dedica una venia y se aleja cojeando—. Disculpe, mayordomo. ¿Cómo se llama?

—Aruka —responde en voz baja.

—Gracias, Aruka.

Agacho la cabeza al estilo del Confín.

Él vuelve a hacer una reverencia y me deja solo.

Esta sala refleja la herencia precolor de los Raa más que cualquier otra. Es tradicional y austera, salvo por el uso de la madera. Los suelos de tatami, tejidos con hierba igusa pálida, se extienden hasta un grupo de ventanas con vistas al páramo helado. Troncos enteros de árboles, teñidos de un cálido color miel, sostienen el techo de piedra. Una sola pieza de ciprés forma el tokonoma, un nicho elevado donde crece un árbol pequeño y un filo queda suspendido en el aire sobre un gravipozo. Me atrae la excentricidad solitaria de la habitación: un viejo piano de cola hecho de duramen. Es una maravilla. Por supuesto, en Ceres y en algunos de los depósitos de asteroides más grandes hay pianos, pero son trabajos baratos de plástico sintético. La madera para hacer este instrumento debe de haber venido de Ganímedes o Calisto.

Paso las manos por las teclas del piano. Estaba equivocado. El piano es antiguo. Quizá más antiguo que la Sociedad. Tiene dos marcas doradas, en forma de S, impresas en la tapa que protege las teclas. Acaricio la madera de arce flameado pulida. Cierro los ojos e imagino que puedo sentir en la cara la energía que hizo crecer este árbol, que puedo volver a escuchar los pájaros en el cielo. Han pasado diez años, pero cantan como si los hubiera escuchado ayer. Un destello de recuerdo, no más que el titilar de un fósforo al encenderse, brota en los recovecos de mi mente. Un sentimiento, un aroma de algo perdido.

¿Es solo nostalgia? ¿O es algo más?

—¿Sabes tocar? —pregunta una mujer.

Me vuelvo y veo a la madre de Rómulo, Gaia, que entra en la habitación arrastrando los pies. Tiene la espalda encorvada, los hombros caídos. De joven, debió de ser una mujer menuda. Tiene las muñecas tan frágiles como el pie de una copa de vino, y la piel de pergamino, pálida y llena de venas como el queso azul. De hecho, parece que lo único que le impide caerse hacia delante y romperse contra el suelo es un delgado bastón de madera y el enorme brazo del gigantesco obsidiano que la acompaña. La anciana se aferra a él como si fuera un viejo amigo. Es viejo, como ella. Un golem gris y encorvado con unos intensos ojos tan negros como escarabajos enterrados en la profundidad de los pliegues de una cara antigua. Su cabeza es una roca. Tiene las orejas melladas y puntiagudas. Los lóbulos atestados de discos de oro del tamaño de huevos de gallina con el sello del dragón. Una barba larga, blanca y sin cortar cae por la parte delantera de su escorotraje gris hasta meterse por el cinturón.

—No —respondo—. Nunca aprendí.

—¿Un hijo de Hiperión ajeno a la música? Qué delito. Pero debías de ser una criaturita muy ocupada. Sin duda, en vez de música tu abuela te enseñó la alquimia de convertir lunas en vidrio. ¿O esas clases te las daba tu padrino?

La máscara senil que lucía delante de su familia ha desaparecido. Curioso.

—Mi padrino me enseñó a terminar una pelea —le digo—. Dos horas de instrucción estratégica todos los días.

—Ojalá él hubiera aplicado sus propias enseñanzas. Entonces Darrow sería un recuerdo en lugar de una plaga de diez años de duración.

—Mi padrino sigue siendo el único hombre que ha vencido al Segador en la batalla —le recuerdo—. Y prefiero pensar que acusar a un solo hombre del fracaso de una civilización es la costumbre de una mente indolente.

—Cierto. Tan pronto avanzan como retroceden. Pero ahora una paz.

—Eso dicen.

—Qué importante debe de ser para ti. Lorn como abuelo. Octavia como abuela. Magnus, Aja, Moira, Atalantia... atrapado entre tantos gigantes y teniendo que presenciar el nacimiento de otros dos.

—¿Dos?

—Darrow y Virginia. Prefiero pensar que creer que el hombre podría existir sin la mujer es la costumbre de la mente de un niño.

Sonríe.

Siento una repentina oleada de placer ante la respuesta.

Me gusta esta mujer. Me recuerda a Atalantia.

—Aquí todos los demás lo llaman el Rey Esclavo, ¿tú no?

—Ese mocoso es de carne y hueso. ¿Por qué alimentar a la leyenda? —Resopla cuando su obsidiano la ayuda a sentarse en el banco de arce flameado—. Gracias, Goroeth. —El hombre se aleja para ocupar un lugar junto a la ventana y, cuando lo hace, veo que se ha tatuado una calavera gritando para cubrirse la nuca con tinta azul—. No dejes que el viejo ojo negro te asuste —dice Gaia—. Es tan extravagante como yo. —Goroeth niega con la cabeza para mostrar su de sacuerdo cuando llega a la ventana—. Oh, tú siempre tan callado. —Da unas palmaditas el banco a su lado y se saca una delgada pipa blanca de la túnica, además de una cerilla—. Siéntate aquí conmigo, Lisandro. Te enseñaré.

Enciende el fósforo con las callosidades de su talón y acerca la llama al cuenco de la pipa.

Miro al obsidiano con inquietud y me siento en la nube de humo a su lado.

Ella acaricia el piano.

—Mi esposo me lo regaló cuando tenía veintinueve años. ¿Quieres adivinar qué edad tengo ahora?

—A duras penas parece tener más de sesenta —respondo con una sonrisa.

—¡Sesenta! —Se ríe—. ¡Qué pícaro eres! Ese Belona mujeriego te lo ha pegado, por lo que veo. —Me estudia—. Espero que no te haya contagiado nada más.

—Él era como un hermano para mí.

—Bueno, eso no significa mucho en el Núcleo.

—Mi hogar es la Luna. No el Núcleo.

—Bah. Nos da lo mismo.

¿Por qué estoy aquí? Al aceptar la invitación, me he involucrado en alguna estratagema. ¿Es esto una especie de prueba? Que yo esté de luto no significa que el baile se haya detenido. En todo caso, el ritmo ha aumentado, puesto que el golpe de Estado toma fuerza y los disidentes van cayendo uno por uno. Puede que Casio ya no esté, pero todavía tengo que proteger a Pita. Parece un objetivo noble a estas alturas.

Gaia permanece ajena a mi agitación interior mientras toca las teclas y ejecuta una melodía simple. Me invade un extraño sentido de pertenencia y me olvido del baile.

—Debe de ser grotesco para ti, ver la edad —dice ella—. Sé que a los desviados del Núcleo les encantan las terapias de rejuvenecimiento. Bah. —Expectora algo en un pañuelo acartonado, examina el premio y luego hace desaparecer el pañuelo en su grueso kimono—. Tu abuela nunca pareció tener más de sesenta años, pero la recuerdo de cuando las dos éramos niñas que bailaban en las galas de su padre. Yo era una cría anodina en comparación con ella. Tu abuela tenía muchas joyas. Era refinada. Pero siempre fue demasiado arrogante. Fingía que no sabía quién era yo. Tenía un buen palo metido por el culo de *gahja*, esa. ¡Pero he sido la última en reír! —Vuelve a emitir una risa entrecortada—. ¿Cuántos años tienes, niño?

—Veinte.

—¿Veinte? ¡Veinte! Tengo pelos encarnados más viejos que tú.

Me río a pesar de mí mismo.

—No eres muy discreta, ¿verdad?

—¡Ja! Me he ganado la indiscreción. —Sus ojos nublados se suavizan y le da una calada a la pipa antes de apuntarme con ella como si fuera como un dedo—. Sé que llevas la máscara de la corte. ¿Cómo dices que la llamaban?

—La máscara de baile.

—Sí. Esa. Los Lune sois famosos por eso. Por la compostura. Una vez vi que a tu bisabuelo le mordió en la cara una mantícora venusina en su gala de cumpleaños. Le arrancó un pedazo de la mejilla y ni siquiera se inmutó. Se limitó a devolverle el mordisco a la cosa, se la arrojó a su domador y pidió champán. Un hombre aterrador, Ovidio. Puede que yo tenga la sangre demasiado caliente para ponerme la máscara, pero veo a través de la tuya. Tu amigo ha muerto hoy. Y también mi nieto, mi nieta y mi sobrina nieta.

Reflexiona sobre ellos durante un momento solemne y le da otra calada a la pipa.

—Les echaré de menos. Incluso a ese escorpión nocivo, Belerefonte. Pero no diré que lo siento. Así es la vida, ¿no? Si juegas con filos, te pinchan. Como mi familia, tu Belona se hizo la cama hace mucho tiempo. Pero tú eres diferente. Tu arma está ahí dentro... —Me toca la cabeza—. Si eres sabio y afortunado y vives tanto como yo, aprenderás que este dolor es solo una gota en el mar. —Me pone una mano en el corazón, me mira con intensidad—. Así que siéntelo todo, muchacho, antes de que el tiempo te haga olvidar.

—¿Podrías tocar algo para ellos? —pregunto.

—¿Para ellos?

—Para los difuntos. Casio y tu familia. ¿Un réquiem, tal vez?

Se echa a reír.

—Sí. Sí. Me gusta tu materia gris.

Se vuelve hacia el piano y comienza una canción, lenta, triste, que suena como el viento en mis sueños. Mientras sus dedos recorren las teclas, la canción despierta algo dentro de mí, aparte del dolor: una sombra, una sombra de una sombra en la biblioteca de mi mente, algo que nunca supe olvidado. Siento una presencia a mi espalda, aunque en realidad no hay nadie. Huelo un perfume que no está en el aire y siento, contra mi columna vertebral, el latido de un corazón que dejó de palpar hace muchos años.

Gaia siente mi inquietud.

—¿Estás bien, niño?

—Sí —digo con voz lejana, y solo ahora me doy cuenta de que he puesto las manos sobre las teclas y le impido tocar.

Debería apartar las manos, pero presiono una tecla. La nota resuena en mi cuerpo. El recuerdo se fusiona. Se calienta. La sombra se aparta de él goteando como la nieve sucia de una estatua. Encuentro otra llave. Se me cierran los ojos. Se me mueven las manos y cada vez más notas brotan a través de mí, me trasladan a otro lugar, a otro momento; un espíritu interior me guía, un espíritu que durante mucho tiempo ha estado enjaulado y escondido, de tal manera que yo ni siquiera sabía que estaba ahí. Pero ahora vuela. Las telarañas de mi mente desaparecen.

Deslizo las manos por el teclado y se derrama una canción, un réquiem por Casio y por todos los demás que he perdido. Su música me arrastra hasta un estudio lejano, donde crepita un fuego y un leopardo pequeño se me enreda entre las piernas. Ella está detrás de mí. Su cabello cae alrededor de mis mejillas. Su aroma terroso me llena las fosas nasales. Tiene los ojos deslumbrantes y la boca, truculenta. Todo eso, todo ella en ese momento, vuelve en tropel sobre las alas de la melodía. Cuando la última nota triste queda suspendida en el aire y mis manos se quedan inmóviles sobre las teclas, me quedo sin aliento, con las lágrimas rodándome por la cara.

Miro a Gaia, confundido.

—Creía que no sabías tocar —dice ella.

—No sé —murmuro—. A menos que lo haya olvidado.

—¿Cómo podrías olvidar algo así? Ha sido espléndido, niño.

—No lo sé.

Durante un momento, durante el instante más breve, la he visto. El rostro de mi madre. La piel suave. La nariz pequeña y la boca estridente. Esos ojos que ardían en un rostro que el tiempo me robó. ¿O fue otra cosa lo que me lo robó, una cerradura instalada en su recuerdo y que la música ha abierto?

—Mi madre tocaba —digo, recordándolo ahora.

—Y te enseñó.

—Sí. Yo... no sé por qué no lo recordaba.

—A veces, reprimir el dolor es la única forma de sobrevivir.

—No... yo no olvido —digo, y de alguna manera sé que aún hay más que recordar bajo las sombras. Una vida entera enterrada en mi propia mente—. Nunca olvido nada. Mi abuela decía que era mi mejor don...

—A mí me parece más una maldición. —Me mira con simpatía—. Mi madre murió cuando yo era tan joven como tú. Aunque ahora sería un fósil marchito, la recuerdo como era de joven. Morir joven es divino. Congela la flor en el tiempo. Es un regalo, en cierto modo, recordarla así en lugar de ver cómo la edad la arrasa y devora... —Se lleva las manos de venas azules a los pliegues sueltos del cuello y tira de ellos distraídamente—. Hasta convertirla en una sombra de lo que era.

—No creo que seas una sombra —protesto—. Creo que eres más bien maravillosa.

—No necesito tu compasión —me espeta, y me sobresalto. Luego sonrío y me toca de nuevo con su pipa—. No se te da tan bien ser un bribón como

Belona, ¿verdad? Halagas a una vieja tonta, pero creo que es otra la que te ha robado el corazón. —Le brillan los ojos con malicia—. Mi nieta.

—Te equivocas.

—Hay mujeres más fáciles de las que enamorarse. Pero eso ya lo sabes, ¿no es así?

—¿Enamorarse? Hay cosas más importantes que el amor.

—¿Como por ejemplo?

—El deber. La familia. Ella ha permitido que masacraran a mi amigo. Su muerte recae sobre ella. —Agacho la cabeza—. Y sobre mí. No hay amor entre nosotros. Solo una ligera curiosidad mutua, comprensible y ahora desaparecida.

—Ella evitó que te torturaran —dice Gaia—. Cuando su madre descubrió que era Casio quien se escondía detrás de esa máscara, Serafina le suplicó que te perdonara la vida y que Belona tuviera un final honorable.

—Antes de que supiera quién soy —replico—. Lo único que comparten los Lune y los Raa es la responsabilidad de haber perdido la Sociedad. De permitir que Darrow nos divida y de gastar recursos y naves valiosos los unos contra los otros.

Me vuelvo hacia ella.

—¿Qué es lo que quieres? —Siento un dolor sordo entre los omóplatos que ahora se va abriendo camino hacia mi cabeza. Estoy cansado de esto. Habla como si fuéramos viejos amigos, fingiendo que significamos algo el uno para el otro. Otra noche, tal vez tuviera paciencia para ello—. ¿Por qué me has traído aquí? No ha sido para compadecerme ni para mostrarme tu piano. Sé que voy a morir. ¿Es esa la razón por la que has dejado de fingir que estás senil? ¿Porque sabes que no sobreviviré a esta noche?

—No. Es porque quiero tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —Me río con amargura—. ¿Por qué iba a ayudarte? Os he

dado la guerra que todos parecéis querer, ¿no es suficiente?

—¿Quién ha dicho que yo quería la guerra? —Trata de levantarse del banco. Goroth se apresura a ayudarla, aunque sus propias rodillas crujen mientras se acerca. Ella lo rechaza y se las arregla sola con gran dificultad. Gaia me tiende una mano—. Ven. Te lo enseñaré.

Dudo, pero al final acepto su mano. Le sirvo de apoyo mientras me guía hacia la puerta por la que Aruka ha desaparecido antes. Desemboca en un solárium artificial y húmedo que huele a flores y pasteles. La hiedra luminiscente trepa por las paredes. El mayordomo está allí, sirviendo té en una mesa baja a la que se sienta una mujer solitaria, encorvada, con el cabello azul oscuro y corto y uniforme de prisionera.

—¿Pita?

Ella se levanta de un salto y se abalanza sobre mí con sus miembros larguiruchos; me sorprende al envolverme en un abrazo. Me estrecha con fuerza, con la parte superior de su cabeza debajo de mi barbilla. El enrejado de sus costillas se aprieta contra el mío.

—Estás vivo —dice contra mi pecho—. Estás vivo, joder.

No esperaba que me abrazara. Yo no lo habría hecho.

—Pita... tengo que decirte una cosa. Acerca de Casio...

Se aparta, con los ojos enrojecidos.

—Lo sé.

Me trago la piedra que tengo en la garganta.

—¿Dónde has estado?

Nos sentamos a la mesa a tomar el té mientras Pita relata sus padecimientos. No se le han ofrecido las mismas comodidades que a Casio y a mí. Pandora la torturó la primera noche tras nuestra captura y le cuesta recordar lo que reveló. Aquí en Ío, la han tratado bien, pero todavía está hambrienta y devora un plato de sándwiches finos que nos sirve Aruka.

Mordisqueo uno sin saborearlo, reflexionando sobre lo que me ha contado. Gaia saca el tabaco de su pipa con un cuchillo corto.

—Todavía no me lo has dicho —digo. Gaia levanta la mirada, confundida—. Lo que quieres de mí... de nosotros.

—Como tú mismo has dicho, vais a morir. Pronto. Los dos. Creo que Dido os ejecutará después del juicio de Rómulo, mañana. Quizá antes. Será discreto. Un escorpión de sangre negra en la habitación. Un dron de aguja. Una taza de té envenenada. —Dejo mi taza sobre la mesa con inquietud—. Querrá que el nieto de Lune desaparezca. Le complicas los planes, Lisandro. No soporta los desafíos a su autoridad. Así que debes desaparecer, con independencia de la intervención de Serafina.

—Maldita sea, eres más deprimente que un paquete de estimulantes vacío —murmura Pita, pero no está tan deprimida como para dejar de comerse los sándwiches—. ¿Y entonces qué hacemos? ¿Solo esperar a morir, como Casio?

—No —contesta Gaia—. Sugiero una alternativa: sobrevivir.

No es la respuesta que esperaba, pero encaja.

—¿Y cómo propones que lo hagamos? —pregunta Pita con brusquedad—. Aun en el caso de que consigamos superar a los guardias y robar un barco, tenemos que pasar los cañones de Sungrave. Y luego tenemos que ponernos en órbita antes de que los halcones de guerra nos destrocen con sus cañones de riel. Y después tenemos que ser más rápidos que la guardia orbital. Y luego que las mismísimas flotas. Lo más seguro es que ni siquiera nos persigan. Solo lanzarán un misil de larga distancia y ya les hará el trabajo. Si huimos, moriremos de una docena de formas distintas. —Pierde en interés en la comida y la aparta—. Estamos atrapados en esta luna de mierda.

—Entiendo que estés enfadada —dice Gaia—. Pero vuelve a hablarme así,

azul de baja cuna, y tu lengua fertilizará mi jardín de tabaco. —La anciana chupa la pipa y Pita palidece—. Y, sí, estáis atrapados... a menos que...

—A menos que... ¿qué, *domina*? —inquire Pita nerviosa.

—A menos que Dido no esté en el poder —deduzco—. A menos que Rómulo acabe con su golpe. Entonces es posible que él nos deje marchar.

—Rómulo, el que dejó que esa Pandora me torturara... —Pita le echa un rápido vistazo a Gaia—. ¿No decías que quería cortarte la cabeza y enviar al Arqui a Júpiter? ¿No te escama eso un poco?

—Eso es pasado. Y tenía sentido, teniendo en cuenta su situación.

—¿Matarte tenía sentido?

—Técnicamente.

Lo sopesa.

—Bueno, yo también lo he pensado algunas veces.

Reflexiono sobre una idea, viendo la intención de Gaia.

—Quieres que te ayudemos. Quieres que liberemos a Rómulo de las Celdas de Polvo.

Gaia asiente con la cabeza tras el humo de su pipa.

—¿Para que nos asesinen esos psicópatas con turbante? ¿Has perdido la cabeza? —Pita se cruza de brazos—. ¿No dispones de tus propios hombres... *domina*?

—Todos mis hombres han sido arrestados o reemplazados —responde Gaia. Hace un gesto hacia Aruka y Goroth—. Estas tres arpías somos lo único que queda. ¿Qué daño podríamos causar, tan débiles como somos?

Goroth muestra sus dientes negros y me asusto.

—Dorados que quieren que les hagamos el trabajo sucio. Típico —murmura Pita—. No quiero morir por ellos, Lisandro.

—Podría ser la única forma de que no muramos hoy —digo con una sonrisa.

Pero, por dentro, detrás de la máscara de baile, mi lógica es fría y clínica.

—¡No me digas que te lo estás planteando de verdad!

—Dido se está preparando para la guerra, Pita. Somos una molestia para ella. Nos eliminará o nos usará... me usará como moneda de cambio de alguna manera. No lo toleraré. Ni por asomo. —Me vuelvo hacia Gaia—. ¿Nos ayudaría Diomedes?

—No. Ese niño vanidoso es esclavo de su honor. Está comprometido por juramento con los Caballeros Olímpicos, y ellos han aceptado el golpe de Dido. El juicio de Rómulo comienza mañana. Diomedes lo escoltará hasta el tribunal para que allí se haga justicia.

—¿A su propio padre? —pregunta Pita.

—Son nuestras costumbres.

—Debo suponer que tienes un plan —le digo a Gaia.

—¿Así que lo haréis? —pregunta con picardía.

—Yo no he dicho eso. ¿Cuál es el plan?

—Mi hija, Vela, espera en el desierto con legiones leales a Rómulo. Iniciarán un asalto contra Sungrave para capturar a Dido. Pero no puede atacar si tienen a su hermano de rehén. Necesito que vayáis a las Celdas de Polvo. Que lo liberéis. Os he preparado unas motos voladoras en un garaje. Las necesitaréis para cruzar el yermo y llegar a Vela.

»No se trata solo de mi hijo —dice para descubrir todas sus cartas—. Yo era amiga de tu abuelo, Lorn. Era una cabra vieja y engreída, pero yo también lo soy. —Podría estar mintiendo—. Vino a Europa porque estaba cansado de la ambición de los jóvenes y del orgullo de los viejos. Yo estoy cansada del imperio, tal como le pasó al viejo Perfil Pétreo. La guerra devora a las familias. Se lo dije a mi esposo cuando fue a la guerra de Augusto y se ofreció para caer en la Lluvia de los Leones. No me hizo caso. Mi hijo sí. Todo lo que ha hecho, todo lo que ha ocultado, ha sido por el bien del Confín.

—¿Rómulo sabía que fue Darrow quien destruyó los astilleros? — pregunto.

—No. Yo lo sospechaba, y le aconsejé a mi hijo que no buscara la guerra con él.

—Lógico, en ese momento, teniendo en cuenta las pérdidas. Pero deshonroso.

—Niño estúpido. ¿Sabes cuántos humanos orgullosos he visto morir por honor? ¿Derretidos sobre el suelo de una lancha de desembarco? ¿Llamando a gritos a sus madres en el campo de batalla mientras intentan volver a meterse las tripas dentro del cuerpo? Honor. —Sorbe su té—. Rómulo conoce el coste. Un líder no puede ser siempre lógico y honorable. A veces, debe elegir. Me sorprende que, precisamente tu abuela, no te enseñara eso. ¿O es que intentas ser Lorn?

No digo nada. Ella emite un ruidito divertido.

—Mi hijo, pese a todo su poder, es un hombre humilde. Me escuchó. Gracias a él, nuestra civilización sobrevivió a la destrucción de los astilleros y al hambre y el colapso económico que la siguieron. Construimos nuevos barcos con las ruinas de los mismos muelles que cayeron sobre Ganímedes. Ahora tenemos paz. Quiero morir sabiendo que durará y que la meretriz venusina no nos arrastrará a la interminable guerra de su planeta.

Gaia hace esto para proteger a su familia y el Confín. El Interior y su gente no podrían darle más igual. De repente Serafina parece muy noble en comparación con su abuela. Los ojos de la joven se volvieron incandescentes cuando habló de llevar la paz al Núcleo.

Solo puedo darle una respuesta a Gaia que me permita salir de aquí.

—Lo haré —digo con cuidado—. Liberaré a tu hijo. Pita, puedes quedarte aquí...

—La última vez que lo hice, la cagaste un montón y yo terminé metida en

una celda —replica. Aparta su té—. Voy contigo.

Miro sus brazos frágiles.

—Entonces debes apresurarte. —Gaia se levanta con la ayuda de Goroth—. Dido está en consejo con sus pretorianos ahora mismo. Pero pronto sabrá que os he traído a los dos aquí.

La seguimos de vuelta a la sala principal.

—Necesitaré algo. Una carta. Una grabación para que Rómulo sepa que me envías tú —exijo.

—Tendrás un guía —dice—. Rómulo conoce a Goroth.

—Entonces ¿por qué no lo envías a él solo?

—Goroth ya no es lo que era. —Mira al obsidiano con afecto serio—. Y él no sabe pilotar motos voladoras. Doy por hecho que tú sí.

Asiento con la cabeza. Tras valorar a Goroth, miro de nuevo a Gaia.

—Necesitaré un arma.

—Sí... Aruka, mi asta. —Aruka se acerca a toda prisa al tokonoma y, sirviéndose de unas pinzas en lugar de sus manos, aparta el filo de su posición de gravedad suspendida—. Muéstrale esto. Hace muchos años que no la empuño. Se llama Shizuka. Es tuya hasta que vuelva a pedírtela. Tómala, muchacho.

Tomo el asta entre las manos. Es fría, extraña y extravagantemente larga. Su empuñadura es de cuero marrón claro y tan larga como mi antebrazo. Su hoja es clara como el cristal, como la de Serafina. Toco con la mano la pequeña palanca de activación que hay cerca de la parte superior del mango y el látigo se pone rígido de inmediato.

Gaia mira con nerviosismo hacia la puerta, ya no es la mujer serena que se sentó conmigo al piano. Llevar a cabo esa demostración de confianza, venderse, poner en marcha su maniobra, ha requerido toda su energía. Ahora los nervios y el agotamiento la traicionan.

—Debéis marcharos ya. Goroth os llevará a los túneles. —Me guía hacia una pared y pasa los dedos por la piedra. La pared retrocede con estrépito y revela un pasaje oscuro—. Conocemos los secretos de esta montaña mejor que esa golfa de Venus. —Me entrega un transpondedor—. Recuerda, en cuanto tengas a Rómulo y podáis esconderos, mándales una señal a las legiones.

—Lo haré.

El viejo obsidiano se une a nosotros y mira a Gaia con tristeza, roto por la separación. Las lágrimas brillan en sus ojos negros.

—Oh, no llores, viejo bruto —le dice ella al gigante—. Las lágrimas no son propias de nosotros.

El hombre se inclina repentinamente y la besa en la frente con los labios resecos. Ella se sorprende tanto que apenas tiene tiempo para ofenderse.

—Adiós, *domina* —ruge él.

La anciana niega con la cabeza y lo empuja sin fuerza en el pecho.

—¡Marchaos!

Goroth se obliga a apartarse de ella y se adentra en la oscuridad del túnel.

—Gracias por los sándwiches —le dice Pita a Gaia—. Si descubren que nos has ayudado, ¿no te matarán?

—Chica estúpida, no todos los que viven temen la muerte. —Se aleja y la puerta se cierra entre nosotros, pero oigo sus últimas palabras a través de la piedra—. Salvad a mi hijo.

56
LISANDRO
Guerra de Dragones

Goroth, Pita y yo serpenteamos por las entrañas de la antigua ciudad en una oscuridad tan absoluta que lo que guía al hombre es la memoria, no sus grandes ojos. Subimos, bajamos y viramos con brusquedad. Dejamos atrás susurros que se filtran a través de la piedra. Máquinas que tiemblan en alcobas y habitaciones invisibles. Rayos de luz finos que cortan la oscuridad desde las mirillas. Me asomo por ellas con la esperanza de atisbar a Serafina, pero cuanto más nos hundimos en la roca, más lejos de los dorados nos encontramos. Lo que veo a través de las paredes son amarillos encorvados sobre holodispositivos, estudiando diagramas y vídeos, hierofantes blancos leyendo en los claustros, laboratorios de tallistas llenos de experimentos, barracones de grises, y grandes cisternas y jardines botánicos que bullen de abejas y de rojos que arrancan frutos de hileras de arbustos subterráneos que crecen bajo la luz artificial.

Los túneles son viejos y cada uno tiene sus propias características. El viento sopla a través de ellos y susurra de forma misteriosa. Y en lo más profundo de la oscuridad, cuando dobla las esquinas y pasa por encima de las aberturas, el viento aúlla. Camino detrás de Goroth, muy cerca de él. Sin él, Pita y yo podríamos vagar hasta morir de hambre.

Tras cada giro, Goroth se vuelve para asegurarse de que todavía lo seguimos, y me preocupa que sepa lo que estoy pensando. Que sepa lo que planeo. Continúa guiándonos hasta que llegamos a un tramo de túnel congelado donde el hielo convierte en resbaladiza la piedra que pisamos.

—Aquí —dice.

Nos detenemos y oigo su dedo en la pared. La piedra gruñe en señal de queja y entonces la luz comienza a filtrarse a través de la apertura en expansión. Al otro lado de la pared, aparece una sala de almacenamiento. Goroeth es el primero en entrar. Pongo una mano sobre Pita para evitar que lo siga. La mano me tiritita en el asta. ¿Qué pasa si fallo? Encuentro el interruptor con el pulgar. Me tiemblan los dedos.

—¿Una mala corriente, *dominus*? —pregunta Goroeth, que se vuelve al notar que no lo sigo.

Ahora percibe mis intenciones en el aire. No digo nada. Entorna los ojos cuando ve mi dedo sobre el interruptor. Sin decir una palabra, se abalanza contra mí. Su velocidad es insólita para su edad y tamaño. Activo el filo. La hoja larga surge en el espacio que nos separa. Embisto contra su rótula, con la esperanza de no matarlo. Le atraviesa el hueso y los tendones, se desliza a través de ellos como si ni siquiera estuvieran ahí. El impulso de Goroeth lo propulsa a través de la hoja. Sus manos enormes me alcanzan la garganta. Pita grita y resbala sobre el hielo. Sus piernas impactan contra las mías y caigo al suelo. Me desmorono justo cuando Goroeth pasa sobre mí y choca contra la pared. Se da la vuelta y arremete de nuevo contra mí. Me alejo a gatas por el túnel, tratando de volver a ponerme en pie. Logra agarrarme solo la mano izquierda. Intento girar el filo, pero Goroeth tira de mí hacia abajo. Me desplomo boca abajo y él está a punto de arrojar su cuerpo sobre el mío. Falla por poco. Todavía de cara al suelo, con el brazo derecho y el filo atrapados bajo mi peso, pateo hacia atrás, a ciegas, para intentar alcanzarlo y le doy en la cara y los hombros. Apoyo las piernas contra él para evitar que se arrastre hacia arriba por mi cuerpo tendido y me deje inmovilizado contra la piedra. Con su fuerza y su peso, me clavaría al suelo y me rompería el cráneo contra la piedra. Forcejamos en la oscuridad, gruñendo, y su inmensa

potencia va sobrepasando lentamente mi llave de kravat. No puedo sacar el brazo derecho con el filo de debajo de mí.

—¡Pita! —grito—. ¡Pita! Dale patadas.

Miro hacia atrás y la veo a la luz tenue que se derrama desde la sala de almacenamiento hacia el túnel. Se ha puesto de pie y corre hacia Goroth para patearlo en la parte posterior de la cabeza. Su presa no se afloja. Va escalando por mi cuerpo, tratando de quitarme el transpondedor que le enviará la señal a Vela. Pita le da otra patada con el talón y, aprovechando la distracción, me las arreglo para ponerme de lado y liberar el brazo. Lo apuñalo de nuevo con el filo, esta vez en el brazo que me sostiene. La hoja le atraviesa el hombro. Pero no me suelta. Su mano gigantesca se cierra alrededor de mi mano izquierda y aprieta hasta que escucho un crujido como de madera verde sobre una fogata. Los huesos restallan y se astillan bajo mi carne. El dolor me sube por el brazo izquierdo. Gruño y lanzo una estocada hacia su brazo con desesperación frenética. Afloja la presa. Me pongo de pie, con su mano cortada aún aferrada a mi mano izquierda. Me doy la vuelta para matarlo, pero él se ha apartado de mí y se ha sumergido en las sombras del túnel más allá de la abertura de la sala de almacenamiento.

Una respiración. Dos. No vuelve a aparecer.

Corro hacia Pita, con el filo apuntando con desconfianza hacia la oscuridad, y la meto dentro de la sala de almacenamiento.

—Lisandro, ¿qué demonios ha sido eso?

La mano me palpita de dolor. A la luz veo los dedos machacados y la hinchazón debajo de la piel. Avanzamos entre cajas, huyendo de los túneles, hasta que encontramos una puerta y salimos por ella a un pasillo frío. Estamos en las instalaciones de la cárcel de las Celdas de Polvo. Las cámaras parpadean en el techo, detrás de pequeños globos de cristal.

—¡Van a verte! —Me pongo de rodillas delante de una y tiro el filo al

suelo. Ella retrocede hasta la puerta de la sala de almacenamiento—. Lisandro...

Una alarma comienza a aullar desde la cámara. Unas puertas se cierran en algún lugar a lo lejos. Unas botas patullan el suelo.

—Pita, arrodíllate conmigo. Llegarán enseguida.

—Lisandro, ¿qué estás haciendo?

—Elegir un bando.

Una hora más tarde, Dido me mira después de que haya terminado de contarle mi historia. Pita está a mi lado, nerviosa; nos rodean unos cuantos soldados, además de Dido y Serafina, que parecen recién despertadas. Mi mano izquierda es una agonía, está hinchada como un odre de agua, palpita y se ha vuelto de un oscuro tono púrpura. La conmoción desapareció hace media hora. Ya no me castañetean los dientes, pero estoy acongojado. Guardo el dolor en el mismo compartimento que el miedo, lo lanzo al vacío y me concentro en la respiración. El dolor se vuelve manejable.

—Llevaba esto con él. —El centurión del pelotón que nos ha capturado le entrega a Dido un contenedor de plástico que contiene el filo de Gaia, con mucho cuidado de no tocar la hoja con la mano—. Es el filo de la matrona, ¿no es así?

Mi prueba.

—Lo es. Serafina, ¿qué opinas? —pregunta Dido.

Serafina me escudriña desde la esquina de la habitación.

—Los Lune no me merecen gran confianza. —Mira su terminal de datos, que acaba de iluminarse—. Pero han encontrado una mano en el túnel, y sangre de obsidiano. El análisis del ADN de la escena dice que es de Gorothe.

—Y ese monstruo no mearía si Gaia no le dijera que lo hiciera. —Dido tiene en las manos el transpondedor que me dio Gaia—. O sea que está diciendo la verdad. Tu abuela no está tan senil como pa rece.

—¿Enviamos un pelotón a sus aposentos, *domina*? —pregunta el centurión.

El dedo de Dido se desliza por el botón de activación.

—No... No, eso resultaría de mal gusto. Más disputas familiares. — Serafina exhala un suspiro de alivio. Los ojos de Dido brillan cuando me mira—. No somos Lune, a fin de cuentas, y Gaia es mi suegra. No. Buscad a Gorothe, centurión. —Sus hombres tragan saliva con dificultad a su espalda. Dido no se da cuenta, pero Serafina parece comprender mejor el ánimo de los soldados—. Aunque ahora solo tenga un brazo, sigue sin gustarme la idea de tener un Sucio tras las paredes. Y ni una palabra de esto a nadie. Lo último que necesito es que todos nuestros nuevos aliados se caguen de miedo a ser despellejados mientras duermen. —El soldado espera, expectante—. ¿Algo más? Dime.

—No tengo autorización para los túneles, *domina*. Ni mapas.

—¿Sabías que existían antes de hoy? —pregunta Serafina.

—Solo rumores. Nací en Sungrave.

—Puedo ir yo, madre —dice Serafina—. Sé que la mayoría de los...

—No, no me arriesgaré a que persigas a un Sucio en la oscuridad. ¿Quién más conoce los malditos túneles?

—Algunos Guardias del Dragón —dice Serafina—. Pero la mayoría de los centuriones son leales a padre.

—Demonios. ¿No hay un mapa en los servidores o algo así?

—Lo había —responde Serafina—. Cuando los batallones de piratas informáticos de Fabii corrompieron el servidor central, los mapas de los túneles cayeron víctimas de la purga de datos.

—¿Quieres decir que se perdieron y que somos extraños en nuestra condenada casa? —Dido me mira y se ríe—. ¿Ves? Siempre en estado de sitio.

—Mario los estaba mapeando con la Krypteia, pero no sé hasta dónde ha llegado —dice Serafina.

—Qué típico de él hacer algo así.

—No nos ayudará, no sin el permiso de padre.

—Lo sé. Lo sé. —Dido se frota las sienes con los dedos mientras piensa—. Sera, llama a Kurath. Quiero cien acechasangres obsidianos y sabuesos *kuon* en los túneles antes de que amanezca. Que sean ellos quienes cacen a los suyos.

Los grises suspiran aliviados.

—¿Y los mapas de Mario? —pregunta Serafina—. Hay miles de kilómetros de túneles.

—Yo me encargaré de los mapas y de tu hermano. —Dido despide a los grises. El centurión pregunta si me lleva a una celda—. Deja que se quede.

Los grises se van y Dido acaricia el transpondedor que le he dado sin dejar de mirarme.

Guardo silencio, pues sé que la suerte ya está echada. Serafina cierra la puerta detrás de los grises y mira el transpondedor.

—¿Vas a llamar a Vela?

—Tal vez. —Dido frunce los labios—. Parece el único movimiento correcto en el juego. Puedo ordenar el regreso de las legiones que envié para que se encargaran de Kardiff e Íola. Bajo ese escudo, Vela puede durar años. Si la atraemos hacia el yermo, podemos acabar con su legión en una hora. Reafirmar nuestro control. Sin Vela, ¿en torno a quién se unirán una vez que Rómulo entre en razón?

—¿Crees que entrará en razón si matas a la tía Vela? —pregunta Serafina

—. Si la matas, lo pierdes. Y eso no es lo que acordamos. Hemos hecho esto sin separar a nuestra familia. Esa es una victoria sobre la que construir nuestra guerra.

Observo a Dido para ver cómo reacciona, la calibro.

—Sí... —El pulgar de Dido continúa acariciando el botón de activación—. Sí, por supuesto, tienes razón. Razonaremos con Vela. —Le lanza el transponedor a Serafina—. Haz algo con eso. —Se vuelve hacia mí—. Bien, joven Lune. Esta es la segunda vez que me ayudas. Teniendo en cuenta la muerte del Belona, tengo curiosidad por saber por qué has decidido traicionar a mi suegra. ¿Ha sido solo porque no podías soportar ser un niño honorable?

—Casio murió por su honor —digo.

—No. Murió porque asesinó a mi hermano, a mi hija. ¿Eres demasiado cobarde para seguirlo?

Miro a su espalda, hacia Serafina.

—La muerte engendra muerte que engendra muerte. Es una frase que mi abuelo dijo una vez. Y por eso no liberé a Rómulo. Se derramaría sangre dorada, y queda muy poca. Lorn au Arcos dijo una vez que es el deber de todo hombre escuchar a sus enemigos. Cuando hablaste, yo escuché. Tu guerra es justa. Casio no lo creía, pero ya no está. Y honrar a los muertos a costa de los vivos es una vanidad que ninguno de nosotros puede permitirse.

A Serafina le ha resultado difícil mirarme desde que entré en la habitación, incluso después de contarles mi historia, pero ahora tengo su atención.

—Vi al Amanecer hacerse con la Luna. Y he observado a lo largo de diez años cómo su supuesta libertad daba paso a la anarquía. Es hora de que el orden y la justicia regresen al reino del hombre. Por eso te he ayudado.

—¿No porque deseas ver la cabeza del Rey Esclavo clavada en una pica?
—pregunta Dido.

—Los mundos estarían mucho mejor sin él en ellos —digo.

—Si fuera eso lo que quieres, ya lo habrías intentado —interviene Serafina—. Habrías recurrido a tu padrino, en el Núcleo. Sin embargo, te escondiste.

—Casio me salvó la vida. Tenía una deuda pendiente con él. —No digo que me daba miedo que mi padrino me culpara por la Caída de la Luna y mi papel en ella—. Pero con su muerte, esa deuda está saldada.

—Nobles clichés —dice Dido con mirada recelosa—. Pero los Lune siempre han tenido picos de oro. Supongo que quieres que te libere, ¿no? —Asiento—. Muchos de mis aliados claman por tu cabeza. Odiaría decepcionarlos.

—No he cometido ningún crimen.

—Eres el residuo de los tiranos y los genocidas —replica Serafina—. Eres un Lune.

—Entonces ¿me juzgas por los defectos de mis antepasados? Tenía mejor opinión de ti.

—Interesante. —Dido me examina con perspectiva venusina, preguntándose si soy más valioso vivo o muerto—. Pero tal como están las cosas, la decisión no depende de mí.

Frunzo el ceño.

—Entonces, ¿de quién depende?

—El juicio de mañana será una farsa —responde Dido—. He hablado con Helios, que será quien lo presida. Está de acuerdo conmigo, no hay pruebas de que mi esposo conociera la grabación. Su contención del regreso de Serafina puede excusarse diciendo que trataba de proteger la paz y a su hija de un juicio severo. No hubo traición Pero los astilleros se destruyeron estando él al mando. «Solo» será acusado de negligencia en tiempos de guerra por no investigar el engaño del Segador. Pero después será liberado y seguiremos nuestro camino hacia la guerra. Del mismo modo en que Roma tenía dos cónsules, nosotros tendremos dos soberanos. Esposo y esposa.

Iguales. Él no tendrá más remedio que liderar en el frente conmigo. Así que el destino de tu vida, Lisandro au Lune, «heredero del imperio», no me corresponde decidirlo sola. Juntos, mi esposo y yo decidiremos si vives o mueres.

Cuando Dido termina conmigo, Serafina me acompaña a mi celda. Apenas conversamos. Pero, cuando va a cerrar la puerta, la bloqueo con el pie.

—¿Te envió tu madre a mi celda? —pregunto—. Quiero la verdad.

Me devuelve una mirada beligerante.

—¿Desde cuándo le importa la verdad a un Lune?

57
EFRAÍN

Adecuado para un duque

Por el canal del intercomunicador, Gorgo me da la dirección de un restaurante y me dice que me reúna allí con él esta noche. Logro disimular el nerviosismo de mi voz, pero me tiembla la mano cuando cuelgo. Estoy comprando un billete solo de ida. Mi única esperanza es que, cuando llame a la caballería, lleguen rápido y sean duros. De lo contrario, el indulto de la soberana será para uno.

Sé que Volga lo aprovechará mejor que yo, de todos modos.

Holiday intenta obligarme a ir a un edificio del gobierno para pasar las horas que quedan hasta la reunión, pero al final la convengo de que es mejor que el Sindicato me vea en la calle durante el día antes de aparecer milagrosamente en el restaurante. Se despide sin sonreírme y no entra de nuevo en la terminal, sino que cruza una puerta de mantenimiento que lleva a la parte baja de la plataforma de vuelo. Liria se para en la puerta y se vuelve hacia mí con mi omnívora en la mano.

—Probablemente necesites esto —dice.

Holiday ha desactivado el seguro del gatillo antes de irse.

—¿Estás segura de que tú no? —pregunto.

—No. —Frunce el ceño—. No he hecho un trato como tú. No creo que me dejen llevar armas a la Fondoprisión.

—Y por eso nunca hay que hacer nada gratis —digo con ligereza.

—Lo tendré en cuenta.

Se da la vuelta para irse.

—Conejo.

Se vuelve para mirarme y, por un momento, me pregunto si veo odio en sus ojos. ¿Ha dicho todo eso acerca de Trigg solo para conseguir que aceptara? Sí. Ha sido la miel del vinagre de Holiday. No hay perdón en ella. Solo agotamiento e ira hacia mí y hacia el mundo.

—¿Qué? —pregunta.

La fugaz idea de disculparme desaparece.

—Un consejito: aléjate de ellos todo lo que puedas, tan rápido como puedas. O te masticarán y te escupirán.

—Si quisiera un consejo, serías la última persona a la que se lo pediría.

Y sin más, se va.

Llego en taxi al restaurante, un local ostentoso en la parte noroeste del Paseo Marítimo, y tengo que esperar una hora hasta que llega Gorgo. Aparto mi bebida a un lado con nerviosismo y lo sigo desde el restaurante hasta un transporte aéreo donde varios matones impecables vestidos con guardapolvos me registran en busca de armas y, tal como dije, también de dispositivos de rastreo. Me quitan la pistola. Cuando han decidido que estoy limpio, me ponen en la cabeza una capucha de distorsión programada para sumergir mis sentidos en un mundo árido y desierto.

Las plantas rodadoras digitales corren sobre el suelo resquebrajado delante de mí. A lo lejos, unos lobos hambrientos aúllan mientras embuten mi cuerpo en la parte posterior del vehículo aéreo, que asciende hacia el flujo del tráfico. El tiempo también se distorsiona dentro de la capucha. No sé decir si ha pasado una hora o han sido cuatro cuando siento que los propulsores de aterrizaje de la nave se abren y el golpe suave contra el suelo cuando se posa. Me bajan y veo que los lobos se aproximan a través del falso desierto a la caza de mi presencia digital. Me empujan hasta llegar a un sofá y por fin me quitan la capucha, justo antes de que los lobos se abalancen sobre mí.

Estoy de cara a una inmensa colonia de hormigas que ocupa toda una pared, hasta el techo de diez metros de altura. Las hormigas, de color amarillo ácido y del tamaño de mi dedo meñique, se afanan detrás del vidrio. Se arremolinan en un montículo de patas y dientes sobre un cadáver situado sobre la superficie de la colonia y hacen una fila para trasladar el alimento desde el nivel superior del desierto hasta el vientre de su laberinto, pasando por almacenes, graneros para pulgones, criaderos de huevos y viveros llenos de larvas que se retuercen. En el centro de la colonia, una reina obesa, del tamaño de un gato pequeño y con el abdomen hinchado y púrpura, excreta huevos transparentes que los trabajadores de mandíbulas negras se llevan en la boca.

Un cóctel nauseabundo de curiosidad y repulsión crece en mi interior. Gorgo está recostado en un sofá frente al mío; su enorme cuerpo parece fuera de lugar en una habitación tan bien decorada. Enciende un cisco. Su terminal de datos descansa sobre la mesa, una omnívora al lado.

—Saludos, Gorgo. ¿De qué va lo de las hormigas?

—El duque dice que lo tranquilizan —contesta mirándome a través del humo.

—¿Tienes otro de esos?

Señalo el cisco.

Duda, pero entonces me ofrece un paquete de Enanos Blancos. Estiro la mano hacia la mesa de cristal y cojo uno. Me lanza un encendedor. Enciendo el cisco y me reclino para admirar el lugar. Es una sala de trofeos. Un diamante raro robado un año después de la Caída reposa sobre un escritorio de cristal junto a la ventana a modo de pisapapeles. Un casco de guerra con la luna creciente de la Casa de Lune cuelga a seis metros de altura en la pared. Otro centenar de tesoros de valor incalculable atestan la habitación. Ninguno de ellos está clavado o asegurado bajo un cristal; es como si dijeran «Ningún

hombre se atrevería a robarme». Es de una arrogancia magnífica y equilibrada por la amenaza. Sobre una mesa se encuentra la sierra de huesos del duque.

—¿Robó él todo esto? —pregunto.

Al admirar la habitación, he llegado a la conclusión de que no tengo forma de alcanzar mi arma o su terminal de datos a través de la mesa antes de que Gorgo me mate. Podría aplastarme el cráneo sin romper a sudar. Él también posee esa extraña locomoción que parecen cultivar en los obsidianos de operaciones negras. Lo más seguro es que fuera berserker, o puede que incluso Sucio. Nunca he visto uno en carne y hueso.

¿Hasta qué punto le resultaría fácil arrancarme los brazos de los hombros? He visto a obsidianos de Amanecer hacérselo a legionarios grises y dorados capturados. ¿Gritaría yo también como aquellos pobres bastardos?

—Todo lo que hay aquí lo robó con sus propias manos. Hubo una duquesa antes que él. También le robó la corona —responde Gorgo.

—Me sorprende que no tenga aquí a los niños en un pedestal. —Busco algún indicio de su paradero. Sería una pena llamar a Holiday y a la caballería y no tener nada que enseñarles. Gorgo no muerde el anzuelo—. De vuelta a lo de las hormigas... ¿lo calman? ¿Acaso el duque también es entomólogo? —Gorgo no responde. Se limita a continuar ahí sentado, como un yeti culto, con esos ojos espeluznantes que le sobresalen del rostro caduco—. No te caigo muy bien, ¿verdad, Gorgo?

—No.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Hablas demasiado.

—¿Y?

—Hablar desperdicia oxígeno, ralentiza la cognición. Al contrario que tú, yo no necesito menear la lengua para calmar los nervios.

—La comunicación es el alma de la civilización. Si no, somos como ellas, ¿no? —Señalo las hormigas con la cabeza—. Llevar, transportar, cavar y trabajar duro. Si te expresas solo a través de tu trabajo, ¿qué eres, sino una hormiga? —Quiero sacarlo de sus casillas. Su tranquilidad me irrita—. Deberías probarlo, de verdad.

—Le dije que debería matarte. Como a esa verde.

—Lo retiro. Creo que es mejor que te atengas al silencio.

—Sigo pensando que debería matarte.

Gorgo no es el tipo de hombre que quieres que imagine tu mortalidad.

—Pero la muerte es tan permanente... Me echarías de menos. —Exhalo una nube de humo entre los dos—. ¿Alguna razón en particular por la que quieras enterrarme?

Esta noche me noto los pulmones tensos. Gorgo no responde. Estudio su guardapolvos negro y sus botas negras.

—Siempre he sentido curiosidad, los guardapolvos... ¿te los dan cuando firmas el contrato de trabajo o vas a comprártelo a una tienda de uniformes de matón?

—Qué gracioso —dice.

—Gracias.

—¿Cómo te va eso, gris? Lo de ser gracioso.

Miro a mi alrededor.

—Bastante bien. ¿Y a ti cómo te va lo de ser el perro del duque?

Solo esboza esa misteriosa sonrisa de metal tan suya.

Este hombre me da más miedo que el infierno. Soy capaz de interpretar las expresiones de la mayoría de los hombres, pero no las de este golem chapado en oro. No tengo ni idea de lo que quiere. Finjo que me aburro y me levanto y camino por delante de la colonia de hormigas. Al inspeccionarla más de cerca, me doy cuenta de que hay dos especies de hormigas y que las colonias

están separadas por una lámina de cristal deslizante cerca del techo. Cientos de ejemplares de cada una de ellas se reúnen junto a la partición. Son pequeñas máquinas de guerra rodantes. Más grandes que las hormigas obreras, con gruesos caparazones blindados, cabezas de gran tamaño y unas mandíbulas cómicamente grandes. Las hormigas amarillas estiran los cuerpos hacia arriba como perros aulladores y agitan las mandíbulas en el aire, mientras que las hormigas azules no paran de hacer entrar y salir sus aguijones. Miro de nuevo por encima de la colonia de hormigas amarillas y me fijo en el cadáver que las alimenta. Me acerco al cristal para ver más allá de los cuerpos que se retuercen. «Oh, diablos». Es una mano cortada y ya casi limpia de carne. Demasiado grande para ser de los niños. Distingo el emblema de metal en forma de media luna de un obsidiano fusionado al metacarpo.

El pánico me sube desde las pelotas hasta el vientre. O sea que el duque se ha cobrado la deuda. ¿Belog? ¿No se llamaba así el obsidiano? De pronto, me entran ganas de vomitar. Van a asesinarme. Por eso me han traído a ver las hormigas. Me matarán y me echarán de comer a las putas hormigas.

Me alejo, asqueado. Gorgo me mira con esos ojos silenciosos que tanto dolor prometen. Recoge su terminal de datos y mi arma y se pone de pie cuando el duque entra en la habitación varios minutos después. El corazón se me hunde aún más en las entrañas, y me golpea en todas y cada una de las costillas en su camino hacia abajo, cuando dos guardaespaldas obsidianos irrumpen detrás del rosa en la habitación.

—¿Habéis jugado bien los dos? —pregunta el duque.

—Relativamente —digo con una sincera sonrisa de alivio—. Gorgo es un poco taciturno.

—Forma parte de su encanto. No te necesito más esta noche, Gorgo. Ve a

jugar con tus juguetitos —ordena el duque—. Me he tomado la libertad de renovar tus suministros.

El metal destella entre los labios de Gorgo.

—Su arma.

Gorgo le entrega mi omnívora y se marcha con una pequeña reverencia. El duque lleva una túnica negra con brillos púrpura y zapatillas negras.

—Efraín, cariño. Qué terrible por mi parte haberte hecho esperar. Espero que Gorgo no te haya aburrido demasiado.

—Un vocabulario extenso el de ese témpano. ¿De dónde lo has sacado?

—Oh, nos conocemos desde hace tiempo. Digamos que derretimos juntos el oro que llevan en los dientes. Ven. Ven. Espero que tengas hambre.

Coloca mi arma junto a los cuchillos que hay en su lado de la mesa. Lo bastante cerca para que pueda alcanzarla. Podría cogerla y utilizar su terminal de datos para mandarle una señal a Holiday, pero los obsidianos me despellejarían.

Los observo desde el lado opuesto de la habitación mientras los sirvientes del duque abren la botella de La Dame Chanceuse. Nos sentamos el uno frente al otro a una mesa larga y el duque me mira con expresión burlona.

—Debo admitir que no esperaba saber de ti tan pronto. Temía haber sido un pelín demasiado entusiasta con lo de matar a tus amigos.

—¿Qué amigos? Me traicionaron. Que les den.

—Sangre fría —dice el duque—. Me gustan los reptiles. ¡Casi tanto como los insectos! —Señala las hormigas—. Aun así, pensé que el aburrimiento tardaría al menos varias semanas en vencerte. Parece que eres como yo, a fin de cuentas.

—¿A qué te refieres?

—Las mentes inquietas hacen hombres inquietos.

—Es un terrible defecto mío —digo dedicándole una sonrisilla—. Me

aburro rápido.

El hombre no se está tomando la molestia de disimular, ahora que disfrutamos de una privacidad relativa. Pasea su mirada por mis labios al mismo tiempo que se mete un albaricoque en la boca.

—No demasiado rápido, espero.

Dejo que se dé cuenta de que miro a los sirvientes que hay en la habitación, exagero mi incomodidad.

—Lamont, trae la comida y déjanos solos —dice—. Creo que esta noche podemos servirnos el vino nosotros.

Los sirvientes traen varias bandejas de plata con comida y las depositan sobre la mesa antes de desaparecer de la sala de trofeos. El duque no hace referencia a los trofeos, pero quiere que los vea, de lo contrario no estaríamos cenando entre ellos. Los dos obsidianos no han salido de la habitación con los sirvientes. Mientras estén aquí, no podré hacerme con su terminal de datos. Están en la puerta más alejada, pero no puedo asaltarlo con esos dos monstruos en la habitación. Me arrancarán los brazos y me matarán a golpes con tanta facilidad como si fuera un grillo. Los miro a propósito.

—Finge que son estatuas —dice—. Ya tienen la cabeza llena de piedras.

—No estoy acostumbrado a tener testigos —confieso.

—Sin embargo, dejaste muchos cuando te llevaste a los niños. Pensé que detonarías una carga en la lanzadera una vez que estuvieras fuera, tal como te recomendé.

—Si querías un asesinato, deberías haber enviado a Gorgo.

—¿Detecto cierto remilgo?

—Prefiero considerarlo precisión. —Miro a los guardias—. ¿No podemos quedarnos a solas? Me siento como si fueran a comerme.

—Lo siento. Están aquí para mi protección. Nunca voy a ningún sitio sin ellos. Es por un defecto en mi diseño físico: tengo los huesos débiles. —El

hombre ágil suspira como si soportara la mayor de las cargas sobre sus hombros—. Esto nunca lo explican, pero el peligro del poder es la gente que viene con él. Sirvientes, guardaespaldas, ayudantes. Demasiados ojos y oídos, y esos pensamientos reptilianos en sus cerebros. Durante muchos años me pregunté qué harían los dorados si supieran lo que sucedía dentro de nuestros cráneos. No creo que tuvieran ni idea, pues de lo contrario nos habrían exterminado a todos. Ahora ocupo el lugar que ocupan ellos y sé lo que piensan mis hombres. Es una ventaja.

—¿Y qué piensan? —pregunto, y bebo un sorbo de vino para tratar de calmarme.

Tengo el corazón desbocado en el pecho. No ha parado desde que vi la mano obsidiana en la colonia de hormigas. Me seco las palmas de las manos en las perneras del pantalón.

—Oh, cosas tediosas. Que podrían hundirme el cráneo con una botella de vino o cortarme la garganta mientras duermo o tirarme por la ventana. Esas pequeñas fantasías de asesinato son las que mantienen cuerdos a los sirvientes. Se dicen a sí mismos que ellos son quienes permiten mi poder. Y que si alguna vez me vuelvo demasiado terrible, me aniquilarán y, tal vez, me releven en el puesto. Pero, por supuesto, nunca lo hacen. Aplazan su venganza porque, en el fondo, no me temen solo a mí, sino que, como todas las personas, también temen sus propias fantasías. Es más fácil atesorarlas y guardárselas dentro, donde están bajo control. Donde son posibles.

Pincha con el tenedor una porción de pulpo chamuscado que flota en una salsa de vinagre oscura y me la sirve en el plato. El aroma dulce, combinado con mis náuseas, está a punto de hacerme vomitar.

—¿Crees que te tengo miedo? —pregunto.

—¿No es ese el meollo del deseo? Nadie quiere follarse lo que no teme, porque entonces no obtiene ninguna validación, no deriva ningún poder.

—Una opinión interesante.

—Por eso se crearon los rosáceos. Los primeros rosas eran más hermosos de lo que lo somos ahora, pero no tenían nada dentro. No había contenido bajo el brillo. Eran juguetes. En cuanto usabas a uno, la lujuria se evaporaba. Así que los dorados nos convirtieron en enigmas inescrutables para que mantuviéramos su atención, maestros del arte, el sexo, la música y la emoción. Enigmas que nunca podrían comprender del todo, y esa falta de comprensión es el meollo del miedo.

—O sea que la respuesta es un sí.

—Es un sí. Tienes miedo.

Le relleno el vaso con la mano solo ligeramente temblorosa. Se da cuenta y piensa que es por deseo, no por la abstinencia del zoladón y un miedo acojonante.

—Tengo curiosidad, Efraín. ¿Por qué has vuelto tan pronto? Tienes todo el dinero que podrías necesitar.

—¿Acaso la gente como tú y como yo puede llegar a tener todo lo que necesita? —pregunto.

Sonríe.

—Eres insaciable. Me encanta. Es lo mejor de este nuevo mundo... —Hace un gesto que abarca sus trofeos—. Siempre hay más cosas que llevarse. Pero no has respondido a mi pregunta. —Sus ojos se vuelven fríos e ignora el vino que le he servido—. Venga. Contéstamela..

—Quiero más —respondo buscando complacerlo. Rezo por que no sea capaz de ver más allá de esta mentira de mierda—. Algo más que contratos. Algo más que llenar una cuenta bancaria. No hay satisfacción en eso. Quiero algo más de esta vida aparte del dinero.

—¿Y qué crees que hacemos aquí?

—Después del secuestro, veo que hay más que dinero en juego. Tú creas

poder.

—Sí. Sí. Esa es una buena razón para volver.

—Eso y visitar a los niños —digo con una risa que suena demasiado forzada.

Él sonríe, pero me observa, el comentario ha despertado sus sospechas. Maldita sea, Ef, no te salgas del guion. Echo un vistazo a la colonia de hormigas.

—¿Cuál crees que sería mi papel aquí? —pregunto para cambiar de tema.

Bebe vino y acaricia el borde de la copa con un dedo.

—Bueno, trabajarías por debajo de mí, por supuesto. El resto dependería de tu imaginación.

Miro a su espalda hacia el patio exterior. El cristal está ahumado, pero veo el contorno oscurecido de su yate personal. Lleva las llaves colgadas de una cadena de oro al cuello. Ahí está mi salida.

—¿Y profesionalmente? —pregunto.

Sonríe.

—Como sin duda habrás notado, la era de los trabajadores por cuenta propia, de los merodeadores, está llegando a su fin. Menuda época fue. Tanto arte, tantos tesoros maduros para la cosecha. Nos creó, a mí y a ti. Pero ahora un pequeño enclave de individuos concentran y atesoran la mayoría de los tesoros. Debemos dirigir nuestra mirada hacia fuera antes de canibalizarnos. Encontrar nuevas formas de robar. Ahí es donde entrarías tú. —Se sirve más vino—. Necesitaré un arquitecto que pueda crear nuevas fuentes de ingresos no convencionales. Y creo que ese hombre podrías ser tú.

Me doy cuenta de que esto va a continuar así durante horas. El baile es más de la mitad de la diversión para un hombre como él. Pero ni siquiera eso sacará a los obsidianos de la habitación. Si vuelvo a preguntar sobre los niños, podría costarme las manos. Y no soy tan buen mentiroso como para

seguirle el ritmo a esta cortesana primorosa. Así que me recuesto en la silla y deslizo la pierna por debajo de la mesa hacia el interior de su pantorrilla derecha.

—Ya estoy aburrido —digo—. Cambiemos de tema.

Me mira, con los ojos brillantes. Se humedece los labios y unos suspiros cálidos y entrecortados escapan de ellos mientras subo el pie por su pierna hacia el interior del muslo. Siento que se endurece, así que lo aprieto suavemente con el pie, animándolo. Después, con un suspiro, recupero mi postura original—. Pero no juego con público.

—Hvardin, Jorlnak...

Chasquea los dedos en dirección a los obsidianos, que salen de la habitación a través de la puerta doble. El duque se alisa la túnica y mueve los dedos por encima del mando de un sistema de audio. La percusión intensa de una música de sintetizador resuena en la habitación como mis latidos en el pecho, pero las luces siguen encendidas. Él se recuesta.

—Da la vuelta a la mesa.

Rodeo la mesa, con el cuerpo entumecido a causa del temor, las entrañas gruñendo por un zoladón. El duque ha desplazado su silla hacia atrás para dejarme espacio entre la mesa y él. Cuando llego a su lado, se lleva la mano al nudo de la túnica con una mirada brillante y hambrienta en los ojos. La sangre me retumba en los oídos. El fantasma de una sonrisa le curva los labios. Con una mano esbelta, me acaricia desde la rodilla hasta la cadera. La música late más rápido, y me doy cuenta de que está sincronizada con su ritmo cardíaco.

—Ponte de rodillas. —Me quedo allí plantado, mirando su rostro suave, y veo el egoísmo depredador de su expresión. Devora la belleza como un cáncer—. De rodillas —repite irritado.

Me da un vuelco el corazón como si estuviera al borde de un acantilado.

Hora de saltar.

—No. Estoy bien.

—Te he dicho...

Tenso la mano como si fuera una espada y la lanzo contra su nariz con el codo doblado. Mi instructor de básico aplaudiría el golpe. La base de la palma le pulveriza el cartílago inferior de la nariz. Por miedo a matar al rosa, no empleo todas mis fuerzas. Aun así, el golpe lo empuja hacia atrás en la silla y lo aturde. Se lleva las manos a la cara. Recupero mi omnívora y la apunto contra la puerta. No entra ningún obsidiano. Sabedor de que debe de tener algún tipo de botón del pánico, le agarro las dos manos y se las estampo contra la mesa. Lo registro y le saco el terminal de datos del bolsillo. Aprovecho la sangre de su cara para aplicarla sobre el bloqueo de ADN del terminal y le arranco las llaves del barco de la cadena que lleva al cuello.

—Si mueves las manos o gritas, te pego un tiro en la cabeza —digo por debajo de la música. Tiene la nariz destrozada, aplastada como la de un cerdo. Se la agarro con los dedos—. ¿Están aquí los niños?

Aprieto. Él jadea y asiente. Ahora la música está tan desbocada como su corazón. Marco el número que Holiday me ha dado. Su rostro aparece en el aire por encima del terminal.

—Efraín, ¿dónde demonios has estado?

—Estoy con el duque —digo por encima de los latidos.

—¡Han pasado horas desde que te recogieron!

—¿Cuántas?

—Cuatro. Los niños...

—Están aquí. Ven a salvarme el culo.

¿Cuatro horas?

—Rastreando —dice, y después maldice en voz baja—. Ef, estás en el otro lado de la luna. Estás en Endymion.

El miedo que siento cada vez que escucho ese nombre crece en mi interior, amorfo y absoluto, y amenaza con arrastrarme hacia la oscuridad. Oigo sus gritos. El zumbido del bisturí láser...

—Endymion... —susurro. Cuando me pusieron la capucha, debimos de entrar en la subórbita. Creía que seguía en Hiperión. ¿Cómo es posible que el tiempo haya pasado tan rápido?—. ¿No tienes activos locales? —pregunto.

—No para intervenir ahí. Y nadie que haya sido investigado y aprobado. Estoy con el Equipo Uno en Hiperión. El Equipo Dos está más cerca de ti. Ya están en el aire.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos horas.

—Dos horas —repito en voz baja.

La adrenalina acabó con mis náuseas cuando atacué al duque, pero ahora regresan reptando, acompañadas de horripilantes destellos de lo que me harán los hombres del duque. No puedo retenerlo durante dos horas sin que sus hombres se enteren. Y si descubren que lo tengo, trasladarán a los niños o los matarán, y luego me harán desear no haber nacido. Y después, la noche eterna para Volga. Echo un vistazo en torno a la habitación, con sus trofeos y la música estruendosa, y me río. A la mierda.

—¿Qué demonios es tan gracioso? —pregunta Holiday molesta.

—La vida. Lo de siempre. —Suspiro, consciente de que voy a morir y consciente de que me he reconciliado con ello hace horas. Pero tal vez pueda liberar a los dos mierdecillas para que liberen a Volga. Tal vez—. Si tienes que abandonar el campo, es mejor hacerlo con estilo, Holi.

—Efraín...

—Dile a esos cabrones que vuelen más rápido. —Fuerzo una sonrisa—. Ya nos veremos.

Desactivo la conexión. El duque estaba escuchando y ha recuperado el

sentido, si no la apariencia.

—¿Por qué...?

—¿Dónde están los niños? —Me escupe sangre. Me la limpio de la cara—. No te muevas. —Lo apunto con la omnívora y cojo la sierra de huesos de su mesa. Tiene forma de triángulo agudo—. Bien, ¿cómo funciona esto?

Presiono el interruptor. Los dientes siembran el aire con un zumbido bajo. Un láser de cauterización brilla sobre ellos.

—Rata traidora...

—Lo siento, guapo, no te oigo. ¡Habla más alto!

—¡Gorgo!

La música ahoga su voz. Le doy una bofetada de todos modos y subo el volumen de la música con su terminal de datos para que sus gritos no se oigan fuera de la habitación. Me acerco a su oreja y le sujeto el brazo derecho sobre la mesa.

—Mataste a una de los míos. Tienes una deuda pendiente conmigo, duque. Levanta la mirada hacia mí.

—Mátame, y ella te despellejará vivo. ¡Soy un duque del Sindicato!

—¿Dónde están? —Se limita a seguir mirándome, la locura asoma desde sus ojos—. De acuerdo. Hora de cobrar.

Bajo la sierra de huesos hasta su muñeca. El aparato tiembla en mi mano cuando sus dientes diminutos comienzan a cortar carne y hueso. La sangre silba cuando el cauterizador sella los capilares quemándolos. El duque se revuelca y babea, gritando como lo hicieron mis amigos hace tantos años.

Estar al otro lado de la sierra no hace que los gritos sean mejores. Le tapo la boca con una mano.

—Chis. No estás hecho para este tipo de dolor —le digo al oído—. Sientes demasiado. Tienes unos nervios demasiado tiernos. No te avergüences de decírmelo. ¿Dónde están los niños?

—En la cámara acorazada —gime.

—¿Dónde está la cámara acorazada?

—Dos pisos más abajo... Ala... este.

—¿Cuál es la combinación?

Titubea.

—Solo le queda una mano, señor duque —lo azuzo.

—Es biométrico. —Le castañean los dientes—. De voz y retina.

«Mierda». Lo había apostado todo a que los tuviera cerca como parte de su colección, pero lo he juzgado mal. Me ve haciendo cálculos mentales.

—Me necesitas.

—Tienes razón. ¿Hay alguien vigilando la cámara acorazada?

—No. Por eso tenemos una cámara acorazada.

Lo suelto y él se lleva el brazo al pecho gimiendo de dolor.

—Venga, venga —digo—. Déjame verlo.

Indeciso, me lo muestra, y cuando agacho para ver el daño causado, arremete contra mí con algo largo y afilado que le sale de debajo de la piel de la mano izquierda. Aparto la cabeza en el último momento. La hoja no me alcanza la garganta, pero sí la cara. Me atraviesa el pómulos, traquetea por encima de los molares superiores derechos y se me clava en la encía. El duque la retuerce. Gruño y retrocedo tambaleándome mientras él intenta extraer la hoja y apuñalarme de nuevo. Agarro una de las botellas de vino vacías y la lanzo contra él. La botella lo golpea en el pómulos derecho y le parte el hueso frágil. Gruñe y cae al suelo, convulsionando por la conmoción.

Me saco la hoja de la encía, gruño cuando rechina sobre los dientes y después se desliza por la mejilla. Una hoja subdérmica. La tiro al suelo y babeo sangre por la boca. El duque se arrastra lejos de mí, con la cara ensangrentada y el muñón del brazo derecho goteando sangre por la piel carbonizada.

Estúpido, Ef. Estúpido.

Lo agarro por la parte de atrás de la túnica y lo levanto. Es ligero como una pluma. Le clavo la pistola debajo de la mandíbula.

—Si vuelves a intentar algo, te arranco la cabeza de raíz —digo con la boca llena de sangre—. Vas a llevarme hasta los niños. Después me iré con ellos y tú podrás volver a tu vida. ¿Lo entiendes? —Me mira con ojos salvajes. Le doy una bofetada—. ¿Lo entiendes, duque?

Asiente.

Lo arrastro hasta la puerta. No sé cómo me convencí de que esto saldría mejor. No puedo creerme que el único plan fuera «llamar a la caballería». Revolcándome en mi autoaborrecimiento, me arranco un pedazo de camisa, lo arrugo y me lo meto en la boca contra la herida. Se me llenan los ojos de lágrimas. «Sé hábil. Cálmate». Pero no puedo detener el martilleo de mi corazón. Es como si fuera a tener un paro cardíaco. «Tienes que moverte». Con un dedo tembloroso por el exceso de adrenalina, giro el pomo y abro la puerta. Se retrae con un silbido.

El pasillo está vacío. No hay ni rastro de matones. Bajo la mirada hacia el cañón de mi omnívora temblorosa. Pasa un minuto y nada se mueve.

—Supongo que se han ido a tomar un trago —digo entre risas—. Nunca confíes en un cuervo para hacer el trabajo de un gris.

Empujo al duque hacia delante, y lo dejo adelantarse un poco por los pasillos. Pasamos ante una puerta tras la que sus guardaespaldas están viendo una carrera y fumando. Aprieto la pistola contra la nuca del duque por si se le ocurre llamarlos. La dejamos atrás y continuamos hacia los ascensores. La adrenalina me recorre todo el cuerpo. Aprieto el botón y espero el ascensor. Estoy a punto de limpiar la mancha que han dejado mis dedos ensangrentados, cuando me llegan voces desde detrás de una esquina. Por la fuerza, alejo al duque del ascensor hasta el pasillo adyacente y nos

escondemos doblando la esquina justo cuando los hombres llegan al grupo de ascensores.

—Dicen que viene mañana.

—¿No enviará solo al Coleccionista?

—Gracias a Júpiter, no. Odio a ese pervertido Ese tipo está podrido hasta la médula. Se rumorea que la reina vendrá desde la Ciudad Perdida en persona para visitar al duque. Tendrá algo que ver con el gran botín que acaba de ganar.

—Tengo entendido que son misiles.

—Idiota. No son misiles. Es un Aullador.

—Son misiles. Todos los Aulladores han desaparecido.

—Todos no. Han arrestado a unos cuantos en Marte, en la Tierra y en Mercurio. ¿No ves las noticias?

—¿Para qué? Ya las ves tú por mí. ¿Cómo crees que será? ¿Tendrá las tetas grandes?

—Las obsidianas no tienen tetas, tienen pectorales.

—Pues yo había oído que era blanca...

Llega el ascensor y los dos hombres desaparecen dentro. Cuando las puertas se cierran, vuelvo a arrastrar al duque hasta ellos. La sangre sigue manchando el botón de llamada. La limpio cuando llamo a otro. El sudor me chorrea por las axilas. Llega el siguiente ascensor, no hay nadie dentro. Entramos y presiono el botón que nos lleva hacia abajo. Las puertas tardan una eternidad en cerrarse. El dolor que siento en la boca es matador. El trozo de tela ya está saturado de sangre. Lo escupo y me meto otro hisopo. El duque permanece callado frente a las puertas.

—¿Cómo crees que termina esto? —pregunta.

—Probablemente conmigo en un horno —admito.

—Te atraparán. Y las cosas que te harán...

—Si me atrapan, tú no estarás allí para preocuparte por mí.

—Ella no te torturará sin más, gris. Ella se toma su tiempo.

Su voz ha tratado de contener la locura, pero ella puja por escapar. Se suponía que este trabajo terminaría conmigo muerto. Si llega el caso, me meteré la pistola en la boca y comeré hierro. Mejor a mi manera que a la de ellos.

Me coloco detrás del duque y las puertas se abren. Lo empujo hacia fuera y por los pasillos silenciosos. La sangre gotea desde mi barbilla hasta el suelo. Llegamos a una puerta doble detrás de la cual, no cabe duda, se encuentra la cámara acorazada.

—Recuerda, conserva tu cabeza —le digo al duque.

Él no contesta. Lo adelanto para abrir la puerta y lo empujo hacia el interior.

Hay tres hombres sentados ante la cámara acorazada, fumando ciscos en la habitación sin ventanas. Sus pistolas descansan sobre la mesa. Levantan la mirada de sus cartas de karachi, nos ven y se quedan de piedra. Cierro la puerta detrás de mí.

—Ni un movimiento o lo mato —digo un poco menos sorprendido de verlos a ellos que ellos de verme a mí.

Uno se mueve hacia su arma. Se detiene cuando mira el cañón de mi omni. La miran como si fuera la cabeza de una serpiente. La mirada de los hombres salta de mí a sus armas y al duque.

—Ni un movimiento —repito mientras avanzo poco a poco—. Diles que se tumben boca abajo —le digo al Duque.

—Tumbaos bo... —Con un grito repentino, el duque lanza la cabeza hacia atrás y me la estampa en la nariz. Escucho un crujido húmedo y veo estrellas. Después me desequilibro hacia un lado cuando el duque se cuelga de mi

brazo y trata de arrancarme la omnívora de la mano—. ¡Matadlo! —grita—. ¡Matadlo, malditos idiotas!

Le doy un puñetazo al duque en un lado de la cabeza y me aparto para dejar que se desplome delante de mí. El obsidiano ha cogido su rifle de riel y lo está levantando. Disparo sin apuntar y fallo. Apunto por encima del cañón del rifle de riel del obsidiano. Disparo de nuevo. La bala sale propulsada hacia delante a dos kilómetros por segundo, detona en la punta de su rifle y continúa para volarle la mitad superior de su cabeza. Los otros hombres cogen sus armas. Uno se agacha y dispara un rifle de pulsos. El ruido satura la habitación. Me echo al suelo boca abajo antes de que un torrente de puños de energía translúcida y ondeante se extienda sobre mi cabeza y lance una lluvia de escombros sobre mí. Disparo desde el suelo a plena potencia. Las balas le agujerean el regazo y el torso, reducen la mitad de su cuerpo a una masa rezumante. El último hombre suelta su arma, se da por vencido.

Me levanto, con los tímpanos palpitantes. El olor a ozono de la habitación es denso. Los agujeros que el metal caliente me ha abierto en los largos faldones del traje humean. El último hombre, un marrón con el lado izquierdo del rostro consumido por tatuajes, levanta las manos. Le disparo en el pecho. Sale despedido de espaldas contra la pared y resbala hacia abajo por ella. El traje se le incendia alrededor de los bordes de la herida de entrada. El barril de la omnívora también suelta humo, tan caliente que lo siento en los nudillos. Los sonidos me llegan amortiguados como si estuviera bajo el agua. Aturdido, levanto al duque del suelo y lo empujo más allá de los cadáveres destrozados hacia la puerta mientras el traje en llamas del marrón llena la habitación de humo. A mi omni le queda una bala. Abro el tambor del rifle del obsidiano muerto e introduzco los proyectiles de mayor calibre en la empuñadura. Cierro la parte inferior y la forja autónoma calienta la manija al formar balas nuevas para la ávida pistola.

—¡Ábrela!

Le pongo el cañón en la nuca al duque y le chamusca la carne.

Presiona una serie de comandos en la puerta con la mano buena. Estoy disociado de mi propio cuerpo, insensible incluso al dolor de la boca, la barbarie de la escena y lo que el arma que tengo en la mano ha hecho para traer de vuelta el infierno de las batallas de bloque. No sé hasta dónde habrá llegado el ruido. Un escáner se abre deslizándose sobre el enorme marco de la puerta. El duque acerca el ojo a la lucecita, que parpadea. Entonces, un código verde positivo titila en la pantalla de la puerta.

—Una bandada de cuervos no es una jauría —dice con la voz ronca. La luz parpadea en amarillo y le pide que lo intente de nuevo. Se aclara la garganta, desesperado—. Una bandada de cuervos no es una jauría.

Esta vez funciona: una segunda luz verde parpadea en la pantalla y, en las profundidades de la puerta, los engranajes comienzan a girar y las barras de metal retroceden. Con un satisfactorio ruido sordo, la enorme puerta se desencaja. Adelanto al duque y la empujo. Después lo obligo a franquearla.

El interior de la cámara acorazada hace que me tambalee.

Es como las guaridas de los dragones de uno de los libritos de cuentos de Volga. Montañas de dinero en efectivo, joyas y valiosas obras de arte robadas atestan la cavernosa cámara de metal. Una diadema de quince millones de créditos yace abandonada al lado de una pila de Tizianos, Renoirs y Phillips. Hay un cofre de filos de dorados abierto, y anillos de sello amontonados como la colección de piedras de un niño a la orilla del mar. También hay máscaras de samurái, documentos enmarcados y escritos en una cursiva ilegible, colmillos de marfil auténticos y gemas preciosas del tamaño de huevos de pato.

Y entre todo esto, en un espacio despejado en el suelo, descansa una jaula con un solo colchón dentro y platos con huesos de pollo, una jarra de agua

medio vacía, un cubo de desechos humanos y los niños más valiosos de todos los mundos.

58
EFRAÍN

Mestizo y Cara de Hacha

Me precipito hacia la jaula de los niños. Una cortina de aire húmedo y cargado de orina me golpea cuando entro en la sala sin ventilación. Tiro al duque al suelo y miro a través de los barrotes al niño y a la niña. El pitido de mis tímpanos va desvaneciéndose.

—Hola, pequeños humanos, puede que me recordéis.

La chica me escupe.

—Escoria del Sindicato.

—Esa no es forma de darle la bienvenida a tu salvador. Tu mami me ha enviado a buscarte.

—Mi madre... —dice el niño.

—¿Es que tartamudeo?

Me doy cuenta de que no se me entiende. Escupo el trapo. Tiene pegados pedazos de piel de la herida.

—Si mi madre te ha enviado, ¿dónde están los Guardias del León? —pregunta el niño—. ¿Los Telemanus?

—En la Ciudadela, abillantando su armadura y pelándosela. ¿Cómo quieres que lo sepa?

—¿Eres lurcher?

—Diablos, no. —Me agacho para descorrer el cerrojo y luego lo giro para que los dientes de la cerradura se desenganchen. Estoy a punto de abrirlo cuando vuelvo a mirar a la niña los ojos—. Estoy de tu lado, niñita. Si queréis volver a ver a vuestros padres, mocosos, haced lo que os diga. De lo

contrario, nos despellejarán a todos como cebollas para un guiso. —Los miro, expectante—. Esta es la parte donde asentís. —Ambos asienten. Primero el niño, luego la niña—. Bien.

Abro el pestillo y doy un paso atrás, con el arma apuntada hacia el duque. La niña sale a toda prisa, pero el chico la sigue con mayor cautela, mirándonos al duque y a mí con curiosidad. Es más sensible y científico que la niña, al parecer. Está más dispuesto a cooperar. Hablaré con él. Entonces siento algo frío y metálico contra la columna vertebral. Me vuelvo levemente y veo a la chica sosteniendo un filo sólido que debe haber sacado del cofre contra mi espalda. Me río de lo grande que parece en sus manos, pero no hay humor en los ojos de la niña pálida. La llamaría fanfarrona si no supiera quiénes son los psicóticos de sus padres. Es una cría salvaje.

—Muy inteligente, señorita, lo de matar a tu billete para salir de aquí. — Me aparto del filo. Ella se desliza hacia delante, sin separar la hoja en ningún momento de mi columna vertebral. Miro al niño—. ¿Puedes decirle que deje de tocar las pelotas? Estamos perdiendo el tiempo.

—Electra, tiene razón.

La chica desplaza la hoja hacia un lado y me hace un corte superficial en el brazo.

—Maldita sea, ya estoy sangrando bastante —protesto.

—Es un pago inicial —responde ella.

Mete la mano en la caja de filos y los prueba hasta que encuentra otra hoja. Se la lanza al niño, que la atrapa con agilidad y la hace girar en las manitas.

«Pequeños caudillos», me recuerdo.

—¿Cuál es nuestro punto de egreso? —me pregunta el chico como si fuera un soldado de verdad.

—Hay un barco en un muelle privado dos pisos más arriba —contesto al

mismo tiempo que le enseño la llave—. También hay un garaje principal, pero estará plagado de matones.

—Todo estará ya plagado —dice el duque con rencor—. Eres carne muerta andante.

—Tiene razón —masculla la niña—. Has montado un buen número para entrar aquí.

—Puede que no les haya llegado el ruido —comento esperanzado.

—Nosotros lo oímos desde el otro lado de la cámara acorazada, gris.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta el niño.

—¿Que cómo me llamo? —Me echo a reír—. Efraín.

Me tiende una mano pequeña. El pequeño mestizo se está burlando de mí, pero su mirada es sincera. Me río de nuevo y le estrecho la manita. No veo emblemas en ella, pero me sorprenden los callos que palpo.

—Pax —dice—. ¿Los Telemans están vivos? ¿Y el resto del personal?

—No lo sé. —Agarro al duque y lo pongo de pie—. Arriba, alteza, eres nuestro escudo humano.

Le estiro la chaqueta y lo dejo entre los pequeños monstruos y sus filos en la entrada de la cámara acorazada. El duque se encoge de miedo. Ya me ha atacado dos veces. Y me pilló por sorpresa, porque creía que se marchitaría como una flor pronto en cuanto lo amenazara.

—Vigíladlo un momento. Cortadlo si se pasa de la raya.

—¿Un golpe inmovilizador o solo una herida superficial? —pregunta la niña.

—Demonios. Tú solo vigílaló, pequeña psicópata.

El chico guarda silencio y se pone serio al ver los cuerpos del exterior de la cámara acorazada. Sin inmutarse, la chica se da la vuelta con impaciencia mientras yo embuto la bolsa que he traído de gemas y bonos al portador. Me rompe el corazón ver lo poco que puedo meter en la bolsa y el enorme botín

que voy a dejar atrás. Podría pasar días aquí dentro. Este lugar le habría derretido los circuitos a Cira.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta la niña con el ceño fruncido.

—Lo siento, tengo un problema.

Cierro la cremallera de la bolsa y me la echo al hombro. Me planteo llevarme un filo de recuerdo, pero esas cosas dan un miedo terrible, así que me decido por un viejo anillo de hierro con un dragón de tres cabezas que gruñe en relieve desde su superficie. Estoy a punto de marcharme cuando veo por el rabillo del ojo una conocida mancha de pintura azul y amarilla en un lienzo.

No puede ser.

—¡Gris, tenemos que irnos!

Ignoro a la niña y rebusco entre los lienzos apilados. Tiro al suelo varios millones de créditos en pinturas y saco un óleo sobre lienzo en un marco pequeño. Me río con incredulidad de la imagen del temible monstruo de Dalí: con colores brillantes y agrietados, los relojes blandos cuelgan de la rama de un árbol y sobre el borde de un estante marrón. Es *La persistencia de la memoria*. De repente cobro conciencia de la sangre que me cubre los dedos.

—¡Gris! —grita la niña.

Tras limpiarme las manos, corto con cuidado la parte posterior del marco y saco el lienzo. Lo enrosco suavemente y lo guardo dentro de la bolsa. Sintiéndome un poco más ligero, me reúno con los niños.

—Una vez investigué una reclamación. ¡Decían que se había perdido en un incendio! —les explico entre risas—. Sabía que era mentira.

—Tienes que robar incluso ahora —dice la niña con desdén—. Eres repugnante.

—Calla, cara de hacha. —Agarro al duque por la nuca y lo empujo a través

de la sala de entrada hacia la puerta doble—. Todo el mundo pegado a mí. Si alguien se acerca, lo apuñaláis directamente en las joyas. ¿Entendido?

Ambos asienten. El chico es un ejemplo de concentración. Palideció al ver los cadáveres que he dejado en el suelo, pero ahora ha agachado la cabeza, furioso. Tiene la misma mandíbula resuelta que su padre, pero le tiemblan las manos mientras sostiene el filo, demasiado grande para él. Puede fingir cuanto quiera que es la semilla del Segador, pero solo es un chico aterrorizado.

—¿Listos, monstruitos? —Asienten. Miro hacia la puerta cerrada que sale de la antecámara hacia el pasillo y siento que el terror de lo que se esconde tras ella se filtra en mi cuerpo—. Vámonos.

Abrimos la puerta. Media docena de armas rugen. La puerta se sacude y la madera se va haciendo pedazos a medida que las balas y la energía impactan contra ella. Cierro la puerta de golpe y me acurruco con los niños arrastrando al duque hacia mi regazo.

—¡Ciegos idiotas! —grito sobre la cabeza del duque—. ¡Tengo a vuestro duque! —Nadie responde desde el otro lado—. Tú, asómate —le digo a la niña.

Abre los ojos de par en par.

—¿Qué?

—Eres la más prescindible, mira ahí fuera y dime lo que ves.

—Que te den.

—Vale. —Agarro al duque y lo empujo hacia fuera, luego tiro de él para hacerlo retroceder—. ¿Qué has visto?

—Que te jodan.

—¿Es que nadie piensa cooperar?

—Yo lo haré —dice Pax.

Antes de que pueda moverse, la niña lo empuja hacia atrás y saca la cabeza

por los agujeros de la puerta. Vuelve a refugiarse de inmediato.

—Cuatro guerreros obsidianos, seis grises, tres marrones. Seis rifles EFC-37, dos pistolas GR19, dos Eaglefor PR117, un puño de pulsos Vulcano 8k. No he podido distinguir el resto.

La miro fijamente.

—Nada de jugar con muñecas, ¿eh?

—¿Este era tu plan? —pregunta ella—. ¿Cómo es posible que este sea tu plan?

—Ya, ya, ya. Fue a ti a la que secuestraron, idiota. —Me acucillo y apunto con el arma al duque—. Diles que no disparen.

—No disparéis.

—Más alto, obviamente.

Me fulmina con la mirada como si tuviera otra opción. Le agarro las pelotas a través de la túnica y giro.

—No disparéis. ¡Soy vuestro duque! No disparéis.

Me atrevo a echar un vistazo rápido por la puerta. Una hilera de matones obstruye el pasillo. Se miran los unos a los otros confundidos.

—Diles que dejen las armas en el suelo.

—Dejad las armas en el suelo.

Miro hacia fuera otra vez.

—Anda, mira por dónde. —Están obedeciendo—. Salgamos —digo.

Empujo al duque y me levanto. Lo uso a modo de escudo pasándole un brazo alrededor de la garganta y el cañón del arma en la cabeza. Caminamos hacia la puerta despacio. Tengo que abrirla de una patada. La descarga de los matones lo ha medio sacado de sus bisagras. Los niños me siguen.

—Bueno, esto es un poco incómodo —digo al enfrentarme a la línea de asesinos. Algunos llevan sus guardapolvos, otros parecen haber salido de la cama a causa de la conmoción. Sus armas atestan el suelo—. Necesito que

retrocedáis. Hasta el final del pasillo. Luego, pegad las pelotas y las almejas al suelo. Si alguien se levanta o me mira de una manera que me desagrade, aliviaré al duque del peso de su cabeza. ¿Queda claro?

Los hombres miran al duque.

—Hacedlo —sisea—. Obedecedle.

Los matones se alejan de sus armas y se tumban en el suelo. Hay cuatro obsidianos entre ellos. Son a los que miro con más cuidado. Gorgo no es uno de ellos. Eso no es bueno. Avanzamos rápidamente por la planta conquistada. Pax coge una pequeña pistola de plasma del suelo. La chica lo mira por encima del hombro y se aferra a su filo. Siguen pegados a mí mientras los guío hacia el grupo de ascensores. Electra golpea el botón con la empuñadura de su filo. La pistola de Pax se dispara de repente. El ruido me explota en la oreja. El yeso llueve del techo.

—¡Mestizo! ¿A qué diablos ha venido eso? —gruño.

—Uno de ellos estaba intentando coger algo.

—¡Bueno, entonces dispárale a él, no al techo!

El ascensor anuncia su llegada a mi espalda. Retrocedemos hacia él. Al duque se le escapa una risa enajenada, pero no dice nada de importancia. Los niños están aterrorizados, incluso la niña cruel.

—Recomendación profesional —digo mirando al chico—: si parece que estamos jodidos, usa esa pistola contra ella y luego contra ti. —Pax baja la mirada hacia la pistola. La chica lanza una mirada asesina—. Solo intento ayudar.

No hay nadie esperándonos en el nivel del duque. Debe de haberse corrido la voz. Pero, aun así, esperaba a Gorgo. Recorremos a toda prisa los pasillos abandonados y conseguimos llegar a la suite del duque. Nuestra cena sigue sobre la mesa. Electra agarra un puñado de tentáculos de pulpo y se los mete en la boca al pasar. Accedemos al patio exterior y cruzamos un pequeño

parque de grava con arbolitos llenos de ángeles blancos para llegar al reluciente CR17 Avispón del duque. No hay ni rastro de matones. Algo va mal. Mantengo al duque entre el edificio y yo, y entonces tengo una epifanía.

—Están en el barco —digo—. No...

Pax activa los controles, la puerta se levanta con un silbido y deja a la vista un interior oscuro. Nadie sale de dentro. Vuelvo a mirar al edificio y no detecto ningún perseguidor. Entonces atisbo el brillo del metal. Tres pisos más arriba, a través de un ventanal, veo la cara pálida de Gorgo al lado de un cañón largo. Se produce un pequeño destello. La ventana se hace añicos. Justo en este momento, me doy cuenta de repente de por qué sonrió Gorgo cuando lo llamé «el hombre del duque». Algo que parece un martillo caliente me golpea en el lado derecho del pecho. Todo se vuelve muy silencioso y estrecho. Confundido, me balanceo sobre los talones, sin apenas moverme y me mezo con el Duque. Es como si estuviéramos bailando un lento. Doy un paso hacia atrás para tratar de arrastrar al duque al interior de la nave, pero me tropiezo y caigo de espaldas con el duque encima de mí. Solo veo su nuca y parte del cielo, inspiro su pelo. Intento quitármelo de encima y levantarme, pero no se mueve. Trato de salir de debajo de él. El duque emite una especie de estertor. Me libero de su peso y me pongo boca abajo para tratar de ponerme en pie. No lo consigo. Tengo el brazo derecho demasiado débil para empujar.

—Ayuda... —digo von voz distante, débil, sin entender por qué no puedo levantarme—. Ayuda...

Ni siquiera estoy seguro de con quién estoy hablando. Siento manos bajo mis brazos. El chico está tirando de mí para levantarme. Casi vuelvo a caer.

—¡Déjalo! —grita la niña.

—¡Vamos! —me grita el chico al oído.

Hago fuerza con las piernas y lo utilizo para tambalearme hacia la puerta.

Dejo al duque atrás para que se desangre al borde de la rampa. A cada paso que doy me siento mejor. La chica está de pie, con las piernas separadas y ambas manos en la pistola robada del chico, disparando como una loca contra la ventana. Los cristales que rodean a Gorgo se desintegran. Otro disparo de Gorgo pasa bajo mi oreja izquierda y me arranca la parte inferior del lóbulo. Impacta contra el metal de la nave y rebota hasta que se incrusta en el suelo. Me aparto de la puerta, ya dentro del salón principal del barco. «Hay que echar a volar».

—Tenemos que despegar —digo.

Con el chico pisándome los talones, llego dando tumbos hasta la cabina y después me siento en la silla del capitán. Observo los controles, tratando de aclimatarme. Meto la llave y la giro. Se encienden varias luces en la consola.

—Saludos, su etérea majestad —ronronea el barco.

Presiono el motor de ignición. Los motores de iones gemelos del Avispón cobran vida.

—¡Cierra la puerta! —está gritando la niña—. ¡Cierra la condenada puerta!

Busco el botón de retracción de la rampa, pero no lo encuentro, todavía aturdido. El chico pasa un brazo por delante de mí, desde el asiento del copiloto, y lo presiona. Siento que la rampa se retrae dentro de la nave. Me pregunta algo. Me vuelvo para mirarlo.

—¿Eh?

—¿Sabes volar? —me pregunta.

—Por supuesto que sé volar.

Alcanzo los controles de los propulsores de elevación y los activo. El Avispón se eleva de la plataforma de aterrizaje. Presiono el acelerador del motor principal y salimos disparados desde la plataforma de aterrizaje hacia el paisaje urbano de Endymion.

—Demonios —dice la niña. La torre se va encogiéndose a nuestra espalda—.

Eso ha sido una locura.

—¿Estás bien, Electra? —pregunta Pax.

Ella asiente.

—¿Se ha muerto el duque? —pregunto.

—¿Y cómo demonios quieres que lo sepa? —responde la niña.

—¿Adónde nos llevas? —inquire el niño.

—De vuelta a Hiperión. Tardaremos una hora volando en este cacharro. Puedo hacer que los hombres de tu mami se encuentren con nosotros a medio camino. El Sindicato rastreará esta nave, pero, aparte de los barcos militares, nada puede atrapar un Avispón. Mientras no aterricemos, estamos seguros y vosotros de camino a casa de mamá.

—Deberíamos avisar a los Vigilantes locales —sugiere el niño.

—¿Y jugárnosla a que no estén comprados por el Sindicato? Creía que tus padres eran unos genios.

—Lo son.

Gruño.

—Pues no debe de ser genético. —Ambos me miran de forma extraña—. ¿Qué? —pregunto—. ¿Tengo algo en la cara?

—¿Estás bien? —me pregunta el niño.

—Estoy estupendo.

—¿Estupendo? —pregunta.

—Y una lengua de perro —dice la niña—. No tienes pinta de estar estupendo. Tienes pinta de estar a punto de morir.

—Eres una continua fuente de alegría.

Siento un dolor localizado y ardiente en el pectoral derecho que comienza a crecer y crecer hasta que se convierte en una agonía horrenda. Empiezo a tener calambres por todo el pecho. Algo húmedo y caliente me gotea por el costado y me empapa la ropa interior. Miro hacia abajo y veo un agujerito en

mi traje. Introduzco un dedo y siento un dolor lacerante en la piel rasgada. Sale cubierto de sangre. Una conmoción fría se enciende en mis células, desde los pezones hacia abajo, me recorre las piernas y los pies, como si me hubieran sumergido en agua helada.

—Oh. Me han disparado —digo.

Debe de haber atravesado al duque y llegado hasta mí. Ahora me parece obvio, pero en el momento no fui capaz de entender qué había pasado.

—¿Te habían disparado antes? —pregunta Pax con recelo.

—No exactamente. Enhorabuena, acabáis de presenciar mi desvirgamiento —digo entre dientes.

Duele más a cada minuto que pasa. Bajo la mirada hacia la herida. Pensé que entraría antes en estado de choque. Cuando luchaba junto a los Hijos, vi a dorados desangrarse por haber recibido metralla en el muslo. A otros los vi recibir balas o explosiones de pulsos en la cara y seguir funcionando con la mitad de la mandíbula colgando. Una vez un rojo continuó luchando durante una hora con el brazo convertido en un muñón desmenuzado por el estallido de una granada. Murió después, pero aun así. Cada uno es diferente. Me siento un poco orgulloso de mí mismo.

Pero el miedo devora rápidamente el orgullo.

La herida es grave, y no tengo orificio de salida en la espalda. Las yemas de los dedos se me están quedando heladas. Me castañetean los dientes y el dolor se vuelve inimaginable. Miro a los niños, que hablan entre ellos mientras sobrevolamos los distritos manufactureros de Endymion, zonas muy afectadas por la Batalla de la Luna y no tan queridas por Quicksilver, y me pregunto si saben lo peligrosa que es la herida. Me vuelvo hacia el holoterminal del barco, que está situado a la derecha de la consola de control de vuelo, y marco el número de Holiday de memoria. Ella responde a la llamada casi de inmediato. La veo a ella, a la soberana, y a muchos otros.

—Efraín... —dice aliviada—. ¿Has...?

—Están aquí —digo.

Amplío la visión de la cámara para incluir toda la cabina de mando y que también puedan ver a los niños.

—¡Pax! —exclama la soberana, con la voz casi quebrada.

Los ojos odiosamente simétricos de la dorada se llenan de lágrimas.

—Estoy aquí, madre.

—¿Te han hecho daño?

—No —miento—. Estoy a salvo. —La soberana mira a alguien fuera de la cámara—. Llama a Victra, dile que Electra está viva.

—Atacaré al Sindicato si se entera.

—Cuento con ello.

La soberana vuelve a mirar hacia la cámara.

—¿Dónde estás, Efraín? Envíanos tus coordenadas y mis hombres os encontrarán.

—No —digo—. No voy a arriesgarme a que me encierres en la cárcel. Suelta a Volga y, en cuanto esté segura y tranquila, dejaré a los niños en una azotea. Entonces tus hombres podrán encontrarlos.

—Eso no fue lo que acordamos.

—Qué mala suerte, maldita sea.

—Estás sangrando por todas partes... —dice Electra. La niña mira más allá de mí—. Va a estrellar la nave, de todos modos.

—Confiaré en una clínica clandestina amarilla antes que en la palabra de un dorado —digo con desdén.

—Vamos a la Ciudadela —dice Pax a mi espalda.

—Tal vez no me hayas entendido...

Me vuelvo y me encuentro la punta de un filo a centímetros de mi glóbulo ocular derecho. Está colocado en posición de esgrimista.

—Obedece, ciudadano. O me veré obligado a aprender a pilotar un barco.

59
LIRIA
Perdón

Desde un balcón, observo a un escuadrón de alas ligeras que se eleva desde las plataformas de aterrizaje de la Montaña Palatina hacia la noche. Sus motores dejan estelas de humo azul y, cuando superan la muralla de la Ciudadela y cruzan los árboles en dirección a Hiperión, se encogen en la distancia.

Los niños están a salvo. Y Efraín también. El alivio que siento al enterarme de que el cabrón está vivo me supone una sorpresa. Nunca he sido de las que perdonan, pero ese hombre y su dolor me dan pena. Reconocí su miedo cuando vio a la obsidiana que los hombres de la soberana capturaron. Es un hombre. Como mi padre, como mis hermanos, criados en un lugar sin amor, pisoteado por la misma República torpe que nos sacó de las minas. No puedo odiarlo más de lo que me odio a mí misma. Tal vez no sea exactamente perdón, pero es lo único que puedo ofrecer.

El hecho de que sienta dolor no significa que deba causárselo a otros.

Eso es culpa suya.

Holiday permanece inmóvil a mi lado, mirando los barcos, con una expresión nostálgica contenida en las duras líneas de su rostro. La soberana la ha apartado de la misión. Dice que es porque Holiday no ha dormido en cuarenta y ocho horas, pero hasta yo sé que es por el vínculo de Holiday con Efraín. No hay perdón en esta mujer dura. Me pregunto si siempre habrá sido así de intensa.

—¿Qué posibilidades le das? —pregunto.

Al principio, creo que no me oye y que tal vez esté escuchando a los pilotos y comandos en su intercomunicador interno, pero luego me doy cuenta de que simplemente me ignora.

—No hago apuestas —dice al cabo de un momento.

—Claro que no.

—Efraín no morirá —dice ella.

—¿Está bendito o algo así? ¿Tocado por el Valle?

—No. No está bendito —dice en tono distante—. Solía trabajar para los Hijos, ¿sabes? Se unió después de la muerte de mi hermano. —Su voz es lenta y robótica—. Actuó como reclutador antes de convertirse en cazador de cicatrices. Antes de que la Casa de Lune cayera, antes incluso de la Batalla del Ilium. Cuando los agentes de la Sociedad eran los propietarios de esta luna, él traía a personas como tú. Como yo. Las enseñaba a pelear. A sobrevivir para que poder recuperar algo de lo que les habían quitado. Después de que el Amanecer se hiciera con la Luna, se le encargó una misión en Endymion para que encontrara a un dorado que estaba organizando incursiones. Era una trampa. Interrogaron a sus hombres delante de él. Los despellejaron vivos y lo obligaron a mirar. Para cuando llegamos, era el único que quedaba. Capturamos al dorado con el cuchillo de desollar en la mano. —Guarda silencio, no le gusta el recuerdo—. Pero... el dorado tenía información que la soberana necesitaba y la intercambié por un indulto total. Efraín vio poner en libertad al hombre que le había arrancado la piel a sus amigos. —Me mira—. El caso es que Efraín quiere morir, pero no puede. Esa es su maldición.

—Por eso apresaste a la obsidiana —le digo—. Porque no podía ver morir a otra amiga.

Se encoge de hombros.

—Sé dónde hacer daño.

No hay arrepentimiento en sus ojos. Parece una persona hecha de pedernal y hierro por entero, una persona que vino al mundo ya crecida, sin madre ni padre ni pasado ni futuro. No tanto una mujer como una pala o un hacha. Si hay algo más en ella aparte de eso, nunca me lo mostraría.

—¿En qué tipo de persona te convierte eso? —pregunto.

No responde de inmediato.

Señala al este, hacia el Nuevo Foro, en el lado opuesto de los terrenos de la Ciudadela. El edificio abovedado parece pálido en la noche y se eleva entre los árboles que lo rodean como una colina de nieve, austero en contraste con las líneas brutales del foro con forma de pirámide que utilizaba la Sociedad.

—Bonito, ¿no? —Asiento. Ella sigue mirándolo fijamente—. ¿Crees que lo construyeron manos limpias?

La soberana está reunida con Teodora y Daxo cuando nos unimos a ellos. Me mantengo alejada tanto de la rosa como del dorado, pues aún noto las consecuencias de la tortura en el brazo. Sobre la mesa, un mapa muestra el progreso del escuadrón hacia la lanzadera robada. La soberana lo observa con frialdad mientras conversa con Teodora, pero percibo la tensión que subyace en ella. Tiene los ojos inyectados en sangre y se le han formado unas bolsas pesadas debajo de ellos. Tazas de café y restos de comida ensucian la mesa. ¿Cuánto tiempo puede pasar un dorado sin dormir?

—...no podrían haberlo hecho solos —le está diciendo Daxo a Teodora.

Se interrumpe en cuanto me ve entrar en la habitación con Holiday.

—Continúa —dice la soberana.

Daxo duda un instante si debe hablar conmigo en la habitación.

—El Sindicato está trabajando con alguien. Recomiendo que le ocultemos esto al Senado hasta que sepamos más. Mis espías tendrán nombres antes del amanecer. Cabezas antes del final de la semana.

—¿Teodora? —pregunta la soberana.

—Ya sabes lo que pienso —dice ella—. Cuanto más tiempo le escondamos esto al Senado, más se desacreditará la transparencia que les prometiste. El senador Caraval ya está haciendo preguntas sobre el tráfico inusual sobre Hiperión.

—Es una estupidez comparecer ante ellos hasta que mi hijo esté a salvo aquí, a mi lado —dice la soberana—. No toleraré que esos hombres digan que una madre no puede gobernar cuando su hijo está en peligro. Me calumniarán y convocarán un referéndum para hacer que dimita antes de la votación. Con Caraval y los cobres perdidos, perderemos seis a siete. Mi veto es lo único que puede detener este absurdo proceso de paz.

—¿Quién te reemplazaría? —pregunta Teodora.

—El Senado votaría. La mayoría gobierna hasta las próximas elecciones —responde Daxo.

—Hasta que sepamos quién lo ha hecho, habrá sospechas de que se trata de una estratagema para retrasar la votación... —dice Teodora.

—Yo ya sé quién lo ha hecho —responde la soberana. Teodora y Daxo intercambian una mirada de confusión—. Al Sindicato lo contrataron. Pero ¿quién? ¿Quién tiene más que ganar? —Espera una respuesta. No obtiene ninguna—. Ha sido el Señor de la Ceniza. No puede vencer a nuestras legiones, así que va detrás de nuestro Senado. Darrow tenía razón. Esto ha sucedido porque he sido débil, porque estaba cansada. No debería haber permitido que el Vox lo ahuyentara.

Vuelve a concentrarse en el holograma de la nave de su hijo, que regresa a Hiperión, y se da golpecitos con los largos dedos en el costado.

—Liria —dice, y siento su mirada como un taladro.

Esta vez no agacho la cabeza, sino le sostengo la mirada, a sabiendas de que es ahora cuando cae el hacha. Sin embargo, su tono me sorprende—.

Cometiste un grave error, niña. Un error que debería terminar con tu servicio para mí, para cualquier persona. Pero sin ti, no habríamos encontrado a esa Volga ni... —mira brevemente a Holiday— ...a Efraín. Pronto mi hijo estará aquí conmigo porque tú fuiste lo suficientemente valiente para reconocer tus errores. Ahora debo reconocer el mío.

¿Cómo podría llegar siquiera a entender lo que sus errores me han costado? Ha perdido a su hijo durante unos días y cree que lo sabe. Pero jamás conocerá el barro. Las moscas.

—Perdiste a tu familia —prosigue—. Confiaste en la República y rompimos esa confianza. —Entonces me quedo muda. Se arrodilla. Clava la mirada en el suelo—. No lo merezco, ni tú estás obligada a concederlo, pero te lo pregunto de todos modos: ¿nos perdonas? ¿Me perdonas por no haberlo hecho mejor?

¿Perdonarla?

No entiendo el concepto. Y sus consejeros tampoco. La miran con la boca abierta, tan asombrados como yo. Sus trenzas doradas quedan a la altura de mis ojos. Tiene algunos mechones sueltos. Noto el olor del aceite, ligero y terroso, y del café de su aliento. Oigo el aire que entra en su boca, le llena los pulmones y le sale silbando por la nariz. Veo sus hombros, que se alzan y caen. El poder ha desaparecido, su alma se desnuda ahí, delante de mí. Es solo una mujer. Solo una madre con más hijos que cualquier otra. Quizá sí conozca mi dolor. Antes de esto, ella luchaba por la libertad. Era soldado. Es fácil olvidarlo. Ella ha visto barro, y ahora creo que lo recuerda.

No puedo aferrarme a la ira, la mezquindad o el dolor. Solo quiero ayudarla, proteger a familias como la mía. Liberarme de esa rabia no es escupir sobre los recuerdos de Ava, Tiran o los niños. Es honrarlos. Y por primera vez desde que tengo memoria, siento esperanza.

Estiro el brazo y, con una mano temblorosa, le toco la cabeza.

Después, ella se levanta.

—Gracias. —Asiento, incapaz de expresar palabras que no suenen estúpidas lo que hay dentro de mí—. Una tormenta se acerca a la República —dice en voz baja—. Esto no ha sido más que el primer aliento. Todavía tienes un papel que interpretar en todo esto.

—¿Y qué podría hacer? —pregunto.

—Tienes voz, ¿verdad? Cuando comparezca ante el Senado, te necesitaré como testigo. Tu testimonio salvará vidas. Pondrá a los hombres que se ocultan tras esto ante la justicia. ¿Me ayudarás, Liria de Lagalos?

—Si me prometes que cuidarán de Liam y le devolverán la vista. Sé que hay una manera de hacerlo. Pero no tengo dinero.

Me mira con expresión divertida.

—¿Estás negociando conmigo?

—No te ayudaré si no lo ayudas.

—Muy bien. Trato hecho.

Me escupo en la mano y se la tiendo. Ella la mira con sorpresa, pero me la estrecha.

Holiday me acompaña a la puerta. Allí, me vuelvo.

—Me pregunto... ¿podría ver a Kavax?

—No —dice la soberana—. No creo que sea muy buena idea en este momento.

Asiento y sigo a Holiday fuera de la habitación.

En la puerta de mi habitación, me detengo.

—¿Podrías decirle a Liam que estoy bien? —le pregunto—. Debe de haber estado preocupado.

—Le dijeron que estabas haciendo un encargo para Kavax —dice ella—. No se ha preocupado.

—De todas formas, ¿podría verlo? No le diré nada.

—Lo siento, ya fue bastante arriesgado llevarte a hablar con Efraín. No podemos correr más riesgos de seguridad. —Holiday me mira sin compasión a pesar de la tristeza que refleja mi rostro. Entonces un suspiro escapa de sus labios finos—. ¿Y si le llevo caramelos o un pastelito o algo y digo que es de tu parte? ¿Eso te animaría?

—¿Lo harías?

Se encoge de hombros.

—¿Cuál es su sabor favorito?

—Chocolate.

—Está bien. —Espero expectante, mirándola—. ¿Qué? ¿Quieres un abrazo? Entra.

Aprieta el mecanismo de apertura con los dedos. La puerta se introduce en la pared.

—Oh —digo, y entro—. Gracias por la... —La puerta se cierra en mis narices—. Putos grises —murmuro.

La habitación no es grande, pero está limpia y tiene un baño completo con bañera. Exhausta, abro el grifo de la ducha hasta que sale vapor. Me quito la ropa prestada, torpe con el cabestrillo para el hombro, y me meto bajo la corriente de agua caliente pensando en la suerte que tengo de estar viva. De no estar fugada.

«Estaríais orgullosas de mí, Ava. Mamá». Lo sé. Y puedo hacer aún más. Ayudar a la soberana hasta que todo esto termine, y tal vez podamos derrotar a todos esos cabrones. Pero no fue el Sindicato quien mató a mi familia. Pase lo que pase aquí, esos carniceros de la Mano Roja quedarán impunes. ¿Cómo va a ser eso justo? ¿Cómo va a estar bien?

Cierro el grifo y me acerco a los respiraderos para que el aire caliente evapore el agua de mi vientre y mis pechos. Cuando abro los ojos, veo un par de zapatos blancos de sirvienta sobre las baldosas blancas mojadas. Levanto

la mirada poco a poco. La mujer es una marrón de unos treinta y tantos años con dos lunares grandes, la nariz ganchuda y un pelo como un nido de pájaro. Lleva un arma en la mano. Al final de la misma hay una gran aguja hipodérmica que me extrae del pecho. Doy un paso hacia ella y pierdo el equilibrio. Ni siquiera me doy cuenta de que me he caído al suelo. El mundo se empaña y gira. Y lo último que veo es a la mujer dándome palmaditas en la cara.

—Hola, traidora. La Casa de Barca te envía saludos.

60
DARROW
Cenizas a las cenizas

Apolonio, Sevro y yo nos abrimos camino a tajos entre los guardias de la fortaleza. Parece que a la mayor parte del personal lo han enviado a luchar al otro lado de las murallas, seguramente para evitar que la fuerza de Apolonio llegara a tocar tierra. Los que quedan ofrecen una resistencia leve a nuestra violencia combinada. Después de hacer pedazos a un trío de guardaespaldas dorados cerca de los graviascensores, nos dividimos para buscar de manera más eficiente al Señor de la Ceniza. Sevro y yo nos mantenemos unidos, mientras que Apolonio se aleja solo.

La búsqueda no requiere mucho tiempo.

—Tiene que ser aquí —dice Sevro ante una puerta doble chapada en oro.

—Ahí dentro habrá Sucios —digo—. Deberíamos esperar a Apolonio.

—¿También necesitas que te limpie el culo? —pregunta Sevro. Abre las puertas de una patada—. Hora de pagar la factura, Señor del Culo.

La habitación está en silencio.

A pesar de las decadentes molduras florales y de las paredes encaladas, es una estancia cavernosa y escasamente amueblada, salvo por una gran cama con dosel que da a un balcón abierto al mar. Un escudo de pulsos ondea con debilidad fuera del alféizar. Alrededor de la cama se acurruca una legión de formas corpulentas y con más extremidades de las habituales. Al principio creo que son caballeros, pero cuando una columna de luz procedente de la parte exterior de la suite ilumina el metal gris, me doy cuenta de que no son

hombres, sino máquinas médicas. Lecturas de vida brillan en las pequeñas pantallas.

Una vieja rosa en camisón y dos sirvientes marrones que sostienen atizadores de chimenea protegen el pie de la cama, y nos impiden ver quién la ocupa. Los marrones cargan, gritando a pleno pulmón. Los derrotamos, tratando de no matarlos con nuestros puños cubiertos de metal. La rosa que ha permanecido junto a la cama llora.

—No —vocifera—. ¡No os acerquéis a él!

La aparto de la cama mientras Sevro se acerca con cautela. La mujer me ataca con las uñas y se las rompe contra mi armadura.

—¡Monstruos! —Me escupe a la cara—. Monstruos.

Sevro la golpea en la nuca. La atrapo antes de que caiga al suelo.

Un hedor mortal llena la habitación. Sevro se detiene junto a la base de la cama y retira las cortinas de seda con la mano. Su rostro palidece.

—Darrow...

Aparta las cortinas de seda del marco para que pueda verlo.

En la cama, acostado en un nido de mantas, están los restos de un gigante. Cuando conocí al Señor de la Ceniza como lancero de Augusto, medía más de dos metros quince y pesaba tanto como un Telemachus. En aquella época, acababa de superar los cien, pero todavía era majestuoso y ágil a pesar de su contorno. Y ese vigor lo mantuvo a lo largo de nuestros muchos enfrentamientos en las primeras etapas de la guerra. Y a pesar de que en los últimos años su rostro ha hablado en retransmisiones del Núcleo, ahora veo que fue una artimaña, y comprendo por qué se esconde aquí en su ciudadela rodeada por el mar.

Apenas queda un tercio del hombre.

Y lo que sobrevive está demacrado y esquelético. Sus brazos se han encogido sobre sí mismos, el músculo se ha marchitado. La piel, una vez tan

oscura como el ónice, ahora está suelta, escarpada debido a unos grumos amarillos y supura pus en vendas blancas. Los ojos, antes brillantes, están hundidos en la cabeza, que ahora es calva y tiene una piel tensa y seca como una fina capa de escamas sobre el cráneo titánico. Los cables y las líneas de fluidos lo conectan a las máquinas que protegen su cama, hacen que su sangre circule y eliminan sus desechos. Es como si lo hubieran devorado desde adentro.

—Me preguntaba quién habría llamado a la puerta —murmura. Sus ojos, emborronados por una infección amarilla podrida, me observan sin malicia. Un holograma flota al lado de la cama y muestra la batalla del exterior—. Pensé que eran los Saud, que por fin venían a reclamar su planeta. Pero ahora veo que termina como debería, con lobos.

Sus palabras simples no admiten ira. Solo la voz recuerda al hombre. Es profunda como un tambor, desafiante y orgullosa, incluso atrapada como está en un cuerpo destrozado. Es como un trueno de verano atrapado en una linterna de papel hecha jirones.

Hemos sido adversarios durante diez años. Hemos danzado por todos los mundos en un duelo sin fin. Cada movimiento contrarrestado por el siguiente, y después contrarrestado de nuevo en un juego gigante de muchos tableros: primero la jungla de metal de la Luna, las llanuras y mares de la Tierra y Marte, luego las órbitas del Núcleo, y finalmente el cinturón de arena de Mercurio, donde me hice con el planeta y rompí mi ejército. Ahora todos esos vastos escenarios y los millones de hombres se reducen a este momento, a esta pequeña habitación en esta isla remota, y nada de todo eso tiene ningún maldito sentido.

—¿No soy como esperabas? —pregunta con una sonrisa.

—Cortémosle la cabeza y acabemos con esto —dice Sevro.

—Aún no.

—¿A qué estamos esperando? Esta mierda tiene que irse a conocer a los gusanos.

—¡Todavía no! —le espeto.

Sevro camina alrededor de la cama con nerviosismo.

—Pues tú eres justo lo que esperaba —dice el Señor de la Ceniza—. Con demasiada frecuencia, el destructor de una civilización se parece a sus fundadores. —Se humedece la boca con un tubo que le suministra agua y después se aclara la garganta de un modo grotesco—. Debo disculparme, Darrow. Por no haberte visto antes, cuando eras solo un chico que destrozó su Instituto. Si hubiera abierto los ojos y me hubiera fijado en ti, qué mundo seguiríamos teniendo. Pero ahora sí te veo. Sí. Y eres inmenso.

Es admiración lo que transmite su voz. Es familiaridad. ¿Cuántas personas aún vivas podrían entender a este hombre? ¿Cuántos hombres saben lo que es dar una orden que mata a millones de almas? Trago saliva con dificultad, mi odio hacia él acallado por la cosa miserable en que se ha convertido y por mi miedo a ir por el mismo camino roto.

No es así como me imaginaba nuestra confrontación final.

—¿Qué te ha pasado? —pregunto—. ¿Cuánto tiempo llevas así?

El Señor de la Ceniza ignora la pregunta y me escudriña la cara.

—Veo que has conservado nuestra cicatriz. Y nuestros ojos. Entonces ¿qué te queda de rojo?

—Lo suficiente.

—Ah —dice en voz baja—, supongo que eso es lo que todo hombre debe decirse durante la guerra. —Su voz es áspera, así que vuelve a chupar el tubo de agua—. Que habrá un final, y que cuando llegue, quedará lo suficiente de sí mismo. Lo suficiente para ser padre. Hermano. Amante. Pero sabemos que no es verdad. ¿No es así, Darrow? La guerra devora a los vencedores en último lugar.

Sus palabras hacen que una sensación de pesadez se asiente sobre mí. Ojalá pudiera decir que soy distinto a él. Que sobreviviré a esta guerra. Pero sé que, día a día, el niño de mi interior va muriendo. El espíritu que corría por los pasillos de Lico, que se acurrucaba con Eo en la cama, comenzó a morir el día que vio a su padre colgando de una soga y no lloró.

—Es un precio que estoy dispuesto a pagar para terminar contigo —le digo.

—Eso es parte de tu carácter genético rojo. El anhelo, la necesidad de sacrificio. El valiente pionero. Trabajar, cavar, morir por el bien de la humanidad. Para reverdecer Marte. Te diseñamos para ser el esclavo perfecto. Y eso es lo que eres, Darrow. Un esclavo con muchos amos. Cámbiate los ojos. Toma nuestra cicatriz. Rompe nuestro reinado. Nada de eso cambiará lo que eres en esencia: un esclavo.

Las bombas retumban fuera. Sevro escupe en la esquina, a punto de perder la paciencia.

—Lorn dijo una vez que fuiste su mejor amigo —le digo—. Que una vez fuiste un hombre admirable. Antes de Rea. Antes de que te coronaras con ceniza.

—Rea fue una transacción racional. Sesenta millones de vidas para mantener el orden para dieciocho mil millones. —Se le curvan los labios encogidos—. ¿Qué crees que habría hecho Lorn si hubiera visto lo que eras? ¿De verdad crees que te habría dejado vivir?

—No, creo que me habría sacado el corazón —le digo.

Puede que se alejara de su Sociedad, pero nunca la habría dejado caer. Oigo un ruido en la puerta. Apolonio entra, solo. Los ojos del Señor de la Ceniza se oscurecen de odio. Pero, al ver el estado de su némesis, Apolonio no parece tan consternado como debería.

—Ah, veo que lo del Señor de la Ceniza se ha vuelto de lo más literal.

Apolonio se sienta en el borde de la cama y retira las sábanas para ver las piernas cadavéricas del viejo caudillo. Chasquea la lengua y aprieta con un dedo la piel descamada del muslo. Arranca una pequeña tira de escamas y la moldea entre los dedos metálicos de sus guanteletes hasta que un polvo fino rocía la cama.

—¿Te ha dolido el mordisco?

—Así que eras tú —murmura el Señor de la Ceniza—. Atalantia no me creía.

—Incluso en las profundidades, tengo dientes —dice Apolonio—. Serví noblemente. Sin engaños ni tejemanajes. Pero tú me traicionaste para robarme. Has vuelto a mi sangre contra mí. Eso, buen hombre, ha sido un grave error.

Siento que un miedo reptil se cuela dentro de mí. Me alejo de Apolonio. Sevro lo apunta con su puño de pulsos.

—¿Sabías que él estaba así y no me lo dijiste? —le digo.

—Hijo de puta —sisea Sevro.

Apolonio sonrío.

—El alcaide no solo me compraba tomates y putas.

—Estás muerto, cara de mierda.

Pero Sevro no dispara.

—No sabía si había funcionado —dice Apolonio en tono inocente—. Pero estoy encantado con los resultados.

El Señor de la Ceniza intenta escupirle, pero la débil saliva se le queda enganchada a su propia barbilla.

—¿La venganza merece que suene el toque de difuntos para tu raza, chucho malcriado?

—¿Mi raza? —Apolonio se pone de pie—. No, no, mi señor, yo soy mi propia raza.

—¿Hace cuánto? —pregunto tras agarrar a Apolonio por el cuello—. ¿Hace cuánto lo hiciste?

—Tres años —dice, y no contento de sentir mis manos sobre él—. ¿Ya no somos aliados?

Da un calculado paso atrás y se toca la garganta. Ante la noticia, Sevro parece mareado.

Tres años. Tres años así... No puede haber guiado a sus hombres ni a sus flotas en Mercurio desde aquí. El desfase temporal haría imposible el control de la batalla. Pero, entonces, ¿cómo pudieron plantarme cara durante tanto tiempo? ¿Quién los comandó? ¿Quién es responsable de sus nuevas tácticas? ¿Quién estaba en realidad detrás de los holos en los que él aparecía en su puente de mando cuando hablamos aquella media docena de veces?

—Sí —dice el Señor de la Ceniza con voz ronca, como si pudiera escuchar mis pensamientos—. ¿Sientes ya el terror, esclavo? ¡Saber que has venido hasta aquí, que has fracturado tu República, tu familia! Que hiciste un pacto con este demonio para matar a un anciano enfermo en sus últimos días.

Combato el impulso de gritar. Me siento como si estuviera cayendo. Qué desperdicio. Qué desperdicio tan increíble.

—¿Quién era? —pregunto.

El Señor de la Ceniza mira a Apolonio.

—¿Quién si no? La única hija que me has dejado.

—Atalantia... —susurro.

—Mi última Furia. —Sonríe con orgullo—. Tú destruiste su hogar. Tú mataste a sus hermanas. Ahora vienes a llevarte a su padre. Ella era una niña frívola. Habría vivido en paz, Darrow, pero tú no le has traído más que guerra.

Se burla de mí.

—Todo esto para nada —murmura Sevro para sí—. Matamos a Wulfgar

para nada. Hemos venido hasta aquí, Darrow...

No sé qué decir.

—¿Dónde está Atalantia ahora? —pregunta Apolonio.

—Lejos de aquí —contesta el Señor de la Ceniza—. Las conversaciones de paz fueron idea suya. Esperaba que disolvieras el Senado. Que te hicieras con las riendas. Pero te marchaste. Deberías haber vuelto con tu flota, Darrow.

Había muy pocas naves en órbita. Supuse que la mayoría estaba en el otro extremo del planeta. Pero ahora sé lo que quiere decir.

—Imposible —digo—. Las habrían detectado.

Él sonrío.

—Hace diez años, caíste sobre la Luna desde la niebla de la guerra. Ella caerá sobre tu flota en Mercurio. Está a medio gas debido a tu... rabieta en tu Senado. Arderá. Y tu legendario ejército de la superficie también.

Algo dentro de mí sabe que tiene razón, porque sería un mundo demasiado bueno si esto terminara con él, hoy. Si Atalantia ha liderado sus fuerzas, si están de camino a destruir las fuerzas de la República, entonces la guerra no está terminando. Está comenzando de nuevo. La rueda no para de girar. No sé si la República puede soportar otro ataque. Es culpa mía. No debería haber lanzado la Lluvia de Hierro; pero por soberbia, por muchas razones, la dejé caer, y no ha parado desde entonces. He roto mi familia, he matado a Wulfgar, he venido hasta aquí, y todo para nada.

El Señor de la Ceniza me observa darme cuenta de esto con poca satisfacción. No hay alegría en sus momentos finales. No hay placer cruel. Solo un gran cansancio.

—Orión y Virginia tienen que saber que Atalantia se dirige hacia allá —digo aturdido—. Tenemos que irnos.

—¿Crees que te lo habría dicho si pudieras tener siquiera la esperanza de prevenirlo?

—Darrow, tenemos que informarlas... —dice Sevro.

—Has venido hasta aquí —continúa el Señor de la Ceniza—, a través de la gran oscuridad, pensando que podrías matarme y regresar a casa con tu familia. Pero ya no queda nada a lo que regresar. Ni República. Ni familia...

—Ni familia... —repito.

Sevro da un paso adelante.

—Repítelo.

—Dejaste a tus hijas atrás. ¿No es así?

Sevro se precipita hacia delante y lo agarra por el cuello.

—¿De qué diablos estás hablando?

El Señor de la Ceniza le sonrío, sus caras a centímetros de distancia.

—Eres como yo, a fin de cuentas. Yo desperdicié a mis hijas en mi guerra. Y ahora, tú has hecho lo mismo. —La presa de Sevro se afloja—. Tu hija. —Me mira—. Y tu hijo. Se los han llevado.

No.

Curvo los dedos alrededor del poste de madera de la cama de este hombre podrido y siento que algo cambia dentro de mí. El susurro del temor amorfo que me acompaña cuando me despierto de una horrible pesadilla y por un momento me olvido de mis delirios humanos y veo el mundo como el lugar gélido que realmente es. Unos canales de viento oscuros, huecos, me atraviesan el corazón y sé que he perdido. Abandoné a mi hijo.

—Estás mintiendo —susurra Sevro.

Estamos cada uno en nuestro pequeño mundo de terror, hundiéndonos en la oscuridad por separado, ambos incapaces de comprender, de creer que está diciendo la verdad. Es el resentimiento de un hombre moribundo. No puede ser otra cosa. Es lo único que puedo aceptar.

—Mientes —dice Sevro una vez más.

Tiene la cara blanca como la leche.

Pero no es cierto. El Señor de la Ceniza muestra demasiada satisfacción.

—¿Has sido tú? —le susurro.

—Ojalá. Ha sido uno de los vuestros.

—¿Quién?

El Señor de la Ceniza me mira y luego vuelve su enorme cabeza para apartar la mirada de mí hacia el brillante mar, adonde su espíritu ya ha huido.

—Lorn tenía razón —dice en un susurro áspero—. La cuenta siempre llega al final.

—¿Quién se ha llevado a mi hijo? —grito—. ¿Quién?

Con un grito animal, Sevro se abalanza desde detrás de mí y golpea con el puño la cara del Señor de la Ceniza. Una y otra vez hasta que la sangre le cubre las manos hasta las muñecas y los labios del Señor de la Ceniza están machacados. Tiro de Sevro. Y me golpea justo en la mandíbula. No lo suelto, y me presiono contra él mientras hiperventila. Me aparta de un empujón y se vuelve hacia el Señor de la Ceniza con el filo desenvainado.

—Lo necesitamos vivo —le grito—. Necesitamos saber más.

Se produce un estallido suave y, cuando vuelvo a mirar hacia el Señor de la Ceniza, veo que le burbujea espuma de la boca. Escupe un diente falso sobre las sábanas, Apolonio lo levanta y se lo lleva a la nariz.

—Veneno.

—¿Quién se ha llevado a mi hijo? —pregunto agarrándolo—. Dímelo.

Sonríe, enseñando sus encías podridas.

—No hablará —asegura Apolonio.

Sevro gruñe.

—Eso no significa que consiga tener un final tranquilo.

—Estoy de acuerdo con el mestizo —dice Apolonio.

Coge algo de encima de una de las máquinas médicas. Una botella de

espray antibacteriano que las enfermeras deben de haber usado para limpiar el equipo. Después, toma una de las velas de al lado de la cama.

—No...

El Señor de la Ceniza abre los ojos como platos a causa del miedo, el veneno lo hace arrastrar las palabras.

—Apolonio...

Me acerco a él. Sevro me empuja hacia atrás.

—Quema a ese cabrón —dice con desprecio.

Pero Apolonio me mira.

—¿Segador?

La tristeza que siento es insondable.

He matado a Wulfgar.

He roto mi familia.

He perdido a mi hijo.

Por este esclavista podrido.

—Quémalo.

—¡No! —El Señor de la Ceniza intenta levantarse de su cama—. ¡Deteneos!

—Cenizas a las cenizas... —Apolonio gira el recipiente de manera que apunte hacia el Señor de la Ceniza—. Polvo al polvo.

Presiona el botón de la lata. Los residuos antibacterianos sisean sobre el Señor de la Ceniza y lo cubren de un brillo químico. Después Apolonio arroja la vela sobre la cama. El fuego azul explota cuando la llama de la vela prende el alcohol.

El Señor de la Ceniza grita. El fuego corre sobre la cáscara seca de su piel. Se agita contra el infierno como una mantis temblorosa, la piel se le contrae, hierve, se hincha y se ennegrece mientras el aire de la habitación se llena de

humo acre. Los tubos de plástico conectados a sus tripas y sus brazos se tensan y atraen las máquinas médicas hacia la cama.

Apolonio se aparta del horror con una expresión de satisfacción complacida. El infierno baila en sus ojos y proyecta sombras frenéticas sobre sus pómulos altos. Al lado de Sevro, no siento satisfacción, solo una soledad cada vez mayor. A todos los amigos y familiares destrozados y desgarrados por mi guerra, mis elecciones.

La angustia me roe por dentro con dientes más crueles que estas llamas.

Y cuando el Señor de la Ceniza exhala su último aliento, me alegro del asesinato, tan perdido como estaba cuando subí al patíbulo hace diecisiete años y sentí la cuerda alrededor del cuello. Lo único que quería ser entonces era padre. Y ahora mi hijo está perdido.

61
LISANDRO
El señor de la Luna

La charla ociosa que invade el Salón de la Justicia de Sungrave, la capital de los dorados de Ío, se evapora cuando Rómulo au Raa entra en la sala. Lo hace sumido en un silencio digno, vestido con un kimono gris de lana áspera. Lo flanquean sus parientes leales: Mario el deformado, la vieja Pandora, una hueste de pretores conservadores y veteranos canosos. Lo que falta y brilla por su ausencia es la generación más joven. Los que rondan mi edad o aún no la tienen. Los alumnos destacados de la generación posterior al Amanecer se arremolinan alrededor de Serafina con adoración, sus Caminantes del Polvo y otros capitanes notables de Ganímedes, Calisto, Europa, incluso un contingente de las lunas de Saturno y Urano en los asientos de piedra de la parte superior del estadio.

El Salón de la Justicia en sí es un tesoro oscuro. Todas sus superficies están recubiertas de una piedra negra brillante. La nave es triangular, los pasillos sur, norte y oeste son gradas. El alto techo se estrecha hasta formar una pirámide, cuyo pico es de hierro. En el presbiterio este, doce Caballeros Olímpicos se sientan con las piernas cruzadas formando una línea inclinada sobre un elevado podio de mármol blanco que da hacia la nave. Cada uno de ellos lleva una capa larga en concordancia con su título. La de Diomedes es gris tormenta. La de Helios es blanco brillante. Detrás de ellos, flota una pirámide de mármol con la punta de oro. La vieja Justicia se sienta a la derecha de la pirámide en su silla de olmo. La joven Suerte del duelo se sienta a la izquierda en su silla de hueso; una recuerda, otra promete.

Después de una bendición de bienvenida y los derechos consuetudinarios, Rómulo y sus hombres se sientan en el centro de la nave sobre cojines delgados. El de Rómulo ocupa la cima de los otros cuarenta, apartado. Helios au Lux, caballero Árabe de los Olímpicos, lo observa desde la sombra de su capa como un halcón imperioso; tiene el cuello largo y está calvo, pero luce un largo bigote blanco cuyos extremos están unidos por dos broches de hierro. Diomedes se sienta a su mano derecha. Una mujer que recuerda a un sapo de ojos enormes se sienta a su izquierda, adornada con la insignia del Caballero de la Furia.

—Rómulo —comienza Helios, y su voz es un martillo que carece del matiz de la hipocresía—, soberano del Dominio del Confín, *dominatus* de la Casa de Raa, has sido traído ante el Consejo Olímpico para someterte a una audiencia imparcial sobre los cargos presentados contra ti por tu acusadora, Dido au Raa.

Sola, Dido está sentada debajo del consejo, vestida toda de negro. Acusar ante el consejo es un empeño peligroso. Si las acusaciones de Dido se consideran falsas, sufrirá el destino que habría recaído sobre el hombre si lo hubieran declarado culpable. Draconiano.

—Acusadora, presente sus cargos.

Dido se pone en pie sin florituras.

—Primer cargo: negligencia grave durante la guerra.

Los Olímpicos esperan a que continúe con la lista, pero la mujer se sienta.

La multitud intercambia susurros. No presenta ningún cargo de traición, tal como dijo que haría. Ha engañado a todo el mundo. Una vez que su esposo se vea obligado a dimitir o aceptar el cogobierno, ella consolidará su posición. Oigo a los dos hombres que tengo al lado expresar una opinión diferente.

—Vil cobardía la de Dido al no presentar cargos de traición —dice uno.

—Es nepotismo. Él lo sabía. Tenía que saberlo.

La habitación se aquieta cuando Helios busca confirmación:

—¿No presentas cargo de traición?

—No.

Dido no dice nada más y mira a su marido con serenidad.

—Muy bien, la acusadora puede presentar sus pruebas o testigos del cargo de negligencia grave durante la guerra.

—Es posible que ya hayáis oído hablar de esta primera prueba.

Lanza el holo al aire y reproduce la prueba de Serafina sobre el engaño del Segador, que se encuentra con una predecible respuesta silenciosa. Rómulo permanece sentado en el suelo, implacable, viendo la muerte de los astilleros en el aire, sobre él, mientras lo bañan en una luz brillante.

La siguiente prueba es la comunicación del propio Rómulo con Darrow, sacada de los registros de comunicaciones confidenciales de la Batalla de Ilium. Las imágenes de la cámara del casco de Rómulo aparecen en el aire. Está en un pasillo lleno de humo. Hay hombres agonizantes que se retuercen en el suelo a su alrededor mientras él está de pie, con la armadura salpicada de sangre, rodeado de dorados y obsidianos mecanizados en medio de un tiroteo. Sus dos hijos Diomedes y Eneas le cubren mientras hace una llamada desesperada a Darrow. Su rostro refleja un miedo frenético.

—Darrow, escucha atentamente. El Coloso ha cambiado su trayectoria y se dirige hacia Ganímedes...

—*Va por los muelles. ¿Puede interceptarlo algún barco?* —pregunta el Segador.

—No. Están fuera de posición. Si Octavia no puede ganar, al menos nos arruinará. Esos muelles son el futuro de mi gente. Debes tomar ese puente a toda costa...

—*Haré todo lo que pueda* —son las últimas palabras del Segador.

—Gracias, Darrow. Y buena suerte. ¡Primera cohorte, a mí!

La conexión con Darrow se corta y vemos, desde la cámara frontal de Rómulo, que él y sus hijos cargan por el pasillo. Un destello de luz cegadora se apaga. A la derecha, el casco del barco se abre, y un fragmento de metal le atraviesa un lado de la cabeza a Eneas, el mayor de Rómulo, que después sale disparado hacia el espacio. El vídeo termina.

En el suelo, Rómulo continúa sumido en un silencio solemne.

Se carga un último vídeo. Es una conversación entre Rómulo y Darrow después de la conclusión de la batalla del Ilium. Rómulo estaba en el Palacio Colgante de Ganímedes. Darrow estaba en su barco. Sus dos caras flotan en el aire.

—*Como os prometí, tenéis independencia* —dice Darrow.

Rómulo está sentado en el suelo, con la cara demacrada y el muñón del brazo derecho envuelto en vendas blancas.

—Y tú tienes tus naves —dice en voz muy baja, despojado de su espíritu—, pero no serán suficientes para derrotar al Núcleo. El Señor de la Ceniza te estará esperando.

—*Eso espero. Tengo planes para su maestro.*

Rómulo guarda silencio.

—¿Navegas hacia Marte?

—Quizá.

Los ojos del rojo se burlan, su tono insinúa, mientras que Rómulo mantiene un aire sereno de civismo militar. El hombre acababa de perder un hijo, un brazo, por no hablar de los muelles destruidos. Qué imagen de un dorado.

—Hay una cosa que me resulta curiosa sobre la batalla —dice con frialdad—. En ninguno de los barcos que mis hombres abordaron se encontró un arma nuclear de más de cinco megatonnes. A pesar de tus afirmaciones. A pesar de tu... prueba.

—*Mis hombres encontraron muchas. Sube a bordo si dudas de mí. No parece muy curioso que las almacenaran en el Coloso, porque Roque querría mantenerlas bajo una estricta vigilancia. Fue solo suerte que yo consiguiera...* —Hay interferencias— *...puente cuando lo hice. Los muelles pueden reconstruirse. Las vidas no.*

Suena como una amenaza.

—¿Las tenían?

—*¿Arriesgaría el futuro de mi gente con una mentira?* —El Rey Esclavo sonríe con crueldad—. *Tus lunas están a salvo. Ahora defines tu propio futuro, Rómulo.* —Entorna los ojos hasta convertirlos en dos finas rendijas—. *A caballo regalado, no le mires el dentado.*

—Cierto. —El silencio de Rómulo mientras se traga su ira, su orgullo, y deja que el Rey Esclavo se burle de él, es espeso—. Me gustaría que tu flota se fuera antes de que termine el día.

—*Tardaremos tres días en registrar los escombros en busca de nuestros supervivientes.* —Agravia la petición de Rómulo—. *Entonces nos marcharemos.*

—Muy bien. Mis barcos escoltarán a tu flota hasta los límites acordados. Cuando tu buque insignia cruce el cinturón de asteroides, no podrás volver jamás. Si un barco bajo tu mando cruza el límite, será la guerra entre nosotros.

—*Recuerdo los términos.*

—Encárgate de cumplirlos. Dale recuerdos de mi parte al Núcleo. Sin duda, yo les transmitiré los tuyos a los Hijos de Ares que dejas atrás.

La conexión con el Segador se interrumpe, pero la imagen de Rómulo continúa flotando en el aire. Se estremece, la calma se marchita y deja entrever al hombre quebrado que se oculta debajo. La imagen se apaga.

Dido mira a su esposo y comparte con él el dolor de la muerte de Eneas

una vez más.

—Teniendo en cuenta la duplicidad de las acciones del Rey Esclavo, es evidente que merecía mayor investigación. Y no solo en cuanto a la veracidad de la amenaza nuclear, que supuestamente nos impuso la soberana, sino también en cuanto a la veracidad de los actos del Rey Esclavo durante y antes de la Batalla de Ilium. Mi esposo liquidó rápidamente la investigación, que fue encargada por el consejo. No creo que haya pruebas de que conociera la oscura verdad de las acciones del Rey Esclavo contra nuestros muelles... — dice para acallar la furia de los dorados de Ganímedes, que construyeron los muelles y los vieron caer en sus ciudades—, pero no sobrepaso los límites al decir que se deberían haber dedicado más esfuerzos a evaluar la verdad. Ahora me gustaría llamar a Serafina au Raa al estrado.

Serafina desciende y se coloca entre Dido y Rómulo.

Dido se dirige a su hija.

—Cuando adquiriste la prueba del holograma de la destrucción de los muelles y regresaste con ella al Espacio del Confín, ¿te arrestaron hombres leales a la soberana?

—Sí. Como no podía ser de otra forma.

—¿Les divulgaste la naturaleza de la información que llevabas?

—No.

—¿Admitió Rómulo, en algún momento, que conocía la verdad sobre la destrucción de los muelles?

—No. —Serafina mira a su padre—. Sus acciones hacia mí y el secretismo bajo el cual se llevaron a cabo pretendían protegerme de la pena capital por romper la Pax Solaris. Fueron el amor de un padre. No los ardidés de un hombre. Él sabía que yo había penetrado en el Golfo. Pero no sé si conocía las razones por las que lo había hecho. Pero sí era consciente de que tendría que obligarme a comparecer ante el Consejo de las Lunas.

—¿Crees que cometió negligencia durante la guerra?

—No es mi deber juzgar.

—Gracias, áurea.

Serafina saluda llevándose el puño al corazón y regresa a ocupar su lugar entre sus amigos. Dido cierra su argumentación:

—Mis acusaciones son limitadas porque, si bien creo que mi marido cometió un error al no investigar más, no considero que haya pruebas que demuestren que fue cómplice al ocultar información del consejo. No creo que aquí nadie pueda llamarlo traidor. —Uno de los de Ganímedes grita su desacuerdo—. Por lo tanto, solo pido que renuncie a su posición como soberano.

Se sienta.

Helios continúa.

—Rómulo. ¿Disputas estos cargos?

Rómulo se pone de pie.

—No.

—¿No deseas ofrecer pruebas atenuantes?

—No. Soy culpable del cargo de negligencia.

Las cabezas asienten en señal de aprobación. Es una respuesta honorable, una respuesta que esperaban, la que daría un dorado de hierro. En la Luna, este juicio se habría prolongado durante años, con interminables recursos y depósitos de pruebas y ejércitos de abogados cobres. Para cuando terminara, la mitad de los implicados estarían muertos o habrían soportado que secuestraran y torturaran a sus parientes hasta que llegaran al juicio correcto. Mi abuela habría quemado el gobierno hasta los cimientos antes de aflojar su presa sobre el poder.

Mi abuela podría haber aprendido una o dos cosas de este hombre.

En el estrado, Diomedes parece un hombre liberado del patíbulo. Su padre

será despojado de la soberanía por negligencia, pero cualquier pena de prisión será conmutada aduciendo la guerra pendiente. Es probable que Rómulo incluso guíe a las fuerzas de su familia bajo el mando de Dido. Es una maravilla.

Pero entonces, en el presbiterio, detrás de los Caballeros Olímpicos, un frágil tintineo rompe todos estos planes tan bien establecidos. El consejo se da la vuelta para mirar hacia el sonido. La Suerte, de apenas diez años de edad, se alza descalza y callada ante su silla, sosteniendo una campanita de hierro en las manos. La mirada de sus ojos blancos está clavada en la hueste aterradora. Dido frunce el ceño, confundida. Serafina susurra a sus amigos. Siento la precipitación de la fatalidad inminente. La memoria me aúlla una advertencia, porque recuerdo a mi tutor, Jerónimo, hablando sin parar sobre los códices antiguos que delinear las reglas de los juicios de destitución. La mayoría olvida que los blancos no están situados detrás de los Olímpicos para aparentar: no pueden decidir un veredicto, pero sí tienen un poder único y arcaico. Es de donde deriva la frase «a menos que haya un golpe de suerte».

Helios le hace un gesto a la niña para que se adelante. Ella se acerca a susurrarle al oído. El rostro del hombre se tensa. La Suerte vuelve a su asiento y los caballeros discuten entre ellos. Sea lo que sea lo que están diciendo, Diomedes se pone blanco como el papel. Dirijo la vista hacia Serafina y siento su angustia incluso desde el otro lado de la habitación. Diomedes niega con la cabeza mirando a Helios, y lo mismo hacen dos de los caballeros más jóvenes. El Caballero de la Muerte, una mujer más mayor, avanza desde el extremo del estrado para conferenciar con Helios y alza el dedo con vehemencia en el aire. A los caballeros más jóvenes no les gusta lo que ha dicho, pero cuando Helios parece mostrar su acuerdo, sus objeciones se desvanecen y, despacio, asienten con la cabeza en señal de obediencia.

Helios pide orden en la sala.

—Hemos debatido entre nosotros y hemos llegado a un acuerdo. Aunque rara vez se invoca, las Suertes tienen derecho a presentar cargos adicionales contra el acusado en nombre del Estado. No nos provoca ningún placer dar voz a estas acusaciones, pero nosotros, el Consejo Olímpico, estamos obligados a acusar a Rómulo au Raa de un cargo de architraición.

La habitación se convierte en un clamor. Los Únicos se ponen en pie. Dido despotrica desde la pista.

—¡No solicito ese cargo!

—No importa —dice Helios.

—¡Este es mi juicio! ¡Mis acusaciones!

—Las Suertes poseen la competencia de exigir que se agreguen cargos. Ya lo sabes. Ahora siéntate.

—Diomedes...

—El consejo ha hablado, madre —dice Diomedes. Parece estar a punto de desmayarse—. Debes desistir.

Enfurecida, Dido se sienta y lanza una mirada horrorizada a su marido: el castigo por traición es la muerte.

Mientras sus hombres, a su espalda, están encolerizados, Rómulo es el único que no parece afectado y espera pacientemente a que Helios continúe.

—Si bien la Suerte pueden exigir añadir cargos, no está en su poder presentar pruebas. Por lo tanto, esta debería ser una cuestión simple, una cuestión que debe establecerse para que conste en acta, de modo que no haya resentimientos persistentes que puedan minar la base de nuestro Dominio cuando nos dirigimos hacia nuestra hora más funesta. Nuestra Suerte se ha mostrado sabia y acertada al invocar su derecho. Despejemos el ambiente y avancemos como un solo pueblo. —Mira a Rómulo con un suspiro—. Amigo mío, me molesta ofenderte, pero mi cargo me obliga.

—Por supuesto.

—Dos preguntas simples, dos respuestas simples, y pasamos página. ¿Sabías que Darrow de Lico destruyó los muelles y conspiraste para ocultárnoslo? ¿Sí o no?

Rómulo luce una expresión tranquila. La misma que vi en su rostro mientras diseccionaba su filo la primera vez que nos vimos. Se levanta despacio, baja de su pequeño cojín y baja por el costado su único brazo para tirar de su capa de manera que quede lisa a su espalda. Levanta la cabeza hacia el consejo, luego hacia su esposa, con unos ojos que parecen mirar más allá de las personas que ocupan esta habitación.

—Rómulo... —susurra su esposa, que conoce su espíritu—. No...

—Sí —contesta el Señor de la Luna—. Lo sabía y conspire para ocultarlo.

El silencio de la habitación se hace añicos por segunda vez. Un clamor desde las gradas, de Dido, de todos menos de los hombres de Rómulo y del consejo mismo. Diomedes se sienta, aturdido. Serafina mira a su alrededor como una niña perdida.

—¡No lo dice en serio! —le sisea Dido al consejo—. No lo dice en serio. Eliminadlo del acta y convocad un nuevo juicio por ese cargo.

Helios está igual de asombrado.

—No puedo.

—Está cometiendo perjurio —insiste Dido—. Es mentira. Rómulo no tenía pruebas. La suposición no cuenta. Todos hemos visto la grabación. Puede inferirse, pero no probarse. Solo tenemos pruebas de su negligencia. Diomedes, diles...

—Madre —dice Diomedes con impotencia—, según su propia confesión...

—Maldita sea su confesión, niño. Él es tu padre. ¡Él es el condenado Rómulo au Raa!

Se me rompe el corazón al verla girar sin poder hacer nada, como si fuera

una mujer ahogándose a la que el resto de nosotros no pudiera ayudar. Estoy tan perdido como ella.

—Dido... —dice Rómulo detrás de ella—. Por favor.

Se vuelve hacia él, todavía sin aceptarlo, pero poco a poco, mientras lo mira a los ojos, se da cuenta de que no hay marcha atrás. Y de repente, un escalofrío que veo a cuarenta metros de distancia le recorre el cuerpo cuando su realidad, su familia, quedan irrevocablemente destrozadas y Dido cobra conciencia de que ha sido obra suya.

—Diles que estás mintiendo —susurra—. Diles que tenías sospechas pero que no lo sabías.

—Pero lo sabía —dice Rómulo—. Lo sabía porque me ofrecieron antes que a ti la holopastilla que enviaste a Serafina a buscar.

—¿Qué?

Rómulo levanta la vista hacia el consejo como si ya se hubiera marchado de este mundo.

—Me la ofrecieron. Me enviaron varias imágenes. Invité a los intermediarios al Confín, donde se reunieron en torno a Enceladus. Confié en mi reputación de hombre de honor para atraerlos a ellos y a la copia original hasta allí. Saqué un halcón de guerra y los maté a todos y después quemé su nave. Por supuesto, como has visto, había una copia.

—¿Lo hiciste tú solo? —pregunta Helios, que mira a Pandora.

—Soy Rómulo au Raa. —Sonríe con tristeza—. Tal vez te preguntes por qué lo hice. Por qué te lo cuento ahora cuando me costará la vida. He vivido hasta el último de mis días tan honorablemente como puede hacerlo un hombre. Pero he cargado con este secreto durante demasiado tiempo. Y, como preguntaría mi padre, ¿qué es el honor sin verdad? El honor no es lo que dices. El honor es lo que haces.

Una piedra fría se me atasca en la garganta cuando veo cómo se rompe el

corazón de Serafina. Las lágrimas le ruedan por las mejillas.

—Vivimos conforme a unos principios. Yo los incumplí, a pesar de que mis razones para hacerlo eran justas. Que os sirva de advertencia a todos. Mentí porque sabía que, si veíamos lo que el Rey Esclavo les hizo a los muelles, no tendríamos más remedio que declarar nula la paz y zarpar hacia la guerra.

»Creo que la guerra nos destruirá. A todos nosotros, al Confín y al Núcleo por igual. Todo lo que los colores han construido juntos. Todo lo que hemos protegido. El legado de la Sociedad desaparecerá. Y no porque nuestros brazos sean débiles. No porque nuestros comandantes sean frágiles. Sino porque estamos luchando contra una religión cuyo dios sigue vivo.

»En este momento, él es mortal. Sufre bajo el peso del gobierno, y las costuras de sus alianzas se deshilachan. Pero si navegamos contra Marte o la Luna, los colores se unirán. Se convertirán en una marea y su general, ahora mortal, se convertirá, una vez más, en su dios de la guerra. Y si cae, otro ascenderá, y otro, y otro. Somos muy pocos. Somos demasiado honorables. Es tan seguro que perderemos esta guerra como que yo ahora perderé la vida.

»Os insto a que sintáis mi muerte. A que dejéis que yo sea la última víctima, y no la primera, de esta guerra que se llevó a mi padre, a mi hija, a mi hijo y ahora a mí.

Serafina estalla en sollozos. Dido agacha la cabeza, las fuerzas abandonan su cuerpo. Siento la agitación de mi propio dolor, un reflejo del que sentí por la muerte de Casio. Es trágico ver que la naturaleza de un hombre lo condena, sobre todo cuando se trata de una naturaleza tan excelente como la de Rómulo.

Helios se pone en pie. Su voz es apenas un susurro.

—Rómulo au Raa, se te declara culpable de los cargos que se te imputan. Guardias, apresad al condenado y preparadlo para volver al polvo.

62
LISANDRO
Dorado de hierro

Entre una multitud de señores de las Lunas, sobre una duna de azufre congelado, Rómulo se despide de sus hijos. Solo los Raa están presentes. No sé por qué me han invitado. Vestido con un kryll y un escorotraje, lo observo desde el final de sus filas mientras se inclina para presionar su frente contra la del joven Paleron. El niño llora por su padre. Las lágrimas se le congelan en las mejillas. Rómulo se detiene ante Mario. Los dos hombres juntan las frentes con gesto estoico.

—Perdona a tu madre. Hónrame y sirve al Confín —dice Rómulo.

—Como desees, padre.

Mario contempla con mirada gélida a su padre cuando se acerca a Diomedes. El guerrero mira a su padre como un niño gigante, esperando más allá de toda esperanza de que el hombre realice algún tipo de milagro y convierta todo esto en un sueño.

—Lo siento, padre —dice con un gran sollozo atrapado en el pecho. Su padre le pone una mano firme en el hombro—. Te he fallado.

—No. Nunca debería haberte involucrado en esto. Pero qué suerte tengo de llamar hijo a un hombre como tú. Es un honor que no puedes entender. Algún día tendrás hijos y si solo uno de ellos te es tan querido como tú para mí, comprenderás cuán bendita ha sido mi vida. Mantente fiel a tu corazón, sin importar lo que cueste.

Se despiden y Rómulo se acerca a Serafina. La culpa y el dolor la atormentan. El hombre apoya la frente en la de ella.

—Mi hija ardiente.

Ella se aparta.

—No tienes que morir.

—Si vivo, divido el Confín. Es posible que tú llegaras a perdonarme, pero ¿cómo podrían perdonarme los Codovan? ¿Cómo podría perdonarme cualquier persona de Ganímedes que perdiera un hijo, una hija? Se les ha negado justicia por mi mentira. Espero que esto les enfríe la sangre. Pero... si el Confín va a la guerra, debe ir como uno.

Serafina no dice nada. Él le toca la cara.

—Tienes el mismo espíritu que tenía mi hermano. No dejes que te consuma como a él. No tienes que demostrar nada. La gloria para los demás no es nada. —Se lleva la mano al corazón—. Lo que importa está aquí. Honra tu conciencia, honra a tu familia. —Los ojos se le arrugan cuando sonrío detrás del kryll—. Algún día entenderás por qué he hecho esto.

—Nunca lo entenderé.

Él trata de abrazarla, pero Serafina se aparta de él y se aleja de la familia por la duna pese a que Diomedes la llama. Rómulo la observa marcharse. No se dirige a Dido, ni a su madre, que ha decidido no venir a ver a su hijo morir, sino que se acerca a mí.

—Lord Raa —le digo con la cabeza gacha.

—Algunos dirían que yo debería inclinarme ante ti, heredero de Silenio —dice.

—La mayoría de los que dirían eso están muertos —respondo—. Además, soy un invitado en su casa.

—Muy cierto. —Me hace un gesto para que lo siga y caminamos unos pasos para distanciarnos de su familia. El viento frío aúlla a nuestro alrededor y arroja escombros contra las gafas reflectantes que llevo. El kryll calienta el

aire cuando pasa a través de la membrana hacia mi boca. Rómulo vuelve la mirada hacia su familia—. Se preguntan por qué te he traído aquí.

—No son los únicos.

Rómulo me examina con su único ojo.

—Te pareces mucho a tu madre.

—¿La conociste?

—No muy bien.

Me ve mirar a Serafina, que se ha sentado en el borde de una duna distante para observarnos.

—¿Por qué me has pedido que venga, mi señor?

—Todavía hay una posibilidad de detener esta guerra, Lisandro. Quizá no de impedirla desde el principio. Me temo que la sangre se ha elevado demasiado para eso. Ni siquiera mi muerte la detendrá. Pero existe la posibilidad de evitar que nos destruya a todos. Nuestra fortaleza anterior al Amanecer no procedía de nuestros brazos o nuestras naves. Procedía de nuestra unidad. Hace mucho tiempo, Silenio au Lune, tu sangre, y Akari au Raa, la mía, se unieron. Uno el cetro, otro la espada. Ellos dieron a luz a la Pax Solaris. Nos liberaron del dominio de la Tierra. Te enfrentas a una elección que afectará vidas hasta mucho más allá de donde alcanza tu vista: huir como lo has hecho estos últimos años o convertirte en el eco de esos grandes hombres. —Se inclina hacia delante, su voz suena ronca y llena de emoción. Ese ojo solitario parece suspendido en su rostro, celestial y sin ataduras respecto a su cuerpo mortal. Me pone una mano en el hombro—. Salvaste a mi hija. ¿Puedes salvar ahora los mundos?

No espera una respuesta y yo estoy demasiado aturdido para dársela. Regresa con su familia para despedirse de su esposa y me deja abrumado bajo el peso de su pregunta. Ya di el primer paso al ignorar el último deseo de

Casio. El segundo con la traición de Gaia. ¿Tengo la fuerza necesaria para dar el resto? ¿Puedo soportar la carga de mi sangre?

Veo a Rómulo decir su último adiós. El gran hombre mira a Dido con tanto amor que sé que no puedo entenderlo. Nunca he conocido un amor como el de ellos. Serafina permanece sentada sola en la duna y me pregunto cómo se sintió Rómulo la primera vez que vio a Dido hace tantos años, en Venus. Si la amaba tanto, ¿cómo ha podido ser tan valiente como para elegir despedirse? ¿Es realmente auténtico, puro honor? Después de que me hayan arrebatado a mi familia, estoy perdido, incapaz de comprender cómo un hombre, un padre o un esposo puede valorar algo más que el amor.

Despierta algo muy profundo dentro de mí. Un deseo de ser tan noble como él lo es ahora. Una necesidad de honrar su memoria, aunque apenas he conocido al hombre.

—Durante estos diez años he buscado al hombre con el que me casé —le dice Dido a su esposo. Me cuesta oírlos por encima del viento—. Ahora lo veo de nuevo. El joven señor de la Luna que quemó una ciudad por una chica de la costa de la perla. Rómulo el Osado. Dido de Numidae. Qué pareja hacían. Qué fin tuvieron.

—No —susurra él—. Este no es el fin. Te amaba incluso antes de conocerte. Te amaré hasta que el sol muera. Y cuando lo haga, te amaré en la oscuridad. Adiós, esposa.

Se acerca a ella, se quita el kryll y, conteniendo el aliento para protegerse del aire tóxico, desabrocha con suavidad el de Dido para atraerla en un último beso. De sus labios brota vapor mientras se aferran el uno al otro. Entonces Rómulo se aleja, arroja su kryll al suelo y desciende por la duna.

Serafina lo mira sin moverse de su sitio. No me parece apropiado que esté sola en estos momentos. Me sorprende caminando hacia ella por el azufre

congelado. No dice nada cuando me siento a su lado para ver el último rito de su padre.

Bajo la atenta mirada de dos obsidianos adjuntos de la Justicia blanca, Rómulo se quita las botas. La capa. El escorotraje que lleva debajo. La camisa y la ropa interior, hasta que se queda desnudo y pálido allí sobre el azufre congelado. Debe caminar ochenta pasos por el yermo hasta llegar al lugar de descanso de Akari au Raa, el fundador de su casa. La Tumba del Dragón es un obelisco negro gigante con forma de bestia alada situado en lo alto de un peñasco achaparrado. Cadáveres encogidos y congelados atestan la duna alrededor de la tumba y se aferran a la formación rocosa: los Raa que en la vejez, el castigo o la vergüenza vinieron aquí a morir y en la muerte buscan llegar a su antepasado y erigir un humilde monumento a su propia fuerza. Solo cuatro han llegado a la Tumba del Dragón. Rómulo busca unirse a los muertos honorables.

Hay menos de cien grados Celsius negativos. Convulsionando a causa del frío, se vuelve hacia nosotros, sin ocultar nada. Tiene el pecho lleno de cicatrices y pálido. El estómago plano y musculoso. Le sobresalen las costillas. Fibras tensas le recorren el brazo que le queda. Y a medida que el viento sopla a través del yermo, las extremidades comienzan a ponerse moradas de frío. El cabello suelto le azota la espalda hasta que la humedad se congela en él.

Rómulo ruge.

—Soy un hijo de Ío. Una criatura del polvo. —El vapor nubla sus palabras mientras gasta su último aliento. Se golpea el pecho con el puño a cada proclama, y se deja una sombra rosa sobre la piel pálida—. Soy un dragón de Raa. Un dorado de hierro ¡Akari, sé testigo!

Susurra algo para sí. Luego se da la vuelta y baja por la duna hacia la muerte, con la mano junto al costado, los hombros orgullosos y cuadrados, la

cabeza echada hacia atrás para desafiar al aire frío y envenenado. Los cristales de azufre congelados se rompen bajo sus pies y se le clavan en la piel. En el décimo paso, la sangre comienza a dejar un rastro rojo brillante detrás de él. En el vigésimo, su cuerpo se estremece contra el viento.

—Veintinueve —susurra Serafina, que cuenta los pasos de su padre. Rómulo se agarra el pecho con su único brazo, desesperado por mantener su espíritu cálido contra la luna heladora—. Treinta y dos. —La columna vertebral se le marca cuando se encorva—. Treinta y siete.

Tiene el cabello congelado, y ya no se le mueve con el viento, sino que se le amontona en la nuca como un animal muerto.

—Cuarenta y cinco. —Se desplaza hacia un lado, su camino se desvía del monumento—. Cincuenta.

Rómulo cae de rodillas. Paleron solloza junto a su madre. Dido lo mira sin pestañear. La escarcha le apelmaza las pestañas. Su esposo se obliga a levantarse. Las rodillas le chorrean sangre que se congela en las pantorrillas mientras avanza dando tumbos con una voluntad inexorable. Un pie después del otro. Ahora los tiene negros y rojos. La sangre se le congela en la parte inferior de la carne muerta formando una especie de zapato.

—Sesenta. —La voz de Serafina es cada vez más fuerte, le desea a su padre un triunfo al final—. Sesenta y cuatro.

El hombre no va a detenerse. Su voluntad es inmensa. Todo el dolor de todos los años ha culminado en este único testamento de voluntad para demostrarle a la luna que, a pesar de sus horrores, él la domina con su poder.

—Sesenta y ocho.

Me sorprendo deseándole fuerza.

—Setenta...

Rómulo da otro paso imposible subiendo por la ladera de la duna. Entonces sus piernas lo traicionan. Se cae al suelo a diez pasos del monumento y se

golpea la cabeza contra el hielo antes de deslizarse hacia atrás, de espaldas. Su mano negra rasguña el suelo. Su boca desprende vapor. Pero, con un solo brazo, no puede levantarse. Intenta alzarse una última vez, pero el esfuerzo es en vano. No consigue ponerse en pie de nuevo. Pronto, deja de moverse. El hielo se acumula en costras sobre su cuerpo blanco, entre los cadáveres de sus antepasados humillados. A diez pasos de los dorados distinguidos que llegaron al monumento yace el hombre más grande de un pueblo.

—*Pulvis et umbra sumus* —susurra Serafina, y solo yo la oigo.

Más abajo, la familia llora. La luna aúlla, la oscuridad se acelera, y los Raa dejan atrás a su padre y, como el polvo, se van volando con el viento y se desvanecen en el crepúsculo menguante.

63
LISANDRO
Lux ex Tenebris

Dido está desplomada en un sillón bajo junto a una ventana que da a la llanura de azufre. El tiempo está despejado. Los brazos le cuelgan por encima del borde de los reposabrazos. Sus ojos grandes y furiosos miran hacia el yermo, pero están concentrados en su pasado. Es una isla de arrepentimiento, exangüe de orgullo, de espíritu e hinchada por el letargo de la pérdida.

—¿Qué es lo que quieres, Lune?

Lo pregunta sin darse la vuelta cuando Serafina y yo entramos en la habitación. La joven me ha acompañado hasta aquí en silencio.

—Lamento tu pérdida —le digo.

Dido no responde. Miro a Serafina con nerviosismo, consciente de que mi presencia aquí no es bienvenida en estos momentos de dolor. La chica me devuelve el gesto con unos ojos fríos e inhós pitos.

—Era el más noble de los hombres —añado.

—¿Y tú qué sabes de mi marido? —pregunta con dureza.

—Por lo que me dijo antes de morir, deduje lo suficiente.

—Era un hombre extemporáneo. Un modelo. Dedicó su vida a honrar a los conquistadores, pero él superaba con creces lo que ellos podrían haber llegado a ser jamás. Ahora... qué desperdicio. —Niega con la cabeza—. Despliega la lengua, muchacho, y déjame con mi pena.

—Deseo unirme a tu guerra —le digo con rotundidad.

Dido observa un volcán solitario que vomita ceniza hacia el horizonte de

cromo.

Serafina frunce el ceño.

—No hay sitio para un Lune en nuestro ejército.

—Siento disentir.

—¿Y de qué me servirías, Lisandro au Lune? —pregunta Dido—. ¿Puedes sobrevolar una duna como un Caminante del Polvo o manejar un halcón de guerra durante una tormenta u operar un caparazón estelar en una Lluvia de Hierro mientras tus amigos mueren a tu alrededor? —Resopla con desdén—. No tienes cicatriz. Conoces la teoría, los juegos. Te criaron en un palacio, te criaron para ser rey. Y no hay criatura más miserable que un rey sin reino.

—No soy un rey.

—Entonces, ¿qué eres?

¿Qué soy? Llevo una década o más preguntándomelo.

He tenido pocas certezas desde que mi abuela cayó. He visto los mundos en un cambio continuo, en constante movimiento bajo mis pies. Negándome unos cimientos. Llenándome de inseguridad, de miedo. No conocía mi propio corazón. Pero no importa cuánto muden los mundos, conozco los fundamentos de mi alma. Conozco la base sobre la que me alzo y ya no temo a mi sangre. El hecho de que mi abuela fuera una tirana no significa que yo vaya a serlo.

Veó las caras de aquellos a los que dejé atrás en el Vindabona.

Necesitan un protector. Un pastor.

Sé quién soy, o al menos, quién quiero llegar a ser. Y al darme cuenta de ello, siento la culminación de las almas que han llenado mi vida. Siento la calma de mi padre, el amor de Aja, la brillantez de mi abuela, el honor de Casio, e incluso el débil latido del corazón de mi madre; y sé que Rómulo habló con una sabiduría que, en cierta manera, yo ya poseía en el fondo de mi corazón.

—No soy el heredero de un imperio ni un conquistador de hombres —
contesto despacio—. Pero tengo el mismo derecho de nacimiento que tú. La
misma herencia. Fuimos creados porque la Tierra se rompió. Porque el
hombre se desintegró en luchas tribales. El caos es la naturaleza del hombre;
el orden, el sueño del dorado. Nos hicieron para ser pastores. Para unirnos, a
pesar de nuestras diferencias; eso es lo que Rómulo me dijo al final. Y tiene
razón.

Serafina me mira con un reproche congelado en los labios.

—Llamaste tirana a mi abuela. Lo era. Pero yo no soy ella. No soy Aja. No
soy mi padrino. Soy un dorado de hierro.

Lentamente, Dido se da la vuelta.

—Mientras tú reúnes a tu armada para atacar al Amanecer, envíame al
Núcleo con una de tus mejores cohortes. Encontraré a mi padrino, le diré que
el Confín está de camino, que los pecados del pasado deben olvidarse y que
buscas una alianza contra el Segador para que los dorados puedan unirse una
vez más. Si la paz debe llegar con una espada, sostengámosla juntos.

El silencio se prolonga entre nosotros. Dido se pone en pie y se alza
imperiosamente sobre mí. Entonces entorna los ojos. Y poco a poco, en la
cara adusta y triste de Dido, los labios se le curvan en una sonrisa.

64
EFRAÍN
Reina langosta

Me desplomo sobre los controles mientras piloto sobre el paisaje gris a gran altura. Electra está sentada en la silla del copiloto con el filo apuntándome hacia el costado. Por supuesto, los pequeños caudillos saben primeros auxilios. Pax me ha abierto la camisa y me ha sellado el agujero del pecho con la carne resonante del botiquín del barco, pero estoy en una forma de mierda. Necesito un médico y paquetes de sangre o moriré, y pronto. Preferiría desangrarme en esta nave que morir en una celda, pero eso ya no es una opción. Veo mi omnívora en el regazo de Electra y me pregunto si podría virar el barco con fuerza hacia babor y atacar por sorpresa a los pequeños bastardos.

—¿A qué distancia estamos? —pregunta Pax.

—Las escoltas de la República están a veinte.

Miro de soslayo los tejados que se extienden a nuestros pies y el flujo del tráfico peatonal en el espacio aéreo por debajo de nosotros y me pregunto si el Sindicato todavía puede alcanzarnos aquí.

—¿Vas a lograrlo? —me pregunta Electra.

—¿Tengo pinta de amarillo?

—¿Te sientes las manos? —pregunta.

—No. —Vuelve la mirada hacia Pax—. No lo mires, cara de hacha. Prefiero volar inconsciente que dejar a un niño al mando de un... —esbozo una mueca de dolor— ...de un Avispón.

—Piloto gravimotos a todas horas —replica el niño.

—Esto no es una gravimoto, chico.

Un sudor frío me empapa el cuerpo. Me seco la cara y pienso que ojalá Volga estuviera aquí ahora. Me siento desnudo sin ella, igual que durante todo el tiempo que he pasado con el Duque.

—¿Qué es esa luz? —dice Electra, que señala el intercomunicador.

—Un mensaje entrante —dice Pax—. Podría ser mi madre.

Abre el canal y una cara sin nariz distorsionada por un codificador facial aparece sobre el holoterminal entre el piloto y el copiloto. Los píxeles se arremolinan y parecen una plaga de langostas que merodean hasta formar una cabeza con agujeros a modo de boca y ojos y las puntas negras y giratorias de una corona fantasma.

—*Efraín ti Horn* —dice la cabeza incorpórea de la reina del Sindicato con voz ronca por los altavoces de la nave.

La poca sangre que me queda se hiela.

Los niños se quedan boquiabiertos, pues son lo suficientemente inteligentes para saber cuándo tener miedo.

—Déjame adivinar, tú debes de ser la reina zorra, ¿eh? —digo en voz baja.

—*Devolverás a los niños.*

—Por supuesto que lo haré. A cambio, necesitaré una isla privada en Venus, con una legión de rosas que me sirva cócteles en pequeñas cáscaras de coco. No es una mala vida, ¿eh? —Me río de la cara de langosta—. Déjame adivinar de nuevo: vas a ofrecermé tres islas. Bueno, pues a la mierda con eso y a la mierda contigo. No tengo miedo a morir y desde luego no te tengo miedo a ti. Efraín fuera.

Estiro la mano y apago el intercomunicador, pero el holograma no obedece. Los ojos vacíos siguen mirándome desde los píxeles amotinados.

—*Le di este barco al duque* —dice la cara sombría—. *Soy su dueña. Soy tu*

dueña. Pronto te veré en carne y hueso... Mientras los conserves. Hasta entonces, ladrón.

De repente, la nave se inclina para virar a babor y hace caer a Pax de costado a mi espalda. El niño se estampa contra el mamparo. Mi cuerpo se sacude contra las restricciones del piloto.

—¿Qué está pasando? —pregunta Pax cuando se levanta.

Le sangra la frente.

—La nave está dando la vuelta... —susurro.

—De vuelta hacia el Sindicato... —dice Pax.

—¡Bueno, pues hazla girar otra vez! —grita Electra.

—¡Buena idea! No se me había ocurrido —replico bruscamente.

La dirección no funciona. Los controles eléctricos secundarios están apagados.

—La están controlando de forma remota. Los intercomunicadores están muertos. —Se me ha secado la boca. Busco frenéticamente algún tipo de mecanismo de anulación, pero el control no es físico. Está codificado en el ordenador del barco—. Los escoltas no nos alcanzarán a tiempo... —digo.

Nos harán aterrizar en alguna instalación de Sindicato y eso será lo último que el mundo sepa de nosotros. Pero no terminará ahí. No, lo prolongarán durante años. ¿Y qué pasará con Volga entonces?

—A la mierda. —Me pongo en pie a trompicones y estoy a punto de caerme. Pax me atrapa antes de que toque el suelo. Me balanceo mientras intento hacer que la cabeza deje de darme vueltas—. Gracias.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Electra.

—Algo estúpido. —La muchacha empieza a quitarse las restricciones de seguridad—. Quieta, cara de hacha. —Agarro a Pax por el cuello y lo siento en la silla—. Poneos el cinturón, los dos. —Los dejo intercambiando miradas confusas mientras se aseguran a las sillas del piloto y del copiloto. Me

tambaleo hacia la parte trasera del barco, usando la pared para apoyarme—. ¿Dónde estás?

Abro a golpes las puertas y los armarios, encuentro frigoríficos de champán y caviar y vajillas. ¡Venga! Las tinieblas van abriéndose paso a rastras por los márgenes de mi campo de visión. Me caigo, y aterrizo en el almohadón de un área de comedor cuadrada. Busco a tientas el dispensador de zoladón en mi bolsillo. Se me cae al suelo y lo recojo. Aplasto tres zoladones con las muelas. Una emoción eléctrica me vibra por las venas y entumece el dolor que siento en el pecho. Me pongo de pie con dificultad y, en la parte posterior del barco, cerca de la rampa de desembarco, encuentro lo que estaba buscando: un armario forrado de nogal lleno de armas. Debajo de una hilera de rifles de pulsos y elegantes cañones de riel descansa una pila de granadas térmicas en formaespuma. Alguien se está riendo. Soy yo. Saco las granadas, las aprieto contra mi pecho y continúo hacia la parte trasera de la nave, hacia los motores. Agrupo las granadas en el suelo, cerca de una unidad de refrigeración, y exhalo un suspiro tembloroso.

—Aquí va algo.

Configuro el temporizador de una de las granadas para que estalle dentro de treinta segundos y, con una carcajada, la dejo caer entre la pila. Deshago el camino lo más rápido que puedo. Bueno, intento correr con piernas de goma, me arrastro hacia la parte delantera de la nave sosteniéndome con los brazos y contando en silencio para mí. Llego a la cabina de mando, cierro la puerta detrás de mí y me desplomo en un asiento de pasajeros junto a la pared, detrás de los pilotos. Pax y Electra me miran mientras me abrocho bien las restricciones. Por Júpiter en las alturas, que este asiento tenga red de seguridad.

—¿Qué has hecho? —pregunta Pax.

—Ya te lo he dicho, algo estúpido. Cuatro, tres, ¡en posición!

Abren los ojos de par en par y se cubren la cabeza con las manos.

Un rugido ensordecedor nos llega desde la parte posterior de la nave.

La puerta de la cabina se comba hacia dentro. La nave se inclina hacia un lado y comienza a descender en espiral cuando los propulsores de gravedad fallan emitiendo jadeos tartamudos. Luego ceden por completo y caemos en picado mientras la ciudad y el cielo pasan volando junto a las ventanas de la cabina. Cuanto más nos adentramos en el paisaje destrozado y esquelético de uno de los cráteres del Chacal, no puedo evitar reír con amargura.

Sabía que esto iba a ser un billete solo de ida...

65
DARROW
El desgarró

Cuando salgo de la fortaleza del Señor de la Ceniza, soy un caparazón vacío.

Los Aulladores esperan en la plataforma de aterrizaje, en lo alto de la torre. El Nessus se cierne a la izquierda de la lanzadera del Señor de la Ceniza y la está preparando para partir. El alas ligeras de Colloway, marcado por las cicatrices de la batalla, ha atracado encima de ella. Muy por debajo, los restos andrajosos de las fuerzas de Apolonio y los de la del Señor de Ceniza libran una batalla desesperada en el extremo sur de la isla. Ya han cargado en las naves a nuestros heridos y muertos. Todavía no sé cuál es el cómputo. El júbilo que mis amigos esperaban sentir con la muerte del Señor de la Ceniza no llega. No cuando ven nuestras caras. Y cuando se enteran de lo de Pax y Electra, y de lo de la flota de Atalantia, se ponen pálidos como Sevro. Rhonna está perpleja.

—No —susurra—. Es mentira. Virginia lo habría protegido. Lo sé. Te ha metido una trola.

—Los alas ligeras de la flota de la Sociedad están a ocho minutos de distancia —dice Guijarro—. Vamos a tener que darle mucha caña para escapar. Con la órbita actual, podemos estar de vuelta en la Luna en cuatro semanas.

Apenas la oigo. Mi mente está dissociada de ellos, de este lugar. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y no venir nunca a este planeta sin esperanza. Solo quiero volver a abrazar a mi niño. Lo protegería de los mundos. Nunca

lo abandonaría. ¿Estará vivo siquiera? ¿Lo sentiría? El horror me atenaza de nuevo. El mundo comienza a nadar y siento que los ojos me escuecen con lágrimas de ira. Sevro está encerrado en su propia furia. Sube a toda prisa por la rampa mientras grita a los Aulladores que lo imiten.

Pero mis pies no lo siguen. No pueden.

—¿Darrow? —murmura Guijarro—. ¿Qué estás haciendo?

Sevro se vuelve desde la parte superior de la rampa para mirarme.

—No voy a volver —digo, y cuando lo hago, siento que la última parte de mi alma se vacía del cascarón de mi cuerpo. Sevro me mira con desprecio—. No voy a volver a la Luna.

—Jefe —dice Colloway—. ¿Qué estás diciendo? Tienen a tu hijo. Tenemos que regresar.

Guijarro se acerca y me toca el hombro. Tiene las manos cubiertas de sangre seca, probablemente de su marido.

—Estás conmocionado. Tienes que subir al barco.

—Haya pasado lo que haya pasado, se acabó —le digo—. Si lo han llevado, Mustang lo recuperará igual que haría yo. Si está muerto... no hay nada que hacer.

Incluso para mí, mi voz suena como la de un hombre condenado. Pax. Veo su mirada cuando me vio apartarme del cuerpo de Wulfgar. La llave pesa tanto en la cadena que llevo sobre el esternón que apenas logro mantenerme de pie.

—No digas eso, Darrow —dice Guijarro.

—Mustang te necesita —dice Thraxa; su amor por mi hijo es profundo, toda su familia lo adora. ¿Dónde estaban los Telemansus? ¿Por qué no lo protegieron?—. Tu familia te necesita.

Pienso en mi esposa. No sobreviviré a esta situación en el Senado. Dirán que no es apta para gobernar. Que está comprometida. Es posible que la

hayan depuesto. La vida que dejé atrás está hecha pedazos, y mi puño fue lo que provocó las primeras grietas en ella. Quienquiera que se haya llevado a mi hijo lo ha hecho para hacernos daños a mí y a mi esposa. Nuestros pecados legados a ese niño perfecto e inocente.

La muerte engendra muerte que engendra muerte.

¿Cuántos hijos enterró Lorn? ¿Cuatro?

He tomado mi decisión y me mata saber que he escogido no ser padre. No ser esposo. Fracasé en ambas cosas cuando elegí el Amanecer por encima mi familia. Y ahora este se tambalea sobre el filo de una espada. Puede que ya hayamos perdido a Orión. Nuestra flota, improvisada a lo largo de los diez últimos años, podría estar ya reducida a escombros.

El chico rojo que llevo dentro volvería corriendo a casa con su familia.

Pero no puedo.

El Señor de la Ceniza tenía razón. Ya no queda nada del rojo. Estoy atrapado en mi deber. Como Lorn. Como el mismo Magnus. Como Octavia. Sevro y yo no los entendíamos cuando éramos críos. Pero ahora que somos hombres, nos convertimos en ellos.

—Mi ejército me necesita —digo—. Es posible que Atalantia ya haya destruido la flota—. Eso significa que nuestros hombres de Mercurio están atrapados. Padres, esposas. Nueve millones de personadas abandonadas bajo los escudos de la ciudad. Los exterminarán como a los Hijos en el Confín. Como a los rojos en las minas. Yo los llevé allí. No los abandonaré.

—¿Y en cambio sí abandonas a tu hijo? —pregunta Sevro, que al fin baja por la rampa para enfrentarse a mí. Los Aulladores se apartan de su camino—. ¿Y me apartas de la mía?

—Ni siquiera sabemos si están vivos.

—Cállate. —El dolor se le acumula en un puño que tiembla a su lado—. Que te den. ¿Cuántas veces te he seguido? ¿Cuántas veces he confiado en ti?

¡Estabas equivocado! No escuchabas, pero yo te seguí. Como un buen perrito. Y ahora mi hija... —Se le quiebra la voz—. Mi niña...

—Lo siento, Sevro. De verdad.

—¡Eres padre!

—No te estoy pidiendo que vengas conmigo.

—Oh, créeme, no iré.

—Llévate el Nessus. Ve con Victra y Mustang y recuperad a los nuestros.

—¿Cómo vas a salir del planeta? —pregunta Guijarro.

Me vuelvo para mirar la lanzadera del Señor de la Ceniza.

—Si no puedo cambiar el curso de las cosas en Venus y Mercurio, después irán a por la Luna o Marte. Tenéis que preparar las defensas. —Harto de mí, Sevro se da la vuelta y sube por la rampa hacia el Nessus—. Sevro... —No se detiene—. Sevro...

Desaparece en el interior de la nave y su nombre permanece flotando en el aire.

Demasiado poco y demasiado tarde.

Estoy solo en la lanzadera del Señor de la Ceniza. Las paredes sombrías me aprisionan. Me siento en la silla del piloto y comienzo los procedimientos de verificación previa al vuelo. Oigo un ruido detrás de mí. Me vuelvo y veo a Alexandar, que sube por la rampa abierta liderando a los prisioneros dorados que sacamos de la Fondoprisión. Collway, Deslenguado, Thraxa y Rhonna lo siguen; han abandonado sus caparzones estelares, abollados y humeantes, sobre la plataforma de aterrizaje. Depositán en el suelo varias bolsas cargadas de equipamiento, encierran a los prisioneros en la bodega de carga y se acomodan en el compartimiento de pasajeros.

—Sevro ha dicho que los necesitarías —explica Thraxa.

Collway se acerca a mí con un cisco colgando entre los labios.

—Estás en mi asiento.

Me levanto y vuelvo al compartimento de pasajeros. Hay una figura solitaria al pie de la rampa, vestida con una armadura ensangrentada.

—Apolonio —digo.

—El reloj sigue corriendo —dice el mismo tiempo que se señala la cabeza.

En nuestra desesperación, Sevro y yo nos hemos olvidado por completo del hombre. Bajo la mirada hacia mi terminal de datos abollado e interrumpo el programa. Diez minutos antes de que las municiones que lleva en la cabeza estallen.

—¿Eres un hombre de palabra? —pregunta.

Miro al hombre y no veo nada de valor para mí. Solo un asesino que me ha salvado la vida. Pero todos los males que nos han sucedido hoy, todos los errores que he cometido, han nacido de mi orgullo y de la duplicidad que he sembrado.

—Hoy sí. —Desactivo la bomba—. Venus es tuyo, si puedes conquistarlo.

—¿Y los rehenes? —pregunta—. ¿Los miembros de la familia Carthii y Saud que me prometiste?

—Aún los necesitamos —le digo, y golpeo el mando de la puerta con la mano.

La rampa se recoge, y lo último que veo es a Apolonio mirándome con furia.

Mis hombres no dicen nada cuando me reúno con ellos en la bodega de pasajeros. Me acomodo en mi asiento cuando Colloway despegamos y seguimos el rastro de Nessus. Los truenos estallan fuera mientras la fragata dispara contra las alas ligeras de la Sociedad que nos persiguen. Colloway dice algo acerca de que los acorazados nos interrumpen el paso cuando alcanzamos la órbita. Por el intercomunicador, escucho a Sevro gruñendo a los pretores de la Sociedad, mostrándoles fotos de los rehenes de la familia dorada que

teníamos en la mazmorra del Nessus. Tal como estaba planeado. Aun mientras lloro por mi propio hijo, utilizamos a los hijos e hijas de los dorados de Venus para escapar. No se me escapa la oscura ironía. Lo único que impide que las armas de Venus nos destruyan es el amor de los padres por sus hijos. No disparan, y me pregunto, si tuviera a mi enemigo a mi alcance, ¿habría hecho lo mismo?

No me despiden por el intercomunicador de Sevro, Guijarro y Payaso, amigos que han estado conmigo la mitad de mi vida. La gente piensa que creo en mi propio mito, que soy un singular torbellino de la naturaleza. Sé que no lo soy. Yo era la fuerza concentrada de la gente que me rodeaba, equilibrada, endurecida, inspirada por Ragnar, Fitchner, Lorn, Eo. Sevro.

Ahora estoy sentado a un mundo de distancia, en silencio, mientras mis amigos yacen muertos y el resto regresa con mi hijo cuando yo me alejo de él hacia la guerra. Acompañado solo por los restos destrozados de los Aulladores, un viejo prisionero y una niña de apenas veinte años.

Me siento perdido. Pero en el vacío, alejándome de mis amigos, noto algo más. Algo que no sentía desde hacía un tiempo. El Señor de la Ceniza me aseguró que él no se ha llevado a mi hijo. Pero conozco sus ardides. No ha sido un amigo quien se los ha llevado. Atalantia y él me tomaron por tonto. Ella pensó que abandonaría mi ejército, mi flota, y me apresuraría a regresar a casa para salvar a mi hijo. Pero no sabe lo que ha despertado.

Me quito del cuello la llave que Pax me dio y la guardo en mi bolsa. Dejo a un lado al padre, le doy la bienvenida al Segador y dejo que la rabia antigua se apodere de mí.

AGRADECIMIENTOS

Al principio, dudaba si volver al mundo de *Amanecer Rojo*.

No por miedo al trabajo, aunque sí suponía mucho trabajo. No por miedo a no hacerle justicia a la historia. Sino por una razón totalmente distinta.

Un libro independiente es una aventura. Una serie como esta es una relación entre el autor y el lector. Confiaste en mí al entregarme tu tiempo, tu imaginación, a lo largo de la trilogía inicial. Y, al comprar este libro, vuelves a confiar en mí una vez más.

Así que mi mayor agradecimiento es para ti, lector, por esa confianza. Que sepas que no me la tomo a la ligera, y que no abusaré de ella cuando continuemos avanzando por esta aventura hacia lo desconocido.

Gracias por vuestro tiempo, vuestros correos electrónicos, cartas y pensamientos; todos ellos le insuflan nueva vida al mundo de Darrow y me hicieron ansiar regresar a los túneles azotados por el viento de Marte, a las heladas llanuras de azufre de Ío y a los frenéticos bulevares de la Luna.

Sin todos vosotros, este mundo serían las tenues fantasías de un asalariado sin consuelo.

Ahora, los agradecimientos más concretos. Doy entrada a los tambores de guerra. Doy entrada a las trompetas.

Un agradecimiento sincero, elogioso y primordial va para el equipo de Del Rey. Cargar una vez más contra la grieta de *Amanecer Rojo* fue una aventura osada, pero vosotros la hicisteis muy fácil.

Gracias a Hannah Bowman por las lluvias de ideas durante los almuerzos y por creer en mí desde la primera flor de hemanto. ¡Y a Mike Braff por su

magia editorial y por reírse cada vez que exclamo «¡Vikingos del espacio!». No hay mejor amigo y colaborador.

Gracias a Tricia Narwani por el trabajo hercúleo de hacerme mantener el ritmo y por descifrar mis complicados árboles genealógicos. David Moench, Emily Isayeff, Julie Leung: podría escribir todo lo que quisiera, pero sin vosotros tres nadie encontraría mis palabras. Gracias por vuestros incansables esfuerzos para promover el libro y ayudar a *Amanecer Rojo* a encontrar un lugar en los corazones de los lectores. Gracias a Scott Shannon, Keith Clayton y Gina Centrello por tener fe una vez más en la serie. Keith, sinceramente espero más desgloses de los matices temáticos de la franquicia *Fast and Furious* mientras nos tomamos unas cervezas.

Aunque esta vez he tratado el texto con algo más de secretismo, el libro nunca se hubiese escrito si no hubiera sido por la legión de amigos que tengo a la espalda.

Josh Crook, gracias por la constante inspiración, la amistad incondicional y la colaboración incluso cuando estoy histérico y sacándote de quicio. A Eric Olsen, por tu espíritu contagioso, exuberante, tus sueños ilimitados y por presentarme al incomparable Clan Olsen. Babar Peerzada, por torturarme hasta liberarme del estrés a base de *burpees* y ejercicios de peso muerto y dar exclusivas en las azoteas. A Tamara Price, por tu amor, empatía y por confiar tanto en mí como para que pronunciase las palabras que os unirán a Jarrett y a ti para siempre. A Jarrett por la generosidad constante y por presentarme como «el autor superventas de *The New York Times* Pierce Brown» cada maldita vez que conozco a una persona nueva. Al clan Phillips por cuidar de mi cordura por teléfono. A Max Carver, por hacerme compañía en la locura. A Madison Ainley por WWW para siempre. A Jake y Ruth Bloom por su humilde sabiduría, su información interna, y por nuestra interminable visita gastronómica a Los Ángeles.

Y gracias a Lily Robinson, quien, más que cualquier otra persona, estuvo conmigo en cada página de este nuevo viaje, desde las cañadas de Gales hasta la costa de las islas del sur del Pacífico. Soportas mi locura, alimentas mi corazón y llenas mis sueños.

Gracias también a los autores que me han ayudado a enfrentarme al monstruo del narrador múltiple: Scott Sigler, Justin Cronin y Terry Brooks. Y a los autores sobre cuyos hombros colosales nos sostenemos todos: Robert Heinlein, Frank Herbert, Dan Simmons, George R. R. Martin, Bernard Cornwell, J. K. Rowling.

Y, por último, pero no por ello menos importante, desde luego, gracias a mi familia. A mi hermana, Blair, por su esfuerzo en nombre de los Hijos de Ares y su lealtad perdurable. ¡Habrás más estafas futuras, querida! Y a mis padres, que siempre me han proporcionado una base de amor sobre la que escribir, soñar y vivir mi vida. Sois una fuente constante de inspiración, amor, alegría y fe, y continuáis enseñándome a vivir la vida. Felicidades por treinta y siete años de amor y matrimonio bajo las estrellas, y que sean treinta y siete más.

Adiós por ahora, querido lector. Júpiter mediante, pronto nos encontraremos de nuevo.

SIGUE NUESTRO CATÁLOGO EN:

www.editorialmolino.com